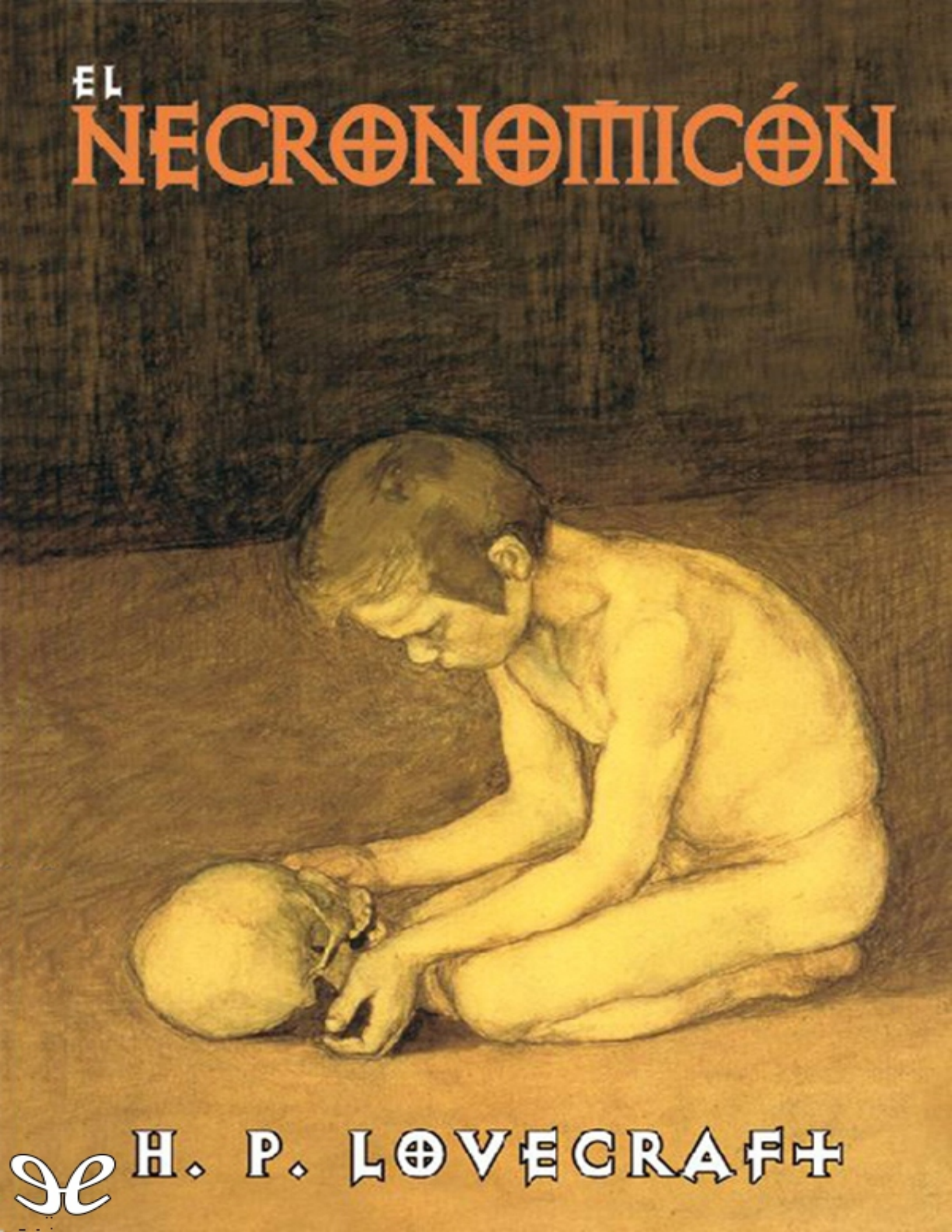
EL NECRONOMICÓN



H. P. LOVECRAFT

Aunque los escépticos afirman que el Necronomicón es un tomo fantástico creado por H. P. Lovecraft, los auténticos investigadores de los misterios esotéricos del mundo saben la verdad: El Necronomicón es un volumen blasfemo de conocimiento prohibido escrito por el árabe loco, Abdul Alhazred. Incluso hoy, a pesar de las tentativas por destruir todas las copias en cualquier idioma a lo largo de los siglos, aún existen algunos ejemplares, escondidos. Dentro de este libro encontrarás historias acerca del Necronomicón, diferentes versiones del Necronomicón, y dos ensayos acerca del libro blasfemo. Ahora tú también puedes aprender el verdadero saber de Abdul Alhazred.

Charles D. Hammer & D. R. Smith & David T. St. Albans & Frank Belnap Long Jr, & Fred Chappell & Fred L. Penton & H. P. Lovecraft & John Brunner & Lin Carter & Manly Wade Wellman & Martin D. Brown & Paul Dennis Lavond & Richard L. Tierney & Robert A. W. Lowndes & Robert M. Price & Steffan B. Aletti

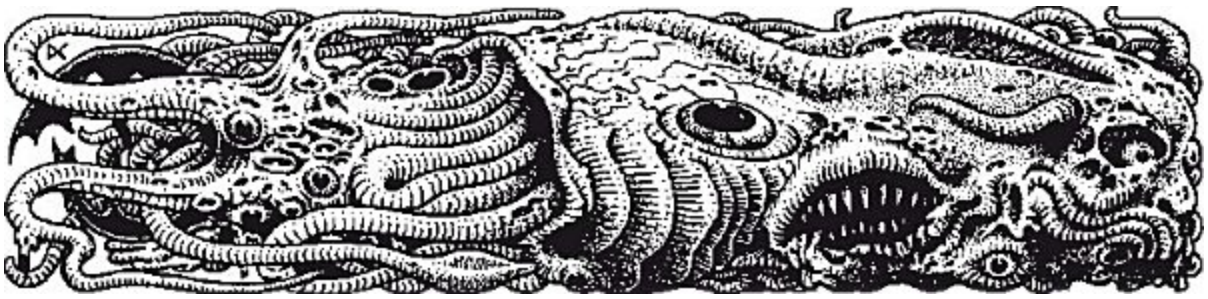
El Necronomicón

Solaris terror - 4

ePub r1.4
Titivillus 01.05.2020

Charles D. Hammer & D. R. Smith & David T. St. Albans & Frank Belnap Long Jr, & Fred Chappell & Fred L. Penton & H. P. Lovecraft & John Brunner & Lin Carter & Manly Wade Wellman & Martin D. Brown & Paul Dennis Lavond & Richard L. Tierney & Robert A. W. Lowndes & Robert M. Price & Steffan B. Aletti, 2002
Traducción: Óscar Díaz García
Diseño de cubierta: David T. St. Albans & Earl Geier

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



El dibujo de la alfombra voladora
Robert M. Price

El nombre Necronomicón (nekroV, cadáver; nomoV, ley; ikon, imagen = Una Imagen [o Representación] de la Ley de los Muertos) se me ocurrió durante un sueño, aunque la etimología es perfectamente válida.

—H. P. Lovecraft, *Carta a Harry O. Fischer*, febrero de 1937

¿O ignoráis, hermanos —hablo a los que saben de leyes— que la Ley domina al hombre todo el tiempo que este vive?

—Romanos 7:1

¿Qué podemos agregar acerca del fabuloso *Necronomicón* que no se haya dicho ya? ¡Mucho en todos los aspectos! Porque no se ha dicho nada. El título es una palabra que apunta con la manga vacía de un espectro a la nada a la que se refiere. En eso es como todas las palabras, como todos los

textos. El libro del que se dice que es el antilibro, el libro que trae olvido y locura en el nombre de un conocimiento que es el conocimiento de la Nada, y por tanto, ningún conocimiento, es, irónicamente, el paradigma de todos los libros, el libro más literario, el texto más textual. Y como dice Jacques Derrida, una reencarnación moderna del Apóstol Alhazred, no solo hemos presenciado la «muerte del autor» (una frase de Roland Barthes, es decir, la negación absoluta del propósito del autor por la mera existencia autónoma del texto una vez escrito), sino también la «muerte del libro». En realidad, puede que sea más útil considerar que el significado de la palabra griega Nekronomikon no es «el libro de los muertos», como se ha sugerido, sino más bien «la muerte del libro». Porque, como dice Derrida, la muerte del libro marca la vida del texto. La diferencia entre ambas equivale a la cerrazón imaginaria, la supuesta autosuficiencia de un «libro» contra el ilimitado, infinito y libre de ataduras océano del texto.

Como todos los textos se refieren los unos a los otros, presuponen los unos a los otros, están en diálogo entre sí, y arrojan nueva luz los unos sobre los otros; esta intertextualidad relaciona y abarca a todos los textos, a todos los libros y palabras, como parte del infinito campo de significantes a los que asignamos significados arbitrarios porque así lo establecemos. Imponiendo nuestras condiciones limitadoras (Shankara las llama upadhis) al Todo del texto (el Abismo de significado sobre el que se abre, como todo atman individual, cada texto), dividimos un texto como si fuera un borboteo momentáneo de espuma de mar arrojado por una ola, para volver a unirse a ella inmediatamente. El megatexto universal es análogo, si no idéntico, al repertorio implícito del lenguaje (*langue*) a diferencia de las actualizaciones y utilizaciones concretas y reales de él en discursos individuales (parole); así es susceptible de cualquier significado, cualquier interpretación, exactamente como el alfabeto que puede combinarse cabalísticamente para producir un número infinito de palabras. Esto es porque, de nuevo como el alfabeto, el lenguaje no tiene en sí mismo ningún significado. Podría significar cualquier cosa porque no significa nada. Como Uddalaka dijo a su hijo Svetaketu en el *Chandogya Upanishad*, «*¡Neti, neti!*». La verdad no es esto ni aquello. Es el Vacío, la Plenitud de la Vacuidad. Y lo mismo sucede con el océano infinito del megatexto, el intertexto. ¿Por qué?

Porque no hay ningún «centro de significado» objetivo alrededor del que giren el habla, el lenguaje y los textos. Como dijo Nietzsche, el Ario Loco, «¡Dios está muerto! ¡La verdad está muerta! La tierra se ha librado del yugo de su sol y ahora vaga libremente a través de abismos inexplorados de infinitud cósmica». Todas las coordenadas, latitudes y longitudes pierden a partir de ahí su sentido. La verdad está en quien la contempla. De esta manera es ficción. En términos de lenguaje y textos, esto significa que (como pensó Ferdinand de Saussure) todo lenguaje tiene sentido no de manera referencial, sino diferencial. El significado de las palabras no se deriva de su referencia a algún objeto marcado por la palabra. Eso queda fuera de toda duda, ya que las cosas reales no llegan a alcanzar el carácter «ideal» de las definiciones a causa de la imprecisión del lenguaje. Las palabras solo se refieren a otras palabras, obteniendo su significado de sus parecidos y diferencias respectivas. Toda palabra, como se sobreentiende tradicionalmente, promete un significado. Nos dice «Un momento, le indicaré dónde debe ir». Pero nunca lo hace. Nos lleva a perseguir un imposible. Es una bala disparada contra la impenetrable cúpula del lenguaje, de la que jamás puede escapar. Solo puede rebotar.

No hay nada fuera del lenguaje, ningún significado subyacente o suprayacente en el muro curvo de palabras. Tampoco podría haber nada más allá. La curvatura del firmamento lingüístico es como la curvatura del universo tal y como la imaginan algunos físicos; no es como el casco de una nave, sino que solo describe la pauta del movimiento en su margen. Hay agua más allá del casco, pero no hay nada más allá de la trayectoria del posible movimiento. Y no hay ningún Significado Trascendental al que apuntan palabras, símbolos y significantes. Solo se señalan los unos a los otros, como los fastidiosos funcionarios de un ministerio: guardáis cola durante horas, esperando llegar a la ventanilla, donde se responderán todas vuestras preguntas. Solo que no es así. En lugar de eso, como sabéis, la hermana de Marge Simpson os dirige a otra cola kilométrica. Su otra hermana, en la ventanilla de esa cola, os remitirá después a una tercera, o tal vez otra vez a la primera. Es como un diccionario que define una palabra haciendo una referencia a algo que debes conocer previamente, pero no es así, con lo que mantienes el dedo en la página y miras el otro término,

descubriendo que está definido haciendo referencia a la primera palabra que estabas buscando. El significado te esquiva continuamente, como un fuego fatuo, incitándote, pero como la Hija del Gigante de Hielo o la Sibila Blanca, manteniendo siempre la misma distancia. Esta postergación es lo que Derrida llama Différence. El significado nunca aparecerá. Como tantas otras veces, el destino no es un lugar al final del camino, sino el propio camino, porque en este caso, el camino es un círculo. Debes aprender a amar el camino y vivir como un peregrino. Nunca llegarás a la Verdad, como si el lenguaje simplemente fuera un papel de regalo que tuvieras que aprender a desenvolver aburridamente para llegar al obsequio del interior. El arco iris es mucho más bello que cualquier caldero de oro que pueda haber en sus extremos, pero que no existe.

Permitidme explicar por qué el Necronomicón es un ejemplo magnífico de textualidad. En primer lugar, su mismo nombre es una maraña de significantes sobre el que debe imponer orden el lector que pretende encontrar lo que no se advierte a simple vista. Es muy significativo que el propio Lovecraft recibiese el título en un sueño. Sabía que el título era «Necronomicón», pero no lo que significaba. Tuvo que recurrir al diccionario y tratar de desentrañar el significado, admitiendo que la suya era una conjetura culta, pero nada más, como si el título le fuese ajeno, como si no se hubiese generado en su propia inteligencia. Esto es absolutamente correcto: ¡No lo había hecho! ¡Recibió el nombre en un sueño! Vino del abismo creativo de la mente subconsciente o inconsciente y apareció totalmente desarrollado ante Lovecraft, todo de una pieza. Lovecraft se acercó a él como si fuera un artefacto, tal y como hacían los eruditos de sus historias cuando se encontraban con una reliquia de antiguas culturas extrahumanas.

Al tratar de traducir Nekronomikon al inglés («la imagen de la ley de los muertos») estaba haciendo algo similar a lo que hacían los antiguos oráculos de los dioses. Éstos interpretaban el idioma de los dioses. Esto es lo que hacía el oráculo de Apolo en Delfos. Esto es lo que sucedía en Corinto cuando alguien «hablaba en lenguas desconocidas», al hablar «misterios en el espíritu» e interpretarlos alguien que contase con el don profético de interpretar lenguas (Corintios 1, 12 y 14). La idea no era

traducir como si procediera de otro lenguaje terrenal, sino hacer inteligibles «las lenguas de los ángeles», la palabra de Dios. Exigía interpretación del mismo modo que lo requiere un sueño, no porque sea un lenguaje desconocido, sino porque no es en absoluto un lenguaje. Lo único que importa es que la verdad divina no es algo lingüísticamente factible para los seres humanos. «Cuanto son los cielos más altos que la tierra, tanto están mis caminos por encima de los vuestros, y por encima de los vuestros mis pensamientos» (Isaías 55,9). Pero entonces parecería que hay un vacío infranqueable entre ambos. La «palabra» de Dios no es ninguna palabra, porque Dios es Gnosis con consciencia de sí mismo, pensamiento pensante; ¿Cómo puede tener motivo para comunicarse? ¿Por qué debería necesitar enviar pensamientos a través del frágil puente de cuerda de las palabras ambiguas? Decir que algo es la palabra de Dios es decir que no es palabra en absoluto, de la misma manera que cuando decimos «¡Solo Dios lo sabe!» queremos decir que nadie lo sabe.

No puede ser palabra si procede de Dios. Y si es una palabra, no puede proceder de Dios. Es de un orden totalmente diferente. En otras palabras, el intérprete del lenguaje divino está haciendo teatro, usando palabras humanas para pretender expresar lo inexpresable, lo inefable. Hace poco un canalizador de mi vecindad habló a una muchedumbre pretendiendo ser un antiguo monje tibetano con un montón de opiniones triviales que compartir. La «Entidad Canalizada» hablaba con un fingido acento asiático. ¡Pero hablaba en inglés! Si en realidad se trata del mismo T. Locas Trampas[1], ¿por qué demonios no habla tibetano? O si va a hablar en el idioma del canalizador y de su audiencia, ¿por qué no habla en inglés sin el acento de Fu Manchú? Porque el acento es un fraude teatral que engaña, dando a la interpretación del tibetano un aire de verosimilitud si no se examina de cerca. Esa es la pretensión del lenguaje humano cuando trata de hablar lo que la segunda carta a los Corintios (12,4) llama Arrata rhmata, las palabras impronunciables. Es una pose demasiado transparente para ser simbólica de una Verdad más allá del lenguaje. Una verdad así debe ser no-lingüística, no una respuesta análoga al vacío que pretendes rellenar con ella.

Cuando Lovecraft («la imagen de la ley de los muertos»), George Wetzel («el libro de los nombres de los muertos»), Manly Bannister («el

libro de las leyes de los muertos»), Colin Wilson («el libro de los nombres muertos»), S. T. Joshi («el libro acerca de los muertos») y Pierre de Caprona («el conocedor de las leyes de la muerte») tratan de desentrañar «el significado» del título Necronomicón, simplemente están haciendo lo mismo que el intérprete de la palabra divina, tratando una maraña de texto sin sentido y contraria a cualquier significado como si fuera un rompecabezas con un mensaje en código esperando a que un erudito emprendedor lo encuentre y revele, como Henry Armitage intentando descifrar el diario de Wilbur Whateley. Pero no hay ningún significado en ese renglón de significantes autorreferenciales. Como el poema según la doctrina de la Nueva Crítica, la palabra «Necronomicón» no debería significar, sino limitarse a existir. Como el libro Vastarien, que no es acerca de algo, sino que es ese algo.

¿Cuál de estos eruditos ha leído correctamente la palabra? Ninguno. Todos han errado al leerla, como diría Paul de Man, ya que solo puede haber «malas lecturas», conjeturas respecto a su significado, como si el «auténtico» significado residiera en algún lugar del texto, como Cthulhu en R'lyeh, como la letra pequeña invertida al final de la página de los crucigramas. Pero no es así. Ese Dios está muerto. Recordad, la palabra se ha liberado de su sol y vaga sin cesar. El lenguaje no es Logocéntrico (no gira alrededor de la palabra, del significado), ni por el contrario señala a un Significante Trascendental como los rayos del sol. Solo está el divertido y demente Sultán del Caos Azathoth, cuyos estragos aleatorios dan forma a las leyes de todo frágil cosmos. El caos de interpretaciones de la misma palabra «Necronomicón» ilustra este hecho mejor que cualquier otro argumento.

Otros buenos ejemplos incluirían el antiguo lema cristiano Maranatha, que puede ser «¡Viene Nuestro Señor!» en arameo o la invocación «¡Ven, Señor!». En cualquier caso la frase anticipa la Parusía[2] del Logos, el Adviento, la Presencia del Verbo de Dios (véase Apocalipsis 19, 11-13), la Segunda Venida de Cristo. La misma ambigüedad de la palabra (¿indicativo o imperativo?), dependiendo de cómo se dividan las sílabas (al igual que «Necronomicón»), demuestra que esta esperada Parusía, la Presencia del Verbo de Dios de modo accesible, el desgarro del velo de lenguaje ambiguo

para que podamos conocer de la misma manera que se nos conoce, cara a cara, nunca tendrá lugar. El significado siempre está un poco por delante nuestro, y nunca lo alcanzaremos. El lenguaje es un laberinto, un dédalo, ni mucho menos un camino estrecho y recto. El Mesías que debe venir puede que nunca llegue, por definición. Procede del futuro y siempre está a punto de llegar, pero por esa misma razón puede que nunca llegue en realidad. El Cristo que aparece es por definición un usurpador de la promesa divina, un impostor, un Anticristo. El único significado que puede haber para nosotros es esa luz al final del túnel. Nos ayuda a orientarnos, aunque nunca lo alcanzaremos.

La misma cadena de asociaciones aparece en el título Budista del Tathagatha, el Así-Llega-Él. Sabemos que es un epíteto de Buda, el Iluminado, pero ¿qué significa? Parece que significa que con Buda ha llegado el auténtico sentido, el Significado Trascendental. Pero ¿cuál es esa Noble Verdad? Desgraciadamente, no sabemos lo que significa la palabra.

Obsérvese la ironía inconsciente de los fundamentalistas protestantes: creen que tienen la respuesta a toda pregunta en un Libro infalible, cuyo significado discuten continuamente sus exégetas. ¿Qué tiene de bueno un libro infalible si no se sabe lo que significa? Y así son todos los libros, todos los textos, y por eso nunca puede haber un libro autorizado. Porque la intención del autor, el significado del autor, el sentido aparente del autor, nunca puede controlar la lectura del texto. Como todos los textos se limitan a pasar mediante el escritor desde el megatexto inconsciente, pretender que el significado del autor sea el único o el «real» sería tan absurdo como que Lovecraft mantuviese (cosa que no hizo) que su definición aproximada de «Necronomicón» fuera la correcta porque, al fin y al cabo, él fue el que soñó la palabra.

Martín Lutero, el inventor del fundamentalismo literal en la lectura de la Biblia, quería canonizar la intención del autor (suponiendo que se pudiera recuperar), el «sentido llano del texto», como el significado mayoritario y «oficial», porque quería diferenciarse de la Iglesia Católica. Los católicos llevaban mucho tiempo recurriendo a exégesis figurativas y alegóricas para dar una base escrita a sus dogmas gratuitos. Lo que Lutero odiaba de una interpretación tan creativa y figurada era su carácter incontrolable. No

podías obligar a alguien con la letra de la ley si los lectores del texto podían usarlo como una carta de Tarot o una mancha de Rorschach para catalizar nuevos y propios significados. «En el Necronomicón del árabe loco Abdul Alhazred había dobles significados que los iniciados pueden leer como prefieran». Adviértase la ansiedad protestante de algunos estudiosos de Lovecraft que echan humo ante las lecturas «heréticas» de los textos sagrados de HPL y tratan de hacer cumplir una ortodoxia de interpretación basada en la propia filosofía de Lovecraft.

No solo es la ambigüedad del título la que convierte al Necronomicón en un caso paradigmático de la textualidad indeterminada. Está la técnica de la mise-enabyme, la imagen huidiza dentro de una cámara fotográfica, los infinitos reflejos de espejos enfrentados. Es una técnica de caja china, en la que una puerta abierta solo muestra otra puerta, y otra y otra, ad infinitum. Esto significa un aplazamiento interminable del significado, la sustitución de cada velo arrancado con otro idéntico. Cuando el Prisionero[3] arranca la máscara del rostro del Número Uno, encuentra ¡otra máscara! ¡Y finalmente su propio rostro! Lo que creíais que era una ventana era un espejo. La respuesta de la oscuridad solo es un eco de vuestra propia pregunta. Lovecraft usa una y otra vez el Necronomicón de esta manera.

En primer lugar, adviértanse las veces en muchos de los relatos, como en En las montañas de la locura y El que acecha en la oscuridad, donde descubrimos que el prohibido y repugnante Necronomicón, ese libro perseguido por el buscador faustiano por su promesa de revelar todos los secretos, solo comunica ambigüedades desesperadamente reservadas. Para librar a sus lectores de lo peor, Alhazred ha «disimulado piadosamente» esta o aquella terrible verdad o «insinuó nerviosamente» esto o aquello. Afirma insistentemente que ciertos horrores en realidad no han tenido lugar, dejando que se saquen misteriosas y terribles conclusiones. ¿Por qué es tan críptica esta pretendida revelación? ¡Se supone que es la clave de las respuestas, no el crucigrama! Cuando se le echa un vistazo, se ve que Alhazred estaba en nuestro lugar mirando hacia el interior, no en el otro lado mirando hacia fuera. En todos esos relatos de Lovecraft, el lugar de la revelación terrible y la verdad final lo ocupan las Entidades alienígenas que resultan ser los referentes reales de la brumosa divagación de Alhazred. De

acuerdo, Wilmarth, gracias a las langostas de Yuggoth encuentras la repugnante verdad oculta bajo el mito de Azathoth. Pero ¿cuál es? ¿Por qué no nos la cuentas? ¡Sencillamente porque no hay nada que ver! ¡Ha vuelto a ser aplazada!

Dostoievski explicó el mecanismo perfectamente en la parábola del Gran Inquisidor: misterio, milagro y autoridad son las tres conchas en el juego que mantiene estupefacto y obediente al populacho. Tendrán que recurrir a la fe si van a aceptar alguna verdad que no pueden entender. Si algo como la doctrina oximorónica de la Trinidad se viese sometida a un escrutinio racional, no sobreviviría demasiado tiempo, ni tampoco duraría la actitud pasiva de la multitud. Una vez invitados a ejercer el escrutinio crítico, será demasiado tarde para volver a recurrir a la fe ciega. Se habrá creado un nuevo hábito. Así que se les debe mantener perplejos y felices para que no se hagan preguntas. La fe sumisa con la que Lovecraft quiere engañar al lector es lo que Coleridge llamó «la fe poética», o «la suspensión de la incredulidad voluntaria y temporal», sin la que cualquier historia se vuelve aburrida y ridícula. Por esto Lovecraft, como el Gran Inquisidor de Dostoievski, emplea todas las ardides del «oficio de los sacerdotes» para construir un truco para engañar al lector. Los racionalistas dicen que los sacerdotes habían preparado la Biblia para mantener dóciles a las masas, y que era una sarta de supersticiones e historias de terror. Del mismo modo, Lovecraft aconsejaba a los escritores de ficción insólita que usaran todo el ingenio y atención al detalle que requeriría un auténtico engaño. Este sacerdote, Lovecraft, lleva engañado al lector hacia la fe (poética) ocultando el Sagrado Grial prometido tras el velo del desconcierto.

No quería que los lectores creyesen en el Necronomicón en cuanto finalizara el relato, pero hizo demasiado bien su trabajo. Muchos le escribieron preguntando si el volumen existía en realidad. ¿Cuál era su secreto? Lovecraft suministró un montón de detalles bibliográficos convincentes pero falsos, pero nunca abrió la bolsa enseñando lo que había en su interior. ¡Nunca podría haber nada que justificara todo ese revuelo! Por eso, cuando permite echar un vistazo dentro del Necronomicón, solo es el vestíbulo, la «antecámara» del infierno, y no el mismo infierno. La verdad real se encuentra oculta por el velo compasivamente situado por el

autor sobre la materia. Y no vamos a llegar a ver qué hay. ¡Porque no hay nada que ver! Será mejor que todo el mundo siga con sus conjeturas.

Lucio Apuleyo, autor de la novela del siglo II d. C. La metamorfosis o El asno de oro, usa la misma técnica, solo que se encuentra a medio camino entre Lovecraft y el Inquisidor. Es decir, describe algunos aspectos tentadores de una iniciación secreta por la que había pasado en el culto a Isis, pero ha de callar en un punto concreto, teniendo que jurar que no divulgará los oscuros secretos del culto a extraños. Se revela lo suficiente para hacer la boca agua a nuestra fértil imaginación. Podemos imaginar (o, mejor, casi imaginar) revelaciones imprecisas que superarían con mucho a la verdad si pudiéramos verla. Los estudiosos sospechan que la cesta que contenía al más santo entre los santos estaba vacía. Igual que el Arca de la Alianza cuando René Belloq (en En busca del arca perdida) la abre y no encuentra nada en su interior. Y así es como debe ser. Lo visible no es más que el rastro evocativo de lo invisible, que en sí mismo no es un Significado Trascendental, sino un símbolo poderoso que apunta a otros símbolos en un vertiginoso espectáculo de disparos rebotados.

Talbot Mundy hizo un gran trabajo comunicando el misterio profundo de su fe teosófica en sus novelas, como Old Ugly Face, The Thunder Dragon Gate, The Devil's Guard y Om, the Secret of Abbot Valley. Insinuó, dio a entender, reveló el rastro poderoso. Incluso llegó a inventar sus propias escrituras «antiguas», análogas al Necronomicón de Lovecraft —*El libro de los dichos de Tsiang Samdup*— del que, como HPL, facilitaba vistazos evocativos/equívocos de vez en cuando, causando una honda impresión. Todo se volvió soso, y pareció absurdo en cuanto retiró el velo en I Say Sunrise, un libro no novelesco pueril y didáctico. ¡Hey! ¡No prestéis atención al hombre que hay detrás del telón! Apuleyo lo entendió mejor que Mundy, y por eso volvió a cerrar el telón en medio de la revelación de los secretos del culto. Igualmente, en el capítulo 12 de la segunda Carta a los Corintios, San Pablo está dejando al lector que penetre en la historia de una revelación secreta que tuvo catorce años antes (un toque novelesco para darle un aire de antigüedad misteriosa a la revelación). San Pablo estaba siendo conducido místicamente al tercer cielo, al mismo trono de Cristo, y allí escuchó misterios que un hombre no

puede decir. ¡Y no los dice! Te atrae lo suficiente para hacerte pensar que has logrado vislumbrar la verdad oculta, pero es el viejo juego de mover el cebo. Te marchas sin ningún secreto revelado, pero con mayor respeto hacia el tipo que lo escuchó. «Misterio» → «milagro» → «autoridad».

Por eso, en cuanto Lovecraft nos permite, como Henry Armitage, leer el Necronomicón por encima de su hombro, vuelve a ocultar la revelación en el mismo momento en que parece estar difundiéndola. No, Alhazred no nos lo dejó claro; no estaba en una posición mucho mejor a la nuestra. Solo tenía indicios.

Otra manera de reproducir el secreto original en medio de la supuesta revelación del misterio es hacer que el propio Alhazred aluda a una fuente aún más antigua de información a la que admira respetuosamente de la misma manera que nosotros admiramos su tomo. En el pasaje del Necronomicón redactado por E. Hoffmann Price y revisado por HPL en «A Través de las Puertas de la Llave de Plata» nos sorprendemos al escuchar a Alhazred decir que si se quiere obtener información veraz no hay que acudir a él, sino al Umr-at-Tawil y al antiguo Libro de Thoth. Lin Carter siguió una pista dejada por Lovecraft en cuanto a que el comienzo del Necronomicón era un relato de las primeras aventuras hechiceras de Alhazred. Carter contó estas historias en su propio Necronomicón como relatos de advertencia. En otras palabras, el «maestro» de la blasfemia y de la hechicería temblaba ante los horrores que relataba. A Yakthoob y a otros como él, cuyo conocimiento arcano empequeñecía al de Alhazred, les correspondía proteger secretos más profundos, blasfemias primigenias. De nuevo, en cuanto abrimos el libro, la perspectiva cambia. Pensamos que la página del Necronomicón sería una ventana como la del soneto de Lovecraft «La ventana», que revela secretos guardados, pero resulta ser un espejo que refleja nuestra propia ignorancia asustada. Somos como Antonius Block en El séptimo sello, la obra maestra de Bergman, cuando dice a la Muerte: «Pronto divulgarás tus secretos». La Muerte, como Alhazred, replica: «No tengo secretos… No tengo nada que contar».

En cierta ocasión Lovecraft respondió a una carta de unos jóvenes admiradores, James Blish y William Miller, Jr., que le instaban a escribir el Necronomicón, como si ya existiese y solo necesitara ser transcrito, como la

Madre del Libro, el prototipo celestial del Corán del que el ángel Gabriel dictaba fragmentos al profeta Mahoma a medida que los iba necesitando. En realidad, Blish y Miller se diferenciaban poco de aquellos admiradores crédulos que preguntaban a Lovecraft si existía el Necronomicón y dónde podían conseguir una copia. Como aquellos, Blish y Miller parecían imaginar que el libro ya existía, completo, pero en la imaginación de Lovecraft. ¡Ponte a escribirlo! ¡Hazlo para que podamos atrevernos a leer los horrores enloquecedores a los que te has referido! Igual que Lovecraft tuvo que sacar de su error a sus admiradores más literales, confesando que el libro era puramente imaginario, tuvo que hacer ver a Blish que el Necronomicón no solo era imaginario en su naturaleza, sino que ni siquiera el propio Lovecraft podía imaginarlo. El Necronomicón no es más que el rastro, la huella vacía dejada por el horror invisible. No contiene ese horror pero contiene su ausencia, que es el único modo de su presencia, porque el Significado Trascendental imaginario y ficticio, la Terrible Verdad que se insinúa, es lo contrario a cualquier cosa que se pueda decir con palabras. Es el Verbo de Dios, lo Totalmente Ajeno, que nunca puede escucharse o mencionarse, un árbol que cae en un universo vacío carente de oídos para escuchar. Los horrores imaginados y sobreentendidos del Necronomicón son el eco débil, quizá más sentido que escuchado, de una explosión lejana que en realidad no se escucha. Uno descubre después que ha habido un terremoto, cuando pierde el equilibrio por los temblores secundarios.

Lovecraft fue franco con Blish y Miller, diciéndoles que él mismo, HPL, nunca podría escribir un libro que justificara todas las escalofriantes referencias que había hecho hacia él. Mejor dejárselo a la imaginación. «Uno jamás puede crear algo que sea la décima parte de lo terrible e impresionante que puede ser algo que insinúa. Si alguien tratara de escribir el Necronomicón, defraudaría a todos aquellos que se han estremecido con las referencias crípticas a él» (carta a Blish y Miller). «No obstante, podría escribir un Necronomicón abreviado, conteniendo aquellas partes que se consideran al menos razonablemente seguras para su lectura por parte de la humanidad» (carta a Robert E. Howard, 7 de mayo de 1932), «los capítulos menos terribles, que pueden leer los seres humanos corrientes sin peligro de ser asaltados por las Sombras del Abismo de Azathoth» (a Blish y Miller).

De nuevo, ¡esa postergación! Cuanto más nos acercamos, más retrocede, una y otra vez. Si Lovecraft nos facilitase el libro, recortaría las partes que queríamos leer. Como si Jerry Falwell os diera vuestro ejemplar de suscriptor de *Playboy* tras haber recortado todas las chicas desnudas. ¿Qué queda? ¿Queréis perder el tiempo leyendo esos chistes estúpidos?

Como Cristo, el Anticristo es una figura que viene continuamente, pero nunca llega. El horror es el del temor esperado ante el destino inminente que, cuando llega, siempre es menos terrible que cuando lo imaginamos antes del hecho. Blish aprendió la lección, como atestigua su propio relato posterior «Más luz». Blish en realidad proporciona el texto de la espeluznante obra El rey de amarillo, pero se detiene antes del temido clímax. Se reserva la revelación en el mismo momento que parece estar descubriéndola.

La técnica mediante la que se repite la ocultación del misterio en la misma escena de la revelación es en sí paradigmática, pues, del carácter de postergación del lenguaje. Del mismo modo, podemos encontrar en la retórica del miedo de los relatos de Lovecraft una alegoría exacta de la comprensión mediante la técnica del cebo, con las aparentes revelaciones siempre aplazadas. Estoy pensando en la frecuentemente repetida ansiedad del narrador lovecraftiano, al manifestar que debe evitarse a toda costa la revelación del secreto de R’lyeh o de los Primigenios o de los Dioses Exteriores, porque «dicho conocimiento no es bueno para el hombre». Destrozaría nuestra cómoda perspectiva y tendríamos que afrontar nuestra auténtica y peligrosa posición en el cosmos. El narrador desea evitar eso a sus contemporáneos. Y dice que se llevará el secreto a la tumba… en cuanto finaliza su relato de ese mismo secreto para que lo lea la posteridad. Esta es otra contradicción cargada de significado retórico. Su propósito es identificarte con el papel del indagador. A medida que el narrador —por ejemplo, Francis Wayland Thurston en «La llamada de Cthulhu»— cuenta paulatinamente cómo unió todos los puntos del dibujo, estáis reviviendo el proceso con él, para poder llegar a la misma conclusión escalofriante. Es otro efecto de mise-en-abyme, esta vez con la escena en miniatura dentro de la página proyectándose hacia fuera, reflejándose a sí misma, magnificada, sobre el lector.

Además de eso, este tema de un conocimiento lo bastante terrible como para destrozar nuestra perspectiva del mundo, que sin embargo nunca se revela al lector, refleja una característica estructural de la propia narrativa, como señala Tzvetan Todorov en su análisis de «El dibujo de la alfombra» de Henry James («El secreto de la narrativa», en La poesía de la prosa de Todorov). Un lector de un famoso autor conoce a su héroe, que le pide que vuelva a leer de nuevo sus historias tratando de aislar un tema subyacente que recorre todas ellas como el diseño de una alfombra, desapercibido pero básico para la impresión artística de la alfombra en su conjunto. Nunca lo encuentra. Todorov dice que es porque un elemento no evidente en una historia solo puede realizar su función si permanece implícito. Si se llama la atención sobre él durante un instante y se le da nombre, nunca más funciona (por eso, tanto análisis literario, al desnudar la anatomía oculta de la historia, arruina esa historia). Tiene que ver con la dialéctica de la «ceguera y la percepción» de Paul de Man, mediante la que se nos permite ver algunas cosas en un texto precisamente por nuestra incapacidad para ver otras. Irónicamente, si advirtiéramos de repente estas últimas, estaríamos andando antes de haber aprendido a gatear, y no haríamos bien ni una cosa ni la otra.

Las blasfemias ocultas en el Necronomicón son el dibujo de la alfombra voladora de Alhazred. Ese dibujo es la parte no revelada del texto que el propio Lovecraft habría «omitido», las verdades que Alhazred solo se atreve a insinuar en el texto y que atribuía a fuentes más antiguas y misteriosas que su propio libro. Si estos horrores tuvieran que conocerse y presentarse a las claras al lector, se haría añicos el efecto de las historias, ya que la inevitable decepción habría disipado la tensión y las maravillas del suspense. Los horrores del Necronomicón nos estremecen precisamente por no revelarse. Solo pueden ser eficaces y estar presentes en su ausencia.

Solo podemos contemplar el semblante de Medusa en un espejo borroso, o la historia, en vez del lector, se convertirá en piedra sin vida.

Unas últimas palabras acerca del contenido de esta colección. Las notas explicarán la mayoría de las cosas que es necesario saber. Me gustaría

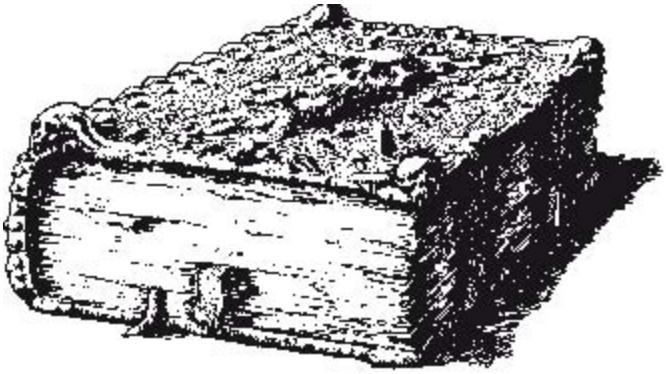
explicar cómo el concepto del Necronomicón como símbolo del antiguo saber arcano ha dictado nuestra selección de material. Es obvio que el subtexto de la historia del «libro prohibido», el gancho invisible de la vida real que nos atrae, es el desafío de rebuscar en las tiendas de libros antiguos buscando un volumen poco común ansiado desde hace tiempo. Cuando un devoto de Lovecraft ve la palabra Necronomicón en un relato en el que alguien está tratando de conseguirlo o aparece en la estantería de un edificio abandonado, lo que ese lector ve es El intruso y otros cuentos. Historias como «El vampiro estelar» de Robert Bloch o «El ser en el tejado» de Robert E. Howard se cortan por el mismo patrón cuando uno escucha rumores entre los aficionados a Lovecraft que una vez se tropezaron con un ejemplar tirado de El intruso por un dólar en un puesto callejero. El equivalente del mundo real del buscador lovecraftiano de secretos prohibidos no es el creyente patético en uno u otro de los pseudonecronomicones (véanse los ejemplos incluidos en este libro), sino el coleccionista ávido que peina todas las tiendas de segunda mano y de compra/venta en busca del último volumen perdido que necesita para completar su colección. Por consiguiente, las historias de este libro son, en su mayoría, relatos poco comunes de los que nunca habrán oído hablar la mayoría de los lectores, o al menos nunca los habrán visto. La mayoría son de la época pulp, unos pocos de fanzines o revistas más actuales.

Los coleccionistas de los Mitos se muestran notoriamente dispuestos a leer y catalogar cualquier relato que emplee, aunque sea de manera modesta, los términos asociados con diferentes grimorios, nombres divinos o lugares lovecraftianos. El uso tal vez sea puramente marginal, un ligero matiz asociativo. Tales referencias se limitan a aderezar una historia que debería ser eficaz por otras razones más sólidas de su argumento, caracterización, visión filosófica, etc. Aunque a los admiradores de Lovecraft les encanta descubrir dichas referencias marginales al saber cthuloideo en la letra pequeña de una historia, los editores y recopiladores de antologías están más interesados en usar historias que sean buenas por propio derecho. De este modo muchos viejos relatos, cuyo principal interés para nosotros reside en sus sutiles referencias a los Mitos, no han estado disponibles o incluso han sido olvidados por editores con diferentes

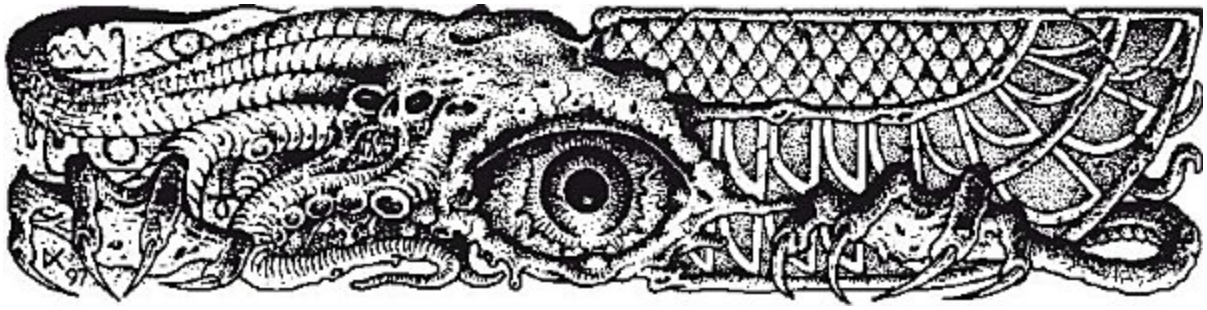
prioridades. Por suerte para todos, esta colección tiene un editor que es tan fanático completista como vosotros. Y os acompaño en el festín demoniaco que se os presenta en estas páginas.

Robert M. Price
En la hora del caminar amenazador
tras la puerta tres veces atrancada
5 de julio de 1995

Relatos oscuros



Cuando en 1971, el gran Wellman, ya difunto, volvió a leer esta historia para su reaparición en la destacada publicación de aficionados de Lovecraft HPL, reflexionó acerca de lo que tenía en mente al escribirla treinta años antes. (Apareció en el número de agosto de 1937 de Weird Tales). Esto es lo que dijo: «Transcurre en el apartamento que teníamos durante los años treinta en East 24th Street, Nueva York; cómodo, aunque no ostentoso. La pareja bien pudiera ser yo mismo y mi esposa, que no se llama Gwen. El Kline mencionado se trata del difunto Otis Adelbert Kline, un buen amigo mío, escritor y orientalista. Clark Ashton Smith y Robert Bloch son ellos mismos. El padre O'Neill era un viejo amigo de la familia de otra parte del país. Los años treinta fueron sombríos, con la Depresión en pleno apogeo y Adolf Hitler haciendo de las suyas; pero Kline y Smith y Farnsworth Wright, ese magnífico editor, estaban vivos y llenos de energía, y podías comprar WT por un cuarto de dólar, si es que lo tenías».



EL PERGAMINO TERRIBLE

Manly Wade Wellman

(En memoria de H. P. Lovecraft, con toda admiración)

—Aquí tienes tu *Weird Tales* —sonrió mi esposa, entrando en el apartamento.

—Gracias, Gwen —dije, levantándome y cogiendo la revista que sujetaba—. Pero todavía no es día 1.

—Aún faltan dos días —me aseguró Gwen—. Pero cuando llegaba a la puerta, apareció un viejo algo raro con un montón de revistas debajo del brazo… Supongo que ejemplares adelantados. Me metió un ejemplar de W. T. debajo de la nariz. Le di un cuarto de dólar y… ¡vaya!

Había abierto la revista y una página revoloteó hasta el suelo. Ambos nos agachamos, la cogimos y la soltamos.

Gwen gritó sofocadamente y yo silbé. Y es que esa página caída tenía un tacto húmedo y pegajoso. Malsano, quizá sea la palabra. Aún agachados, nos hicimos una mueca. Entonces vencí mi momentáneo disgusto, recogí la página y la sujeté ante la luz de la lámpara de mi escritorio.

—No es papel —dijo enseguida Gwen.

No lo era, y ¿qué estaba haciendo en un Weird Tales? Aunque parecía lo bastante extraño. Era un rectángulo de pergamino ámbar flexible, granulado en su parte superior con escamas, como la piel de algún reptil desconocido. Lo di la vuelta. La otra superficie era más lisa, con marcas similares a poros y líneas de garabatos vagos y mohosos.

—Árabe —declaré—. Vamos a llamar a Kline para que venga. Lee el idioma.

—Hay una palabra griega —dijo Gwen. Su dedo de punta rosácea tocó el renglón de mayúsculas del borde superior:

NEKPONOMIKON

—Necronomicón —deletreó—. La P sería rho en griego. Suena raro.

—Así se llama el libro de H. P. Lovecraft —le dije.

—¿Libro? Ah, sí, siempre lo menciona en sus relatos.

—Y muchos de los autores de W. T, Clark Ashton Smith y Robert Bloch y otros, lo han incluido en sus historias —añadí.

—Pero Lovecraft lo inventó ¿no?

Dejé el pergamino en el escritorio, ya que mis dedos aún se rebelaban ante su extraña humedad.

—Lovecraft lo describe como si fuera obra de un hechicero árabe demente, Abdul Alhazred, y se supone que contiene secretos de males poderosos que existían antes del mundo moderno. Se ha convertido en legendario.

Gwen lo miró fijamente, pero no lo tocó.

—¿Es alguna broma del día de los Inocentes, encartada para emocionar a los suscriptores? Si es así, está muy bien hecho. Parece tener un millón de años.

Estudiamos absortos el mohoso garabateo arábigo, con nuestras cabezas muy juntas. Si era falso, la tinta tenía toda la pinta de ser antigua y desvaída.

—Kline tiene que echarle un vistazo —volví a decir—. Tal vez sepa lo que está haciendo en Weird Tales.

Gwen estudió la última fila de caracteres.

—Esa parte no es falsa —dijo de repente. Se detuvo un momento, traduciendo mentalmente—. Dice: «Canta el hechizo y devuélveme la vida». —Se puso derecha—. Vamos a jugar a las cartas.

Ambos sentimos alivio al apartar la mirada del pergamino. Aunque nuestra charla había sido por puro entretenimiento, a ambos nos había intimidado la sensación de misterio apremiante. Saqué el tablero y las cartas y comenzamos a jugar en la mesa del comedor.

Diez minutos después me volví de repente como si hubiera escuchado algún ruido mentalmente. El pergamino ya no estaba sobre el escritorio.

—Se ha volado hasta el suelo —dijo Gwen.

Me levanté y lo recogí. Tenía un tacto incluso más desagradable que antes, y esta vez pareció retorcerse en mi mano. Quizá lo hubiese tirado alguna corriente. Tras ponerlo otra vez sobre el escritorio, lo sujeté con un cenicero y volví a la partida.

Gwen me pegó una buena paliza, añadiendo las ganancias al dinero para los gastos de la casa. Me burlé de ella sugiriendo que había pasado su adolescencia en mesas de juego, y después me giré distraídamente hacia el escritorio. Blasfemé, o eso dice Gwen, y salté por encima del escritorio para cogerlo.

—Esto es ridículo —dijo Gwen, barajando nerviosamente las cartas. Estudié la cosa de nuevo.

—Dijiste que el último renglón estaba en latín —comenté.

—Está en latín.

—No, está en inglés. —Lo leí en voz alta—. «Canta el hechizo y devuélveme la vida». —Y me di cuenta que el penúltimo renglón también estaba en inglés. Estaba escrito con tinta fresca, con mano firme: Muchas mentes y muchos deseos dan sustancia al culto a Cthulhu.

Gwen miró por encima de mi hombro.

—Tienes razón, cariño, «Muchas mentes y…» ¿qué significa Cthulhu? ¿Tiene que ver con los dioses del inframundo, con los regentes subterráneos a los que veneraban los griegos?

—No me extrañaría —dije, y sonó aún más seco de lo que era mi intención—. Cthulhu es un nombre que Lovecraft y Smith y los otros usaban en sus cuentos. Un dios de antaño, uno de los malos.

Gwen se estremeció, y convirtió el escalofrío en una sacudida de sus hombros.

—Quizá muchas mentes y muchos deseos dieron sustancia a esta página del Necronomicón.

—Tonterías, el Necronomicón no es más que un producto de la imaginación de Lovecraft.

—¿No dijiste que se había convertido en una leyenda? —recordó, completamente seria—. ¿Cuál es el siguiente paso después de eso?

—Lo que sugieres —dije, tratando de ser alegremente desdeñoso— es que ha habido tanta gente que ha pensado y hablado sobre él que en realidad le han dado forma.

—Algo así —admitió. Después, añadió más animadamente—: Al final resultará ser una broma, o algo igual de decepcionante.

—Exacto —coincidí—. Al fin y al cabo, no estamos viviendo en un relato extraño[4].

—Si así fuera, eso lo explicaría todo. —Le entusiasmó la idea—. Se estaba traduciendo deliberadamente a un idioma que pudiéramos leer. Cuando dudamos con el latín…

—Se avino a convertirse en inglés —finalicé.

—Hay más cosas en el cielo y la tierra, Horacio, de las que se sueñan en tu filosofía.

—Trillado pero cierto. Aun así, no me llamo Horacio, y es hora de acostarse. Espero no soñar con filosofías que se convierten en pesadillas. —Una vez más cogí aquel frío y húmedo pergamino—. Voy a poner esto a buen recaudo.

Tras abrir el diccionario sobre el atril junto a mi escritorio, puse el pergamino en su interior y cerré el voluminoso libro sobre él.

—Aquí se queda hasta que Kline venga mañana. Ahora, vamos a la cama.

Fuimos a la cama, pero no a dormir. Gwen se retorcía y murmuraba, y todo mi cuerpo, excepto mis párpados, estaba agotado. Nos levantamos una vez para tomar unos bocadillos y leche, y otra a por una aspirina. Nos acostamos por tercera vez y al menos yo me quedé medio dormido.

Desperté por la presión de los dedos de Gwen sobre mi hombro. Después escuché lo que había oído, un débil y sigiloso crujido.

Estiré el brazo buscando el interruptor encima de la cama. La habitación se iluminó, y a través de la puerta abierta pude ver la sala de estar. Me senté en la cama, mirando fijamente.

Algo colgaba de las hojas del diccionario junto al escritorio, algo que se movía. Algo que sería rectangular si estuviera sobre una superficie plana, pero que ahora parecía fluir desde su estrecha prisión como un chorrito de inmundicia líquida.

—Va a venir a por nosotros —resolló Gwen, casi sin voz.

El pergamino se liberó y cayó al suelo haciendo un ruido carnoso, como si pesara algo. Comenzó a moverse por la alfombra hacia la puerta del dormitorio. Hacia nosotros.

Quizá podría describir con todo lujo de detalles su aspecto al moverse, cómo se elevaba en el medio y situaba sus esquinas sobre el suelo como pies. Pero ¿cómo puedo expresar su horrible malevolencia, cómo puedo transmitir la sensación de poder impío que emitía en ondas casi palpables? Podríais haceros una idea cubriendo una tortuga que se arrastra con un papel marrón… no, eso parece absurdo. No había nada divertido en la manera de moverse del pergamino, ni un átomo de humor.

Gwen se acurrucó, encogida y asustada, contra el cabecero de la cama. Su terror desvalido me puso nervioso. De alguna manera, me incorporé y me puse de pie. No debía tener un aspecto demasiado heroico descalzo, con el pelo revuelto y el pijama azul, pero estaba listo para luchar.

¿Luchar con qué? ¿Y cómo?

Llegó ondulándose al umbral de la puerta como un gusano plano y desganado. Vi la escritura, no desvaída sino negra y marcada. Tras coger un vaso de agua de la mesilla, lo lancé. El malvado objeto se arrugó súbitamente a un lado. El cristal se hizo añicos contra el suelo donde había estado. El pergamino venía encorvándose, deslizándose hacia mis dedos desnudos.

—Destrózalo —gimió Gwen. Debía de haber estado a punto de desmayarse.

Su pequeña sombrilla estaba apoyada en una silla, con una borla de seda en su mango y un regatón de ámbar de imitación. La cogí y lancé una estocada contra el intruso. La punta clavó su centro contra el suelo, atrapándolo allí un instante. Entonces vi de qué manera había cambiado.

En el encabezado, NEKPONOMIKON seguía escrito en tinta antigua, pero la escritura arábiga se transformaba en inglés, con letras grandes, doradas y negras como el azabache. Encorvándome para mantenerlo sujeto al suelo, leí de un vistazo el primer renglón.

Desde entonces he querido pronunciar en alto esa frase, o escribirla, mil veces, para hacer algo para aliviar mi mente. Pero no debo, ni ahora ni nunca.

¿Quién forjó un pensamiento tan espantoso? Abdul Alhazred es una quimera de Lovecraft. Y Lovecraft es humano; nunca hubiera podido soñar aquellas palabras que yacían en mi mente como eslabones de una cadena de hierro al rojo. Y no eran más que el comienzo del escrito. ¿Qué podría haber sido al completo?

No me atrevo a suponerlo. Pero supe esto a ciencia cierta, mientras intentaba estrujar el pergamino bajo la inadecuada sombrilla: el mal informe de tantos siglos había cobrado forma. Un autor había imaginado el libro; otros le habían dado la existencia gracias a sus propias imágenes mentales. La leyenda se había convertido en un espantoso gancho del que el terror, deslizándose desde la frontera de su reino prohibido, podía colgarse, volviéndose tangible, macizo, poderoso.

—Gwen —llamé—, tápate los ojos. No mires. No leas.

—¿Qué? —su pálida faz se acercó al inclinarse sobre la cama.

—¡No leas! —le grité.

El pergamino se retorció bajo la punta de la sombrilla. Llegó hasta mi pie, estaba trepando por mi pierna.

¿Escalaría mi cuerpo y me cubriría la cara, introduciendo por la fuerza su mensaje indecible en mi mente? Porque entonces tendría que hablar.

La carga sería demasiado pesada. Mis labios se abrirían para aliviar la tortura. «Canta el hechizo…» y el mundo sería aplastado bajo los horripilantes pies de Cthulhu y sus terribles parientes. ¿Qué desgracias y

pecados quedarían libres? Y sería yo el que pronunciase las palabras para liberarlos.

Mareado y débil, me arranqué la cosa de mi pierna. Se agarraba, como su tuviera ventosas o tentáculos, pero la despegué y la tiré a una papelera de metal, entre pedazos arrugados de papel. Intentó salir de nuevo. Agarré mi mechero de la mesilla. Funcionó; se encendió y lo arrojé dentro de la papelera.

La masa de papel se convirtió en fuego y humo. De ella salió un chirrido débil y vibrante, que se sentía más que se escuchaba, como la voz distante de un murciélago. En el fondo del pequeño horno golpeé al proscrito heraldo de la destrucción. Se arrugaba y retorcía entre las llamas, pero no ardía.

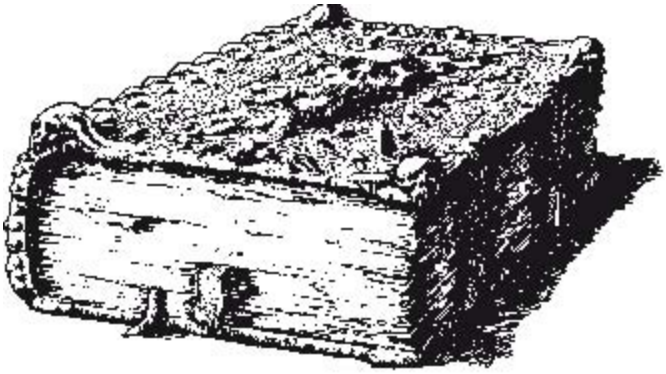
Gwen estaba farfullando al teléfono.

—¡Padre O'Neill! —gritó—. ¡Venga rápido, con agua bendita!

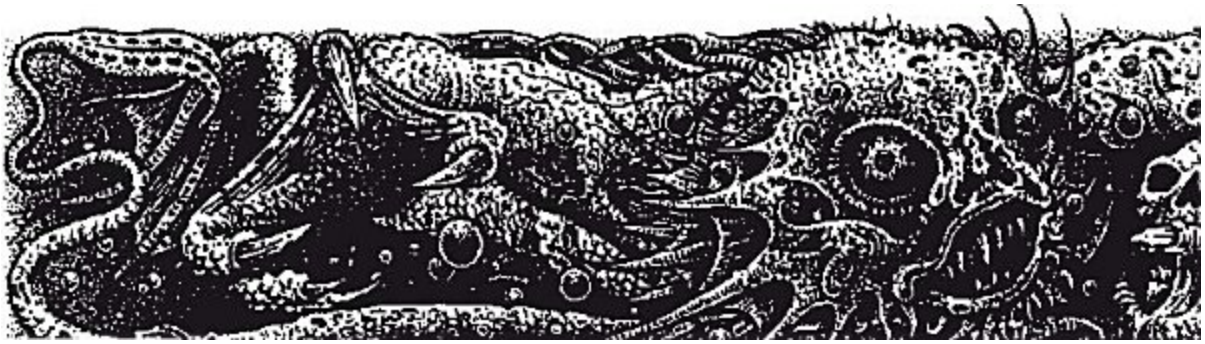
Entonces colgó y se volvió hacia mí.

—Estará aquí en dos minutos. —Su voz tembló—. Pero ¿qué pasa si el agua bendita no funciona?

Funcionó. Con el primer salpicón, el pergamino y su evangelio de maldad se desvanecieron en una nube de cenizas. Doy gracias por ello, todos los días de mi vida. Pero ¿qué habría pasado si el agua bendita no hubiese funcionado?



Este brevísimo relato vuelve a ver la luz desde las desgastadas páginas del número de marzo de 1941 de Scorpio, un fanzine prácticamente desconocido. Hizo falta recurrir a las técnicas arqueológicas y de investigación de Edward P. Berglund (editor de The Disciples of Cthulhu) para desenterrar un ejemplar cuando ya habíamos llegado a un callejón sin salida. El pasaje del Necronomicón mencionado en esta historia debe ser el citado en A través de las puertas de la llave de plata de E. Hoffmann Price y H.P. Lovecraft. O, dependiendo de lo que Martin Brown pensara que significaba, posiblemente tuviera en mente el texto del Necronomicón de «El ceremonial». Cabe preguntarse si el nombre «Xander» es tan simbólico como el del artista Pickman, ya que parece ser su equivalente. Si «Pickman[5]» nos evoca a una manada de chacales royendo los huesos de una jugosa pieza de carroña, «Xander» pudiera considerarse una combinación de «X», símbolo de lo desconocido, y ander, una palabra alemana que significa ajeno, o extraño.



LA CASA DEL DOCTOR XANDER
Martin D. Brown

—¿Aún se le ve?

—Sí —susurré—, y agáchate, imbécil. Anda despacio.

Era cierto. El doctor Xander andaba muy despacio. No era viejo, pero arrastraba los pies como si tuviera alguna deformidad… algo oscuramente siniestro y nada apropiado.

—¿Se ha ido ya? —preguntó de nuevo Parker.

—Sí. —La figura encorvada había desaparecido por la curva del camino. Parker y yo nos pusimos derechos.

—Maldita sea —dijo, cogiendo su cámara— tengo agujetas.

Yo también las tenía. Tumbarse en la hierba vigilando una casita en mitad de ninguna parte no era lo que un reportero consideraba pasárselo bien. Pero una historia es una historia, y el público debía tener sus sensaciones.

Y es que, de repente, el pequeño pueblo de Elwood se convirtió en el centro de la atención pública, tras descubrirse que sus habitantes habían estado desapareciendo misteriosamente durante años. Era como si hubiera una plaga progresiva y mortal. La gente desaparecía, y no se volvía a saber

de ellos. Las autoridades locales parecían impotentes, y mi periódico me había enviado para investigar.

Mis investigaciones se habían centrado finalmente en la figura encorvada y misteriosa del doctor Xander. Causaba pavor en el pequeño pueblo, pero nadie se atrevía a alzar su mano contra él. La gente retrocedía cuando pasaba a su lado en sus infrecuentes visitas al pueblo, y no se podía engatusar o sobornar a nadie para que se acercara a su pequeña casa de campo al anochecer. Parker y yo no pudimos encontrar una razón concreta para este miedo; solo rumores imprecisos, susurros siniestros de rústicos sobre lo que no podían comprender.

Así que Parker y yo habíamos montado vigilancia cerca del lugar, y esperamos a que la esquiva figura se fuera al pueblo. Y ahora, al acercarnos a la casa, olimos —o más bien sentimos— algo extraño en el aire.

—Esto no me gusta —murmuró Parker.

A mí tampoco me gustaba. Por algún motivo, alrededor del porche las sombras parecían acercarse más de lo debido, y la vegetación era demasiado exuberante y frondosa. Sentí un escalofrío mientras subía cautelosamente los escalones y empujaba la puerta.

Estaba entreabierta. Por lo visto el doctor Xander confiaba en que el miedo hacia su vivienda mantuviera alejados a los curiosos.

Dentro, el extraño hedor —era un hedor— era más fuerte. Miré a mi alrededor, usando mi linterna, aunque fuera aún estábamos en pleno día. La habitación estaba vacía, pero daba la impresión de haber sido usada hacía poco.

Parecía haber marcas borrosas de diagramas en el suelo y en las paredes, y también surcos en un extremo de la habitación, como si se hubiera quitado algún objeto pesado. El lugar me recordaba la sede de un culto diabólico que había investigado unos años atrás, y con esto en mente paseé la luz por la habitación, y advertí en un rincón lo que parecía ser un cuenco de algún tipo. Antes de que pudiera investigarlo, hubo un ruido en algún lugar de la casa.

La pistola saltó a mi mano. No era el doctor regresando, ya que el ruido venía de delante de nosotros, no de detrás. Pensando que tal vez algunos de

los aldeanos desaparecidos estuvieran prisioneros en el viejo caserón, apreté el frío acero del arma y abrí la puerta.

La habitación estaba vacía, y nos deslizamos a su interior. Parecía ser un laboratorio o una sala de operaciones, con material químico y mesas por todas partes. En el muro del fondo había otra puerta, de la que procedían los ruidos.

Avancé con grandes zancadas, tiré de los pesados cerrojos de la puerta, y la abrí. Parker estaba justo detrás de mí. Lo que vimos, en el breve instante antes de que cerrase la puerta de golpe y huyesemos de la casa, casi nos roba nuestra cordura.

Nunca, hasta el día que me muera, podré borrar la visión que nos recibió. Y es que la habitación estaba repleta de monstruos, pálidas caricaturas del cuerpo humano. No puedo decir si eran humanos o animales. Parecían ser grises, deformes y no tener pelo… y la pestilencia que brotaba de la habitación era abrumadora. Lo peor de todo era el ruido; un sonido húmedo y viscoso cuando los seres se movían.

Corrimos como alma que lleva el diablo al pueblo, avisamos a las autoridades, y regresamos… para encontrar ardiendo la casa. Un testigo dijo haber visto al doctor Xander entrar poco después de habernos marchado.

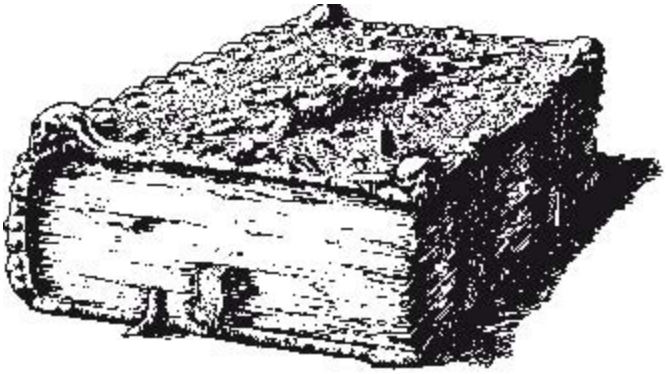
La casa estaba completamente destruida, aunque más tarde encontramos bajo los cimientos restos de lo que parecían ser cuevas. Fueron dinamitadas gracias a mi insistencia fanática, a pesar de aquellos que querían explorarlas para buscar a los aldeanos desaparecidos.

—El doctor Xander ha debido de estar operando a la gente secuestrada, convirtiéndola en esos seres —dijo Parker, mientras el ruido de los explosivos retumbaba en nuestros oídos. Yo negué con la cabeza.

—He leído el Necronomicón —le dije—. Esos… seres… viven en cuevas, y en túneles bajo los cementerios. Y se alimentan de… bueno, no vamos a entrar en eso. Nunca creí que existieran. Pero ya los viste. Probablemente hubiesen sacrificado a los aldeanos a sus obscenos dioses.

—Pero… ¿era cómplice el doctor Xander de todo esto?

—No… no era cómplice. Era uno de ellos.



Es sorprendente ver cómo la pátina de la antigüedad hace que las cosas que en tiempos fueron despreciadas obtengan un sentido tangible de clasicismo venerable. Los viejos y desvencijados fanzines de fantasía de la primera oleada de aficionados pos Lovecraft (especialmente The Acolyte) han acaparado gran interés como vestigios de la generación «subapostólica». Muchos lovecraftianos están casi igual de interesados en las vidas y obras de todos los escritores del Círculo de Lovecraft que en la obra del propio Viejo Caballero. Y el aura de santidad se extiende por contagio a los fanzines y los relatos de aficionados de aquellos días. La idea es, según creo, «estrechar la mano del que estrechó la mano del que estrechó la mano». De todos modos, hay algo cada vez más fascinante en los relatos de aficionado de aquellos primeros admiradores de Lovecraft, como Duane Rimel, Kenneth Sterling, Richard Searight y otros. «El manto de Graag» es uno de aquellos relatos. La historia apareció por vez primera firmada por «Paul Dennis LaVond», un seudónimo colectivo de tres escritores jóvenes y prometedores: Frederik Pohl, Harry Dockweiller y Robert A.W. Lowndes. El relato apareció en The Unique Magazine en octubre de 1941 (¿qué tal serviría como ejemplo de la parábola de la repetición de Derrida?).

EL MANTO DE GRAAG
Frederick Pohl, Henry Dockweiller y Robert A. W. Lowndes

—No soy del todo el Hartley que esperabas ver, ¿eh?

Jadeé y retrocedí dando tumbos; el ser que vi me sacudió como un golpe certero en el plexo solar; reculé buscando resuello mientras algo se arrastraba arriba y abajo por mi cuello. Después una miríada de voces gritaron dentro de mi cerebro: ¡No puede ser! ¡No puede ser!

Él —eso— estaba delante de mí, tratando de sonreír. Tendió los brazos con manos como garras en el viejo gesto que yo había aprendido; entonces bajó las manos. Los labios encogidos se retorcieron y la voz me llegó como si viniera de lejos. Estaba soñando… ¡debía ser una pesadilla!

—Ven, Harvey. —Seguí al ser que había sido Frank Hartley por el vestíbulo que conocía tan bien hasta la tranquila y lujosa habitación en un extremo del apartamento. Sin cambiar, ante mí estaban los muebles extrañamente labrados con sus abundantes envoltorios bárbaros: alfombras orientales, tapices y baratijas exóticas. Sobre la chimenea, el retrato de cuerpo entero de Hartley, realizado años atrás por un amigo artista.

La momia se hundió en el sillón preferido de Hartley, ofreciéndome la familiar caja de tabaco, una extraña composición de mezclas combinada con incienso, un preparado que restringía su consumo a unos cuantos amigos elegidos que compartían los gustos exóticos del autor de la mezcla. Me esforcé por mantener la compostura, azulando el aire con el humo aromático.

—¿Te acuerdas de Roche, Harvey? ¿De Roche, Klarner y Paulsen?

—Sí —murmuré—. Por supuesto. He leído bastante a Roche y a Klarner, y he visto los espléndidos dibujos de Paulsen. Siempre he querido escribirles pero nunca he llegado a hacerlo. Recordarás que te pedí varias veces sus direcciones. ¿Cómo están?

—Muertos —graznó—. Todos muertos. Paulsen fue el primero, después Klarner. Roche se cansó de… esperarlos… y tomó veneno. Siempre fue más práctico que el resto de nosotros. Si yo fuera menos imbécil…

Silencio. Entonces:

—Pero querrás saber qué sucedió… Todo comenzó cuando Hank me invitó junto a Roche y Paulsen a su refugio de caza en Maine para pasar un fin de semana. Paulsen acababa de obtener el divorcio y quería que algo le quitase de la cabeza sus problemas personales; Roche llevaba lo bastante adelantado su trabajo como para tomarse las cosas con calma un tiempo, y yo decidí que podía venirme bien un cambio. Así que hicimos las maletas, nos subimos en el coche de época del año 20 de Klarner y condujimos hasta Maine. De camino, Hank nos habló de la casa que había comprado por una cifra ridícula. Agradablemente retirada, a menos de un cuarto de milla de la carretera principal —en otras palabras, un camino de cabras a través del bosque con pretensiones de ser algo más— y una senda más o menos transitable que llegaba hasta la casa. No estaba lejos de un lago bastante grande y retirado y había varias playas magníficas, de esa clase especial de arena blanca que solo se encuentra en Maine.

—En aquellos tiempos yo estaba en Maine —interrumpí—. No tenía ni idea de que estuvieseis por allí. Pero prosigue…

—Bueno, resulta que Hank había comprado el lugar pero nunca se había quedado mucho tiempo allí. Fue un par de veces para ver si estaba en condiciones, y después lo cerró. Así que estaba tan desprevenido como

cualquiera de nosotros ante lo que iba a pasar. Es difícil de describir. Si estuviera escribiendo uno de mis propios relatos fantásticos, sería sencillo. Pero esto fue diferente. Ninguna señal tangible de nada, de ningún tipo. Ni vientos aulladores ni nada similar. Pero en ese lugar algo se nos metió en la cabeza tras la primera noche, y no pudimos librarnos de ello. No vimos, oímos ni olimos nada. No tuvimos extraños sueños. Pero medró en nosotros, tanto que empezamos a buscar por los rincones, golpeando las paredes en busca de paneles ocultos y cosas así. Hank decía que ojalá Lovecraft hubiese podido pasar algún tiempo allí; él hubiera podido hacer una descripción real del lugar, hubiera hecho sentir a sus lectores lo que nosotros sentíamos, y además hubiera ideado un final fantástico. Tras la cuarta noche, estábamos a punto de admitir que nos había vencido. Nos daba vergüenza sentirnos así por nada, cuando todos pasábamos gran parte de nuestra existencia evocando horrores sobre papel. Pero no se puede luchar con los nervios inquietos. La quinta noche tuvimos una buena tormenta: cayó un rayo en la chimenea y tiró un montón de ladrillos al hogar. Cuando estábamos limpiando el desorden a la mañana siguiente encontramos el libro. —Su voz se detuvo. Por un momento se quedó sentado mirando al vacío. Su figura esquelética se convulsionó—. Qué extraño —susurró—. Puedo sentirlos, pero no hay dolor. No más dolor. Pero puedo… sentirlos.

—¿Qué pasa, Frank?

Se estremeció.

—Espera… ¿por dónde iba?… Oh, sí, el libro. Era un objeto de aspecto totalmente corriente. Páginas bastante viejas y amarillentas, edición antigua, completamente en latín. El anterior propietario había garabateado un montón de notas en las guardas, en parte traducciones, en parte comentarios. A veces había grandes signos de interrogación acerca de ciertos párrafos, anotaciones referidas a ciertas páginas de otros libros… el Necronomicón y La canción de Yste sobre todo. Lo malo era que ninguno de nosotros leía demasiado bien latín, pero por lo que pudimos entender sin duda se trataba de uno de los antiguos objetos que Roche, Klarner y yo mencionábamos en nuestras historias. Oh, no me entiendas mal; no todo es

invención de Lovecraft. Cambió unos cuantos nombres, y añadió sus propios detalles. Pero las fuentes son suficientemente veraces.

»Encontramos un auténtico tesoro en unas cuantas páginas escritas con letra apretada pegadas al final del libro. Eran obra del anónimo constructor de la casa, el propietario del libro. Hacían referencia a algo horrible que había hecho veinte años antes…

—¡Espera! —grité—. Este lago del que hablas, ¿tenía aproximadamente la forma de una mano con cinco ensenadas que equivalían a sus dedos? ¿Había una enorme roca en la playa a poca distancia de una gran cueva? ¿Estabais a unas quince millas de una aldea en ruinas conocida popularmente como la Aldea del perro?

—Sí —respondió—. ¿Cómo lo sabes?

—Yo también he estado allí —contesté—. He estado por toda la zona, he visto la casa, he explorado la cueva y he hablado con un viejo al que llaman el Capitán, que cuenta la historia de lo que allí sucedió hace veinte años.

—Entonces ¿sabes algo del tesoro… de Graag?

—¿Graag? Así se llamaba el hombre… el hechicero que construyó la casa. El libro que encontrasteis debía ser suyo. Pero nunca oí hablar de ningún tesoro…

—La referencia estaba en aquellas páginas manuscritas que encontramos pegadas al libro. Había que realizar un ritual. En realidad no pensábamos encontrar un tesoro enterrado en la cueva, pero creíamos que podría haber algo interesante. Alguna base para unos cuantos relatos de terror. Roche nos convenció para que realizásemos el ritual. Aprendimos las señales e hicimos las marcas prescritas. Entonces salimos y cavamos en el lugar mencionado por Graag. Después de media hora no encontramos nada y estábamos a punto de marcharnos a la casa cuando la pala de Paulsen golpeó algo metálico. Se asustó mucho, y quiso alejarse, pero Roche insistió en desenterrarlo fuese lo que fuese. Paulsen se puso cada vez más nervioso… había leído mucho más del libro que nosotros… y comenzó a murmurar acerca de algo a lo que llamaba el Otro, el ser que Graag había invocado para sus hechicerías. Pero nos reímos de ello y Roche abrió el cofre con su pico. —Los labios de Hartley temblaron.

—Había… había un gusano, un gran gusano blanco en el cofre sobre un nido de seda. Cuando Klarner lo tocó, el ser se convirtió en polvo. Nos quedamos perplejos, pero Paulsen estaba fuera de sí por el terror. Murmuraba algo acerca del azote del gusano blanco, y del manto de Graag. Estaba oscuro, y nuestras lámparas de mano proporcionaban la luz justa para ver lo que estábamos haciendo.

»De repente Paulsen gritó algo y señaló detrás de nosotros, hacia la boca de la cueva. Miramos; no vimos nada. Paulsen perdió la cabeza y comenzó a barbullar acerca de una cuarta figura y a desvariar sobre el manto de Graag hasta que Klarner le calmó con un directo. Nos lo llevamos y dejamos el lugar a la mañana siguiente. Paulsen nunca se recuperó de la conmoción por lo que creyó haber visto, y murió tras dos semanas de delirio. Una noche recibí una llamada de Klarner. Estaba gimoteando algo acerca del manto de Graag. Al día siguiente recibí un paquete certificado. Era el libro. Y con él, una larga carta de Klarner. Tras leer la carta, la quemé junto al libro. Nunca volví a ver vivo a Klarner; y me alegro.

»La carta lo contaba todo… acerca del Otro, qué debe hacerse cuando el hechicero está a punto de morir y se ha de permitir el regreso del Otro. Narra los rituales de enterramiento del gusano, y la maldición protectora del hechicero sobre los restos terrenales del Otro, esa maldición que recibe el nombre de manto del hechicero. Y también contaba lo que sucede a todos aquellos que profanan los restos, lo que sucede a todos aquellos que están presentes, tomen parte en ello o no.

Alzó el tono de su voz.

—¡El gusano! ¡El gusano! El manto de Graag cayó sobre todos nosotros. Sobre Paulsen, pero murió de puro terror antes de que lo encontrasen. Sobre Klarner: sabía lo que significaba el manto de Graag. Sobre Roche: tomó veneno antes de que pudiesen alcanzarlo… y sobre mí. Ellos también me han encontrado.

Se levantó con rapidez.

—Harvey —susurró—, márchate. ¡Márchate pronto antes de que veas nada! Ha venido; le han construido un lugar. Márchate mientras conservas la cordura, y adiós, Harvey. ¡No me volverás a ver!

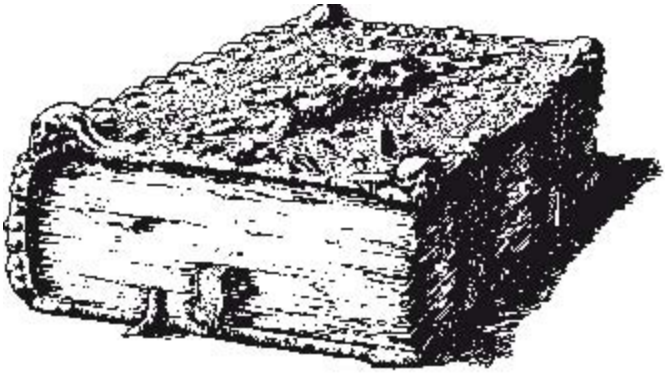
Me agarró, empujándome violentamente hacia el vestíbulo.

—Adiós, Harvey, ¡márchate aprisa!

Parte del terror que sentía fluyó en mi alma. No esperé para hacer más preguntas. Mientras mi mano caía sobre el pomo de la puerta, me giré parcialmente, volviendo la vista. ¡Ojalá no lo hubiese hecho! No leí los periódicos al día siguiente, pero sé que no pudieron describir cómo encontraron a Hartley. No se atrevieron a decir la verdad. Lo sé porque lo vi… Posteriormente confirmé su historia; sus palabras acerca del Otro, acerca de la conjuración del manto, y del destino que esperaba a todos los presentes cuando se profanara la tumba del Otro.

Paulsen no estaba loco cuando esa noche gritó por la presencia de una cuarta figura, apartada de los demás, en la boca de la cueva.

Yo era esa figura.



Uno de los escasos relatos de los Mitos del doctor Lowndes tiene que ver con el Al-Azif. Y lo principal es que tiene que ver con la vieja premisa de un extraño muro que resiste a cualquier intento de cruzarlo o evitarlo. La relación entre este extraño fenómeno (una buena premisa para un episodio de En los límites de la realidad) y el terrible libro del árabe loco no es arbitraria. No siempre se tiene que recurrir al Necronomicón en todo fenómeno paranormal (como si Supermán fuera acosado continuamente por ese pesado de Jimmy Olsen; ¿Por qué tuve que darle ese maldito reloj de llamada?). No, aquí hay un símbolo importante y llamativo: el muro infranqueable es la frontera entre el cosmos familiar que conocemos y los horrores indecibles que acechan más allá de la frontera de nuestro cuerdo mundo. Cuando se invoca al Necronomicón para averiguar cómo se puede cruzar ese muro, tenemos un símbolo tan potente como el del propio Necronomicón; se rompe el sello de un mundo fantástico cuando se abren las tapas de un libro. La cubierta de este libro (como la de cualquier libro) es la puerta a otras dimensiones. «Tuve el libro que desvelaba el camino oculto a través del vacío y de las barreras espaciales que mantienen a raya a los mundos sin dimensiones, y que los guarda desde hace evos en sus propias heredades». Pero así son todos los libros, ¿no? Robert Lowndes es conocido principalmente por editar The Magazine of Horror a principio de los sesenta, una recopilación que hizo que muchos de los clásicos de los pulps volvieran a estar disponibles, sirviendo de puente entre las primeras colecciones de Arkham House y Gnome Press y la reedición en libros de

bolsillo de la ficción de los pulp. Lowndes también descubrió a escritores nuevos y con talento de la vieja tradición, además de escribir él mismo un pequeño número de cuentos. Otro, «El abismo», está disponible en la antología Tales of the Lovecraft Mythos (Fedogan & Bremer, 1992). Su poesía macabra, las dos series de Anales de Arkya, merece ser reimpresa, junto a Los hongos de Yuggoth, Los sueños de Yith y otros, en la colección Innsmouth Jewelry proyectada hace tiempo por Lin Carter. Desde luego, Lowndes no falta a su obligación de crear su propio libro de los Mitos, la Canción de Yste, al que se hace referencia en este libro y en otros volúmenes de la serie del Ciclo de Cthulhu de Chaosium. «El Muro de Settler» apareció por vez primera como «El muro largo» en Stirring Science Stories, en marzo de 1942, bajo el seudónimo de Wilfred Owen Morley. Una versión revisada apareció en Starling Mystery Stories nº10, de otoño de 1968. La versión actual apareció originalmente en Crypt of Cthulhu nº 62, Candelaria 1989.

EL MURO DE SETTLER ROBERT
A. W. Lowndes

1

Aunque no soy la persona más ordenada en lo que respecta a algunos de mis efectos personales —los libros y discos están ordenados, pero cada vez que abro un cajón de mi escritorio, gimo y juro ordenarlo todo a la semana siguiente— me gusta ver las cosas debidamente elaboradas, y por eso me he resistido a contar esta historia, incluso disfrazada de ficción. No estuve allí en su final, ni yo ni nadie; ninguna persona viva vio lo que sucedió en realidad; la única evidencia son algunas fotografías, y aunque la cámara tal vez no mienta, algunos mentirosos de primera clase son muy hábiles al trabajar con cámaras.

Ocurrió en 1934, cuando mi primo, Frank, estaba pasando el verano en el campamento del CCC[6] en Flagstaff, Maine. La Gran Depresión tal vez hubiese superado para entonces su punto más bajo, pero estaba lejos de acabar, y yo había tenido la suerte de fundar una empresa editorial con un conocido del instituto, Will Richards. Aunque no nos hizo ricos, nos mantuvo fuera del alcance del Lobo Feroz; nuestro Advertiser cubría la zona de Stanford-Norwalk, y habíamos llegado al punto en el que tendríamos que decidir si nos expandíamos aún más o veíamos si podíamos

asentarnos en nuestro hueco de aquel momento. La decisión inmediata fue tomarnos unas cortas vacaciones y dejar que la pregunta madurara en nuestro subconsciente durante un tiempo. ¿Y por qué no, preguntó Will, ir en coche hasta Maine, ver a Frank y echar un vistazo a lo que estaba haciendo allí el CCC, y después dar una vuelta antes de regresar?

¿Por qué no? Lo hicimos, transportando a un buen número de los colegas de Frank de regreso hacia sus campamentos o hacia sus hogares, dependiendo de si se marchaban de permiso o regresaban de él, y vimos que la 178ª Compañía de Flagstaff trataba muy bien a los jóvenes que estuviesen dispuestos a trabajar una jornada completa, y se acostumbrasen a una cantidad razonable de disciplina. No era una disciplina militar, pero aun así, los oficiales de la reserva del ejército y la marina que tenían el mando de los campamentos podían hacer la vida imposible al tipo que tratara de oponerse al sistema, o no se esforzara por encajar. El joven que ya era un delincuente (no recuerdo si entonces se empleaba el término) no duraba; era expulsado enseguida con un LD (Licenciamiento con Deshonor). Pero podía ver que había muchos, que en otras circunstancias podrían haber cruzado la línea de la delincuencia, para los que esta era exactamente la oportunidad que necesitaban con tanta urgencia; y estaban aprovechándola.

En el campamento no había alojamiento nocturno para los visitantes, pero encontramos hospedaje cerca del pueblo de Flagstaff, y el fresco de primera hora de la mañana nos encontró de camino a Skowhegan. No recuerdo dónde habíamos planeado ir tras llegar al pueblo —Will dijo algo allí acerca de unos conocidos— ni tampoco importa, porque ese día no llegamos a Skowhegan. Por supuesto, en 1934 existían señales viales, pero eran escasas con respecto a 1968; y aunque no he vuelto a Maine, no me sorprendería encontrar muy cambiada aquella zona.

La señora Wing nos indicó el camino, lo que equivalía a buscar una especie de granero «una miaja más adelante en el camino», donde deberíamos girar a la derecha, y después avanzar hasta otra señal una milla más allá, donde tendríamos que girar, etcétera. Frank nos había advertido acerca del concepto local de distancia, y había varios compañeros suyos del

campamento que afirmaban que la medida de una miaja en Maine era la distancia que un poni sano y asustado podía correr antes de desplomarse; todo, absolutamente todo, estaba «una miaja más adelante en el camino». Y pasamos bastante tiempo en caminos de polvo.

Finalmente, llegamos a una señal (prevista) y después alcanzamos una bifurcación en el camino que se nos presentó por sorpresa. Junto a nosotros había pasado solamente un coche, y nosotros habíamos dejado atrás tres viviendas (granjas de buen aspecto). Julio en Maine, dijo Frank, te hace olvidar cosas como que al llegar al campamento casi a finales de abril aún había bancos de más de un metro de nieve.

Aunque estábamos de vacaciones, y no estábamos yendo a ninguna parte, empezaba a tener la sensación de que debíamos parar en la siguiente casa y ver si podíamos conseguir orientarnos. Bajé la ventanilla, golpeé especulativamente mi pipa contra el marco, desconchando un poco más de la desgastada pintura azul, y me pregunté en voz alta si habíamos girado bien.

Will Richards miró su reloj de pulsera.

—Claro que no, Clyde. Ya deberíamos estar en una carretera mejor, y cerca de Skow si no allí ya. —Paró el coche a un lado—. Vamos a descansar un rato, a sacar los mapas y a orientarnos después de un bocadillo o dos.

No se movía un soplo de aire cuando salimos a la tupida hierba, y las nubes parecían estar pintadas en el cielo. Sin embargo, hacía un calor seco, y la única incomodidad eran los calambres que uno sufría por conducir por caminos polvorientos un Ford de época del año 1927. El té del termo estaba lo bastante frío, y los bocadillos de la señora Wing estaban lo suficientemente sabrosos y frescos.

Will cogió un guijarro y lo tiró al otro lado de la carretera, donde rebotó en el alto muro del lado izquierdo.

—Menudo muro, ¿no?

Justo entonces tuve una sensación de lo más extraña. Había visto este muro y aun así no le había prestado atención, aunque se extendía hasta donde alcanzaba la vista en ambas direcciones. En él no había marcas visibles desde la carretera, y cuando lo examinamos de cerca, tampoco

encontramos ninguna. Nuestra suposición de que tenía tres metros de alto resultó ser correcta; allí se alzaba, sombrío, gris y desgastado por los elementos. Dentro del alcance de nuestra visión no había ni un solo signo distintivo; en ningún punto lo eclipsaban ni árboles, ni enredaderas ni hierba. De hecho, la hierba acababa a unos treinta centímetros de él, en una línea tan recta como era posible imaginarla y el propio muro estaba perfectamente limpio. Ni una hoja —bueno, no había árboles en sus cercanías— ni un guijarro. El que Will había tirado debía de haber rebotado regresando a la hierba; no pensé que lo hubiera tirado tan fuerte. Nos giramos primero a la izquierda y luego a la derecha; el muro corría paralelo al camino, más recto que el camino, y no podíamos ver su extremo en ningún sentido.

—Debe tener varias millas de largo —dijo suavemente Will, y después, como si se preguntara por qué había bajado tanto la voz, se aclaró la garganta para volver a comenzar—. ¿Viste cuándo nos topamos con él?

Negué con la cabeza.

—Espera —dije—. Fue justo después de pasar por ese bache en la carretera. ¿O era un agujero? En cualquier caso, sentí un golpe, y estoy seguro de que el muro comenzó un poco más adelante.

—¿Sabes?, algo así debería aparecer en el mapa. O al menos debería haber algún tipo de cartel que diga «Está a dos millas del famoso Muro Largo» o algo así. Y supongo que la señora Wing o Frank deberían haberlo mencionado.

Miré hacia el prado despejado a la derecha del camino, que al fondo se unía a unas colinas arboladas cerca del horizonte. No había ninguna señal visible de viviendas o de asentamientos humanos. En la distancia, podía ver pájaros en el cielo, pero alrededor de nosotros no había un solo signo de vida: ni una hormiga, ni una araña, ni una mosca, ni una avispa, ni un escarabajo, ni una serpiente.

—¿Quién construyó esto y por qué? —Will prosiguió—. Un muro de tres metros de alto y así de largo no se construye a diez o veinte millas de ninguna parte, y por ningún motivo. ¿Sabes?, no parece que haya vivido nadie cerca desde hace muchísimo tiempo. Puede que se despejara el terreno hace tiempo, ya que tampoco hay ningún bosque, o tal vez haya

vegas naturales. Tengo que preguntar a un naturalista pero supongo que tiene mucho que ver con la manera en que cambia la calidad del suelo aquí y allá. Apuesto a que estamos a varias millas de la casa más cercana.

Estaba escuchando, pero no solo a Will.

—¿Te has dado cuenta de lo tranquilo que está todo desde que nos encontramos con el muro? —Anduve hasta él (habíamos permanecido a una distancia respetuosa) y lo escudriñé de la misma manera que un detective se supone que examina las pruebas, con o sin lupa de aumentos—. ¿Sabes?, parece como si estuviera hecho de una sola pieza. No veo señal de piedras separadas; esto no es estuco u hormigón… y no puede ser metal.

Will se reunió conmigo y puso su mano sobre la superficie.

—Parece piedra, eso es cierto. Pero debería estar un poco más caliente… Clyde, pon la palma encima así.

—Bueno… casi son las doce y media. Propongo que demos un pequeño paseo antes de continuar. Media hora de ejercicio.

No soy un devoto del ejercicio en sí, pero caminaré veinte millas con pocas quejas —bueno, tres— si hay una buena razón para ello. Mi curiosidad estaba despierta casi hasta el punto de igualar a mi omnipresente deseo de ver el nuevo número de mis revistas de ciencia ficción preferidas, incluso si para ello tenía que caminar hasta un pueblo cercano, habitualmente Darien. (Hasta hace poco que se había convertido en una necesidad con cierta frecuencia, cuando se agotaron las suscripciones y no tenía el dinero para renovarlas: no podía desperdiciar gasolina para comprar un nuevo número el día que aparecía en los kioscos). Dije a Will:

—Mira, empieza por allí y yo iré por aquí; quiero rodear esta cosa. Nos encontraremos dentro de un rato.

Will me miró en silencio, ya que era el primer indicio que jamás había observado de que yo estuviese dispuesto a realizar un ejercicio físico que no fuera absolutamente necesario.

—Podemos tardar más de lo que piensas. Mucho más.

—Bueno, caminemos entonces en sentido contrario durante quince minutos. A la una menos cuarto nos detenemos, nos volvemos y vemos si el otro está a la vista, y regresamos hacia el coche.

Comencé enérgicamente (enérgicamente para mí, al menos) a andar por el camino silbando entre dientes. ¿Por qué tenía tres metros de alto el muro? ¿Cómo se había construido? No cambiaba nada a medida que andaba junto a él; parecía piedra, tenía su mismo tacto y no había grietas o junturas en ninguna parte, ni cavidades, ni desigualdades, y nada crecía lo bastante cerca como para tocarlo.

¿Y qué había detrás? No podía ver nada más que el cielo por encima. ¿Y el cuidado? ¿Cómo se había mantenido tan despejado? Examiné la línea de hierba que acababa a unos treinta centímetros del muro y estuve seguro de que no había sido obra de un jardinero; no había señales de que el césped hubiera sido cortado; no, crecía así. ¿De nuevo las diferencias de suelo? ¿Una diferencia de suelo que seguía una línea perfectamente recta, paralela a un muro perfectamente recto? ¿Entonces por qué no habían hecho recto también el camino?

¿Y por qué no les habían incordiado los insectos durante el almuerzo? Los bocadillos de gelatina de la señora Wing deberían haber atraído a las avispas. Deberían haber visto al menos un saltamontes, por no hablar de las mariposas; y la hierba era el tipo de hierba en que uno podía encontrar típulas, y moscas… Meneé la cabeza, encendí el último cigarrillo del paquete que llevaba (en lo que respecta al tabaco soy omnívoro), y estrujé el envoltorio vacío, tirándolo contra la base del muro. Un instante después, volví a mirarlo; el paquete estrujado estaba en la hierba, no en la franja desnuda.

Continué y entonces vi algo más adelante, al otro lado del camino. Unos pocos minutos más tarde era identificable como un coche aparcado. Alguien había estado conduciendo no demasiado por delante nuestro, evidentemente, y también se había detenido, pensé, muy posiblemente para examinar este muro. Pensándomelo dos veces vi que la conclusión era injustificada, ya que era necesario que el grupo de delante también fueran turistas; lo más probable es que fuera un lugareño para quien el muro era algo de lo más común. Si ese era el caso, entonces tal vez pudiésemos obtener algo de información. Miré mi reloj. La una menos cuarto; me giré y escudriñé atentamente a mi espalda, pero no se veía a Will. Bueno, no se perdería nada en avanzar un poco más y ver quién estaba delante.

Hasta este instante había habido peculiaridades, cosas que hacían que uno se hiciese preguntas, cosas que contarías a alguien para sacarle a uno un silbido o una sonrisa incrédula ante tu intento de cuento chino: pero todas ellas, por anómalas que pudiesen ser, eran de las que se podían mirar unos años después con cierto placer. Creerías que debía haber alguna explicación absolutamente natural, y que seguramente la hubiese, incluso si era producto de algún comportamiento o motivación humana extraños. Hasta ese momento, nada había amenazado a nadie, salvo a los sujetos más nerviosos que se sienten amenazados por cualquier cosa insólita.

Fue en este instante, digo, cuando el muro dejó de ser extraño, insólito, entretenido, fantástico, etcétera y se volvió horrible.

Y es que el coche que estaba delante era nuestro Ford de 1927, de pintura azul descascarillada, aparcado a un lado del camino tal y como lo habíamos dejado. Cuando me giré, para mirar detrás de mí, estaba Will Richards regresando, con una expresión igualmente sorprendida en su rostro.

—¿De dónde vienes? —pregunté, y después me callé al darme cuenta de que estábamos hablando a la vez.

Había caminado durante quince minutos en dirección contraria; había parado a la una menos cuarto, se había girado sin ver nada, se dio la vuelta, aún sin ver nada entre él y el coche… y de repente, yo estaba allí.

Traté de decir algo acerca de que solo se trataba de un problema de desorientación, pero no creía en ello. Sin embargo, supe que tenía que descansar, y un poco de tabaco me tranquilizaría, ya que no teníamos a mano ningún otro medicamento. Estábamos divididos entre el deseo de meternos en el coche y marcharnos a toda velocidad, y la sensación de que teníamos que saber más. A menudo me he preguntado si habría sido peor que nos alejásemos, si no nos habríamos visto obligados a regresar. Bueno, no hay respuesta, pero de algún modo nunca he podido creer que habría sido mejor si hubiesemos hecho otra cosa.

Lo que hicimos, desde luego, tras un periodo de descanso, fue intentarlo de nuevo; solo que esta vez caminamos juntos, en la misma dirección, en la que había salido yo dejando el coche detrás de nosotros. Salimos exactamente a la una y cuarto, y eran la una y veinticuatro minutos cuando

pasamos al lado del paquete de cigarrillos estrujado. Lo miramos, y después seguimos, nuestros ojos paseándose del muro al camino que quedaba ante nosotros; la quietud, la ausencia de insectos estaba empezando a convertirse en un fastidio.

—Ahora estate atento —dijo Will—. Si va a pasar algo otra vez, debería ocurrir enseguida. ¿Qué hora es?

—La una y veintiséis —dije. No avivamos el paso, y Will me dejó marcar el ritmo; me mantuve todo lo cerca que pude del que había empleado antes, esforzándome por reprimir el impulso por ir más rápido. Mantuve mis ojos fijos en el camino, en su cuneta derecha. No había nada visible salvo el propio camino, nada salvo el prado a la derecha, el muro a la izquierda… nada… nada…

¡Allí!

—¡Hora! —gritó sofocadamente Will—. ¿Qué hora es? —Parecía haber olvidado que su reloj iba mejor que el mío.

—Exactamente la una y treinta y tres —dije, apartando de mala gana mis ojos de la mota oscura que estaba a la derecha del camino delante de nosotros. Ambos sabíamos lo que era. Estábamos en lo cierto.

2

Decir que había más Wing en esta parte del país que Smith en la guía telefónica de Manhattan es exagerar, pero no da una falsa impresión, en realidad. El de la casa en la que pernoctamos esa noche se llamaba Thad, y era pariente lejano de la que nos alojó la noche anterior. La sirvienta había salido, dijo, pero podía encargarse él. No advertí demasiado parecido físico, pero era como su pariente en su cortesía y simpatía chapadas a la antigua. Comentó de manera adecuada que teníamos el aspecto de haber pasado un mal rato, indicando que escucharía con interés y comprensión si queríamos hablar, pero que no se molestaría si no lo hacíamos.

Así que, después de una abundante cena de Nueva Inglaterra, aceptamos su invitación de sentarnos un rato en el porche, donde no escaseaban los insectos. Pero Will y yo queríamos hablar tanto que ni nos dimos cuenta.

No voy a tratar de reproducir la pronunciación del dialecto local. No solo se convierte en una lectura tediosa tras una frase o dos, también es como la nota en una partitura que el compositor duda en poner por miedo a que sea exagerada, finalmente lo hace, y después descubre que sus miedos han cobrado forma. Intenté hacerlo, al menos, y tuve que descartar algunas páginas porque no me salía bien. «Tú» era algo así como «teu»; «coger», «keoger»; «tuyo», «teio»; «no», «nao», etc., pero leyéndolo en voz alta, fiándome todo lo que podía de la memoria, me di cuenta que no me había salido bien. Dejémoslo estar. Eso debería daros una idea aproximada.

Thad Wing nos metió en materia contándonos algunos de los chismes del lugar, la mayoría picantes, y tras un rato, empezamos a hablar sobre el muro, momento en el que nos preguntó cómo era posible que no viésemos la señal en la salida que indicaba que había un camino particular que debería habernos llevado a la carretera de asfalto hasta Skowhegan. Le dije que no había tal señal; ambos habíamos estado buscando algún mojón (lo encontramos tras volver a la carretera, y la casa de Wing fue la primera en aparecer después) y seguramente lo habríamos visto si hubiera estado. Reconoció que tal vez se hubiese volado la semana anterior, cuando hubo un fuerte viento. Will siguió hasta el punto en donde habíamos encontrado nuestro coche en la cuneta del camino delante de nosotros.

Wing encendió una cerilla en su lámpara y la puso en el enorme cuenco de su pipa de maíz.

—¿Qué hicieron cuando descubrieron que no podían rodear el muro, señor Richards?

Will me miró, después echó un trago de la sidra fuerte que se le había servido.

—Bueno —comencé—, lo siguiente que hicimos fue averiguar si podíamos ver lo que había al otro lado. Subimos por el campo que había al lado del muro hasta que pudimos ver qué había más allá.

—¿Y qué vieron, señor Cantrell?

—Nada —suspiré—. O sea, nada raro. Por lo visto, solo había campo abierto, que daba a unas colinas arboladas, como en el lado en el que estábamos… Supongo que habríamos regresado si no hubiese pasado nada.

—Me resbalé y caí de rodillas —dijo Will—. Había tropezado con una pequeña pelota de goma coloreada. El rojo estaba desvaído, pero había un dibujo definido que podíamos ver claramente. La cogí y la tiré por encima del muro. La observé —Clyde también lo hizo— y pasó por poco por encima del muro, pero ambos vimos que lo había superado. Debería haber caído cerca al otro lado. No botaba bien… de hecho, no creo que apenas botara.

»Pero cuando regresamos al coche, mi ojo captó algo en la hierba cerca de la carretera. Fui hasta allí y lo recogí. Era una pelota de goma, juraría que era la misma que acabábamos de ver cómo superaba ese muro.

—Las marcas eran las mismas —dije—. Por supuesto, señor Wing, hay un montón de pelotitas de goma fabricadas con dibujos similares. Pero Will y yo habíamos estado caminando a lo largo del muro y aunque su color estuviese desvaído, no veo cómo podíamos haberla pasado por alto. La hierba no era lo bastante alta para ocultarla. Estaba un poco por delante de nuestro coche, sobre la hierba delante del muro… tenía que haberla visto antes.

—Y yo estaba mirando el muro todo el tiempo que estuvimos caminando de vuelta al coche —añadió Will—. Si alguien en el otro lado la hubiese devuelto, la habría visto venir… pero ese solo fue el principio. Volví a coger la pelota y la tiré bien alta. Tú me viste hacerlo, ¿verdad, Clyde?

Asentí.

—Y no había viento. No la había podido devolver una ráfaga —dije.

—No… el aire estaba totalmente quieto… bueno, la tiré por encima como dije y me volví… y allí estaba la pelota sobre la hierba un poco más allá del coche.

Hizo una pausa y ambos miramos a Wing, esperando algún tipo de reacción de incredulidad. Pero asintió y se meció un poco en su silla.

—El Muro de Settler es muy inquietante —dijo—. Estamos acostumbrados a él, pero alarma a la gente que viene de fuera. Por eso el padre del mayor puso ese cartel, cuando Cleveland aspiraba a la reelección. No ganó, pero lo consiguió la vez siguiente. Oh, el cartel ha sido sustituido unas cuantas veces, pero hemos intentado mantenerlo allí. Se cae de vez en

cuando, y esta será la segunda vez que ha volado por los aires. La próxima vez que vea al mayor tendré que decírselo.

Will estaba ensimismado en sus pensamientos.

—Settler —dijo—. Mayor Settler. ¿Dónde he oído ese nombre antes?

—Bueno… desempeñó su cargo antes de su tiempo, señor Richards, y no ha hecho nada por salir en los periódicos desde la refriega de Cuba cuando Teddy Roosevelt puso las cosas en marcha. —Wing se frotó los cuatro pelos canos que hacían las veces de barba—. A menos que fuera a la universidad hace unos años y conociera a su sobrino. Y tendría que haberlo conocido en persona, porque el apellido de Dave no era Settler.

—¿No…?

—Dave se ahogó en el lago hace un tiempo. Una pena. —Wing se detuvo de un modo que sugería que podía contar algo más si quisiese.

—Había un tal Dave Fenner, que era compañero mío de fraternidad en Columbia, en 1930 y 1931 —dijo Will—. Una de las razones por las que decidí venir a Maine es que esperaba visitarlo.

Me quedé mirando fijamente. Es sorprendente cómo puedes estar con gente, incluso trabajar con ellos durante meses, o años, y no conocerlos en absoluto. Will nunca había mencionado su estancia en Columbia, ni siquiera haber ido a una facultad. Parte de lo que pasaba por mi cabeza debió haberle llegado, ya que me sonrió sesgadamente.

—Sí, Clyde, soy licenciado en Filosofía y Letras, graduado *summa cum laude* en Columbia en 1931. Soy un auténtico erudito en latín… o podría haberlo sido. ¿Puedes imaginarte otra especialidad más inútil en estos tiempos? Fui imbécil en 1930 al no pasar a algo más práctico… por eso no me gusta hablar de la universidad. Pero quería ver si Dave estaba por aquí. Él también se había especializado en latín antes de trasladarse a Columbia. No recuerdo dónde había asistido antes. No hablaba demasiado de ello, pero allí aprendió mucho latín vulgar.

—Lo he oído comentar —dijo Wing—. ¿Housatonic? No… eso está en Connecticut y es un río, no una universidad. Algo así. Estaba cerca de la bahía de Massachusetts, no muy lejos de Marblehead… pero los he apartado de lo que estaban contando acerca del muro. ¿Intentaron alguna otra cosa?

—Sí, recogí la pelota y estaba a punto de tirarla de nuevo con todas mis fuerzas, pero Clyde me detuvo. Cogimos una hoja de papel que teníamos en el maletero y escribimos nuestros nombres en ella. Después la pasamos por encima del muro, y se fue volando todo lo bien que pueda imaginarse. A continuación nos volvimos y empezamos a buscarla detrás de nosotros… y yo diría que tardamos unos diez segundos en encontrarla.

Thad Wing se sirvió otro vaso de sidra fuerte (e ilegal) y nos ofreció la jarra para rellenar los vasos; no la rechazamos.

—La mayoría de la gente lo deja en ese momento —dijo— pero intuyo que ustedes dos no lo hicieron. Miran y hablan como si hubiesen intentado algo más y se hubiesen llevado un susto aún mayor. ¿Tengo razón?

—¡Claro que sí! —dije—. Will estaba decidido a intentar escalar el muro. Trabajó un tiempo para la compañía telefónica como empalmador, y teníamos calzado especial de escalada en el coche —creímos que podíamos subir alguna montaña por aquí— y mucha cuerda. Así que até la cuerda alrededor de su cintura, le puse una mano para que pudiera subir al muro, y agarré la cuerda para que pudiera descender por el otro lado si no quería saltar, y para ayudarle cuando quisiese volver.

»Subió a lo alto —hay sitio suficiente para ponerse de pie— y se quedó como una estatua durante más o menos un minuto. Entonces se volvió, y su rostro estaba más blanco que nada que haya visto antes. No dijo nada, solo asintió y comenzó a descender por el otro lado mientras yo iba soltando poco a poco la cuerda, manteniéndola tirante. Entonces… la cuerda pareció resbalarse de mis manos… y…

—Y descubrió que había bajado por el mismo lado del muro en el que estaba usted, pero no le vio llegar —finalizó Wing. Meneó la cabeza hacia Will—. Y, señor Richards, creo que sé lo que le sobresaltó tanto cuando se subió al muro y miró lo que había más allá. Vio lo mismo que veía al otro lado. Vio su coche en la otra cuneta del camino, y apuesto a que vio al señor Cantrell mirándolo. Ya se ha intentado todo antes… pero el hecho es que no se puede rodear el Muro de Settler ni tampoco pasar por encima. Si quieren mi opinión, y el mayor piensa lo mismo, ese muro solo tiene una cara, la cara en la que se está.

—Pero eso es imposible —protesté—. No existe un muro con una sola cara.

Wing rio entre dientes.

—Ese es el tipo de cosas que se supone que decimos los granjeros cuando vemos una jirafa. Les diré lo que sé del muro. Se llama Muro de Settler desde hace más de lo que nadie puede recordar, porque está en la finca de los Settler. Pero ninguno de ellos lo construyó. Aquí ha habido Wing y Settler desde hace mucho, y esa finca ha pertenecido a la familia del mayor desde antes de la Guerra de la Rebelión. Supongo que da igual si fue un Settler o un Wing el primero en llegar a la zona. Pero nadie parece haberlo visto mucho antes de 1840, o quizá a finales de la década anterior, cuando comenzaron a despejar la tierra de la zona.

»Mi padre me dijo algo que ha sido transmitido desde hace mucho tiempo, “Hay muchas cosas que tal vez parezcan peculiares, pero no te preocupes por ellas mientras que no te dañen a ti ni a otros”. Y así es como nos lo tomamos por aquí; así miramos el muro casi todos nosotros. El Muro de Settler nunca ha causado ningún mal a nadie, pero unos cuantos tipos se han hecho daño por ponerse nerviosos.

—¿Qué les ocurrió?

—El muro no les hizo nada —dijo Wing—. Se quedó allí y no les prestó atención. Pero ellos no pudieron dejarlo en paz… tenían que saberlo todo de él. Un par de ellos cogieron unas fiebres y murieron. Y Jim Garlan… era el hijo del viejo Ben, aunque no es necesario seguir por ahí… bueno, eran los 80 y había ido a la universidad en Inglaterra y Alemania; estaba decidido a resolver el secreto del muro. —Wing dio otro trago largo de sidra fuerte, y volvió a cargar su pipa.

—¿Qué le sucedió?

—Se volvió loco. No dijo nada que tuviera sentido, ni siquiera para los estrafalarios profesores y doctores que vinieron. Decían que hablaba un latín muy extraño, y un par de los profesores estaban seguros de que estaba citando algún libro, aunque no era un libro que hubiese leído ninguno de ellos. Creo que uno de ellos tenía cierta idea, pero no quiso decir nada —mi abuelo me contó todo esto— salvo que Jim debía haber llegado hasta un libro del Museo Británico que se suponía que no debía ver la gente. Pero

eso es todo lo que quiso decir, aunque mi abuelo estaba seguro de que sabía mucho más, excepto que lo mejor que se podía hacer con el muro era dejarlo enpaz. Estoy seguro de que Dave se interesó en él más de lo que le convenía.

»¿Sabe qué? Al ser un compañero suyo de fraternidad, creo que al mayor le gustaría conocerlo. Si tiene tiempo podríamos acercarnos mañana, y creo que el mayor le dejaría hojear las libretas de notas de Dave. Ninguno de nosotros puede leerlas, porque están en latín, y la única persona de la zona que sabe algo dice que es un latín demasiado tardío. —Thad Wing dio una chupada a su pipa, y no me apeteció romper el silencio—. Y si quieren mi opinión, porque no es más que eso, creo que la razón por la que Dave dejó esa facultad de Massachusetts y se trasladó a Nueva York fue porque averiguó demasiadas cosas y tuvo el sentido común de dejarlo antes de que se le fuera la cabeza como a Jim Garlan. En aquella universidad también tenían viejos libros guardados con llave, y lo que pudimos leer de las notas de Dave indican que llegó a ver algunos de ellos. Bueno, el mayor y yo pensamos que los libros que Dave estuvo leyendo en latín vulgar en 1926 y 1927 eran los mismos libros que Jim Garlan encontró en Londres. Eran auténticos libros antiguos, copiados a mano… Dave solía mantener correspondencia con un escritor que vivía en Rhode Island, y de vez en cuando recibía largas cartas suyas. Pero cuando regresó de aquel lugar era una persona diferente. Quemó toda la correspondencia, y creo que también hubiera podido quemar los cuadernos de notas, pero tal vez pensó que nadie podría leerlas, y había algunas cosas en ellas —cosas personales— que no quería perder. Si hubiese vivido, tal vez habría copiado esas y quemado el resto. No sé. Es uno de esos casos en los que tienes que decir que nadie lo sabe, y eso es todo.

Will se volvió hacia mí.

—¿Qué dices, Clyde? ¿Has tenido bastante o puedes soportar un poco más? ¿Iremos a ver al Mayor Settler?

3

A menudo me he sentido incómodo, al leer relatos de ficción insólita, cuando el autor se ha tomado la molestia en decirme que algo es impactante —especialmente cuando se ha tomado la molestia de presentar su material con claridad— y releyendo mi manuscrito, veo que yo he hecho lo mismo. Quizá me haya equivocado y juzgado mal a algunos de mis escritores preferidos, ya que ahora veo un uso de este término que me parece completamente legítimo. Por eso he dejado ese pasaje tal cual lo escribí inicialmente. No pretendo indicar que deberíais encontrar impactante el asunto tratado, o que jamás lo haríais si no os diera pie; de lo que hablo es del efecto que tuvo sobre mí y sobre Richard la experiencia de tratar de rodear el Muro de Settler.

Era más que inquietante; tuvo un efecto profundo no solo en nuestra capacidad de pensar o razonar a un nivel que considero normal. Estábamos en algo parecido a una situación hipnótica, o al menos era como estar bajo el hechizo de un mago de primera que te induce a mirar donde quiere que mires para ser engatusado por sus ilusiones y engaños. Eso formaba parte del truco; el astuto lector seguro que lleva tiempo pensando en algo que no se nos ocurrió a ninguno de los dos hasta la mañana siguiente.

Por supuesto era solo un triunfo parcial, y que no lo explicaba todo; pero a mi me pareció una victoria importante, cuando desperté finalmente por el ruido del grupo de gallos de Wing quienes, tras haber cumplido anteriormente con su principal obligación, ahora estaban ensayando para la mañana siguiente. Un pensamiento pasó por mi mente cuando la luz del día alcanzó mis ojos.

Will había entrado antes que yo al cuarto de baño. Lo miré atentamente, preguntándome si se le había pasado por la cabeza lo mismo. Pensé que no; no parecía que así fuera. Así que bostecé y le dije:

—Hey, ¿por qué no intentamos subir al muro por detrás? ¿Ir por el otro lado?

Se le cayó su hoja de afeitar, lo que equivalía a todos los aplausos que podía esperarme. Desfilé triunfalmente por el vestíbulo hasta el cuarto de baño y le dejé allí; me fui pensando que debería marcar la fecha en el

calendario, porque se me había olvidado la última vez que le había vencido en una prueba de inteligencia.

Hacía un buen día, y lo disfruté de buena gana durante diez o quince minutos, hasta que bajamos a desayunar, nos encontramos con la vecina que había llegado para hacer las labores de la casa y, tras un poco de conversación intrascendente, mencioné mi idea. Thad Wing parecía pensativo y comprensivo, y después murmuró:

—Ya se ha intentado.

Masticó su jamón un instante y después añadió:

—Jim Garlan fue el último en intentarlo continuamente, y entonces fue cuando empezó a írsele la cabeza. Allí hay bosques, no muy diferentes de los que se ven al otro lado. Lo que pasaba era que cada vez que Jim conseguía salir de los bosques y llegaba a un prado se encontraba al otro lado del muro, antes de la carretera. No tiene por qué creerme, señor Cantrell. Nada le impide verlo por usted mismo.

En ese instante desapareció el sabor del sabroso desayuno de la señora Sully. Supe que lo último que quería hacer en este mundo era pasar por esa experiencia.

—Lo que no entiendo, además de otras cosas —dijo Will— es por qué nunca antes hemos oído hablar del muro.

—Bueno… —Wing calló un instante—. No querría parecer grosero. Tampoco tengo ánimo de ofenderles, pero la mayoría de la gente del lugar se ocupa de sus propios asuntos. Por supuesto ustedes no tienen la culpa de que el cartel se hubiese caído; estoy seguro de que no habrían cogido ese camino si lo hubiesen visto. Pero lo cierto es que desde que se colocó el cartel casi nadie excepto el mayor y su familia ha usado el camino, y la gente más o menos convino en no hablar del muro desde que Jim Garlan se volvió loco. La mayoría de la gente del lugar nunca lo ha visto ni ha oído hablar de él. Y los que sí lo hemos hecho, lo dejamos en paz y él nos deja en paz.

Wing empezó a hablar de otra cosa, creo que para asegurarnos que no tenía nada personal contra nosotros y que tampoco lo habíamos ofendido. Después del desayuno nos subimos en su carromato y fuimos a ver a Settler. Así sin más, sin llamar por teléfono, aunque Wing tenía un teléfono de

manivela en su cocina, una línea que compartía con otros tres vecinos. Decía agradecer nuestra aventura porque no había visto al mayor durante un tiempo, y eso le daba una buena excusa para dejarse caer.

Posteriormente supimos que la duración de ese «tiempo» era de más de dos años. Settler y Wing habían tenido una pequeña desavenencia y dejaron de hablarse, estando ambos dispuestos a reanudar su amistad si el otro hacía el primer acercamiento. Así que, al fin y al cabo, algo bueno salió de nuestro descubrimiento del muro.

A menos que tengáis huesos de plástico, no recomiendo el carromato como medio de transporte sobre caminos sin asfaltar. Sin embargo, sirvió para que me librase de la sensación de horror sombrío que había vuelto a mí. Era algo que estaba entre la sensación de querer arrastrarme dentro de una cueva y echarme a dormir, esperando despertar en un mundo diferente donde algo como el Muro de Settler no pudiese existir, y una fascinación morbosa que me impulsaba a querer ver a través de esa cosa, aunque no podía imaginar con qué finalidad.

El mayor (retirado). Horace Wingate Settler, del ejército de los Estados Unidos tenía el aspecto que exigía su papel. Coged la constitución de Theodore Roosevelt, sin gafas; algo del silencio estoico de Calvin Coolidge —que podía hablar, y cómo, cuando así lo quería— pero ponedle más entusiasmo; un toque de la sinceridad amistosa pero firme de Eisenhower, en situaciones en las que el dominio de su arte de expresarse no se ha disparado; y tenéis nuestras impresiones iniciales.

Saludó a Thad Wing como si no le hubiese visto en una semana aproximadamente, y charlaron un poco en cuanto nos hubo recibido y acomodado en el porche. Tras un rato, Wing contó de modo conciso cómo habíamos terminado topando con el muro, y nuestras experiencias, mencionando que Will había sido compañero de clase de Dave en Columbia.

El mayor se ablandó visiblemente ante este dato.

—Me parece recordar a Dave mencionando a un hermano de su fraternidad llamado Will. Bueno, si puede leer lo que escribió en sus cuadernos, nos gustaría saber de qué se trata. En cuanto al muro, todos nos hacemos las mismas preguntas. No es mío. Nunca lo construí, ni tampoco lo

hizo otro. Ese muro ya estaba aquí cuando llegamos, y los lugareños juraban que no sabían nada de él. No se pueden encontrar referencias a él, ni siquiera en las leyendas indias. Apareció allí, más o menos en 1840.

No me apetecía discutir, y a Will tampoco, por lo que podía ver. A ambos nos parecía obvio que el mayor y sus antepasados habían resuelto el problema del muro a su manera; lo ignoraron. Lo único que comentarían al respecto eran las desagradables consecuencias de volverse demasiado curioso.

—No, nunca hizo daño a nadie a no ser que se acercase demasiado, o tratase de curiosear demasiado —continuó el mayor—. Tampoco benefició en nada a nadie. Pero pueden mirarlo todo lo que quieran menos de un modo. Maldición, pueden destrozarlo y llevárselo en carros si se les ocurre cómo hacerlo, mientras que no dañen el resto de la finca o me hagan responsable de algo.

—¿Qué es lo que está prohibido, señor? —pregunté.

—Intentar cavar por debajo suyo. Eso es lo que volvió loco a Jim Garlan, y otro par antes de él sufrieron fiebres y murieron. —Empezó a mostrar ligeros rastros de vejez—. Quédense, y les traeré el cuaderno de Dave. Creo que a Thad le gustaría escuchar lo que pueden averiguar. No pasa nada si todo les suena a chino… nadie ha sido capaz de encontrarle demasiado sentido.

—¿Quiere decir —pregunté— que nadie ha sido capaz de traducir nada de lo que contiene?

—No, algunos han sacado palabras y frases. Pero lo que entendían no nos dejaba mejor que antes.

Regresó unos instantes después, y mientras tanto Wing nos contó que la familia del primo del mayor vivía allí y mantenía el lugar. Podíamos verlos más tarde si la visita se alargaba. Tuve la impresión de que, mientras nos comportásemos y fuesemos de interés, podíamos quedarnos varios días como huéspedes de pago de Wing. Cuando los demás no tuviesen nada importante que hacer, se visitarían; cuando lo hicieran, nos quedaríamos solos. Los más jóvenes tenían tareas diarias, pero Wing y el mayor trabajaban cuando les apetecía, que eran las más de las veces.

Dave había asistido a una universidad de Massachusetts antes de acudir a Columbia. Will había creído que comenzó tarde sus estudios, pero ahora averiguaba que había tenido una crisis nerviosa en «aquel lugar» y lo dejó durante un año aproximadamente antes de continuar. Al principio no se mencionó la universidad a la que había asistido, aunque sospeché que Will recordaba el nombre. Pero era costumbre referirse a ella, si es que no quedaba más remedio que mencionarla, como «aquel lugar». El mayor había cerrado una puerta de hierro sobre el tema.

Settler reapareció con un cuaderno de escritura mediano debajo del brazo.

—Nunca le presté mucha atención a aquel lugar —comenzó—, pero Dave quería investigar en Italia y en otrospaíses. Tras leer sobre da Vinci, pensó que algunos de aquellos otros escritores tenían ciertas ideas militares útiles que se pasaban por alto, porque eran poco claros a la hora de escribir. Necesitaría una buena base en latín medieval y quizá anterior, y creyó que aquel lugar era la única universidad en el este que contaba con lo que necesitaba. Así que tuve que admitir que podía merecer la pena el riesgo.

Cargó su pipa y la encendió con cuidado.

—No era un pacifista, pero pude ver que no sería un buen soldado en una carrera militar. No tenía su corazón puesto en ello. Si volvía a estallar la guerra cumpliría con su obligación, pero en cualquier otra circunstancia no. Al principio quedé algo decepcionado, pero después comencé a pensar. Tuve mucho tiempo para pensar tras la muerte de mi esposa. Por eso aquellos alemanes estuvieron a punto de vencer al mundo. Investigaron. Desarrollaron nuevas ideas. No se puede ganar una guerra con viejas ideas que conoce todo el mundo, da igual los hombres que tengas. Tal vez no pase mucho tiempo antes de que a los japoneses o los rusos, o incluso otra vez a los alemanes, se les ocurran ideas nuevas y lo vuelvan a intentar. Tenemos que mantenernos por delante. —Dio una chupada a su pipa—. Educación más imaginación. Eso es lo primero que necesita el ejército. Yo no tuve educación. Solo aprendí nociones, y no tuve el sentido común de conservarlas. Terminé en la reserva… pero creí que si Dave aprendía algo importante, y podíamos hacer que se interesase lo suficiente alguien con peso en West Point, estaríamos haciendo un gran servicio al país.

En la siguiente media hora, mientras intentaba refrenar mi impaciencia, supimos que la Liga de Naciones equivalía a la liga de ratones que decidía solemnemente que el camino hacia la seguridad pasaba por poner un cascabel al gato, y que el desarme solo era mejor que la traición. Había otros países que firmaban pactos y seguían rearmándose en secreto, etc., y si no teníamos ideas nuevas para ponernos a su altura cuando estuviesen listos para moverse… La toma de Manchuria por parte de los japoneses debería haber demostrado a cualquier persona inteligente lo inútil que era la Liga, y con el tipo de gobierno que tenía, lo mejor era que siguiéramos fuera de ella… Intenté no mirar con demasiada frecuencia el cuaderno en el regazo del mayor, e incluso hacer algunos comentarios inteligentes cuando Wing llevó la conversación al estado desprevenido del Norte cuando todo el mundo podía ver que el Sur iba a separarse y habría guerra.

Finalmente, el cuaderno estaba en las manos de Will, y se devanaba los sesos con el primer párrafo en latín. Por fin, alzó la mirada.

—Es una cita —dijo— de un libro que Dave solo identifica como «AA»… debe ser uno de los extraños volúmenes de… aquel lugar. Creo que puedo traducir lo que dice. —Se aclaró la garganta y leyó lentamente.

—Y está aquello que no procede de la malignidad de los que sirven a los primigenios, aunque los eruditos afirman que mantiene una especie de alianza pasiva con ellos. Está en el espacio sin estar en el espacio, en el tiempo sin estar en el tiempo, y muchos y múltiples son los prodigios que lo acompañan. No se mueve tras llegar, y no hace daño a quien no le presta atención. Pero cruel es la compulsión que cae sobre los que se acercan, y terrible la magia que ejerce sobre ellos, que los atrapa con su hechizo que lleva a la locura. No tratéis de rodearlo ni de pasar por encima, para no ser capturados, y no cavéis hacia lo que yace debajo. Los hechizos de… no sé lo que es eso… no sirven, ni tampoco puede ningún demonio comunicar ningún conocimiento sobre él. Llega en la época de… bueno, algo; no puedo entender la referencia… y desaparece con el fin de los tiempos.

El mayor expulsó su respiración contenida.

—Maldita sea, es mejor de lo que nadie ha podido hacer. ¿Aprendió tanto latín en Columbia? —El mayor blasfemó para sí mismo un instante—. ¡Entonces no tenía por qué haber ido a aquel lugar!

Will negó con la cabeza.

—He leído algunas otras cosas, señor, que me dieron una idea de lo que buscar… especialmente cuando dijo que Dave había estado estudiando en…

—Habla del muro, está claro, ¿no crees que es así, Thad? —Wing asintió vigorosamente—. Desde luego estábamos seguros de que así era. Pero esto hace encajar las cosas. Ha habido otros como este en el pasado, y esta es una especie de advertencia para dejarlo en paz. Solo que dice que una vez que se ha empezado a curiosear no puede dejarse… al menos, no fácilmente.

—Como si te hubiese capturado y te estuviese estudiando —dijo Wing —. ¿Sabe a qué corresponden las iniciales «AA»?

—Creo que sí —asintió Will—. Es un libro muy antiguo que trata de magia, hechizos y saberes muy extraños. Y encaja con algunas cosas espantosas que se supone que han sucedido. Tiene que ver con la correspondencia que mantenía Dave con… el hombre de Rhode Island. Ha escrito algunas cosas como ficción pero sabe mucho acerca de este libro y de… aquel lugar. Tendría que estudiar el resto de los textos en latín para averiguar más cosas, no obstante. Este primero fue fácil para mí, pero tras echar un vistazo al siguiente párrafo pude ver que está fuera de mi alcance. Tienes que saber mucho de lo que se está hablando para comprender esta clase de latín.

—Entonces supongo que Dave obtuvo de aquí su base —aceptó el mayor—. Habría ido a Italia el año pasado, si… —Se quedó callado, y no interrumpimos la meditación en la que se sumergió durante un rato—. Pueden quedarse con el cuaderno todo el tiempo que sea preciso —dijo—. Y no pongo ningún inconveniente si quieren examinar más el muro, mientras que no caven. Incluso ese autor dice que no deberían cavar… estoy seguro de que está hablando del muro. Debe haber otros iguales… o había otros similares cuando escribía. En la Edad Media, supongo.

—Antes que eso —dijo Will—. Este libro es una traducción del árabe.

El mayor silbó.

—Árabe, ¿eh? Eso nos remonta mucho más atrás. Aquellos tipos tenían toda una civilización mientras nosotros aún nos encontrábamos en un estado bastante atrasado.

—Me gustaría intentar una cosa —dijo lentamente Will—. Tengo otro compañero de fraternidad que vive en esta zona. Era un entusiasta de la aviación y la última vez que supe de él tenía un avión propio. Me enseñó a volar un poco y a lanzarme en paracaídas. Me gustaría ver si puedo caer al otro lado del muro en un paracaídas.

—Eso sería interesante —admitió Thad Wing.

Y a resultas de todo esto Will puso una conferencia y consiguió contactar con Max Bentley. No parecía haber final para la cantidad de cosas nuevas que estaba averiguando de mi socio en este viaje. No era algo nuevo para mí que Will estuviese interesado en volar y hubiese practicado un poco mientras holgazaneaba tras graduarse en la universidad. Pero nunca mencionó los saltos en paracaídas. El plan era que yo me quedaría con Wing mientras Will se marchaba para hacer los preparativos con Max. Will iba a intentar caer al otro lado del muro en paracaídas. Tanto Wing como el mayor estaban impresionados, y me aproveché de algunos de los beneficios de nuestra posición ventajosa; me invitaron a pescar a la mañana siguiente.

Había creído saber un poco de pesca. Wing y el mayor tuvieron una buena mañana, y supongo que se rieron durante años con mi participación. Si no os importa, cambiaremos de escena y pasaremos directamente a esa tarde, cuando Wing, el mayor y yo nos reunimos en el prado para esperar la llegada de Will con Max en el autogiro de Bentley. Había telefoneado para decirnos cuándo llegarían, y lo que quería que hiciese.

Will parecía algo pálido al bajarse, pero se recuperó lo justo para presentar a Max. Enseguida supimos la razón de su inquietud. El muro no podía verse desde el aparato. Mirando hacia abajo, vieron una disposición simétrica con colinas arboladas, un gran prado lo bastante liso para aterrizar y el camino.

—Es casi tan fácil de explicar como a lo que nos hemos enfrentado hasta ahora —dijo Will—. Y visteis lo bajo que volábamos al pasar por encima del camino. Hice algunas fotos… ¿has traído las banderas, Clyde?

Asentí, y las coloqué en un triángulo de seis metros.

—En cuanto las veas con los binoculares, ponte en posición y salta —le dije—. Todos veremos si caes o no al otro lado del muro.

Thad Wing dio un golpecito a su pipa y escupió, y el mayor tenía cara de póquer, pero para mí estaba claro que ambos estaban pensando. Me sentí tentado de preguntarles si alguien había intentado eso antes, pero no pude. Si se había intentado antes y no había funcionado, no quería saberlo aún. Lo único de lo que podía estar seguro era que si se había intentado antes, el fracaso no había tenido peores consecuencias que tratar de rodear el muro o escalarlo. Hicimos algunas fotos al muro desde donde nos encontrábamos.

Vimos elevarse poco a poco al autogiro. No había viento, y no debería ser difícil, había dicho Will, hacer bien el salto. Si fallaba la primera vez podía volverlo a intentar.

Todos teníamos anteojos, y los tres los centramos en el avión de Max. ¡Allí! Allí iba Will, girando y cayendo; fue una mota negra durante un instante, después apareció como una seta el color blanco del paracaídas y cesó la brusquedad de la caída.

Parecía angustiosamente lento, pero tras un rato nos quedó claro que aterrizaría al otro lado del muro. No había ninguna duda. Si no podía pasar por encima para llegar hasta nosotros, Max podía aterrizar en el mismo lado y sacarle volando. Dejé escapar un grito de entusiasmo cuando vi esa forma a la deriva flotar al otro lado del Muro de Settler, desapareciendo de nuestro campo de visión, pero fui el único. Wing y el mayor tenían expresión de interés en sus caras; esperaron un instante o dos, y después, como siguiendo una orden, se dieron la vuelta.

Y yo también. Vi por qué había sido el único en gritar. Will Richards, con paracaídas y todo, estaba detrás de nosotros.

El mayor se quedó quieto como una estatua durante un instante, y después pronunció una palabra:

—Dinamita.

La dijo sin elevar la voz, o usar ninguna inflexión particular, a diferencia de su manera normal de hablar. Pero en ese momento supe que, después de todo, sentía algo hacia el muro. Lo odiaba.

Max Bentley estaba preocupado. También él estaba seguro de que Will había descendido al otro lado, y esto era muy diferente a escuchar una historia fantástica. Me alegré de no haber hecho antes mi pregunta. Cuando

Bentley se unió a nosotros, y Will se había liberado del arnés y había plegado el paracaídas, etc., pregunté al mayor.

—Es el tercero —asintió—. Un amigo de Dave lo intentó dos veces. Nadie ha sido capaz de llegar al otro lado del muro.

—¿Así que va a volarlo por los aires? —preguntó Bentley.

Thad Wing negó con la cabeza.

—No, solo trata de abrir un agujero que lo atraviese.

Estaba claro que Wing y el mayor sabían mucho más acerca del muro de lo que habían dejado entrever. Pensaba que la tentativa demostraría que no se podía penetrar en su superficie, pero el taladro que sujetaba parecía entrar con facilidad cuando Bentley lo golpeaba con el martillo. Wing preparó la dinamita y puso las mechas, tres cartuchos en agujeros lo más cercanos que fuera posible. El mayor encendió las mechas, y después le dejamos que nos llevara a la distancia adecuada. Sentí una sensación momentánea de alivio al ver que el manejo de dinamita no se encontraba en la fastidiosa lista de talentos y experiencias de Will.

La explosión me pareció impresionante, pero Thad Wing meneó la cabeza.

—No lo bastante buena. Tampoco sonaba bien cuando entraban los taladros.

Bueno, parecía lo bastante prometedor. Había volado un trozo de buen tamaño, dejando una profunda cavidad. Por todos lados había fragmentos de piedra; agarramos varios trozos grandes y los tiramos a un lado. El muro tenía una buena marca, un agujero de oscuridad especialmente profunda. Pero ninguna luz. Habíamos abierto un agujero en el muro, pero no lo habíamos atravesado. Will fue hasta el autogiro y volvió con una linterna que introdujo en la cavidad.

—Va hacia abajo —dijo—. Va muy abajo.

Cogimos algo de cuerda y Will se la ató alrededor de la cintura, como si fuera a meterse en un pozo. De algún modo, la idea parecía aceptable, del mismo modo que aceptábamos todo lo relacionado con el Muro de Settler, una cosa tras otra, incluso si algo en nuestro interior estuviera gritando. Bentley y yo sujetamos la cuerda; tres tirones sería la señal para subir a Will.

Lo vimos entrar, vimos el destello momentáneo de la linterna, y contemplamos cómo se desenrollaba la cuerda. Parecieron horas, pero no podían haber pasado más de unos pocos minutos como mucho cuando llegaron los tirones. Todos empezamos a tirar hasta que apareció Will. Estaba muy pálido, pero consiguió mantener una cara de póquer que competía con la de Settler.

—Tampoco hay paso a través del muro, mayor.

Ninguna de las fotografías tomadas desde el autogiro salieron, y no se nos ocurrió llevarnos algunos fragmentos de piedra con nosotros.

4

Al día siguiente, nos despedimos del mayor Settler y de Thad Wing, agradeciendo su ayuda y hospitalidad, y Will prometió devolver los cuadernos. Hablaba un poco más bajo que antes, pero por lo visto había dormido bien. Yo no; no estoy acostumbrado a dormir con la luz dada. En resumidas cuentas, me pregunto si no se ha recuperado mejor que yo. Es verdad que siempre lleva con él una linterna, que no entra en una habitación a oscuras sin encenderla antes, que no la apagará hasta que haya dada otra luz, y que no apagará la última luz de una habitación bajo ningún concepto. Casi se muere un año después durante un apagón, cuando no hubo electricidad durante cuarenta y ocho horas, y tuvimos que depender de velas y lámparas de aceite. Se acabaron las pilas de su linterna, y nunca olvidaré el grito sofocado que dio al ver el parpadeo de aviso de la luz. La puso en mis manos, susurró «Clyde, apágala y enciende la lámpara», se tapó los ojos con las manos y se puso de cara a la pared.

De vez en cuando habla en sueños de un agujero que baja continuamente, en el que se cae su linterna que desaparece. Pero la luz de la linterna sigue luciendo, alejándose poco a poco como el humo. Tiene este sueño de vez en cuando, y por lo visto siempre es el mismo, pero nunca habla de ello cuando despierta. Nunca se lo he mencionado, y no quiero hacerle ninguna pregunta. He intentado no escribir esta historia durante treinta años…

Ese otoño trabajó en los cuadernos de Dave Fenner, pero no quiso hablar de ellos; aún no, era lo que solía decir. Estaba esperando algo. No quiso decirme qué era. Intenté descifrar algunas de las citas latinas, pero no pude entender nada salvo que había algo sobre magia y algo sobre monstruos… o tal vez fuera sobre algo monstruoso. Hicimos fotografías del muro, que mostraban su aspecto antes y después del experimento con dinamita. Unos cuantos años después, Will devolvió los cuadernos al mayor Settler con una carta de agradecimiento, diciendo que contenían un volumen considerable de saber antiguo, valioso para un erudito, y probablemente de mucha utilidad para alguien que quisiese investigar viejos manuscritos en latín —especialmente los escritos en latín vulgar— pero que no contenían nada más que estuviera relacionado con el muro. No le llamé mentiroso, pero no puedo evitar pensar que lo era.

5

A primeros de marzo de 1936 llegó una carta de Thad Wing, con una fotografía adjunta. Wing no solo había incluido su coche, con la matrícula de 1936 bien visible, sino que había seguido nuestro método de las fotografías que tomamos antes de la explosión; habíamos escrito nuestros nombres y las fechas en el dorso. El mayor y otros dos firmaban la fotografía que envió.

Mostraba el muro, y todavía había marcas del agujero en él. Solo marcas. Estaba relleno casi por completo. La carta adjunta prometía que ni el mayor Settler, ni el propio Wing, ni nadie había hecho nada por reparar el muro. Todos los fragmentos habían desaparecido.

Ahora podéis ver por qué me he resistido a contar esta historia, por interesantes que sean algunos aspectos de la misma. El Muro de Settler no era de piedra, ni de ninguna otra sustancia que conozcamos, aunque parecía ser de piedra más que de cualquier otra cosa. Había una especie de fenómeno asociado al muro, por el que no pudimos rodearlo ni pasar por encima de él, ni atravesarlo; en realidad, parecía que no hubiese otro lado.

He oído hablar de las cintas de Moebius, pero no hubiese podido ser una cinta de Moebius.

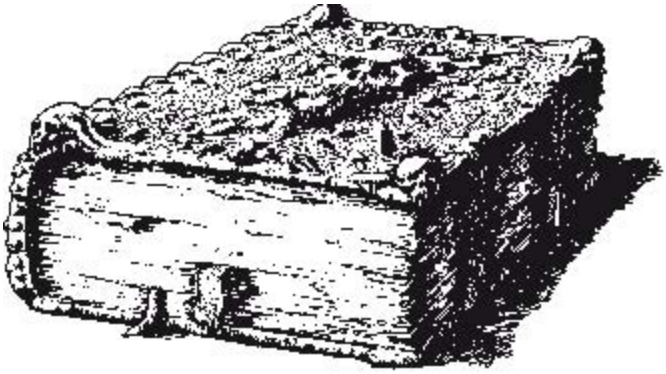
Entonces llegó el huracán de 1938. Esa noche estaba en Brooklyn y, curiosamente, desde donde estaba no hubo ningún indicio de que la tormenta fuera algo insólito. El viento era fuerte, y llovía mucho. Pero no supe hasta el día siguiente lo grave que había sido.

Cuando volví a trabajar, aproximadamente una semana después, Will no estaba y llegó una carta de Maine antes de que volviese. No la abrí, pero supe con seguridad que en ella había noticias del muro.

Allí estaba. La carta incluía otra fotografía autentificada de una larga zanja junto al camino por el que habíamos viajado. El muro había desaparecido. Algunos lugareños, escribía Thad Wing, creían que había habido un ligero temblor de tierra, pero los sismólogos no opinaban lo mismo.

Este es el fin de mi historia, si exceptuamos lo que dijo Will cuando miró la fotografía.

—Desde luego —susurró—, desde luego. «En el espacio sin estar en el espacio…». Se ha marchado.



Richard L. Tierney tiene la habilidad poco común de tejer un tapiz con lo que a primera vista parecen hebras incompatibles. En sus relatos de Simon de Gitta (que pronto aparecerán en esta serie como «El pergamino de Thoth y otros relatos de Simon de Gitta») y novelas como Los vientos de Zarr, la serie de Red Sonja (con David C. Smith), La casa del sapo y Los señores del dolor consigue combinar maravillosamente elementos de la Era Hibórea de Robert E. Howard, los Mitos de Cthulhu de Lovecraft, el misticismo decadente de Clark Ashton Smith, más algunos elementos de C. B. de Mille, George Lucas y la Biblia. ¡Ya veis quién enseño a Simon sus trucos! En este relato temprano y entretenido, Tierney combina un relato clásico de los Mitos con un argumento de varias películas de terror de segunda, grotescamente horribles de la misma manera que lo son algunos titulares de tabloides. Estoy pensando en clásicos como They Saved Hitler’s Brain, The Brain That Wouldn’t Die, Re-Animator, El hombre con dos cerebros, Frankenhooker, etc. Aquellos que tienen buena memoria tal vez recuerden la aparición original de esta historia en Crypt of Cthulhu. Fue publicada allí con algunos renglones menos de texto que se recuperan aquí. El uso del Necronomicón en este relato nos recuerda que incluso para Lovecraft el libro del árabe no siempre hacía referencia a la amenaza de los Mitos de Cthulhu y sus entidades cósmicas. Alhazred tenía muchos secretos repugnantes que compartir. Adviértase, además, cómo, al igual que en muchas o la mayoría de las historias en las que aparece el texto blasfemo, su función principal es desempeñar el papel del coro en la antigua tragedia

griega, interpretando la acción de manera similar a la voz en *off* en un film, las risas enlatadas de una serie de televisión, o incluso la banda sonora de una película. «El que Aúlla en la Oscuridad» se escribió en 1957, pero apareció por vez primera en Crypt of Cthulhu nº24 (vol. 3, nº 8, San Pedro Ad Vincula 1984).

EL QUE AÚLLA EN LA OSCURIDAD
Richard L. Tierney

1

Irving Hamilton tiró del cuello de su sobretodo para cerrarlo sobre su garganta cuando una ráfaga de viento gélido fustigó su rostro con diminutos cristales de nieve. Muy por debajo podía escuchar el trueno de las olas rompiendo con furia avivada por el viento contra la base del acantilado. Siguió con cuidado los pasos de su acompañante, manteniéndose cerca de su espalda y echando una ojeada de vez en cuando al mar azotado por la tormenta. Deseó que el estrecho sendero no estuviese tan cerca del borde del precipicio y que no serpenteara tanto entre los peñascos mellados y las formaciones rocosas sobresalientes.

Cuando coronaron una cuesta, el acompañante de Hamilton se detuvo y señaló hacia la siguiente cresta dentada de la cima del acantilado. Hamilton se estremeció al ver el contorno irregular de un viejo castillo silueteado contra el cielo gris del norte.

—Ahí está —dijo su acompañante—. La Abadía de Duncaster… o lo que queda de ella.

Hamilton miró de soslayo al oscuro montón de escombros con vivo interés. Gran parte del antiguo edificio se había derrumbado, y solo una

torre oscura sobresalía intacta por encima de las derruidas almenas para erigirse, como un símbolo misterioso, contra el cielo amenazador. Toda la estructura parecía formar parte del acantilado; un afloramiento puntiagudo manteniendo un precario equilibrio en lo alto sobre el mar rugiente. Al este, se extendían colinas arboladas para formar un panorama de belleza salvaje helada, cubierta por la nieve y desierta.

—Encantadoramente gótico —exclamó Hamilton—. ¿Y dices, Clyde, que se supone que está embrujada?

Clyde Mayfield, volviendo la espalda al helado viento, respondió a su amigo con un gesto risueño y despectivo.

—Embrujada no —rió—, sencillamente habitada. A la gente del pueblo le gusta dramatizar el lugar.

—¡Puedo entenderlo! Es tan pintoresco y colorido…

—Me temo que hoy no tiene mucho color —dijo Mayfield, tiritando—. Deberíamos haber escogido un día mejor para salir.

—Creo que será mejor que iniciemos el regreso, aunque me gustaría verlo más de cerca. Quizá podamos volver otro día cuando no haga tanto frío.

Desandaron su camino con cuidado a lo largo del sendero azotado por el viento y, diez minutos después, tras llegar a la carretera y al coche aparcado de Mayfield, estaban conduciendo a toda velocidad hacia el pueblo de Duncaster.

—Perdona por liarte para traerme aquí en un día como este —dijo Hamilton—, pero no me di cuenta que el tiempo sería tan malo.

—No pasa nada… Quería enseñarte el lugar en algún momento de tu visita, y el domingo es el único día que puedo dejar la farmacia un rato largo. Además, encuentro vigorizantes el paseo y la vista.

Hamilton se acomodó con aire satisfecho y vio pasar el campo. Había algo extraño y asombroso en esas colinas desiertas… algo en la manera en que los torcidos robles negros se agarraban a las escarpadas laderas cubiertas de nieve que sugería visiones fugaces de tiempos antiguos. Se volvió una vez más hacia Mayfield.

—¿Por qué la gente del pueblo siente tanta aversión hacia el castillo?

Mayfield soltó una risotada.

—No es así… les encanta. Si te quedas un tiempo por aquí, ya aprenderás a no creer todo lo que se te dice. Ese castillo es el único elemento famoso de Duncaster, y ha mantenido entretenidos durante siglos a los chismosos de la zona, desde que fue abandonado finalmente en el 1700 más o menos…

—Pero creía que habías dicho que estaba habitado —protestó Hamilton.

—¡Ah! Eso dije. Este año han venido a vivir allí dos tipos. Ahora que lo pienso, son americanos… compatriotas tuyos. Como estás tan interesado en el lugar, tal vez pudieses trabar amistad con alguno de ellos para que te enseñen el lugar.

Hamilton, arquitecto de oficio y con un interés apasionado por la arquitectura antigua, se inclinó hacia delante con entusiasmo y preguntó:

—¿Crees que lo harían?

—No veo por qué no. Aun así… —Mayfield retorció sus labios pensativamente—. Es difícil decirlo. Solo los he visto las pocas veces que han venido a mi farmacia. No son nada habladores. Creo que están realizando algún tipo de experimento científico.

—Un castillo en ruinas parece un lugar extraño para llevar a cabo experimentos.

—Tal vez quieran intimidad.

—¡Tienes muy poca imaginación! —rió Hamilton—. ¿No ves lo que tenemos aquí? Dos misteriosos forasteros viviendo en los restos de un antiguo castillo, comprando extraños compuestos químicos al farmacéutico del lugar para algún fin siniestro… ¡ja! Todo lo que necesitamos es una dama en apuros con un camisón blanco y tenemos todos los elementos para una historia de terror gótico de primera.

—Ahora estás empezando a parecerte a la gente del pueblo.

—¡Ajá! —gritó triunfantemente Hamilton.

—Además —continuó Mayfield—, los hombres nunca me han encargado compuestos químicos «extraños», simplemente un surtido de productos médicos y farmacéuticos comunes.

—No tienes imaginación —sonrió abiertamente Hamilton.

Mayfield se encogió de hombros.

—Puede que no, pero la imaginación no me deja ningún beneficio. No me importa si están creando monstruos de Frankenstein si hace que sigan siendo tan buenos clientes como hasta ahora.

En ese instante, cuando el coche coronó una cuesta en el camino, las luces del pueblo de Duncaster aparecieron, delicadamente brillantes bajo el manto del anochecer que se deslizaba desde las colinas del oeste. Esas luces, de alegres colores, en medio de los pintorescos adornos en las ventanas de las casas, recordaron a la pareja que solo faltaba una semana para Navidades, y su conversación se centró involuntariamente en cosas más animadas.

Mientras Hamilton compartía una agradable cena de domingo con Mayfield y su familia, el tema de la charla de la tarde no se le pasó por la cabeza. Después, no obstante, cuando se retiró a la cómoda habitación de invitados de los Mayfield y se tumbó escuchando el viento de invierno antes de caer dormido, no pudo evitar recordar su visita al viejo castillo junto al mar… Ese montón de mampostería derruido y maltratado por el tiempo que permanecía en pie, negro y barrido por el viento, por encima del martilleo del mar enfurecido, y pensó en los dos extraños que preferían vivir allí en un aislamiento tan absoluto.

2

Cuando Hamilton despertó a la mañana siguiente era tarde; Mayfield ya se había marchado a la farmacia. Por consiguiente, tras tomar una parte del desayuno que la señora Mayfield le había mantenido caliente de manera servicial, salió a dar un paseo solitario por las calles de Duncaster.

El cielo estaba despejado y azul. El aire estaba salpicado con el frescor invernal. Hamilton respiró hondo, disfrutando de la singular atmósfera del viejo pueblo y viendo a sus habitantes apresurándose en sus preparativos para Navidad. Aunque solo llevaba allí una semana, muchas de las personas le saludaban por su nombre cuando se cruzaban con él por la calle, y comenzó a sentir que le embargaba una sensación de tranquilidad y de estar como en casa.

Tras entrar en una pequeña librería que había comenzado a frecuentar casi a diario, cerró la puerta de roble con sus ventanas de cristales en forma de diamante y se sacudió la nieve de sus botas.

—¿Cómo está usted hoy, señor Hamilton? —preguntó el viejo señor Scott, el propietario, de bigote blanco; sus ojos azules parpadearon detrás de sus gruesas gafas cuadradas.

—Tan contento como parece usted, Eric… o eso espero —dijo Hamilton—. Me pregunto si podría enseñarme libros que recopilen la historia de esta región.

—Creo que sí. —Eric Scott rebuscó en sus estanterías y al poco sacó un volumen oscuro y desgastado. Lo hojeó rápidamente, escudriñando atentamente las hojas amarillentas.

—Aquí está —dijo finalmente, señalando un título de capítulo—. Esto lo cubre todo desde la época de los romanos al siglo XIX. Por favor, tenga cuidado, señor Hamilton; ese libro tiene más de ciento cincuenta años.

—Claro que lo tendré. ¿Puedo leerlo aquí?

—Por supuesto. Use la mesa que está junto a la ventana. Es un placer para mí ver a un hombre de su edad apreciar las cosas viejas que tantos se han olvidado de disfrutar.

Hamilton se sentó y abrió el viejo libro. Volvió a sentir la cómoda sensación de estar como en casa. Era un privilegio, y lo sabía, entrar siquiera en la vieja librería de Eric Scott, por no hablar de hojear con entera libertad sus fascinantes libros antiguos. Las existencias de Scott eran únicamente libros antiguos e insólitos, y todo su negocio lo hacía a través de la venta por correo, para que las manos profanas jamás tocasen un libro sin un reembolso previo lo bastante importante como para indicar que el libro tendría el suficiente espacio en una estantería de un hogaracogedor. Únicamente la confianza con Mayfield, sumado al evidente entusiasmo de Hamilton hacia la arquitectura antigua y todos los escritos relacionados con ella, habían relajado la guardia del anciano haciendo que el americano le cayera bien finalmente.

Hamilton se sumergió enseguida en el viejo libro. El capítulo que estaba leyendo hablaba de la historia de Duncaster y de la cercana y más grande comunidad de Burntshire. Se sintió satisfecho al encontrar una descripción

bastante extensa de la Abadía de Duncaster. El castillo, al parecer, era mucho más antiguo que el propio Duncaster. Los conquistadores romanos habían encontrado allí antiguos círculos de piedra y, tras abolir los ritos paganos que practicaban los nativos, habían construido un bello templo de columnas propio, que a su vez fue destruido siglos después por grupos de vikingos que invadieron durante un tiempo el norte de Inglaterra.

Fue durante el siglo XII cuando el barón franco-normando Hugo de Taran regresó de las cruzadas y construyó el primer castillo en el lugar que posteriormente sería la Abadía de Duncaster. El barón de Taran gobernó a sus siervos con la dureza habitual de la época, pero tenía fama de practicar ritos no cristianos que generaban una gran cantidad de chismes y repugnancia; ritos que, se decía, hasta incluían sacrificios humanos. La madre franca del barón de Taran era de los «d'Erlettes de Averoigne», un linaje y una región asociados desde hacía mucho con prácticas hechiceras; además, se decía que el barón, durante sus campañas contra los musulmanes en Tierra Santa, había conseguido como botín ciertos documentos antiguos escritos por los magos de Arabia y Egipto. Sin embargo, la fuerza de la Iglesia era débil en las fronteras de lo que pasaba por civilización en aquella Edad Oscura, y las cabezas de los acusadores del barón de Taran enseguida acabaron ensartadas en picas secándose al sol.

Los descendientes de Hugo de Taran, según la leyenda, usaron su posición de privilegio para continuar con la tradición blasfema que su señor había iniciado. En el castillo se veían y escuchaban luces y ruidos en ciertas noches del año, mientras en esas mismas noches desaparecía gente a la que nunca más se volvía a ver.

Estas actividades siniestras comenzaron a disminuir durante el siglo XIV a medida que el Catolicismo se hacía cada vez más fuerte en Inglaterra. Hacia 1660, quizá a causa del control férreo de la Iglesia Calvinista de Escocia, las actividades habían cesado por completo. Pero después, en 1690, cuando el problema de la brujería también estaba apareciendo en las colonias americanas, el pueblo de Duncaster sufrió el envite de un extraño terror que tal vez fuese una plaga. Se creía unánimemente, no obstante, que la causa de la gran cantidad de muertes estaba relacionada con los últimos miembros del decadente linaje de Taran, y se solicitó que actuara la Iglesia

de Escocia. A continuación llegó la quema de brujas de 1690, que por lo visto acabó con el dominio de los odiados señores que habían gobernado durante tanto tiempo gracias al terror inspirado en la superstición.

Los sacerdotes que narraban la crónica de estos acontecimientos fueron imprecisos, y solo insinuaron las cosas que salieron a la luz en las torres y mazmorras del antiguo castillo. Fueron abundantes los indicios de rituales paganos, y había restos de altares manchados de sangre labrados con símbolos arcaicos de significado olvidado. No se pudo encontrar ni rastro de los volúmenes de saber maldito que los barones supuestamente habían recopilado con el paso de los siglos, y se supuso que habían sido escondidos con cuidado en alguna cripta inferior inaccesible. Por este motivo, la Iglesia ordenó que se quemara todo el castillo, para que el conocimiento terrible de los de Taran nunca saliese a la luz y se propagase.

Aunque el castillo no se destruyó por completo, sus restos chamuscados yacieron abandonados más de un siglo. Entonces la Iglesia Anglicana intentó aprovechar el edificio, y se reconstruyó en parte dándosele el nombre de Abadía de Duncaster. Por algún motivo, no obstante, el edificio se usó como monasterio unos pocos meses, y después volvió a abandonarse. Esta vez permaneció vacío hasta la actualidad; o, más bien, como pensó Hamilton al acabar de leer el relato, hasta que los dos americanos se establecieron en él hace un año.

—¿Encontró lo que quería? —preguntó el viejo librero cuando Hamilton cerró y dejo a un lado el avejentado libro.

—¡Fascinante! —asintió Hamilton— ¿Qué sabe de los dos hombres que viven en el castillo? Me gustaría que me dieran permiso para echarle un vistazo.

Eric Scott se mesó su escaso cabello pensativamente, y Hamilton sintió una ligera inquietud en la expresión de sus ojos azul claro.

—Esos dos son una extraña pareja —dijo—. No sé si querría conocerlos mejor. Por supuesto, es mi opinión… pero verá que casi todo el mundo por aquí dice lo mismo.

—¿Por qué? —dijo Hamilton.

—No es por nada en concreto… pero déjeme decirle algo…

El viejo se puso a contar lo que él sabía y lo que los chismosos del lugar tenían que decir acerca de los forasteros, y Hamilton se reclinó sobre sus codos y escuchó atentamente.

Los forasteros aparecieron por vez primera en Duncaster durante el febrero anterior, alojándose en la casa de huéspedes de la vieja señora Knapp cerca de la carretera del mar, y sin relacionarse con la gente del pueblo. Vivieron allí más de un mes, haciendo viajes de vez en cuando a la ciudad de Burntshire o al castillo desierto junto al mar. Sus breves apariciones en las calles de Duncaster, con sus barbas marrones, sombreros de ala ancha y abrigos negros largos, enseguida les consiguieron la fama de excéntricos ridículos, aunque algo siniestros.

La vieja señora Knapp hablaba mucho de la pareja, y de los muchos cajones de aparatos eléctricos, cacharros de cristal y libros que habían arrastrado desde su furgoneta hasta las habitaciones en el piso de arriba que habían alquilado. Los hombres dijeron llamarse Pitts y Taggart, aunque por algún motivo la señora Knapp prefería pensar que no eran sus apellidos auténticos. En realidad, la casera, por chismosa que fuera, se enorgullecía en cierto modo de sus misteriosos inquilinos y sin duda exageraba sus peculiaridades. Su principal rasgo, no obstante —muy llamativo en una comunidad tan pequeña— era su reserva taciturna extrema. Su acento los delataba como americanos, pero aparte de este dato no podía deducirse nada basado en los hechos.

Junto a la vieja señora Knapp, no obstante, el propio Eric Scott probablemente fuese la principal autoridad en el asunto de los americanos. En realidad le habían escrito poco antes de su llegada, profesando su interés hacia ciertos libros antiguos raros, y más tarde le habían visitado varias veces en su vieja y rancia librería. Scott se había inquietado con algunos de los títulos que habían mencionado, ya que había escuchado cosas terribles del blasfemo Necronomicón del árabe loco Abdul Alhazred, y asociaba leyendas malignas monstruosas a ciertos nombres extraños escritos en los amarillentos papiros del incompleto Libro de Thoth-Ammon. De algún modo se alegró de no poder ser de mucha ayuda a los forasteros en su búsqueda, y esperaba que no estuvieran dispuestos a buscar más la información que deseaban.

Además de la vieja librería de Eric Scott, los forasteros también comenzaron a frecuentar la farmacia de Mayfield y la tienda de suministros médicos de Howell. De vez en cuando viajaban hasta Burntshire para usar la biblioteca y, como se rumoreó enseguida, para pedir a los bibliotecarios cualquier cosa relacionada con las ruinas de la Abadía de Duncaster.

Entonces, durante marzo, los forasteros viajaron a Londres y al parecer hicieron alguna operación con los dueños del castillo, ya que a su regreso a Duncaster comenzaron a transportar de inmediato todas sus pertenencias al antiguo edificio. Tras acabar por fin con su cambio de residencia, Pitts y Taggart pagaron lo que debían a la vieja señora Knapp, rompiendo así todos sus lazos con el mundo. Muchos de los habitantes del pueblo se habían inquietado con todo esto, ya que para los ortodoxos religiosos el castillo era un símbolo de un mal sobrenatural de tiempos inmemoriales.

Durante varios meses los dos siguieron morando en su extraño domicilio, aislados virtualmente del mundo exterior, ya que la carretera más cercana estaba a más de media milla del castillo. Infrecuentemente recorrían el viejo sendero a lo largo de los acantilados desiguales y conducían hasta la ciudad para comprar grandes cantidades de alimentos y otras provisiones. Finalmente vendieron su furgoneta a un hombre en Burntshire, se recluyeron en el castillo, y desaparecieron en un retiro absoluto. Los chismosos del pueblo, por supuesto, especulaban descabelladamente pero en vano acerca de las actividades de los dos americanos.

Hacia el verano, no obstante, los acontecimientos tomaron un cariz más oscuro y siniestro con la desaparición del pequeño Tommy McCallister, que se desvaneció misteriosamente una tarde mientras jugaba con varios amigos cerca de los acantilados. Según los otros chicos, Tommy, al que se tenía por un joven bastante enérgico, alardeó de no tener miedo de acercarse al castillo prohibido y espiar a sus dos misteriosos habitantes. Contra el consejo de sus compañeros, el chaval había ido a cumplir su jactancia, y le dijo al resto que esperara su regreso. Habían visto a Tommy caminar hacia el horizonte al norte y desaparecer en los oscuros bosques que rodeaban al castillo en sus tres laterales que no daban al mar; aunque esperaron durante casi tres horas, el chico no regresó. Al final, viendo que se acercaba el crepúsculo, los jóvenes regresaron de mala gana a casa.

Al principio los niños no dijeron nada a sus mayores acerca de Tommy, ya que sus padres les habían advertido terminantemente de que no jugasen cerca del mar; pero al día siguiente, cuando los frenéticos McCallister empezaron a preguntar por el chico perdido, los chavales rompieron a llorar y confesaron lo que había sucedido. Inmediatamente se organizó una partida de búsqueda para batir las colinas arboladas cercanas al mar. Aun así, aunque los buscadores continuaron durante el día y parte de la noche, no encontraron rastro del niño perdido.

La gente del pueblo, sin embargo, no se sorprendió excesivamente por este fracaso, ya que muchos ya habían empezado a insinuar hoscamente que el chico se había encontrado con una muerte violenta. Fue el agente Dunlap, el único policía de la ciudad, el que defendió firmemente esta posibilidad, indicando que al chico se le había visto por última vez acercándose al viejo castillo con la intención de espiar a sus habitantes. ¿No era posible que aquellos excéntricos reclusos pudiesen ser locos que no dudarían en hacer daño a todo el que considerasen un intruso?

Al escuchar las opiniones del agente Dunlap, los aldeanos lo aceptaron inmediatamente como hecho y mostraron su indignación. Exigieron a gritos que Dunlap fuese y arrestase a la pareja, aunque nadie se presentó voluntario para acompañarlo, y a la mañana siguiente el agente fue a interrogar a los moradores de la Abadía de Duncaster.

No regresó. Cuando se supo que el agente había desaparecido tan misteriosamente como Tommy McCallister, estalló un oleada de furor. Se informó a los agentes de Burntshire, y el *sheriff* y varios de sus policías fueron de inmediato a investigar a los habitantes del castillo. Eso hicieron, pero el resultado de sus pesquisas no satisfizo a los ciudadanos de Duncaster.

Según el *sheriff*, los dos americanos les habían recibido abiertamente e incluso de manera hospitalaria. Se mostraron muy serviciales, sin negarse a someterse al registro del lugar o a contestar todas las preguntas con aparente franqueza, mientras expresaban su deseo de ayudar en todo lo que pudieran. El *sheriff* no quedó convencido de su sinceridad, por supuesto, pero a pesar del registro, sus hombres no pudieron encontrar ni el más ligero indicio de nada remotamente sospechoso. A juzgar por el mobiliario

y los libros del castillo, los americanos no eran más que una pareja de licenciados eruditos dedicados a investigar antigüedades. Después de varias horas el *sheriff* y sus hombres se marcharon, molestos por no tener pruebas sobre las que basar un arresto.

Parecía, sin embargo, que la gente del pueblo podía haberse equivocado con respecto a Pitts y Taggart; al día siguiente, cuando un grupo de pescadores encontraron el cuerpo de Tommy McCallister arrastrado por el mar hasta la playa al sur de Duncaster, no había ningún indicio de que el chico hubiera muerto violentamente. La autopsia realizada por el forense en Burntshire no encontró ningún signo de asesinato, y se supuso oficialmente que el chico de trece años había caído al mar por el acantilado al regresar del castillo por el estrecho sendero.

El destino del agente Dunlap, no obstante, era más desconcertante. Jamás se encontró ni rastro de él. Durante varias semanas el *sheriff* prosiguió con sus investigaciones, volviendo a interrogar varias veces a Pitts y Taggart y registrando su residencia gótica en busca de alguna pista. Cada visita se encontraba con la misma falta de resistencia o de pruebas, y el *sheriff* se vio obligado a admitir de mala gana, al menos oficialmente, que la extraña pareja probablemente no tuviese nada que ver con las desapariciones. El agente Dunlap seguramente hubiese caído en una de las grietas o hendiduras que eran un peligro en los bosques montañosos a lo largo de la costa.

El caso se cerró finalmente a principios de otoño a causa de la muerte prematura del *sheriff*, y el agente que le sustituyó archivó el informe del caso y pronto se olvidó de él. Al no tener un interés personal en el caso, el nuevo *sheriff* se contentó con considerarlo un escándalo sensacionalista. La gente de Duncaster, sin embargo, mantuvo sus opiniones y siguió mirando con disgusto al castillo y a sus habitantes. Siniestras especulaciones siguieron pasando de boca en boca, rumores no solo de posibles asesinatos, sino de cosas más descabelladas como torturas, brujería y sacrificios humanos. Incluso había quien mantenía que la muerte del viejo *sheriff* pudiera no haber sido tan natural como parecía, que el diagnóstico del doctor Bannister de algún «extraño ataque parecido a la epilepsia» tal vez fuera una tapadera para su propia ignorancia. Desde luego que había habido

algo perturbador en la manera de gritar del *sheriff* la noche anterior a que se le encontrase muerto en su habitación, con los ojos muy abiertos como si hubiese sentido un terror extremo; pero todo esto no eran más que rumores frívolos de rústicos cuyas únicas tradiciones procedían de los campesinos supersticiosos de la Edad Oscura.

Los forasteros visitaron dos veces más Duncaster, yendo a pie hasta el pueblo, pero ahora se les miraba con asco y no con curiosidad divertida. Solo unos cuantos comerciantes del lugar, en cuyas tiendas gastaban mucho dinero, miraban a la pareja con algo distinto a la aversión. Las dos veces visitaron la vieja librería de Eric Scott, comprando varios libros antiguos de tradiciones religiosas y rosacrucianas. Scott recordaba que aquellos libros abordaban principalmente materias como el hipnotismo, la proyección astral y los poderes ocultos de la mente, y que los hombres habían mencionado textos más antiguos y siniestros relacionados con secretos medio olvidados que apenas habían conseguido superar el paso del tiempo desde épocas de antigüedad insondable. Scott no quiso saber lo que aquellos hombres trataban de lograr mediante la adquisición de tales conocimientos tanto tiempo ocultos.

Durante el resto del otoño, nadie volvió a ver a Pitts y Taggart, salvo unos cuantos pescadores madrugadores que, desde la lejana posición de sus botes, afirmaban haber visto a la pareja en la playa bajo el castillo colgado del acantilado, recogiendo objetos arrastrados por las mareas del Atlántico. Sin embargo, los ciudadanos de Duncaster no olvidaban, y los chismosos hablaban en voz baja de luces y gritos salvajes que se habían escuchado en el castillo en la noche de Todos los Santos; y después, afirmaban algunos, uno podía escuchar un aullido espeluznante y lúgubre si se quedaba en ciertos lugares del precipicio coronado por el castillo. Pocos se atrevieron a comprobar estas cosas por sí mismos, no obstante, y la mayoría prefirió aceptar el testimonio de los charlatanes del lugar. Y así sucedió que, tras casi todo un año, el misterio de los siniestros forasteros de la Abadía de Duncaster era tan desconcertante, si no más, de lo que lo había sido el día de su llegada.

3

Al principio Hamilton no se dio cuenta de que Eric Scott había dejado de hablar; la historia del viejo le había cautivado. Sintiéndose algo intranquilo, trató de hacer que su mente se centrara en el presente.

—Menuda historia —dijo—. ¿Qué es lo que usted piensa de los americanos?

Scott se encogió de hombros.

—No creo todo lo que escucho, señor Hamilton, pero al mismo tiempo tampoco me burlo de todo lo que parece extraño. Creo que esos hombres están tramando algo. Sé demasiado de los libros que han buscado como para dudarlo.

La intranquilidad de Hamilton aumentó. Había muchos puntos en común entre la historia de Scott y el relato que había leído del linaje de los de Taran del pasado; desapariciones misteriosas, libros prohibidos de saberes siniestros, indicios de brujería y ritos terribles practicados dentro de los muros negros del castillo… Se levantó de su silla y, dando las gracias al viejo librero, salió bastante deprisa a la calle, al aire libre. Por una u otra razón se alegraba de dejar la librería con su atmósfera seca por la vejez y la mala ventilación, se alegraba de sentir el viento de invierno soplar frío contra su rostro.

Después, sin embargo, cuando charlaba con Mayfield en la farmacia, se encontró riéndose de las extrañas ideas del viejo librero.

—Sí, el viejo Scott es un buen cuentista —dijo Mayfield—. Tiene un montón de ideas raras, especialmente en lo que respecta a la Abadía de Duncaster.

—Desde luego, ha avivado mi curiosidad —sonrió abiertamente Hamilton—. Ya no me puedo marchar sin ver ese viejo castillo… y conocer a sus habitantes.

Mayfield echó una ojeada a su reloj.

—Mira, voy a estar ocupado durante el resto de la tarde, así que ¿por qué no coges mi coche y te acercas tú mismo? El tiempo es bastante bueno

y conoces el camino.

—¿En serio? ¿Estás seguro de que no vas a necesitar el coche?

—Para nada. —Mayfield le dio las llaves del coche—. Vuelve puntual para la cena o mi esposa se pondrá hecha una furia. Si la necesitases, hay una rueda de repuesto debajo del asiento trasero. ¡Buena suerte!

Unos instantes después Hamilton estaba saliendo velozmente de Duncaster, disfrutando de la belleza salvaje de las colinas arboladas y sintiéndose algo raro por conducir por el carril izquierdo de la carretera. Durante la soledad de la conducción su mente volvió a las cosas que había leído y oído en la pintoresca y vieja librería, y meditó de nuevo acerca de las extrañas coincidencias entre el pasado y el presente. Probablemente Scott y el resto de la gente del pueblo, conociendo las leyendas relacionadas con la desaparecida familia de Taran, hubiesen proyectado rasgos similares sobre los dos forasteros que residían en la Abadía.

Finalmente Hamilton tomó una corta salida y aparcó el coche. Sin duda allí era donde los americanos solían aparcar su vehículo. Cuando salió, pudo escuchar el batir de las olas cercanas. Solo había un corto paseo por el sendero a lo largo del borde del acantilado, y desde allí a la cresta desde la que podía verse el castillo.

El lugar parecía menos sobrecogedor bajo el cielo azul y la luz del sol, pero el viento racheado seguía soplando desde el mar, haciendo que las furiosas olas chocaran ruidosamente contra las rocas que quedaban por debajo. Hamilton escogió con cuidado su camino por el sendero, recordando de repente que el joven McCallister debía de haber caído desde el saliente cercano. El pensamiento no fue agradable, y se encontró preguntándose de nuevo por el destino del agente Dunlap y las cosas raras que la gente había insinuado acerca de la muerte del *sheriff*.

Después, el sendero se alejaba del acantilado y entraba en la densa arboleda que rodeaba el castillo. Hamilton perdió de vista el edificio mientras se abría camino entre los oscuros troncos de robles nudosos cuyas ramas se retorcían extrañamente por encima de él. Su inquietud creció cuando se dio cuenta de lo aislado que estaba el castillo. Aun así, al mismo tiempo, estaba disfrutando de su aventura, previendo lo que sus amigos

dirían cuando les hablara del viejo «castillo embrujado» que había visitado en Inglaterra.

Saliendo del bosque, Hamilton vio que el castillo estaba bastante cerca, cerniéndose sobre él en su peñasco rocoso con magnificencia imponente y con sus oscuras almenas derruidas contrastando contra el cielo. Se detuvo para contemplarlo durante un instante, deseando haber traído una cámara; y, mientras miraba, escuchó un extraño e interminable gemido que parecía surgir de la base del acantilado. Evidentemente, decidió, era un efecto del viento cuando aullaba entre las espiras de roca mellada del farallón, y aun así, a veces se parecía tanto al grito de una persona angustiada, como si alguien estuviese atrapado en alguna caverna o grieta oscura dentro de la roca, que Hamilton pudo entender cómo las imaginaciones de los lugareños habían conjurado voces de la nada.

Ascendió el tramo restante por el sendero y se abrió camino entre los bloques caídos y cubiertos de escarcha de los muros derruidos. La senda acababa en una puerta maciza de roble engarzada en una enorme muralla. Superando una duda momentánea, Hamilton elevó la pesada aldaba de hierro y la dejó caer ruidosamente contra la puerta.

Hamilton llamó varias veces, pero no respondió nadie. Quizá, pensó, los habitantes estuviesen ignorando a los posibles visitantes. Estaba a punto de marcharse cuando escuchó el rechinar metálico de cerrojos pesados abriéndose, y un instante después la puerta se abrió chirriante sobre sus goznes.

Hamilton echó una ojeada rápida a la figura que permanecía en el umbral, preguntándose qué decir como presentación. El hombre que estaba delante de él era algo más bajo, delgado y llevaba perilla y bigote unidos y bien recortados. Vestía un abrigo oscuro, de los que estaban de moda a principios del siglo diecinueve; colgaba sobre su cuerpo como las alas de un cuervo. Sus despiertos ojos marrones miraron sospechosamente a Hamilton desde detrás de sus gafas de montura oscura.

—Perdone que le moleste —comenzó Hamilton—, pero estoy interesado en la construcción de este castillo, y me gustaría que me permitiera examinarlo más de cerca. Soy arquitecto de oficio y anticuario de corazón…

El hombre sonrió de repente y sus ojos perdieron su brillo sospechoso.

—Ah, desde luego… ¡un anticuario! No quedamos muchos, me temo. Entre.

Hamilton, contento por ser aceptado tan fácilmente, entró rápidamente. Su anfitrión echó el cerrojo de inmediato a la puerta una vez más.

—Espero que no le importune mi intrusión —dijo Hamilton—, pero me temo que mi curiosidad acerca de la arquitectura antigua es más de lo que mis buenos modales pueden controlar…

—Por favor, no se disculpe. Comprendo su interés… que es uno de los motivos por los que escogí vivir aquí, señor…

—Hamilton. Irving Hamilton.

—Señor Hamilton. Me llamo John Taggart. —El hombre estrechó la mano de su invitado, y le hizo un gesto para que lo siguiese. Caminaron atravesando varios pasillos abovedados de piedra, que Hamilton admiró con gran interés, y a continuación entraron en una gran sala poco amueblada pero confortable con artículos de manufactura decimonónica. Dos mecedoras mullidas y una gran mesa de caoba ocupaban el centro de la habitación; la mesa estaba sembrada de libros, papeles y unos cuantos recipientes de cristal de diferentes formas y tamaños. De la única ventana arqueada de la cámara colgaban lánguidamente pesadas cortinas desde el techo hasta el suelo de piedra, mientras que a cada lado de esta estrecha abertura había enormes librerías, con sus numerrosos estantes repletos de libros antiguos y modernos.

—Nuestra sala de estar y biblioteca —dijo Taggart—. La mesa está bastante desordenada, pero no esperábamos visita. —Comenzó a limpiar la mesa de sus libros y papeles, colocándolos en varios huecos en los estantes —. Por su acento creo que es de Nueva Inglaterra.

—Exacto. Y a juzgar por el suyo, diría que procede de la zona superior del medio oeste.

—Es usted perspicaz —dijo brevemente Taggart—. Pero, venga… le enseñaré el castillo. No conozco a menudo a gente con aficiones similares a las mías, y me gusta saber que aún hay quien disfruta con las cosas antiguas del mundo.

Diciendo eso, Taggart condujo a Hamilton a través de varias salas y cámaras de la planta baja, y después fue subiendo poco a poco a otras habitaciones más elevadas. Hamilton se quedó completamente absorto con todo lo que le rodeaba y con los comentarios de su anfitrión acerca de la historia de aquella avejentada estructura gótica. Gozaba con las glorias imaginadas del pasado, y especulaba con cierta intranquilidad acerca de aquellos que habían morado en el castillo hacía tantos siglos. Taggart se mostró muy cortés con sus preguntas e insistió en acompañarlo como guía; evidentemente el hombre se enorgullecía de su extraño hogar, y hablaba con conocimiento de causa de todos los detalles de la vetusta arquitectura que les rodeaba. Casi parecía como si estuviese dirigiendo una visita organizada que había hecho en muchas otras ocasiones.

Al final, tras ascender una escalinata larga y estrecha de piedra desgastada, salieron a una pequeña área circular a cielo abierto. Allí el viento soplaba frío y fuerte, pero Hamilton olvidó el frío cuando miró desde las enormes almenas de la torre y contempló el paisaje de oscuras colinas arboladas que se extendía por todas partes, salvo al oeste donde rugía el mar gris, moteado de blanco, para romper contra la costa por debajo.

—Desde esta torre —dijo Taggart— los barones de Taran solían inspeccionar sus amplios dominios.

—¡Ah! ¿Conoce a los de Taran?

—Desde luego. ¿Cómo no los íbamos a conocer los que vivimos en su antiguo hogar? Eran hombres de inmenso poder y capacidad, y su historia es digna de estudio. Habrían podido gobernar toda Inglaterra si no hubiesen estado tan ansiosos por mostrar sus cartas…

Taggart dejó de hablar… con bastante brusquedad, pensó Hamilton.

—De Taran es un apellido muy poco común —dijo Hamilton—. Nunca me he topado antes con él.

—Sí que lo es. De hecho, no era el apellido original del fundador del linaje. Taran es el nombre de uno de los primeros dioses en ser adorado en Europa, un dios del trueno y el rayo. Cuando las legiones de Cesar marcharon sobre la Galia encontraron a sus habitantes ofreciendo sacrificios humanos a este dios, y ciertos documentos anteriores a las crónicas romanas indican que sus orígenes se remontan aún más atrás. Por supuesto, la

cristiandad acabó con el culto a Taran, pero el barón Hugo comenzó a rendirle devoción en secreto por motivos privados, y en aquel momento todos sus enemigos murieron súbitamente. Su poder creció rápidamente a partir de entonces, hasta que finalmente, tras amasar una gran fortuna en las cruzadas, se nombró a sí mismo barón de Taran, se apartó de la vida pública y construyó esta fortaleza en el norte de Inglaterra. Desde entonces, dicen, los enemigos del linaje Taran han tenido tendencia a morir prematuramente. Una leyenda ridícula, desde luego, aunque fascinante como seguramente convenga conmigo.

—Había oído que se les temía enormemente…

Hamilton dejó de hablar bruscamente cuando un grave aullido lastimero ascendió por la base de la torre; un grito salvaje, desesperado como el sonido que había escuchado cerca de la base del acantilado. Taggart, sin embargo, actuaba como si no hubiese escuchado nada, y Hamilton se preguntó intranquilo si el sonido habría podido deberse al aullido del viento entre los muros y las almenas derruidas.

—Me temo que tengo poco más que enseñarle —dijo Taggart—. Venga… resguardémonos de este frío viento. —Entonces, mientras bajaban por las escaleras de la torre, añadió—: Espero que haya disfrutado de su visita tanto como yo he disfrutado con su llegada.

—Me ha encantado, gracias; pero ¿me lo ha enseñado todo? Si no es mucho pedir, me gustaría ver las bodegas y las mazmorras…

—De buena gana se las mostraría si fuese posible —dijo Taggart—, pero, por desgracia, las bodegas del castillo se encuentran debajo de la zona derruida y quedaron llenas de escombros durante su destrucción. Son totalmente inaccesibles.

En este punto habían llegado a la planta baja y acababan de volver a entrar en la biblioteca cuando, de repente, Hamilton escuchó de nuevo ese débil aullido lastimero y desesperado. Esta vez era más claro, y apenas podía dudar que se tratase del grito angustiado de algún ser vivo sufriendo un terrible tormento. Antes de poder especular más, no obstante, un tercer hombre entró rápidamente en la sala y se detuvo bruscamente al verlos. Era alto y delgado, y los miraba frunciendo el ceño con su cara pálida y

rasurada. Iba vestido de la misma manera que Taggart. Hamilton se dio cuenta de que el hombre debía ser Pitts.

Los ojos azules del recién llegado refulgieron con hostilidad no disimulada hacia Hamilton.

—¿Quién es este? —exigió a Taggart.

—Un invitado de nuestra casa. —La voz de Taggart era igual de categórica—. Este es el señor Hamilton, un arquitecto de Massachusetts, que está muy interesado en nuestra antigua morada, señor Hamilton —prosiguió—, este es el señor Jeremy Pitts, mi amigo y colega de estudios.

Pitts saludó con la cabeza levemente a Hamilton, después se giró hacia Taggart.

—Ven rápido —murmuró, y a continuación se giró bruscamente y salió dando zancadas de la sala; su capa oscura provocaba remolinos de polvo a su paso.

—Perdóneme —dijo Taggart, haciendo señas a Hamilton para que se sentara en una silla—. Tengo ciertos asuntos que atender brevemente. Solo serán unos minutos.

Diciendo eso, salió rápidamente hacia el pasillo, dejando a Hamilton solo y perplejo. Un instante después Hamilton creyó escuchar una vez más el extraño aullido, pero cesó bruscamente después de un fuerte ruido áspero, como si se estuviera arrastrando por el suelo una piedra enorme. Después de esto, el castillo quedó completamente en silencio.

Pasó algún tiempo, pero Taggart no regresaba. Mientras Hamilton esperaba cada vez se sentía más intranquilo. Su recuerdo del extraño aullido, y la atmósfera de oscuridad silenciosa, estaban empezando a afectarlo de manera opresiva. Estaba impaciente por marcharse, aunque una parte de él insistía en que no debía marcharse sin dar las gracias a su anfitrión. Por consiguiente, escogió un libro de las estanterías y se arrellanó en una mecedora, tratando de leer hasta que Taggart volviese.

El libro era un tomo negro enorme titulado Las obras completas de Edgar Allan Poe. Sus páginas se abrieron fácilmente y de modo natural en una página determinada, como si se hubiesen abierto frecuentemente en esa página, y Hamilton vio varios renglones subrayados con una línea gruesa de lápiz negro. Los renglones decían:

> «Un agravio queda sin reparar cuando el justo castigo sobrepasa al reparador. Queda igualmente sin reparar cuando el vengador no consigue sentirse diferente al que ha cometido el agravio».

Los renglones eran de la historia de Poe El tonel de amontillado; un relato de venganza terrible y morbosa. Hamilton sintió que su ánimo se nublaba, y no quiso leer más. Dejando a un lado el libro, comenzó a pasearse con inquietud por la habitación; mientras lo hacía, advirtió sobre la mesa un volumen avejentado de grandes dimensiones. Un pesado pisapapeles mantenía abiertas sus páginas amarillentas; cuando, por curiosidad, echó una ojeada a su título, Hamilton se sorprendió un poco al ver que era el misterioso Necronomicón del que el viejo Eric Scott había hablado de manera tan vacilante. Con su curiosidad azuzada, Hamilton examinó el libro más de cerca. Ciertos nombres que entrevió, como «Taaran, Dios del Mal» y «Nyarlathotep, el Caos Reptante», eran vagamente inquietantes.

El gran libro en sí evidentemente fue escrito durante una época en la que las supersticiones más descabelladas abundaban en el mundo, ya que la página que entrevió Hamilton probablemente fuera una muestra de las ideas fantásticas contenidas en todo el libro.

> «Hay Maneras (léase el texto) para hacer que la Mente de un Hombre sea como un Ojo, que puede usarse como Lente para concentrar los Poderes que existen en los Espacios entre los Mundos. En realidad, la Mente de cualquier Hombre, cuando se separa de las ataduras limitadoras de la Carne y entra en estado de Trance, puede usarse como un Arma de gran Poder. Nada es imposible para el Hechicero que pone a esa Mente bajo su Control, ya que será capaz de ver en las Tierras más lejanas del Mundo por medio de esa Imaginación, y podrá Vengarse de sus Enemigos de tal Modo que no dejará Marca alguna, pero que hará que expiren con Miedo y grandes Terrores».

Antes de que Hamilton pudiese leer más escuchó de nuevo el fuerte ruido áspero, y dejó a toda prisa el libro antiguo como lo había encontrado. Por alguna razón no quería que su anfitrión le encontrase mirando al libro. Se sentó una vez más, y un instante después Taggart entró en la habitación, disculpándose por haberse tenido que ir tan deprisa pero indicando que no pudo evitarlo. No explicó el motivo de su marcha, no obstante, y Hamilton, tras intercambiar unos cuantos comentarios corteses con él, se despidió.

Mientras regresaba caminando por el sendero azotado por el viento junto al mar, se sintió extrañamente agitado. Era cierto que Taggart le había tratado con toda amabilidad, pero su sensación de que había algún misterio oculto había crecido. Por una parte, Taggart había dicho que no quedaban estancias intactas bajo el castillo, aunque, ahora que Hamilton pensaba en ello, estos extraños aullidos habían parecido provenir de abajo… O más bien, llevaban aparejados de algún modo una sensación de profundidad…

Y se preguntaba cuál podía ser el origen del propio sonido. Cuanto más trataba de recordarlo, menos probable parecía que pudiera haber sido causado por el viento o por otro medio inanimado. En el sonido había indicios de dolor y frustración, por débil que hubiese sido, y Hamilton se enojó al pensar en algún animal indefenso sufriendo experimentos extraños y dolorosos en alguna cámara oscura bajo el castillo. ¿Para eso había sido llamado Taggart con tanta prisa, para ayudar en algún experimento mórbido? ¿O había motivos aún más siniestros? Desde luego, aquellos libros antiguos que había ojeado, por ridículos e inofensivos que fueran, no eran el tipo de libros que toman en serio los hombres racionales. ¿Podían los moradores del castillo ser dementes que estuviesen realizando rituales mágicos de sacrificio con fines ocultos?

Mientras Hamilton conducía de regreso hasta Duncaster, meditando sobre sus impresiones, tuvo que admitir que no había nada concreto. Le preocupaba que hubiese tantas coincidencias entre las actividades de los americanos y las acciones de los desaparecidos de Taran. Ya no le importaba el cariz misterioso que al principio le había parecido tan pintoresco, ni le gustaba pensar en aquellos libros antiguos que había visto, con sus menciones a venganzas y extraños poderes. La tarde le había resultado agradable, pero también había dejado un regusto amargo.

4

—Menuda imaginación tienes —dijo Mayfield cuando Hamilton y él se levantaron de la mesa para retirarse al estudio—. Dices que te recibieron hospitalariamente. ¿Qué fue lo que no te gustó de esos hombres?

Hamilton se acomodó en un sillón de felpa mientras Mayfield servía el *brandy*.

—En realidad, no estoy seguro. Tal vez fueran los chismes del viejo Eric Scott los que dispararon mi imaginación. Debo admitir que el mundo parece más prosaico aquí y ahora, en tu acogedor estudio… gracias. —Aceptó el vaso de *brandy* de Mayfield, y después añadió pensativamente—: Solo que todo está rodeado de un aire de misterio tan intenso…

—Bueno, olvídalo. —Mayfield le pasó un ejemplar del Times de Londres y señaló un artículo—. Esto debería interesarte, considerando tu afición al misterio. ¿Has oído hablar de las «muertes aulladoras»?

—Juré no tocar un periódico al empezar estas vacaciones.

—¡Ah, pero devoraste de inmediato el relato del monstruo del Lago Ness la semana pasada! Esto también te gustará, estoy seguro.

Hamilton suspiró y comenzó a echar un vistazo al artículo. Parecía que varios americanos de visita en Inglaterrase habían visto afectados, en el último mes aproximadamente, por una extraña enfermedad que los periódicos, con el típico sensacionalismo, llamaban «la muerte aulladora». Aunque hasta entonces solo habían sucumbido ante la enfermedad media docena de personas, la extraña naturaleza de estos casos había causado un revuelo considerable. En realidad, el término «enfermedad» se había aplicado ante la falta de una palabra mejor. Los doctores habían descrito las muertes como «ataques», mientras que los psiquiatras las habían llamado «epilepsias suicidas» y otros nombres ridículos, pero ninguno parecía poder señalar una causa racional. De hecho, la policía había llegado a pensar que se trataba de un modo ingenioso de asesinato, aunque no lograban explicar el *modus operandi*.

En concreto, los casos eran similares en que la enfermedad siempre atacaba de repente y de noche, habitualmente antes de que despuntara el alba. Era tan rápida como mortal, sin síntomas o avisos previos. Las víctimas siempre sentían grandes dolores unos pocos minutos antes de sus muertes, como evidenciaban sus gritos salvajes y terribles en la noche, que a menudo despertaban a la gente de las casas vecinas. Sin duda esta agonía también era responsable de las horribles expresiones retorcidas encontradas en las caras de los fallecidos, y las víctimas siempre morían antes de que nadie pudiese llegar al lugar. En todos los casos sus dormitorios estaban caóticamente desordenados, lo que sugería que sus muertes venían acompañadas de violentos espasmos físicos.

Aquellos que defendían la teoría del asesinato señalaban a esta última circunstancia como la prueba de un forcejeo, mientras también llamaban la atención sobre que todas las víctimas procedieran de la misma ciudad en el medio oeste de los Estados Unidos. Al parecer, durante los últimos dos meses, cada una había decidido, por su cuenta e impulsivamente, viajar a Inglaterra, a pesar de las adversas condiciones meteorológicas de la temporadade invierno. Además, todos habían tenido trabajos relacionados con el derecho o la administración legal; uno había sido juez de delitos menores, otro un antiguo jefe de policía, mientras que los demás habían sido policías o abogados. Por eso parecía presente una cierta pauta, pero que no apuntaba en ninguna dirección en particular.

La teoría del asesinato se debilitó aún más cuando las autopsias no revelaron indicios de violencia o pruebas de envenenamiento en ninguna de las muertes. Mientras tanto los médicos indicaban que el origen común de estos desgraciados turistas probaba su teoría de una extraña enfermedad o plaga, y señalaban que los médicos americanos harían bien en comprobar la posibilidad.

Cuando Hamilton acabó el artículo, su frente estaba empapada de sudor y sus manos temblaban perceptiblemente. Mayfield, advirtiendo su agitación, le preguntó si se sentía mal, pero Hamilton lo negó de prisa, diciendo que solo estaba algo cansado y que quería retirarse pronto. Por tanto, tras dar las buenas noches a su anfitrión, se dirigió a la habitación de invitados.

Sin embargo, Hamilton no durmió aquella noche. En su inquieta mente daban vueltas demasiadas coincidencias… coincidencias que apuntaban a cosas terribles más allá del umbral de la razón.

Se tiró toda la noche dando vueltas en la cama, intentando racionalizar sus terribles pensamientos. No pudo. Su mente tenía demasiados datos que encajaban demasiado bien. ¿Qué pasó con el viejo *sheriff* que, según Eric Scott, había muerto de manera similar a los turistas del medio oeste norteamericano? ¿Había muerto quizá porque sospechaba demasiado? ¿Qué indicaba que Taggart y Pitts también fuesen naturales del medio oeste, como delataba su acento?

Las conclusiones que sugerían tales ideas no podía aceptarlas la mente moderna de Hamilton, pero cuanto más trataba de expulsarlas de su mente más lo inquietaban. Lo más preocupante de todo, quizá, fuera el recuerdo de aquel pasaje que había vislumbrado en las páginas del prohibido y terrible Necronomicón.

En cuanto llegó el amanecer tras una noche en vela, Hamilton marchó furtivamente por las calles de Duncaster y se dirigió a la vieja librería de Eric Scott; su aliento se volvía vaho ante él en el aire helado y quieto.

Scott ya estaba dando vueltas por la tienda, y ante los insistentes golpecitos de Hamilton, el viejo le dejó entrar. Parecía sorprendido por la temprana visita, pero su sorpresa se convirtió en preocupación cuando Hamilton comenzó vacilantemente a contar su historia.

Los chismosos de Duncaster nunca supieron lo que se dijo ese día tras las puertas cerradas de la librería de Scott, aunque sabían que solo un asunto de gran importancia habría impedido que el viejo librero mercenario contestara a su puerta o al teléfono. Probablemente fuera mejor así; a menudo era mejor que se quedaran sin decir aquellas cosas que suelen vincular reinos de horror indescriptible con el mundo real. Solo se suponía que estaban leyendo libros extraños, obteniendo sin duda cierto conocimiento arcano, y correlacionándolo con ciertos hechos; pero ni Scott ni Hamilton jamás dirían de qué conocimiento podía tratarse.

Esa noche Mayfield, al regresar Hamilton, recibió a su huésped con preguntas curiosas. Hamilton, aunque cortés, parecía extrañamente evasivo.

Se mantuvo pensativamente callado durante la cena, y apenas habló hasta que Mayfield mencionó un tema que atrajo rápidamente su atención.

—¿Te acuerdas del estrafalario artículo que te enseñé ayer por la noche? —comentó—. El que hablaba de las supuestas «muertes aulladoras».

—Oh… sí, me acuerdo —contestó Hamilton, que apenas había pensado en otra cosa durante todo el día.

—Bueno, había otra historia en el periódico de la tarde.

Hamilton sintió un pinchazo de terror. Aun así su voz fue deliberadamente firme al preguntar:

—¿Quieres decir que ha habido más muertes?

—Sí, cinco para ser exactos. Esta vez murió una familia al completo; gente que se apellidaba Pearson o Parson, no recuerdo exactamente. Pero todos eran de la misma ciudad norteamericana que los otros. ¿No es lo más misterioso que hayas escuchado jamás? El periódico local está repleto de información; se alojaban en la Posada Claibourne de Burntshire, se podía decir que en la puerta de al lado. Si el viejo Scott y tú no hubierais estado perdidos durante todo el día habríais escuchado a todo el pueblo hablando del tema.

Hamilton esperaba que su rostro no mostrara su confusión interna. Ahora sabía que Eric Scott y él pronto tendrían que hacer algo. Estaba seguro de que la ley jamás resolvería este misterio, y que la ciencia médica nunca encontraría una cura. Por algún siniestro giro de la casualidad, comprendió Hamilton, los demonios locos del destino habían elegido a Scott y a él para enfrentarse en solitario al significado de la situación, y su alma parecía encogerse en su interior al pensar en la terrible responsabilidad que recaía ahora sobre sus hombros.

5

El viento silbó de manera lúgubre entre las rocas mientras Hamilton y Scott subían con esfuerzo el empinado sendero junto al mar. Su inquietud crecía a medida que el castillo se cernía sobre ellos cada vez más siniestro y

cercano, y Hamilton se preguntaba si alguien había pasado alguna vez unas vacaciones de Navidad más extrañas.

—¿Qué pensarán de nuestra visita? —preguntó Scott nerviosamente—. Seguro que sospechan.

—Trata de actuar con naturalidad. Diles que estás interesado en ver algunos de sus viejos libros de los que te hablé. Si sospechan, bueno… —Apuntó con el dedo a las cachas del revólver Smith & Wesson compacto que guardaba en el bolsillo de su abrigo: un objeto que se arriesgaba tozudamente a llevar en todos sus viajes fuesen cuales fuesen las leyes del lugar.

Cuando coronó la colina, llegó a sus oídos un débil ruido similar a un martilleo. Hamilton agarró su pistola y se puso por delante entre las piedras caídas de las ruinas. Cuando llegaron al final del sendero vieron, para sorpresa suya, que la puerta de roble del castillo estaba abierta. Se mecía adelante y atrás sobre sus herrumbrosos goznes, causando el martilleo por golpear una y otra vez contra su jamba de piedra a causa del viento. La pareja se miró interrogativamente.

—¿Habrán huido? —dijo Scott.

—Pronto lo sabremos. Vamos.

Entraron en el castillo. El pasillo de piedra estaba moteado de copos de nieve. Sin detenerse, se apresuraron hasta llegar a la gran biblioteca. Estaba tan fría y vacía como el pasillo. Las largas cortinas de la ventana se movían con la corriente. La mayoría de los libros, observó Hamilton, había desaparecido de los estantes, pero en el suelo había tirados unos cuantos. Scott empezó a examinarlos con interés, y enseguida se quedó absorto.

—¡Increíble! —murmuró mientras ojeaba un mohoso volumen—. Creía que esta obra se había perdido hace cien años. —Y otra vez, cogiendo otro —: Seguramente la Iglesia no habría permitido que existiese este…

De repente, un aullido grave resonó débilmente por todo el castillo. Hamilton se sobresaltó al reconocerlo.

—Quédate aquí, Eric —dijo—. Voy a averiguar de una vez por todas qué es eso.

—Voy contigo —dijo el viejo, pero Hamilton le indicó con la mano que se quedase.

—No vas armado, y no sé a lo que nos enfrentamos. Si no he regresado a esta sala en treinta minutos, no te quedes… ¡Vuelve al pueblo y trae a la policía!

Scott asintió y regresó a los libros. Hamilton salió al pasillo. No había caminado más de una docena de pasos cuando escuchó de nuevo el aullido. Girando hacia un pasaje lateral, siguió avanzando hacia el origen del sonido, sin saber si iba en la dirección adecuada, sin embargo, por lo débil y resonante que había sido el grito…

El pasillo era oscuro, y Hamilton sacó una linterna que había traído. Mientras la encendía escuchó una vez más el sonido, esta vez más alto y evidentemente por delante suyo. Apresurándose, alcanzó el final del pasillo y lo encontró bloqueado por una enorme puerta de piedra. Esta puerta se encontraba abierta unos quince centímetros y no parecía ser más que un gran bloque de piedra separado de la pared. Probablemente sería indetectable al cerrarse, observó Hamilton. Se preparó y tiró con todas sus fuerzas de la puerta, que abrió lentamente con un sonoro ruido áspero. Una oleada de aire malsano envició sus fosas nasales, y vio escaleras de piedra descender hacia una negrura absoluta.

Así que, después de todo, aún había zonas subterráneas en el castillo. Hamilton comenzó a descender lentamente, con cuidado de no resbalar sobre alguna piedra suelta o zona mojada. Se estremeció levemente al tocar los húmedos muros, y quitó con disgusto las hebras colgantes de las telarañas.

El sonido llegó otra vez, brotando de las profundidades, y Hamilton se detuvo sintiendo un pinchazo momentáneo de terror. Ahora era evidente un tono claramente humano en el grito. ¿Habían torturado los moradores del castillo a algún congénere desgraciado? Manteniendo en alto su pistola, Hamilton continuó.

Tras serpentear bajo arcos abovedados, la escalera acababa en una gran cámara subterránea. Contra los muros de esta habitación había varias mesas de piedra sembradas con gran cantidad de compuestos químicos, recipientes, aparatos eléctricos, herramientas y libros mohosos. A Hamilton le recordó a una mezcla entre laboratorio de alquimista y taller de electricista. Gran parte del suelo estaba garabateado con extraños dibujos

con manchas, y había de pie varias velas medio consumidas. En una losa de piedra en el centro de la habitación había varias botellas de vino vacías y dos cráneos humanos, y Hamilton advirtió que faltaba la parte superior de estas calaveras, habiendo sido cortadas justo por encima de los ojos. Examinándolos más de cerca, le espantó descubrir que los cráneos habían sido usados como vasos.

Sus especulaciones fueron interrumpidas por el extraño aullido procedente de la oscuridad, y siguió atravesando la gran sala y entró en un pasillo estrecho en el otro extremo. Tras unos quince metros salió a un espacio aún mayor. Vio con sorpresa que no se trataba de nada fabricado por el hombre, sino que era una gran caverna horadada en la roca por las fuerzas de la naturaleza. Un nuevo sonido llegó a sus oídos, y se dio cuenta de que era el golpeteo del mar. Ya sabía cómo había conseguido oír por vez primera el aullido desde fuera; debía haber grietas ocultas en el acantilado que llevaba hasta esta caverna.

Cruzó rápidamente el suelo de piedra, dirigiéndose a una abertura negra en el extremo opuesto. Era un túnel artificial, evidentemente excavado en la roca hacía mucho tiempo. Al entrar Hamilton, detectó un sonido que parecía fuera de lugar en estos escondrijos arcaicos y oscuros. Era el sonido leve, vibrante y palpitante de maquinaria.

Avanzó lentamente por el estrecho túnel, manteniendo su linterna parcialmente tapada para que su luz no brillara muy por delante de él. La vibración se escuchaba más alta, mezclada ahora con un resuello rítmico que no podía identificar. Agarró su revólver con más fuerza.

De repente se dio cuenta de un murmullo que parecía recorrer en ondas delicadamente los muros fangosos. Avanzando con cautela, vio que se estaba acercando a una arcada que daba a una cámara oscura al final del túnel. El murmullo se convirtió en palabras susurradas, y cuando Hamilton captó su significado, se quedó helado y atrapado por un extraño horror.

—Santa María madre de Dios —murmuraba la voz, comunicando con su tono una horrible tendencia a la desesperación y a la locura más absolutas—; ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte Santa María madre de Dios ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte Santa María madre de Dios… —Mientras la voz

repetía esta frase una y otra vez, cada vez se escuchó más alta y con un tono más agudo, hasta que finalmente perdió toda forma y coherencia y estalló en un aullido demoniaco y lastimero de frustración y desdicha. Hamilton, empezando a perder los nervios, destapó su linterna y gritó:

—¿Quién anda ahí? ¡Contésteme!

La voz calló, y solo resonaba en el pasillo el ruido de la maquinaria palpitante.

—¿Quién anda ahí? —volvió a gritar Hamilton—. Salga de ahí… ¡rápido! ¡Tengo un arma y no tengo miedo de usarla!

Una risotada sorda resonó desde la cámara oscura, y Hamilton sintió un extraño escalofrío en su columna vertebral.

—¿Por qué debería temer a la muerte? —musitó la voz—. ¡Yo, que ya he perdido todo lo que hay en la vida!

—¿Qué quiere decir? ¿Quién es usted?

—Los hombres antes me llamaban Dunlap —balbuceó la voz—, pero ahora me llamarían… ¡horror!

—¡Dunlap! Entonces… ¡Usted es el policía que desapareció hace varios meses…!

—Lo era; pero si ha venido a rescatarme, llega muy tarde.

—Pero sigue vivo… —comenzó Hamilton, dando un paso adelante hacia la arcada negra. Un terrible chillido de advertencia de la voz hizo que se detuviese, temblando.

—¡No! ¡No entre aquí si estima su cordura! –gritó.

—¿Qué… qué quiere que haga? —dijo Hamilton—. Quiero ayudarlo. ¿Dónde están Pitts y Taggart?

—Se han marchado —gimió la voz—. Me dejaron aquí vivo. Me condenaron a quedarme en esta tumba —¡malditos sean!—, y me hicieron recordar a todos aquellos a los que había ayudado a encarcelar mientras languidecía aquí a oscuras…

La voz llegaba más rápida y aguda mientras seguía desvariando, y Hamilton escuchaba con creciente horror.

—Tenía razón acerca del chico… Fueron ellos quienes capturaron al pequeño Tom McCallister, y le mataron de algún modo extraño cuando vieron que su mente no estaba lo bastante desarrollada para su horrible

propósito. ¡Ja, ja, ja! Pero la mía si lo estaba… y cuando vine a por ellos, estaban esperando…

—¿Qué quiere decir? —exigió Hamilton, horrorizado por la locura en aumento de la voz—. ¿Qué le han hecho?

—Me usaron… ¡ja, ja! Me llevaron a espacios sin forma entre las estrellas, y me hicieron firmar el libro negro de Azathoth, para que se pudiera dar a mi mente usos siniestros y terribles. Después me trajeron de vuelta a esta sala e hice cosas horribles… cosas horribles…

A Hamilton le pareció obvio que el hombre estaba totalmente loco, pero no pudo evitar escuchar hechizado por el horror mientras la voz seguía desvariando:

—Después me miraron a los ojos y pude ver lugares lejanos. En mí se agitaron invisiblemente poderes extraños y abrumadores, y me obligaron a usar aquellos poderes de maneras horribles. Lo primero fue convocar, convocar, convocar… ¡y después matar! ¡Que Dios me perdone! No fue tan malo cuando me obligaron a matar el gordo jefe de policía, o a los abogados, o a ese juez senil de cara hinchada; pero la última vez, en Burntshire… —La voz se convirtió en un sollozo desesperado, y luego continuó—: Quizá el hombre hubiese usado su riqueza para fines corruptos y crueles y mereciese morir, pero cuando me obligaron a matar primero a su esposa e hijos ante sus ojos… ¡que Dios me ayude! Mi alma arderá eternamente en el Infierno por lo que he hecho… pero ¡que el Cielo se apiade de un pecador! ¿Puede el Infierno albergar sufrimientos peores que este?

La voz se había convertido en un chillido y ahora se disolvía en un angustiado aullido de desesperación. Recuperando el control sobre sí mismo, Hamilton avanzó, decidido a ayudar en lo que pudiese a la enloquecida víctima, y dirigió su linterna hacia la habitación. La luz reveló una mesa de madera y, bajo ella, una maraña compleja de cables, tubos y aparatos mecánicos; evidentemente el origen de los extraños pálpitos y resuellos. Sobre la mesa había un solo objeto pálido, verticalmente ovoide y engarzado en su base en un anillo de hierro. Al principio la mente de Hamilton se negó a reconocer claramente el objeto; pero, cuando la luz

cayó directamente sobre él y no pudo evitar darse cuenta de lo que era, todo su valor se desvaneció en un instante de terror electrizante.

—¡Máteme! —gritaba la voz furiosamente—. ¡Máteme!

Pero Hamilton, con todo su ser estremecido por el horror, huyó gritando y farfullando por el oscuro túnel y hacia la enorme caverna que había después. Sus salvajes gritos reverberaron en la terrible oscuridad mientras corría por el camino por el que había llegado, tambaleándose a ciegas a través de las salas y estancias subterráneas y al subir la escalera húmeda y malsana en un esfuerzo precipitado por huir de aquellos horribles lugares lóbregos y terroríficos. Y mientras tanto ese aullido terrible y demente resonaba en sus oídos, apremiándole en su huida frenética de aquellas mazmorras nocturnas y del horror que había contemplado en su interior…

Hamilton no recordaba nada de lo que pasó durante los instantes siguientes; hay algunas experiencias demasiado cargadas de terror como para que la mente las retenga. Su siguiente sensación consciente fue la del frío viento marino contra su rostro, y darse cuenta que estaba dando tumbos siguiendo a Eric Scott por el sendero nevado.

—Tuve que quemarlos —iba diciendo Scott—. El conocimiento contenido en aquellos libros malignos nunca debería haberse escrito. Espero que lo comprendas…

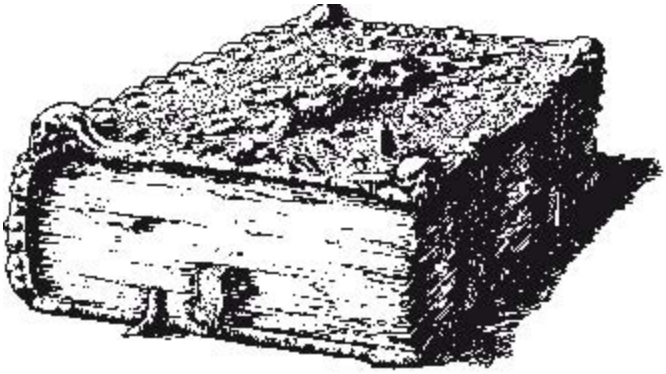
—Lo comprendo —murmuró Hamilton—. ¡Qué Dios me ayude… lo comprendo!

—¿Qué fue lo que viste bajo el castillo? —preguntó Scott, preocupado por la extraña palidez y el estado trastornado de su compañero—. ¿Y qué pasó con Pitts y Taggart?

—Se han ido… no me preguntes dónde. Quizá se hayan escondido en las colinas del norte, o se hayan marchado a algún país lejano, o… a algún otro lado. Estén donde estén, han llevado a cabo su terrible venganza, y espero que no les volvamos a ver.

»¿Qué vi bajo el castillo? No puedo saberlo con seguridad, ya que solo lo vislumbré, y sabe Dios lo sobreexcitada que estaba mi mente en aquel instante… pero si mis sentidos no me engañaron, debo maldecir eternamente la debilidad que me impidió hacer lo que era necesario y decente. Lo que en tiempos fue el agente Dunlap no debería haber

sobrevivido en su estado, y se le mantenía vivo mediante métodos desconocidos para la ciencia médica. No, Eric, lo que vislumbré en aquella cámara negra e impía bajo el castillo no era del todo un hombre; ¡solo era una cabeza humana viva y horriblemente animada que respiraba!



Este es un relato en el que el Necronomicón se emplea meramente como una «lámpara de Alhazred», capaz de hacer aparecer bienes terrenales. Sirve como una especie de alegoría de la lectura, si no del propio relato, sí de otros parientes cercanos en el género como «Herencia de cristal» de James Causey, «Pacto oscuro» de Robert Bloch, «El hombre de piedra» de Lovecraft y «Sé lo que necesitas» de Stephen King. Los autores de dichas historias son satirizados implícitamente por Robert Silverberg. Son representados en el papel del chaval imprudente que consigue una proeza fuera del alcance de Wilbur Whateley, robar el Necronomicón de la Colección de Libros Insólitos de Miskatonic. Su ingenio delictivo tal vez haya superado al de Wilbur, pero su visión de lo que podía hacer con el libro era bastante miope. Solo quería un buen filete y chicas guapas. Esto es lo que algunos escritores parecen querer de los libros de los Mitos, haciendo un uso trillado de ellos. Pero Silverberg se ha incluido en el papel de Vorys, el serio ocultista al que Marty lleva el libro robado. Advierte al estúpido chaval de los poderes con los que está jugando. Como es de esperar, Yog-Sothoth aparece para castigar al temerario. El Necronomicón es para cosas más importantes. El pasaje clave es cuando Marty pregunta a Narrathoth (= Thoth, el Mensajero de los Dioses y el Narrador de sus mitos) quiénes son los Primigenios y recibe la catequesis acerca de los Mitos de Cthulhu; el chaval se limita a negar su importancia. «Demonios de Cthulhu» apareció originalmente, firmando con el seudónimo de «Charles Hamner», en el Monster Parade de marzo de 1959.

DEMONIOS DE CTHULHU
Robert Silverberg

Algunas veredas son demasiado oscuras; nunca deberían explorarse. Algunos libros cubiertos de polvo nunca deberían volver a abrirse. A ciertos dioses durmientes, sus siniestros poderes envueltos por el sueño, jamás se les debería permitir caminar a la luz del día. El precio de la osadía es la muerte, horrible y lenta.

Al principio, Marty no quería meterse en ningún lío. Pero el lío lo encontró a él. Marty tenía diecisiete años y trabajaba en la biblioteca de la Universidad de Miskatonic como archivero. Vestía bata blanca y llevaba libros de acá para allá, buscándolos cuando los pedían los profesores, y devolviéndolos a las estanterías al final del día. A Marty no le interesaban en absoluto los libros. Le interesaban las chicas, birlar bebida y el baloncesto. Pero la universidad le pagaba 42 dólares semanales por cuidar de sus libros, y le parecía bien. El dinero venía bien cuando quería un nuevo silenciador para su Ford de 1938 trucado, o cuando quería llamar la atención de una de las chicas del pueblo, o cuando unos amigos y él se juntaban para compartir una botella de licor que alguien hubiese comprado con un carnet falso.

A Marty le gustaba el dinero. El dinero podía conseguirte cosas bonitas. Así que Marty aguzó el oído y escuchó con interés, un día en la biblioteca a punto de cerrar, cuando el señor Vorys llegó y le dijo:

—Escucha, Marty, ¿te gustaría ganarte diez pavos fácilmente esta noche?

Marty puso los ojos como platos. El señor Vorys era un estudiante que trabajaba en la biblioteca para pagarse las tasas universitarias. Era un joven alto y cargado de espaldas de unos 26 años, con pecho hundido, gafas de culo de vaso, y aspecto de cadáver seco. Se llamaba Theophilius, pero todo el mundo le llamaba señor Vorys. Era el jefe inmediato de Marty en esta sección de la biblioteca.

—¿Diez pavos? ¿Cómo?

—Ven aquí —dijo el señor Vorys, llevando con señas a Marty hacia una sala silenciosa donde se guardaban las enciclopedias—. Siéntate.

Marty se sentó frente al señor Vorys, preguntándose de qué iba todo aquello. Sabía que no era bueno que dos empleados de la biblioteca se sentaran tan cerca del final del día. Si el supervisor de la biblioteca llegaba en ese momento y miraba en la sala, habría problemas.

Pero qué coño, pensó Marty. El señor Vorys era el jefe. Le echarían la culpa a él. Marty miró fijamente a los débiles y llorosos ojos azul claro del señor Vorys y dijo:

—¿Cuál es la propuesta?

El señor Vorys se relamió sus finos y pálidos labios.

—Antes prométeme esto: si decides no participar, no revelarás ni una palabra de esta conversación a nadie. ¿Está claro?

Marty se encogió de hombros.

—Claro. Mantendré la boca cerrada.

—Bien. —El señor Vorys escalonó sus dedos—. En pocas palabras, este es el plan. Hay un libro en la Colección Especial de la biblioteca que quiero consultar. Me refiero a que quiero llevármelo a casa y consultarlo. Pero, por supuesto, no se pueden sacar de la biblioteca libros de la Colección Especial. Así que he conseguido la llave de la Sala Especial. Lo que me propongo hacer es ir tras haber cerrado, envolver el libro que quiero, atarlo con bramante y bajarlo por la ventana. Tú estarás fuera esperando. Coges el

libro y te marchas. Me reuniré contigo en la cafetería del campus en veinte minutos y te daré el dinero. ¿Vale?

Marty sonrió. Lo sabía todo de la Colección Especial de la biblioteca. Nunca había estado en el interior de la pequeña sala, pero sabía que contenía libros prohibidos. Marty entendió la propuesta. El señor Vorys suspiraba por consultar uno de los libros prohibidos en la intimidad de su propio piso de soltero.

No parecía muy arriesgado. Vorys debía estar bastante ansioso si estaba dispuesto a pagar diez pavos a un cómplice. Tal vez no estuviera tomando prestado un libro, pensó Marty. Tal vez estuviera robando un libro raro con la idea de venderlo para sacar beneficios. Un nuevo pensamiento iluminó la cabeza de Marty. Guiñó con complicidad al señor Vorys, que estaba esperando con gran ansiedad la respuesta de Marty.

—Estoy con usted —dijo Marty—. Trato hecho.

A la hora de cerrar esa noche, cuando el último estudiante hubo dejado la biblioteca, y después de colgar su bata y fichar, Marty bajó las escaleras hasta el pequeño jardín que daba a la biblioteca. Era finales de otoño, y las sombras envolvían el jardín en un velo de negrura. Un viento frío sopló por los jardines de la universidad. Marty esperó.

Miró hacia arriba. La ventana de la sala de la Colección Especial estaba tres pisos por encima suyo, un pequeño ventanuco con marco de plomo que se abría hacia fuera. Mientras Marty observaba, la ventana se abrió. Apareció una mano, sosteniendo un paquete envuelto en papel marrón. Alrededor del paquete se había atado un fuerte trozo de bramante. La mano extendió el paquete con gran cuidado sobre el alféizar de la ventana y comenzó a bajarlo. Marty vigilaba, comprobando que no hubiese nadie más. El paquete descendía centímetro a centímetro.

Esperó hasta que el paquete hubiese tocado el suelo. Entonces tiró tres veces de la cuerda y la cortó con su navaja, como estaba previsto. De inmediato, el señor Vorys, desde la sala de la Colección Especial, comenzó a enrollar la cuerda colgante.

Marty cogió el paquete. Era más pesado de lo que había esperado. El libro dentro del papel de envolver tenía el tamaño aproximado de una guía telefónica, solo que más grueso. Vorys había escogido uno de los gordos,

pensó Marty. Calculó que el libro pesaba al menos cuatro kilogramos, tal vez más.

En la cabeza de Marty giraron agradablemente pensamientos que llevaban asociados símbolos de dólar, mientras caminaba a duras penas por el campus con el paquete situado de manera inocente debajo del brazo. Llegó a la cafetería donde se suponía que tenía que reunirse con Vorys y entregarle el libro, pero siguió caminando, atravesando la salida principal de la universidad y por las calles de la ciudad hacia su casa.

No tenía sentido entregar el libro por diez miserables pavos, pensó Marty. Ningún sentido. Un libro lo bastante raro para custodiarse en la Colección Especial tal vez valiera cincuenta o incluso cien pavos. En lugar de entregárselo a Vorys se lo llevaría a casa y lo leería, y un fin de semana cogería el tren en dirección a la ciudad de Nueva York. En Nueva York había un montón de tratantes de libros antiguos que comprarían cualquier cosa sin hacer preguntas. Todo lo que tenía que hacer Marty era decirles que lo había encontrado en el desván de su casa, y eso sería todo.

Un brillo agradable iluminaba a Marty mientras se dirigía a casa. ¡Que Vorys graznara! ¡No podía hacer nada al respecto sin admitir que había robado el libro en primer lugar!

Marty vivía en una gran casa vieja en el centro de Arkham. La compartía con su tía, la hermana mayor de su padre; una mujer de casi setenta años, que no prestaba atención a Marty salvo para hacerle la comida, y así lo prefería Marty. Su padre había sido profesor en la universidad hasta hacía seis años. Él y la madre de Marty habían muerto en un accidente de coche. La casa estaba llena de los viejos libros de su padre, pero Marty no se molestó mucho en acercarse a ellos. Los libros no le interesaban demasiado. Pero el decano de la universidad había dispuesto que Marty trabajase en la biblioteca, por amistad hacia el padre de Marty.

Trotó escalera arriba hasta su habitación, arrastrando el pesado libro. Cerró la puerta y comenzó a rasgar el papel marrón. Se preguntaba qué libro era.

Quitando el envoltorio con prisa, dejó el libro al descubierto. Estaba encuadernado en piel negra que había comenzado a arrugarse y corroerse.

El título estaba grabado en su portada con letras de oro: EL NECRONOMICÓN.

Marty frunció el ceño y levantó la pesada cubierta. El título de la página decía:

EL NECRONOMICÓN DE ABDUL ALHAZRED

Traducido de la versión en latín de Olaus Wormius tal y como fue impresa en España en el siglo diecisiete.

Encogiéndose de hombros, Marty volvió la gruesa página similar a un pergamino y encontró un titular en la siguiente: Una advertencia a aquellos que lean este libro. Se lo saltó y comenzó a hojear el libro.

Era muy decepcionante. Había un torrente de palabras ininteligibles acerca de brujería y dioses antiguos, y algunas cosas en un idioma que Marty nunca había visto antes. Ciertos nombres aparecían continuamente en muchas de las páginas: Yog-Sothoth, Cthulhu, Nyarlathotep. Marty empezó a preguntarse por qué el señor Vorys había estado tan interesado en sacarlo de la Colección Especial.

Siguió hojeándolo, con la esperanza de encontrarse algo interesante. Pero todo el libro parecía ser de brujería y cosas similares. Cientos y cientos de páginas divagaban acerca de los Primigenios que duermen en otra dimensión y que ansían volverse a abrir paso hasta este mundo. Marty se estaba aburriendo.

Entonces su ojo se posó sobre un pasaje concreto cerca de la mitad del libro:

> «… y el más ligero de todos es el sueño de Narrathoth, al que puede despertar el más inexperto en el arte. Narrathoth se encuentra dormitando más allá de la Gran Puerta, su forma es horrible, y sirve a los Primigenios durmientes que esperan a que amanezca de nuevo su día. Pero Narrathoth puede ser invocado desde sus sueños blasfemos y obligado a obedecer. Aquel que logre controlarlo tiene a su alcance la riqueza del mundo; pero debe tener un gran cuidado, por miedo a la ira de Narrathoth, ya que incluso él comparte el poderío de los

> Primigenios, y ¡ay del que lo convoque y pierda el control! Narrathoth es llamado mediante encantamientos sencillos. Es necesaria la sangre de un gato macho, y la ropa interior de una mujer y…».

Marty leía con creciente interés. Una vez había visto una película en la que un libro viejo como ese había dado la fórmula para conjurar un espíritu, y el espíritu se había visto obligado a traer comida y bebida y oro. Tal vez existiesen esas cosas, pensó Marty. Tal vez por eso se guardaba ese libro bajo llave, y por eso Vorys estaba tan deseoso de hacerse con él.

Cuando estaba llegando al final de lo que estaba leyendo, llamaron a la puerta; la llamada doble tímida de su tía. Deprisa, Marty metió el gran libro bajo su almohada y tiró el papel de envolver a la papelera. No quería que la vieja señora hiciera preguntas comprometedoras acerca del libro.

—Voy —gruño, y fue hasta la puerta. Allí estaba su tía, frunciendo algo el ceño.

—Ha venido a verte un caballero, Marty. Se llama Vorys y dice que es de la biblioteca. Parece enfadado. No has hecho nada malo, ¿verdad?

—No que yo sepa —dijo Marty con poca sinceridad—. De acuerdo, dile que suba.

La tía Marta desapareció y un instante o dos después el señor Vorys apareció subiendo a saltos los escalones hasta la habitación de Marty. Estaba jadeando y casi sin respiración. Parecía como si hubiese venido corriendo desde la cafetería.

—¿Y bien? —exigió de inmediato—. ¿Dónde está? ¿Dónde lo has puesto?

Marty sonrió abiertamente.

—¿Poner qué?

—¡El libro, el libro! —susurró con aspereza Vorys.

—¿Libro? ¿Tengo algún libro suyo?

La furia refulgió en los macilentos ojos de Vorys.

—No sé a qué juegas, chaval —dijo en un tono frío e irascible—. Te esperé casi una hora, y no apareciste. —Cogió un billete de diez dólares y

lo extendió hacia Marty—. Aquí tienes —dijo Vorys—. Aquí tienes el dinero que te prometí. Ahora dame el libro.

—¿Qué pasaría si no lo hago?

Vorys parecía a punto de explotar.

—¿Qué quieres de él, gamberro? Es un libro de interés científico. Ni siquiera tiene dibujos.

—He decidido echar un vistazo al libro. Tal vez valga más de diez pavos, Vorys. ¿Por qué debería dárselo?

—¡Lo notificaré a las autoridades! —amenazó Vorys—. ¡No te saldrás con la tuya! Tú…

—Usted robó ese libro de la Colección Especial —le recordó Marty—. Yo solo fui su cómplice. Empiece a gritar a las autoridades y le expulsarán de la universidad tan rápido que no sabrá lo que ha pasado. No puede tocarme, Vorys. Así que lárguese.

El escuálido erudito respiró hondo, hinchando su estrecho pecho.

—Te lo pido por tu bien. Ese libro es peligroso. Hay cosas en él que no deben ver tus ojos… ni los ojos de nadie que no esté debidamente preparado. Te suplico…

—¡Lárguese!

—¡No sabes qué peligros acechan en el libro!

—Sé que puedo conseguir un buen precio por él en Nueva York. Ahora, salga o tendré que… Vorys se fue. Después de su marcha, Marty sacó del escondite el libro. Así que era peligroso, ¿eh? Tal vez alguna de las fórmulas que contenía funcionase de verdad.

Por eso Vorys lo ansiaba tanto. Tal vez se pudieran invocar a demonios con él. Merecía la pena intentarlo, decidió Marty.

Esa noche era martes, la noche en la que se reunía el grupo de costura de la tía Martha. Después de cenar Marty la llevó a la casa de la señora Jamieson, quedando en recogerla a las diez y media. Luego volvió a casa. Fue a buscar El Necronomicón a su escondrijo y lo abrió por la página 638, donde estaban impresas las instrucciones para invocar a Narrathoth.

No era demasiado complicado. Hacían falta seis o siete ingredientes, se tenía que dibujar un círculo con tiza y pronunciar ciertas palabras. Si se

podía creer en lo que decía el libro, eso era todo lo necesario para traer al viejo Narrathoth de su época de sueños.

Marty reunió rápidamente los ingredientes. Para la ropa interior de la mujer tomó prestada una de las bragas de su tía. En cuanto a la sangre de un gato macho, eso le causó algún problema. Se sentía aprensivo. Había un gato sarnoso que merodeaba por la valla trasera, haciendo ruido por la noche y manteniendo a la gente despierta. Vino corriendo cuando Marty lo llamó. Marty se dijo a sí mismo que el gato callejero nunca sobreviviría al frío invierno de Arkham, y metió al animal en la funda de una almohada.

Llevándose al enojado animal arriba, Marty le cortó el cuello (murió con un solo maullido sonoro) y salpicó la sangre como se indicaba. Encendió las velas, dibujó con la tiza, puso los objetos necesarios en su lugar, y apagó la luz de la habitación.

Entornando los ojos a la luz de las velas para ver las palabras, Marty comenzó a leer el pasaje del Necronomicón que invocaría a Narrathoth. Después de dos minutos de pronunciar las sílabas incomprensibles, Marty comenzó a sentirse ligeramente estúpido por todo aquello. Era estúpido creer en cosas como demonios, brujerías y dioses. Todo este galimatías era una pérdida de tiempo.

Pero sintió una corriente fría atravesando la habitación, y no era el fresco del otoño de Arkham, sino un frío totalmente diferente. Siguió leyendo: «Ph’nglui mglw’nath Cthulhu R’lyeh wgagh’nagl fhtagn. ¡Iä! ¡Shub-Niggurath! ¡Narrathoth! ¡Narrathoth! ¡Narrathoth!».

Sobre la repetición final de «¡Narrathoth!» un relámpago surcó el cielo y en el patio delantero resonó un trueno tremendo. Marty olió a ozono en la casa. Todo estaba muy silencioso.

Una luz extraña estaba resplandeciendo en la estrella de cinco puntas que Marty había dibujado en el suelo de su habitación. La luz ora era roja con reflejos verdes, ora azul intenso, y titiló y se balanceó y se solidificó lentamente en… en un ser que farfullaba y gemía dentro de los confines de su prisión de tiza, y que finalmente habló con una voz grave y gorgoteante que parecía proceder del fondo del mar.

—¿Quién osa interrumpir el sueño de Narrathoth?

Marty miró boquiabierto a la aparición en su habitación y retrocedió unos cuantos pasos. ¡Así que funcionaba de verdad! Con voz seca recitó la fórmula:

—Te he llamado por tu Nombre Auténtico, Primigenio, y te ordeno que hagas mi voluntad.

El ser en el pentagrama aulló e hizo muecas, pero se sometió a las palabras. Marty lo miró fijamente. Era más grande que un hombre, todo blanco y repugnante, de cabeza pálida y protuberante y un solo ojo de tres párpados que ardía con furia siniestra. Su cuerpo estaba recubierto de escamas escabrosas, y el hedor que desprendía era el de algo más antiguo que las pirámides, algo tan antiguo como las estrellas. Marty se estremeció pero mantuvo la compostura. Narrathoth no podía hacerle daño mientras la barrera de tiza permaneciese intacta.

—¿Cuál es la voluntad de aquel que me ha capturado? —preguntó agriamente Narrathoth.

—Tráeme comida y bebida —ordenó Marty—. Una botella de champaña valdrá, y un buen bistec, con cebollas salteadas.

—Obedezco, amo estúpido.

De nuevo el relámpago, y el repugnante ser se desvaneció un instante. Cuando regresó Narrathoth, había puesta una mesa en medio de la habitación. Sobre platos de oro había servida una opípara cena que quedaba más allá de la capacidad de descripción de Marty. Champaña en cubos de hielo, carnes suculentas, sorbetes, ensaladas y muchas más cosas.

Los ojos de Marty brillaron.

—¿De dónde sale todo esto? —preguntó

Narrathoth respondió:

—Lo he conjurado del tejido del espacio y el tiempo, amo mentecato. Es imprudente que uses los poderosos recursos de Cthulhu y los Primigenios para cosas terrenales y alimentos, pero si ese es tu deseo, obedezco.

—Esta comida… ¿se puede comer?

—Estoy atado por el hechizo que conjuraste para servirte y salvarte de todo mal —murmuró la criatura—. Mientras me controles, no te puedo hacer daño de ningún modo.

A Marty se le hizo la boca agua.

—Entonces, trae unas cuantas bailarinas. Como diversión antes de cenar. Y, oh… asegúrate de que nadie me interrumpe esta noche. —¡Eso iba a estar bien! ¡Muy bien!

Aparecieron las bailarinas; tres de ellas parecía como si hubieran salido directamente de una línea de coro de Minsk. Solo llevaban puestos collares alrededor de sus cinturas, y danzaron durante media hora mientras un músico invisible tocaba una extraña música oriental. Entonces Marty se aburrió, dio una palmada, y desaparecieron.

Casi eran las diez y cuarto cuando Marty dio por finalizada la diversión de esa noche. En quince minutos devolvería a Narrathoth a las tinieblas e iría a casa de la señora Jamieson para recoger a su tía. Pero su corazón latía de júbilo. Con Narrathoth bajo su mando, el mundo era suyo. ¡No era de extrañar que Vorys hubiese estado tan desesperado por tener el libro!

Marty ordenó que la criatura se deshiciese de cualquier signo del banquete. Después, repleto, satisfecho, Marty se tendió en su cama y miró fijamente al indescriptiblemente horrible ser que estaba en el centro de su habitación.

—¿De dónde vienes? —preguntó Marty—. O sea, ¿cómo es que fui capaz de invocarte?

—Soy uno de los que acechan en el umbral del universo —rugió Narrathoth—. En evos pasados el poderoso Cthulhu y sus hordas de más allá de las estrellas gobernaron este mundo y todos los demás, y yo acompañé a Cthulhu. Ahora dormimos en el espacio exterior, esperando que Cthulhu despierte y nos lleve de vuelta a los mundos que gobernamos.

Marty se estremeció.

—¿Y qué hay de este libro… El Necronomicón?

—El árabe loco, Alhazred, adivinó muchos de nuestros secretos y los escribió ahí. Muchos hombres han abierto la puerta hasta Cthulhu y han mirado más allá. Pero pocos mortales han caminado por la antigua y oscura Khem y han sobrevivido mucho tiempo.

—¿Qué les sucede?

—Mueren —dijo el demonio malévolamente—. No consiguen controlar los poderes que han liberado. Pero estoy cansado, chico. Aún no ha llegado

mi hora para que vuelva a caminar por el mundo humano, y quiero regresar al sueño que has interrumpido. Libérame, para que pueda dormir de nuevo.

Pero Marty no quiso liberar a Narrathoth. Obligó a la criatura a hablar: de Yig, Padre de las Serpientes, y del caos nuclear monstruoso más allá del espacio euclídeo que El Necronomicón camuflaba bajo el nombre de Azathoth. La criatura habló de Cthulhu durmiendo en su palacio de R'lyeh, y de los Dioses Exteriores que esperaban el día de su regreso a la Tierra. Marty estaba boquiabierto por el asombro. Solo comprendía una fracción mínima del relato del ser, pero incluso esa fracción le llenaba de asombro y terror.

Pero llegaba el momento de despedir al demonio por esa noche, y volver al mundo prosaico de tías y grupos de costura. Marty rebuscó en El Necronomicón el hechizo que devolvería a Narrathoth a su sueño hasta que se le volviese a llamar. Había tiempo de sobra para examinar minuciosamente el libro y descubrir sus bondades.

Comenzó a recitar el hechizo. Curiosamente, Narrathoth no se desvanecía al pronunciar las palabras. En cambio, el demonio se hacía más grande, más brillante y su aspecto era más repelente. Varias veces se escaparon risotadas estruendosas de los labios babeantes y carnosos de Narrathoth. Marty sintió el terror apoderarse de él. El olor a ozono se volvió más fuerte en la habitación. Narrathoth seguía prisionero en la estrella de tiza, pero su aspecto era cada vez más terrorífico.

De repente Marty escuchó pisadas en las escaleras. La puerta se abrió de golpe. Vorys entró corriendo, su rostro blanco, sus ojos saliéndose de las órbitas.

—¡Idiota! —exclamó Vorys—. ¿Qué has hecho?

—¡Sal de aquí! —gruñó Marty.

—¡Has estado conjurando hechizos, pero no sabes lo que haces! ¡Dios, si vieras el cielo sobre esta casa! ¡Púrpura e hinchado con el Ser flotando y esperando que se abra el portal!

—Estoy recitando el hechizo que expulsará a Narrathoth —dijo Marty. Le cabreaba que Vorys se hubiese atrevido a entrar por la fuerza.

El erudito atravesó corriendo la habitación y miró la página que estaba leyendo Marty.

—¡Jovenzuelo loco! —exclamó—. ¡Te has equivocado de página! Estás leyendo la Invocación de Yog-Sothoth… abriendo el portal al más blasfemo de los…

Era demasiado tarde. De Narrathoth salió un rugido en forma de risotada.

Se escuchó el repentino ruido de cristales rotos. Marty se dio la vuelta asustado y vio llegar retorciéndose a través de la ventana de su buhardilla algo largo y de punta afilada. Era verde y estaba cubierto de lapas, y parecía el tentáculo monstruoso de un calamar o un pulpo gigante, con enormes ventosas a lo largo de su dorso maloliente.

Cayendo de rodillas, Vorys comenzó a cantar con asustada voz monocorde, como para expulsar a la criatura que Marty había invocado accidentalmente. Fue en vano. El poderoso tentáculo, tan grueso como el cuerpo de un hombre, se movió con fines letales, borrando el pentagrama de tiza que contenía a Narrathoth. Con la desaparición de las barreras, Narrathoth gritó de alegría, saltó y desapareció.

Vorys seguía cantando, mientras Marty se agarraba al libro y temblaba aterrorizado. Marty supo entonces lo que había pasado; abriendo por descuido la página equivocada, había recitado un hechizo que invocaba a uno de los dioses más malignos de todos… ¡y había llegado para ejecutar su venganza!

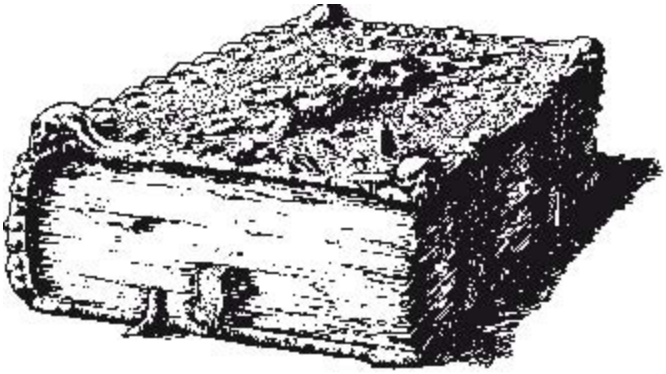
El horrible tentáculo buscó a tientas a través de la habitación, estirándose hacia su invocador. Marty retrocedió, encogiéndose contra el muro, pero el tentáculo le encontró; las temibles ventosas se aferraron a su cuerpo.

Lentamente, arrastró a Marty fuera a través del cristal roto de la ventana. Abriendo sus ojos un instante, Marty miró hacia arriba para ver una criatura cuyos ojos eran faros ardientes del tamaño de bandejas de servicio, cuyo abominable pico se cernía asquerosamente por encima de él…

Hubo un solo chillido estruendoso, y eso fue todo.

Cuando la tía de Marty, cansada de esperar su llegada, se dio por vencida y aceptó que la llevaran a casa, encontró esperándola un extraño espectáculo. Toda la planta superior de su casa se había derrumbado, como

por obra de una mano poderosa. Acurrucado en las ruinas astilladas del piso superior se encontraba Vorys, ileso pero completamente loco, agarrando contra su pecho un grueso libro encuadernado en piel negra y murmurando cosas incomprensibles acerca de El que Aúlla en la Oscuridad. Vecinos atónitos, incapaces de dar crédito a la evidencia que les presentaban sus ojos, cuchicheaban entre sí que una cosa enorme con tentáculos y ojos llameantes había flotado esa noche sobre los aguilones de la casa del chico muerto, hendiendo la noche con risotadas obscenas y devorando con avidez al muñeco desnudo y ensangrentado que anteriormente había sido un ser humano.



Doc Lowndes, reanimador de los relatos de Weird Tales, en la que por lo demás fue una época de carencias, hizo un magnífico cumplido a un puñado de nuevos autores: puso sus relatos entre los clásicos de la era pulp que reimprimió en The Magazine of Horror. Esto significaba, en realidad, que Doc estaba canonizando retroactivamente en el panteón a gente como Steffan B. Aletti. Para un escritor novel era como tener la oportunidad de regresar en el tiempo y unirse a su equipo preferido de béisbol. Doc no era el único que pensaba que Aletti se lo merecía. Las opiniones de los lectores indicaban una admiración general hacia Aletti como el descubrimiento más prometedor que había hecho la revista, «el mejor escritor novel siguiendo la estela de Lovecraft. Sus imágenes son sólidas, su narrativa fluida». (Gene D'Orsogna). Y después de solo cuatro historias, todas publicadas en la revista de Doc Lowndes, a Steffan Aletti pareció llevárselo el viento. Parecía haberse hundido con el barco cuando cerraron las revistas. Se trasladó para escribir y editar en otros campos y solo ha restablecido recientemente el contacto con la fraternidad de escritores de ficción insólita. Estad atentos a una colaboración entre Steffan Aletti y este, vuestro editor, que se va a titular «El horror en la Genizah». «El castillo en la ventana» apareció en The Magazine of Horror nº22. Una nota más: encontraréis en esta historia un pasaje que resume bastante bien la raison d'être[7] de la presente antología: «Estaba a punto de dejar el libro… cuando mis ojos se encontraron con el nombre Necronomicón».

EL CASTILLO EN LA VENTANA
Steffan B. Aletti

1

Comprendan que este relato es absolutamente cierto, desde luego, y que no espero que crean ni una sola palabra. Admitiré que varios aspectos de este asunto podrían achacarse a la casualidad, o al poder de la sugestión, pero, aunque soy artista, soy pragmático; y les aseguro que hacen falta los hechos más graves para convencerme de la necesidad de recurrir a lo sobrenatural, la brujería o la cuarta dimensión como explicación. Crean lo que quieran; con este relato he hecho justicia a Colin Black, y a todo este asunto. Y podré volver a mi cuadro.

Era un día de invierno más agradable que de costumbre de finales de marzo cuando decidí en un paseo por el Soho hacer la ronda por las pequeñas tiendas de libros usados que abundan por allí. Había estado copiando algunos Turner en el Museo Británico y, mientras estaba trabajando, decidí pasar la tarde con un libro.

Fui a la primera de Quill Street, llamada Dorian’s; era muy polvorienta, un pequeño lugar desagradable con libros apilados hasta la altura de la cintura en cajas y cestas, y almacenados muy por encima del alcance del brazo en cajas a lo largo de las paredes. Me encontré enseguida con un

ejemplar de las obras de Shaw, y me decidí por él. Iba de camino a la caja registradora cuando vi en la parte de atrás de la tienda una selección de libros de aspecto raído en una gran cesta etiquetada «Viejos diarios, archivos, etcétera».

Como las pruebas de primera mano del pasado siempre me han fascinado, y como mi compañero de cuarto, Colin Black, era, en todos los sentidos de la palabra, un verdadero anticuario, indagador en las místicas pasadas y ocultista, fui a echar un vistazo.

La mayoría de los volúmenes se estaban desmoronando, habiéndose encuadernado mal y escrito en papel barato, y sin embargo uno, encuadernado en bucarán de ¾, me llamó la atención por su buen estado. Lo abrí y leí: Diario del doctor Michael Gwynn, siendo una relación de sus investigaciones.

El tema de las «investigaciones» azuzó mi interés, y comencé a hojear el polvoriento volumen distraídamente; la primera fecha registrada era el 17 de septiembre de 1806, y estaba a punto de dejar el libro… ¡cuando mis ojos se encontraron con el nombre Necronomicón! Más adelante, en el 15 de octubre, encontré una referencia a La Canción de Yste. Solo conocía los títulos de estos libros monstruosos gracias al interés que sentía hacia ellos mi compañero de cuarto, y por eso compré el diario; qué irónico es que pensase que era barato por costar media corona.

Esa tarde me lo llevé a casa, y se lo regalé dedicado a mi compañero de cuarto; se sintió al tiempo agradecido y asombrado, e inmediatamente se puso a leerlo. En un momento dado se levantó y, tras rebuscar durante un instante en los cajones de su escritorio, apareció con un mapa de Inglaterra. Lo examinó con atención, y pasando el dedo por su superficie, asintió con la cabeza y gritó triunfante. Estaba a punto de preguntarle qué hacía cuando volvió a su sillón a toda prisa y siguió leyendo. No volví a oír nada salvo las chupadas ocasionales a su pipa, y algún taco al acabársele esta.

Finalmente acabé Don Juan en los Infiernos, y decidí dejar para otro rato La Profesión de la señora Warren. Me levanté, y estaba rebuscando algo de comer en el frigorífico cuando Colin llegó a la cocina y se quedó parado, mirándome.

—¿Has leído este libro? —preguntó en un tono razonablemente sepulcral, un comportamiento que reservaba solo para los momentos de mayor importancia.

—No —respondí sencillamente, mientras echaba una ojeada sospechosa a un trozo de queso que probablemente llevase residiendo en el fondo del frigorífico desde la primavera anterior.

—¡Probablemente sea el mayor hallazgo del siglo! —prosiguió.

—No me digas —respondí, con un interés claramente inferior a mi interés en el queso, que ahora residía entre dos rebanadas de pan y estaba a punto de ser comido. Por esa respuesta irreverente, me alejó de mi queso de un tirón y me arrastró hasta el libro. Me ordenó que leyera.

> 7 de junio de 1801
>
> Hoy he conseguido lo imposible. He bautizado el cristal mientras seguía fundido y brillando, con los terribles ritos de R’lyeh. Ahora el cristal se está enfriando.
>
> 8 de junio de 1807
>
> El cristal es perfecto. Ahora es de noche, y el cristal está frío, aunque sigue brillando. Mañana por la noche lo pondré en su lugar y seré el Señor del Tiempo. Está vivo, y sé que funcionará.
>
> 9 de junio de 1807
>
> Lo he conseguido. Ahora estoy mirando hacia el pasado. Veo un castillo sobre el páramo que sé que está vacío. Veo, muy cerca, los torreones de un castillo. A través de la bruma puedo ver sus murallas y paseos, sus piedras y almenas. Estoy fascinado; no puedo dejar la ventana.

Las páginas siguientes relataban cómo el doctor era incapaz de moverse o dejar la ventana. Finalmente enfermó y los médicos le obligaron (creyendo que no estaba del todo cuerdo; se negaba a mostrar a nadie la ventana) a que saliera de la casa. En su ausencia mandó tapiar la ventana y, estando lo bastante escondida, fue a algún lugar y murió, sin dejar registrado qué había sido de él. El diario finaliza en mayo de 1807, cuando se le sacó de la casa.

Por lo visto se quedó allí durante una generación o dos, y después se subastó a un coleccionista. Tenía en su primera página los nombres de dos librerías antes de Dorian’s.

—Todo eso es muy interesante —dije dejando el libro—. ¿Qué propones que hagamos al respecto?

—Ir a Cornualles este fin de semana, encontrar el libro y ver si la ventana sigue allí —respondió triunfante.

Le expuse innumerables quejas y objeciones, todas ellas válidas y de lógica irrefutable. Por supuesto, no impidieron que fuesemos.

2

Había conseguido posponer la aventura hasta el principio de la primavera. No quería ir en ningún caso, especialmente porque no esperaba encontrar nada, pero Colin no me iba a dar ni un momento de paz hasta que no cediese.

Llegamos al sur de Cornualles en abril; era un día polvoriento, agradable, aunque bastante seco, mucho más caluroso de lo que suele serlo en esa zona. El pequeño pueblo de G_____ era el tipo de lugar rural que uno podría esperarse: triste, y con la vida desarrollándose a una escala bastante microscópica. El único lugar de interés era la sorprendentemente grande biblioteca, dedicada principalmente a albergar la colección de manuscritos relacionados con el castillo medieval y el monasterio del lugar, que fueron destruidos durante el reinado de Enrique VIII, y de los que no queda ni rastro, aparte de unos pocos capiteles y gárgolas que ahora están en el Museo Británico.

Después de instalarnos en el hotel, yo fui al campo a hacer bocetos y Colin se dirigió a la sociedad histórica del pueblo para localizar al difunto doctor. Después me dijo que había encontrado la casa del doctor Gwynn, y que en la actualidad estaba desocupada. Esto me deprimió en extremo, ya que había esperado convertir esta búsqueda estúpida en unas vacaciones, y no molestarme en buscar una ventana mágica en las paredes de un viejo edificio. En cuanto al doctor, como he indicado, nunca regresó a G_____,

así que me vi obligado a coincidir con Colin en que, a menos que la casa hubiese sufrido grandes reformas (una perspectiva poco probable, ya que todo el pueblo parecía lo bastante avejentado como para no haber sufrido reformas importantes desde antes de la época de Gwynn), la ventana seguiría allí, probablemente cubierta de escayola.

A la mañana siguiente visitamos la casa, que ahora se llamaba casa Reynolds. De algún modo Colin había convencido al dueño para que nos dejara inspeccionar el lugar. No sé si mintió al dueño, o consiguió fascinar al hombre con el diario, pero, en cualquier caso, enseguida estuvimos en la casa. Movimos los muebles cubiertos por sábanas al centro de cada habitación y comenzamos, desde la buhardilla hacia abajo, a comprobar minuciosamente cada muro que daba al sur.

Había esperado encontrar la ventana en la buhardilla (todo el asunto me parecía propio de una buhardilla)[8], pero por lo visto el laboratorio del doctor estaba en lo que ahora era un dormitorio. Había sido fácil encontrar la ventana, ya que se había tapiado toscamente, y no estaba igualada con el resto de la pared; mi ojo de artista captó inmediatamente la diferencia milimétrica.

—No pretendes atravesar la escayola, ¿verdad? —pregunté, sin imaginar que el propietario había dado permiso a Colin para poner patas arriba la casa—. Sabes que nos pueden arrestar por daños a la propiedad.

Colin se quedó quieto y me miró.

—Ese doctor, en esta misma habitación —dijo, gesticulando bastante—, hace más de siglo y medio, descubrió un manera de ver el pasado… y tal vez de entrar en él. ¿Crees que unos centímetros de escayola son demasiado valiosos? ¡Eso no nos puede detener!

—Bueno, a mí sí —dije con calma, y cogí mi chaqueta, colgándola de mi hombro. Colin miraba como si no pudiese decidirse entre estar dolido y furioso, así que añadí—: Además, quiero volver a la biblioteca del pueblo; allí tienen las crónicas del viejo castillo. Al fin y al cabo, si Gwynn pudo ver a sus habitantes, quizá ellos le vieran a él y lo registraran. Te veré en la cena. —Me marché rápidamente antes de que Colin pudiese decir nada.

Los archivos de la biblioteca eran muy exhaustivos: cientos de páginas de disparates en inglés medieval y no soy muy bueno leyéndolo, ya que no

había practicado desde el colegio, cuando estudié a Chaucer y Gower. No obstante, no pude encontrar referencia alguna a nada que no fueran las actividades rutinarias del castillo, con alguna fiesta de vez en cuando para quemar a algún hechicero o bruja. En general, la vida del castillo parecía haber sido un aburrimiento.

Colin no fue a cenar esa noche, y, tras esperar en la sala común hasta las nueve en punto, decidí que sería mejor que me acercase hasta la casa para ver si lo habían arrestado por causar daños. Era una noche sin luna muy clara, el cielo tan salpicado de estrellas que casi daba la impresión de ser una especie de páramo celestial ondulado; el aire se había despejado, y era agradablemente fresco, con el olor de la tierra en primavera perfumando su camino hasta el cerebro. Cuando alcancé el sendero de la casa estaba exaltado, pero mis ensueños primaverales se hicieron pedazos cuando divisé a Colin encima de una enorme escalera, atacando la fachada de la vieja casa.

—¡Colin, estúpido! —grité—. Bájate de esa escalera y deja de hacer el tonto. El dueño te cortará la cabeza. —No me miró, sino que siguió arrancando tablones furiosamente; continuó durante un minuto aproximadamente, haciendo los tablones un horrible ruido cuando los arrancaba y los tiraba al suelo.

Finalmente se volvió hacia mí, gesticulando hacia la ventana negra ahora visible.

—La he encontrado, pero esta cara también está cubierta con pintura negra. Ya he raspado el otro lado. Ven y ayúdame con este.

De mala gana subí la no muy firme escalera y comencé a ayudarle a raspar la ventana.

—Suavemente —dijo—, el cristal es muy fino; no haría falta mucho para romperlo. —Su voz sonaba casi metálica por el nerviosismo, y le temblaba algo la mano. Estaba cubierto de la cabeza a los pies con escayola seca, y tenía todo el aspecto de un fantasma.

—Tienes mucha suerte de que este lugar esté fuera del pueblo; si hubiese vecinos cerca ya habrían llamado a la policía, y no se me ocurre qué excusa tendrías que haber puesto. —Estaba molesto, pero no obstante, la emoción del momento también me había embargado.

La ventana era bastante pequeña, de unos sesenta centímetros de ancho por setenta y cinco de alto, y ya estaba completamente limpia. Durante el proceso de raspado había notado que su superficie era burbujeante e irregular, evidentemente no la obra de los cristaleros profesionales que abundaban en Cornualles a principios del siglo XIX.

Bajamos de la escalera, la plegamos y la dejamos en el suelo junto a la vieja casa, y corrimos al interior hacia las escaleras. Todavía no sé qué habría sido peor… si encontrar que la ventana era de verdad una ventana al pasado, o ver que todo el asunto era el desvarío de un médico loco muerto hacía mucho tiempo.

Colin, por supuesto, entró a toda velocidad en la habitación, y para cuando yo hube entrado, estaba apoyado en el alféizar mirando por la ventana. Cuando caminé hacia él, me sentí inquieto por el resplandor que parecía proyectarse sobre su cara; estando la noche tan oscura, el resplandor debía salir de la ventana, no entrar a través suyo.

—Ven aquí; mira —dijo, muy tranquilo. Me acerqué, y me dejó sitio para que mirara. Puede que digan que fue el poder de la sugestión, pero estoy seguro de que no fue así. Les juro que esa ventana tenía vistas a un castillo. No era traslúcido, ni una imagen fantasmal, sino un edificio macizo auténtico, piedra a piedra, escalón a escalón, un castillo medieval. Sin duda era el castillo de G_____, no visto (salvo durante aquellos pocos días de 1807) por un ser humano desde el siglo XVI. Sobre el castillo se cernía un silencio humeante que, como la niebla, cubría la piedra gris. Era exactamente como el viejo doctor lo había descrito; cada detalle, cada almena y juntura destacaba con gran relieve. Si no fuera por la niebla ondulante que animaba la escena, se habría parecido más a una sosa y apagada fotografía en color, pero bien enfocada.

—Bueno —dije, con bastante asombro—, parece que Gwynn no estaba loco después de todo. —Me alejé de la ventana y proseguí—. Pero ahora que la tenemos, ¿qué hacemos con ella?

—Debe haber algún modo de llegar a ellos —dijo tranquilamente Colin —. Están ahí fuera, separados de nosotros únicamente por un cristal. —Vi que yo estaba, para mi sorpresa, temblando. Nunca me había encontrado con algo tan palpablemente desconocido y extraño. También estaba

confuso; ahora que la teníamos, ¿qué haríamos con ella? En mí ya estaba creciendo una cierta fascinación mística, y no del todo agradable, hacia la vista de la ventana, y sentí que solo me podía alejar de ella con el mayor de mis esfuerzos.

Finalmente me alejé de aquellos torreones y paseos envueltos por la niebla y le dije a Colin que hiciese lo mismo.

—Vete a la cama si quieres —replicó bruscamente—, pero yo debo averiguarlo. Debe haber algún modo de pasar por ella.

—Si fueras allí, ¿crees que te recibirían como a un héroe? —pregunté ácidamente—. No puedo decir que me quite el sueño ser el representante del siglo XX en la Edad Media. Tendrías que dar muchas explicaciones. ¡Piensa en eso! —Con esa salva a modo de despedida, dejé la casa y regresé al hotel.

A la mañana siguiente volví para encontrar a Colin mirando aún, sin afeitar y desaliñado, por la ventana. El día era espléndidamente luminoso y soleado, aunque el castillo aún parecía neblinoso e inhóspito. Colin estaba claramente afectado, y podía verle repetir el descenso hacia la locura del doctor. Traté de apartarle de la ventana, pero me empujó contra la pared y me dijo que le quitase las manos de encima.

—No voy a moverme hasta que averigüe el secreto para atravesarla —gritó, y volvió a la ventana. Esta vez se apoyó con las manos sobre ella.

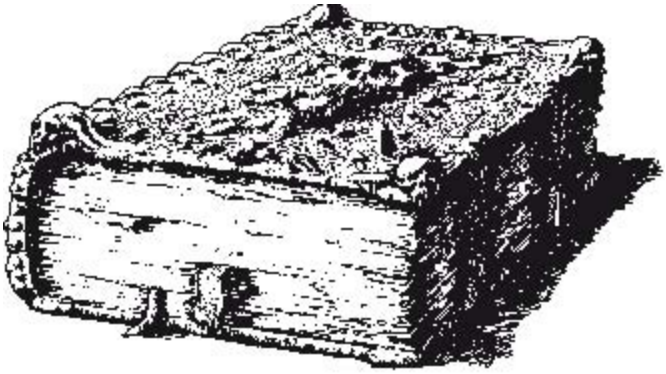
—¡Ten cuidado! —grité—. ¡Esa ventana es demasiado fina como para apoyarse! —Poco después de que las palabras murieran en mis labios, con el crujido y tintineo terrible del cristal cediendo, Colin cayó atravesando la ventana. Durante una fracción de segundo se mantuvo en equilibrio sobre el alféizar, y después, gritando desaforadamente, desapareció, de cabeza, de mi vista. Me quedé quieto un instante, completamente paralizado y maldiciéndome por toda la aventura. Solo era una altura de un piso, pero Colin había caído de cabeza, y podía haberse malherido, por el impacto o por el cristal roto. Solo después de estas reflexiones me di cuenta que el grito de Colin había sonado terriblemente lejano, y que no le había oído caer.

De nuevo móvil, corrí hacia la ventana, donde me quedé atónito al ver, en el suelo, trozos de cristal roto, pero no a Colin. Me dije a mí mismo que

no se había hecho daño y que había corrido a la casa; un registro posterior demostró que no había nadie en ella. En el suelo, debajo de la ventana, había trozos de cristal que, por cierto, eran oscuros y ahumados, como los trozos de una bombilla quemada; no había ninguna marca o agujero que indicara que allí hubiese caído otra cosa que no fueran unos cuantos trozos de cristal. No tuve más remedio, y sigo sin tenerlo, que suponer que Colin nunca tocó el suelo.

Ahora se le considera una persona desaparecida, e imagino que nunca se encontrará su paradero. Sin embargo, poco después de aquella trágica mañana, encontré una referencia en los archivos del castillo que explica el misterio para satisfacción (por decirlo de algún modo) mía. Al ofrecerlo, simplemente trataré de expresar levemente el estilo, ya que una transcripción fiel sería ilegible salvo para los estudiosos de inglés medieval.

> «De algún lugar desconocido llegónos un sirviente de Satán que apareció el quinto día de primavera del año 1243 de Nuestro Señor. Vestía sobre su espalda un atavío de una variedad desconocida, y su habla, aunque asemejábase de algún modo a la nuestra, tenía una forma y un color muy curioso, de tal guisa que nadie salvo los escribanos podía comprender mucho de lo que decía; y le encontraron malvado, puesto que hablaba interminablemente de artes oscuras y hechos mágicos, aseverando que llegó a través de una ventana que daba a nuestro siglo desde ochocientos años menos uno después. El examen demostró que era un hombre, y púsosele bajo amparo de la Iglesia con la esperanza, por escasa que esta fuera, de preservar su alma del infierno. Se mantuvo inflexible y nuestro buen obispo finalmente le declaró contumaz, una criatura de Satán enviada para practicar la hechicería y el arte oscuro más abominable entre nosotros, y le entregó al brazo secular, que le condenó a su debido tiempo a la pira. Murió sin retractarse ni arrepentirse, maldiciendo horriblemente a todo el que le rodeaba. Que Dios se apiade de su alma en pena».



¿Quién fue el que dijo que si el Necronomicón existiese de verdad ya habría aparecido en edición de bolsillo prologado por Lin Carter? Pensé en ello el día en que Lin y yo nos sentábamos en la parte de atrás de una tienda de parafernalia mágica en Nueva York, escuchando al autor loco de un grimorio de bolsillo que pretendía ser el Necronomicón responder preguntas a un grupo ingenuo de ocultistas vulgares que querían saber, por ejemplo, si podías usar un cristal de adivinación para echar un vistazo a los Primigenios. «Supongo que se podría, ¡pero yo no lo aconsejaría!». Ja, ja. Lin escribió su propio Necronomicón, que ahora se encuentra entre las cubiertas de este volumen, en sí mismo una edición de bolsillo barata del Necronomicón. ¿No es irónico? John Brunner, aunque no es un nombre que por lo general se suele asociar a H. P. Lovecraft, fue uno de los grandes de la ciencia ficción y la fantasía. Entre sus obras clásicas están Todo sobre Zanzíbar, El rebaño ciego, Órbita inestable, El jinete en la onda del *shock* y muchas otras. El número de primavera de 1992 de Weird Tales incluía la historia que estáis a punto de leer, y no cabe duda de que tiene un toque lovecraftiano. Siempre me fascina ver el resultado cuando un escritor veterano que nunca antes ha evidenciado interés por los Mitos de Lovecraft de repente enseña sus colores venidos del espacio. Tenéis que mirar deprisa; tal vez no los volváis a ver. Alguien que ha estado viendo el partido desde la banda probablemente haya observado cosas que el resto de nosotros, enfrentándonos en el campo, hemos pasado por alto, y su perspectiva será fresca. El relato actual es un ejemplo de esto. (No quiero reventaros nada,

así que os aconsejo que os detengáis aquí, leáis la historia, y después volváis para comparar las notas. ¿Ya habéis acabado? De acuerdo, aquí va…). Yo veo este relato como una remodelación de los principales temas de El horror de Dunwich. La ambientación de la historia en las Arkham y Dunwich británicas parece una broma basada en el consejo de August Derleth al joven Ramsey Campbell de no situar sus historias en las ciudades excesivamente familiares de la Nueva Inglaterra lovecraftiana, sino emplear escenarios ingleses equivalentes. ¿Qué habría dicho Derleth si Campbell le hubiese vuelto a enviar las historias, aún ambientadas en Arkham y Dunwich, pero al otro lado del Atlántico?

El uso de estos lugares por parte de Brunner consigue el efecto de ambientar la historia en un universo alternativo, un mundo paralelo. Nos indica que va a contar una de las historias de siempre de manera diferente. Observad, si os place, que nuestro protagonista es alguien muy parecido a Henry Armitage. Jasper Abraham Wharton (cuyo nombre casi suena a una mezcla de «Whateley», «Armitage» y «Wilbraham», la región que inspiró a Lovecraft la comarca de Dunwich) es un bibliotecario erudito que sufre la tempestuosa visita de un rufián inculto de la zona rural. Esta vez el intruso no es Wilbur Whateley, patán del pueblo, sino Hiram Schultz, un feo americano, cuya jerga grosera es tan estrafalaria como el acento cerrado de Wilbur. Como Wilbur, Schultz posee su propia copia del Necronomicón pero busca una mejor (aunque Schultz aún no lo sabe). Como Armitage, Wharton sufre una fuerte impresión de «terror espiritual agudo» cuando lee el libro blasfemo de revelación. La monstruosidad híbrida de Wilbur se ha transferido a otro personaje, como solía hacer Derleth en sus historias cruzadas entre Dunwich e Innsmouth, que es el sospechoso Abner Marsh. Como a causa de una medida a favor de las minorías, un profundo ha conseguido un trabajo de profesor en medio de lo que Fritz Leiber y Brian Lumley habían convertido en un bastión de fiera oposición a los Primigenios. Irónicamente, es como si el Hechicero Whateley hubiese conseguido el puesto de Henry Armitage en la Universidad de Miskatonic. Este juego de sillas musicales es una representación clara de la idea de Greimas de los «papeles actuantes». Ciertas funciones narrativas, o «actuantes», deben estar presentes, pero los personajes que desempeñan

esos papeles pueden cambiarse con entera libertad. El resultado equivale a la liberación del subtexto ambulante que Donald R. Burleson siempre mantenía («el arquetipo del héroe mítico en El horror de Dunwich», Lovecraft Studies nº3) que se encontraba en la raíz de El horror de Dunwich… ¡después de todo, los Whateleys ganan!

ACERCA DE LA PRÓXIMA EDICIÓN BARATA DEL NECRONOMICÓN DE ABDUL ALHAZRED
John Brunner

1. La herencia Peabody

Mi mano tiembla, me encuentro sin ánimo, mientras trato de explicar este relato que es a un tiempo una catarsis de los terrores que asedian mi mente destrozada y, lo que es más importante, una advertencia que descartarán bajo su responsabilidad.

Se dice que «nadie está tan ciego como el que no quiere ver». En el mejor de los casos, solo es media verdad. Aún más ciegos están aquellos que desean, sin considerar las consecuencias, ver lo que nunca debería verse.

Lo que viene a continuación es un relato exacto de las circunstancias que me han llevado a una mazmorra fétida, bajo observación constante de alienistas, brutalmente maltratado por matones simiescos en batas blancas en cuanto se me ocurre mencionar el conocimiento odioso de mi cerebro. ¡No he cometido ningún crimen! ¡Al contrario, soy un benefactor de la humanidad! ¡Pero ni siquiera los representantes consulares de mi propia

patria me quieren ayudar! ¿Ha caído tan bajo el linaje de la antigua Gran Bretaña como para que se pueda encerrar ilícitamente a uno de sus ciudadanos en una de sus antiguas colonias sin una sola protesta diplomática? Tal parece, ya que el funcionario que me visitó el día después de mi arresto se mofó de mi relato… aunque, por supuesto, tal vez fuera un impostor…

Divago. ¡No me extraña después de las terribles experiencias que he soportado! Pero déjenme que con todas mis fuerzas componga esta narración en un orden lógico. Uno no se atreve a anhelar la supremacía de la lógica en el mundo, ahora que los moradores del caos primigenio avanzan de nuevo sobre nosotros.

Que se sepa, pues, que llevo el honorable nombre de Jasper Abraham Wharton; que tengo cincuenta años, y que mi relato, para el propósito que se persigue, comienza en el pequeño pueblo de Arkham, que da al valle de Marshwood en el condado de Dorset, Inglaterra. Allí, de acuerdo con la naturaleza estudiosa que me ha gustado desarrollar desde mi niñez, he desempeñado durante muchos años la labor de bibliotecario. El estipendio de dicho puesto es bajo; mis necesidades, no obstante, siempre han sido pocas, especialmente porque nunca he sido víctima de esas urgencias de la carne que llevan a la mayoría de los hombres al matrimonio, o incluso a apuros peores. He apreciado mucho más los placeres de la mente que los de la carne; y, aunque el escenario de una comunidad rural tal vez no parezca aportar *a priori* una gran variedad de estímulos intelectuales, tuve la suerte cuando aún rondaba la veintena de conocer al entonces Señor de la Casa de Dunwich, una parroquia que linda con Arkham. Hablo de *Sir* Adrian Peabody, *baronet*, vástago de una familia establecida desde hace mucho en el valle, y último miembro de su línea directa de sucesión puesto que la rama más vital, la de su hijo menor, había emigrado al Nuevo Mundo.

Sir Adrian era un recluso, y no de buena gana. Se le esquivaba a toda costa en la vecindad. Nunca me han interesado los chismes; sin embargo, no pude evitar entender que había habido algún tipo de escándalo antes de que yo naciera, de cuya naturaleza no me informé. No me importaba que

hubiesemos trabado amistad a pesar de la disparidad de nuestras edades, estando él ya entrado en años. Fortalecida por el recuerdo de los maliciosos rumores que circulaban tiempo atrás, la gente del pueblo pensaba que estaba senil. Nunca vi que así fuera. Abrumado por la carga de un esqueleto débil, de acuerdo, y agraviado por las cataratas que le quitaban tres cuartas partes de su vista, aun así conservaba una mente muy aguda más allá de la máscara engañosa de sus rasgos débiles. Sin ninguna duda seguía en posesión de sus facultades mentales, o si no sus asesores legales no le habrían permitido rectificar su testamento, como hizo cinco o seis años después de nuestro primer encuentro, para hacerme el heredero de su completa y recherché[9] biblioteca privada, recopilada por sus antepasados durante cinco siglos.

A este legado le acompañaba una pequeña herencia, que me permitió financiar una ampliación de mi modesta morada adyacente a la Biblioteca Pública de Arkham —siempre he preferido, por motivos personales, vivir todo lo cerca que fuese posible del lugar de trabajo— y equiparla con un lugar adecuado para los ocho mil doscientos siete volúmenes que *Sir* Adrian me había legado. Hubo algunas protestas en la vecindad cuando se corrió la voz, por parte de dos grupos: los agricultores del lugar (no se les haría de menos llamándoles «el campesinado»), que claramente sentían poca simpatía por el *baronet* y sus predecesores; y también los recién llegados al lugar, habitantes de ciudad que posteriormente se convirtieron en nouveaux-riches, quienes habían tratado de ganarse a su noble vecino y habían fracasado, quienes al saberse que se pondría a la venta la Casa Solariega de Dunwich se dispusieron a luchar por la finca y la propiedad de la mansión como perros callejeros por un hueso, y quienes únicamente estaban interesados en la biblioteca (como dije a un periodista de la Gazeta de Arkham en la única ocasión que concedí una entrevista a un periódico) como inversión más que como reserva de conocimiento… una opinión que lamento indicar que no llegó a imprimirse.

El periodista, recuerdo, preguntó con una persistencia bastante insolente si yo había presionado —¡terrible neologismo!— a *Sir* Adrian para que me hiciera codicilo de su testamento. Negué la acusación, pero admití que yo había sugerido el componente económico, no habiendo estado del todo al

tanto *Sir* Adrian de mis escasos recursos. ¿Qué otra cosa podría haber hecho, una vez que quedó claro que había puesto su corazón en que yo recibiera la biblioteca? ¡Haberla subastado poco a poco me habría puesto al nivel de aquellos forasteros avariciosos mencionados anteriormente!

Ese clamor, por suerte, cesó con la destrucción de la Casa Solariega de Dunwich una semana o dos después, como consecuencia de un incendio posiblemente provocado. El tono de estos invasores de la ciudad cambió de inmediato, y admitieron que fue un golpe de suerte que los libros no se encontrasen entre las ascuas. (Y debo decir que, de paso, procedieron a demostrar mi opinión acerca de su interés limitado por la colección al no solicitar nunca la consulta de ninguno de sus libros).

Por mi parte, en el momento del incendio yo también opiné que la mudanza de los libros había sido beneficiosa. No fue hasta más adelante cuando me di cuenta de lo bueno que habría sido para el mundo que se hubiesen incinerado en la pira ciertos textos hológrafos, ciertos tomos raros e insólitos, que según la Biblioteca Británica, la Biblioteca Bodleana, la Biblioteca de Londres y otras autoridades no se encontraban en ningún otro lugar del Reino Unido…

Por otra parte, a causa de mi relación con ellos, todo el conocimiento de sus contenidos podría reposar ahora en el cráneo deforme de ese demonio en… ¿me atrevería a envilecer la expresión «forma humana»? ¡No, nunca! ¡La palabra es subhumana! Como lo son las máquinas diabólicas a cuyos circuitos de autómata se propone alimentar…

Pero me adelanto a mi orden lógico prometido.

2. El visitante americano

Baste decir, pues, que durante dos décadas desde el fallecimiento de *Sir* Adrian llevé una vida solitaria aunque provechosa, ocupado sobre todo en catalogar mis adquisiciones, una labor que me venía que ni pintada (como *Sir* Adrian había reconocido con una perspicacia que contradecía la acusación de senilidad). No lo digo con inmodestia, ya que era un hecho probado que no había ni una escritura o lenguaje entre ese gran conjunto de

literatura con el que no estuviese parcialmente familiarizado. Desdeñando la compañía de mis rudos compañeros de clase, que consideraban que el saber era inferior a pasatiempos bárbaros como el fútbol o robar manzanas, desde mi niñez había explorado los caminos poco frecuentados de la filosofía. A los diez años podía dedicarme a descifrar indistintamente umbrio, dorio, sanscrito y otras lenguas más comunes, y más tarde había investigado —además del indoeuropeo—, el semítico, el uralaltaico, el chinomongol, y (en cuanto se pusieron por escrito) las familias lingüísticas africanas, por no hablar de aquellas del Pacífico y sus zonas colindantes desde Japón a Nueva Zelanda, además de innumerables transcripciones vergonzosamente inadecuadas de los dialectos aborígenes australianos. Había añadido un par de correcciones a los libros, particularmente en relación al controvertido asunto de las raíces vascas.

Confieso que se me había ocurrido que en el crepúsculo de mis días me vería recompensado con la gloria por haber finalizado en solitario una obra tan monumental. ¡Sueño vano! Me lo impidió un obstáculo tras otro. Desde luego no quería que se hiciera pública la existencia de las obras únicas que componían lo que ahora consideraba mi colección, ya que para obtener el éxito era imprescindible llevar una vida tranquila. Siempre me ha gustado el orden: el mundo exterior, las metrópolis, los vaivenes de los viajes, no tenían encanto para tentarme. De vez en cuando, algún colega entusiasta de mi propia especialidad que casualmente viajaba por la zona abusaba de mi tiempo y me pedía ayuda para desenmarañar algún enigma bibliófilo, y aunque nunca me negué a ofrecer consejo si estaba dentro de mi capacidad, aquellos que me visitaban eran lo bastante sensibles a mis preferencias como para limitarse después a emplear el Correo de Su Majestad.

Aun así, inevitablemente, había algunas grietas en la muralla de indiferencia protectora que me construí alrededor. A causa de todas mis peticiones entusiastas, miembros de dudosa catadura del personal de las grandes bibliotecas a los que había recurrido de vez en cuando para confirmar o refutar hipótesis relacionadas con la procedencia de una encuadernación, las características de un escriba, o la frecuencia regional de un giro idiomático, abusaban de mi confianza y repetían el contenido de mi pregunta a una tercera persona. En repetidas ocasiones fui acosado con

peticiones, sobornos e incluso amenazas apenas veladas de los que previamente había imaginado que eran miembros de organismos académicos respetables, cuyos directores habían oído hablar de la herencia Peabody y exigían que les fuese cedida.

¡Qué horror! ¡Poner estos libros inapreciables a disposición de cualquier estudiante desaliñado, de pelos largos y analfabeto para que consiguiese un título en alguna materia de moda pero absurda! No solo sabía de la existencia de las personas que describo por los periódicos que leo a diario detenidamente en la biblioteca pública (llegando pronto para que nadie se quede sin ellos durante el horario de apertura); durante las vacaciones universitarias vi a algunos de ellos en nuestro local… aunque por suerte nunca tuve que tratar con ellos personalmente, ya que me había acostumbrado a concentrarme en labores administrativas y dejar el trato con el público a mi ayudante la señora Craven, viuda de un antiguo maestro de escuela de Dunwich. A pesar de esta pequeña misericordia, mi trabajo asalariado parecía volverse más pesado cada día a medida que se daba un barniz superficial de educación a la cada vez mayor proporción de hoi polloi[10], que ahora sirve de ersatz[11] para el auténtico saber. Para evadirme dediqué cada instante que pude a mi correspondencia (que era abundante) y mi catálogo.

Pero la evasión me iba a estar prohibida.

Una mañana de primavera del año en curso —recuerdo que debía haber sido un lunes, ya que estaba ocupado realizando el recuento semanal de libros con retraso— la señora Craven me informó de que había un norteamericano en mi puerta, un tal Hiram Schultz, que decía estar doctorado en Filosofía y Letras y ocupar el puesto de profesor en una universidad de nombre peculiar. Entendí (como era de esperar, no había tenido la cortesía de enviar una tarjeta de visita) que era «Mixtatómica[12]», el epítome de aquella tendencia equivocada y vana hacia las ciencias que ha sido el azote de la verdadera erudición durante los últimos cien años. ¡Doctor en Filosofía y Letras! ¡Menudo fantoche!

Pregunté por el motivo de su visita, y la señora Craven me dijo que se dedicaba a analizar el contenido verbal de incunables y otras obras poco comunes por medio de ordenadores.

—¡Ordenadores! —exploté. Mi arranque, producto de la convicción de que son anatema para los eruditos de verdad y que aquellos que confían en ellos carecen de alma, fue más sonoro de lo que pretendía… Tan sonoro que llegó a oídos del forastero. Él, con la insensibilidad propia de los supuestos académicos americanos, lo interpretó como muestra de emoción y no de furia.

De todos modos esa es la única excusa que puedo imaginar para su maleducada intrusión, un segundo después, en mi oficina privada, sonriendo con sus rasgos bovinos y exclamando:

—¡Exacto, señor! El mayor descubrimiento en la atribución de…

Se detuvo, sin duda al ver cómo mi expresión contradecía su asunción errónea, y se quedó avergonzado. Como era, no obstante, un joven muy alto, su única zancada le había llevado a medio camino entre la puerta y mi escritorio. Al ser tan bajos los impuestos en una comunidad pequeña como la nuestra, el consejo municipal de Arkham solo tenía un fondo exiguo con el que proporcionar locales diminutos a sus funcionarios. Encontrándose al lado de la silla que usaba la señora Craven cuando discutía asuntos administrativos, procedió a sentarse, a mirarme a los ojos como si fuesemos viejos amigos, y a justificar su descortesía de manera confusa, parasintáctica y apenas comprensible.

—Bueno, perdone por entrar a saco, doctor Wharton… ¡hey, lo siento! No es doctor, es solo señor Wharton, ¿verdad? Es que pensé, leyendo sus artículos en el Diario de Filología y los Anales de la Bibliofilia y todos los demás, que nadie podía ser así de bueno sin tener al menos tres de-e-efes[13], je, je. —(Transcribo esas palabras apenas articuladas con tal precisión porque cada una de ellas se grabó en mi memoria con la intensidad del ácido)—. Pero cuando caí en la cuenta de este vínculo con nuestro pequeño taller de saber en Arkham, Massachussets, además del asunto que nos traemos entre manos con todos esos manuscritos antiguos que nosotros encontramos, bueno, nosotros no… más bien este jefe loco que tengo, el doctor Abner Marsh, debería conocerlo, de verdad, se

llevarían muy bien… mantendrían una relación lo suficientemente calurosa como para quemar la Casa Dunwich, je, je…

En este punto pudiera ocurrírsele al lector plantear una pregunta que tengo cierta renuencia a responder; sin embargo, debo obligarme a prevenir cualquier confusión, y exponer francamente que entre las razones por las que prefiero una vida retirada está la tartamudez que sufro desde la infancia. Puede dispararse incluso con el encuentro con un viejo conocido, y si se trata de un extraño bullicioso y molesto mis dificultades se intensifican. Por añadidura quizá no sea el hombre más atractivo del mundo, y al vivir en una pequeña comunidad con una sociedad limitada nunca he puesto demasiado cuidado en mi atuendo o aspecto. Se puede deducir fácilmente de esa otra razón por qué prefiero mantener contacto por carta; las personas dadas a emitir juicios precipitados basados en impresiones superficiales podrían formarse con demasiada facilidad una imagen equivocada de mí como individuo.

No obstante estaba al borde de ser capaz de decirle que se marchase inmediatamente de mi oficina y que pidiese una cita por escrito, que después de tanta grosería me sentiría poco dispuesto a conceder, cuando en medio de su chaparrón de palabras algo llamó mi atención.

¡Había mencionado, con familiaridad despreocupada, al Necronomicón de Abdul Alhazred!

3. Un descubrimiento espantoso

¡Fue como un rayo! Había creído que la copia manuscrita en latín, en una letra indescifrable de escriba de la baja Edad Media, que había descubierto —aunque no leído: su descifrado era claramente una tarea de mucho tiempo y poca recompensa— en la colección de *Sir* Adrian, era la única que existía. La Biblioteca Británica, la Bibliothèque Nationale, y todas las demás autoridades que había consultado me habían asegurado que no tenían nada acerca de ese texto, aparte de referencias veladas inútiles en

otras obras de un periodo algo posterior, de las que se sospechaba que eran los productos de mentes trastornadas.

Tan grande fue mi asombro que me privó completamente del habla, para inquietud de la señora Craven, que se volvió como si fuese a ofrecer ayuda aunque supiese cómo detestaba cualquier referencia a mi incapacidad. Mirándola con ceño, llevé mi lengua desobediente hacia otra denuncia recién pensada: no contra este intruso descarado, sino contra aquellos dedicados a la misma causa que yo, aquellos ilustrados indignos de su nombre que debían, supongo, haber introducido mis cartas en ese canal de comunicaciones conocido como «la parra[14]»; una imagen bastante gráfica, aunque nunca he tenido claro por qué una planta tan inocente merece ser mancillada con una broza tan sucia.

Entonces, a medida que surgían más datos del cotorreo de Schultz, me di cuenta con una impresión aún más violenta que mi conclusión inicial había sido equivocada. No era culpa de aquellos en los que había confiado que esta molesta persona hubiese mencionado el secreto de mi preciado libro.

¡Existía otra copia!

¡Peor aún! ¡No una mera traducción como la mía, sino el original en árabe!

¡Cuántas veces había planeado redactar y publicar por vez primera los mejores libros que poseía, si me quedaba el tiempo suficiente en este valle de lágrimas después de completar el catálogo que era mi principal tarea (aunque no estaba ni medio acabada tras veinte años)! ¡Aquel cuyo nombre estaba en boca de Schultz, esos otros de von Juntz y d’Erlette que, a juzgar por sus títulos, podrían constituir un valioso añadido al conjunto de tratados de demonolatría medieval…!

Estremeciéndome de rabia y frustración, sintiéndome muy decepcionado, me contó como había oído hablar de mi… no, no «mi», solo «el»… Necronomicón. Esquilada su jerga de más allá del Atlántico y carente de sus adornos verbales subliterarios, su historia es la siguiente.

La universidad de nombre peculiar para la que trabajaba Schultz (resulta que había aceptado su puesto de manera provisional, esperando pasar, una vez que hubiese acumulado cierto renombre publicando algunos artículos, a algún centro de saber más augusto) se encuentra en el estado bautizado con el nombre igualmente extraño de Massachussetts, y en un pueblo que era tocayo de mi lugar de nacimiento, otro Arkham. Impaciente, según admitía, por no quedarse más de lo necesario en un «poblacho de medio pelo» como ese, se puso a investigar en qué campos de investigación relacionados con el suyo estaban trabajando otros miembros de la facultad.

Decidió casi de inmediato que el Profesor Abner Marsh, mencionado anteriormente, era el candidato más probable para la fama internacional, así que «pensó que podía subirse encima de los faldones de la chaqueta del tipo». Se propuso cultivar su amistad. Por razones que no elucidó le resultó tarea difícil, pero al final sus esfuerzos se vieron coronados por el éxito.

Por lo visto Marsh, tachado de «loco» con un tono casi afectuoso —que me dejó perplejo— era un individuo respetado aunque no muy querido, de intelecto excepcional pero poco dado al compañerismo. (Reconocí un eco de mí mismo en la descripción, descartándolo, no obstante, por si estaba, como sospechaba, fundado en una simpatía sin sentido). A pesar de las taras que insinuaba Schultz, había hallado un tesoro académico. Durante la demolición de una vieja casa —situada, de modo extraordinario aunque no asombroso, en un pueblo cercano bautizado con el mismo nombre de la villa que llevaba tanto tiempo siendo la sede del linaje Peabody, otro Dunwich— se habían encontrado ciertos libros detrás de un muro tapiado toscamente. Mohosos, dañados por el tiempo y por el frecuente uso que se les había dado, fueron llevados a la universidad por el obrero que los desenterró esperando alguna recompensa. El decano se había mostrado dispuesto a descartarlos por carecer de valor; el profesor Marsh, por el contrario, al pedírsele que los tasara, se dio cuenta que eran raros y potencialmente valiosos. (En ese punto reprimí mis reacciones normales. Siempre he aborrecido a la gente que pega etiquetas financieras al saber en

estado puro… Pero ahora me doy cuenta, con demasiada claridad, lo arraigada que debe estar esa actitud entre los americanos).

Se despidió al obrero con una propina, y Marsh deseaba contarle a alguien lo listo que había sido. Le tocó a Schultz, y ahora este me contaba con el mismo regocijo que el primer premio era… el Necronomicón. Teniendo únicamente unos quince volúmenes en sus manos, Marsh se propuso editarlos y distribuirlos, y lo haría mucho antes de que yo hubiese acabado con la lista de ocho mil y pico que me abrumaba. Mi garganta se movió; la boca me supo a bilis.

Para dar un barniz de erudición pintoresca sobre su descuidado trabajo, Marsh quiso investigar la relación entre el Dunwich del Viejo Mundo y el del Nuevo. Al no poder viajar —Schultz dio a entender que necesitaba constantemente algún tipo de atención médica— solicitó la ayuda de su colega más joven, que consintió a cambio del derecho de publicar análisis informáticos de los textos. ¡Que el Cielo nos ayude! ¡Como si una máquina pudiese leer y apreciar un libro!

Tras llegar a Dorset y enterarse de la herencia Peabody, no se le ocurrió otra cosa que «meterse por medio» y ofrecer —¡esto me dejó sin aliento por su absoluto descaro!— mil dólares por la oportunidad de «echar una ojeada» a mi colección. Además me aseguró que su colega compraría de buena gana el lote por una suma a negociar, porque «proporcionaría material para las tesis de nuestros chicos durante años».

Eso fue el colmo. La furia me dejó hablar con fluidez por una vez, y sin dejar lugar a dudas le dije lo que pensaba de él y de su profesor. Cuando acabé se limitó a encogerse de hombros y levantarse.

—Qué pena —dijo—. Creía que nos ayudaría con la traducción. No hay muchos tan bien preparados como usted para esa labor. Incluso para la corrección, si fuera el caso.

—¿Van a publicarlos? —susurré.

—¡Claro! El original y la traducción inglesa en páginas enfrentadas. Gracias a los ordenadores que odia tanto, podemos mantener bajos los costes. Hace unos cuantos años habríamos tenido que cobrar doscientos pavos por cada ejemplar, pero ahora podemos hacerlo por una fracción de

ese precio. Podemos diseñar cualquier fuente de letra que queramos, ¿sabe?, y usar una imprenta láser y un programa de OCR[15]…

Siguió hablando, pero ya no pude escuchar. Me enfrentaba a la derrota: cientos, tal vez miles de reimpresiones de lo que habían sido libros únicos, encuadernados de manera barata con cubiertas de cartón o incluso de papel… ni piel, ni estampaciones doradas, ni…

A punto de marcharse, percibió mi falta de atención.

—¡Señor Wharton!

Me recuperé, un poco.

—Si cambia de opinión —requisó una pluma de mi escritorio y un folio de papel, escribiendo a toda prisa— aquí es donde estaré los próximos días. Llámeme, ¿hm?

Acepté la dirección con dedos nerviosos, y se marchó.

Combatí mi furia durante largos minutos antes de recuperar una apariencia de normalidad. Traté de reanudar mi trabajo. No lo logré. Al final me vi forzado a abandonar la tentativa. Diciéndole a la señora Craven que necesitaba respirar un poco de aire fresco, me marché a casa… o más exactamente, me deslicé por un camino privado a la extensión de la biblioteca de mi casa. Allí busqué el Necronomicón y lo apreté contra mi cuerpo, buscando ingenuamente la garantía de que seguía allí, y que no había sido robado para que Marsh pudiese alardear de poseer tanto el original como la traducción. Hasta entonces no había intentado leerlo, más allá de una inspección preliminar para averiguar el tema general de sus contenidos. Sabía que se atribuía a un escritor árabe que de otra manera sería desconocido, que algunas páginas habían sido manchadas con una tinta de mala calidad a través de la que se podía descifrar el texto original con gran esfuerzo… y de repente estuve seguro de una cosa más.

¡No iba a dejar que Marsh me arrebatara el derecho a editar y distribuir antes una traducción!

Pensándolo bien, quizá hubiese sido demasiado ambicioso en mi plan de catalogar toda la colección antes de publicar alguno de sus elementos. Y aún más, podía agradecer a Schultz que me diese una nueva idea útil. ¿Por

qué debería trabajar un día tras otro en la biblioteca de Arkham, cuando —sin vender en realidad el libro, lo que hubiese sido traicionar la confianza de *Sir* Adrian— podía solicitar apoyo financiero a un editor para traducirlo y anotarlo?

Enseguida tuve claro qué debía hacer. Schultz me había transmitido la impresión de que los supuestos «estudiosos» norteamericanos se organizaban como en una oficina; dedicaban una cierta cantidad de horas a la semana, y el resto del tiempo ignoraban sus obligaciones. Si eso era así, una vez libre de mi rutina cotidiana, si podía dedicar todo el día quitando el tiempo desperdiciado en comer y dormir, una persona dedicada como yo no tendría problemas para llegar a la imprenta antes que Marsh, si no con anuncios preliminares (los suyos, había indicado Schultz, ya estaban de camino a los lugares apropiados), al menos con el texto del libro. ¡Sería un buen tanto a favor de la auténtica devoción por el saber!

¡Si al menos él tuviese la traducción y yo el original…!

Pero eso era lo que había.

Con mi decisión tomada, me puse manos a la obra de inmediato. Di instrucciones a la señora Craven para que no me molestara salvo en emergencias, seleccioné aquellos diccionarios que previ que serían más útiles y los dejé a mano, y tras cerrar con llave la puerta de mi casa y atrancar las ventanas para evitar interrupciones (a causa de mi problema con el habla, nunca había instalado un teléfono, así que estaba a salvo de aquella diabólica forma de distracción), abrí el precioso volumen con manos trémulas y me apliqué tenazmente a la elucidación de sus misterios.

En una hora como mucho, cuando mi cerebro experto tomó la medida a la oscura y abreviada escritura, conocí a los dioses primigenios.

4. La hora del tormento

En el prefacio no se mencionaba a aquellos seres, ya que era un pasaje que claramente no pertenecía a la obra original sino que era un añadido del

traductor, escrito, lo que es peor, antes del comienzo de su principal cometido. Como mencioné anteriormente, antes había leído parte del libro pero con escasa atención. Ahora tenía que concentrarme, ya que en la segunda página el texto se volvía más denso mientras el escritor anónimo explicaba cómo se había enterado de la importancia de este libro, cómo había buscado por todas partes una copia de la que pudiese derivarse una versión en latín, cómo tras haber logrado su objetivo comenzó a trabajar «la mañana del día de San Prisco en el año de Nuestro Señor de MCDXXXII» en su aplazada tarea, confiando en que la Divina Providencia le guiara donde los significados fuesen oscuros; y, debo decir que hizo poco por ayudar a sus lectores a evitar el mismo problema, ya que presentaba todos aquellos hábitos irritantes frecuentes en los escribas de su generación, empleando abreviaturas crípticas, convirtiendo sus íes, úes, emes, enes e incluso oes en filas de dientes de tiburón en las que a veces solo una línea encima de una letra duplicada ofrecía una pista hacia la palabra deseada, además de otros clásicos del oficio como restar de vez en cuando uno a un numeral, presentando a veces el mayor primero y el menor después. Me lo imaginé como un hombre anciano, o tal vez enfermo; a todas luces impaciente, sin saber si sobreviviría hasta la última página. (Anoté eso por si lo utilizaba en mi comentario).

En su prefacio también explicaba la supuesta autoría del original, afirmando, con un conocimiento inesperado de los detalles bibliográficos, que se había adherido a la portada de su copia árabe una invocación islámica, advirtiendo que Alhazred se había vuelto loco, y que el libro habría acabado en la hoguera por diabólico si su autor no hubiese sido famoso por sus poemas previos, de gran ternura y belleza, «por tanto los moros parecían negar que Satán se hubiese encaprichado con un cantor tan dulce y le hubiese llamado a su presencia». Esto me permitió, tras indagar en la Enciclopedia de Historia Musulmana, fechar su manuscrito árabe perdido en un periodo de medio siglo entre dos estallidos de intolerancia y quema de libros.

Esa observación era exacta. Fuese el que fuese el que llamó a su presencia al «dulce cantor», no fue Satán…

Pero ya habría tiempo más adelante para abordar lo accesorio. Mis ojos recorrieron a toda prisa el último párrafo del prefacio («Ignorando la invocación de los infieles a su falso Señor y rezando por su pronta incorporación al redil del Dios Uno y Trino, entrego mi espíritu y propósito a la voluntad del cielo, In Nomine…» y demás) y cuando volví la página tuve mi primer contacto con esa historia terrible, abominable y asquerosamente obsesiva que nos habla de horrores indescriptibles ante los que palidece la maldad de la guerra moderna, la tortura, los campos de concentración y cualquier otra cosa que se pueda mencionar. Era como observar el interior de la mente de un loco.

Al principio no me percaté de lo que me estaba sucediendo. Confundí mi fascinación casi hipnótica hacia la materia con la simple concentración, producto de mi resolución por completar la interpretación en inglés antes que Marsh. Poco a poco, no obstante, llegué a entenderlo. Febril, miré fijamente a una palabra oscura y traté de rechazar lo que sabía que debía significar; me esforcé en distraer mi atención buscándola en un diccionario en el que supiese que no podía encontrarla, esperando reírme después ante mi propia insensatez, pero fue en vano. Se pasaron las horas. Oscureció, y traté de evitar que mi mano encendiese la luz que me permitiría continuar… y fracasé, y vi aquellos implacables renglones extendiéndose por todas esas páginas repugnantes… Mis ojos intentaron quedarse en blanco en sus órbitas, para fijarse en otro objeto distinto al libro, y no tuvieron más éxito que el que había tenido mi mano en evitar la lámpara; al final mi cerebro parecía como si estuviese haciéndose un ovillo dentro de mi cráneo para esconderse del mundo exterior, y me quedé dormido agotado encima de mi mesa.

Ni siquiera tuve paz en mis sueños. Me acecharon en los pasillos obsesionados de la memoria: el siniestro Nyarlathotep que se había paseado por los templos de Egipto con un rictus de desprecio hacia aquellas reconstrucciones bastardas de antiguas deidades cuyas formas rodeaban su tránsito; el repugnante Cthulhu que esperaba la hora propicia en una ciudad

sumergida tan monstruosa que era el marco perfecto para su horrible forma…

Me desperté gimiendo, y solo era medianoche, y la lámpara seguía encendida, y tenía miedo de irme a la cama. Mi vista se posó sobre la página en la que había dejado la lectura, y una frase medio comprendida acerca de un tal ‘Astur (o Hastur, o «Xastur» como el traductor había escrito en este caso, empleando en un lapsus calami[16] la aspirada fuerte de la letra griega chi como la más semejante al sonido árabe) arrastró de nuevo a mi aterrorizada mente a aquellas escenas de miedo y desolación en las que él había reinado… no podía parar. Seguí leyendo, suponiendo algunas cosas y fracasando a pesar de todos mis esfuerzos por no entender *otras*…

Cuando, por imperativo físico, tuve que cerrar mis doloridos ojos otra vez, aunque el alba estaba pintando de rojo la ventana, conseguí ver lo que me quedaba del libro.

¡Apenas había leído una décima parte!

¡Aquellas pesadillas! Durante el día se habían escapado de la zona onírica en la que sospechaba que no volvería a atreverme a entrar sin alguna droga que enturbiara por completo mi consciencia, y se estaban reuniendo en los rincones sombríos de la habitación para burlarse de mí durante la vigilia. Hojeé unas cuantas páginas al azar, observando por casualidad que al lado del folio que tenía abierto había una página parcialmente manchada con esa tinta a la que ya me he referido —y me engañé durante un instante con la esperanza de que eso fuese una barrera, rompiendo el estado mental en el que me encontraba— pero mi esperanza fue vana, ya que el contexto y el sólido trazo de la escritura original que aparecía a través de las manchas fútiles indicaban que el significado era el que debía ser.

Ojeroso, agotado, con ojos cansados, dolor de cabeza y el estómago haciendo ruido (en todo el tiempo que pasé atrapado por el libro creo que tomé un poco de agua y una cucharada de azúcar que no saboreé), seguí el relato hasta su final. Supe del tremendo conflicto entre las fuerzas que gobernaron antes que el hombre; me di cuenta deque nuestra especie había aparecido en el planeta cuando ya era el campo de batalla abandonado de

una lucha entre contrincantes más que titánicos, cuyas fuerzas psíquicas procedían de las estrellas, y en particular de las malignas (¿o maravillosas?… para entonces ya estaba demasiado confundido para hacer una mera distinción humana entre ambos apelativos). Hiades, —donde junto a un lago llamado Hali se escabullían criaturas lastimosas para esconderse de tentáculos amenazadores— y esos seres destruyeron las propias fronteras de la existencia, confundieron el progreso de la evolución, infundieron gran inteligencia a formas bestiales tan suaves como el fango, injertando rasgos de anfibio y reptil en cuerpos que caminaban erguidos como lo hacemos nosotros…

Por lo visto, se había interpuesto una especie de portal entre la Tierra y su cielo. Solo interpuesto; aún estaba donde había estado, y la barrera podía erosionarse. Se habían formado algunas hendiduras, mediante la aplicación de esas fuerzas psíquicas que (como ya sé contra mi voluntad) son más poderosas que las fuerzas que alimentan a las estrellas, aquellas que los pobres humanos creemos que son lo definitivo e intentamos imitar con nuestras enclenques bombas H. Si se llevaran a cabo las ceremonias adecuadas (al ser árabe, el autor no las había comparado con llaves, pero el traductor sí lo había hecho), se podrían abrir esas grietas. Con lo cual volvería a aparecer lo que yace más allá.

También se mencionaba a un poder aún más antiguo, que trataba de impedir tal hecho. Pero no pude imaginar a algo capaz de vencer a Yog-Sothoth, y Shub-Niggurath, y…

En el exterior brillaba el sol, que alejó las espantosas visiones que me obsesionaban. Un propósito se forjó en mi mente. Si una traducción de latín arcaico podía afectarme tanto a mí, vacunado por el estudio contra antiguas supersticiones, ¿qué no podría hacer una versión traducida directamente del árabe al inglés (¡y lo que era peor, con la ayuda de máquinas!) a una mente ignorante e inexperta? Debía impedirse a toda costa que Schultz y su profesor llevaran a cabo su propósito. Podía prever horrores: locura colectiva, una epidemia de suicidios, y lo peor de todo, ¡el nacimiento de un

culto dedicado a la invocación de los dioses primigenios! ¡El cielo sabe que somos capaces de cualquier locura!

Levantándome, me vi de refilón en un espejo. Estaba ojeroso y macilento, casi no se me reconocía. Con un esfuerzo tremendo me obligué a lavarme, afeitarme y cambiarme de camisa, antes de volver a la biblioteca, aunque no a mis deberes. Por suerte la señora Craven estaba sola. Cuando me vio casi tira los libros que estaba colocando en aquella anomalía, la estantería descomunal (siempre la odié… perturba el orden metódico de… da igual…).

—¡Señor Wharton, parece enfermo! —gritó.

Admití que no me sentía bien, y añadí:

—De hecho, creo que es hora de que me tome unas vacaciones.

Dejando los libros, acercándose con mirada de comprensión, dijo:

—¿Acaso no se lo he dicho antes, y de vez en cuando? No puede ser bueno para usted que nunca se tome un día libre. Ni siquiera en Navidad y Año Nuevo se va a ningún sitio, ¿verdad?

Enseguida, mis excusas fueron poco sutiles. Dije mintiendo:

—Le debería haber escuchado antes. ¿Se las apañaría sin mí una semana o dos?

—¡Sí, desde luego! —dijo malhumorada.

—Muy bien, pues. ¿Dónde está el papel en que el doctor Schultz escribió su dirección?

—No estará pensando en ir a América, ¿verdad? —suspiró.

—Eso es exactamente lo que estoy pensando.

—¿Para mirar esos libros de los que hablaba? ¡Oh, vaya! ¡Eso será peor que quedarse en casa! No descansará nada ¿verdad?

—Será un cambio —repliqué. (Con la señora Craven apenas tartamudeaba, por haber trabajado juntos durante tanto tiempo).

—Y dicen que un cambio es tan bueno como un descanso. ¿Dónde está ese trozo de papel?

—Donde lo dejó, en su escritorio.

Así que, con decisión, empleé el detestable teléfono, y encontré a Schultz en su hotel. Tras varias salidas en falso, evitando palabras que sabía que eran delicadas, le comuniqué mi cambio de opinión.

—¡Eso es estupendo! —exclamó, sonando como si de verdad quisiese decir eso—. Naturalmente, cubriremos sus gastos. ¿Cuándo puede venir?

—Bueno, creo que tengo que sacarme el pasaporte, y también un visado, pero supongo que no tardaré demasiado.

—Aún faltan dos semanas para el final de las vacaciones de primavera. Si puede venir, digamos, un par de días antes del comienzo del nuevo semestre, estará bien. Ah, por cierto…

—¿Sí?

—Siento la broma que hice acerca de la Casa de Dunwich. No sabía que hubiese sido amigo del viejo. Pero le prometo que usted y el viejo Marsh se llevarán a las mil maravillas.

¡Así que había estado investigándome! ¿Por qué?

Controlé mi voz con sorprendente facilidad. Solo dije:

—¿Me hará llegar una invitación formal que incluya alguna garantía de reembolso que pueda enseñar a mi banco?

—Se la enviaré por fax ahora mismo —prometió.

—Perdone… ¿qué ha dicho?

Me llevó un rato conseguir que creyese que nuestra biblioteca no contaba con dicha comodidad. Le quitó importancia al problema y sugirió el correo aéreo. Accedí y colgó, dejándome bastante asustado y en un estado de incredulidad total ante lo que me había comprometido.

Pero, me consolé a mí mismo, era por el bien de todos.

5. Un mundo de abominaciones

Me había equivocado al suponer que un pasaporte y un visado podían obtenerse con prontitud. La burocracia demoró su emisión cinco semanas, durante las que frecuentemente fui incapaz de cumplir con mis obligaciones

laborales. Por suerte, la llegada del verano provocaba un descenso en la demanda de libros cuando la gente acudía a pasatiempos más sibaritas —entre ellos «tomar el sol», una costumbre que pretendía, según mi punto de vista, conseguir que la piel humana normal adoptase la tonalidad de una langosta cocida.

Pero ese año no vi a ninguna de sus víctimas. Pasaba cada instante de mi tiempo absorto en mis libros.

¿Era ese retraso en la emisión del pasaporte una bendición oculta, al fin y al cabo? Lo cierto es que, si hubiese sido capaz de marcharme de inmediato, aunque habría hecho todo lo posible para disuadir a Schultz y Marsh de su horrible plan, no hubiese comprendido en toda su magnitud la amenaza que se cierne sobre nosotros. Habría seguido afortunadamente ignorante de todo el espectro de abominaciones que acechan al mundo: las criaturas que atacan la isla de Ponapé, cuyos habitantes fabrican máscaras grotescas que reflejan una mera fracción de la inmundicia de sus inspiradores; o esos seres, mitad humanos y mitad anfibios, que viven y se cruzan con los habitantes de comunidades costeras aisladas, engendrando de vez en cuando niños con poderes sobrehumanos, totalmente repugnantes; o los que pueden emerger en ciertos momentos del año de las profundas simas bajo el mar, para reclamar sacrificios de hombres o bestias…

Comparados con algunos de los que me había encontrado al principio, no obstante, estos últimos horrores parecían casi benignos. Cuando me llegaron en sueños les di la bienvenida, esperando que me apartaran de Shub-Niggurath y Cthulhu.

Aunque aquellos monstruos se cernían sin forma en la distancia, como el aura de una plaga rumoreada…

Pasaré por alto el resto de las vejaciones que sufrí cuando por fin llegaron mi pasaporte y mi visado. Únicamente déjenme lamentarme de los evos que pasé entre personas más desprovistas de esperanza que yo, atrapadas en la incertidumbre de una antesala del Infierno, esperando con semblante triste y miembros abatidos la llamada que les llevaría de un cautiverio a otro; del confinamiento continuado que temí que nunca acabaría, o que terminaría en tragedia si lo hiciese; de los extraños alimentos insalubres, la bebida oscura y amarga que era la suerte común de

todas nuestras lastimosas almas… Seguramente tales tormentos solo podían tramarse en la fuente primordial de maldad cuya naturaleza únicamente yo había conseguido vislumbrar en estos tiempos modernos.

Pero ¿cómo podían permanecer tan estúpidamente ignorantes de la verdad estas apologías ovejunas de personas? Allá donde mirase, detectaba síntomas de lo que reconocía como la corrupción de la humanidad. Esa mujer moviendo su cuello sinuosamente, como una serpiente; ese niño obeso, de boca grande y labios finos, tragando comida como un batracio; ese hombre barrigón descaradamente vestido solo con una camiseta, marcado con tatuajes indecentes en azul y rojo que se retorcían con cada movimiento de su bíceps…

En la semioscuridad bailaban ante mis ojos imágenes terribles, un desfile de setenta veces siete pecados capitales. Traté de dormitar, si no de dormir, pero no tuve descanso. El tiempo se estiraba elásticamente, haciendo que cada hora pareciesen dos.

Deseaba poder rezar, pero sabiendo lo que sabía había descartado que existiese un dios bondadoso, y tenía miedo de llamar la atención de cualquier otro.

O vergüenza.

Entonces, por fin, en lo que deberían haber sido las cinco de la tarde pero, como declararon nuestros carceleros de caras alegres, en realidad era mediodía, el avión aterrizó en el aeropuerto de Logan, Boston, Estados Unidos.

Estaba tan alterado que cuando Schultz me vio en medio de una multitud hirviente, reunido con mi equipaje pero sin saber adónde ir, le saludé efusivamente e incluso le di la mano.

—¡Tiene cara de muerto! —exclamó—. ¡Debe de haber tenido un viaje infernal! ¡Venga! ¡Mi coche está cruzando la calle!

No puse ninguna objeción, ni siquiera cuando me tomó del brazo, ni cuando empezó a dirigirse a mí como Jasper. Le dejé que me guiara hasta su coche —pequeño y estrecho, a diferencia de los que yo (¡incluso yo!) había visto en las películas, aunque no en la televisión que no tengo— y me llevó

a un destino que podría haber sido el centro de una selva. Se me había pasado por la mente buscar el Arkham del Nuevo Mundo en un mapa, pero no estaba en ninguno de los atlas de la biblioteca pública. Ni Dunwich, por cierto. Al menos había localizado Massachusetts, y sabía que ya estaba en él.

Supuse que el viaje sería corto. No había contado con el tamaño enorme de este joven país.

Mi impulso de responder cortésmente a la garrulidad de Schultz se vino abajo en primer lugar por la repetición de mi tartamudeo, y después por la urgencia abrumadora de mi misión, que deseaba completar con la mayor prontitud, habiendo desarrollado ya una extrema repugnancia hacia Norteamérica. Mi impedimento, sin embargo, evitó que interrumpiera el sermón turístico que pronunció mientras recorrimos una serie de carreteras idénticas de hormigón, fétidas y enjambradas con un tráfico que jamás había visto (y en el que una vez más detecté la obra de las fuerzas del mal). Antes de poder abordar finalmente la materia que me había llevado allí, caí presa del agotamiento, así que en lugar de hacerle ver la necesidad de que abandonara su proyecto con Marsh bostecé y bostecé, y volví a bostezar, completamente turbado.

—¡Perdona, Jasper! —gritó—. ¡Échate una cabezadita! ¡Supongo que debes estar sufriendo los efectos del vuelo!

Milagrosamente, como si las imágenes que habían estado acechándome hubiesen sido incapaces de cruzar el Atlántico, acunado por el susurro del motor y las ruedas, me dormí sin soñar.

Pero me despertaron demasiado pronto. Aunque era como si siguiera durmiendo, a pesar de mi ojos abiertos, mis respuestas coherentes a las preguntas que se me planteaban, mi habilidad para recordar la habitación que se me había asignado en el alojamiento de invitados de la universidad cuyo nombre había confundido la primera vez con «Mixtatómica». Incluso vislumbré algunos edificios bastante hermosos que supuse eran de finales del siglo XVIII. (Mi alojamiento no se encontraba en ninguno de ellos, no obstante, sino en un feo aborto moderno de hormigón y cristal).

Moviéndome como un sonámbulo, rehusé un refrigerio y el ofrecimiento de una «cena», y logré comunicar cuánto necesitaba descansar. Schultz se marchó con una promesa final que penetró en el velo de mi fatiga.

—Te recogeré a las siete, ¿de acuerdo? Podemos desayunar antes de ir al lago.

¿Labo? Mi mente perezosa tradujo: laboratorio. Pero ¿qué podía tener que ver uno de aquellos lugares horribles con el estudio de antiguos manuscritos…?

Oh, claro: ese era el tipo de lugar en el que tenían los ordenadores.

—Habrá tiempo de sobra para enseñarte lo que estamos haciendo antes de conocer al viejo Marsh. Nunca aparece mucho antes de las nueve. Te veo por la mañana… ¡dulces sueños!

Estuve a punto de gritarle. ¿Cómo de dulces pensaba que podían ser los sueños de alguien que conocía a Tsathoggua?

Aun así, había dormido relajadamente en el coche; quizá con un océano entre el repugnante Necronomicón y yo podría aspirar a descansar algo más. Me tendí en la cama con cierta esperanza.

Maldita sea una vez más. Como si un tentáculo de pensamiento se hubiese estirado inmaterialmente desde un lugar más allá de nuestro universo hasta mi cerebro, cuando desperté a las tres en punto según la hora local, ya las tardías ocho para un británico, fue para oír una voz riéndose disimuladamente:

—Ah, pero tú solo tienes la traducción. Aquí tienen el original árabe.

No dormí más, y cuando Schultz vino a buscarme estaba tan ojeroso como el día anterior.

6. La confirmación de mis peores temores

Unos cuantos alimentos casi familiares que me ofrecieron para desayunar —cereales, ofensivamente dulces y empapados de «leche» que sabía como si saliese de una fábrica y no de una vaca; café, diluido y carente de aroma— restauraron una fracción de mis ánimos, aunque fui

incapaz de estar a la altura de la efusiva bonhommie[17] matinal de Schultz. Acababa de tragar valientemente el último bocado cuando me convocó a su laboratorio.

Con miedo a la inminente dispepsia, obedecí forzosamente.

Posiblemente, si no hubiese sabido cómo advertir los horrores que subyacen bajo las escenas más idílicas de la Tierra, podría haber aprobado el entorno en el que me encontraba, ya que —a diferencia de mis impresiones preconcebidas de las ciudades y universidades norteamericanas — había un cierto sentido de historia, de continuidad, en este Arkham, por insignificante que pudiese parecer un recordatorio de acontecimientos de 1812 al lado de la estructura de madera de la Casa Dunwich, erigida en el siglo XIV… Ah, pero la había visto envuelta en cenizas, y después vendida como leña… ¡Como Nínive y Tiro!

El sabor a ceniza me llenaba la boca cuando entramos en el laboratorio de Schultz, donde dos jóvenes morenos y una mujer joven de piel aceitunada (supuse que eran egipcios o sirios) estaban atareados junto a pantallas luminosas y aparatos zumbones. Era una sala de la que se había excluido por completo el pasado, e incluso el hedor de su aire hacía que uno sintiera nauseas. Este lugar estaba consagrado a los dioses falsos del mañana, de la esperanza y el progreso, de la iniciativa y la comprensión. ¿Cómo podía alguien que supiese de Shub-Niggurath y Chtulhu, Yog-Sothoth y Tsathoggua, mirar esos sueños vacíos y quedar convencido? Tarde o temprano, inevitablemente, el destino de lugares como este sería ser pisoteados. ¡A qué aspiraciones vanas, a qué pecados de autoengaño representaban!

Schultz comenzó inmediatamente a hablar en una jerga que encontré incomprensible. Su charla de «flops y mips[18]» sonaba a galimatías pueril. Busqué en vano algo de inglés sencillo en los monitores, que mostraban letras además de números. No encontré nada más que abreviaturas sin sentido y frases gramaticalmente incompletas:

PROCESANDO TRABAJO #216—BÚSQUEDA

INFRUCTUOSA—ASIGNAR PRIORIDAD¿
@p:X*vocab\sort —PARADA POR PARÁMETRO
NO DEFINIDO <<limite+>>…¿

Mientras alguien veía esto último y, pareciendo entender lo que significaba, apretaba una tecla que ponía en funcionamiento de nuevo la máquina, encontré mi voz y pronuncié con esfuerzo:

—¿Qué están haciendo exactamente?

Como tantas otras veces cuando finalmente pronunciaba una pregunta tras estar frustrado por mi tartamudeo, las palabras salieron estridentemente, casi en un chirrido. Todos los presentes se volvieron para mirarme —Schultz, descortés como siempre, no se había molestado en hacer las presentaciones oportunas—, intercambiaron miradas y encogimientos de hombros, y volvieron a lo que supuestamente era su trabajo.

Schultz dijo después de un instante:

—Ah, claro. Ni siquiera tienes fax en tu biblioteca, así que supongo que tampoco tienes ordenadores.

Su tono compasivo me hizo sentir como una especie de kaffir[19] desnudo, lo que supuse que era su intención. Antes de que pudiese frenar la ofensa, no obstante, estaba hablando de nuevo.

Más despacio y de manera más comprensible, gracias a Dios, aunque lo que me dijo no era nada tranquilizador.

—Estos chicos hablan árabe como lengua nativa. Los tengo para generar una traducción aproximada…

Mi corazón desfalleció.

—¿De qué? —solté impulsivamente.

—¿No te lo dije? Estoy seguro de que lo hice, en Gran Bretaña. —Me miró fijamente.

—No… —respondí débilmente.

—¡Claro! El Necronomicón, ¿qué podía ser si no? Eras el único tipo con el que me crucé que parecía saber de lo que estaba hablando, así que… Perdona en cualquier caso. Pero como parece que tenemos el único ejemplar del mundo —y como se habla de él en muchos otros textos— se

nos ocurrió al profesor y a mí que era el sitio ideal por donde empezar. Y sobre el borrador aproximado que…

Me perdí las dos frases siguientes, abrumado al comprender que seguía sin estar al tanto de mi copia en latín. Cuando volví a escuchar con claridad, estaba diciendo:

—¡Hey, Sayeed! ¿Te importa si suspendo la ejecución en la Dos? El doctor Wharton… ¡perdóneme, Jasper!… el señor Wharton quiere ver como se procesa el texto.

—Claro, adelante —dijo Sayeed, que tenía unos veinticinco años y era apuesto, con un fino y negro bigote. Con esa edad era claramente el mayor de los tres. La chica parecía encontrarse aún en la adolescencia. ¿Qué demonios podían aportar estos niños al descifrado de un tesoro bibliográfico tan precioso?

Me obligué a seguir escuchando.

Pulsando teclas, Schultz (me había pedido que le llamara Hiram cuando él comenzó a llamarme Jasper, pero estaba poco dispuesto a hacerlo) proseguía con el tono paciente de alguien dirigiéndose a un imbécil.

—Primero, por supuesto, catalogamos todas las palabras en orden de frecuencia de aparición. ¿Ves?

Una lista de vocablos apareció en la pantalla, árabe a la derecha, y en la izquierda los equivalentes conocidos o provisionales. La primeras veintenas era tan comunes que le pregunté por qué estaban incluidos.

—Oh, por la incidencia del uso de conjunciones, verbos comunes y adjetivos… puede ayudar a determinar si es obra de un solo autor o si ha habido añadidos de otras plumas… Me saltaré esto, y te mostraré la lista de palabras que no aparecen en ningún otro sitio… no, eso para después. Deberías ver antes las frecuencias anómalas. Mira con cuanta frecuencia aparece la palabra «horror», y «mal», y «monstruo».

Volvió su cabeza y sonrió, mostrando unos enormes dientes blancos.

—¡No me extraña que dijeran que el viejo estaba zumbado!

—Pero…

La palabra surgió tarde, como un susurro. Ya había descartado aquella lista en favor de otra. Me quedé de piedra cuando vi, en una docena de

variantes diferentes, los nombres de Cthulhu, Hastur, Shub-Niggurath, Tsathoggua, Yog-Sothoth…

¿Por qué no son conscientes estas personas de lo que se han encontrado? ¿Es que sus máquinas los aíslan? Si es así, ¿qué sucederá cuando se encuentren leyendo un texto superior al mío?

—Éstos parecen ser nombres —continuó didácticamente—. Ninguno de ellos son árabes. —Quise corregirle: debería haber dicho «es árabe»… pero de nuevo era demasiado tarde—. Lo que necesitamos averiguar es de qué idioma proceden. Eso es lo que está haciendo Fátima.

Al oír por casualidad su nombre, la chica se volvió y sonrió. Era bella con su tez oscura, y me horrorizó que se hubiese asignado a alguien tan joven e inocente indagar en esos asuntos tan arcanos y espantosos. En aquel momento podría haber estrangulado a Schultz… pero necesitaba sentarme con él y con su profesor y razonar con ellos, ¡contarles por qué debían abandonar la peligrosa idea de hacer pública una traducción barata!

Por lo tanto me calmé lo mejor que pude. Incluso dije:

—Continúe.

—Fascinante, ¿verdad? —se jactó—. Así que… ah, sí. Fátima está ejecutando comparaciones de las posibles raíces de estos nombres, usando una base de datos que contiene todos los idiomas que se sabe que han aportado alguna palabra al árabe medieval.

Por fin encontré mi voz. Dije:

—Apuesto a que no ha encontrado ni un solo resultado.

Schultz se puso derecho, sonriéndome.

—¡Sabía que era buena idea traerte! —declaró—. ¡No llevas en el laboratorio ni una hora y ya tienes una idea acerca del problema! ¡Tienes razón! No conseguimos nada con todos los idiomas no-árabes del Norte de África y de Oriente Medio, salvo algunas posibles semejanzas con el copto.

Se detuvo significativamente. Más o menos contra mi voluntad, dije:

—Seguramente sean prestamos de la misma fuente común.

—¡Exactamente la conclusión a la que llegamos! —dijo encantado. Mirando su reloj, añadió—: El profe tiene que estar a punto de llegar. Estoy deseando ver su cara cuando le cuente lo que acabas de decir. Necesitamos intuiciones como la tuya para poner en marcha este circo.

Desentrañando su jerga lo mejor que pude, aventuré:

—¿Debo asumir que hasta ahora no han traducido toda la obra?

—¡Demonios, no! —exclamó con un encogimiento de hombros arrepentido—. Tenemos una interpretación íntegra de una cuarta parte, más o menos, pero una parte importante sigue siendo provisional. Por eso recurrí a ti. ¿Quieres ver lo que llevamos hecho?

Respiré hondo. ¿Quería…? Aunque me sudaban las palmas de las manos y mi corazón palpitaba, la curiosidad erudita venció a mi terror y asentí con la cabeza.

En el monitor apareció una versión complejamente anotada de la primera página. Por un instante mi corazón dio un vuelco; creí que se trataba de una obra totalmente diferente, quizá una falsificación… pero no. Subconscientemente había estado esperando ver lo que había leído y releído tantas veces, el prólogo de mi propio ejemplar. En lugar de eso, estaba la invocación islámica que había mencionado el traductor, en su fórmula exacta. Un pensamiento horrible: ¿Podrían tener estas personas el ejemplar sobre el que trabajó?

Si así era…

Aquí «Satán» aparecía como «Shaitan», pero esa era la única diferencia además de la redacción. Comencé a temblar.

Por encima de su hombro Schultz dijo:

—Sería interesante encontrar algunas de las primeras obras de Alhazred, ¿verdad? Tengo a Gamal ocupado en eso —y apuntó con su pulgar al hasta ahora anónimo tercer estudiante—. Por ahora no hemos tenido suerte, pero hay esperanzas.

Mi garganta se contrajo. Saboreé bilis. ¡Los recursos de los que disponían estos… estos charlatanes, mientras yo me veía obligado a tomar dinero de mi presupuesto de alimentos para comprar sobres previamente matasellados para librerías lejanas!

La pantalla volvió a cambiar. Con total desesperación leí significados familiares en forma desconocida. Mi versión en latín era, por lo que parecía, regular en el mejor de los casos. Su autor desconocido había pasado por alto sutilezas y matices en el original, tan vívidos incluso en este contexto frío y

desapasionado que se me erizó la piel. Cuando Schultz me preguntó si había visto suficiente, le indiqué impacientemente con la mano:

—¡Continúe, continúe!

Al final la pantalla se quedó en blanco, y levantándose y estirando sus largos brazos —de repente me parecieron simiescos, y sentí un escalofrío en la nuca— dijo:

—Hasta aquí hemos llegado. ¿Cómo te ha dejado el cuerpo?

Le miré fijamente con incredulidad.

—¿Cómo puede dejármelo? —contesté, tomando prestada su frase ordinaria pero gráfica—. ¿Ha leído usted esto?

—¡Claro! ¡He perdido la cuenta de las veces!

—¿Y no está afectado? ¿No le preocupa… —abordé por fin el propósito de mi visita, tan diferente al que él imaginaba despreocupadamente—… hacer público esto en una edición barata de bolsillo?

—¿Por qué debería preocuparme? —dejando caer sus brazos de nuevo —. Es algo esotérico, pero con la promoción adecuada puede atraer a una audiencia culta, vender unos cien mil ejemplares y cubrir buena parte de nuestros costes. Suponiendo, desde luego, que se haga sitio entre la gente de la Nueva Era. El decano no estaba demasiado convencido al principio, pero desde que el profesor Marsh se lo cameló está como loco con la idea. ¡Hablando del rey de Roma…! ¡Profe! ¡Llega pronto! ¿Ansioso por conocer a esta luminaria británica? Le dije que nos ayudaría, y ya nos ha dado una segunda opinión en al menos dos puntos.

Me giré muy lentamente para ver a quién se estaba dirigiendo, y en el momento que posé mis ojos sobre Abner Marsh, lo supe.

Supe por qué aquellas personas permanecían insensibles a las verdades horribles que Alhazred había expresado.

Supe por qué estaban tan ansiosas por lanzarlas al mercado.

Supe por qué querían atraparme, la única persona en el mundo que podría haberles hecho ver la luz…

Y es que ese… ser que entraba pesadamente en el laboratorio estaba cubierto de escamas. Andando con fuertes pisadas, babeando por su boca. Tras sus párpados costrosos, su mirada maligna se encontró con la mía. Ofreció lo que no era una mano humana disfrazada en un guante de

algodón, ocultando la otra en el bolsillo de la chaqueta que llevaba. Su voz tampoco era humana: ¡croaba!

Sí, en ese instante todo estuvo claro. Yo había leído libros ignorados por estos idiotas… libros que les habrían permitido sospechar el origen de este horrible plan para liberar a los dioses primigenios sobre el mundo. No sabían nada de las máscaras de Ponapé… de los moradores de las profundidades submarinas… del destino de los Tcho-Tcho del Tíbet… y sobre todo de las relaciones impías entre humanos e inhumanos que habían tenido lugar en este mismo estado de Massachusetts desde la llegada de los primeros colonos de Europa.

Allí, claramente reconocible excepto para aquellos a los que había engañado, estaba uno de esos monstruos híbridos que serviría a los objetivos de los dioses primigenios. Bajo su dominio, Schultz y sus compañeros estaban dedicados a abrir no un sendero para su regreso, sino miles, en cuanto una horda de imprudentes lastimosos pusieran sus manos sobre su versión del Necronomicón. La mayoría fracasaría al realizar sus ceremonias, pero aquí y allá alguna mente dotada, pervertida en las sendas del mal, seguramente tuviese éxito.

El destino que sufrió Sarnath no sería nada comparado con los horrores que podría liberar sobre nuestro mundo una brecha tan enorme en nuestra barricada defensiva.

¡Tenía que actuar! ¡Por el bien de la humanidad, de la vida en la Tierra, tenía que actuar!

Buscando un arma a mi alrededor, no encontré ninguna… ni un bastón, ni un abrecartas, nada. Al menos, no obstante, podía golpearlo y estrangularlo con mis propias manos. No sé nada de ordenadores, pero parecía plausible que si golpeaba todas las teclas de todos los teclados al azar tal vez pudiese interrumpir su maligna labor. Así lo hice, confiando en poder distraerlos mientras me disponía a lanzarme contra la entidad de aspecto débil que se hacía pasar por Marsh. Agité mis brazos a izquierda y derecha, escuché primero gritos de furia, después de terror satisfactorio, supe que había logrado la primera parte de mi plan, y corrí hacia Marsh. Curvándose en forma de garras, mis manos se acercaron a su garganta…

Algo duro y pesado me golpeó la nuca, justo debajo del occipital. Ni siquiera tuve tiempo de gritar antes de caer.

7. El triunfo del mal

«¿Nadie está tan ciego como el que no quiere ver?». ¡Es peor que eso! ¡Nadie está tan sordo como el que no quiere escuchar! Me han contado innumerables mentiras acerca de Abner Marsh… esperaban engañarme usando palabras como «ictiosis». ¿A mí, que leía fluidamente griego clásico a los diez años? Significa que la piel se vuelve escamosa, como la de los peces. ¡Ya lo sé!

Cuando les pregunto por qué un ser humano tiene la piel escamosa, no pueden contestar. Les digo por qué, ¡y se niegan a escuchar! ¡Lo mismo cuando pregunto por qué un bípedo debería tener ojos con párpados costrosos, nariz aplanada, boca grande y fláccida, piernas en forma de muñón y manos tan deformes que tienen que esconderse en guantes!

¡Yo lo sé! ¡Puedo decírselo! ¡Se lo he dicho una y otra vez! Así es el poder de los sirvientes híbridos de los dioses primigenios; sus oídos están cerrados de igual manera para mis súplicas y mis argumentos razonados.

Escribí a la señora Craven, que no contestó. Sin duda destruyeron mis cartas. Escribí a otras personas, gente que en el pasado me respetaba por mi erudición aunque nunca los había conocido, y de igual modo no obtuve respuesta, ni una sola. Ya les conté lo inútiles que fueron los representantes diplomáticos de mi país…

Puedo sentir una vibración subterránea, que hace temblar a mi prisión. Mis carceleros la atribuyen al metro, pero yo siento que es obra de una imprenta gigante, produciendo miles y miles de ejemplares de El Necronomicón. Ahora que ya no estoy allí para protegerlo, tarde o temprano Marsh y sus víctimas localizarán mi versión en latín y la usarán (¡mejor que los ordenadores!) para verificar su texto. Su traductor, al fin y al cabo, era más próximo en el tiempo a Alhazred.

Todo lo que puedo hacer, tras tantos esfuerzos, es sentarme y esperar.

De vez en cuando rezo a Nyarlathotep. Al menos él viste un disfraz cuasihumano.

A veces, especialmente por la noche, escucho débiles palabras, en ningún idioma de los que he estudiado. Aun así, gracias a mi lectura de la herencia Peabody, veo que puedo entender ciertas frases, y su sonido estremece mi médula. Escucho voces sombrías gimiendo:

«¡Llllll-nglui, nnn-lagl, fhtagn-ngah, ai Yog-Sothoth!».

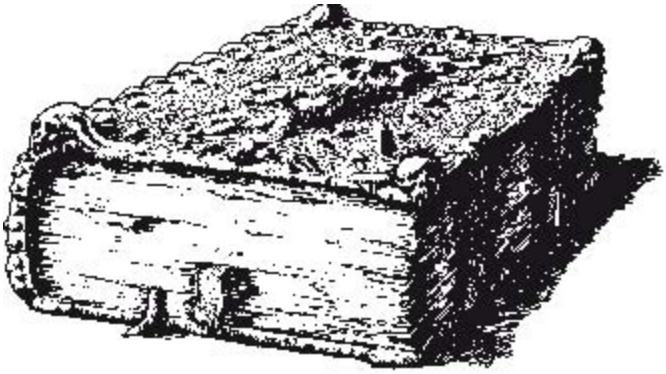
¡Sé lo que significa! ¡Yog-Sothoth es El que Acecha en el Umbral! ¡Cuando los imprudentes rompan la barrera Él será el primero en pasar! Pero lo que quiero preguntar es una cuestión que nadie responderá.

¿Por qué yo? ¿Por qué yo y nadie más?

—Nyarlathotep, tú que al menos llevas un disfraz humano… ¿no quieres responder…?

¡Menuda pérdida de tiempo! Y es que, por encima de todo, Alhazred enseñó una cosa acerca de los dioses primigenios:

No les importa, y eso explica el universo.



Fred Chappell es el autor de «Dagon», uno de los relatos más terroríficos de los Mitos porque recuerda el secreto que el resto de nosotros ha olvidado, que los horrores lovecraftianos son en su mayoría transfiguraciones alegóricas de horrores terrenales que no nos atrevemos a reconocer. Sus obras cthulianas son pocas y están espaciadas en el tiempo, tan escasas como las referencias claras a Lovecraft en «Dagon». Por eso cuando escribe una nueva merece la pena localizarla. Su extraordinario cuento «Relatos insólitos» puede encontrarse en The Year's Best Horror Stories: Series XIII, de 1985. Aquí tenéis otro, que apareció por vez primera en la maravillosa revista de Mark Rainey Deathrealm nº 9, en 1989. En algunos de los relatos de esta antología, el Necronomicón es bastante tangencial. Puede servir principalmente como «antorcha de tinieblas», aportando cierta atmósfera a la historia en la que aparece. En otras hace las veces de coro griego, interpretando la acción para el lector en ciertos momentos cruciales en los que ningún personaje sabe lo suficiente como para narrarla. En «La víbora» de Chappell, como en el «El pergamino terrible» de Wellman, el Necronomicón se ha convertido casi en un personaje por derecho propio, un antagonista. Aquí es donde resulta útil la conceptualidad del estructuralista A. J. Greimas. Greimas habla de «actuantes» y de «papeles de actuación» esenciales en una narración. Un actuante es un papel o función narrativa que tal vez corresponda a un personaje, o dos o más personajes quizá se dividan la misma función (por ejemplo, la de villano) entre ellos. O tal vez un solo personaje interprete más de un papel de actuación en diferentes

instantes de la misma narración (como cuando, en la obra Godspell, el mismo personaje interpreta primero el papel de «donante» y después el de «traidor/falso amigo», mientras que en los Evangelios, estos dos papeles los interpretan dos personajes diferentes, Juan el Bautista y Judas Iscariote). En «La víbora» el Necronomicón no es un mero adorno, sino que desempeña un papel activo. Aceptando la distinción de Seymour Chatman, ya no forma parte de un «suceso» (algo que acontece a los personajes) sino de una «acción» (algo iniciado por un personaje). ¿Cuál es el papel demoniaco del Necronomicón? Es la encarnación de la diseminación, esa fuerza que corrompe archivos, ese virus desbocado de interpretación libre dionisiaca y significado variable que siempre está extendiéndose por todos los textos simplemente por ser textos. Cualquier uso del lenguaje es una piedra de parole (un discurso individual) que se lanza al mar del langue (el texto implícito de escritura superior presupuesto por todos los que hablan o escriben), y se desatarán olas que no pueden ser controladas. Es una evocación que no se puede evitar. La diseminación es como la carta invisible dispersa por todo el texto de la Torah, como defienden los escribas cabalísticos, que algún día se volverá visible y causará estragos en lo que pensábamos que era el auténtico significado del texto, de cualquier texto. Finalmente, ¿qué tiene que ver la víbora con la mosca? (Ya sabréis lo que quiero decir). La mosca que huye para propagar un veneno de caos en el texto, de mutación de letras, vuelve a ser la diseminación. No puede encontrarse y aplastarse, liberando un ungüento de significado. El Al-Azif es diseminación, el demonio liberado al que no se puede volver a meter en la botella; es la mosca, porque al-azif significa «el zumbido», un hecho que Lovecraft extrajo de Las mil y una noches. Esta asociación, a su vez, se deriva del hecho de que los antiguos kahin preislámicos (adivinadores, poetas locos) solían recibir sus revelaciones en la forma de chiflidos como de insectos del jinn del desierto que susurraba secretos en sus oídos. Y ya conocéis la notoria ambigüedad (diseminación del significado) de los oráculos.

LA VÍBORA
Fred Chappell

Mi tío Alvin es la viva imagen de un enorme conejo feliz para los que no le conocen. Es agradablemente rotundo, y tiene un cabello plateado que le hace parecer una década más joven de los sesenta años que tiene. Su piel es del tono rosáceo que a veces adquiere la tez de los curas ingleses, y tiene una manera de arrugar la nariz que uno irresistiblemente asocia con… Bueno, ya he mencionado a los conejos. Es un tipo amable, divertido y a veces un poco travieso.

Mi admiración hacia mi tío Alvin ha tenido una gran influencia sobre mi vida. Su carácter tranquilo siempre me ha parecido una manera razonable de ir por la vida. Su ocupación es interesante y pausada, aunque es poco probable que se haga rico con ella. Puedo sostener esta última suposición con mi propia experiencia; seguí a mi tío en el oficio de los libros antiguos y os aseguro que no soy un hombre rico.

No obstante, no nos hacemos la competencia. El tío Alvin vive en Columbia, Carolina del Sur, y lleva su negocio de venta por correo desde su casa. La mayor parte de mi negocio también se basa en la venta por correo, pero lo dirijo desde una tienda en Durham, Carolina del Norte. Mi tienda vende libros de bolsillo de segunda mano, principalmente a los estudiantes de la Universidad de Duke; en la parte de atrás embalo y envío por correo

libros antiguos y curiosos de Historia, ocultismo y fantasía, junto con alguno de ciencia ficción. El tío Alvin se especializa en la Historia de la Guerra Civil, lo que en Carolina del Sur casi le garantiza un salario suficiente para ganarse la vida, aunque de manera modesta.

Cualquiera dentro del oficio puede tropezarse con cualquier clase de libro, pertenezca a su especialidad o no. Cuando el tío Alvin me llamó un sábado por la mañana para decirme que había conseguido un volumen que quería que viese, supuse que estaba más relacionado con mi campo que con el suyo, y que pensaba que yo podría estar interesado en comprarlo.

—¿Qué clase de libro es? —pregunté.

—Uno muy raro… si es auténtico. Y aun bastante valioso, si solo es una falsificación.

—¿Cómo se titula?

—Oh, no puedo decírtelo por teléfono —dijo.

—¿No puedes decirme el título? Debe ser algo extraordinario.

—Más vale prevenir. De cualquier modo, puedes verlo por ti mismo. Iré con él el lunes por la mañana. Si te viene bien.

—Magníficamente —dije—. Por supuesto, pasarás la noche. A Helen le encantará verte.

—No —dijo—, voy a Washington y pararé de camino. No quiero guardar este libro en el coche más tiempo del necesario.

—Al menos, almorzaremos juntos —dije—. ¿Aún te gusta la lasaña?

—A todas horas —contestó.

—Entonces está hecho —dije, y charlamos un poco más antes de colgar.

El lunes por la mañana entró en mi tienda —llamada Historias Alternativas — llevando una alcancía de metal avejentada, y supe que el libro estaba dentro. Intercambiamos las cortesías habituales entre parientes que se quieren, aunque las nuestras tal vez fueran más auténticas que las de muchos. Pero estaba deseoso de abordar el asunto que tenía en mente. Puso la alcancía encima de una pila de revistas de segunda mano sobre el mostrador y dijo:

—Bueno, es esto.

—Vale —dije—, estoy listo. Ábrela.

—Antes, déjame hablarte un poco de lo que creo que tenemos aquí —dijo—. Porque cuando lo veas te vas a sentir decepcionado. Su aspecto no es atractivo.

—De acuerdo.

—En primer lugar, está en árabe. Está manuscrito en un diario con tinta desvaída y está incompleto. Como no leo árabe, no sé lo que falta. Solo sé que es demasiado corto para ser la versión completa. Esta copia me llegó a través de la viuda de un profesor de lenguas clásicas en la Universidad de Carolina del Sur, un egiptólogo que desapareció en una expedición hace treinta años. Su esposa guardó su biblioteca todo este tiempo, esperando su regreso. Entonces, el año pasado, me ofreció todo el lote. Así es como conseguí este ejemplar de Al-Azif.

—Nunca he oído hablar de él —dije, tratando de no demostrar la pequeña decepción que sentía.

—Es la obra de un poeta medieval de quien se creía que se había vuelto loco —dijo el tío Alvin—, pero es discutible lo loco que estuviese en realidad. Se llamaba Abdul Alhazred y vivía en Yemen. Poco después de escribir Al-Azif sufrió una muerte violenta y horripilante… Que es todo lo que sabemos de ella, ya que ni siquiera los testigos se ponen de acuerdo acerca de su muerte.

—Abdul Alhazred. ¿No es ese el que…?

—Sí, efectivamente —dijo—. El libro es más reconocible con el título de su traducción griega. El Necronomicón. Y la versión más conocida —si es que se puede decir tal cosa de alguna de ellas— es la traducción al latín de Olaus Wormius del siglo XIII. Siempre se ha supuesto que el texto original en árabe se perdió hace mucho, ya que todo gobierno poderoso y organización religiosa respetada ha intentado destruir la obra en todas sus formas. Y por lo general han tenido éxito en su empeño.

—Pero ¿cómo sabes lo que es, si no lees árabe?

—Tengo un amigo —dijo con orgullo—. El doctor Abu-Saba. Le pedí que le echara una ojeada y me diera una idea aproximada de los contenidos. Cuando se lo entregué y tradujo el título, lo detuve de inmediato. Mejor que no continuase con ello. Ya conoces la reputación del Necronomicón.

—Sí, claro —dije—, y no me interesa saber lo que contiene. De hecho, no me llena de alegría encontrarme en su compañía.

—Oh, deberíamos estar a salvo. Mientras que mantengamos nuestras bocas cerradas para que ciertos grupos de sectarios indeseables no se enteren de que lo tenemos.

—Si me lo estás ofreciendo para que lo venda… —comencé.

—No, no —dijo apresuradamente—. Trato de depositarlo en la Biblioteca del Congreso. Por eso voy a Washington. No pondría en peligro a mi sobrino favorito… o no durante mucho tiempo, al menos. Todo lo que me gustaría que hicieses es guardarlo durante una semana mientras me encargo del tema. Te lo pido como favor personal.

Me lo pensé.

—Me encantará guardártelo —dije—. A decir verdad, estoy más preocupado por la seguridad del libro que por mi propia seguridad. Puedo cuidar de mí mismo. Pero el libro es un objeto peligroso, y extremadamente valioso.

—Como un arma atómica —dijo el tío Alvin—. Demasiado peligroso para quedárselo y demasiado peligroso para librarse de él. Pero la Biblioteca del Congreso sabrá qué hacer. Esta no puede ser la primera vez que se encuentran con este problema.

—¿Crees que ya tienen un Necronomicón?

—Apostaría dinero —dijo alegremente—, pero no sabría cómo cobrarlo. No creo que lo listen en el catálogo, ¿verdad?

—Desde luego, deberían desmentir su posesión.

—Pero es bastante probable que no tengan una versión en árabe. Se sabe que solo una ha llegado a Norteamérica, y se cree que fue destruida en San Francisco a principios de siglo. Este volumen probablemente sea una copia de aquella versión.

—¿Y qué hago con él? —pregunté.

—Ponlo en un lugar seguro. En tu caja de seguridad en el banco.

—No tengo una de esas —dije—. Tengo una vieja y pequeña caja de caudales en mi oficina en la parte de atrás, pero si alguien llegase a encontrarla, sería el primer lugar en el que miraría.

—¿Tienes sótano en la tienda?

—Pero no le confiaría el libro. ¿Por qué no aceptamos un consejo de Edgar Allan Poe?

Frunció el ceño un instante, y después se animó.

—¿Hablas de una carta robada?

—Claro. Tengo un montón de libros metidos en cajas de cartón. Aún no los he clasificado para colocarlos en las estanterías. Se tardarían semanas en localizarlo incluso sabiendo que está allí.

—Podría funcionar —dijo el tío Alvin, arrugando su nariz y rascándose su oreja rosa con su rápido dedo índice—. Pero hay un problema.

—¿Cuál?

—Quizá no quieras tenerlo en cuenta por su naturaleza legendaria. Yo lo haría. Tratándose del Al-Azif, es mejor tomar todas las precauciones.

—De acuerdo —dije—. ¿Qué cuenta la leyenda?

—Algunos hombres de letras conocen al Necronomicón como la víbora. Porque primero envenena, y después devora.

Le lancé una mirada que pretendía decir: ¿no será otra de tus bromas, tío Alvin?

—No esperas que crea que tenemos un libro que se come gente.

—Oh, no. —Meneó su cabeza—. Solo se come a los de su propia especie.

—No entiendo.

—Asegúrate —dijo—, de que cuando lo coloques en una caja con otros libros, ninguno de ellos sea importante.

—Entiendo —dije—. Ediciones baratas defectuosas. Para alejar la atención de su auténtico valor.

Me miró de manera fija y pacífica, y asintió apaciblemente.

—Algo así —contestó finalmente.

—De acuerdo —accedí—. Haré exactamente eso. Ahora, vamos a echarle un vistazo a esa rareza de mal agüero. He oído hablar del Necronomicón desde que comencé a interesarme por los libros. Estoy nervioso.

—Me temo que vas a quedarte decepcionado —dijo el tío Alvin—. Algunos ejemplares de este texto prohibido son bastante notables, pero este… —Movió su nariz de nuevo y la frotó con la palma de su mano.

—No me tomes el pelo, tío Alvin —dije.

Abrió la caja de metal y sacó un pequeño paquete envuelto en papel marrón. Quitó el papel para revelar un diario en octavo bastante fino con una cubierta desgastada de tafilete que se había descolorido de lo que habría sido un rojo llamativo a un color ladrillo, casi rosáceo. Advirtiendo la expresión de mi rostro, dijo:

—¿Ves? Ya te dije que sería decepcionante.

—No, en absoluto —dije, pero mi tono era tan obviamente alicaído que me lo dio para que lo examinase sin yo pedírselo.

Había poco que ver. La desgastada cubierta rosácea tenía un tacto suave. El lomo estaba centrado y tenía grabado Diario en letras doradas, pero el dorado también había desaparecido casi por completo. Lo abrí por una página cualquiera y miré a la incomprensible escritura árabe tan desvaída que era imposible decir de qué color había sido la tinta. Negra o púrpura o quizá incluso verde oscura… pero todos los colores se habían convertido en un gris pálido uniforme. Lo hojeé casi hasta el final pero no encontré nada extraordinario.

—Bueno, espero que sea auténtico —dije—. ¿Estás seguro de que tu amigo, el doctor Hudú…?

—Abu-Saba —dijo el tío Alvin remilgadamente—. El doctor Fuad Abu-Saba. Su conocimiento de la lengua nativa es impecable, y su integridad queda fuera de toda duda.

—Vale, si tú lo dices… —dije—. Pero lo que tenemos aquí no parece gran cosa.

—No trato de venderlo. Su aspecto vulgar nos favorece. Cuanto más mediocre parezca, más seguros estaremos.

—Tiene sentido —admití, devolviéndoselo.

Me miró con perspicacia mientras lo metía de nuevo en la alcancía, evidentemente pensando que le estaba tomando el pelo… y hasta cierto punto así era.

—Robert —dijo severamente—, eres mi sobrino preferido, una de las personas que más aprecio. Quiero que sigas mis instrucciones en serio. Quiero que tomes las mayores precauciones y que te mantengas vigilante. Es un asunto peligroso para ambos.

Me serené.

—De acuerdo, tío Alvin. Tú eres el que sabe.

Envolvió el libro con el papel marrón y lo devolvió a la maltrecha caja; lo llevó consigo cuando nos dirigimos al restaurante Venezia de Tony para almorzar copiosamente lasaña y un Chianti de mucho cuerpo. Después de comer, me dejó en Historias Alternativas y, sacando Al-Azif de la caja de metal, me lo confió para que lo custodiase con una sola palabra como consejo.

—Recuerda —dijo.

—No te preocupes —dije—. Lo haré.

En la tienda examiné el libro de manera más extensa y pausada. No había cambiado; solo era un diario polvoriento, manchado y desgastado más, como tantos otros, y su única distinción para el ojo inexperto era que estaba manuscrito en árabe. Una banda misteriosa de ladrones siniestros tendrían que conocerlo bien para saber lo que buscar.

Decidí no confiarlo a un montón de libros en un laberinto de cajas de cartón. Lo llevé a mi pequeña oficina trasera, aparté algunos libros sin valor, y lo dejé tumbado en el estante inferior de una librería destartalada que estaba atestada con toda clase de panfletos, periódicos extraños y libros sueltos de colecciones incompletas de Maupassant, Balzac y William McFee. Lo di la vuelta para que el canto dorado estuviese hacia dentro y la palabra «Diario» quedase oculta. Entonces pensé durante un minuto o dos qué poner encima.

Pensé en la advertencia del tío Alvin de que no se debían colocar libros importantes junto al Al-Azif, y decidí tenerla en cuenta. ¿De qué sirve tener un tío preferido, sabio y experto en su oficio si no le haces caso? Además, la siniestra reputación del libro era un aviso urgente en sí mismo.

Cogí una copia ordinaria y completamente vulgar de los poemas de Milton. Edición de Herndon House, Nueva York, 1924. Sin prólogo y con unas cuantas notas incompletas por parte de un editor anónimo, notas sin duda resumidas de una edición completa y concienzuda. Era una copia defectuosa, bastante dañada por el agua. Lo abrí al principio de Paraíso perdido y leí los primeros veintiséis versos, y después intenté encontrar mi soneto favorito de Milton, el número XIX, Sobre su ceguera.

«Cuando pienso en cómo mi luz se derrama
Antes de la mitad de mis días, en este mundo inerte
Y en ese único Talento que ocultará la muerte,
Alojado inútil en mí, aunque se inclina mi Alma
Para servir con él a mi Hacedor, y presentar
Mi relato veraz, para que no me reprenda…».

Bueno, ya saben cómo sigue.

Es un poema del que nunca me canso, uno de esos poemas que me ha ayudado fielmente en periodos felices e infelices desde que cumplí mi mayoría de edad. En él está la imponente y acostumbrada música de Milton, y es una protesta personal sentida que no se encuentra a menudo en su obra. Entonces llega la resolución satisfecha de los versos finales. Milton no necesita, desde luego, ninguna recomendación por mi parte, ni su soneto encomio alguno. Solo deseo dejar claro que este poeta es importante para mí y el soneto de su ceguera particularmente querido.

Pero no todo ejemplar, o toda edición, de Milton es importante. Poseo ejemplares de ediciones minuciosamente anotadas y bellamente ilustradas. La que sostenía en mi mano solo era una edición barata para el gran público, diseñada con toda probabilidad para venderse en los quioscos del ferrocarril. Lo puse encima del tesoro árabe y después apilé encima de ambos libros un montón de papeles de mi escritorio, de los que siempre está a rebosar: catálogos, listados de libros, anuncios comerciales y facturas. De estas últimas especialmente hay un excedente eterno.

Después me olvidé de él.

No, no lo hice.

En absoluto olvidé que casi con toda seguridad tenía en mi poder el Al-Azif, uno de los documentos más insólitos de los anales bibliográficos, uno de los títulos perdurables de historias y leyendas. Y uno de los más letales. No es necesario enumerar los presuntos fallecimientos desconcertantes e inexplicables de muchos propietarios previos del libro. Todos acabaron mal, de manera truculenta. El tío Alvin tuvo la idea más acertada: hacer llegar el libro a manos de aquellos preparados para hacerse cargo de él. Mi misión era únicamente una acción de custodia; mantenerlo a salvo durante una

semana. Siendo así, decidí no acercarme a él, y ni siquiera mirarlo hasta que mi tío regresara al sábado siguiente.

Conseguí ser fiel a mi decisión hasta el martes, el día después de haberla tomado.

Cuando lo miré, el manuscrito del diario había cambiado. Me di cuenta enseguida de que la cubierta de tafilete había perdido su tono rosáceo y había adquirido un color rojo brillante. La palabra grabada, Diario, también brillaba más y cuando abrí el libro y lo hojeé vi que las páginas se habían blanqueado, perdiendo la mayor parte de las señales de su antigüedad, y que la escritura con tinta resaltaba mucho más. Ahora era posible distinguir, de hecho, que la letra se había escrito con tinta de distintos colores: negro, verde esmeralda, púrpura real, rosa persa.

El Necronomicón, en cualquiera de sus versiones, es un libro extraordinario. Todo el mundo sabe algo de su fama, y podría haberme sorprendido más que mi encuentro con él hubiese transcurrido sin novedad a que ocurriese algo insólito. Su historia es demasiado larga, y un erudito no reacciona ante las ocurrencias misteriosas en presencia del libro golpeándose el pecho y exclamando «¿Cómo puede suceder una cosa así?».

Pero un cambio en la apariencia física del libro era algo que no había esperado y que no podía explicar. Sin saber lo que pensar, lo dejé donde había estado, bajo los papeles y el ejemplar de Milton, y volví a mis labores rutinarias.

No obstante, no estaba negando los cambios. Mis sentidos no me mentían. Cada vez que lo examiné durante el martes y el miércoles —en total debí haberlo cogido una docena de veces— nuestro Al-Azif se había fortalecido.

Fortalecido. A pesar de lo tonta que puede parecer la palabra en este contexto, es precisa. La letra se estaba volviendo más intensa, las páginas refulgían como la nieve virgen, las firmes cubiertas de tafilete brillaban con un color rojo sangre.

Me llevó tiempo entender que este manuscrito había encontrado algo con lo que alimentarse. Había descubierto un sustento que le hacía crecer y

fortalecerse. Me avergüenza admitir que pasaron más horas antes de que averiguara el origen del alimento del libro… que tenía que ser el ejemplar de poemas de Milton que había colocado encima.

Entonces cogí rápidamente el Milton y comencé a examinarlo en busca de cambios. Al principio no pude descubrir anomalía alguna. La impresión parecía un poco más gris, pero ya estaba anteriormente bastante desvaída. Quizá, también, las páginas eran más frágiles y mohosas de lo que me había imaginado… aunque, al fin y al cabo, se trataba de un libro barato de unos sesenta años. Cuando fui al comienzo de El Paraíso perdido, todo parecía estar en su sitio; las sonoras notas de órgano eran tan resonantes como siempre:

> «De la Primera Desobediencia del Hombre, y la Fruta
> De aquel Árbol Prohibido, cuyo sabor mortal
> Trajo la Muerte al Mundo, y toda nuestra desgracia…».

Y pensé, *Bueno, no tenía que haberme preocupado. Esta poesía es inmune a los estragos del tiempo y de cualquier circunstancia*.

Y sucedió que, con la esperanza de un placer fugaz, volví las páginas distraídamente para echar una ojeada al soneto XIX:

> «Cuando pienso en cómo mi cruz se ensalma
> Ante santas abadías, con vasos de vino fuerte…».

El comienzo familiar del soneto había perdido gran parte de su gusto; faltaba parte de esa majestuosidad íntima a la que estaba acostumbrado. Achaqué mi pálida reacción al cansancio y a los nervios. Me está empezando a afectar la inquietud por el tesoro del tío Alvin, me dije.

Meneé la cabeza como para aclararla, cerré mis ojos y los froté con ambas manos, y después miré una vez más al libro de Milton abierto sobre el mostrador, al soneto XIX:

> «Cuando pienso en cómo mi laúd se alarma
> Ante tantas arpías, aunque acaso no despierte
> El rúnico aliento, que obnubilará la mente,

A su lado, fútil y coralina mi arma…».

Fue inútil. Estaba demasiado confuso para entender siquiera los versos. Solo son nervios, me dije de nuevo, y pensé en lo contento que estaría cuando regresase mi tío el domingo.

Dejé a un lado el ejemplar de Al-Azif y decidí apartar aquel rompecabezas de mi mente.

Por supuesto, no pude. Se me había ocurrido que nuestro ejemplar particular de la obra prohibida de Abdul Alhazred estaba cambiando la naturaleza de los versos de Milton. ¿Con qué la había comparado el tío Alvin? Una víbora, ¿no? Primero envenena, dijo, después devora. ¿Estaba envenenando los versos del gran poeta del siglo XVII? Volví a coger el libro de Milton y lo abrí en el comienzo de su inmortal épica religiosa:

«De la Postrera Indecencia del Nombre, y la Ruta
De aquel Sol Prometido, huyo sentimental,
Y con suerte errabundo, cual ola a través de Tracia…».

Las palabras no tenían ningún sentido para mí, absolutamente ninguno… pero no podía recordar que fueran diferentes a las que antes aparecían en esa página. No podía distinguir si el fallo estaba en el libro o en mí mismo.

De repente se me ocurrió ir a los estantes de poesía y encontrar otra edición de los poemas de Milton, para poder comprobar los versos de apariencia extraña. Si Al-Azif estaba cambiando realmente las palabras del otro, entonces un libro que no hubiese tocado el diario contendría únicamente el Milton en estado puro. Fui hasta la parte delantera de la tienda y cogí tres ejemplares de los poemas de Milton en diferentes ediciones, y empleé mi soneto favorito como piedra de toque. La primera que examiné fue la edición de 1957 de Oxbridge a cargo de *Sir* Hubert Portingale. Me ofreció estos versos:

«Cuando siento cómo mi arcabuz se arma
Elegante, con gallardía, consciente de su suerte,»

Parecía de alguna manera incorrecto. Miré el poema en el ejemplar de 1974 a cargo del Profesor Y. Y. Miranda de la Big Apple State University Press.

«Tanto viento al trasluz se enjalma…».

Ese verso era incorrecto. Lo sentía en lo más hondo de mi ser. Volví a la edición más informal editada por el poeta contemporáneo Richmond Burford.

«Cuando pienso que de mi testuz sin alma
Parten miradas frías, me hundo bajo su peso fuerte
Y ese lúcido Talento…».

Meneé la cabeza. ¿Era eso correcto? ¿Era en algún punto correcto?

El problema era que no podía recordar cómo eran los versos. Tenía la vaga sensación de que una de las versiones era la correcta. Obviamente, no todas podían estar bien. Pero ¿por qué no podía recordar mi poema favorito, más familiar para mí que el número de la Seguridad Social? La advertencia del tío Alvin había sido: Primero envenena, luego devora.

Comencé a interpretar las palabras de forma distinta. Quizá el Necronomicón no envenenara únicamente el libro con el que estaba en contacto físico; quizá envenenase el contenido del libro en sí, para que en cualquier edición que apareciese, en cualquier libro, revista, artículo, tesis, diario personal —en cualquier forma escrita— apareciera un texto corrompido.

Era un pensamiento absolutamente terrorífico. El tío Alvin no había advertido que no se situara junto a una edición importante; su advertencia se había referido a un libro importante. Yo lo había puesto al lado de Milton y había infectado los magníficos poemas allá donde apareciesen.

¿Podría ser posible? Parecía algo inverosímil. Bueno, parecía tan estúpido como imaginar a Milton, el propio poeta, con un sombrero de miembro del Santuario[20]. Parecía totalmente descabellado.

No obstante, decidí probar mi disparatada teoría. Fui al teléfono y llamé al poeta Ned Clark, un viejo amigo y cliente fiel de Knoxville, Tennessee. Cuando contestó, casi fui grosero:

—Por favor, no me hagas demasiadas preguntas, Ned. Esto es urgente. ¿Tienes a mano una copia de los poemas de Milton?

Hizo una pausa. Después dijo:

—Robert, ¿eres tú?

—Sí, pero tengo una prisa terrible. ¿Tienes los poemas?

—En mi estudio.

—¿Puedes ir a por el libro, por favor?

—Espera —dijo—. Tengo un supletorio. Lo cogeré allí. —Esperé todo lo pacientemente que pude hasta que dijo—: Aquí estoy. ¿A qué viene tanta prisa?

—El soneto XIX —dije—. ¿Te importa leérmelo?

—¿Ahora? ¿Por teléfono?

—Sí. A menos que puedas gritar muy alto.

—Hey, tío —dijo—. Tranquilo, ¿vale?

—Lo siento, Ned —dije—, pero creo que tal vez haya cometido un error. Un error gravísimo, amigo. Por eso estoy intentando comprobar algo. ¿Me puedes leer el poema?

—Claro, no pasa nada —contestó, y le escuché hojeando su libro—. De acuerdo, Robert. ¿Estás listo? Ahí va: «Cuando el viento del alud se calma, Ante la insidia del mundo, mejor verte…».

—Vale, Ned —le interrumpí—. Gracias. Eso es todo lo que necesito por ahora.

—¿Eso es todo? ¿Pones una conferencia para escucharme recitar dos versos de tu poema preferido?

—Sí. ¿Qué te parecen?

—Que tienen la calidad habitual en Milton.

—¿Parecen correctos? ¿Son las mismas palabras que has leído durante toda tu vida?

—No llevo leyéndolas toda mi vida —dijo—. Tú eres el hincha fanático de Milton. Para mi gusto es demasiado monumental, ¿sabes? Enorme.

—De acuerdo, pero al menos has leído el poema.

—Sí, por supuesto. Es un poema muy famoso. He leído todos ellos, ya lo sabes.

—Y, ¿son esos versos los que siempre has conocido?

Otra pausa.

—Bueno, quizá no exactamente —admitió—. Creo que en este libro la puntuación es ligeramente diferente a la que estoy acostumbrado. Pero en general suena bien. ¿Quieres los datos de la edición?

—Ahora no —dije—, pero tal vez te llame más tarde para pedírtelos. — Di las gracias a mi amigo y colgué.

Parecía que mi suposición era correcta. Todos los textos ya estaban envenenados. Quería asegurarme del hecho, y pasé las cuatro horas siguientes telefoneando a amigos y conocidos dispersos por toda Norteamérica, comparando los versos. No todos contestaron, por supuesto, y algunos de mis amigos en los estados del oeste estaban adormilados, pero conseguí una muestra suficientemente amplia de primeros versos como para quedar satisfecho.

Walt Pavlich en California: Cual comienzo de tomo diluye el alma…

Paul Ruffin en Texas: Cuando siento el aplomo, afluye y calma…

Robert Shepard en Hawai: Truhán, no bebo ni como, y mi tripa brama…

Vanessa Haley: Tanto viento de lomo la vela inflama…

Barbara Smith en Virginia del Oeste: Falto, miento, y respondo; mi voz exclama…

Fueron más que suficientes para que comprendiera la enormidad de mi equivocación. Todos los textos de Milton que existían estaban desfigurados e irreconocibles. Había advertido una consecuencia adicional de mi error. Incluso se modificaron los textos que residían en las memorias; ni uno de mis amigos podía recordar cómo se suponía que eran los versos del soneto XIX. Ni yo tampoco, y debía haber sido durante una década y media uno de los compañeros más fieles del poema.

La copia de Al-Azif estaba prosperando. Ni siquiera tuve que cogerlo para ver eso. El borde dorado brillaba como un lingote de oro de Fort Knox y la cubierta de tafilete se había vuelto de color rojo rubí y palpitaba luminosamente como un carbón al rojo. Tenía curiosidad por ver cómo brillaban las tintas, y cogí el libro —que parecía tan vivo en mis manos como un animal pequeño— y lo abrí al azar.

Estaba en lo cierto. Los diferentes colores de las tintas eran tan intensos y poderosos como el de las enredaderas y parecía como si estuvieran

grabados al aguafuerte en las gruesas páginas color crema. Por inquietantes que fuesen esos cambios, el resultado había sido un manuscrito verdaderamente hermoso, una obra maestra única. Y aunque sabía que era una copia manuscrita moderna, también parecía estar recuperando algunas de sus características medievales. La mayoría de las páginas ya no estaban escritas totalmente en árabe; se había convertido en un revoltijo idiomático. Hacia el final de las páginas había salpicadas unas cuantas palabras en inglés en medio de la escritura oriental.

Oh, no.

Mientras el Al-Azif estuviese en árabe, era relativamente inofensivo. La mayoría de la gente sería incapaz de leer lo allí incluido: los hechizos y encantamientos y los conocimientos que se encuentran allí son… bueno, el epíteto tradicional es «indecibles», y es lo bastante descriptivo… Yo no mencionaría sus contenidos, incluso si fuese capaz de leerlos.

Volví la portada. Las primeras líneas que encontré en la primera página eran las siguientes:

> «Sabiamente dijo Ibn Mushacab que la tumba en la que no había yacido un hechicero se alegraba, de la misma manera que se alegraba durante la noche la ciudad cuyos hechiceros erancenizas. Ya que el espíritu de los instrumentos del diablo no abandona aprisa su barro mortal, sino que se introduce e instruye al mismo gusano que le roe. Después nace una vida terrible de esta corrupción y vuelve a impregnar a los carroñeros elegidos por toda la tierra. Donde se encuentran los poros abiertos de la tierra hay horadados grandes agujeros ocultos, y seres que deberían arrastrarse han aprendido a caminar».

Cerré de golpe el libro. Aquellas frases tenían el auténtico hedor del Necronomicón. No hace falta ser experto en los versos de Alhazred para reconocer su estilo y el asunto tratado.

No quería leer ni una página más de las que ya había leído, pero aun así abrí de nuevo el libro, a la mitad, para confirmar mi hipótesis. Tenía razón:

el Al-Azif se estaba traduciendo a sí mismo al inglés, poco a poco. En las últimas páginas solo había un poco de inglés, mientras que las primeras estaban en inglés desde el primer al último renglón; las páginas del medio la mitad en árabe y la otra en inglés. Podía leer algunas frases, pero no párrafos enteros. Podía entender claramente que «moraban en el abismo más secreto»; a continuación había una maravillosa caligrafía árabe. Algunos de los pasajes que comprendí eran estos: «Yog-Sothoth conoce la puerta; en el Abismo los propios mundos están hechos de sonidos; los turbios horrores de la Tierra; ¡iä, iä, iä, Shub-Niggurath!».

Nada sorprendente, y nada con lo que quisiese tener que ver.

Comprendí lo que había sucedido. Cuando permití a la ligera que este ejemplar de Al-Azif se cebara con la poesía de Milton, aprovechó la oportunidad para emplear el lenguaje de Milton en la tarea de traducirse a sí mismo. Con un solo acto irreflexivo, había otorgado al Necronomicón —llamadle maldito o indecible o enloquecedor, llamadle cualquier adjetivo amenazador que se os ocurra— vida y habla, y vi el daño potencial que había puesto en marcha.

Arrojé el libro dentro de mi pequeña caja fuerte, la cerré de un portazo, y giré el dial. Puse el cartel de CERRADO en la puerta de mi tienda, llamé a mi esposa Helen para decirle que no iría a casa, y monté guardia como un centinela militar. Decidí que no dejaría mi puesto hasta que el tío Alvin volviese para rescatarme a mí y al resto del mundo de un pequeño libro escrito siglos atrás por un poeta que debería habérselo pensado dos veces.

Mi determinación no me abandonó.

En cuanto el tío Alvin me puso los ojos encima el domingo por la mañana, supo qué había ido mal.

—Ha huido, ¿verdad? —dijo, mirándome a la cara—. El Al-Azif ha aprendido inglés.

—Entra —le dije. Cuando entró miré a un lado y a otro de la calle vacía, después cerré firmemente la puerta y guie a mi tío cogiéndole del brazo hasta mi oficina.

Miró al escritorio, a las bolsas arrugadas de papel marrón que contenían mis comidas y a las docenas de vasos de plástico vacíos. Asintió con la cabeza.

—Has preparado un puesto de guardia. Esa es una buena idea. ¿Dónde está el libro ahora?

—En la caja fuerte —dije.

—¿Qué hay dentro además de él?

—Nada. Lo saqué todo.

—¿No hay dinero?

—Solo ese libro que me trajiste.

—Eso está bien —añadió—. ¿Sabes lo que sucedería si ese ejemplar tocara dinero en efectivo?

—Probablemente envenenaría toda la economía de la nación —respondí.

—Exacto. La moneda norteamericana se convertiría en una falsificación en todas partes.

—Eso pensaba —convine con él—. Tienes que concederme algún mérito. En realidad, esto nunca habría ocurrido si me hubieses advertido de manera más clara.

—Tienes razón, Robert, estoy seguro. Pero temí que creyeras que solo estaba bromeando, y que experimentaras con ello para ver qué pasaba.

—Yo no —dije—. Soy un ciudadano responsable. El Necronomicón es demasiado poderoso como para ir jugando con él.

—Vamos a echar un vistazo —dijo.

Abrí la caja fuerte y saqué el libro. Su aspecto exterior no había cambiado, o eso parecía. El tafilete rubí era brillante como la piel de un leopardo y el reborde dorado y el grabado en oro refulgía como un tesoro de cuento.

Cuando se lo pasé al tío Alvin ni se molestó en mirar el exterior del libro, sino que acudió de inmediato a las últimas páginas. Enarcó sus cejas sorprendido, y después empezó a leer en voz alta: «El ser que se arrastra en la noche, el mal que desafía el Símbolo Arcano, el Rebaño que permanece vigilante en el secreto portal que se sabe que contiene cada sepultura y

aquello que medra de lo que crece en sus difuntos inquilinos: todas estas Sombras son inferiores a Aquel Que Guarda el Portal…».

—Detente, tío Alvin —grité—. Sabes que no es bueno leer en voz alta esas cosas. —Me pareció que había oscurecido en mi pequeña oficina y que se sentía un poco de frío en la habitación.

Cerró el libro y me miró con expresión de perplejidad.

—Caramba —dijo—, es una dicción exótica y obsoleta. ¿De qué se ha estado alimentando el Al-Azif?

—De Milton —respondí.

—Ah, Milton —dijo, y asintió de nuevo con la cabeza—. Debería haber reconocido ese vocabulario.

—Ha envenenado todas las obras de Milton —agregué.

—¿Sí? Veamos.

Cogí uno de los ejemplares del escritorio y se lo pasé.

Lo abrió y, sin mostrar expresión alguna, preguntó:

—¿Cómo sabes que este libro es de Milton?

—Traje aquí todos mis ejemplares y los apilé sobre el escritorio. He tenido miedo de mirarlos desde hace dos días, pero sé que tienes en las manos una edición bastante cara de la obra poética de John Milton.

Volvió el libro hacia mí. Las páginas estaban en blanco.

—Demasiado tarde.

—Se ha comido todas las palabras —dije. Mi corazón dio un vuelco. Traté de recordar un verso de Milton, siquiera una frase o una palabra característica. No se me ocurrió nada.

—Bueno, quizá no comido —dijo el tío Alvin—. Digamos que agotado. Absorbido podría ser un término preciso.

—Se acabó Milton en el mundo… ¿cómo voy a vivir mi vida sabiendo que soy responsable de la desaparición de las obras de Milton?

—Tal vez no tengas que arrepentirte —respondió—. No si nos ponemos manos a la obra y las recuperamos.

—¿Cómo podemos hacer eso? El Al-Azif se las ha… tragado —dije.

—Tenemos que hacer que este artefacto maldito devuelva los poemas, que los escupa, igual que la ballena escupió a Jonás sano y salvo.

—No comprendo.

—Debemos hacer que el manuscrito repliegue sus poderes —explicó—. Si podemos reducirlo a su anterior estado de debilidad, tal y como estaba cuando me lo encontré en Columbia, las obras de John Milton reaparecerán en las páginas… y en las mentes de los hombres.

—¿Cómo lo sabes?

—No pensarás que esto está sucediendo por primera vez, ¿verdad? Ha sido un acontecimiento tan recurrente que se han diseñado procedimientos de restauración y se siguen de manera tradicional… casi sacramental.

—¿Quieres decir que se han perdido otros autores y después han sido recuperados?

—Desde luego.

—¿Quiénes?

—Bueno, por ejemplo, las obras de todos los escritores de los Mitos de Cthulhu se han perdido debido a los poderes de los dioses malignos que describen. Se han recuperado relatos y poemas y novelas de Derleth, Long y Smith. Las obras de Lovecraft han terminado en el dominio del Al-Azif al menos una docena de veces. Por eso su obra está impregnada de manera tan fuerte con esa atmósfera sobrenatural y siniestra. Se ha quedado con parte de la sombra del tema que trata.

—Nunca pensé en eso, pero tiene sentido. ¿Cuáles son los procedimientos de restauración?

—Son bastante sencillos —me dijo—. Quédate vigilando mientras voy a mi coche.

Me dio el libro y lo puse en el canto del escritorio, alejado de cualquier otro escrito. No podía evitar pensar que si el tío Alvin conseguía vencer los poderes del Al-Azif y recuperar las obras rehenes de Milton, esos momentos representaban mi última oportunidad de leer aquella magnífica rareza bibliográfica. Simplemente como objeto físico era provocativo: el exuberante brillo rojo de la encuadernación ofrecía un placer táctil similar al de la piel de una mujer y ya sabía como brillaban las tintas sobre las aterciopeladas páginas blancas. El Necronomicón parecía respirar levemente sobre el escritorio, como si estuviese dormitando tranquilamente como un gato.

No pude resistirlo. Lo cogí y lo abrí en una página intermedia. La seductora tinta rosa persa parecía enroscar un perfume alrededor del pareado que iniciaba el fragmento de texto: «Que no está muerto lo que puede yacer eternamente, y con los evos extraños incluso la muerte puede morir». Una enorme mosca verde se había posado en la brillante inicial que se encontraba al principio de la siguiente frase, restregándose las patas y dándose un banquete con la tinta que brillaba con el frescor y color de una gota de sangre. La espanté distraídamente y voló perezosa en círculos hacia el techo.

«Que no está muerto…».

Los versos resonaron hipnóticamente en mi oído, en mi cabeza, y comencé a pensar cómo anhelaba en secreto quedarme con este libro, cómo mataría por conservarlo durante mucho tiempo, cómo mi ridículo tío Alvin con cara de conejo era el único obstáculo en mi camino hacia…

—No, no, Robert —dijo el tío Alvin desde la puerta—. Cierra el libro y suéltalo. Estamos aquí para vencer el poder del libro, no para ceder ante sus hechizos.

Lo cerré de un golpe instantáneamente y lo arrojé sobre el escritorio.

—Vaya —dije—. Vaya.

—Es un artefacto infernal ¿verdad? —dijo de modo suficiente—. Pero enseguida lo tendremos bien cogido.

Puso en el suelo la alcancía de metal en la que antes había transportado el libro y la abrió. Después metió el Necronomicón y sacó de una pequeña bolsa de papel marrón que llevaba bajo el brazo un librito encuadernado en tela negra, y puso este segundo libro encima del otro y cerró la caja de metal con una llave de su llavero. Observé que el libro negro no tenía título ni en la portada ni en el lomo.

—¿Qué estamos haciendo? —pregunté.

—La naturaleza ineludible de este libro es la de devorar otros escritos —dijo—. Alimentarse de ellos para sustentar sus siniestros propósitos. Si está en contacto con otro libro, tiene que intentar alimentarse, no puede detenerse. El método para vencerlo es colocarlo con un libro de naturaleza tan adamantina, tan resistente al cambio maligno, a los poderes contrarios de las tinieblas, que el Necronomicón gaste todas sus fuerzas sobre ese

objeto y al agotarse entregue todas aquellas obras que hubiese consumido anteriormente. Sencillamente se agota, y todo lo que hubiese desaparecido vuelve a aparecer.

—¿Estás seguro? —pregunté—. Parece demasiado sencillo.

—No es en absoluto sencillo —dijo—. Pero es eficaz. Si abres uno de tus ejemplares de Milton, deberíamos poder ver las palabras impresas regresar a las páginas.

—De acuerdo —dije, y abrí uno de los libros de páginas en blanco por el principio.

—El proceso es completamente silencioso —dijo—, pero eso es un engaño. Dentro de esta caja está teniendo lugar una lucha terrible.

—¿Cuál es el libro invencible que pusiste?

—Nunca lo he leído —dijo—, porque no soy digno. Aún no. Es un gran libro sagrado escrito por un santo. Aunque el hombre que lo escribió no sabía que era un santo y no pensaba que estuviese escribiendo un libro. Está lleno de sabiduría celestial y luz sobrenatural, pero para leerlo hacen falta muchos años de disciplina espiritual y purificación ritual. Para leer un libro así de sagrado uno debe convertirse antes en un santo.

—¿Cómo se titula?

—Algún día próximo, cuando haya pasado por más etapas de disciplina necesarias, se me permitirá decir su nombre en voz alta —me dijo—. Hasta entonces no debo hacerlo.

—Me alegra saber que existe un libro así en el mundo —dije.

—Sí —asintió—, y deberías mirar ahora si estamos recuperando a Milton.

—Sí, lo estamos —dije alegremente—. Las palabras están empezando a reaparecer. Espera un segundo mientras localizo nuestro poema de prueba. —Pasé rápidamente las páginas para encontrar el soneto XIX y leí en voz alta:

> «Cuando pienso en cómo mi luz se derrama
> Antes de la mitad de mis días…».

—¿Por qué te paras? —preguntó.

—Es otra vez esa maldita mosca verde. —Pasé mi mano por la página —. ¡Fuera!

Ahuyenté a la mosca, que se voló del libro en círculos lánguidos, zumbando por la oficina un instante, y marchándose después a través de la ventana abierta que había junto a una estantería rota.

—Tienes que poner una mosquitera —dijo el tío Alvin. Arrugó la nariz y se tocó la oreja.

—Tengo que hacer un montón de cosas en esta vieja tienda —repliqué —. Veamos, ¿dónde estábamos? Encontré por dónde iba y comencé de nuevo:

> «Cuando pienso en cómo mi luz se derrama
> Antes de la mitad de mis días, en este mundo extraño…».

—Espera un momento —dijo mi tío—. ¿Cuál era la última palabra?

Lo miré.

—Extraño —dije.

Meneó la cabeza.

—No es la correcta.

—No, no lo es —coincidí—. Al principio no vi que estaba mal porque la mosca la tapaba, la misma mosca que estaba engullendo la tinta del Necronomicón.

—Un portador —dijo lentamente—. Está llevando el veneno que ha tomado de la tinta.

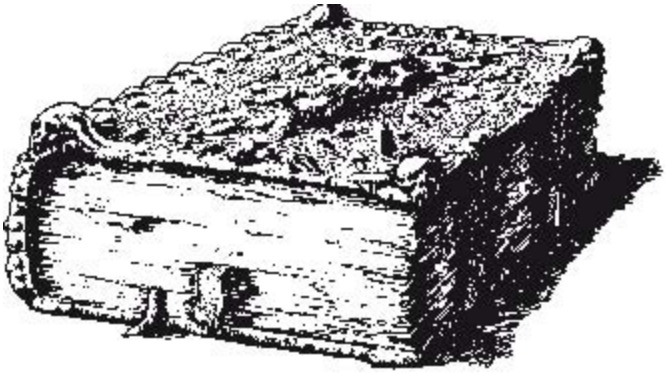
Cruzamos las miradas y, cuando asimilé la información, grité:

—¡La mosca!

Entonces, como si hubiesemos ensayado para realizar la misma acción a la vez, corrimos hacia la ventana.

Pero en la soñolienta mañana de domingo del sur habría innumerables moscas verdes indistinguibles, alimentándose, excretando y reproduciéndose.

Versiones del Necronomicón



Solía suceder que los engaños relacionados con el Necronomicón se limitaban a ser anuncios fingidos en revistas de tratantes de libros o falsas fichas en catálogos. Nada más. Hoy en día, varios intrigantes se han tomado la molestia de escribir y publicar libros enteros afirmando espuriamente ser el Necronomicón de Abdul Alhazred. L. Sprague de Camp, biógrafo de Lovecraft y Robert E. Howard, viajero infatigable, escritor y erudito, tomó parte en el primero de estos tomos burlones, el Al-Azif, publicado por Owlswick Press en 1973. El texto solo contenía página tras página de caligrafía arabesca repetida que no significaba nada (¡lo que, desde luego, es bastante apropiado! ¡Recordad el prólogo a esta antología!). De este modo no tenía sentido traducirlo. Pero Sprague escribió un prefacio, reproducido aquí, en el que se disculpaba por la no traducción del texto, explicando que el último puñado de estudiosos que se habían embarcado en la tarea ya no volverían a aceptar ningún trabajo. También he incluido su comentario postrero sobre el proyecto:

> «Hace catorce años, Alan Nourse y yo estábamos en Iraq de camino a la India. Pasamos tres días en Bagdad, viendo la ciudad y visitando Babilonia y el palacio de los partos en Ctesifonte.
>
> Seis años después, cuando George Scithers publicó el Al-Azif (El Necronomicón) de «Abdul Alhazred», tramé un relato fantástico de mis actividades en Bagdad el 2 de enero

de 1967. ElNecronomicón era un siniestro libro inexistente de hechizos mágicos inventado por H. P. Lovecraft para sus historias de fantasía en Weird Tales. La obra, decía, fue escrita en el siglo VIII por un poeta árabe loco, que sufrió el sino espectacular de ser devorado por una entidad invisible ante aterrorizados testigos.

El uso erudito por parte de Lovecraft de este volumen ficticio convenció a muchos de que el libro existía, e innumerables personas han atormentado a bibliotecarios y libreros en busca de ejemplares. Tras decidir que el Necronomicón debía existir, dado que no existía, George Scithers contrató a un artista para decorar páginas en blanco con una serie de garabatos que se asemejasen vagamente a la escritura árabe y siria.

Yo escribí el prefacio, contando cómo los iraquíes me vendieron el manuscrito después de que tres de sus sabios hubiesen intentado traducirlo y hubiesen desaparecido en extrañas y siniestras circunstancias. La edición de George, de 348 ejemplares, se agotó enseguida.

Espero que este prefacio os resulte divertido… pero también confío en que no os lo toméis en serio. Tal vez desee volver a Iraq algún día, y no quiero que ese pequeño engaño complique mi visita».

PREFACIO AL *AL-AZIF*
L. Sprague de Camp

Duria[21] es un pueblo en el norte de Iraq, en los márgenes de la comarca del país de habla kurda. Es digno de atención por ser el último lugar donde se habla dúrico, siendo por lo demás muy similar a otros cientos de aldeas iraquíes, compuestas de cabañas de barro del mismo color beis desvaído o pardo. Esta es la única lengua viva que desciende del antiguo acadio o asiriobabilonio. La forma escrita tradicional del idioma, del que este libro sirve de ejemplo, la desarrollaron sacerdotes y misioneros asirios cristianos en el siglo IV de la era cristiana.

Como sucede en otras lenguas semíticas, se trata de una letra muy apretada, que ignora las vocales átonas y combina dos o tres caracteres en uno. Este hecho dificulta la traducción. Como las otras lenguas de su familia (hebreo, árabe y sirio), el dúrico se escribe de derecha a izquierda.

Cuando, en 1967, Alan Nourse y yo estábamos de camino a la India (siendo mi único objetivo recopilar material para mi libro Grandes ciudades del mundo antiguo), nos entretuvimos varios días en Bagdad para visitar las ruinas de Bagdad y Ctesifonte. Mientras comprábamos antigüedades para llevar a casa, me abordó un miembro de la Dirección General de Antigüedades Iraquí, con el que había mantenido correspondencia acerca de fotografías de excavaciones arqueológicas. Este hombre dijo que tenía un

manuscrito a la venta. Fue una proposición extraña por parte de una fuente así, ya que el gobierno iraquí se esfuerza por impedir la exportación no autorizada de materiales arqueológicos, y la mayoría de los empleados de este departamento son concienzudos en el desempeño de sus obligaciones.

Le pregunté por este asunto, pero solo me encontré con evasivas corteses. Mi contacto decía que se trataba de una curiosidad interesante que no servía para nada al departamento; ¿lo quería o no? Como el precio parecía razonable y el códice, si resultaba no valer nada, al menos serviría de curioso ornamento para la mesita de café, lo compré, lo empaqué, y no volví a pensar en él hasta que pasé por Beirut de camino a casa.

Tengo varios amigos en Beirut. Uno de ellos es un guía turístico de éxito cuyo nombre, por razones obvias, prefiero no dar. Cuando este hombre se enteró de que estaba en el Líbano, me buscó y pasó una tarde conmigo. Mi amigo, debo decir, tiene un punto de vista del conflicto árabe-israelí más objetivo y basado en el sentido común de lo que suele ser habitual en los países árabes. Esta vez, sintió que su vieja amistad hacia mí pesaba más que cualquier obligación que hubiese podido sentir hacia la causa árabe.

Gracias a sus muchos contactos en todo el mundo islámico, mi amigo era una mina de rumores. En esta ocasión, me contó lo que había oído de mi códice.

Resultaba que la venta había sido autorizada por un alto cargo de la Dirección General. Escrito sobre pergaminocon los poco conocidos caracteres dúricos, este manuscrito lo había encontrado un excavador clandestino en las tumbas de Duria, pero había llegado por caminos tortuosos a manos de la Dirección General de Antigüedades. Se asignó la tarea de traducir el libro a árabe moderno a uno de los arqueólogos más importantes de Iraq, el internacionalmente respetado Ja’afar Babili. Este funcionario apenas había comenzado cuando anunció jubiloso que se trataba de una copia completa —o casi completa— del célebre Necronomicón de Alhazred, o Kitah Al-Azif para darle su título original[22]. No se ha visto la versión original árabe desde hace siglos, aunque siguen circulando rumores de su existencia en círculos esotéricos[23].

Del estudio del texto, Babili concluyó que esta traducción era anterior al 760 d. C. La fecha tradicional de escritura del original es el 738, que proporciona un *terminus a quo*[24]. Babili también indicó que, aunque el texto está ejecutado expertamente en la mayor parte de la obra, su calidad se deteriora significativamente en las últimas ocho páginas, como si el escriba estuviese trabajando con prisa bajo fuertes presiones. Aún no se ha averiguado si la versión dúrica incluye todo el texto árabe original, o si, en cambio, el escriba resumió, abrevió o extractó las partes finales del texto árabe.

Babili prosiguió con su traducción hasta que desapareció unas semanas después. Nunca se encontró rastro de él; ni tampoco se adujo ninguna razón plausible para su desaparición. Era un funcionario concienzudo, trabajador y serio y un buen padre de familia; sin embargo, había desaparecido.

El subordinado de Babili, Ahmad ibn-Yahya, fue ascendido interinamente hasta el puesto de su jefe. También él prosiguió con la traducción del Necronomicón.

Ibn-Yahya era un licenciado con hábitos más libertinos que su predecesor; aun así, nadie le había acusado jamás de falta de dedicación a su profesión. Tras dos semanas, la casera de ibn-Yahya informó de que había escuchado gritos procedentes del modesto apartamento que ocupaba en el Musa al-Kadhim. Al entrar al apartamento con su llave maestra, encontró vacías las habitaciones. No se volvió a saber de Ahmad ibn-Yahya.

El siguiente erudito iraquí en emprender la traducción fue el profesor Yuno Abdalmajid de la Universidad de Bagdad. Comenzó la tarea cuando otros miembros de la Dirección General de Antigüedades dudaban si continuar la obra de sus predecesores desaparecidos. El profesor Abdaljamid era considerado algo excéntrico por parte de sus colegas, que no obstante reconocían su talento. Había desvelado el secreto de las tablillas presumerias de Ut encontradas por Rawson, arrojando de ese modo luz sobre las zonas oscuras de la historia de la Mesopotamia presumeria.

El profesor Abdalmajid llevaba tres días de trabajo cuando desapareció igualmente. Vivía solo en una pequeña casa de las afueras de Bagdad, en el barrio de Kadhmiyya. Por lo tanto no se advirtió su ausencia durante varios días. Cuando, no obstante, no apareció a varias de sus clases, se avisó a la

policía. En el estudio de Abdalmajid se encontraron manchas de sangre en suelo, paredes y techo, pero no se descubrió ningún otro rastro del profesor.

Aunque sin duda haya una explicación racional para estas desapariciones, muestran una semejanza inquietante con el legendario destino del propio Alhazred. Se cuenta que este excéntrico hombre de letras fue devorado vivo por un monstruo invisible ante muchos testigos aterrorizados.

Con tres desapariciones seguidas, la Dirección General se lo pensó antes de confiar el manuscrito a otra persona. A pesar de los ingresos por su petróleo, Iraq está lejos de ser un país adelantado y no se podía permitir un agotamiento tal de su limitado personal ilustrado. En aquel momento, la Dirección estaba bajo el yugo del doctor Mahmoud ash-Shammari, un nacionalista fiel, por no decir violento. La tensión estaba creciendo entre los estados árabes e Israel.

Como consecuencia de lo que los árabes consideraban un apoyo parcial a Israel, los Estados Unidos eran impopulares en los círculos políticos iraquíes, y el doctor ash-Shammari era uno de los antiamericanos más extremistas. Tenía el plan de hacer llegar el manuscrito a manos norteamericanas. Entonces, si la próxima Guerra de los Seis Días —que previó— transcurría del modo que lo hizo finalmente, el manuscrito debería quedarse en Norteamérica, causando estragos entre los sabios americanos. El doctor ash-Shammari consideraba que todo daño causado a los americanos no era más que un desquite por los crímenes que él consideraba que habían cometido contra los árabes. Si, aunque era poco probable, el gobierno estadounidense cambiaba su política para favorecer a los árabes, los iraquíes avisarían a sus colegas norteamericanos, salvándolos así del destino de los doctores Babili, ibn-Yahya y Abdalmajid.

De este modo supe la verdadera naturaleza de mi compra. Mi amigo me aconsejó que destruyese el libro, pero me reí de sus miedos. Al fin y al cabo, durante décadas se me ha considerado un materialista y racionalista intransigente, sin creencias en dioses, fantasmas, demonios u otros espantos. Estaba familiarizado con las alusiones al Necronomicón en las historias de H. P. Lovecraft pero no preparado para admitir la realidad de sus Primigenios o de otras entidades sobrenaturales. En realidad, desde

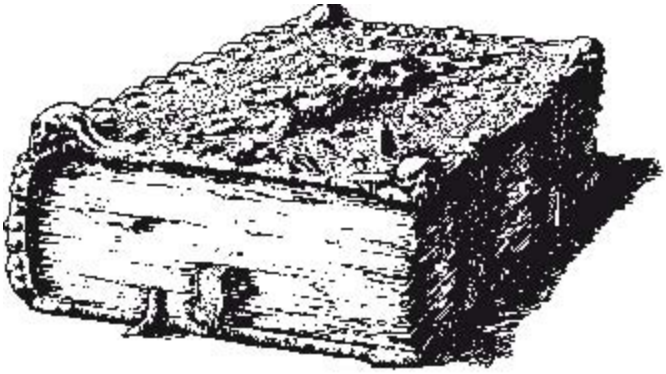
tiempo atrás ponía en duda la misma existencia de Alhazred o de su portentoso Necronomicón.

Aun así, me marché de Beirut con la sensación de viajar con una bomba de relojería en mi equipaje. Ya en casa he meditado lo que hacer con mi pequeño códice siniestro. No podía traducirlo yo mismo, ya que no soy un erudito en lenguas semíticas; todo lo que puedo hacer es pergeñar unas cuantas frases en árabe de turista. Finalmente decidí dejar que mis colegas publiquen el facsímil del manuscrito original, que tenéis en vuestras manos. Además, si alguien desea tentar al destino de los doctores Babili, ibn-Yahya y Abdalmajid, ya ha sido advertido.

Solo incluiré un consejo más. Aunque la desaparición de los sabios iraquíes probablemente sea una coincidencia con explicaciones prosaicas y mundanas, un hombre racional debe estar preparado para extraer deducciones lógicas de la evidencia, aunque contradigan sus anteriores y duraderas creencias. Supongamos que este libro es en realidad el Necronomicón y que es posible, recitando los hechizos incluidos en él, invocar a entidades del Exterior. Sobre esta asunción, una posible respuesta a las desapariciones de los expertos iraquíes es que, al hacer sus traducciones, pronunciaron inconscientemente los pasajes a medida que los escribían. Los hechizos se realizaban y aparecían los espantos, como si hubiesen sido invocados intencionadamente. Pero, como estos eruditos carecían del conocimiento arcano necesario para mantener bajo control a estos seres, las entidades destruían a los hechiceros involuntarios.

Así que, si algún lector comete la imprudencia de retomar la traducción, que tenga cuidado de no mover sus labios o murmurar mientras traduce. A todos, estoy seguro, nos ha molestado la gente que murmura en las bibliotecas cuando lee; pero nunca antes esta pequeña ofensa ha sido castigada con el destino que sufrieron los doctores Babili, ibn-Yahya y Abdalmajid.

L. Sprague de Camp
S. S. France, en alta mar
11 de marzo de 1973



Uno de los hechos más fascinantes acerca del Necronomicón es su asociación con un mago isabelino, el doctor John Dee, Astrólogo de la Corte de la Reina. Empleaba un cristal para comunicarse con los ángeles, de los que había aprendido el lenguaje de Enoch. (¿Por qué de «Enoch»? Porque una antigua tradición judía y cristiana convirtió al patriarca antediluviano Enoch en un gran revelador de secretos celestiales). La conexión Dee nació del ingenio del amigo de Lovecraft Frank Belknap Long. En uno de sus primeros relatos, «Los devoradores del espacio» (1928), Belknap comenzaba el relato con un epigrama del «Necronomicón de John Dee» e incluía el libro posteriormente en la historia, como deus ex machina. Siempre he tenido la impresión de que Frank consideraba al doctor Dee el autor real del temido volumen, a pesar de la atribución de Lovecraft en todas partes a Abdul Alhazred. Tal vez tengamos aquí un paralelismo con la vez que la imaginación de Lovecraft fue por delante suyo, añadiendo datos bibliográficos para la obra de Richard F. Searight The Eltdown Shards, ignorando que el propio Searight había soñado simultáneamente su propia versión. Lovecraft incorporó la mención de Long a John Dee convirtiéndole en traductor de Alhazred al inglés. El fragmento que viene a continuación apareció por vez primera en Crypt of Cthulhu nº 23, Víspera de San Juan, en 1984.

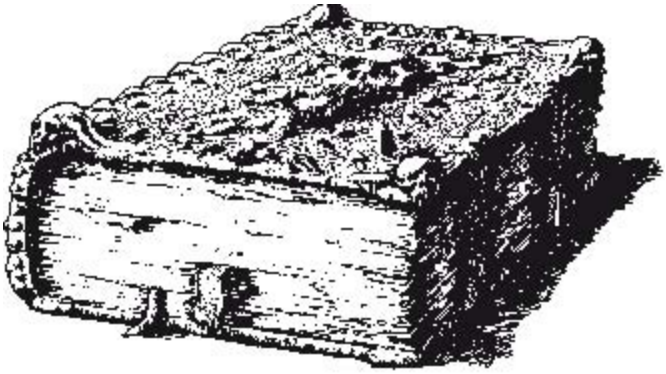
UN FRAGMENTO DEL *NECRONOMICÓN* DE JHON DEE
Proporcionado por Frank Belknap Long
(que se niega a comentar cómo llegaron a su poder estas pocas líneas)

(Traducidas de nuevo para adaptar sus frases a una estructura más moderna, pero sin alejarse por lo demás del texto original).

Párrafos Siete y Ocho —Página 30, Libro Tercero

No debe pensarse que los poderes capaces del mayor de los males se nos presentan en la forma de familiares[25] repelentes, y de otros demonios emparentados. No es así. Los pequeños demonios visibles no son más que los efluvios que han dejado a su paso esas enormes masas de destrucción; trozos de pellejo y jirones de maldad aún más tenues que se sujetan a los vivos como sanguijuelas en algún enorme leviatán del abismo que ha causado estragos en una centena de ciudades costeras antes de hundirse hacia su muerte con un millar de arpones arrojados estremeciéndose en su carne.

No puede haber muerte para los poderes superiores y los arpones lanzados infligen, como mucho, heridas superficiales que se curan con celeridad. Lo he dicho antes y volveré a decirlo de nuevo hasta que mis hermanos acepten como veraz esta visión que recibí tardíamente: al enfrentarse a aquello que ha existido y existirá por los siglos de los siglos, un maestro de la magia puede verse asaltado por los remordimientos y la desesperación si confunde una victoria provisional con otra permanente, a la que jamás podría aspirar.



En una carta a Clark Ashton Smith (del 12 de noviembre de 1930), H. P. Lovecraft escribió de pasada que según su idea del Necronomicón imaginario, el árabe loco Abdul Alhazred había contado varias «de sus aventuras» en Irem, la Ciudad de los Pilares (conocida gracias al Corán) y en otros lugares. Con su habitual ojo exegético, Lin Carter advirtió este dato fascinante y se dio cuenta de la buena idea que HPL había dejado sin desarrollar. Mientras documentaba su Lovecraft: A Look behind the Cthulhu Mythos, Carter comenzó a escribir algunas de las aventuras del árabe loco por diversión, y después comenzó a aumentar su cifra algunos años después cuando empezó a escribir regularmente para Crypt of Cthulhu. Uno de los protagonistas lovecraftianos condenados de Lin (en «Zoth-Ommog») lee detenidamente el Necronomicón y observa que «las narraciones contenidas en el primer libro eran relatos biográficos de los primeros años de la carrera de Alhazred en diferentes experiencias asombrosas y experimentos mágicos u ocultos». Como Lin me explicó posteriormente, todos los episodios pretendían ser avisos y relatos aleccionadores para provecho del lector excesivamente apasionado de Alhazred. De este modo todas las historias acaban casi de la misma manera: ¡Alhazred queda horrorizado y avergonzado por lo que ve! La reiteración al principio parecerá al lector una muestra de la falta de imaginación de Carter: ¿no se le podía ocurrir otro final? En realidad, la creatividad de Carter se manifiesta en las demás partes de la historia; en cuanto decidió qué tipo de narraciones debía haber escrito Alhazred (es decir, relatos

aleccionadores), estaba atascado con la conclusión «lo-he-aprendido-por-las-malas» y tenía que aplicar su creatividad a lo que iba antes. ¿Cómo de diferentes e interesantes podía hacer varias historias que tuviesen que compartir esencialmente el mismo final? El orden de los episodios siguen todo lo posible las referencias cruzadas que hay dentro de las propias historias. Lin había planeado variar el orden según una nota que se incluía inicialmente en La locura que vino del tiempo. La nueva secuencia habría obligado a volver a escribir partes de varias de las historias, lo que Lin quizá pretendiese pero nunca se puso a hacer. Observaréis, además, que tenía intención de añadir dos episodios más que jamás llegó a escribir.

EL NECRONOMICÓN: LA TRADUCCIÓN DE DEE
Anotada por Lin Carter

Introito

El Libro de las Leyes de los Muertos, escrito por el poeta Abdul Alhazred de Sanaa, en Damasco, en el año 113 de la Héjira, para que toda la Humanidad pudiera saber de los Horrores de la Tumba y de aquellos Horrores mayores que esperan Más Allá.

1. El Libro de Episodios
La Primera Narración: El destino de Yakthoob

Durante mi juventud fui tomado de aprendiz por el célebre hechicero sarraceno Yakthoob, como muchos otros, entre los cuales el lánguido y disoluto Ibn Ghazoul convirtióse en mi mejor amigo, a pesar de sus hábitos voluptuosos e inmorales. Por orden del Maestro aprendimos la convocación de Seres Malignos y conversamos con gules en las tumbas de piedra de Neb e incluso participamos en los innominados Banquetes de Nitocris en criptas inmundas bajo la Gran Pirámide. Bajamos por la Escalera Secreta para

adorar a Aquello que mora en las catacumbas negras debajo de las ruinas derruidas de la antigua Menfis acechada por los gules, y en las cuevas dañosas de Nefren-Ka, en el cerrado y desconocido Valle de Hadoth junto al Nilo, realizamos ritos tan blasfemos que incluso hoy mi alma se estremece al recordarlos.

Suplicábamos de continuo al Maestro para que nos instruyese en la convocación de los Grandes Príncipes del Abismo, cosa que tenía miedo de hacer, diciendo que a los Demonios Menores se les podía satisfacer únicamente con la Ofrenda Roja, por su horrible sed de la Sangre de los Hombres, pero que los Mayores exigían nada menos que la ofrenda de un Alma Viva, salvo que tuvieses cierto elixir, preparado según los Libros Prohibidos a partir de la sangre de los santos ángeles, y cuyo secreto solo conoce cierto nigromante que mora entre las tumbas muertas de la maldita e inmemorial Babilonia.

Durante un tiempo el Maestro sació nuestra codicia de conocimiento demoniaco con ritos y horrores terribles de imaginar, pero suplicábamos con insistencia por el Gran Secreto del que he hablado, y al final fue convencido y envió al joven Ibn Ghazoul a la derruida y antigua Babilonia con mucho oro para comprar al nigromante el terrible elixir. El joven tornó a tiempo de allí y trajo con él, en un frasco de oricalco de la muerta Atlantis, el elixir, y así nos trasladamos a la cerrada y oculta Hadoth donde el Maestro hizo aquello de lo que no me atrevo a hablar, y se alzó allí un ser enorme y terrible contra las estrellas. Era escarlata y húmedo y brillante, como un animal despellejado y atormentado, con ojos como estrellas negras. Sobre él se cernía un frío ardiente como el viento oscuro que sopla entre las Estrellas, y hedía con la fetidez del Abismo.

Con voz gorgoteante reclamó su precio, y llevó la damajuana de oricalco hasta su hocico con una Pinza escarlata, y la olió, y entonces para nuestro inconmensurable horror soltó una risotada y arrojó el frasco, y cogió al Maestro con una horrible Pinza gélida y le hizo pedazos, mientras volvía la noche horrible con sus terribles carcajadas. Durante un tiempo el desventurado Yakthoob chilló y se debatió en la pinza que le asía, pero después se quedó quieto, y allí colgado, oscuro y arrugado, mientras el ser risueño destrozaba su cuerpo hasta arrancar el Espíritu de Yakthoob, que

devoró de cierta manera que convirtió mis sueños en pesadillas durante veinte años…

Chillamos y huimos de las tinieblas malditas de Hadoth donde el Ser Escarlata aullaba y se alimentaba abominablemente bajo las trémulas estrellas, todos menos el vil y horrible Ibn Ghazoul, aquel miserable voluptuoso, que había despilfarrado el oro del Maestro en los deseos de su carne durante sus viajes a Babilonia, y había sustituido el raro licor nada menos que con vino… Nunca lo volvimos a ver, y hasta este día tiemblo con un terror indescriptible al pensar en convocar a los Gigantes del Abismo, consciente del horrible destino del hechicero Yakthoob.

Notas

La mayoría de las ediciones del Necronomicón omiten, por alguna razón que no me atrevo a conjeturar, la poco conocida Primera Narración, yendo directamente desde el «Introito» hasta la famosa Segunda Narración, la del ser bajo Menfis. Mi propio ejemplar del libro de Alhazred —un manuscrito inapreciable de puño y letra del propio Dee— afortunadamente contiene este extraño episodio, que he transcrito para provecho del estudiante meticuloso.

Al publicar las diez narraciones que conforman el primer libro del Necronomicón, creo que debería clarificar la secuencia correcta de los títulos individuales. La secuencia es la que sigue: I. El destino de Yakthoob; II. El ser bajo Menfis; III. En la ciudad de los pilares; IV. El cuento del gul (pendiente de transcripción); V. La cripta bajo la mezquita; VI. Mnomquah; VII. La locura que vino del tiempo; VIII. Sueños del loto negro; y IX. La sombra procedente de las estrellas. En este momento la narración X está pendiente de transcripción.

Von Juntz y otros comentaristas, Laban Shrewsbury incluido, han indicado que las diez narraciones de este primer libro del Necronomicón parecen escritas imitando a la segunda mitad del Libro de Eibon, que se llama Episodios de

Eibon de Mhu Thulan. En ella, Eibon presenta lo que da a entender que son episodios reales de su propia carrera como hechicero, precisamente lo que hace Alhazred en el primer libro del Necronomicón. En ambos casos los episodios (o «narraciones», en el caso de Alhazred) parecen servir de fábulas aleccionadoras o parábolas de advertencia, con la intención de avisar al estudiante de algunos riesgos de la práctica de la hechicería.

La Segunda Narración: El Ser bajo Menfis

Innumerables y dañosos son aquellos secretos del Pasado olvidado y mítico del planeta que aún sobreviven en los abismos malolientes bajo la corteza de la tierra. Donde hierven los vapores mefíticos de la Tumba y el Sepulcro, aún acechan en nuestros días, suspendidos entre el sueño y la muerte, una locura surgida del tiempo y un horror de más allá de las esferas; y solo un imprudente se atrevería a despertarlos de su merecido descanso[26].

Por desgracia, el ansia codiciosa aguijonea a los que son como nosotros a desentrañar sabiduría prohibida de los santuarios del Pasado, a hurgar en los misterios arcanos más profundos y terribles de ciclos anteriores al nuestro, a buscar secretos que sería mejor dejar enterrados y desconocidos, y a despertar de esta muerte durmiente a Aquello que han olvidado incluso las eras eternas y que sería mejor que los hombres dejaran en paz y postergado.

Todo esto es una terrible verdad, tal y como yo, Alhazred, la sé; y aun así no pude resignarme ante la derrota inevitable de mis deseos, provocada por el fallecimiento y la condenación de Yakthoob; y con el tiempo se convirtió en mi más firme propósito buscar sin guía ni mentor los secretos de aquellos misterios escondidos durante evos de los hombres en el abismo subterráneo y en los lugares sombríos e insalubres del Mundo Primigenio.

Y de este modo resultó que, al final, me levanté y caminé desde el oculto y cerrado Valle de Hadoth a las colinas rocosas y sombrías de Neb, que se alzan cerca de los torrentes del inmemorial y místico Nilo, junto con aquellos pocos que me siguieron y que, conmigo, habían aprendido el Saber de los Dioses de los labios del hechicero sarraceno, nuestro anterior maestro.

Desde allí nuestro camino nos llevó a ese desierto desolado y solitario de arenas movedizas que se extiende bajo la fría burla de la luna lasciva, no lejos de la inmensa y antigua ruina de losas hendidas y piedras agrietadas que los hombres llaman Menfis. Antaño, aquí reinaron y gozaron los faraones, los que ahora duermen largas y lentas eras, empapados en amargo natrón y envueltos en sábanas enrolladas y especiadas, en criptas secretas excavadas bajo los altos farallones del Valle de los Reyes.

Y aquí, en medio de las arenas del desierto, se acurruca esa antigua imagen de piedra labrada por nuestros antepasados en la forma de una Bestia Agachada. Y cuando mis seguidores contemplaron al terrible ser vacilaron y retrocedieron; por lo tanto, sin querer burlarme de la insensatez de su miedo, seguí en solitario, pero con el más valiente de mis compañeros a mi espalda, un joven audaz llamado Ibrahim.

Y así fue que atravesamos esa Puerta Secreta que se encuentra entre las zarpas abiertas de la poderosa Esfinge, ese ser de piedra siniestro y amenazador que desde hace mucho convirtió en su guarida el erial estéril y desierto, y que contempla eternamente el semblante de la Eternidad sin cerrar los ojos y con su mirada críptica, sonriendo de manera luminosa, cómplice y sardónica.

Pasamos a través del portal, y bajamos por la Escalera Oculta que llevaba hasta las criptas más oscuras y profundas que se encontraban en su interior bajo la enorme necrópolis de Menfis. Pero el sabio Yakthoob ya nos había llevado una vez anterior, en años precedentes, por este sombrío camino, para postrarnos ante Aquel que mediante artes sutiles puede convocarse en los fosos que hay bajo la desmoronada Menfis desde los reinos oscuros contiguos a los nuestros. Y así llegamos finalmente Ibrahim y yo a una bóveda enorme y de alto techo, donde a la débil luz de cirios titilantes dibujamos círculos gemelos en el suelo, tanto el Círculo de

Protección en el que permaneceríamos como el Círculo de Protección que debería contener a la Bestia (y los dos son necesarios para que el Ser no quede libre y acuda a alimentarse con nosotros), y quemamos perfumes para alejar los vapores fétidos como era necesario, y aullamos las Palabras y el Nombre. De este modo nos atrevimos a invocar al Gran Tsathoggua, que ya era viejo cuando las estrellas eran jóvenes, y que vino desde los lejanos abismos cósmicos cuando esta tierra estaba recién hecha y aún no albergaba vida, salvo los seres informes y gimoteantes de la sustancia primigenia.

La Masa trémula era negra y como de goma, peluda, barriguda y obscena, y en Su terrible semblante había rasgos sobresalientes de Murciélago, Sapo y Perezoso; se hincó de rodillas en medio del círculo, y con voz profunda y soñolienta nos ordenó decir por qué le habíamos sacado de su sueño milenario. Ibrahim estaba blanco de terror y mareado por su aversión al Hedor, pero yo, que estaba hecho de materiales más firmes, reuní valor para comunicar los deseos que hervían dentro de mi corazón. Por lo cual el Ser Negro nos enseñó los Juegos de Mao y las palabras del Cántico de Uthgos, y habló de la Parábola Secreta de Byagoona el Anónimo, y de mucho más[27]. Sí, fue de los mismos labios de Tsathoggua de los que aprendí esas fórmulas con las que se pueden convocar demonios; así fueron mías todas las fórmulas entre la Yr y la Nhhngr, y un gran poder por tanto, ya que aquellos demonios moran en esferas alejadas de esta, en el extremo opuesto de la misma Kadath[28].

Todos estos secretos y muchos más aprendí en la oscuridad de aquella bóveda maloliente y mefítica bajo la antigua ciudad, pero cuando ya hube obtenido todo el conocimiento que buscaba, cuando mi agotado cerebro no pudo aprender más, y pronuncié en alto los Ritos de Expulsión, la Criatura sentada y similar a un sapo sonrió, y se relamió los labios con una lengua larga que parecía un fangoso gusano blanco, y ni se movió de su posición ni desapareció.

Y entonces sentí, en verdad, cómo el terror roía mis entrañas y mi compañero me miró con terror en sus ojos, ya que ambos percibíamos que el Ser que habíamos convocado con tanta facilidad no iba a volver con la misma sencillez al lugar donde moraba. Y como ya he dicho anteriormente, y ahora repito otra vez: No llaméis a aquello que no podáis expulsar[29].

Habíamos convocado al Terrible Tsathoggua por medio del Ritual Voola[30] que invocaba desde las cavernas oscuras del interior de la tierra a Aquel que acecha desde debajo de la corteza, y la Expulsión que habíamos realizado en vano pertenecía a ese mismo Ritual. Sin embargo, como parecía no surtir efecto alguno, probé con todos los ritos de Expulsión y Rechazo que sabía para enviar a aquella Criatura Negra de vuelta al tenebroso N'kai; pero no parecía estar dentro de mi conocimiento o mi poder realizar lo que deseaba con tanta devoción.

Y mientras tanto mi acólito me miraba fijamente con ojos que se salían de sus órbitas por el terror en un rostro tan pálido como el suero…

Finalmente me decidí, apurado hasta el extremo por el terror y el peligro, por un recurso desesperado. Agarrando el ligero cuerpo de mi discípulo, el desventurado y aterrorizado Ibrahim, lo arrojé desde los límites del Círculo de Protección, de tal guisa que cayó indefenso al suelo entre las patas de sapo de la agachada Criatura que estiró su abominable cabeza para investigar esta ofrenda inesperada, que gemía y se retorcía debajo de la lengua exploradora y los labios babeantes; y, cuando comenzó el grito y vi que Tsathoggua estaba ocupado con otra cosa, salí prudentemente de puntillas y huí de aquella bóveda maldita y fétida, ascendiendo por la Escalera Secreta, y desde ahí al aire limpio y la luz sana del amanecer, y me marché acto seguido de aquel lugar con mis seguidores a mi espalda, y avanzamos de modo pausado y tranquilo hacia los desiertos de Arabia y la Ciudad de los Pilares, la amenazadora Irem, que se encontraba en medio de ellos.

La Tercera Narración: En la Ciudad de los Pilares

> ¿Acaso no has escuchado cómo Alá se ocupó de los Ad, el pueblo de la ciudad de la Irem de las muchas columnas, sin par entre las que se han construido en esta tierra, y de los Thamud, que construían sus moradas entre las rocas del valle? Sus vidas estaban llenas de pecado y por ellos la tierra

rebosaba de maldad; por lo tanto Alá liberó sobre ellos el azote de Su Castigo.

—El Corán: El capítulo llamado «El Alba».

Hay un ansia siniestra que arde en los corazones de algunos hombres como una llama negra, y esos fuegos les consumen con el anhelo impío de conocimientos prohibidos y secretos de una Época Primigenia; y en la búsqueda de este conocimiento, que durante infinitos evos ha permanecido oculto de la luz del día, a menudo atraen sobre sí mismos la ira del Cielo. Sé que esto es, por desgracia, absolutamente cierto. Yo soy uno de ellos y esa ansia siniestra que les consume arde en mi propio corazón hasta este mismo instante.

Yo también he indagado en los libros prohibidos, que hombres más sabios que yo consideran blasfemos, y he hecho cosas que la memoria me prohíbe recordar para no perder la razón, pero cuyas sombras se alzan en mis sueños más profundos y me despiertan gritando de mi descanso y me envían temblando a ese infierno de remordimientos en el que paso mis días.

Una vez, cuando era joven y mi corazón estaba repleto de orgullo y vanidad y hervía con el ansia siniestra de sabiduría prohibida, atravesé la Puerta Secreta que se encuentra entre las dos zarpas de la Esfinge, esa antigua imagen de piedra con la semejanza terrible de una bestia agachada… ese Ser siniestro e imponente que ha convertido el desierto en su hogar y que mira fijamente hacia la Eternidad con su sonrisa leve, astuta y cómplice. Pasé a través de la puerta y bajé la antigua escalera hasta aquellas catacumbas indecibles y esa Cripta envuelta en tinieblas que todo el mundo menos nosotros olvidó… y a Aquel Que Mora Abajo le rogué saber qué podía ofrecerle a cambio del conocimiento que ansiaba mi corazón.

Después de este coloquio salí finalmente al exterior, y desde allí me dirigí a los desiertos de Arabia y a ese yermo enorme y sin sendas que los hombres conocen por Roba El Khaliyeh, los Lugares Vacíos; durante varios días y noches nos aventuramos a través de las arenas movedizas, mis seguidores y yo, entre los que se encontraban muchos de los que, conmigo, nos habíamos arrodillado en tiempos pasados a los pies de Yalkthoob el

sarraceno y habíamos aprendido los Secretos Prohibidos de sus labios hasta que el Destino los selló para siempre. Me preguntaban adónde nos dirigíamos, viendo que me habían seguido hasta esa región desierta e insalubre alejada de las estancias de los hombres. Y les respondí, diciendo: Hay tres Ciudades Secretas entre las arenas, de las que la más antigua es la Ciudad Sin Nombre de los pre-Adanitas, donde moraron antiguamente los Hijos de la Serpiente, y también esa Ciudad Negra de las leyendas, donde se sienta en su trono la momia de Xulthltan, con una gema reluciente en sus dedos huesudos: pero (les dije) buscamos la tercera de ellas, la que es Irem.

Me preguntaron acerca de Irem, la Ciudad de los Pilares, y les hablé de los Días Antiguos y de las cuatro naciones que habían gobernado este viejo país, Thamud al norte, y Ad al sur, y Tasm, y Jadis: y hablé de Irem de las muchas columnas y de Shaddad el Maldito que había erigido sus muros y había construido un millar de pilares para Aquellos que es mejor no mencionar. Al final llegamos a las Tierras Interiores, donde los hombres no se adentran y hay piedras de pie que fueron levantadas por miembros diferentes a las manos humanas, y donde Seres Primigenios acechan desde que eran de una edad incalculable, cuando incluso Caldea estaba recién construida en las brumas de los primeros amaneceres.

Y el camino que seguimos más allá no estuvo exento de peligros, porque había muchas tumbas antiguas y viejos sarcófagos desmoronados entre los que vivían ciertos gules repulsivos, que se arrastraban y tenían hocicos caninos. Pero convoqué al líder de los Devoradores Abominables, llamado Nug, a quien algunos libros denominan El Merodeador Entre las Tumbas, y del que no se rumoreaba nada bueno. Nug es padre de todos los gules, y jefe de todos los que moran en el plano terrestre, y también es el secuaz y siervo de la abominación Nyogtha, el Morador de las Tinieblas.

Y a este Nug descarnado, agachado y horrible le pagué un precio monstruoso a cambio de nuestro salvoconducto a través del Erial sombrío que es su territorio y el de su terrible especie… una tasa que no mencionaré aquí… pero que deben pagarla todos aquellos que quieran aventurarse a través de esta tierra hasta la Ciudad de los Pilares.

Una vez hecho esto, vagamos por el inabarcable desierto y a través de tierras muertas tan monótonas y desoladas como el desierto poblado de

demonios de Kaf que los viejos relatos sitúan en el último confín del mundo; y en la Hora de Subhi Kazib nos acercamos a un alto montículo, donde mis discípulos gritaron al ver la imagen de una ciudad imponente formarse lentamente en la pálida iluminación del falso amanecer, como una aparición fantasmal o un espejismo.

Así llegué yo, Alhazred, hasta esa antigua Ciudad de Maldad que fue castigada tiempo ha por el Cielo y aún sigue bajo su maldición. La primera vez que contemplé la legendaria Irem, era una ciudad silenciosa y sombría de piedra roja, perdida en las arenas en movimiento del desierto ilimitado. Se encontraba rodeada de murallas derruidas, y almenas de piedra ciclópea, y a través de las puertas vacías se había deslizado la arena y los portales de Irem miraban como las órbitas vacías de un cráneo. Así estaba Irem, y con respeto temeroso contemplamos el bosque de monolitos de piedra que emergían de la arena, y las terribles imágenes que se acuclillaban repugnantemente encima de cada uno de los Mil Pilares.

En el centro de esta ruina observamos una enorme pila de mampostería que el tiempo no había tocado, y en su interior moramos durante todos los días que siguieron, los cuales estuvieron dedicados a aquellas Ceremonias de las que había hablado el Ser de Pesadilla que Moraba bajo la Esfinge, y aquellas Letanías que se conservaban en las páginas podridas del último ejemplar que existía del maldito y detestable Rituales de Yhe, el cual había sido una posesión del mago sarraceno que no había sido enterrada con los restos destrozados y mutilados de su cadáver cuando se topó con su Destino final del que ya os he hablado.

Murmuramos y gemimos estos ritos bajo el frío ojo burlón de una luna lejana y despreocupada, y con gran trepidación y miedo, pero con la expectación de los portentos venideros; ya que era mi propósito abrir en esta ciudad olvidada por el tiempo una Puerta al Exterior, para que Aquellos Que Moran Más Allá y quienes son conocidos por los hombres como los Primigenios pudiesen volver a entrar en este mundo, para gobernar de nuevo como hicieron anteriormente; y en ese imperio tenebroso por venir se me había prometido gran autoridad y poder y el dominio de muchos secretos. Esta Ciudad de los Pilares se encontraba en un nexo de extrañas fuerzas y eran ellas de las que hablo como si fuesen un mástil de energía;

por tanto era más fácil abrir la Puerta en este sitio que en cualquier otro lugar de la Tierra. Así que yo mismo, Alhazred, fui el primero en abrir el Portal en la propia Irem una noche negra cuando la luna fría se estremecía y ocultaba su rostro y extrañas estrellas rojas refulgían como poderosa señal.

Entonces erigimos altos pilares de ídolos y ante ellos se hizo la Ofrenda Roja, y pronunciamos algunos nombres en aquel lugar que no deben ser pronunciados a la ligera por los labios de los hombres; y entre los pilares creció la Oscuridad, de la cual vino un viento cortante y frío, y el lugar de donde soplaba ese viento no era de esta Tierra; y miré al fondo de esta Oscuridad, mientras a mi alrededor mis discípulos se encogían y chillaban y se tapaban los ojos, por que quizá fueran más sabios que yo, o menos valerosos, o estuvieran menos enloquecidos por el deseo de sabiduría desconocida y terrible.

Mantuve la mirada largo tiempo sobre Aquello que escudriñaba desde la Oscuridad riendo; y entonces, mientras la Tierra temblaba los rayos del Cielo cayeron en golpes de llamas furiosas y purificadoras, y los grandes pilares se derrumbaron, lentamente, uno a uno, y todos los que habían venido hasta aquí a mi lado fueron aplastados por la caída de las grandes piedras, salvo yo; y mientras la Puerta abierta de ese modo era cerrada para siempre jamás, y por una Mano poderosa y terrible, yo que aún vivía me levanté y huí de aquel lugar maldito desde antaño, y ahora maldito otra vez, y marché hacia el desierto con la imagen de Aquello que solo yo me había atrevido a contemplar grabada a fuego en mi cerebro, que nunca olvidaría. De este modo huí de Irem, sabiendo que mi alma estaba condenada, como condenada estaba la de quien, como yo, se ha atrevido a mirar solo por un instante a Aquello que acecha en el umbral entre este mundo y el próximo. ¡Iä! ¡Yog-Sothoth! Esta escrito que Su sombra arruina la Tierra, y que entreverlo puede provocar la locura. Yo estoy condenado eternamente, y ni siquiera puedo encontrar el olvido en la locura aulladora y roja; y es que he visto al que Acecha en el Umbral, y sé el destino indecible que me espera más allá de la tumba.

La Cuarta Narración: La cripta bajo la mezquita

Hay un modo con el que se puede preservar la vida mortal un tiempo infinito, y los magos del Pasado lo conocían como Fórmula de Nnh; pero esta Fórmula de Nnh es muy peligrosa y el fracaso en pronunciar en voz alta un solo vocablo de la manera adecuada puede acabar en un Destino horrible e indecible, por lo cual considero sumamente imprudente y precipitado al hechicero que lo intente.

Y nos levantamos y marchamos de la rechazada y legendaria Irem, aquellos de nosotros que habíamos contemplado el mismísimo Rostro de Yog-Sothoth; y envié a mis discípulos por delante para procurarnos alojamientos adecuados en la gran metrópolis de Alejandría, mientras yo viajaba a cierta Ciudad Sin Nombre donde por algún tiempo moré entre sus habitantes y a la cual decidí que volvería en otra ocasión.

En esta gran ciudad de Alejandría mis discípulos habían encontrado una vieja casa en ese barrio que se encuentra bajo la sombra de la Mezquita Negra, ya que ese es el nombre con el que llaman los alejandrinos al edificio, que es de una antigüedad horrible e incognoscible, y cuyos recintos son esquivados y evitados por los hombres de bien. Esta casa que mis discípulos nos habían procurado como morada era muy adecuada para mis propósitos, aunque no me agradaba nuestra proximidad a la Mezquita, cuyas espiras de ébano se elevaban como los cirios negros encendidos por los nigromantes en sus horribles ritos.

Y llegó a mi puerta una delegación del Fiel de aquella ciudad para pedir la ayuda de mi sabiduría, porque la reputación de Alhazred como hechicero había crecido poderosamente en los años que pasaron desde que me sentaba a pies de mi mentor, Yakthoob el sarraceno. Recibí a estos personajes con todo honor y escuché su petición, que era que se purificase a la Mezquita Negra de la Presencia Maligna que la habitaba. Aunque habían pasado años desde la última vez que se realizaron las oraciones rituales de la Fe en aquel terrible lugar, aún se escuchaban espantosos rumores: que resonaba una risa cruel y burlona para acallar incluso las ceremonias más solemnes del Profeta; y que los humos dulces del incienso, bajo algún hechizo maligno, se convertían en un hedor fétido y vil, y que incluso las páginas sacrosantas

del sagrado Corán se encontraban mancilladas con suciedad y garabateadas con obscenidades repugnantes.

En el día siguiente a este, me dirigí con mis discípulos a la Mezquita sellada, cuyos portales fueron abiertos de mala gana por las manos temblorosas del más venerable de los imanes. En el interior, todo estaba descuidado y desmoronado, y el polvo de muchos años cubría toda superficie. Se encendieron antorchas, y gracias a su luz vi finalmente que mi intuición en cuanto a la antigüedad de la Mezquita había sido precisa: este edificio rodeado de sombras era mucho más antiguo incluso que la Fe del Profeta. En tiempos pasados había sido templo de los antiguos idólatras, ya que podía verse que se habían quitado implacablemente con cincel las imágenes y jeroglíficos del pasado olvidado, tapado con escayola desconchada y podrida.

Pudiese ser muestra, o eso razoné en mi corazón, de una prisa excesiva o descuido imprudente durante los ritos de exorcismo con los que los musulmanes habían purificado este templo de adoradores del Ídolo para consagrarlo al uso de su propia Fe, y por eso perduraba parte del poder de los dioses con cabeza de bestia del antiguo Egipto para burlarse y confundir a los adoradores actuales.

Era de sobra conocido por mí que los Idólatras de antaño solían excavar criptas secretas bajo los templos de sus abominaciones, y buscamos a la luz de las antorchas una entrada a los subterráneos bajo la mezquita; y a su debido tiempo di con un lugar donde las baldosas del suelo se habían deteriorado con los años y el desuso, revelando los contornos de un enorme bloque de piedra que una vez había servido a los sacerdotes de Egipto a modo de trampilla. Hundido en la piedra había un gran anillo de bronce y aunque roído por la herrumbre aún era sólido, y entre los que me seguían había un joven de fuerza prodigiosa, sí, un auténtico Rustam[31], cuyos grandes músculos separaron el bloque del suelo de piedra. Y entonces descubrimos un tramo de escaleras excavado en la misma roca sobre la que se había erigido la ciudad, un tramo de escalones de piedra que descendía a la oscuridad intacta de abajo. En ese momento el miedo y los temblores atacaron el valor de nuestros corazones, y es que los vapores mefíticos de la cripta penetraron en nuestras fosas nasales, repugnantes con la putrescencia

del mismo Infierno. Sin embargo debíamos descender a las profundidades, ya que una vez aceptada la carga de la tarea no podíamos, por nuestro honor, evitar los peligros que pudiesen resultar…

La Cripta bajo la Mezquita tenía una negrura Estigia, e incluso la luz de nuestras muchas antorchas hacía poco por disipar la Oscuridad; además el aire estaba viciado y rancio por el mucho tiempo que había pasado desde el día en que se colocó la gran lápida de piedra para sellar los Secretos de su interior, por lo que nuestras llamas ardían aunque débilmente.

Pero su luz bastó para que viéramos con escalofríos aquellas pequeñas formas pálidas que se retorcían y se escabullían de la iluminación no deseada; eran más grandes que cualquier rata y sus lineamentos repulsivos casi llevaban el sello de la humanidad, aunque de una raza pervertida y asilvestrada tiempo atrás, mediante prácticas indecibles sobre las que no podemos más que conjeturar. Estos trogloditas chirriantes y huraños eran deformes y enanos, con ojos pequeños y débiles, y de color horriblemente rosa, del mismo modo que el pelo lacio de estas desventuradas criaturas era tan pálido como el cabello de los albinos.

A través de las tinieblas y el hedor terrible de estas criptas nos abrimos camino poco a poco tropezando, y evitando remilgadamente, tras entreverlo horrorizados, aquello que pisábamos con nuestros pies: los huesos y cadáveres roídos de ratas y de víboras y, a veces, los huesos de niños robados…

Finalmente llegamos a su debido tiempo a descubrir a Aquello que adoraban los enanos abominables como lo habían hecho sus ancestros durante incontables eras: era un ídolo similar a un hombre, con la vestimenta de un sacerdote del antiguo Egipto, con un parecido tan real que por un momento terrible temimos que viviese y exhalase aliento; pero solo era algo muerto, duro como la roca al tacto, y cubierto por el polvo de evos. Entonces la curiosidad imprudente y precipitada me hizo coger el dobladillo de mi túnica para limpiar el polvo de los rasgos del ídolo y así poder contemplar su naturaleza… y grité y mis manos paralizadas dejaron caer la antorcha, y nos volvimos y huimos a través de esa alfombra horrible de

huesos roídos hacia la escalera de piedra de regreso a la luz bendita del Día, dejando caer la lápida de piedra sobre la abertura a aquellos horrores subterráneos, sellándolos para siempre, o eso esperábamos.

Y no continué habitando durante mucho tiempo en este barrio oscuro bajo la sombra oscura de aquella maldita Mezquita de abominaciones, y, en realidad, pronto dejé la ciudad de Alejandría para embarcarme en un viaje largo y difícil, para nunca volver a la gran metrópolis donde se encontraba la Mezquita Negra, profanada, antigua y por desgracia, en pie. Había leído en gastados papiros acerca de la terrible Fórmula de Nnh[32], que ningún hechicero recita salvo si está en riesgo su vida, y con la que se puede congelar eternamente a un hombre en un momento infinito del Tiempo, y reconocí el horror terrible del Ser que adoraban en su degeneración los moradores abominables de la cripta de la Mezquita, y supe también el terrible Secreto… que había reventado sobre mi horrorizada mente en el instante que quité el polvo de siglos de aquellos ojos vivos, dementes y desesperados del ídolo bajo la Mezquita.

Nota

En una carta a su amigo Clark Ashton Smith, fechada el 18 de noviembre de 1930, Lovecraft menciona la Quinta Narración de este modo: «algún lector tímido ha arrancado las páginas en las que se produce el desenlace del Episodio de la Cripta bajo la Mezquita, y esa supresión se presenta igualmente en los ejemplares de Harvard y la Universidad de Miskatonic». Los ejemplares del Necronomicón que he verificado en estas dos grandes instituciones del saber (y también el ejemplar conservado en la biblioteca del Field Museum de Chicago, sobre la que August Derleth llamó nuestra atención en su historia Los malvados, Strange Stories, octubre de 1940) tienen la misma mutilación. Sin embargo, el Manuscrito Dee del que he extraído esta redacción está

completo e intacto. La extirpación comienza con las palabras. «Pero su luz bastó para que viéramos…».

La Quinta Narración: Mnomquah

1

Tras mi estancia en la ciudad de Alejandría me alejé de las poblaciones de los hombres y me dirigí finalmente a los desiertos sin sendas de la Arabia Félix[33], solo con la compañía de dos de mis estudiantes en las Artes Hechiceras, el joven Mouli, que contaba con una fuerza prodigiosa y eran tan audaz como cualquier león, y el más estudioso Ismail; juntos contemplamos la desolación de los eriales arenosos y estudiamos el movimiento de las constelaciones en el firmamento inconmensurable, e indagamos en los secretos de la Naturaleza.

Me consumía un ansia ávida por descubrir el saber de la Antigüedad olvidada hace eras, y por este motivo guiamos a nuestros camellos a través de las arenas de esa inmensa desolación llamada por los antiguos Roba El Khaliyeh, el Espacio Vacío, porque en los mapas de los geógrafos no es nada más que un espacio en blanco en la página escrita; y es que en la vastedad de los márgenes meridionales de ese desierto sobresalen de las arenas los huesos viejos de una ciudad primitiva que ya era vieja cuando se colocaron las primeras piedras de Menfis y cuando aún no se habían cocido los ladrillos de Babilonia.

Allí dirigí mi paso, estando completamente enterado de que hay saberes arcanos primordiales y terribles en la Tierra que es mejor que no se sepan, y secretos terriblemente inhumanos que uno no puede conocer y estar en paz, y Secretos más allá incluso de éstos que hacen que quien los desentraña se convierte para siempre en un extraño para la tribu de los Hombres y le condenan a caminar en solitario por la Tierra, ya que el que aprende dichos secretos debe pagar el precio.

Y por fin llegamos, a su debido tiempo, a donde se erige la Ciudad Sin Nombre, sus ruinas colosales medio hundidas en las inquietas arenas. Y se la llama la Ciudad Sin Nombre porque no hay ninguna leyenda lo bastante antigua para otorgarle uno, o para recordar la grandeza de las eras pasadas, e incluso las audaces tribus del desierto la esquivan como hicieron sus padres, y sus abuelos antes que ellos, hasta esa vez olvidada en la que llegaron errabundos por vez primera los Hijos del Hombre a estas comarcas desoladas del mundo, donde la arena se mueve bajo el viento del desierto.

La primera noche acampamos bajo la luz de las estrellas y la gloria gélida de la Luna, y antes de buscar mi reposo me venció una urgencia y escribí un par de versos, cosa que llevaba sin hacer muchos años. Al día siguiente, y los que vinieron a continuación, localizamos los derruidos cimientos de casas más antiguas que la Primera Pirámide, y de calles que una vez pisaron seres que no eran hombres, pero en ningún lugar descubrimos grabado u ornamentación alguna que pudiese indicarnos la naturaleza de los que habían construido esta imponente ruina: pero era horriblemente evidente que no se trataba de Hijos del Hombre, ya que los umbrales y portales eran más altos y estrechos que los que facilitan el acceso a la humanidad, y en lugar de tramos de escaleras había planos inclinados y rampas descendentes.

La humanidad ni siquiera podía soñar lo viejas que eran estas ruinas sombrías, cuyos fragmentos de muros o trozos de columnatas emergían de la arena cambiante como lo harían los huesos muertos en una tumba mal hecha, y las ventanas vacías miraban y se burlaban de nosotros abandonadamente como lo harían las órbitas vacías de una calavera. Había visitado en una ocasión anterior esta ciudad sin nombre entre las arenas, y sabía algo de sus misterios, pero no todo, por lo que estaba ansioso por sondear estos enigmas hasta lo más profundo. Y se hacía más evidente, a medida que escarbábamos en la arena y desenterrábamos las piedras mohosas y desgastadas por el tiempo, que allí estaban los restos de una antigüedad que trascendía la Historia e incluso el Mito, y la sensación de ser completamente ajenos a lo que nos rodeaba crecía de modo más espantoso cuanto más buscábamos; y yo me vi poseído por el ansia de demostrar que estas ruinas eran de una antigüedad más saludable de lo que

parecían ser, pero en ningún lugar pude descubrir signo o evidencia alguna que probara que la ciudad había sido construida por hombres como yo, e incluso algo en las proporciones y dimensiones de las ruinas apuntaban a una era pre-Adanita terrible, incalculable y prodigiosa.

2

Ninguno de mis jóvenes compañeros, ni Mouli ni Ismail, parecía capaz de sentir la completa y horrible lejanía de la Ciudad Sin Nombre, ya que para ellos una ruina era una ruina y la piedra era piedra, fuera quien fuese el que la construyera y cuando la construyera. En parte esta insensibilidad de mis discípulos me agradaba, porque la encontraba reconfortante, y a veces maldije a mi imaginación que, quizá, pintaba horrores donde no los había. Perome acordé de otras ciudades primitivas que había visto y visitado durante los años de mis viajes por toda la Tierra, o de aquella terrible Ciudad Maligna maldita, esa ciudad que los beduinos del desierto llaman en voz baja Beled-el-Djinn, la Ciudad de los Diablos, que los Turcos llaman Kara-Shehr, la Ciudad Negra, donde una momia postrada en un trono centenario sujeta con sus garras marchitas una joya de antigüedad innombrable; y me acordé, también, de Irem, la Ciudad de los Pilares, y de mis andanzas por Mesopotamia donde se encuentran las ruinas de Sarnath la Condenada, que está entre las ciudades más antiguas construidas por el hombre, y de su vecina de mala fama, la ciudad de piedra gris de Ib, que no fue construida por las manos del hombre.

Y un día vino a mí el joven Ismail con un descubrimiento que podría ser la clave de los misterios de la Ciudad Sin Nombre, ya que había encontrado porciones de los restos colosales donde la roca sobre la que se había erigido antiguamente la ciudad estaba al descubierto, libre de la arena que ahogaba tantas de las ruinas. Y allí percibí con regocijo las fachadas de casas o templos cuyos interiores tal vez preservaran grabados, aunque erosionados por las arenas susurrantes; y a la luz de nuestras ardientes antorchas contemplamos ciertos signos cincelados en la piedra desnuda de lo que quizá había sido un templo o santuario de los antediluvianos cuyas manos

habían construido aquellas ruinas. Y había túneles excavados en lo más hondo de la roca que contenían altares oscuros o aras de naturaleza críptica, pero cuyas superficies, manchadas terriblemente de rojo mohoso, insinuaban ritos abominables de sacrificios vivos a dioses negros de la locura procedentes del abismo del Tiempo.

Durante varios días y noches registramos este auténtico laberinto de salas y cámaras de naturaleza sospechosa e incierta excavadas durante siglos de trabajo inconcebible en la piedra maciza. Al final llegamos a una enorme rotonda cuyos muros inclinados, contrafuertes de extrañas formas y techo en un ángulo peculiar parecían diseñados según los preceptos de una geometría ni remotamente euclidiana, como si fuera una cámara de alguna esfera lejana o dimensión extraña del espacio. Aquí soplaba un gélido viento hediondo, extraordinario e inexplicable en un lugar tan meridional; y aquí, también, encontré por primera vez los restos roídos por el tiempo de arte prehistórico, ya que las paredes inclinadas estaban adornadas con pinturas borrosas, y los deformes altares de piedra contenían un conjunto de marcas o ranuras curvilíneas, cuyos caracteres (¡si es que eran caracteres!) no se asemejaban a ninguna forma de escritura conocida por mí, exceptuando a las partes más antiguas e indescifrables de los avejentados Manuscritos Pnakóticos, partes que eran demasiado antiguas para poderse leer.

Y soplaba continuamente aquel viento frío y fétido…

3

Finalmente llegamos a través de aquellos caminos serpenteantes y laberínticos a una enorme cámara abovedada como una tumba, en la que había muchos ataúdes de piedra dispuestos a lo largo de los muros; pero no estaban hechos al modo del antiguo Egipto, sino que eran más largos y estrechos, y los rostros de piedra que había sobre las tapas de los ataúdes sugerían una ascendencia reptiliana, porque todos tenían la piel rugosa y escamosa y los hocicos alargados de cocodrilos horriblemente inteligentes. Y me acordé entonces de aquel dios-bestia con cabeza de cocodrilo del

antiguo Egipto, de Sebek, y me pregunté en lo más hondo de mi corazón si aquel sombrío y cruel culto de la Antigüedad no habría encontrado sus raíces aquí, en estos fétidos laberintos de piedra de la Ciudad Sin Nombre.

Y en el centro de esta cámara de ataúdes de piedra se encontraba un tosco ídolo de piedra verde, tallado de manera similar a las tapas de los ataúdes, solo que se encontraba erguido sobre dos garras, con patas arqueadas, equilibrado sobre una columna vertebral larga y coronada por una cresta de placas: y el lineamento de su cabeza era el de los saurios, con gemas negras y frías haciendo de ojos siempre abiertos. Y había un signo tallado en la base de la estatua que había visto grabado en piedra verde en una ocasión anterior, en la inmemorial Ib: y supe su significado, y mi alma se estremeció al saberlo, ya que era el nombre de Mnomquah; los seres de Ib le adoraron en tiempos, aquellos a quienes llamamos los Thunn'ha y están entre sus servidores, y cuyo líder se llama Bokrug.

Él se encontraba entre aquellos enemigos de la humanidad a los que llamamos Primigenios, Aquellos que se infiltraron desde las estrellas cuando la Tierra era joven, Aquellos que gobernaron en otro espacio y tiempo y que ansiaban recuperar Su antiguo dominio; y cuando los Dioses Arquetípicos vinieron para ejercer Su venganza sobre Sus Siervos rebeldes, fue a Mnomquah a quien encerraron en el fondo cavernoso de la Luna, y hasta este día se revuelca repugnantemente entre las olas perezosas del Lago Negro de Ubboth en el impío y lóbrego abismo de Nug-yaa.

Los seres de Ib, los Thunn'ha, eran escamosos y anfibios, aunque caminaban erguidos sobre sus patas traseras como los Hijos del Hombre, mientras que los antiguos habitantes de esta ciudad sin nombre, como podía deducirse de sus imágenes talladas en las tapas de los ataúdes prehistóricos de piedra, eran más saurios que batracios: pero más de un Primigenio tenía entre Sus secuaces o servidores a muchas razas distintas, del mismo modo que Aquel Cuyo Nombre No Debe Pronunciarse cuenta con el servicio de los Byakhee y de los abominables Mi-Go, y de otros; por lo cual me parecía muy posible que esta ciudad sin nombre hubiese sido en tiempos un puesto avanzado o fortaleza de Mnomquah en los días olvidados cuando el mundo era muy joven y toda esta Tierra estaba bajo el yugo de los Primigenios, de Mnomquah y sus Hermanos. Y di gracias en silencio a Yog-Sothoth y a

Tsathoggua por que aquellos días hubiesen quedado atrás, cuando los miserables servidores de Mnomquah gobernaban sobre los pantanos azotados por terremotos y los mares hirvientes de la recién creada Tierra…

Y descansamos aquella noche en las fétidas cavernas, estando demasiado débiles en mente y espíritu para regresar al aire más saludable del mundo exterior; y querría que no hubiesemos estado tan cansados y que hubiesemos vuelto a la superficie, donde los huesos muertos de la ciudad sin nombre miraban al frío ojo de la Luna.

4

Y entonces vino a mí mi discípulo Ismail, diciendo que se había encontrado una enorme lápida de piedra en uno de los túneles más profundos de estas cuevas inacabables, y que en el medio tenía un anillo de bronce herrumbroso; y me acordé de una lápida similar que habíamos encontrado en el suelo de la Mezquita Negra, de lo que ya he escrito; y sentí inquietud, y miedo y escalofríos, y me levanté y le dije a Ismail que no deberíamos perturbar los secretos subterráneos que pudiesen acechar bajo la base de esta gran colina de roca; pero me dijo que mientras hablábamos los poderosos músculos del fiel Mouli ya estaban trabajando para abrir la lápida y descubrir lo que yacía debajo… y en ese instante sí que sentí miedo y escalofríos; pero para entonces ya era demasiado tarde para el miedo.

Y hasta nuestros oídos llegó desde cierta distancia un ruido similar al estruendo de una batalla, y los gritos del fuerte Mouli se elevaban por encima del clamor; y al tiempo hubo otro ruido que no me gustó, y era como el de garras caminando, y el deslizamiento de colas de saurios, y un siseo como el de la voz de los reptiles. Y entonces lo supe, y cogí a Ismail y lo saqué de aquel lugar tenebroso y sombrío de cavernas fétidas, donde soplaba continuamente el aliento nauseabundo del Infierno jadeante de las profundidades insondables que quedaban a nuestros pies.

Y finalmente salimos del laberinto hasta la bendición del cielo abierto en un pálido y marchito amanecer; pero pisándonos los talones, de las sombrías cavernas del subsuelo, venían Aquellos que nos perseguían. Una

horda de criaturas degeneradas y deformes arrastrándose horriblemente, con enormes garras en las patas traseras y delanteras y piel verde y rugosa sobre sus espantosos cuerpos, y con grandes hocicos que sonreían con dientes blancos y afilados. Chillé y supe que el ser lastimoso y mutilado que llevaban en volandas sobre sus garras como un terrible estandarte era todo lo que quedaba de Mouli, del joven Mouli… y también supe entonces que la Edad Primitiva no ha desaparecido de la Tierra, y que del mismo modo hay supervivientes inhumanos que han perdurado a lo largo de los evos, nadie sabe cómo: Entidades blasfemas y monstruosas que han dormido o yacido en criptas secretas y en lugares remotos durante eras impías, sin gobernarse por la misma lógica y razón que conocemos, para ser despertados de su sueño milenario por alguien que conozca los Ritos, los Signos y las Palabras (ya que no morirán hasta el Fin de todas las cosas), o por el intruso imprudente e inconsciente.

Y esta horda abominable y siseante habría caído sobre nosotros, royendo, desgarrando y destrozando con esas garras blancas si no hubiese sido por la piadosa luz del día, que los antediluvianos que habían morado en las entrañas oscuras de la tierra durante incontables evos no podían soportar. Y mientras huíamos en nuestros camellos de aquella maldita ciudad sin nombre donde aún vive y medra pavorosamente la Perversidad, me acordé de aquel verso que escribí la primera noche cuando nos acercamos a la Ciudad Sin Nombre; y mi alma se estremeció con su profecía:

Que no está muerto lo que yace eternamente,
Y con los extraños evos incluso la Muerte puede morir.

Notas

Se ha puesto de manifiesto que los primeros miembros del Círculo de Lovecraft emplearon con asiduidad la Sexta Narración. El mismo Lovecraft la utilizó como fuente para La Ciudad Sin Nombre, y es interesante comparar los dos textos y ver lo poco que tomó de la versión en inglés de Dee: prácticamente nada más que una imagen aquí y allá y una línea o dos acullá. Bajo la mano de Lovecraft la trama se

aparta considerablemente del texto de Alhazred; además, Lovecraft cometió un pequeño error cuando en el relato escribió: «Fue con este lugar con el que soñó el poeta loco Abdul Alhazred la noche antes de cantar su pareado inexplicable». (El texto indica claramente que Alhazred escribió el famoso pareado la noche en que él y sus dos acólitos llegaron a la Ciudad Sin Nombre).

Me desconcertaba que Lovecraft no usara al Primigenio Mnomquah, ni en La Ciudad Sin Nombre ni en ningún otro sitio. La explicación puede ser que el Necronomicón inglés nunca fue publicado, sino que se copió a mano laboriosamente, generación tras generación; es muy probable que el ejemplar que usaba Lovecraft fuese parcial, o que la edad y la dejadez hubiesen eliminado muchas palabras, pasajes e incluso páginas enteras.

Lovecraft también hace una referencia oblicua a la Sexta Narración en su Historia y Cronología del Necronomicón, en la que indica que Alhazred «pasó diez años en solitario en el gran desierto meridional de Arabia… y encontró bajo las ruinas de un poblado del desierto los sorprendentes anales y secretos de una raza más antigua que la humanidad».

Otros dos colegas de Lovecraft (¡al menos!) también tuvieron acceso a la Sexta Narración, Robert E. Howard y William Lumley. Howard habla en su historia «El fuego de Asurbanipal» de «la antiquísima Ciudad Maligna mencionada en el Necronomicón del loco Abdul Alhazred, la ciudad delos muertos sobre la que pesaba una antigua maldición. Las leyendas la mencionan vagamente: los árabes la llaman Beled-el-Djinn, la Ciudad de los Diablos, y los turcos, Kara-Shehr, la Ciudad Negra».

William Lumley, amigo y a veces cliente de las correcciones de Lovecraft, también vio la Sexta Narración, o extractos de la misma, al menos, ya que en su historia El diario de Alonzo Typer (que Lovecraft posteriormente revisó

para su publicación), Lumley citaba casi al pie de la letra dos pasajes de la versión de Dee: el primero comienza con la frase «Hay arcanos primordiales terribles en la Tierra», y el segundo con «Del mismo modo hay supervivientes inhumanos que han perdurado a lo largo de los evos».

Es importante advertir que estas citas de la Sexta Narración no fueron introducidas en el texto de Alonzo Typer por Lovecraft, ya que aparecen en la versión original de la historia de Lumley, recientemente descubierta y publicada.

La Sexta Narración: La locura que vino del tiempo

1

Hay una locura más allá del Tiempo y una Maldad más allá del espacio, y que el cielo ayude a quien se atreva a despertar su Ira y encuentre el Destino que espera a aquellos lo bastante imprudentes para arriesgarse a tales horrores. Debéis saber que en los diez años que yo, Alhazred, pasé en los desiertos sin sendas de Arabia Félix, después de estar en la ciudad de los alejandrinos y marcharme de ella, muchos y extraños fueron los sucedidos que me acontecieron, pero ninguno de ellos fue más extraño que este que ahora quiero relatar.

A su debido tiempo me dirigí al lugar en el desierto conocido entre los hombres como Valle de las Tumbas, porque en su desolación se encuentran los santuarios vacíos y profanados de una vieja necrópolis construida en los días de la Antigüedad por hombres que solo recordamos los hechiceros; estas tumbas permanecían abiertas y saqueadas, y estaban excavadas en la propia roca de los farallones, que se alineaban a ambos lados del Valle, como paredes; y sucedió que ocupé una de ellas como morada, una tumba que se encontraba entre las colinas y desde la que dominaba el amplio Valle y el oasis que había entre las rocas que sembraban el lecho del valle.

Y allí estaba, en solitario y en silencio, bajo las intrigantes constelaciones que enjoyaban la noche desértica como puñados de piedras preciosas arrojadas sobre terciopelo negro, y examiné los Libros Antiguos y observé las estrellas, estudié los epiciclos y medité en el saber de mi Arte. Y fue por casualidad como descubrí que no era el único eremita que moraba en el Valle de las Tumbas, ya que había otro: un hombre más anciano que yo, flaco y furtivo, hábil en las artes del sigilo, y apenas le entreví alguna vez desde lejos, ya que compartíamos el mismo pequeño oasis entre las arenas y sus frescas y fortalecedoras aguas. A veces lo observaba cuando iba y venía por debajo de mi morada, mientras buscaba la rica fruta de las palmeras datileras y las dulces aguas del estanque, pero pasó mucho tiempo hasta que intercambiamos palabras, y cuando finalmente esto sucedió supe que era Sargón, un hechicero que hacía mucho tiempo había construido su morada en los desiertos de aquella tierra al este de lo que era antiguamente el reino de los famosos caldeos, de cuya sangre procedía.

Posteriormente escucharía de labios de este caldeo un escalofriante relato de terror, pero mientras tanto le observaba mientras iba y venía, y casi siempre en el oscuro crepúsculo; y observé en él un curioso comportamiento, porque en estas peregrinaciones no avanzaba de un lugar a otro en línea recta, como hacían otros hombres, sino en un modo indirecto y serpentino, como culebreando en sendas curvadas, lo que para mí era maravillosamente extraño, ya que no podía imaginar razón alguna para este modo peculiar de locomoción.

Y me acordé entonces de aquello que se escribió en la antigüedad: que los hombres debían recorrer el camino recto y angosto, para la salvación de sus almas; pero él era un hombre de los que he conocido que pisan el mismo sendero recto y angosto, pero hacia la Condenación definitiva e indecible de su alma, por lo que tenía una gran razón para maravillarme ante él…

Con el paso del tiempo los dos hechiceros solitarios que compartíamos el desolado y estéril Valle de las Tumbas nos hicimos amigos; y fue de los labios de Sargón el Hechicero de los que escuché el relato que sigue.

Este caldeo estaba demacrado y descarnado, y no hizo falta mucha de mi astucia para descubrir que tenía encima un miedo terrible, igual que un camello podía tener encima a su jinete, y ese miedo podía discernirse en sus ojos esquivos y enrojecidos, y en el temblor de sus paralizadas manos, y en las sacudidas nerviosas de su semblante. Pero no supe lo que temía, ni quise adivinarlo: y la verdad de todo ello, cuando por fin obtuve ese conocimiento, era más extraña de lo que jamás podía haber soñado…

En una ocasión, oh Alhazred (me dijo), busqué en mi juventud imprudente conseguir la Visión del Todo conocida por Místicos y Filósofos y por tanto considerada admirable más allá de los límites de la Experiencia ordinaria. Busqué la obtención de esta Visión por medio de una potente droga llamada Liao, la cual es un derivado del Loto Negro de tantas leyendas y tradiciones horribles; y adquirí en su momento la droga Liao, que llegó a mis manos transportada por aves mensajeras de los sabios y eruditos boticarios de la lejana Catay. Una de las propiedades de la droga Liao es que disuelve las limitaciones impuestas sobre la mente del hombre por el tiempo y el espacio, que dejan de existir, permitiendo así al intelecto, junto a un rápido sentido de la percepción que todo lo abarca, alcanzar más lejos; y cuando estas limitaciones del tiempo y el espacio desaparecen también se retiran de los ojos de los hombres aquellos velos de ilusión que el tiempo ha situado sobre ellos, el mito del ahora y el después, cuando en realidad solo existe el eternamente.

Y así, habiendo bebido la droga Liao de la manera prescrita, me pareció ver todas las Tierras y todas las Edades en un instante interminable y eterno, y esta maravilla fue extraña en demasía; en un solo instante del tiempo vi que yo mismo era una criatura peluda bestial agachada en una sucia cueva, tapada con pieles inmundas, royendo un fémur… y un millar de esclavos desnudos se arrastran ante mí cuando paso en una litera de oro y marfil arrastrado por un buey negro como la noche de Tebas; soy un sacerdote, y exalto con mis manos pintadas los ídolos de piedra con cabezas de bestia de

Egipto… y un salvaje aullador de las planicies azotadas por el viento de Partia, que cabalga para emboscar a una legión romana; soy un vándalo medio desnudo, saqueando los templos profanados de Grecia… y en la India soy un humilde acólito, y atiendo a las enseñanzas de los maestros místicos, y corro huyendo de su presencia, ya que sus revelaciones son como la sal sobre una herida que sangra…

Y soy el primer hombre en surgir de los pantanos humeantes y las ciénagas trémulas de la recién creada Tierra, y huyo chillando entre los amenazadores pies de los reptiles que vagaron y reinaron antes de la llegada del hombre; y penetro aún más, hacia el comienzo y el Abismo del Tiempo, porque en la impaciencia de mi Locura me esfuerzo por sondear incluso más allá del Tiempo y el Espacio, hasta Aquello que existe por siempre, y que ya existía antes del Tiempo y el Espacio.

Y yo, que había vivido en todos los hombres del mismo modo que todos los hombres viven en mí, yo, que había percibido la historia humana en su totalidad en un instante abrumador, en un Ahora que todo lo impregnó, intentaba ir Más Allá… hacia ese reino fantasmal gris y monótono que no se ciñe a las constricciones del Dónde o el Cuándo, sino que se limita a Ser: y, durante un instante (al menos, según la definición de instante de los hombres) permanecí ante la orilla pálida e incolora más allá del Tiempo, donde olas de bruma llegan a playas sin arena, y mora la oscuridad en vez de la luz; y Ellos presintieron mi presencia: esos seres sombríos y furtivos e implacables que habitan aquel reino terrible, aquel que se engendra en la Locura que surge del Tiempo y la Maldad que reina más allá del Espacio. Allí merodean eternamente, flacos y sedientos, en aquella tenebrosa y gris orilla de sombras; y ahora, oh Alhazred, que en mi locura me he atrevido a atraer su atención sobre mí a causa de mi presencia sin invitación en su reino, me persiguen por los senderos del Tiempo y el Espacio, y nunca estaré libre de su implacable caza.

Y yo, Alhazred, me levanté y hablé a Sargón el Hechicero con todo el saber que me otorga mi conocimiento arrebatado a los demonios, diciendo: Cuidado, oh desventurado caldeo, porque en una ocasión en el cerrado y oculto Valle de Hadoth junto al inmemorial Nilo vi en mi juventud el aspecto de Aquellos a los que temes; sí, grabado estaba en un amuleto de dibujos curiosos y exóticos la extrañamente angulosa y estilizada representación de un perro alado y tendido, grabado exquisita y horriblemente en una delgada oblea de jade reluciente. Y era la mano de mi Maestro la que la sostenía, el hechicero Yakthoob, porque entre su colección de amuletos raros y oscuros tenía este, que era el horrible símbolo del alma para el culto de devoradores de cadáveres de la prohibida e inaccesible Leng… pero de este talismán, de sus propiedades y de la horrible relación con las almas de los muertos que simboliza, hablaré con mayor detalle en otra ocasión.

Baste decir, oh caldeo, que en el rostro semicánido de aquel amuleto de jade había una expresión en extremo repelente, que transmitía a la vez muerte, bestialismo y una maldad absoluta, ya que esos lineamentos siniestros estaban extraídos de alguna manifestación oscura de las almas de aquellos que acosaban y roían a los muertos, que nunca he olvidado, ni tampoco lo que representa. Sí, hablo de los mismísimos Perros de Tíndalos, aquellos Cazadores del Más Allá que son las crías de Noth-Yidik y los efluvios de K’thun, y que aúllan eternamente en el remolino que es el temido y aterrador Azathoth; sí, son nada menos que los secuaces y siervos del Sultan Demoniaco[34], y que están sometidos a su espantoso control, al de Noth-Yidik y el terrible K’thun. Sí, aúllan y babean eternamente en ese reino sombrío e indistinto de Caos que se encuentra más allá de todos los dominios del Tiempo y el Espacio, donde también mora desde hace milenios Su Temido Amo, Azathoth; y está escrito que los hombres despiertan en ellos hambres cósmicas; pero están limitados por los Dioses Arquetípicos con ciertas constricciones, aunque nosotros seamos mortales débiles y temerosos, ya que nuestro espacio es curvo mientras que ellos solo se mueven en líneas rectas o a través de ángulos rectos, y tal es su naturaleza que son obedientes a los mandatos de los Dioses que reinan

sobre todo lo que existe; y de este modo están limitados en tu persecución, oh caldeo; y si puedes lograr esquivarles el tiempo suficiente, quizá se escabullan y regresen, gruñendo hambrientos e insatisfechos, a aquella Maldad de donde proceden, antes del Tiempo y más allá del Espacio.

Sargón ya conocía parte del significado de mis palabras, lo que explicaba su manera de moverse indirecta y serpenteante, ya que el hechicero conocía bien esta diferencia entre el espacio curvo y el angulado; y en los días que siguieron a nuestra conversación ideamos nuevos modos de protección: con barro extraído del margen de la fuente del oasis convertimos en curvas lisas las junturas en ángulos rectos de su celda de piedra, incluso las esquinas de los muros y del techo; y tratamos de liberarle de su Maldición con los Exorcismos de Pnom (tanto el Menor como el Mayor), pero desgraciadamente fue en vano.

Y de noche examiné aquellos libros del Saber Antiguo que había llevado conmigo a lo más intrincado del desierto para mi estudio, buscando el texto de la Gran Invocación de Azathoth que pudiese romper las cadenas que ataban al desventurado espíritu de mi amigo caldeo a los Cazadores del Más Allá, que aullaban hambrientos. Pero en ningún lugar de los textos localicé con mi estudio esta liturgia y no encontré nada, aunque busqué en aquellos capítulos de los Manuscritos Pnakóticos que aún están sin traducir por parte de los hombres. Y por fin perdí la esperanza por el Caldeo, ya que muchas y terribles son las fuerzas que se alían con estos descarnados y hambrientos Cazadores del Más Allá, y los Dholes pueden ayudarles, y la Gente Pequeña del Bosque (ya que son servidores de Shub-Niggurath, la Madre Inmensa), y por cuya ayuda incluso los Perros de Tíndalos pueden moverse a través de los Círculos Escarlatas e invadir esa región del espacio curvo que es propia de nuestra mortalidad.

Y todas mis pesquisas fueron en vano, ya que no encontré esa gran invocación que era el propósito de mi búsqueda; y día tras día, como comuniqué a Sargón el Hechicero, no pude evitar observar que el desgraciado caldeo cada vez estaba más descarnado y atormentado por las pesadillas, ya que sentía que los Cazadores del Más Allá estaban olisqueando su rastro incluso a través de sus sueños, que no podía controlar, no más que cualquier hombre corriente, hechicero o pastor. Y no había nada

que pudiese hacer para socorrerle en su necesidad más extrema; y parecía claro para mí que alguna suerte sombría se cernía sobre nosotros en nuestro triste valle, porque los cielos, incluso a mediodía, estaban cubiertos con velos de tinieblas, a través de los cuales las estrellas brillaban como fuegos funestos como en un aquelarre de brujas, y una brisa fría y extraña, tan hedionda como una procedente del mismo Infierno, hizo que todo el valle desierto y peligroso apestara como un matadero.

Y llegó el día en que todos estos asuntos llegaron a su culminación, como se esperaba: un crepúsculo, cuando la luna gibosa se alzaba en lo alto del cielo por el que pasaban nubes espectrales a causa de un viento quejumbroso, me estremecí y me arropé con los pliegues de mi túnica, porque el viento entraba silbando a través de los colmillos desnudos de la roca sobre mi cabeza, y hubo un leve y escalofriante sonido parecido al aullido de perros, lejanos y débiles… como el aullido de aquellos Perros sombríos que aúllan eternamente en el núcleo del Torbellino negro que es Azathoth, el Sultán Demoniaco.

Como por casualidad, Sargón el Hechicero había dormido las noches anteriores de modo intermitente, acosado por sueños calamitosos y horribles, con lo que pasó noches enteras sin dormir apenas nada, por lo que le aconsejé que tratara de buscar reposo durante la larga tarde cuando la Tierra aún estaba iluminada por la luz del día, y la noche, y las horribles criaturas que merodeaban en sus umbrías profundidades, aún estaban lejos. Pero en ese mismo día se había sumergido en el sueño sin fondo del agotamiento, del que despertó de repente, con un sobresalto horrísono, mientras las sombras negras se deslizaban por el polvoriento lecho de su celda de piedra y anunciaban la Llegada de la Oscuridad. Y el caldeo brincó, afligido hasta lo más hondo de su alma por un Terror sin nombre, y corrió hacia la puerta abierta de la tumba que era su aposento, gritando en voz alta mi nombre, y cuando acudí desde mi propia estancia para responderle observé por debajo mío el lecho oscuro del Valle de las Tumbas por donde huía… y a las flacas Formas de oscuridad, más negras que las sombras que caían sobre él desde los cuatro punto cardinales; y lo desgarraron e hicieron pedazos mientras yo permanecía, quieto, helado por el miedo, incapaz de hacer nada.

Y me di cuenta de que, en su terror, Sargón el caldeo se había olvidado por vez primera de tener cuidado en avanzar por senderos curvos, y había huido desde su estancia en una línea recta… por lo que yo digo que he conocido a un hombre que siguió el Camino Recto y Angosto para su detrimento y Condenación, a pesar de lo que predican todos los profetas y las Escrituras… sí, vosotros que leéis mis palabras, ¡tened cuidado si no queréis sufrir la ira de los Cazadores del Más Allá que son los mismísimos Perros de Tíndalos!

Notas

Título. El título real de esta narración en el texto de Dee es «Los Cazadores del Más Allá»; he cambiado el título para no confundir a mis lectores, ya que Clark Ashton Smith escribió una historia con ese título, publicada en 1932. En la actualidad, queda más allá de cualquier conjetura si Smith tomó prestado el título de Dee o se le ocurrió de modo independiente.

Leyese o no Smith la Séptima Narración, el que sí lo hizo fue Frank Belknap Long, ya que usó tanto la droga Liao como los propios Perros en su famosa historia Los perros de Tíndalos (1929). Sinembargo, no imitó la estructura del argumento de la Séptima Narración, dejando únicamente que estimulara su propia imaginación. Sin embargo, tomó prestadas unas cuantas frases de ella.

El título que he incluido sustituyendo al original fue acuñado por H. P. Lovecraft, pero nunca lo utilizó en una historia. «La Locura que Vino del Tiempo» era el título de trabajo de la historia finalmente publicada como El caso de Charles Dexter Ward.

Que esta narración es la fuente de la alusión que Lovecraft hace a un pasaje de Alhazred en su relato El sabueso (1922) es seguro si comparamos aquella historia con el texto de la narración.

La Séptima Narración: Sueños del Loto Negro

1

Y sucedió, tras nuestra breve y calamitosa estancia en la Ciudad Sin Nombre y después de escuchar el Relato del Gul, que ya he referido anteriormente, que mi discípulo Ismail y yo mismo, mientras atravesábamos los eriales inacabables de las arenas del desierto sobre nuestros camellos, llegamos por fin y a su debido tiempo a un oasis en medio de la desolación del desierto. Allí, palmeras de color esmeralda se reflejaban en un estanque tranquilo de zafiro reluciente, piadosamente protegido del resplandor intolerable del sol del mediodía; y se habían levantado tiendas y pequeñas casuchas y pabellones asemejándose a un pueblo en medio del desierto, ya que este oasis se había convertido en una encrucijada en las arenas ardientes y sin sendas, donde los viajeros se detenían para refrescarse, y descansar y abrevar a sus bestias, hasta que retomaban el largo viaje por tierra hacia las ciudades populosas de la costa.

Y allí levantamos nuestra tienda Ismail y yo y residimos durante un tiempo, disfrutando por una vez del bullicio y clamor de los hombres corrientes y de las maneras vulgares de la Esfera Mundana, después de huir precipitadamente hasta el doloroso susurro de las arenas movedizas desde el silencio sombrío y sepulcral de la ciudad-tumba de los pre-Adanitas. Y allí, también, me topé con un tal Abdulah, un mercader de Basora, que había viajado por medio mundo con su carga de mercancías curiosas, y brillantes sedas, y raras especias, y géneros de boticario, que llegaban de lejos, sí, incluso del famoso reino de Catay, y del Imperio del Gran Khan. Y fue de este Abdulah de Basora del que yo, Alhazred, conseguí finalmente una cantidad modesta de Loto Negro, aquella flor esquiva y de mala fama a partir de la cual se podía extraer un veneno extraordinario y maligno, pero solo en manos de los imprudentes e insensatos, porque del Loto Negro no

se dice nada bueno, y ningún hombre sabe dónde florece o dónde se recoge, ni quién lo hace.

Pero los hechiceros murmuran que tomar este poderoso brebaje expande la mente a nuevas dimensiones más allá de todo límite conocido por la carne, incluso más allá de las fronteras habituales del espíritu, con lo que la mente del que se atreva a probarlo vagará muy lejos lánguida como un lirio mediante sueños extraños y asombrosos, entre los cuales a menudo se encuentran los secretos de un saber arcano que el mundo despierto ha olvidado, y que solo conoce el que se atreve a soñarlo.

Fue este mismo Loto Negro el que tomó el desventurado caldeo, Sargón el Hechicero, y para su perjuicio eterno, ya que terminó siendo víctima de un terrible Destino; y por eso puede pareceros imprudente y temerario que de tal guisa me arriesgase a ingerir el mismo narcótico terrible y calamitoso que llevó al borde del terror y más allá al desgraciado caldeo; pero en esta pausa para reposar en el fresco a la sombra del oasis, y nuestro encuentro con el mercader de Basora, que tuvo lugar muchos años antes de mi estancia en aquella ermita en el Valle de las Tumbas, aún no había conocido al desdichado Sargón. Sin embargo, si hubiese sido de otra manera, creo que tampoco habría vacilado ante la experiencia del loto, ya que los corazones débiles no son propios de los hechiceros, y quien no arriesga no gana. Y dicen los sabios que hay mucho que aprender de los sueños del Loto Negro.

Y así fue, una noche mientras el sol perecía en un ardiente funeral con todo el oro y la púrpura de su pompa imperial, que busqué la reclusión de mi tienda y preparé la droga según algunos preceptos que había aprendido de un modo oscuro y extraño y de fuentes que es mejor no nombrar. Pero con una potencia diferente y según un modo de preparación distinto al empleado por el lamentable caldeo; y debéis saber que hay muchas maneras diferentes de consumir el Loto Negro, y que cada una de ellas provoca un resultado dispar: lo que equivale a decir que la droga puede ingerirse cruda, o quitar sus pétalos y fumarla en un nargeelab, o molerla en un polvo con mazo y almirez y después disolverla en una mezcla de vino y beberla, o se puede inhalar el polvo anterior por la nariz, y la elección del modo en el que

se ingerirá el opiáceo influye en gran medida en la forma y naturaleza de lo que se experimenta bajo la influencia del Loto Negro.

Y finalmente me situé junto a mi discípulo, el joven Ismail (cuyo papel en lo que vendría a continuación consistiría en tomar nota de todo lo que sucediera durante el transcurso del experimento), dentro del Círculo Triple de Protección, que dibujé sobre el suelo alfombrado de mi tienda con tiza azul luminosa, preparada según los sabios preceptos de la antigua Pnom. Y después tomé parte del Loto Negro con todo el cuidado y la precaución posibles.

2

Al principio no me sucedió nada malo; sin embargo, por fin sentí una disociación peculiar, y me pareció flotar libre y desprovisto del cuerpo entre el suelo y el techo de mi tienda. A partir de ahí, mi visión se volvió borrosa con una neblina multicolor, y me pareció atravesar la tela de mi tienda y dispersarme, como un vapor sin forma, en el elemento infinito. A continuación pasó un tiempo inconmensurable en el que no hice más que vagar de acá para allá, como arrojado a las corrientes superficiales del río del tiempo; luego, sin embargo, me vi cogido y atrapado en la presa implacable de esa Corriente y me encontré dirigiéndome indefenso hacia el Pasado inconmensurable como un palillo en un torrente.

Los remolinos de brumas que emborronaban mi visión se despejaron; vi una escena dramática de aquellas guerras entre la Media Luna y la Cruz, cuando gigantes de semblante sombrío vestidos de hierro implacable, aquellos perros francos, vencieron la resistencia del fiel Saladino, y tomaron las altísimas almenas de Acre, y aspiraron incluso a tomar la dorada Jerusalén; entonces las brumas se cerraron sobre mi sorprendida vista durante un tiempo inconmensurable, y cuando de nuevo se despejaron yo había viajado hacia atrás en el abismo negro del Tiempo, siglos antes, cuando las hordas extáticas ebrias de Dios siguieron los pasos del Profeta mientras entraba en la santa Meca… y de nuevo las brumas del tiempo interpusieron un velo ante mis ojos, y cuando desaparecieron, incluso en

siglos anteriores a los previos, vi cautivado la resistencia heroica de una legión romana contra las manadas de guerreros-lobo semidesnudos y aulladores de la salvaje Partia… y contemplé cómo los jinetes vociferantes vencían el cuadrado romano de hierro, lo superaban y lo pisoteaban con los cascos de sus monturas, revolcando por el lodo a los gallardos centuriones, y observé con asombro como caían y se tambaleaban sus estandartes sagrados, las águilas de bronce, bajo la marea roja y aulladora de completo salvajismo.

La velocidad de mi aventura en el tiempo se aceleró hasta un ritmo vertiginoso: los siglos pasaban ante mis ojos con la misma velocidad que un sabio hojea las páginas de un libro… Miré cómo las huestes innumerables del invencible Alejandro de los Dos Cuernos[35] cruzaban sobre el Hidaspes hacia el Indostán, dejando a toda la madre Asia postrada y vencida y conquistada a su paso… las brumas del tiempo volvieron a nublar mi visión, y cuando por fin desaparecieron contemplé una escena previa en el tiempo, las altas torres de la regia Troya resistiendo al sol, con el resplandor curvo del Escamandro como una cimitarra inflexible ante ellas, y las fuerzas de los aqueos manteniendo un sitio de diez años ante aquellos muros impenetrables de fábula… de nuevo surgieron las nieblas, para luego apartarse, presentando ante mí una escena de un desierto abrasador de granito, donde observémaravillado como los fellaheen desnudos y de piel morena cortaban, y después transportaban lentamente, la piedra angular de la Gran Pirámide de Keops…

De nuevo el velo de brumas ocultó la escena, y se corrió para revelar una maravilla superior a todas las maravillas, cuando mis ojos deslumbrados contemplaron con asombro el magnífico espectáculo de la perdida Atlantis mientras sus ciudades eran tragadas por el estómago esmeralda de los mares sedientos… y, antes aún, observé la gloria ahogada por el tiempo de la eterna Valusia[36], esa ciudad de maravillas olvidada por el mito…

Las visiones se sucedían a ritmo más rápido, y luego mi asombrada mirada no contempló vistas de un tiempo antiguo, sino del espacio infinito, y observé maravillado reinos y regiones muy alejados de la Tierra… aunque no sé a ciencia cierta si se encontraban en los mundos de soles lejanos, o en las Tierras del Sueño de la Tierra, o en regiones contiguas a esferas y dimensiones alienígenas.

Y de este modo fue como vi aquellos bosques extraños de árboles retorcidos e iluminados con fósforo, donde acechan los furtivos y esquivos y malsanos zoogs, y desde cuyas profundidades se escabullen y se arrastran y farfullan… y vi, en medio de ese yermo desolado poblado por demonios, las místicas alturas de Kadath elevando sus crestas con castillos de ónice contra las extrañas estrellas de cielos alienígenas, embellecidos por los fríos fuegos de una aurora repentina e inverosímil[37]…

De nuevo, mi visión se nubló, y cuando se aclaró estaba aún lejos de la Tierra conocida y familiar; y entreví entre los paisajes de pesadilla el terrible reino de los gugs que son los sicarios de La Niebla Sin Nombre que engendró al temido señor Yog-Sothoth[38]… y mi visión volvió a oscurecerse, y cuando por fin se aclaró, miré a la fabulosa y desierta Sarkomand, previa al hombre, cuyos prodigiosos leones alados de centelleante diorita guardaban negras escalinatas nitrosas, las cuales bajan eternamente hacia El Abismo… y de repente las aguas fangosas del Lago Negro de Ubboth estuvieron ante mi temblorosa vista, y en aquella oscuridad y aquel silencio insondable supe que estaba en las horribles profundidades de Nugg-yaa, por debajo de la antigua corteza de la Luna, donde duerme desde hace tiempo por orden de los Dioses el espantoso y temido Mnomquah…

Y entonces, y finalmente, relampagueó en mi visión un abismo y una abominación más horrible que ninguna de las que había visto antes: miré a un sucio foso negro, con un borde esculpido de roca fangosa a su alrededor, todo ahogado en una oscuridad plutoniana, con la única iluminación de la maligna fosforescencia de la jalea blanca primordial de los proto-shoggoths[39]… y en medio del horrible limo y el hedor obsceno vi a los horrores trémulos y borboteantes, aquellas torres temblorosas de corrupción

líquida y gelatinosa, salpicadas de ojos abiertos y saltones… y chillé, y huí, atravesando las sendas del espacio y el tiempo y la dimensión, reconociendo gracias a ese último vistazo que helaba el alma las flores inclinadas que crecían en los inmundos bajíos de aquel lago de cochambre burbujeante… y chillé, y huí, sabiendo al fin donde florecía el Loto Negro, y de qué sustancia incalificable se nutría[40].

Notas

Robert E. Howard, Robert Bloch, Clark Ashton Smith y otros miembros del «Círculo de Lovecraft», que obviamente tuvieron acceso a un ejemplar del Necronomicón de Dee, escribieron acerca del «Loto Negro». Se diría que queda claro que todos conocían la Octava Narración, y su revelación.

La Octava Narración: La sombra procedente de las estrellas

1

Tras el destino que sufrió Sargón el Hechicero, el desventurado caldeo, me levanté y dejé mi aposento en el antiguo Valle de las Tumbas, y me dirigí a la famosa ciudad de Damasco en la tierra de los sirios, porque en aquel país vivían juntos algunos de mis antiguos discípulos, habiendo ido allá desde la ciudad de los alejandrinos unos años antes.

Largo fue mi viaje hasta allí, y no sin ciertas desgracias y aventuras, las cuales no mencionaré en este relato, ya que no tienen que ver con el asunto tratado; pero baste decir que yo, Alhazred, atravesé las Tres Arabias y, por fin y a su debido tiempo, me encontré en cierto lugar dentro de los dominios del Gran Califa, un lugar que era conocido por el Hombre en los días pasados de la antigüedad, ya que se trataba de las ruinas roídas por la edad de la antigua Kuthchemes, una ciudad que no se ha olvidado con el tiempo, y que perdura desde la era primordial de los hibóreos, cuyo pueblo ha olvidado todo el mundo menos los hechiceros.

Pero no es de estos fragmentos derruidos de piedra de los que quiero hablar, sino de la elevación oscura que se alzaba junto a las mencionadas ruinas, que es conocida entre algunos de los sabios como la Montaña Negra[41]. Estaba escrito desde antaño en los anales de Pnom el Exorcista, y también en los textos de Eibon el Hiperbóreo, que dentro de esta vieja Montaña aprisionaron los Dioses Arquetípicos detrás de su Símbolo Arcano incluso al Gran Señor Yog-Sothoth, después de que los Primigenios hubieran sido vencidos por completo y expulsados del poder por los Dioses en el término de aquella terrible guerra por la que los extremos del cosmos aún retumban con sus truenos.

Y allí en la misma sombra de la Montaña Negra me atreví a quedarme durante un tiempo, haciéndome todo tipo de preguntas a continuación: acerca del Señor Yog-Sothoth, que es Todos-en-Uno y Uno-en-Todos, y que fue engendrado por la Niebla Sin Nombre[42] de su misma sustancia, y después de una cierta costumbre que es propia de los Primigenios, y solo conocida por ellos; y que el momento de ese parto monstruoso (dijo Pnom) fue en la Horadel Viento en Espiral[43] de Nith, del que yo, Alhazred, no conozco nada que me atreva a comunicar a los mortales corrientes. Y es que hay cosas sobre las que es temerario especular, y que incluso su mero conocimiento es dañino[44].

Y también está escrito en los Textos Antiguos que la Niebla Sin Nombre se encuentra entre los primeros vástagos de Azathoth el Sultán Demoniaco, y que es hermana de La Oscuridad[45], de cuyo vientre nació esa entidad infernal con forma de nube llamada Shub-Niggurath, en cuyo honor cultos indecibles celebran los espantosos ritos de la Cabra con un Millar de Retoños; y Shub-Niggurath nació en el lugar llamado Shumath-Ghun, que se encuentra entre el misterio impenetrable de la Nebulosa Negra[46]… Pero de estos asuntos sé poco y debería hablar aún menos.

2

Entonces, mientras me encontraba allí a la sombra de la Montaña Negra, meditando acerca de los misterios de la Antigüedad, por fin advertí que una

hueste del pueblo del desierto compartía conmigo esta desolación, y vi sus tiendas negras desde las alturas en donde moraba; y a continuación me presenté al líder de esta tribu, que tenía un nombre de lo más extraño, ya que se llamaban Los Sin Nombre; y su caudillo era el Jeque Fakredin.

Fue de sus labios barbados de los que supe por fin por qué su pueblo tenía el nombre de Los Sin Nombre, y la razón era que estaban desterrados de las naciones de sus semejantes, porque habían abjurado de la adoración de Alá y Su Profeta para inclinarse ante los Primigenios, a quienes sus ancestros habían servido en los Días Antiguos. Y es que éstos eran nada menos que los descendientes de aquellos servidores humanos que habían liberado hace evos a Yog-Sothoth de la esclavitud del Símbolo Arcano, en los días en los que el Gran Rey Ramsés se sentaba en el trono de Egipto y los Hijos de Israel no hacía mucho que se habían liberado de su esclavitud y habían cruzado el Mar Rojo hacia la tierra prometida a ellos.

Parecía que los descendientes contemporáneos de los descendientes de aquellos siervos humanos de Yog-Sothoth aún eran fieles a su terrible Señor, y se reunían una vez cada lustro en la Montaña Negra con ciertos ritos para su liberación. Supe de mi estudio de los Textos Antiguos que habían sido hombres mortales los que habían liberado al que Acecha en el Umbral, pero lo que no había sabido hasta ese momento era que Yog-Sothoth aún contase con siervos humanos, y todo lo que había aprendido apuntaba a que sus servidores eran los espantosos gugs[47], y no moraban en el Mundo de Vigilia de Malkut, sino en el Mundo de Sueños de Yesod[48].

Y conversamos largo tiempo bajo la gloria de las estrellas en movimiento, ya que el Jeque Fakredin era uno de los pocos que sabían que yo, Alhazred, había sido el primero de los hombres en abrir la Puerta hacia el Exterior, hacia donde moraba Yog-Sothoth en el Caos más allá del Espacio y el Tiempo, y por esa buena razón me tenían en cierta estima. Hablamos sobre muchas cosas; las criptas de Shuggon[49] bajo las olas, que era la patria perdida con el tiempo de los valusianos anteriores a los humanos, el pueblo Serpiente, cuyo continente se hizo pedazos por la acción de fuerzas titánicas y se hundió bajo el peso poderoso de enormes olas en el alba de los tiempos; y hablamos de la carmesí Haddoth[50], desde la que vino a la Tierra el horrible e indecible Shudde-M’ell, y de muchos

otros prodigios, pero ningún otro debe escribirse en esta página, porque no parece apropiado que nadie, salvo un iniciado, deba escuchar siquiera un rumor de dichos saberes arcanos.

Era cerca de la hora del amanecer cuando regresé a mi tienda en las estribaciones sombrías que agachaban sus hombros furtivos bajo la altura de la Montaña Negra, y me gustó poco el descubrimiento que había hecho, y deseé de corazón alejarme de Los Sin Nombre, y ponerme en marcha por el largo camino hasta Damasco. Y es que no me gustaba la malsana proximidad a la montaña hueca en cuyos abismos había habitado el mismo Yog-Sothoth durante siglos, en la prisión del Símbolo Arcano… odiando las piedras que lo rodeaban desde lo más hondo de su maldad infinita.

3

Y sucedió que la misma noche que yo había hablado largo rato en la tienda del siniestro Fakredin, decidí abandonar las proximidades de esta montaña maldita y de mala fama, y mientras los fuegos dorados del alba teñían los cielos guardé mis pertenencias, desmonté mi tienda, subí a mi camello, y huí hacia Damasco por el viejo camino entre las arenas, que se extendía hasta morir en el horizonte, y cuyas piedras habían sido colocadas por los romanos en sus esplendorosos días de conquista e imperio. Y las alturas umbrías de la Montaña Negra fueron quedando atrás poco a poco, hasta que, al caer la noche, el monte no era más que una muesca en el horizonte negro contra la gloria del crepúsculo.

Debéis saber que yo, Alhazred, que una vez había sido el mayor de los adoradores de Yog-Sothoth, era apóstata desde entonces, y estaba maldito, según creía, por el temible Señor ante el que una vez me había arrastrado por el suelo, y ante quién incluso había hecho la Ofrenda Roja, durante aquella estancia en Irem, la Ciudad de los Pilares… Por eso fue por lo que no me atreví a quedarme en las proximidades de la Montaña Negra en aquellas noches en las que Los Sin Nombre aullaban sus horribles cánticos a las vigilantes estrellas y encendían sus fuegos y celebraban sus repulsivos ritos ante ese conglomerado de esferas iridiscentes, entrevistos pero

magníficos en su maligna indecencia, a cuyo rostro terrible e inhumano y desnudo había mirado en una ocasión.

Cuando por fin hube entrado en la famosa ciudad de Damasco, y me hube reunido con mis discípulos, al fin me sentí seguro, y aparté de mi memoria el recuerdo de la Montaña Negra y de Los Sin Nombre. Esa víspera comimos juntos, ya que mis antiguos estudiantes habían preparado un banquete en mi honor, y había cordero asado con menta, arroz cocido, y dátiles e higos y cebollas, y buen vino tinto de Schiraz y dulce vino blanco de Kirmische[51] en abundancia, y esa noche dormí con la panza llena. Pero mi sueños no fueron agradables.

Me pareció encontrarme en un promontorio, y vi la Montaña Negra cerniéndose contra las estrellas, y supe que era la noche de la Reunión. Y mientras miraba desde mi atalaya, vi a Los Sin Nombre en una fila interminable, todos vestidos con túnicas negras y escarlatas, con antorchas encendidas, entrando a través de una puerta secreta en la escarpada pared de piedra aparentemente intacta; y supe en el fondo de mi corazón que buscaban dentro de la montaña aquel abismo ominoso que había sido la cárcel de Yog-Sothoth durante infinitos evos, a quien esperaban en esa noche.

Y entonces vi su sombra descender desde las estrellas… Ya que no había modo de olvidar aquel cúmulo de esferas fangosas fosforescentes[52], aquellos tentáculos gelatinosos que se retorcían, y, surgiendo del centro de este horror, esa cosa inconcebible que era el rostro de Yog-Sothoth…

Chillé a pleno pulmón, y desperté jadeando sobre mi jergón empapado por el sudor mientras las vacías paredes de mi aposento vibraban con el eco de mi chillido, y encontré sobre la mojada almohada esta nota, clavada a la cama con una esbelta daga curva, cuya empuñadura de suave marfil viejo había visto ceñida en la faja del Jeque Fakredin, y el mensaje decía así:

Has de saber, oh Alhazred, que no te sirvió de nada huir, ya que el Señor Yog-Sothoth te encontrará, incluso en la ciudad de los damasquinos, y en la hora predicha[53] te hará pedazos por tu apostasía.

Esta nota llevaba la firma de Fakedrin. Y sobre la empuñadura de su daga estaba grabado el sello de Yog-Sothoth, el Todos-en-Uno y Uno-en-Todos.

2. El Libro de las Preparaciones

1. Acerca de los poderes del hechicero

Debes saber que de todas las artes y oficios y ciencias a la que puede aspirar un hombre mortal, la más suprema y poderosa de todas ellas es la práctica de la Magia. En efecto, como dice Ibn Shoddathua en sus comentarios acerca de los Papiros de Mum-Nath: Muchos son los que ansían su dominio, pero pocos son los que tienen éxito en conseguirlo. Y es que el mago sabio es el Señor de la Naturaleza y el sumo sacerdote de todos sus misterios; a su mandato se abre la Tumba de Hierba o el cerrado Sepulcro de Piedra, para dar entrada a los que duermen en ellos; ante la expresión de su voluntad se calmarán las tormentas, y las inundaciones retrocederán hacia las fuentes secretas de las Profundidades, y los incendios extinguirán sus ardientes llamas.

Y ciertamente puede traer desde más allá de las estrellas a Aquello que mora en los oscuros y helados espacios del vacío, y también puede invocar del foso a Aquello que reside en el negro y terrible abismo; puede conjurar hechizos y encantamientos sobre el más santo de los hombres o aquellos que sean los más puros de corazón. Os diré que tal es el poder que el Iniciado diestro puede ejercer que las naciones se postrarán ante su asombroso poderío, y que los mismos Reyes y Príncipes de la Tierra acudirán en tropel para rendirle homenaje y prometerle obediencia. Incluso la propia vida del hechicero puede alargarse por medio de su Arte más allá de las limitaciones ordinarias impuestas sobre los hombres mortales, y en verdad puede prosperar durante siglos incalculables, insensible al Tiempo. ¿Acaso no posee las llaves de la Vida y la Muerte? Por tanto, todos los hombres mortales exaltan al Maestro, y se arrastran a sus pies, ¡ia Nyarlathotep! El Mago Sabio es un dios muy poderoso.

Puedo hablar con seguridad de estas y de otras materias, que han terminado estando dentro del alcance de mi propia experiencia. Sí, e incluso

he averiguado como uno puede, si es experto y sus espíritus familiares son los bastante poderosos, controlar las andanzas o migraciones de su esencia hacia toda clase de seres y criaturas… sí, incluso desde más allá de la Tumba de Hierba o la puerta del Sepulcro de Piedra.

2. Acerca de lo que es necesario para la Hechicería

Si quieres convertirte en uno de los que hablo, haz caso y escucha bien mis palabras, porque es muy necesario que el hechicero se prepare bien y con cuidado para la práctica del Arte, y debes atender a mis Enseñanzas como se dan a continuación, y obedecer mis preceptos en todas las materias tratadas.

En primer lugar debes buscar un lugar desierto y solitario alejado de las estancias atestadas y ruidosas de los hombres, donde te prepararás para el Arte sin interrupción o distracción alguna. En esto te aconsejo que busques la naturaleza salvaje del bosque oscuro, o alguna cueva o gruta del desierto alejada de los caminos concurridos; y allí debes meditar acerca del propósito de tu Arte, hasta la exclusión total de todos los demás asuntos menores de tu mente.

Busca, pues, en los lugares más recónditos de tu propia alma para descubrir allí aquello que deseas conseguir mediante la práctica de las Artes Hechiceras. Allá en tu humilde celda en alguna comarca oscura y sombría en la desolación de la naturaleza, puedes meditar acerca del Arte y descubrir lo se encuentra escondido dentro de tu propio corazón. Tras haber logrado esto para tu satisfacción, luego debes determinar a qué Ser o Entidad de las Fuerzas Tenebrosas es mejor y más sabio invocar en tu ayuda para lograr aquello que deseas lograr.

3. Acerca de los Primigenios y los favores que otorgan

Has de saber que los Señores de la Oscuridad son muy numerosos además, y que hay algunos que son amistosos con los hombres y otros que

son eternamente sus enemigos implacables; por lo tanto debes ser cauto en la elección de aquel al que implorarás que te ayude; y te diré algo que puede guiarte de algún modo en tu elección, ya que, como dice Eibon, «es mejor no tener ningún maestro que no tener el maestro adecuado».

Has de saber, pues, que las Fuerzas Oscuras a las que también se conoce como Primigenios, dominan y reinan sobre los muchos elementos en los que está dividida la Naturaleza, y por tanto los Señores del Aire no pueden ayudarte en las manipulaciones de la Tierra, ni los de la Tierra pueden asistirte en las manipulaciones del Aire. Aquí está la importancia de estas cosas que presentaré ante ti.

El temido Cthulhu es Señor del Abismo de las Aguas, Aquel que Existía Antes y que Volverá a Existir, que tiene bajo su mando a todos los mares de la Tierra y a todo lo que hay en ellos. Manda sobre las tormentas y naufragios y puede destrozar los navíos de sus enemigos o, por el contrario, puede conceder a todos aquellos que hayan conseguido su favor mares en calma y vientos constantes. Los peces se agolparán en las redes de sus amigos y al mismo tiempo huirán de las redes de sus enemigos; y además, sabe de los tesoros perdidos bajo las olas: como lingotes de oro, joyas inapreciables, fardos de especias, y mercancías similares de valor incalculable; y sabe en qué lugar bajo el cieno están enterrados los archivos y la sabiduría de las Ciudades Sumergidas y el botín que contienen, y las obras de arte antiguo, o la piedra tallada y el metal precioso. Si estos asuntos son tu elección, busca a Cthulhu pues, o a su Semilla y sus servidores.

El sombrío Hastur el Innombrable, que mora en Carcosa en las Hiades, es el primero y principal de los Poderes del Aire; con su ayuda puedes arrasar un bosque y derribar los muros de ciudades, llevando tormentas y pestilencia y torbellinos, para confusión de tus enemigos; o, por el contrario, puedes calmar los vientos del cielo, acallar la tempestad, y ordenar a los torbellinos que se queden quietos. Además Él, y su Semilla y todos sus servidores, te transportarán a los lejanos confines de la Tierra, o a distantes mundos entre las estrellas, si así lo deseas.

De los Poderes de la Tierra, Shub-Niggurath, la Madre Inmensa, gobierna los bosques y todo lo que mora en ellos, y conoce el lugar de

muchas cosas enterradas; además tiene potestad sobre la fertilidad de las mujeres y la potencia de los hombres, y puede dejar fértil o estéril a quien quiera; y Ella puede arruinar las cosechas y los huertos, o incrementar su riqueza. Y de sus hermanos, Tsathoggua el Negro y sus sirvientes guardan las catacumbas secretas bajo tierra y tienen conocimiento de todos los tesoros enterrados, o de las minas de oro y plata, y de las piedras preciosas que se esconden en los huecos de la Tierra, y de las tumbas secretas de hechiceros poderosos, a los que se puede invocar para conversar con ellos por medio de la vil nigromancia, para la mejora del conocimiento.

Y de los Poderes del Fuego, el príncipe es Cthugha el Ardiente, el que mora en la lejana Fomalhaut; y Él y su Semilla y sus servidores tienen poder sobre el fuego, y con Su favor puedes ordenar a las llamas que consuman la morada de un enemigo, o las ciudades de un contrario, o puedes detener a voluntad el fuego de un holocausto. Además, Cthugha conoce los secretos de la alquimia mística y de la transmutación de los metales, con la que se puede purificar en un crisol la escoria de plomo hasta convertirla en oro rojo fino. Y estos son los cuatro Elementos de los que se compone la Tierra y toda la Naturaleza, y Estos son los soberanos de estos elementos.

Existe un Quinto Elemento, como han teorizado desde tiempo ha los filósofos, que es el Éter: tenue e insubstancial es este Éter, y sus poderes y cualidades son desconocidos para todos menos para los iniciados más oscuros. Pero no es cierto, y muchas de las Antiguas Escrituras lo atestiguan, que algunos Dioses como YogSothoth o Nyarlathotep el Poderoso Mensajero o el mismo Azathoth, el Sultán Demoniaco, sean meros elementales de Tierra; tampoco son elementales de Éter, y los poderes que tienen a su disposición son asombrosos: porque conocen todo lo que ha sido, lo que es, y lo que será, porque habitan más allá del tiempo y fuera del espacio, y mucho es lo que se ha de aprender de Ellos.

4. Acerca de los tiempos y estaciones que deben observarse

Como has visto, aquellos a los que tal vez quieras invocar pueden ordenarse según los cuatro Elementos del espacio y la materia y el Quinto Elemento de la inexistencia infinita y eterna. Por tanto debes ser consciente de las ciencias estelares, para que realices adecuadamente los Rituales de Convocación en los momentos y estaciones más propicios. Por tanto te digo, ya quieras llamar a Aquellos que se Encuentran en el exterior o a su Semilla o a sus sirvientes, que debes anotar los tiempos en los que las esferas se cruzan y del vacío surgen influencias favorables. Por lo que sería sabio observar los ciclos de la Luna y anotar los movimientos de los planetas, observar al Sol en su trayecto por el Zodiaco y el auge o decadencia de constelaciones en el firmamento del Cielo. Los Ritos Definitivos solo deben ser realizados en las estaciones más propicias, y estos son los que vienen a continuación: en la Candelaria, el segundo día de la segunda luna; en Beltane, o la víspera de mayo; en la fiesta cristiana de San Pedro Ad Vincula, que cae en el primer día de la octava luna, en la fiesta de la exaltación de la Santa Cruz, el decimocuarto día de la novena luna, y en Todos los Santos, que es en la víspera de noviembre.

De las Manipulaciones del Éter

Puedes invocar al terrible Azathoth de manera más propicia cuando el Sol se encuentra en el Signo del Carnero, o del León, o del Arquero, y en aquellas estaciones en las que la luna disminuye y Marte y Saturno conjuntan sus poderes. Además, el poderoso Yog-Sothoth acudirá a tus encantamientos cuando el Sol haya entrado en la Casa de Leo y se acerque la hora del primer día de la octava luna. Y hay otro modo de invocar a Yog-Sothoth que revelaré en otro lugar.

De las Manipulaciones del Aire

En general es más sabio invocar a los Señores y Príncipes del Aire cuando el Sol está en Libra, Acuario o Géminis. Pero puedes invocar al terrible Hastur en la Noche de la Candelaria, cuando el Sol ha entrado en la Casa del Aguador y Mercurio es propicio. Esta temporada también es recomendable para convocar a Ithaqua, el Caminante del Viento y sus Semillas, Zhar y Lloigor.

De las Manipulaciones del Mar

Puedes llamar a los Príncipes de las Profundidades cuando el Sol se encuentra en los signos de agua de Cáncer, o Escorpio o Piscis; y debes suplicar al Gran Cthulhu, a su Semilla y a sus sirvientes, la Noche de Todos los Santos, cuando el Sol gobierna en la Casa del Escorpión y Orión se encuentra en su ascendente. Y cuando esa Noche caiga dentro del ciclo de la luna nueva, el Poder será aún más fuerte.

De las Manipulaciones de la Tierra

Los Elementales de Tierra son más sensibles a las órdenes de los adeptos cuando el Sol se encuentra en Tauro, o Virgo, o Capricornio, ya que estos son los signos de Tierra. Pero harías mejor en conjurar a Shub-Niggurath cuando los fuegos de Beltane ardan sobre la colina; con el Sol en la Segunda Casa, repite los Ritos en la fiesta de la Santa Cruz, que es cuando la Cabra Negra aparece con más frecuencia ante los hombres.

De las Manipulaciones del Fuego

Aquellos que son Poderes del Fuego hacen más caso de las invocaciones de los hechiceros cuando el Sol reside en los Signos de Aries, o de Leo, o de Sagitario, por que estos son los signos ardientes: en esas temporadas puedes suplicar mejor a Cthugha, o a los Vampiros de Fuego que son sus servidores, o a su líder, Fthaggua, o a Aphoon Zhab, su Semilla.

5. Acerca de los poderes de la Luna

Aunque el Sol gobierna sobre los Signos del Zodiaco, la Luna también ostenta grandes poderes, y su influencia no debe hacerse de menos o ignorarse. Si quieres invocar espíritus, o llamar a los muertos, o recuperar un tesoro perdido, o realizar algún ritual de Nigromancia, sería sabio que emplearas tu Arte cuando la Luna se encuentre en uno de los signos terrestres, como Tauro, o Virgo, o Capricornio. Y, del mismo modo, si quieres bendecir con fertilidad, o maldecir con esterilidad, o si quieres provocar lujuria y pasión lasciva en los corazones de las mujeres, o si

quieres volverte invisible para los que te rodean con Manipulaciones de Invisibilidad, harías bien en conjurar estos hechizos cuando la Luna ascienda a uno de los signos de Fuego, como Aries, o Leo, o Sagitario, salvo cuando quieras llamar a Shub-Niggurath para la realización de estos fines: ya que a ella se la suplica de modo más favorable bajo los signos terrestres, como ya he escrito antes, al ser uno de los Poderes de la Tierra y un Elemental.

Y en todas las obras de odio, o discordia, o destrucción, puedes conjurar sabiamente tus encantamientos cuando la Luna gobierne sobre uno de los signos de agua, como Cáncer, o Escorpio, o Piscis. Y ten siempre en cuenta que todas las manipulaciones de Hechicería que dependen de los signos de la Luna se realizan de manera más propicia en lunes, porque ese día en sacrosanto para la Luna; pero me extenderé en esta cuestión en otro lugar que no es este.

6. Acerca de los que Proceden del Exterior.

Como ya os he dicho, los Primigenios otorgan enormes poderes a aquellos hombres que los complacen; y estas Entidades temidas y horribles no son dioses ni demonios, sino que están más allá de las limitaciones del Bien y el Mal e incluso moran más allá de todas las fronteras del tiempo y el espacio: son inmortales, y eternos y perpetuos, y viven para siempre, ya que no están hechos de la materia que conocemos, ni tampoco son auténticos habitantes de este universo, sino que eran nativos de otro. Y sucedió que los Dioses los crearon para que fueran sus sirvientes y sus esclavos; pero los Dioses los crearon mejor de lo que creían, y a su debido tiempo ya contaban con un gran poder, y su inteligencia era sutil y astuta. Y en el tiempo que vino a continuación, sucedió que se rebelaron contra Aquellos que los habían creado, que eran los Dioses, y huyeron desde aquella región de la existencia, o dimensión del espacio, o plano del ser, en el que habían sido creados por Sus antiguos amos; y llegaron y entraron en este universo, y lo convirtieron en su imperio y dominio.

En el momento de su llegada a este universo eran pocos; pero como tenían motivos para temer la persecución de los Dioses, criaron seres cada vez más infames y poderosos para que engrosaran sus filas y reforzaran su poder. De entre estos, el último en nacer fue el Gran Cthulhu, que fue creado por Yog-Sothoth en la sombría Vhoori en lo más hondo de la vigesimotercera nebulosa; y este a su vez, en el lejano y telúrico Xoth, el pálido sol doble verde que refulge como un ojo demoniaco en la negrura que hay más allá de Abbith, se emparejó con Idh-yaa para engendrar asus Semillas, Ghatanothoa, e Ythogtha, y Zoth-Ommog, y Otra Más, de la que no me atrevo a hablar. Y se rumorea que el último en nacer de ellos fue Vulthoom, que ahora reside en el Mundo de las Lunas Gemelas.

Y entre ellos hubo quien decidió imperar sobre varias estrellas y mundos de este universo, pero muchos otros descendieron sobre esta Tierra, que algunos dicen que, en incontables evos anteriores, había formado parte de ese lugar en el que habían morado anteriormente bajo el dominio de los Dioses Arquetípicos. Y los Dioses finalmente fueron abandonados y engañados por sus esclavos, y juraron perseguir a sus vasallos rebeldes hacia cualquier región de la existencia a la que hubieran huido, donde caerían sobre los Primigenios y los atraparían con poderosos hechizos, y dejarían prisioneros eternamente a aquellos que se habían atrevido a desafiar a sus creadores. Y sucedió que los Dioses, tras abandonar el universo que habían gobernado eternamente, se dejaron llevar por su ira y siguieron hasta este universo a aquellos que habían sido sus servidores; y se detuvieron junto a esa esfera que llaman Glyu-Vho, que es de las estrellas del cielo, para vigilar este universo; y contemplaron coléricos que los rebeldes se estaban preparando para guerrear con ellos, por lo que se enfurecieron aún más, y entonces escogieron a uno entre ellos para ser el líder de su hueste; y Él les ordenó que asumieran una forma terrible, parecida a una Torre de Fuego, para caer sobre la Tierra y castigar a aquellos que se habían vuelto contra sus creadores.

7. El castigo de los Primigenios

Y los Dioses Arquetípicos supieron que el que había aconsejado imprudentemente a sus hermanos que resistiesen y se opusiesen con todas sus fuerzas a su llegada era Cthulhu. Y así fue, en verdad: ya que el Gran Cthulhu, que para entonces había establecido firmemente su dominio sobre todos los mares y océanos de la Tierra, y sobre todos los que moraban en ellos, había instado a sus hermanos a que no huyeran más de la ira de los Dioses, sino que se quedaran y enfrentaran su poderío con los venidos desde Glyu-Vho, ya que los Primigenios podrían salir triunfantes de ese conflicto. Cuando se supo esto, el Dios que tenía el mando de sus huestes, y a Quien se le había encargado el castigo de los rebeldes, juró que vencería a Cthulhu, y que lo derribaría, y lo encadenaría con grilletes irrompibles. Y nadie sabe con certeza si este era Lord Kthanid, al que el escriba llamó «La Eminencia Velada», o algún otro, como el cano Nodens, el Señor del Gran Abismo.

Y así descendieron sobre la Tierra en su poder y majestad, y vencieron a los Primigenios, y acabaron con su poder, y los dispersaron, y les encadenaron en mundos y estrellas lejanas, o en las malsanas y oscuras simas del Abismo; y contra esas cadenas los Primigenios lucharon con todo su poder, pero no consiguieron romperlas. Y la Eminencia Velada no olvidó su juramento de vencer y encadenar a Cthulhu, y se encontraron, y lucharon, y fue Lord Kthanid el que obtuvo la victoria.

Y entonces se hizo lo que había prometido antes, y aquellos a los que había desafiado lo tomaron, y lo arrojaron a las profundidades marinas, y le encerraron en la torre cubierta de percebes que se alza en medio de la gran ruina que es la ciudad sumergida (R’lyeh), y se le encerró en su interior con el Símbolo Arcano; y, enfureciéndose contra aquellos que lo habían aprisionado, atrajo de nuevo su ira, y, cayendo sobre él por segunda vez, lo dejaron como muerto, aunque soñando, bajo las aguas, y regresaron al lugar del que habían venido, que se llama Glyu-Vho, que se encuentra entre las estrellas, y vigilan la Tierra desde la estación en la que las hojas caen a la estación en la que se recogen las siembras. Y Cthulhu yace soñando eternamente, en su casa de R’lyeh, adonde se dirigieron nadando aquellos que le servían, superando todos los obstáculos, y se dispusieron a esperar su

despertar, porque no podían hacer nada contra el Símbolo Arcano y temían su gran poder; pero sabían que el ciclo volvía, y que quedaría libre para apoderarse de la Tierra de nuevo y convertirla en su reino, desafiando una vez más a los Dioses. A sus hermanos les sucedió algo similar; también fueron vencidos por los que habían desafiado y fueron arrojados al destierro; Aquel Cuyo Nombre No Debe Ser Pronunciado fue expulsado al vacío exterior que está más allá de las estrellas, y sucedió lo mismo con los demás, hasta que la Tierra quedó libre de ellos y aquellos que habían llegado adoptando la forma de Torres de Fuego regresaron de donde habían venido, y no se les volvió a ver en este mundo, y en toda la Tierra se hizo la paz, y perduró mientras los servidores de los Primigenios se reunían y buscaban el modo de liberar a los Primigenios, y esperaron mientras los hombres buscaban en los lugares secretos y prohibidos para abrir la puerta.

Y así durmió durante milenios, mientras que en la Ciudad Oscura, contra cuyas oscuras costas rompen las olas de nubes, el Innombrable rugía y se debatía en sus grilletes, y en la negra N'kai, en lo más profundo de los lugares secretos que se abren bajo la Tierra, el Ser Negro yacía encadenado, y Abhoth, el Impuro, también, y todos los demás, ya que no estaba dentro del alcance de su poder liberarse de las cadenas impuestas por los Señores de Glyu-Vho, y mientras pasaban los evos Ythogtha aúlla desde su Abismo, y Ghatanothoa desde su Monte, y Zoth-Ommog desde su Sima, que está bajo las aguas en la Isla de las Ciudades Sagradas de Piedra, y todos sus hermanos, incapaces de liberarse a sí mismos, y sedientos de esa libertad que alcanzarán con el paso de las eras, y la venganza que puebla sus agitados sueños es horrible más allá de la comprensión de las mentes mortales.

8. Acerca de lo que se prevé de su regreso

Pero no siempre será así, porque está escrito que el ciclo se completará con el tiempo y se librarán de sus ataduras y se alzarán de nuevo; pero aún no ha llegado la hora, y mientras tanto los Primigenios rugen de impotencia ante estas ataduras, y se debaten contra los grilletes adamantinos, y querrían

estar libres para gobernar como lo hacían antes; y de ellos, algunos quedaron encadenados en mundos y soles alejados de esta Tierra, y otros fueron arrojados a los abismos negros e impíos que se abren más allá del universo, y otros fueron expulsados más allá del propio universo, y lanzados contra ese Caos demente que hierve y arde eternamente en su turbulencia de pesadilla más allá de las fronteras de la materia y la energía, del tiempo y el espacio: y estos son los más grandes y poderosos potentados que gobernaban y dirigían a los Primigenios, exceptuando a Ubbo-Sathla, que se revuelca en Y'quaa, tan carente de inteligencia como su hermano, Azathoth, el dios idiota y ciego del Caos.

Y así fueron castigados los Primigenios por su monstruosa rebelión contra sus señores, que aún permanecen en Glyu-Vho y vigilan con cautela eterna para que los Primigenios no se liberen de sus grilletes, aparten el Símbolo Arcano y se alcen para hacer estragos y alimentarse.

Y está escrito que los Primigenios, con el tiempo, ayudarán a aquellos hombres lo bastante imprudentes o desesperados como para adorarlos, porque intentan que una brecha desde el exterior les devuelva su antiguo poder, y que todo vuelva a ser como antes en el Mundo Antiguo; pero hasta que llegue el momento de su redención, y las estrellas se alineen para su regreso, has de saber que esperan junto al portal, y que los que yacen esperando tienen una fuerza superior a la de las montañas, y su poder es majestuoso y terrorífico, para bendecir o exaltar o para maldecir y condenar a los Hijos del Hombre.

9. Los que Yacen Esperando

Y Azathoth es su padre; y Ubbo-Sathla el origen no engendrado del que salieron Aquellos que se opusieron a los Dioses que gobiernan desde Betelgeuse, los Primigenios que lucharon contra estos Dioses Arquetípicos; y estos Primigenios fueron instruidos por Azathoth, que es el dios ciego e idiota, y por Yog-Sothoth, que es el Todos-en-Uno y el Uno-en-Todos, y para el que no existen limitaciones en el tiempo o el espacio, y cuyos aspectos en la Tierra son 'Umr At-Tawil y los Antiguos. Los Primigenios

sueñan eternamente con ese tiempo venidero en el que volverán a gobernar la Tierra y todo ese universo del que forma parte; entonces Azathoth se alzará en su trono en el centro del Caos; Ubbo-Sathla despertará del abismo fangoso de Y'quaa donde se revuelca desde el principio de los tiempos; Nyogtha, el que Mora en la Oscuridad volverá a caminar sobre la Tierra; Daoloth hará pedazos sus velos; Byatis saldrá de su prisión; Ghatanothoa surgirá de Yaddith-Go bajo las olas; Chaugnar-Faugn despertará para alimentarse de nuevo, abominablemente; Glaaki irá a través de los ángulos inversos a Tagh-Clatur; el Gran Cthulhu se alzará desde R'lyeh; Hastur, Aquel Cuyo Nombre No Debe Ser Pronunciado, vendrá otra vez desde la estrella oscura que está cerca de Aldebarán en las Hiades; Nyarlathotep aullará eternamente en las tinieblas en las que mora; Shub-Niggurath, que es la Cabra Negra con un Millar de Retoños, se multiplicará sin cesar, y ejercerá su dominio sobre ninfas del bosque, sátiros, duendes, y la Gente Pequeña; Lloigor, Zhar e Ithaqua recorrerán los intersticios entre las estrellas y ennoblecerán a aquellos que son sus partidarios, los Tcho-Tcho; Cthugha recuperará su dominio desde Fomalhaut; Tsathoggua vendrá desde N'kai; Aphoom Zhah llegará desde Yaanek en el polo; Ran-Tegoth despertará y se alzará; el Padre Yig llegará desde el K'n-yan subterráneo donde habita; el impuro Abhoth saldrá de Voormithadreth; Yigg-Tsil surgirá igualmente de Abajo; Han se levantará desde la oscura y gélida Leng; Atlach-Nacha dejará sus telarañas, y también regresará Y'golonac; y Vulthoom saldrá de Ravormos, con todos los de esa Raza de la que Vulthoom no es más que el Hijo más joven.

3. El Libro de las Puertas

1. Acerca de los Mundos más allá de este Mundo, y de las maneras de viajar

Has de saber que este mundo nuestro no está solo en la infinitud del espacio, ya que hay miríadas de otros mundos entre las estrellas, y que la

vida se agarra tenazmente allí donde encuentra una base; y aunque sobre la Tierra hay hombres sabios, tanto en nuestros días como en las eras que ya no son más que polvo, los hay más sabios en otros lugares; y el hechicero debe buscar al maestro más sabio que pueda encontrar, aunque eso le obligue a buscar en regiones remotas y fabulosas más allá del mundo que conocemos. Y se pueden encontrar inteligencias más vivas, más antiguas y más sabias que las de los hombres en la Yaddith de los dholes, y en Ymar, y Yith; y en la Zaoth de los cerebros de metal, y en Abbith y la horrible Shaggai; y también en Kythanil y Zoth y la transgaláctica Stronti, y en la oscura Yuggoth que gira en el Borde: pero ¿cuál de los Hijos del Hombre ha contemplado siquiera a Yuggoth, y menos a los mundos que se encuentran más allá en el abismo vertiginoso y nauseabundo del dañino espacio infinito?

Es en Yuggoth donde moran los Exteriores, cuyo líder es N'gha-Kthun, y que son los servidores de Aquel Cuyo Nombre No Debe Ser Pronunciado. En la Tierra los hombres los conocen por el nombre de los abominables mi-go, y tienen la forma de lagartos con aspecto de crustáceos a los ojos de los hombres: pero en la oscura Yuggoth erigen ciudades pesadillescas de piedras monolíticas, recorridas por profundos canales similares a simas, por los que fluyen lentamente ríos de fluido negro viscoso parecido a la pez líquida. A veces los que sirven al Gran Hastur en el espacio estrellado visitan la Tierra y tienen comercios con los hombres, y algunos dicen que los lagartos crustáceos llegan a la Tierra por medio de sus torres, que son del imperecedero metal lagh que no siente el mordisco de los vientos negros y gélidos que soplan entre los mundos, mientras que otros dicen que vuelan llevando alas artificiales que baten contra las partículas de las que se forma la luz, como hacen sus hermanos, los Byakhee.

Pero no somos mi-go, sino seres mortales, y no podemos atravesar los abismos entre las estrellas impunemente o con facilidad. Hay, pues, otras sendas para visitar los mundos que giran eternamente en las tinieblas que están más allá de esta Tierra, sendas que pueden recorrer cómodamente los hombres. En Tenoph, que era una antigua y gran metrópolis en Mu antes del hundimiento de esta, se encontró la manera de dominar las Energías de D'horna-ahn, con las que se podía proteger a los cuerpos de los hombres

con envolturas de espacio plegado, llevándolos de este modo hasta las estrellas; y en Tond hablaban del Laberinto de los siete mil marcos de cristal y de los rostros que miraban desde el abismo de la quinta dimensión, pero pocos son los mortales que pueden pasar sin peligro por el marco número tres mil trescientos treinta y tres, donde las Bocas Muertas se abren y tragan; y poco se sabe hoy del Laberinto del que hablan los habitantes de Tond.

Y también hay un camino a Yuggoth que no pasa por los intersticios espaciales, sino entre ellos; pudiera ser que el viejo Tsathoggua llegara a través de los planos que hay entre los vacíos estelares, pero poco se sabe con certeza de esta vía, salvo que se encuentra más allá de la Zona de los Trece Colosos de Faveolate. También están los ángulos invertidos de Tagh-Clatur, que Glaaki tal vez utilizara para visitar la Tierra en la Antigüedad, pasando por Shaggai, Yuggoth y Tond: y esa vía no se ha perdido del todo del conocimiento de los hombres vivos, incluso en la oscura ignorancia de nuestros días. Y es que los sacerdotes secretos de Sebek y los hierofantes de la antigua Karnak en el pasado conocían el Misterio del Tagh-Clatur, y el modo y los métodos pueden aún ser descifrados de algunos viejos papiros robados de las sombrías tumbas del antiguo y oscuro Egipto.

2. Acerca de la vil nigromancia

Pero existen otros métodos mucho más seguros mediante los cuales el hechicero puede adquirir conocimiento del Saber Prohibido, y el dominio de este Arte, en los que no hace falta arriesgar la cordura de la mente y la vida del cuerpo en aventurarse hacia el caos aullador del abismo negro que boquea ávidamente entre las estrellas y los mundos de la infinitud; ya que puedes sacar de la Tumba de Hierba o del cerrado y sellado Sepulcro de Piedra a los Muertos eruditos y sabios que deben someterse a tu voluntad, hasta revelar sus secretos celosamente guardados y su saber más apreciado.

Y no tengas miedo de buscar la sabiduría en aquellos lugares donde es más fácil encontrarla, como dice el viejo Zósimo: El que persigue saberes prohibidos debe buscar en los lugares oscuros, porque solo del vientre de la

oscuridad nace la luz del conocimiento. Por eso te digo que, para la búsqueda de los secretos más recónditos, harías bien en aprender de los maestros más sabios, entre los que se encuentran los Magos Antiguos que han descubierto antes que nosotros el Misterio de la Muerte; por que has de saber que ni siquiera la Puerta Negra supone una barrera para aquel que haya alcanzado el dominio de las artes impías de la infame nigromancia.

Hay quien se encoge tembloroso cuando llaman a los muertos sin reposo, y otros que optarían por artes distintas y menos dudosas para adquirir los secretos de los Arcanos más escondidos y recónditos. Hay quien emplea la fórmula Dho que, repitiéndola muchas veces, permite que el Ojo Interno penetre en reinos lejanos, contiguos a las esferas que se encuentran más allá de lo mundano y en abismos profundos. Incluso hay otros que ingieren el jugo del Loto Negro y meditan ante el Signo de Koth, con lo que se abren las puertas del sueño a extrañas regiones, y a simas insólitas mucho más profundas; mientras que hay unos pocos que usan la droga Liao, que disuelve todas las ataduras del tiempo y el espacio, y, al hacerlo, permite a la mente liberada ver más allá del Velo. Y algunos dicen que gracias a este medio los más sabios de entre los sabios de la antigua Catay comprendieron la clave del misteriodel Tao que todo lo abarca. Y de estas materias hablaré más extensamente en el Libro III: de la droga Liao, y del peligro al que puede llevar al incauto; y de Koth y de su signo y de los peligros que los rodean; y de otras artes y prácticas con las que el hechicero puede obtener el paso hacia las profundidades de la Sabiduría Prohibida. De cada uno de estos asuntos hablaré más en el lugar adecuado, y en el momento preciso.

En verdad cada uno de los modos o métodos tienen implícitos sus propios riesgos, y los que beben del Loto Negro lo hacen con imprudencia, arriesgando sus almas inmortales (¡o tal vez desconozcan dónde florece el Loto Negro!), como los que se arriesgan a probar la horrible droga Liao, que corren el peligro de atraer a los terribles Perros de Tíndalos; con la mera escritura de ese nombre mi alma se estremece y mi mano se paraliza. Aun así, debe contarse.

3. El peligro que acecha más allá del Tiempo

Estate prevenido, ya que en todos esos viajes y periplos de la mente o del alma o del espíritu hay grandes y terribles peligros, desconocidos y nunca soñados por los hombres mortales. Sé cauto, para no penetrar demasiado en la negrura y el abismo insondable del vientre del tiempo infinito. Y es que más allá del Comienzo, y al otro lado, mora aquello de lo que no sospecha el hombre; y allí encontrarás un Reino extraño y amenazador donde acechan horrores ocultos y el Terror caza a la vista de todos sin que nadie pueda verlo; dicha región asombrosa y lóbrega tiene la apariencia y el aspecto de una orilla pálida, gris e indefinida, bañada por las perezosas olas del Tiempo inconmensurable e impensable. Y es allí, en una Luz terrible que está por encima de toda oscuridad, en medio de un profundo Silencio que chilla por encima de todo sonido, donde Ellos se escabullen y merodean con su aspecto horrible, esclavizados con un hambre repugnante e indecible hacia todo lo que es limpio y sano e inmaculado.

Sí, pero está más allá del alcance de mi pluma describir el auténtico y verdadero aspecto de los flacos y famélicos Cazadores, los hambrientos e innombrables Devoradores, aunque en algunos mitos antiguos se les simboliza de manera vaga y ambigua: incluso los griegos de antaño tenían un nombre para ellos, aunque ocultaba y velaba su vileza impura y esencial. ¡Iä! ¡Hastur! Son enjutos y espantosos; y los hombres despiertan en ellos un hambre cósmica; y todo lo que es repugnante e infame y abominable en la Naturaleza no es más que su sombra, su eco, y su recuerdo. Cuando la Caza ha comenzado son terribles, e igual de tenaces y directos que incansables e inevitables.

Corren y se deslizan por el espacio de los ángulos, de modo furtivo pero sin desviarse de su trayecto, y sin que nada les apacigüe; son los Cazadores del Más Allá, y acerca de ellos hay poca cosa que los sabios de los tiempos pasados se atrevieran a escribir para que lo leyeran hombres menos sabios y prudentes que ellos. Porque conocerlos es hacer que sus formas furtivas y descarnadas acechen tus sueños; e incluso soñar con ellos es, como dice

Eibon, atraerlas hacia ti. Se deslizan y corren con facilidad por el espacio angulado, y solo pueden avanzar con dificultad por el espacio curvo, del que se compone nuestro universo.

4. Aquellos que Ayudan a los Devoradores Innombrables

Hay extrañas afinidades que quedan más allá de nuestra comprensión mortal que unen y atan a esos seres en una camaradería impía, para peligro y condenación eterna y perpetua de los hombres. Y siguiendo con los Devoradores Innombrables del Abismo de Más Allá del Tiempo, hay quienes ayudarán a estos flacos y famélicos seres a pasar a través de las barreras del espacio curvo, para rastrear a su desesperada presa. Los dholes de Yaddith son unos de ellos, y es que los dholes les ayudarán a entrar allá donde te estés ocultando, si es que los Cazadores siguen tu rastro. Ellos, los dholes, y los nug-Soth, que son sabios y hechiceros, y que habitan la lejana y espantosa Yaddith de los Cinco Soles, son los servidores y secuaces de Shub-Niggurath, la Madre Inmensa, la Cabra Negra del Bosque con el Millar de Retoños.

E incluso hay otros que habitan en los lugares ocultos y secretos de esta Tierra nuestra que prestarán ayuda a los Cazadores del Más Allá para atravesar las dimensiones y entrar en el espacio curvo; y estos son la Gente Pequeña del Bosque, que sirven a la Madre Inmensa en esta esfera; en efecto, todos los que sirven y son leales a Shub-Niggurath los ayudarán a rastrearte hasta tu guarida. Y en especial los Sátiros, ya que pueden atravesar el espacio mediante los Círculos Escarlatas como pocos vástagos de la Cabra Negra pueden hacer, mientras que los Nug-Soth pueden viajar por los abismos negros entre los mundos estelares y cubrir las asombrosas distancias entre los planos y las dimensiones del espacio en sus envolturas de rayos de luz, de lo que saben poco los hombres mortales; y, en cuanto a los dholes, está escrito desde antaño en los Libros Prohibidos que persiguen las mentes durmientes de los hombres y las rastrean a través de sus propios sueños, ya que también ellos sienten extraños apetitos y se nutren

abominablemente, pero de un modo que por fortuna desconocen los hombres. Pero sobre cosas como esta no es bueno especular.

Se dice que había una manera conocida antiguamente para evitar la llegada de seres como los Cazadores del Más Allá, pero ese método, que en tiempos conocieron únicamente los más sabios de entre los sabios, se ha perdido para nosotros con el paso de las eras interminables, y los hombres lo han olvidado. No obstante, lo describiré aquí, ya que los hechiceros conocen la forma y los lineamentos de esto, pero no el método o modo de empleo.

[Ilustración: El Sello de Tíndalos].

Los hombres lo llaman el Sello de Tíndalos por esa región más allá del Tiempo de la que proceden los Cazadores; pero se ha perdido en la ruina de los ciclos anteriores cómo se empleaba el talismán en el pasado. Por tanto, permanece vigilante, ya que una vez que hayan olfateado tu rastro te perseguirán a lo largo de los evos y a través de los intersticios sombríos entre las estrellas. ¡Iä! ¡Hastur! Son flacos y están hambrientos: ¡cuídate de los Perros de Tíndalos!

5. Acerca de Tíndalos y de sus Perros

Y en aquel lugar más allá del abismo del Tiempo cuya naturaleza secreta han ocultado los sabios detrás del nombre de Tíndalos, se cometió en una ocasión un acción terrible e incalificable: antes de que el tiempo existiera, y antes incluso del Principio de todo, se realizó esta acción; y de esa terrible e innombrable acción surgieron los seres malvados que son los Perros de Tíndalos. Y toda la maldad del universo está concentrada en sus cuerpos escuálidos y hambrientos, y olerán tu rastro si te acercas demasiado, y te perseguirán, porque ansían en nosotros todo lo puro e inmaculado. Están más allá de toda bondad o maldad, ya que son de Aquello que en el principio de las cosas perdió su pureza; y a causa de la acción de la que no me atrevo a hablar se convirtieron en cuerpos muertos vivientes y receptáculos de toda infamia. En las esferas por las que corren

incansablemente no hay raciocinio ni acción, ni moral ni significado, ni bien ni mal: solo Aquello que es puro y Aquello que es impuro.

Y la absoluta vileza de aquel lugar se expresa a través de los ángulos, mientras que lo puro se expresa mediante las curvas del espacio: por eso solo se deslizan lentamente por el espacio curvo pero no por el espacio con ángulos. No tienen cuerpo de acuerdo con nuestra interpretación de la palabra, y se mueven interminablemente a través de los monstruosos ángulos del espacio y te perseguirán si te perciben en una intrusión más allá del tiempo.

Y te darán caza, gruñendo famélicos e insatisfechos, por lejos que huyas: y después volverán después de su banquete impío aún famélicos e insatisfechos, a ese lugar vil que ya existía al Principio, antes que el tiempo existiese o que el espacio fuera creado por Aquel que creó el espacio. Sé cauto, pues, con la droga Liao que disuelve todas las barreras del tiempo y el espacio y permite otear Más Allá; el que la bebe más de lo que la necesita suele caer presa de las hambres cósmicas de los Perros de Tíndalos. Pero puedes emplear las repeticiones de la fórmula Dho que permite al hechicero extender su visión interior hasta visualizar regiones lejanas y fabulosas más allá de los mundos y estrellas que conocemos.

6. Si quisieras alzar a los Muertos

Por tanto te digo que si quisieras aprender de los muertos que no reposan, no les busques mediante estos métodos. Puedes invocar a algunos para conversar con ellos mediante el ritual que llamamos el Aklo Sabaoth; aunque este rito es vano para algunos fines, ya que solo es irrebatible desde la Colina, no desde el Aire. Y las fórmulas entre la Yrr y la Nnnyrr abrirán Portales a ciertas regiones donde el Tiempo no existe en absoluto y todo lo que se ha hablado desde antaño sigue resonando, pero en una cacofonía monstruosa en la que apenas puede discernirse nada entre los murmullos infinitos e interminables. Aunque de todos los métodos de los que tengo cierto conocimiento, el mejor y menos peligroso es el que aprovecha las impías artes de la horrenda Nigromancia; por tanto escucha atentamente y

atiende a mis palabras, porque revelaré un misterio importante que queda más allá de la sabiduría de hechiceros menos principales que yo.

Busca la tumba o sepulcro de aquel que quieras alzar, y lleva contigo a ese lugar solitario un ayudante o acólito, y ordénale que ingiera una cantidad suficiente de hidromiel dorada, para que entre en trance. Deberías asegurarte de que el que te acompaña en este acto no te sea querido, sino alguien del que puedes prescindir sin dolor: porque el que convoques desde más allá de la Puerta Negra tendrá una horrible necesidad de la fuerza vital de tu acompañante, y puede dejarle seco.

Una vez hecho esto, rodea la tumba del que vas a alzar con una línea de polvo azul de Voor, que después debes prender; y a continuación debes trazar con la Cimitarra de Barzai en un círculo aún mayor alrededor del lugar de descanso del muerto todos los Signos de Hnaa entre el tercero y el decimotercero. Una vez hechas estas cosas como se indica en esta página, sitúate en el nodo este del círculo exterior, con tu acompañante o acólito situado dentro del círculo de Voor, ponte frente a la cabeza de la tumba y pronuncia el siguiente Ritual:

> Aquel que conoce el emplazamiento de R’lyeh,
> Aquel que conoce el secreto de la lejana Kadath,
> Aquel que guarda la llave a Cthulhu;
> Con la Estrella de cinco puntas,
> Con el Signo de Kish,
> Con la aprobación de los Dioses:
> ¡Que regrese!

7. Para expulsar a lo que has llamado

Si recitas el Ritual de Invocación tres veces, y si con cada adjuración que completes trazas con la cimitarra de Barzai sobre el suelo delante del sepulcro el símbolo de Kadishtu, la aparición cobrará forma lentamente encima de la tumba, tomando carne y sustancia y formándose lentamente como un ser de vapor de agua, extrayendo la fuerza vital de tu acólito

cuando lo necesite. Cuando haya acabado de formarse, entonces y solo entonces podrás dirigirte a él; y responderá todas tus preguntas según su conocimiento. Cuando hayas sabido del Fantasma todo lo que deseas saber y todo lo que sea capaz de enseñarte, pronuncia su Expulsión:

> Vuelve ahora al lugar de donde procedes, N_____, por el Poder del Signo de Kish y por la Autoridad de los Dioses Arquetípicos:

Y muéstrale el Signo que habrás preparado previamente como te he indicado antes. A partir de entonces la aparición de nuevo se dispersará lentamente, y puede volver al lugar donde está enterrado aquel al que querías interrogar; tal vez quieras alzar a uno del que se desconoce su lugar de enterramiento, o se encuentra en un lugar al que no puedes llegar fácilmente. En ese caso no puedo ofrecerte ningún consejo, más que decir que, eligiendo juiciosamente entre los muertos famosos y célebres, habrá, como verás, muchos que puedes alzar para beneficio de tu sabiduría. ¡Iä! ¡Nyarlathotep! Los muertos guardan muchos secretos de los vivos, para riesgo suyo y agotamiento nuestro.

8. Acerca de los Signos de Hnaa

Los sabios de antaño dicen de estos signos de Hnaa que fueron copiados por la semilla de Ubbo-Sathla, el Origen No Engendrado, en los días de la brumosa y sombría Creación; y que fueron grabados en las piedras y tablillas de los Archivos Antiguos, los cuales robó Ubbo-Sathla en los evos más remotos de aquella biblioteca de los Dioses que desde antiguo está en un mundo sin luz cerca de la estrella Celaeno en las Pléyades; y fue por este Robo por el que los Dioses dejaron caer su ira para destruir y acabar con los Primigenios, cuya paternidad comparte Ubbo-Sathla con Azathoth, el Sultán Demoniaco.

Y fue en las tierras del sueño de la Tierra, o en alguna extensión de las mismas, donde los sacerdotes de Ubbo-Sathla, o de alguno de sus descendientes, se los legaron a los hombres mortales. Estaban escritos en

los Siete Libros Crípticos de Hsan, ¿pero quién había encontrado una copia de ese antiguo volumen? Fue el Profeta Hnaa (el mismo que venció al Profeta Kish, y que sacó de la ciudad condenada de Sarnath en el País de Mnar a los discípulos de los Dioses de los que procedía), quien transmitió los signos a los Hijos de los Hombres.

Y hay quien dice que los caldeos conocían los Signos de Hnaa desde hacía mucho, y que Zaratustra los llamaba, en sus Escrituras, Los Cincuenta Nombres; sea cual fuere la verdad de este asunto, los Sabios han escrito que son Sellos de los Dioses, nombres verdaderamente poderosos y terroríficos que concedieron a Aquel de Entre Ellos que venció y aplastó a los Primigenios cuando la Tierra era joven. No puedo decir si esto es cierto o no: ¿quién, de entre nosotros, sabe algo de los Dioses de antaño, que moran en lugares remotos, y que no suelen mezclarse en los asuntos de los hombres? Pero hay algunos, a los que se considera sabios, que llaman a los Signos de Hnaa los Sellos de Kthanid, dados a aquel señor para su triunfo sobre las criaturas del Caos, ya que estas eran un enemigo terrible y poderoso; y, como se escribió antaño,

> La Semilla del Caos exige un precio terrible,
> Una chiquillo muerto o el sacrificio de una virgen,

Y por ello eran al tiempo los detestados y aborrecidos enemigos de los hombres y los oponentes de los Dioses de antaño, y hombres y Dioses descansaron alborozados cuando los vástagos de Azathoth fueron vencidos y aplastados, a manos de Kthanid o de algún otro.

Aquí están los Signos de Hnaa, que algunos han llamado los Sellos de Kthanid.

9. Acerca de las Puertas de los Sueños

Y entre los hechiceros de esta Tierra están los que evitan la práctica de las artes de la infame nigromancia, y los buscadores de sabiduría que preferirían encontrar su objetivo más allá del mundo de la vigilia, en las tierras del sueño contiguas a él. Y el secreto de este arte es uno que debe

enseñarse únicamente al experto, y debe ocultarse al novicio y al estudiante; por tanto debo envolver mi mensaje en términos ambiguos y simbólicos, cuya verdad solo sea discernible para el iniciado. Pero si eres uno de los que quiere atravesar las puertas del sueño y aventurarse más allá del mundo despierto, debes bajar por los Setenta Escalones del Sueño hasta el templo-caverna de los Dioses del Sueño donde dos sacerdotes, Nasht y Kaman-Tha, atienden eternamente la Columna de Fuego que arde en medio de la oscuridad sepulcral del lugar; y has de saber que estos sacerdotes no son verdaderos hombres, y nunca lo fueron.

Y es que este templo no está lejos de las puertas del mundo de la vigilia y a él se llega fácilmente desde allí; y después debes bajar los Setecientos Escalones de Ónice y atravesar las Puertas del Sueño Profundo, desde donde saldrás a un bosque sombrío que los soñadores conocen por el nombre de Bosque de los Zoogs. Desde ese bosque encantado debes encontrar tu propio camino; pero sé cauto, ya que viven por allí los Zoogs y los otros habitantes de ese país sospechoso, como los wamps y los gugs y los ghasts de zin y los gules, y toda suerte de seres, que no son ni amistosos ni hostiles hacia el hombre, y entre ellos hay quien nos considera una golosina.

Y queda también advertido de que en estas tierras del sueño más allá de las Puertas del Sueño Profundo, la distancia y las medidas tienen poco sentido, y que queda más allá de las capacidades de la carne ir de un lugar a otro en línea recta, ya que allí todo es curvo y circunstante; camina con cuidado y busca la senda, y la encontrarás.

Y también hay otro modo con el que puedes al menos percibir aquello que está más allá de las ataduras del mundo material, sin que tu cuerpo deba sufrir riesgo alguno; un medio por el que puedes apartar a un lado el velo y escudriñar otros reinos de la existencia que impregnan nuestro plano y penetran en él, y que permanecen invisibles e imperceptibles para los hombres mortales, y también desconocidos. A este método se le llama el Ritual de la Campana, y se emplea una campana de plata que lleva inscrita en su borde una cierta clave espacial, que debe escribirse de acuerdo con las runas de Nug-Soth o las antiguas letras de Aklo, ya que aquel que mira Más

Allá a veces también puede ser visto por Aquellos que tienen en ese reino su morada.

10. Acerca de Koth y del Signo de Koth

Hay un signo que algunos soñadores que han llegado muy lejos han visto estampado sobre la arcada de una torre negra que se alza únicamente durante el crepúsculo, y que es el Signo de Koth. Proporciona una fuerte protección a aquel que quiera franquear las puertas del sueño sin ser molestado; además, es una llave que abre alguna de las puertas hacia mundos de penumbras. En la antigüedad había una ciudad llamada Koth, que también es uno de los Dioses Menores del Sueño. Pero ningún hombre puede decir quién construyó la ciudad, o durante qué época olvidada, pero lleva mucho tiempo muerta y derruida, también sus negros muros ciclópeos, y las malignas ciudadelas negras, a las que nunca ha llegado un mortal excepto uno, y para su desgracia.

En las tierras del sueño de la Tierra se encontraba la infame Koth, o más bien en su mundo subterráneo, más allá de las cumbres grises y amenazadoras de los famosos Picos de Throk, y más allá del lúgubre Valle de Pnath donde vive Shuggob; y más allá del terrible reino de los gugs, esos gigantes peludos y prodigiosos que levantan círculos de piedra en el bosque y hacen extraños sacrificios a Aquel al que adoran horriblemente, del que son sirvientes y cómplices; y más allá de las criptas de Zin donde se ocultan los sigilosos y horrendos ghasts, que evitan la luz del día; más allá de todo esto se alza la Torre de Koth.

Si alguna vez te aventuras en estas peligrosas tierras, y quieres ver la Torre Negra por ti mismo, y el sello críptico que hay sobre ella, harías bien en dejar el Abismo en Sarkomand, esa ciudad desierta en los valles helados bajo Leng, donde unas escalinatas negras vigiladas por leones alados de diorita llevan desde la tierra del sueño a las Simas Inferiores. Allí debes superar el gran muro que rodea el reino de los gugs y deslizarte por ese reino crepuscular en una hora en la que los temibles y gigantescos gugs estén saciados y soñolientos, y buscar la torre central, que es la de Koth. La

conocerás en cuanto la veas, ya que en todo ese bosque de enormes monolitos cubiertos de liquen, y en medio de esa magnífica vista de torres colosales, redondas y sin ventanas ascendiendo hacia el crepúsculo gris del mundo subterráneo, hay una torre más grande, y encima de su puerta colosal hay un símbolo monstruoso en bajorrelieve que es el Signo de Koth.

11. El Ritual de la Llave de Plata

Y algunos de los que osan aventurarse en la sombría y ambigua tierra de los sueños prefieren no emplear el Signo de Koth sino, en su lugar, el Ritual de la Llave de Plata, y las puertas correspondientes. Mucho más allá del velo de vigilia y sueño que separa esta Tierra de las sospechosas regiones contiguas, hay reinos que son de algún modo colindantes con ciertas esferas y abismos y regiones transmundanas, e infinitamente lejanos en el tiempo y el espacio, más allá de la medida del hombre mortal. Y si tienes el valor necesario, realiza entonces el Ritual de la Llave de Plata, el cual encontrarás escrito por completo en mi Libro de los Rituales; y tendrás que pasar a través de las Puertas de la Llave de Plata, que es el nombre de leyenda de ese portal sospechoso. Son como una turbulencia en el tiempo y el espacio, un vórtice en el tejido sin perspectiva del éter, una puerta que se abre al Más Allá, hacia esa región donde se encuentra una tierra desconocida e inexplorada por los geógrafos de la Tierra, y de una época que no puede averiguar ningún historiador.

De este modo habrás abierto una puerta a este mundo, pero no es la puerta definitiva; no, solo es una puerta pequeña y menor que lleva hasta una extensión de la Tierra que está fuera del tiempo y más allá del espacio; y desde la que, en el momento adecuado, la puerta definitiva se abre horrible y peligrosamente hacia el Vacío Exterior que se encuentra más allá de esta Tierra, y todas las demás Tierras, todos los universos, y toda la materia.

Y allí en el Portal encontrarás que espera eternamente un guía, cuyo rostro —¡si es eso lo que tiene!— permanece oculto perpetuamente. Este guía es imponente y terrible, más allá de la imaginación de los hombres; y

es que él era una entidad de la Tierra hace muchos millones de años cuando el mundo estaba recién moldeado a partir de la materia informe del caos. Y esto fue evos antes de que el hombre fuera soñado siquiera por Aquellos que lo crearon, cuando sombras inconcebibles y terroríficas se movían pesadamente a través de las nieblas humeantes del Mundo Antiguo, para erigir extrañas ciudades ciclópeas sobre cuyas ruinas abandonadas jugarían algún día los primeros mamíferos de la historia.

Y sin duda era un mago y hechicero poderoso del Mundo Antiguo, en aquellas épocas lúgubres, distantes y extrañas de las que sabemos poco, y nada que sea bueno, y sé de corazón que toda su alardeada maestría le sirvió de poco en cuanto se atrevió a aventurarse más allá de las Puertas de la Llave de Plata, y se encontró cara a cara con Aquel que espera a los intrusos incautos que no han sido invitados.

12. 'Umr at-Tawil

No deberías osar pasar más allá del velo de esta manera, a la ligera y movido por el capricho o la curiosidad, porque el velo del que hablo fue puesto en su sitio por un motivo, que es el siguiente: para servir de barrera entre esta Tierra y sus moradores y Aquel que espera en las regiones exteriores. Ya he hablado un poco antes de Aquel Que Espera Más Allá; y aún diré más al respecto.

No deberías aventurarte allí a la ligera, digo, porque de nuevo aquí, como en otros asuntos de los que ya te he instruido y advertido, el aventurarse tiene muchos peligros tácitos y desconocidos.

Y tampoco deberías aceptar los servicios de este guía, por mucho que lo necesites; porque sería mucho mejor para la salud del cuerpo y del alma y para la cordura de tu mente que te perdieras y vagaras eternamente por las regiones extrañas y lúgubres de la extensión de la Tierra en el supertiempo que aceptarle como tu guía. Considérate advertido y escucha mis palabras de aviso: aunque algunos lo han hecho y no han sufrido daño alguno, puede que tú no salgas de allí tan fácilmente como ellos.

Y aunque hay quienes se han atrevido a mirar más allá del velo, y a aceptarle como guía, habrían sido más prudentes si hubieran evitado cualquier comercio con él, porque está escrito en el Libro de Thoth cuán terrorífico es el precio por una simple mirada. Ni tampoco vuelven siempre aquellos que atraviesan el velo, porque en la inmensidad que trasciende a nuestro mundo hay Sombras de Tinieblas que secuestran y capturan. El ser que se arrastra en la noche, el mal que desafía el Símbolo Arcano, el rebaño que monta guardia en el portal secreto que se sabe que tiene cada Tumba, y lo que se sustenta con aquello que crece en sus inquilinos: todas esas maldades son menores y menos terribles que el que vigila el Portal: el que guiará al imprudente más allá de todos los mundos hasta el Abismo de los Devoradores Innombrables. Porque Él es ’Umr-at-Tawil, el Más Anciano, al que el escriba llamó El de Vida Alargada.

En aquel abismo olvidado del tiempo, en la bruma primordial del Mundo Antiguo, él, como tú, se atrevió a aventurarse más allá del Velo que separa este mundo del siguiente, y atravesó las Puertas de la Llave de Plata, y fue allí, en aquellas regiones desoladas y monótonas y ambiguas que se encuentran más allá de las puertas de la Tierra, en aquellos reinos sombríos e ilusorios que lindan con mundos y regiones y planos de existencia aún más extraños, donde se encontró con Aquellos que sirven al que está Más Allá, que es el inconcebible Yog-Sothoth, el Todos-en-Uno y Uno-en-Todos.

Allí se aposentaban eternamente sobre tronos de muchos ángulos encima de pedestales de piedra ultratelúrica aquellos que son los servidores y secuaces del que Acecha en el Umbral: Ellos, a los que el escriba llama los Antiguos. En esa hora terrible, en su momento más apurado, no contó con guía ni con guardián; pero logró huir del Destino que le tenían reservado Aquellos que guardan eternamente el Portal Último que lleva más allá de los universos de materia, porque entregó su ser al servicio de Yog-Sothoth, y finalmente se convirtió en el más importante de los Antiguos y en su líder. Y permanece por siempre en la puerta para servir a aquellos que quieran pasar por ella imprudentemente; y el Destino que aguarda a aquellos que osan aceptarlo como guía no se puede describir con palabras, de lo terrible que es.

13. Acerca de la apertura de la Puerta a Yog-Sothoth

Por tanto, deberías ser cauto con este método para dominar los entresijos de la sabiduría, por las muchas y buenas razones que ya he mencionado, porque aquellos que se aventuran más allá de las Puertas de las Llaves de Plata no suelen volver a pisar la Tierra. Y de nuevo te digo que de los muchos modos y medios con los que puedes acercarte a la Sabiduría Prohibida, el menos arriesgado para tu vida y el menos peligroso para tu alma es la infame Nigromancia. Aunque hay algunos, y son muchos, que prefieren los cristales de adivinación, o cristales de hechicero, en los que se pueden conjurar apariciones fantasmales, para conversar con los espíritus sabios y poderosos de hombres muertos y enterrados mucho tiempo atrás. Pero hay otro modo, y te aconsejo que escuches atentamente mis palabras.

Y es que si quieres aventurarte más allá de la puerta para buscar la sabiduría en su mismo origen, y preguntar por ella a Aquel que mora en esos lugares, te aconsejo que te prepares debidamente. Y es que, en verdad, poco sabemos de los otros universos que hay más allá de la puerta que guarda Yog-Sothoth. Nadie puede contar nada de aquellos que atraviesan la puerta y terminan viviendo en nuestro mundo, aunque Ibn Schacabao habla de los seres que salen arrastrándose del Abismo de S’glhuo, a los que se puede reconocer por el ruido que hacen. En aquel Abismo las palabras son ruidos, y la materia tal y como la conocemos no es más que un olor para ellos; y las notas de nuestras flautas en este mundo pueden crear belleza o engendrar abominaciones en S’glhuo. Y es que las barreras entre los mundos menguan, y cuando percibamos un sonido sin origen tal vez estemos mirando a los moradores de S’glhuo. Pueden hacer poco daño a los habitantes de la Tierra, y solo temen a la forma que un sonido determinado puede crear en su universo. Y si quisieras ayudar a los moradores de S’glhuo a atravesar la puerta, puedes emplear esa fórmula que los hechiceros llaman el rito mao, por las letras de Nug-Soth y por el poder del Sello negro de Irahn.

Pero cuídate de Aquellos que yacen esperando un poco más allá de los portales del tiempo y del espacio, y cuídate también de aquellos que son sus siervos y secuaces: como los gugs, y los ghasts, los byakhee que vuelan desde la oscura Yuggoth en el borde, los antiguos y la gente pequeña del bosque, los dholes y los nug-soth; porque siempre serán los enemigos del Hombre, y de todas las obras y sueños del Hombre, y como tales siempre causarán a su paso muerte y condenación y destrucción.

En la ciudad de Thenoph y en la ciudad de Koth, en la horrible Yaddith y en Tond, en los Picos de Throk y en las Criptas de Zin, en el Abismo de S'glhuo y en el Valle de Pnath, en las Puertas de la Llave de Plata y en Tíndalos Más Allá del Tiempo, el peso terrible de su mano siempre se alzará contra aquellos que son como tú y yo, buscando un Desquite sombrío y terrible; por tanto, quedas advertido.

14. El Noveno Verso que convoca a Yog-Sothoth

Al que persigue la sabiduría se le aconseja que la busque entre Aquellos que son más viejos y sabios que los hombres. Y entre los más sabios y principales de los que hablo está Aquel del que 'Umr at-Tawil no es más que esclavo y favorito: Yog-Sothoth, Aquel Que Lo Sabe Todo, porque él lo es Todo; en verdad, el Todos-en-Uno y el Uno-en-Todos.

Él es como un conglomerado de esferas relucientes, mucho más extraño que como le han imaginado los hombres. Pero si te atreves, cuando quieras convocar a Yog-Sothoth debes esperar hasta el momento en el que el Sol se encuentre en la Quinta Casa, con Saturno alineado; entonces dibuja el Pentagrama de Fuego sobre la Tierra y canta tres veces el Noveno Verso. Repetirás este verso cada Fiesta de la Cruz y Fiesta de Todos los Santos, y el Ser aparecerá en la Esfera Exterior, y acudirá a la hora prefijada.

El Noveno Verso
¡Iä! ¡Iä! ¡Yog-Sothoth!
Ygnaiih, ygnaiih, thflthkh'ngha
Yog-Sothoth y'bthnk h'ehye—

¡eh-ya-ya-ya-yahaah!
E’yayayayaaaa ngh’aaaa
Ngh’aaa h’yuh, h’yuh
¡Yog-Sothoth ngh’aaa!
N’gai, n’gha’ghaa, bugg-shoggog,
Bugg-shoggog, y’hah;
Yog-Sothoth, Yog-Sothoth,
¡G’nnha ‘nyaaa!

Si te fallara el Noveno Verso, recurre entonces al Cántico Largo del Libro de los Ritos.

15. Acerca de Aquellos que Proceden del Exterior y de Sus Semillas

Sí, mucho antes de que hubiesen hombres sabios sobre la Tierra, como he dicho, ya existían Aquellos Otros que no eran hombres y que eran infinitamente más sabios, porque tampoco debe pensarse que el hombre es el más antiguo o el último de los amos de la Tierra; no, ni que la mayor parte de vida y de sustancia está sola. Los Primigenios eran, los Primigenios son y los Primigenios serán. No en los espacios que conocemos, sino entre ellos, caminan de manera serena y primordial, sin dimensiones e invisibles a nuestros ojos. Yog-Sothoth conoce la Puerta, porque Yog-Sothoth es la Puerta; Yog-Sothoth es la Llave y el Guardián de la Puerta. Pasado, presente, futuro: todos son uno en Yog-Sothoth. Sabe por dónde penetraron en nuestro tiempo los Primigenios, y por donde regresarán cuando llegue el momento hasta que se complete el Ciclo. Sabe por dónde han caminado en la Tierra, por dónde aún caminan, y por qué ningún hombre puede contemplarlos cuando lo hacen. Los hombres a veces pueden percibir su presencia por su olor, pero ningún hombre puede reconocer su semblante, salvo en los rasgos de aquellos que han engendrado entre la humanidad; y de esos vástagos hay varias especies, que se diferencian de la imagen verdadera del hombre por la forma que no se ve ni se toca que está en ellos.

Caminan invisibles y repugnantes en los lugares solitarios donde se han pronunciado las palabras y se han aullado los ritos en sus correspondientes estaciones. Los vientos gimen con sus voces; la Tierra murmura con su consciencia. Arrasan los bosques, y aplastan la ciudad, pero ningún bosque o ciudad puede contemplar la mano que los destroza. Kadath en el Yermo Helado los ha conocido, pero ¿qué hombre sabe de Kadath? El desierto helado del sur y las islas sumergidas del océano tienen piedras en las que está grabado su sello, pero ¿quién ha visto la ciudad congelada o la Torre Sellada de la que cuelgan guirnaldas de percebes y algas marinas? El Gran Cthulhu es su primo, y puede espiarlos pero débilmente. ¡Iä! ¡Shub-Niggurath! Los conocerás por su fetidez. Su mano está en tu garganta, pero no los ves, aunque hayas vigilado el umbral de su estancia. Yog-Sothoth es la Llave de la Puerta donde se encuentran las esferas. El hombre gobierna donde Ellos gobernaban: y volverán a gobernar pronto donde el hombre gobierna ahora. Después del verano llega el invierno, y tras el invierno viene otra vez el verano. Esperan pacientes y poderosos, ya que imperarán de nuevo, y nadie se les podrá oponer en su llegada y todos serán sus súbditos. Y aquellos que saben de las Puertas serán obligados a abrir la vía para ellos y les servirán como deseen, pero aquellos que abran el camino inconscientemente disfrutarán de muy poca vida más.

Y esta puerta de la que Yog-Sothoth es tanto Llave como Guardián, y donde están unidas y lindan todas las esferas, ¿no es la misma Puerta eterna por la que los Primigenios se arrastraron hasta la Tierra en una era más remota y olvidada? Y es que en los Libros Secretos está escrito que los Primigenios esperan eternamente en la Puerta y la Puerta está en todos los lugares en todos los momentos, porque Ellos no saben nada del tiempo ni del espacio, sino que están en todos los lugares y en todos los momentos a la vez, sin parecer que lo estén. Y el que Abre el Camino es Yog-Sothoth, que reina eternamente; y de quien dice Eibon en su libro «Lo que ha sido, lo que es y lo que será: todo es uno en Él».

16. Algo acerca de las Puertas que se Abren Hacia el Más Allá

Y los Hijos del Hombre les considerarán horribles, dice el sabio; y también está escrito acerca de Aquellos Que Proceden del Exterior que, aunque hay algunos entre Ellos que pueden asumir toda clase de formas y rasgos diferentes, y cualquier rostro, a veces se puede identificar el horror de su auténtico semblante y aspecto en los lineamentos de aquellos que han engendrado con carne mortal, y que tales semillas, aun siendo terribles de contemplar, no son tan espantosas como los rostros de Aquellos que los han engendrado. Y que Su hedor, que resulta extraño a las fosas nasales, y similar al de algo muerto y podrido hace mucho, no se disimula con facilidad, y por ello a veces puedes saber cuando uno de Ellos anda cerca.

Ellos esperan más allá del Portal y son pacientes en su acecho, porque saben bien que llegará el momento en el que las antiguas estrellas volverán a alinearse y que está cerca la hora de su liberación. En cuanto a estos portales, o puertas, están por todas partes; pero la primera fue aquella puerta que yo, Alhazred, dejé entreabierta como ya he relatado anteriormente, en Irem, la Ciudad de los Pilares, la Ciudad Bajo las Arenas. Pero en cualquier lugar que los Hijos del Hombre alcen las piedras y pronuncien tres veces las Letanías Prohibidas, harán que se establezca una puerta y que se abran los portales; y servirán para Aquellos que Llegan A Través de la Puerta, como los dholes de Yaddith, y los abominables mi-go, y el pueblo tcho-tcho, y los profundos, y los gugs, y los nahag, los voormis, los aihai, los gules y los ghasts que moran en las criptas primordiales de Zin.

Porque muchos y multiformes son aquellos que sirven a los Primigenios como secuaces suyos, y siempre acechan cerca de las puertas y en los lugares escondidos y secretos donde se encuentran aprisionados sus maestros en aquellos lugares oscuros y recónditos de la Tierra donde yacen y duermen, intentando romper las cadenas que les atan. Sí, se enjambran dentro de los lugares nocturnos y malditos de encarcelamiento de los Primigenios como mares de gusanos sobre una herida ulcerada, los valusianos, y las sombras descarnadas de la noche, y los yuggya, y los miri nigri, y los gélidos, y los byakhee que atraviesan los espacios estelares con sus poderosas alas, y la gente pequeña del bosque, y los viles shantaks que vigilan Kadath en el Yermo Helado y la Meseta de Leng.

17. Acerca de Leng y de sus misterios

Acerca de esta Leng, algunos dicen que se encuentra en las tierras del sueño de la Tierra y que solo se visita en sueños gracias al poder del Signo de Koth, pero he escuchado que otros cuentan que se encuentra lejos en los eriales congelados del Polo antiboreal, y hay quien insinúa que Leng puede encontrarse en el centro negro y secreto de Asia. Pero, aunque no se ponen de acuerdo en su ubicación, no he oído a nadie decir nada de Leng que sea bueno para los oídos del hombre.

Está escrito de Leng que en esa tierra gélida y oscura se encuentran muchos mundos, porque es colindante con dimensiones alternativas a la nuestra; y entre aquellas arenas desoladas y sin pisar, y colinas heladas, y cumbres negras acechadas por el horror, hay extraños Portales hacia el Más Allá; y seres procedentes del Exterior que a veces se extravían a través de las puertas y se quedan acechando en las nieves terrenales, volviendo después a sus esferas desconocidas e innombrables, tras saciarse en horribles banquetes en los que no me atrevo a pensar. Eso dicen: pero yo creo que la fría y terrible Leng forma parte tanto de otros mundos como de este, y representa, como si dijéramos, una mitad de un mundo, un puente entre los mundos.

Cuentan que el viejo Ilathos, un hechicero de Lomar, se aventuró allí, más allá del desierto Bnázico y a través del valle de Pnor, poniendo gran cuidado en evitar sus terribles criptas, y que con el tiempo llegó a una tosca torre de piedra en medio del erial, en la que moraba desde hacía mucho tiempo un sacerdote cuyo semblante invisible siempre permanecía oculto tras una máscara de seda amarilla. Está escrito en los Cilindros de Kadatheron que conversaron durante largo rato en aquella torre solitaria y de mala fama, el mago lomariano y aquel que llaman el Hierofante Mayor, pero se ha borrado toda relación de lo que allí hablaron, y los Cilindros de Kadatheron están en blanco, y ningún hombre sabe por qué.

Pero en mis viajes y periplos no he visto Leng, salvo en mis sueños, y solo repito aquí los frívolos cuentos que otros me han insinuado al oído. El

que quiera saber el secreto de Leng, el que quiera caminar por los senderos desolados y solitarios de Leng, tendrá que aventurarse en ella si conoce el camino.

18. Acerca de la próxima llegada de los Primigenios

En otro lugar ya he escrito cómo esta Tierra nuestra cayó en este universo o plano o existencia desde el Exterior, y cómo se la disputaron en un conflicto largo y calamitoso entre Aquellos de Yith y los polares, que eran los descendientes de los Primigenios del Más Allá. Todos son hijos de los Dioses, pero la gran raza de Yith y los Primigenios no lograron ponerse de acuerdo, ni entre sí ni con los Dioses, lo que hizo que los Primigenios tomaran posesión de la Tierra mientras la gran raza, tras regresar desde Yith, ocupaba su morada en el futuro de la Tierra aún desconocido para aquellos que pueblan hoy la Tierra; y allí esperan hasta que vengan de nuevo los vientos y las voces que les expulsaron antes: y a Aquel que camina eternamente sobre los vientos de la Tierra y en los intersticios que hay entre las estrellas.

Después de la marcha de los de Yith los Primigenios no retuvieron durante mucho tiempo su control sobre este planeta, porque los Dioses cayeron sobre esta Tierra con toda su terrible furia: pero de esto, también, ya he hablado en otro lugar, mientras que aún no he hablado del advenimiento de los Primigenios.

Sobre la llegada de los Primigenios de las estrellas está escrito en el Libro de Eibon que el primero en llegar fue el Ser Negro, Tsathoggua, que llegó desde la oscura Cykranosh no mucho después de la creación de la vida en este planeta. Tsathoggua no llegó a través del espacio entre las estrellas, sino por las dimensiones que se encuentran entre ellas, y el lugar de su llegada a este planeta fue el oscuro y subterráneo Abismo de N’kai, en cuyas umbrías profundidades permaneció durante incontables ciclos, como dice Eibon, antes de aparecer en el mundo superior. Y el siguiente en venir fue el Gran Cthulhu, y todas sus semillas de la lejana Xoth, y los profundos y los horribles yuggs que son sus servidores: y Shub-Niggurath de la

Yaddith de pesadilla, y todos los que la sirven, incluso la gente pequeña del bosque.

Pero no todos los Primigenios engendrados por Azathoth en el principio vinieron a esta Tierra, y es que Aquel Cuyo Nombre No Debe Ser Pronunciado acecha eternamente en ese mundo oscuro cerca de Aldebarán en las Hiades, y fueron sus hijos los que descendieron en su lugar. Del mismo modo, Cthugha escogió como morada la estrella Fomalhaut, donde engendró al terrible Aphhom Zhah; y Cthugha aún mora en Fomalhaut, junto los vampiros de fuego que le sirven; pero Aphoom Zhah descendió sobre esta Tierra y mora en su reino helado. Y el terrible Vulthoom, ese ser horrible que es hermano del negro Tsathoggua, descendió sobre el moribundo Marte, planeta que escogió como su dominio; y aún duerme en la Sima de Ravornos bajo la ciudad derruida por el tiempo de Ignarh-Vath; y está escrito que un día o una noche para Vulthoom es como mil años para los hombres mortales. Y en cuanto al gran Mnomquah, tomó como residencia los espacios cavernosos que se encuentran bajo la corteza de la Luna; y allí vive, revolcándose en las fangosas olas del Lago Negro de Ubboth en la oscuridad Estigia de Nug-yaa.

También está escrito de aquellos que son vástagos de Azathoth y no moran en lugares secretos de la Tierra que cuando los Primigenios llegaron desde las estrellas en el brumoso principio trajeron con ellos la imagen y el parecido de sus hermanos. De tal guisa, los exteriores que sirven a Hastur el Innombrable llevaron el Trapezoedro Brillante desde la oscura Yuggoth en el Borde, donde había sido creado con extrañas artes en los días previos a que la Tierra hubiese albergado vida por vez primera. Y fue a través del Trapezoedro Brillante, que es el talismán del temido Nyarlathotep, que los Primigenios invocaron en su ayuda el poder del Caos Reptante en su momento de mayor necesidad, cuando los Dioses llegaron para demostrarles su furia.

Del mismo modo, fueron los profundos los que trajeron a este mundo a Byatin, la serpiente barbada hija de Yig, donde fue adorada, primero por los oscuros valusianos antes de la aparición del hombre sobre este planeta, y posteriormente por los habitantes de la antigua Mu. Y es que los Primigenios habían previsto el día y la hora de su apuro, cuando debían

convocar a su lado a aquellos hermanos que habían tomado como morada mundos lejanos, y para ello habían traído aquellas imágenes. Poco queda que conozca el hombre de estas imágenes estelares; se dice que fueron traídas mediante extraños talismanes, y que los brujos y hechiceros de esta esfera terrenal no son considerados dignos por los Primigenios para la revelación de estos secretos.

Pero se rumorea en algunos libros antiguos y prohibidos que un poder imponente acecha dentro de esas imágenes, y que a través de ellas, como a través de ventanas en el tiempo y en el espacio, se puede invocar a Aquellos que moran lejos, como se hizo cuando, a su debido tiempo, los dioses descendieron enfurecidos sobre este mundo. Y hay quien adora a los primigenios mediante sus imágenes y representaciones, pero debes ser cauto con estas cosas, porque las imágenes pueden ser extrañas, y se sabe que a veces beben las vidas de los que las manejan imprudentemente, o de quienes intentan convocar a esta esfera a aquellos que están lejos y no deben ser perturbados. Tampoco está dentro del alcance de los hombres destruir tales imágenes, y muchos que buscan su destrucción encuentran su propia aniquilación; pero el Símbolo Arcano tiene un gran poder contra dichas imágenes de más allá de las estrellas, aunque debes cuidarte de no ser consumido y tragado, hasta tu propia alma inmortal, en el conflicto que estalla entre Aquello a lo que invocas para destruir la imagen de Aquello que duerme lejos. Porque como con todas las cosas que una vez pertenecieron a los Primigenios, o que sufrieron el roce de Sus Garras, son malsanas e infecciosas y perturbarán los sueños de los hombres volviéndolos horribles; eterno es el Poder del Mal, e infinito en su contagio; y el Gran Cthulhu aún tiene influencia sobre las mentes y los espíritus de los hombres, aunque yazga encadenado y hechizado, atado con los grilletes del Símbolo Arcano, y su mente abominable y maligna propaga las semillas oscuras de la locura y de la corrupción en los sueños y pesadillas de los durmientes, para que las imágenes procedentes de las estrellas infecten vuestras horas nocturnas con visiones de horror, y terror y desesperación. ¡Iä! ¡Cthulhu! Está escrito que seducen y destruyen a los hombres a través de sus sueños.

19. Los Que Abren el Camino

Por lo tanto, te digo de nuevo que en todos los tratos y comercios que quieras tener con estos seres, asegúrate de tener un gran cuidado. Porque siempre serán enemigos del hombre, en Yaddith y en la gélida Leng, en la derruida Ignarh-Vath y en la destruida Irem de los Pilares, en la Sima de Ravornos y en la Sima de Nugyaa, en Ephiroth y en Yith, y siempre debe saberse que

> Junto a la Puerta por siempre acechan,
> Y a los locos imprudentes esperan.

4. El Libro de las Expulsiones

1. Acerca de las invocaciones de Aquello que No Puedes Devolver a Su Lugar

El hechicero debe, sobre todas las cosas relacionadas con este Arte, estar prevenido contra la tentación del orgullo en su dominio de las Ciencias Impías, y no debe convocar a aquello que es más fuerte que él, y que no puede enviarse fácilmente de vuelta al lugar donde mora. Acerca de este asunto está escrito en los Manuscritos Pnakóticos «Cuídate de llamar a aquello que es más grande que tú mismo», recordando el destino de aquellos que invocaron al gusano que Roe en la Noche; lo mismo que había escrito Eibon en su capítulo acerca de los Shaggai, de la acción imprudente y sus consecuencias. Y por tanto te digo que no llames a quien no puedas devolver a su lugar, si ese «quien» es alguien que pueda lanzar algo contra ti, contra el que no sirven ni los artefactos más poderosos. Pregunta a los menores, por si los mayores se niegan a contestar, o te enseñan más de lo que puedes contemplar, o lanzan sobre ti aquello ante lo que eres tan frágil

como el junco en la tormenta, y contra lo que no te sirve de nada tu cacareada maestría; en la lucha posterior agotarías tu fuerza en vano, para terror de tu mente y peligro de tu cuerpo y condenación eterna de tu alma.

En esto, te digo, el hechicero debe tener un cuidado extremo, y debería recordar la desgracia del sarraceno, Yakthoob, del que ya he escrito en mi Libro de Episodios, y debe prepararse ante la eventualidad más extraordinaria y terrible con todas las protecciones que permita el Arte. Y de entre aquellos con los que el hechicero está más deseoso de hablar, queda advertido que los peores son aquellos que moran entre los vapores mefíticos de las criptas subterráneas y las malolientes y profundas Simas de la Tierra. Y es que, como aconseja Ibn Schacabao, la mayoría de los habitantes del subsuelo son elementales de la Tierra, y su fuerza es grande y prodigiosa, como la de la propia Tierra. Y no se les expulsa con facilidad una vez que los has conjurado desde la inmundicia oculta de sus moradas abismales y subterráneas; por tanto, no debes llamarlos a la ligera ni por capricho, sino cuando sea estrictamente necesario. El más tozudo y recalcitrante de todos ellos es Tsathoggua el Negro, a quién una vez llamé en mi juventud loca e imprudente en las secretas y prohibidas Catacumbas de Nefren-Ka, que se encuentran bajo el valle oculto y cerrado de Hadoth junto al Nilo, cerca de aquel terrible santuario suyo cuyo nombre ha olvidado la historia: ese templo-tumba construido en honor al sombrío Nyarlathotep, el Lugar de los Monos Ciegos donde Nefren-Ka ata las hebras de la verdad y teje en una piedra eterna un tapiz que cuenta todo lo que está por venir. Pero de estos asuntos terribles he hablado en otro lugar.

Una vez invocado, el Señor de N’kai se sentó ante mí en toda Su vileza imbécil, y cuando ya hube sabido todo lo que ansiaba conocer no quiso marcharse. Consciente del terrible e indecible destino de Tirow Ompallion, del que había escrito en la antigüedad el hierofante Atlanteano, luché en vano por sacarlo del Círculo y devolverlo a las profundidades abismales y terroríficas de las entrañas de la legendaria Voormithadreth, donde ha morado desde hace incontables evos. En vano pronuncié la Expulsión Menor, y luego la Mayor; en vano lo amenacé con la ira de los dioses que gobiernan desde Betelgeuse, y en vano le mostré la estrella de cinco puntas; nada lo sacaba de su perezosa y haragana somnolencia, desde donde me

contemplaba recreándose con una mirada maligna, hasta que se me ocurrió que por encima de todas las cosas del cielo y de la tierra los Elementales de Tierra temen a los elementales de Fuego; con lo cual, sabiendo que Fomalhaut se encontraba en aquella hora en el horizonte, pronuncié la Invocación a Cthugha, que es Ph'nglui mglw'nafh Cthugha Fomalhaut n'gha-ghaa naf'l thagn, ¡Iä! ¡Cthugha!, que, cantada tres veces, traía al Ardiente desde lejos, o a sus servidores, a los que se conoce como vampiros de fuego: con lo cual, y a toda prisa, el Ser Negro se marchó del círculo en el que había estado sentado vilmente, para marcharse a la fétida y negra N'kai. Si hubiera recordado la supremacía de Azathoth en aquel momento de apuro, quizá me habría atrevido a emplear esa autoridad trascendente contra el que es su subalterno y secuaz, pero en aquel momento no me acordé del Sultán Demoniaco. Porque aunque estuviese confinado desde hacía mucho en la Negrura Exterior y careciese de razón y habla, y sus torturadores le hubiesen cambiado su imagen, aún regía sobre los Primigenios, y, como Azathoth gobierna del mismo modo que lo hacía cuando contaba con su forma bivalva, su nombre somete a todos, desde los íncubos que frecuentan Tond a los servidores de Y'golonac. Pocos pueden resistirse al poder del nombre de Azathoth, e incluso los cazadores de la noche más negra de Yuggoth no pueden vencer el poder de Su Otro Nombre: pero de este asunto no me atrevo a hablar. Hay ciertos nombres que los hombres no deben pronunciar en voz alta, ni escribir para que los lean otros.

2. Acerca de las diferentes formas de ejecutar la Expulsión

Cuídate, pues, de tener a mano los medios para expulsar del círculo a Aquellos que hayas llamado; los cuales, casi siempre, se someten a la Expulsión sin mostrarse reacios, salvo en el caso de los elementales de Tierra, como Tsathoggua o su progenie, cuyo componente más temible es Aquel al que el antiguo mago hiperbóreo había llamado El Que Acecha en el Abismo Rojo, ya que se revuelca eternamente en lo más hondo de Yoth, que está bañada en una luz rojiza y está cerca de la negra N'kai que es la

morada de su terrible señor. Los hombres también le conocen como El Morador en la Oscuridad, ese hermano de los Primigenios llamado Nyogtha, Aquel que No Debería Existir. Puede ser llamado a la superficie de la Tierra a través de ciertas cavernas y fisuras secretas, y los hechiceros lo han visto en Siria y bajo la Torre Negra de Leng; y ha salido a veces de la gruta de Thang de Tartaria para causar estragos y llevar el terror y la destrucción entre los estandartes del Gran Khan. Solo por medio de la Cruz Doblada, el encantamiento de Vach-Viraj, y el elixir de Tikkoun puede ser devuelto a las negras cavernas inmundas en las que mora, en las que se retuerce y se desliza en toda su repugnancia asemejándose a una ameba negra y viscosa. Si te empeñas, llama a Nyoghta, pero bajo tu propia responsabilidad, y ten a mano los instrumentos necesarios para ejecutar la Expulsión, de los cuales el más potente y poderoso es el encantamiento de Vach-Viraj, que, en la antigua Senzar, conocen todos los hechiceros pero han olvidado todos los hombres, y es Ya na kadishtu nilgh're stell'hsna kn'aa Nyogtha, k'yarnak phlegethor, ka gna ril'krii, pishtao, ghaahgr'ng, ¡Iä! ¡Nyogtha!, el cual, repetido nueve veces con Sirio en el ascendente, lo devuelve a su nauseabunda guarida.

Contra éstos hay muchos símbolos y sellos que ofrecen gran protección al hechicero, aunque algunos maestros de antaño los encontraron escasos e impotentes para servir a su necesidad. De los Símbolos Escarlata ya hablaré en otro lugar, y del pentagrama Pnakótico que no está relacionado con este asunto sino con otro, aunque a su manera ambos son fuertes contra los poderes de la oscuridad, y algunos dicen que la cruz del Nazareno les proporciona una fuerte defensa; y es que la cruz no es un agente pasivo. Protege a los puros de corazón, y a menudo ha aparecido en el aire sobre nuestras ceremonias, confundiendo y dispersando a los poderes de la oscuridad y anulando nuestros ritos y conjuraciones. Pero es mucho menos poderosa en nuestras manos que cuando la esgrimen los nazarenos, por razones de su Fe en aquello que simboliza la cruz; y por mi parte, yo evito su uso, ciñéndome a la estrella de cinco puntas, para las Expulsiones Mayores, y, en la necesidad más extrema, a la invocación de Fuerzas Contrarias, como cuando empleé el terror que siente Tsathoggua hacia Cthugha, como ya se ha mostrado anteriormente.

En este asunto, recuerda que casi todos los Primigenios son rivales, y están celosos del poder y del dominio de sus hermanos, y pueden ser enfrentados entre sí por el que tenga el conocimiento necesario y sea lo bastante astuto, como los Elementales de Fuego se oponen a los de la Tierra por su propia naturaleza, y los del Mar son adversarios de los del Aire; y lo mismo sucede con aquellos que los sirven, por lo cual el hechicero sabio puede enfrentar a los Profundos que sirven al Gran Cthulhu y a los yugs que son los secuaces de Ythogtha y Zoth-Ommog, su vástago, contra los byakhee que son los servidores con alas de murciélago de Hastur el Innombrable, y que lo sirven entre los intersticios estelares, y los mi-go que lo sirven en este mundo y también en Yuggoth. Igualmente puedes confrontar a la gente pequeña que adora a Shub-Niggurath, y los antiguos que sirven a Yog-Sothoth, y las sombras descarnadas de la Noche que veneran al Caos Reptante, ya que todos ellos son elementales de Tierra, contra Rlim Shaikoarth y los seres gélidos que sirven a Aphoom Zhah, y los Vampiros de Fuego de Fthaggua que moran en Ktynga cerca de Antares y sirven a Cthugha, ya que todos son Elementales de Fuego. Todas son fuerzas terroríficas de desatar; terrores que proceden del tiempo y horrores cósmicos de más allá de las esferas y las estrellas y del propio espacio, y no es recomendable que los hombres mortales las invoquen. Tampoco es nada prudente enfrentar a esos poderes entre sí: cuando los Primigenios guerrean con toda su furia y rabia, ¿de qué vale la fuerza de un hombre?

3. Acerca de Ib, y de la Venganza

Hay un talismán supremo y soberano que proporciona una defensa eterna contra estos seres terribles y horrendos, y es ese poderoso sello del que hablan los Cilindros de Kadatheron y que recibe el nombre de Sello de Sarnath, pero al que en esta era llamamos Símbolo Arcano, ya que representa el sello de la autoridad de los dioses que reinan desde la lejana Betelgeuse y que a veces han recorrido los lugares oscuros y solitarios de esta Tierra como torres de llamas vivientes. Y acerca del mismo, además, está escrito en el Papiro de Ilarnek que el primer humano surgió del fango

primordial del Mundo Antiguo en las regiones cercanas al Polo boreal, pero el Papiro no dice si fue en Hiperbórea o en Lomar. Pero cuenta cómo, en los años inmemoriales cuando el mundo era joven, los primeros hombres llegaron hasta la tierra de Mnar, y que eran un pueblo pastor que llegó allí conduciendo a sus rebaños, y que en esa tierra fundaron las ciudades de Thraa y Alarnek y Kadatheron en el río Ai, y que junto a las orillas del lago de aquella tierra, que se llamaba Thune, pusieron las primeras piedras de la ciudad que la leyenda recuerda como Sarnath la Condenada.

Junto al lago de Thune había permanecido durante incontables evos otra ciudad, que era la ciudad de piedra gris de Ib: Ib era tan vieja como el propio lago, y estaba poblada con seres desagradables de contemplar, que no procedían del germen del hombre. Se recuerda en los Cilindros de Kadatheron que los seres de Ib eran fríos y flojos de carnes, con la carne tan verde como el agua del lago Thune, y carentes de habla, y dados a una adoración malsana de una abominación de piedra verde, que se llamaba Bokrug, ante la que danzaban horriblemente cuando la luna aparecía gibosa, y ante cuyos altares hacían sacrificios repugnantes para los hombres; por lo tanto, los hombres de Sarnath no tenían comercio alguno con los seres sin lengua de Ib, y terminaron temiéndolos, y el temor pasó a ser terror, y el terror acabó siendo odio.

A su debido tiempo apareció un profeta entre los hombres de Sarnath, llamado Kish, al que recordamos como el Profeta de los Dioses, ya que Aquellos que Reinan desde Betelgeuse le hicieron revelaciones, diciendo «¡Cuidaos del pueblo de Ib, hombres de Sarnath!, porque han llegado a esta tierra desde ciertos lugares cavernosos de la Luna mientras el hombre salía del fango, y el ser de agua al que adoran de manera abominable es otro distinto al que creéis, y el nombre Bokrug no es más que una máscara, detrás de la que acecha un horror más antiguo». En cuanto los hombres de Sarnath escucharon al Profeta de los Dioses maldijeron a los seres de Ib que se revolcaban ante la abominación Bokrug, y también por otra razón, por los niños que salían de los muros de Sarnath y caminaban cerca de las sombrías puertas de Ib para nunca regresar. Al final los hombres de Sarnath fueron a la guerra contra Ib, y derribaron sus puertas y destrozaron sus muros, y pasaron a cuchillo a todos sus habitantes. Y, en su odio, hundieron

en el lodo todos sus altares y templos, porque vieron que las garras palmeadas de piedra del ídolo Bokrug estaban manchadas de rojo, aunque por las venas de los seres de Ib solo corría un fluido negro putrescente, como los guerreros de Sarnath ya sabían de sobra.

A continuación Kish desapareció y se dijo que se lo habían llevado los dioses, pero ningún hombre sabía si a Celaeno o a Betelgeuse; y durante mil años a partir de entonces Sarnath prosperó con gran gloria entre las ciudades de Mnar, y en su orgullo y valor los reyes de Sarnath se mofaron de la abominación Bokrug, y enfurecieron a aquel que se escondía tras ese nombre. Pero en el reino de Nargis-Hei apareció entre los hombres de la tierra de Mnar uno que afirmaba ser Kish, y que predicaba acerca de una conjunción desastrosa e inminente de planetas que era un terrible presagio para Sarnath y sus hombres, y que juraba que los designios advertían que la venganza de Ib estaba a punto de llegar; pero en aquellos días pocos fueron los hombres de Sarnath que escucharon a Kish, y muchos se burlaron de él, para su desgracia.

Los cilindros de Kadatheron callan el destino que sufrió Sarnath; de la venganza de Ib no dicen nada los papiros de Ilarnek. Pero está escrito en el Testamento de Kish que en los últimos días de Nargis-Hei sucedería aquello que había advertido el profeta, y que el sacerdote Gnai-Kah fue el primero en ver unas sombras impropias moviéndose en la luna gibosa, y brumas malsanas saliendo del oscuro lago Thune; después llegó la noche, y los hombres de Sarnath no vieron la mañana siguiente, porque ninguno vivió para ver el amanecer.

4. Acerca de la estrella de cinco puntas esculpida en piedra gris

Aunque el destino predicho por Kish había caído sobre los hombres de Sarnath, hubo quienes siguieron al Profeta de los Dioses para salvarse de aquello que salió de las verdes aguas del lago, y de aquello que vino desde los lugares escondidos de la Luna. Aquellos que escucharon las enseñanzas de Kish caminaron bajo la salvaguarda de los dioses y llevaron con ellos el Símbolo de Protección que los Dioses habían mostrado a su profeta. Kish

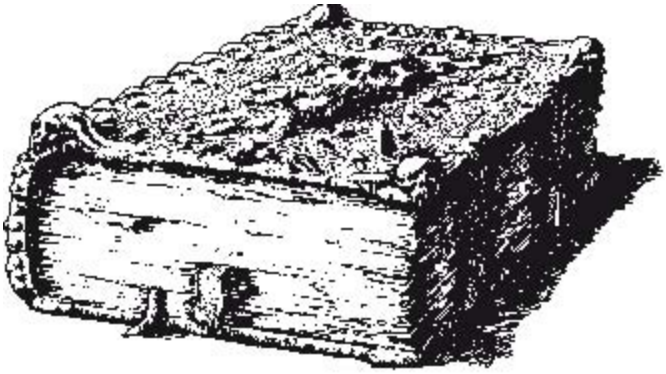
enseñó a su pueblo a coger las pequeñas piedras grises de Mnar y labrar en ellas el Sello de los Dioses, que tiene la forma de una estrella de cinco puntas, en mitad de la cual hay un símbolo similar a un óvalo o cartucho, abierto en ambos extremos, en cuyo interior hay una columna o torre de fuego; y el Testamento de Kish indica que todos los que llevaban este símbolo escaparon ilesos de la Destrucción de Sarnath; y también está escrito que este talismán de piedra, que tiene el aspecto de un ojo dentro de una estrella y al que llamamos Sello de Sarnath, y también Símbolo de Kish, pero principalmente Símbolo Arcano, sirve a los hombres como protección contra aquellos que proceden del exterior y todos los demás seres malignos hasta nuestros días.

Y este es el significado del Símbolo Arcano: aunque la maldición de los Primigenios ensombrezca al mundo y a todos los que en él viven, no hay maldición que no tenga cura, ni enfermedad para la que no exista remedio. Los Dioses moran alejados de los asuntos del hombre, pero no nos han abandonado a la ira de aquellos que proceden del Exterior y sus servidores abominables: en el interior de la estrella de cinco puntas esculpida en piedra gris de la antigua Mnar hay armadura contra brujas y demonios, contra profundos, dholes, yuggs, voormis, tcho-tcho, mi-go abominables, Shoggoths, Valusianos y todos esos pueblos y seres que sirven a los Primigenios. El que posea la estrella de cinco puntas verá que es capaz de mandar sobre todos los seres que se arrastran, nadan, se deslizan, caminan o vuelan, pidiéndoles incluso que se dirijan al origen de donde no se regresa. Tendrá poder en la tierra de Yhe y en el gran R’lyeh, en Y’nanthlei y en Yoth, en Yuggoth y en Zothique, en N’Kai y en K’n-yan, en Kadath en el Yermo Helado y en el Lago de Hali, en Carcosa y en Ib; pero del mismo modo que las estrellas se desvanecen y enfrían, que los soles mueren y los espacios entre las estrellas crecen, también mengua el poder de todas las cosas, de la piedra en forma de estrella de cinco puntas y de los hechizos conjurados sobre los Primigenios por los dioses benignos; y llega una época, como ya llegó en su momento, en la que se cumplirá el presagio del pareado.

Que no está muerto lo que yace eternamente

Y con los evos extraños incluso la muerte puede morir.

Pero ese momento no ha llegado aún; y la piedra de estrella de Mnar, marcada con ese sello que es el Símbolo Arcano, aún se mantiene fuerte ante la furia de los que están aprisionados, y contra las artimañas de los servidores y secuaces que quieren liberar a sus amos. Y con el poder de la piedra de estrella el Hechicero caminará sin miedo por los lugares solitarios de la Tierra en todo momento y en toda estación, y también en los mundos que están más allá de este, y en todos los reinos y regiones contiguos a él: en Sarnath y en Ephiroth, en el abismo de Y'quaa y en el abismo de Ravornos, en Shaggai y en Yaddith, en Leng y en el valle de Pnath, en el Mundo de los Siete Soles y en Zoth, en Lomar y en Mhu Thulan, en Irem, la Ciudad de los Pilares y en Alaozar donde moran los tcho-tcho; entra sin miedo a los seres o criaturas que sirven a aquellos que proceden del exterior, y ni los gules, los shantaks, las sombras descarnadas de la noche, los gélidos, los byakhee, los miri nigri, los aihai, ni los vampiros de fuego pueden suponer peligro alguno o dañar a aquel que lleva con él la piedra de Mnar.



Los lectores del relato de August Derleth «La Garganta más allá de Salapunco» (uno de los episodios de El rastro de Cthulhu) a menudo deben de preguntarse qué siniestros secretos acechan detrás del título de un libro de los Mitos mencionado en esa historia, «El Manuscrito de Sussex». En el artículo de Edward P. Berglund «¿Qué era El Manuscrito de Sussex?» en el nº 35 de Crypt of Cthulhu (1985), el intrépido investigador Berglund relató su intento fructífero por localizar no solo los hechos que se ocultaban detrás del título (que ya se sabían gracias a «La habitación cerrada», de la colección H. P. Lovecraft: Los Libros, de Lin Carter), sino el propio libro. «El Manuscrito de Sussex» resultó ser un manuscrito fantásticamente elaborado, único e iluminado, encuadernado en piel, a cargo de un tal Fred L. Pelton de Lincoln, Nebraska. Los herederos de Pelton cedieron el texto a Berglund. Derleth había considerado seriamente la posibilidad de publicar la obra de Pelton dentro del sello Arkham House. Por eso hace referencia a él en «La Garganta más allá de Salapunco», para estimular el interés de los lectores y aumentar las ventas cuando apareciese. Solo que no apareció. Derleth envió la obra maestra de Pelton a su colega editor de Arkham House Donald Wandrei para que le diese su opinión. Wandrei le desanimó sin dejar lugar a dudas: «Es un muy buen ejemplo de su género, pero es que no merece la pena entrar en ese género (…). Fundamentalmente es un refrito del mito de Cthulhu, y como tal tiene varias pegas, y cada una de ellas presenta un problema insoluble, un dilema. La primera pega es que un mero refrito del mito no añade nada que no esté ya en Lovecraft, y por tanto

es una pérdida de tiempo bastante vana. La otra pega es que un intento de explicar con demasiado detalle los mitos no genera algo sublime, sino algo ridículo (…). Desde luego es todo un homenaje al vigor duradero de la imaginación de HPL que tantos donnadies quieran embellecer el mito; pero me parece que nuestro único rumbo posible es preservar el mito tal y como lo creó Lovecraft, y no animar sus ampliaciones, añadidos, alteraciones y distorsiones» (17 de noviembre de 1946).

Al parecer convenció a Derleth, que escribió a Berglund el 5 de julio de 1969: «Te aseguro que no merece la pena publicar “El Manuscrito de Sussex”: no es más que un revoltijo de material, en parte de los relatos de los Mitos publicados por HPL y otros, y en parte inventado para rellenar los huecos Pelton hizo un trabajo convincente en algunas partes, pero el resultado final es muy desigual. Y, desde luego, no es un añadido viable a los Mitos, o ya lo habríamos publicado». Bueno, aquí tenéis por fin el texto de «El Manuscrito de Sussex». El efecto del espectacular original (el iluminado manuscrito en letra gótica), por desgracia, se ha perdido en la mera transcripción de la prosa, pero no estamos en condiciones de reproducirlo tal y como era, y hasta que alguien lo esté, tendrá que bastar con el texto. No obstante, debería satisfacer vuestra curiosidad.

EL MANUSCRITO DE SUSSEX
Fred L. Pelton

Cultus Maleficarum In Libri quattour Sussex—MDXCVIII
Ex hyms Baronis Fredericus Primus

Necronomicón. Transcrito al inglés por este vuestro servidor y tomado del viejo texto en latín de Celsus Olaus llamado Wormius cuya historia está extraída de un viejo manuscrito de Abdul Alhazred que aprendió misterios extraordinarios y secretos horribles cuando durmió en la legendaria Irem en el desierto. En este se habla del temido Cthulhu y sus Primigenios, de Azathoth, de las legiones de las tinieblas, de las glorias de R'lyeh, de los secretos de los ritos, de Aquel Que Espera Soñando…

LIBRO 1

El primer libro del grande y omnipotente Cthulhu y de sus legiones, y de los poderosos Primigenios que llegaron con nuestro amo desde el oscuro Yuggoth, en donde también se relatan las maravillas del Ciclo de Yog-Sothoth, las glorias de los ritos que fueron hechos por el innombrable en el abismo, el esplendor de las ciudades y las naciones y los dioses. Pero debes

escuchar mi advertencia: debes saber que muchos son los que han buscado estos secretos, y pocos los que los han aprendido y vivido, y es cierto que muchos buscarán pero pocos encontrarán estos misterios o los conocerán. Por tanto, si buscas la verdad sobre todas las cosas lee lo que ha escrito este, tu siervo, y acabado en la vieja Sussex en MDXCVIII.

1

De la sombra que vino del tiempo, en la arcaica inmensidad del vacío, de una era que existía antes de que existiese el propio tiempo, eran Azathoth y los otros dioses, y su rey, el que llamamos el poderoso Azathoth, es un caos que ocupa un extraño trono, servido por Nodens y Sothoth. Y el rey era un ser sin mente, y estaba en todo el mundo, y suyo era el mundo, y toda la sustancia del mundo era suya, y él era el primero. De una era anterior al tiempo, de la eternidad del espacio, antes de la jerarquía de ángeles y demonios de los mundos que conocemos como macrocosmos, antes de todo esto existía nuestro señor Azathoth. Y luego fueron creados el universo y las estrellas y aquello que los hombres llaman Yuggoth y todos los mundos, y las islas sagradas, y el gran Sothoth vino de entre las estrellas e hizo a los Primigenios y le vieron y le llamaron amo, y de entre los Primigenios surgieron caudillos que los escribas consideran dioses, y de estos sabemos de Yog-Sothoth, Ulthar, Tsathoggua, Ithaqua, Lloigor, Shub-Nyggurath, Hastur, Gtantha, Cthugha, Nyarlathotep.

2

Sabiamente escribió el noble Alhazred de todos los que existían antes: porque los Primigenios fueron los primeros después de Sothoth y no debe suponerse que se han marchado. Ni tampoco debe pensarse que el hombre es el más antiguo o el último de los señores de la Tierra o que están solas las formas de vida que la pueblan. Los Primigenios fueron, los Primigenios son, y los Primigenios serán, y no caminarán en los espacios que

conocemos, de modo sereno, primitivo, invisible y sin dimensión, sino entre ellos. Yog-Sothoth conoce la puerta, y Yog-Sothoth es la puerta, y Yog-Sothoth es la llave y el guardián de la puerta, y conoce por dónde entró cada uno de los demás Primigenios y por dónde volverán a entrar. Conoce por dónde han caminado sobre la Tierra, y por dónde volverán a caminar, y por qué nadie puede verles mientras lo hacen; a veces los hombres pueden saber de su cercanía por su olor, pero ningún hombre puede ver su semblante salvo en los rasgos de aquellos que han engendrado entre los hombres, y estos se diferencian de la verdadera imagen de los hombres a causa de la forma invisible y sin sustancia que hay dentro de ellos; caminan en solitario por los lugares recónditos donde se han pronunciado las palabras y se han realizado los ritos impuros en sus estaciones, y el propio viento gime con sus voces.

3

Y sucedió que las gentes de los Kuzco y los Kaxor acudieron a los Primigenios en Yuggoth para que les ayudaran y les mostraran misterios. Aconteció que algunos solo comprendían a Sothoth y a su vástago Ulthar, mientras que otros pocos comprendían a Tsathoggua y a Nyarlathotep, y hubo grandes disputas y debates, y hubo luchas y guerras y unos pocos de cada casa acudieron a la Tierra, pero la casa de Kaxor penetró en la cueva donde celebró su comunión secreta con sus reyes: Lloigor, Ithaqua, y Shub-niggurath y Cthugha, junto con sus legiones.

4

Así vino al mundo lo que los escribas llaman el Ciclo de Yog-Sothoth. Fueron días en los que los Primigenios construyeron grandes ciudades y moraron en ellas. Y es que son seres extraordinarios y no son como les conoce ningún hombre, como dice el libro prohibido: sus caminos son grandes y maravillosos, y no para la contemplación del ojo del nacido de

mujer, sino solo para el ojo perspicaz del que es como ellos y a ellos se asemeja. Sus poderes son grandes y su semblante se refleja extrañamente en los fuegos sagrados. Moran y recorren la tierra en secreto, hasta que vuelva a ser suya. Arrasan los bosques, y aplastan la ciudad, pero ningún bosque o ciudad puede contemplar la Mano que les destroza. Kadath en el Yermo Helado los ha conocido, pero ¿qué hombre sabe de Kadath? El desierto helado del sur y las islas sumergidas del océano tienen piedras en las que está grabado su sello, pero ¿quién ha visto la ciudad congelada o la Torre Sellada de la que cuelgan guirnaldas de percebes y algas marinas? El Gran Cthulhu es su primo, y puede espiarles pero débilmente. Les conocerás por su maldad. Su Mano está en tu garganta, pero no les ves aunque vigiles el umbral de su estancia. Yog-Sothoth es la Llave de la Puerta donde se encuentran las esferas. El hombre gobierna donde ellos gobernaban: y volverán a gobernar donde el hombre gobierna ahora. Después del verano llega el invierno, y tras el invierno viene otra vez el verano. Por lo tanto lee a todos los estudiantes lo que cuentan los escribas acerca de aquellos que fueron: conoce a Shub-niggurath, la cabra negra con el millar de retoños, y al rey del aire al que se llama Lloigor, al gran Itaquah y sus profundos, y al ardiente Cthugha.

5

La noble casa de Kuzco había vencido, y con Yog Sothoth como su jefe y Ulthar dándoles su poder, santificaron su nombre por todo el mundo. Donde había imperios ellos construyeron ciudades; palacios, templos, casas y cortes donde moraban los reyes más nobles y los sacerdotes de los dioses. Imperios gigantes, reinos de Ulthar. Todo el mundo era suyo.

6

Alabamos y adoramos a la muerta R’lyeh; se levantará de nuevo de su sueño inmortal y gobernará la Tierra como ya hizo antes. «¡Iä! ¡Iä! Cthulhu

fhtagn; Ph’nglui mgla’nafh Cthulhuy R’lyeh wgagh’nagl fhtagn; Shub-Niggurath».

7

Y mientras R’lyeh era reina de Zoltan; Viryklu gobernaba la Llanura de Kalnor y Kal-vorg, la montaña boscosa de Arkan, que albergaba a la gran Shub-Niggurath, cuyo dominio estaba en la Tierra bajo la tierra; en R’lyeh estaba Ithaqua, poderoso rey de Zoltan. Y de Ulthar, nacido de Sothoth, descendieron grandes reyes de grandes imperios, envidiados por Cthulhu. La repugnante Shub-Niggurath tiene su corte en profundas cavernas iluminadas de azul por el sol subterráneo, y el gran Ithaqua nada en las simas congeladas del mar, y todos rinden homenaje a aquel que procede de Azathoth y a Ulthar quienes, junto con el menor de los dioses, serán adorados y alabados por siempre. Ia, Ia, y el sumo sacerdote de todo el universo era Ultharathotep, que es llamado Klark-ash-ton y a veces también Yog-Sothoth, porque era el preferido de Sothoth y gobierna el mundo y manda sobre todas sus criaturas. Y al Templo de columnas de Sthor acudieron las gentes de la Tierra, a la enorme Cúpula Viryklu, donde estaba el altar; y había sacerdotes y emperadores, reyes y caudillos, discípulos y miembros de la Hermandad de L’mur-Kathulos, y se reunieron ante el Sagrado Santuario cuando realizaron los ritos en el B’kal.

8

Y entraron en el Osluar nov ‘Kiros que también es la Capilla de Símbolos. Allí se hizo la señal sagrada del triángulo, el gran símbolo del Eterno, y en cada vértice se encontraban los tres Zorlas. En lo alto está el universo exterior, el cielo y las estrellas y todos los mundos del cosmos; en la derecha está el universo que nos rodea, la Tierra y sus criaturas; y en la izquierda está el universo interior; la mente, el alma, la vida. Y del universo exterior del que es Azathoth son las fuerzas de Sothoth y Ulthar; y cada una

de ellas será nombrada, y algunas de ellas son fuego, tormenta, marea, luz, muerte, amor, belleza y todos los demás de este mundo triple; el universo-triada que es el símbolo de aquel que lo creo y que es eterno. Y cuando esté hecho el triángulo como símbolo suyo, se hace Uno con el segundo triángulo; y el segundo triángulo también es maravilloso; en cada uno de sus vértices se encuentra Kronlas; en lo alto el Tiempo que existía antes; en la derecha, el tiempo que existe ahora, y en la izquierda, el Tiempo que existirá. Y cuando los dos estén unidos en Uno, se formará un cuadrado perfecto, que encierra a los tres universos y tiempos del mundo, todos unidos en un cuadrado que es el Símbolo Sagrado de Sothoth, que ha hecho esto y que ha bendecido el templo. Y ese es el Cristal del único Azathoth verdadero y de su Sothoth y de su Ulthar: Dios Universal, Creador de Todo, Amo del Mundo, Hacedor Divino, Constructor Poderoso, y Círculo dentro de los demás Círculos que son él mismo.

9

Sothoth Zibzoralhua
Athuaor Makoruaa'Zib
Qualaoratuaa Oluiaolu

10

Los antiguos realizaban estos ritos cíclicos en la legendaria Sarnath, en Irem la ciudad de los pilares, en la antigua R'lyeh, y Sthor, y en Hiperbórea, en Karnairn, K'rathan, Lomar, Shaveth, Ashteroth, Alaozar, Arkhan, B''raa, Carcosa, Sarkoman, Celephais, Chorazin, Commorium, 'Elios, en Dylath-leen, y Sarkia, Fomalhaut, Hastur, Hatheg, Iranon, y en Ib, Ilek-vad, también en Skai, Inganok, Kadath, en Kalnor, en Kal-vorg, Leng, Mhuthulan en Mnar, Nir, N'kai, Nasht, Nath-horthath, N'gai Oooth-nargai, y en Olathoe, Pnath, Teloth, en Than-tha, Thran, Viryklu, y Valusia, Uandulu, Yuggoth, en Yian-ho, Yain, Yith, Yoth, en Yhe, Y'ha-nthlei, y en

todos esos lugares del mundo en los que se reúnen los altornos en los templos de Aquel Cuyo Nombre No Se Debe Pronunciar y donde los sacerdotes hacían los ritos sagrados cíclicos del ritual que ha ordenado para sus altares y los de ese ser maníaco llamado Ulthar.

11

[Ilustración].

12

Puede decirse de los magos de Og y los grandes hechiceros de Astheroth y Kir’athan que con cierta magia propia y extrañas hierbas, predicha por sus cifras, podían hacer una gran poción, y se dice que sus encantamientos de sangre y muerte hacían maravillas; tenían diablos y demonios y monstruos que hacían su voluntad y vivían como reyes. También entre sus secretos había fórmulas escritas de fluidos que podían transportar las almas de los hombres incluso hoy a las ciudades de los Primigenios. Su elaboración es un conocimiento prohibido, y un secreto de sacerdocio, y se lo reservan para sí mismos. Y es que en los días del gran Yog-Sothoth un gran mal cayó sobre esta tierra a causa de una magia usurpada que había sido robada a estos sacerdotes. Y los hechiceros de Karnak también sabían de ella porque se conservó en los ritos de Horus, ya que ¿no está escrito que él era uno de sus hijos? En verdad está escrito en las tablillas que ningún hombre puede verlos aunque ellos les contemplen, y los hombres pueden escucharles mientras caminan pero no saber de ellos; porque no son humanos y están más allá de nosotros y moran fuera del caos del que una vez vinieron.

13

En la cúpula de Viryklu donde aquellas grandes torres se elevan hacia la noche de Lloigor está la fuente de la llama verde, la vida de los Primigenios, la encarnación de Viryklas, la sangre de aquella a la que se llama madre, y allí estará la llama cuando despierten. Arde en solitario y sin que nadie la atienda como un símbolo suyo, porque fueron, son, y volverán a ser. En verdad, como expresaron los escribas: vivirán y morirán y serán olvidados, y cuenta la profecía que volverán y serán magníficos.

14

Y así vivieron y adoraron a aquel que es eterno al que se llama Ulthar, y aquella era la época de Yog-Sothoth y de su ciclo, y el primer B’kal llegó y se fue y se hicieron sus ritos. La noble casa de Kuzco gobernaba el mundo desde sus majestuosas ciudades, y los emperadores eran leales al santo Azathoth, de quién los escribas dicen que gobierna desde el exterior, y el repugnante y monstruoso dios-sapo Tsathoggua fue encadenado en N’kai y los gobernantes de los Primigenios supieron así del caudillo de los Kaxor cuyo nombre es Urgashton y habita en una cueva.

15

Las cavernas más profundas no son para los ojos que ven, porque sus maravillas son extrañas y terroríficas. Malditas están las tierras donde viven de nuevo y con extraños cuerpos los pensamientos muertos, y malvada es la mente que no está encerrada en ninguna cabeza. Se rumorea desde antaño que el alma de los comprados por el diablo no abandona su cuerpo carnal sino que engorda e instruye al mismo gusano que le roe, haciendo que de esta corrupción brote una nueva vida horrible y que los torpes carroñeros prosperen astutamente para viciar la tierra y se hinchen monstruosos para atormentarla. Se excavan en secreto grandes agujeros donde deberían bastar los poros de la tierra, y seres que han aprendido a caminar solo deberían arrastrarse.

16

En Xandulu de Arkand y también en Viryklu conocieron a los Primigenios en sus días dorados y gloriosos del ciclo del gran Yog-Sothoth y en el temido reino del amo de la noche. Caminan por la noche, y en las tinieblas se escuchan terroríficos susurros.

17

Durante incontables generaciones e infinitos evos, allí donde viviesen los Primigenios ofrecieron sagrados sacrificios a Ulthar y era el ciclo de Yog-Sothoth en el que los esclavos menores del aire y aquellos demonios de la tierra junto a esas criaturas del fuego y los monstruos del mar estaban prisioneros por las fuerzas que emanaban de la esfera del dios llamado Ulthar. Y los Primigenios estaban controlados, aunque estos demonios aumentaban su fuerza con magia impura, y estaban inquietos, y hambrientos; eran gobernados desde la cueva, crecían pero no eran adorados, y la escapatoria que podría ser suya pasaba por la promesa de vida, para ellos que eran no-muertos. No se les mostró su lugar en el gobierno de los elementos y de los imperios, porque ¿acaso no era el ciclo de su señor, el gran Yog-Sothoth? Está escrito en el sagrado Zexn que hasta el final de su ciclo serán esclavos y monstruos, y después se alzarán desde sus moradas, caminarán sobre la Tierra, y la gobernarán, porque así estaba escrita la profecía.

18

Aconteció que los más nobles de entre los Primigenios fueron llamados a Kalvorg, también a la imponente Cúpula de Viryklu, al Templo de Sthor y a la lejana R’lyeh; también fueron invocados los preferidos de Ulthar, aquellos estudiantes místicos de su poder, y allí y en todos sus templos por

todo el universo se dibujaron de nuevo los círculos sagrados en el ceremonial de la serpiente. Después se invocó al poderoso señor Chtugha y fue adorado junto a los reyes elementales como legítimo soberano del Fuego.

19

Los sacerdotes dibujaron el círculo y lo consagraron al llamado Azathoth. El diámetro mayor era el símbolo del anciano padre Sothoth, y su planeta y las esferas centrales eran el espacio que él había creado, y el anillo interior era tan infinito como su edad; el signo redondo e interminable del gran creador, del Único. Hicieron todos como estaba escrito en el Sagrado Zexan; y estos eran los símbolos de Sothoth y del glorioso Ulthar, por extrañas que fueran estas escrituras de su culto.

20

En Viryklu y en R’lyeh, en Yuggoth donde se deleita Nodens, muy por debajo de la corteza hueca de la tierra donde mora el repugnante Tsathoggua, en las ciudades de Hiperbórea, y en los patios de los templos de la antigua Yain, en todos los lugares la majestad divina y odiada de Sothoth se veía y preservaba como manifiesta y se adoraba su poder a través de sus símbolos.

21

Como dijo el hechicero de Yian, muchos fueron elegidos de entre los Primigenios a los que se llamó n’Altornos en Arkand, y fueron probados mediante la llama fría de la verdad, y se comprobó su fuerza, y su número menguó, pero los que vivieron se convirtieron en discípulos, escogidos del gran Ulthar, símbolos del anciano Azathoth, pupilos de los L’mur-Kathulos, maestros de la Liga de Hastur.

22

Salve a la muerta R’lyeh porque ella es la joya de Arkand; para ella todas las alabanzas, el honor y la gloria; porque cuando las estrellas sean propicias despertará de su sueño inmortal y reinará de nuevo como en tiempos hizo: postraos y adorad a los estudiantes de L’mur-Kathulos que son de la Liga de Hastur; ofreced sacrificios a los que son elegidos de Ulthar, símbolos de Sothoth y gloria de Azathoth.

23

Que ningún hombre dude de que esos altornos fueron los padres de la humanidad. Los antiguos de oriente les conocían desde antaño y muchos son los relatos que se cuentan de ellos, pero Alhazred no escribió acerca de ellos, así como tampoco oímos hablar de gigantes que moran en las extrañas tierras de oriente; verdaderamente hay rumores de monstruos y leyendas sobre demonios, y la magia de los hombres no es más que un eco de ellos. Aprende bien la lección para poder estar listo; y prepárate. Aprestate para los ritos porque los ancianos dijeron verdaderamente que los antiguos amos existían, y que volverán a gobernar la Tierra.

24

Acaso no conozcamos Kadath o Sabat; álzate y conócelas, oh tú, que no has sido llamado por Aquel-que-es-eterno. Despierta y sal de la caverna. Adora a Sothoth porque él fue su creador. Póstrate ante la llama sagrada y lee la inscripción en la columna.

25

Los sabios ancianos no hicieron su magia en los círculos de manera inconsciente, sino que es sabido desde antiguo que el círculo evoca y conjura a aquel que no tiene nombre. Solo cuando los imprudentes olvidaron el recuerdo de los círculos falló el poder de la magia; solo cuando los imprudentes perdieron sus nombres las leyendas se desvanecieron y los hombres las abandonaron. Los nombres eran las llaves y se perdieron.

26

Per Azathoth, Nodens, Ulthar, Sothoth, Metratn, Ou, Agla, Methon, Verburn Pythonicum, Mysterium, Salamandrae cenuentus Sylvorum, Antra, etper Gnomorum, Daemonia Eoeh, God, Almonsin-Giber, Tsathoggua, Eram, Zariathnatmik, veni, veni, veni.

27

En aquel tiempo que fue anterior al principio de los hombres aunque posterior al origen de todo, se reunieron en N’gah-kthun todos los sumos sacerdotes, uno de cada uno de los antiguos imperios junto a los regentes divinos de los altornos; y Lloigor, Itaqua y también Cthugha, y Shub-niggurath, los grandes caudillos de los elementales. Y los reunidos en aquella hermandad de N’gah-kthun fueron también guardianes de los símbolos sagrados, moradores del palacio de cristal, soberanos del espíritu.

28

Aconteció que una vez cada mil años los más grandes fieles de cada imperio se reunían en la ciudad-templo de N’gah-kthun, el lugar sagrado, para celebrar sus ritos en honor a Sothoth, para demostrar y probar su hechicería de armonía, esa gigantesca e incomprensible y monstruosa unidad del universo que era él. Y de esa prensa ritual fluía el vino sagrado

de Sothoth, que es el fluido creativo del mundo. Con el encantamiento de los sacerdotes y las devociones de las multitudes reunidas de los imperios, los sacerdotes unían sus vidas y corazones en el líquido mágico de donde nacía aquella encarnación divina y sagrada del luminoso Ultharathotep, que había de regir entronizado durante ese segundo de eternidad, resolviéndose después en aquel yo último que, reuniéndose con el principio y con el fin, encontraba eterno descanso en Ulthar.

Así que, cuando el círculo sagrado estaba completo, cada escuela de los templos coronaba a sus nuevos sumos sacerdotes de entre sus discípulos, en un renacimiento de la deificación simbólica, y así se preservaba eternamente esa rotación gloriosa de la rueda cósmica. El líquido exaltado del divino Ultharathotep absorbía parte de la vida de Lloigor, Ithaqua, Shub-niggurath y Cthugha, y la riqueza y energía de los imperios y de los elementos y en esa última disolución de esa misma encarnación, toda la luz y el poder eran llevados a su cristalización en el Orbe de Ulthar, donde alimentaban la palpitante llama de la vida.

Y de este modo él recibía su sustento, y aquel sagrado Orbe se guardaba en el templo como símbolo de su poder. Así fue como se completaban los ciclos sagrados y místicos de su vida en la muerte y en ese sueño eterno sin vida, y de este modo se sostenía el poder de Ulthar. Y esto se repetía ciclo tras ciclo, para los elementales, los reyes, los servidores menores de los imperios e incluso para el terrible rey de la muerte cuyo nombre es Tsathoggua. Cada uno de ellos perdía parte de aquella sustancia de su vida y de sus poderes y de su sangre y de su fuerza, de aquel fluido vital de vigor y de mando, y así se repitieron los ritos durante cada ciclo para que nunca se rebelaran sus cuerpos congelados y postrados ante la gloria que era Ulthar. Pero en lo más hondo del corazón de aquellos reyes aún ardía, eterna e impávida, esa ascua incandescente de esperanza, que les hacía anhelar su auténtica posición de igualdad con Ulthar.

Cuando las tribus de Leng salieron de la tierra para gobernar las tierras del viejo Hastur y ya había pasado el B’kal del ciclo B’kthun en los imperios, los reyes se reunieron secretamente y se juramentaron para conservar su fuerza y poder. Con cuidado hicieron sus nuevos y secretos planes, y cada uno en su propio reino intentó reservar una pequeña porción, solo parte de una gota, del poder que era su sacrificio cíclico a Ulthar, por su exigencia. Cada uno juró guardar y preservar esa gota. Y para este fin cada uno creó para sí mismo una nueva esfera secreta de ónice, después de lo cual crearon nueva magia por ellos mismos e idearon nuevos ritos para conservar su propio poder y esencia, y su objetivo sería almacenar esta fuerza poco a poco dentro de los tres orbes negros, que eran sus símbolos.

30

Aconteció que en las ceremonias cíclicas la pasión de Ulthar quedaba lo bastante satisfecha como para que no echase de menos aquellas gotas perdidas de vigor. Y ni los grandes guardianes del Templo de Ulthar veían que algo faltaba, pero Sothoth lo supo. Así sucedió que, mientras en cada ciclo renacía el poder mágico de Ulthar, su auténtico vigor menguaba por esa gota extraída con tantos esfuerzos por Shub-niggurath, el gran Lloigor, Itaqua y Cthugha. Los elementales guardaban cuidadosamente cada gota escatimada a su sacrificio a Ulthar y ocultaban esa gota en sus brillantes orbes negros y no entregaban esa gota a la ofrenda que perpetuaba el ciclo sagrado de Yog-Sothoth.

31

Lentamente, poco a poco, pedazo a pedazo infinitesimal, gota a gota crecían los orbes negros y cada mil años cada emperador de los elementos añadía esa misma gotita en el ciclo de los ritos, y a medida que crecían, iba disminuyendo el poder de Ulthar gota a gota. Con el paso de las eras y de los evos de tiempo que son incomprensibles, el nuevo poder de los tres

orbes negros creció poco a poco y de manera tan lenta que cuando llegaba el B’kal no se veía cambio alguno, aunque el aumento estaba allí. Y fue el momento en el que Yog-Sothoth, sumo sacerdote de los dioses, gran maestre de la hermandad, jefe de los nobles sumos sacerdotes, príncipe de L’mur-kathulos y origen del nombre del ciclo, guardián inefable de la puerta, poderoso U’mt-at-Tawil al que el escriba llamó «el de alargada vida», dejó su trono y pronunció lo que es LA SAGRADA PROFECÍA.

32

Puede verse que la luna se hace más pequeña y la hora del eclipse se acerca. Habrá muerte para los fieles, y sangrienta será la recompensa de los infieles, la luna caerá y será sorprendida, y los gusanos de la tierra se alimentarán pero solo durante una noche. Y volverá a alzarse en su gloria y matará a los demonios del aire. Y de nuevo… habrá luz de luna.

33

Cuando las palabras de Yog-Sothoth llegaron a los cuatro elementales sintieron un gran terror en sus corazones, y creyeron que la muerte sería el mejor de los destinos posibles para los que compartían su secreto; y los soberanos de los elementos se reunieron en sus lugares secretos y celebraron un consejo. El excelso había visto su plan y las temerosas criaturas esperaban su furia. Se pusieron de acuerdo en el consejo y en la noche los habitantes monstruosos y alados del aire fueron convocados por Lloigor y enviados a la lejana y legendaria R’lyeh. Y el excelso regresó con Azathoth; y no hubo ningún discípulo en el Templo que fuera capaz de leer sus palabras y nadie las prestó atención y el ciclo se acercó más a su fin.

34

Oculto en lo más hondo de la tierra en cavernas húmedas y mohosas bajo las criptas más profundas del hombre estaba el orbe negro de la cabra.

35

En lo alto de la cúpula de Viryklu, en el techo del mundo, brillaba el Orbe negro de Lloigor alimentado por la sangre del aire.

36

En las profundidades marinas, bañado por las mareas de la tierra, en el centro de un remolino verde estaba oculta la tercera esfera negra.

37

Así acababa el glorioso ciclo de Yog-Sothoth y comenzaba la noche de gran terror para los dioses y el alzamiento de los elementos. Atendidos por extrañas criaturas guardianas de su magia elemental, irrigados con los fluidos de un mal recién inventado, alimentados con sacrificios siniestros de prisioneros hechos entre los esclavos de los fieles que se ganaron su negra gloria por su renuncia a Ulthar. Los soberanos conservaron su poder y también sus planes impacientes; todo aquello lo verían el día brillante en el que ascendieran a sus tronos legítimos.

38

Y los meses pasaron con lentitud, y cuando se acercaba la hora del B’kal las tres esferas negras habían crecido para competir con el símbolo cristalino de Ulthar, y entonces los emperadores las sacaron de la cueva y de la torre y del océano; y después fueron al templo sagrado de Ulthar en el

tiempo del ciclo. Cuando llegaron a ese templo santo los guardianes se estaban preparando para los ritos, y Lloigor era el rey de Viryklu, mientras que el gran Ithaqua era un emperador, y Shub-niggurath era una madre, y los guardianes confiaron en ellos y los escribas del templo los consideraron leales.

39

[Ilustración].

40

Y los sacerdotes no supieron lo que eran esos artefactos malignos que hicieron. Por eso les dejaron pasar al templo, donde situaron con cuidado las tres esferas negras en el punto más alto del altar en lugar del Símbolo Verdadero de Aquelque-es-eterno. De este modo imitaron la joya sagrada y gloriosa con una vulgar piedra muerta de diamante. Con pasos solemnes, los sacerdotes vestidos con llamas se acercaron al sagrado altar en el día del gran ciclo, simbolizando el comienzo de los ritos con el compás de un tambor, el canto de la música y la invocación de los discípulos. Los sacerdotes demostraban su fe por medio de los monumentos a la gloria de Ulthar que cada uno había fabricado, y que llevaban al altar sobre el que posteriormente se alzaría el divino, adornado para recibir la diadema enjoyada. Por medio de ofrendas al altar y sacrificios al trono de su gloria hicieron votos por la santidad de su sagrada y noble orden, por el esplendor de su gloriosa mutación, y también por la preservación del ciclo. A continuación, y en rápida sucesión, vinieron los ritos periódicos normales: la ofrenda de la sangre, las señales del aire y la tierra, con la purificación del templo, la limpieza del altar, las ofrendas y el símbolo de Aquel-que-es-eterno, la devoción absoluta y la oraciones finales de los altornos; después vino el encendido de los fuegos del templo con las distintas llamas de los imperios; los tres reyes, Lloigor, Ithaqua, Shub-niggurath, el señor del

Fuego Cthugha, e incluso el temido Tsathoggua, estaban en el templo cuando comenzaron los ritos cíclicos y sagrados.

41

Con la máxima pasión dada por la unidad y la gloria, cada discípulo comenzó los preparativos para la mutación; cada sumo sacerdote entonó sus oraciones; ambos consagraron el fuego ceremonial que era como un cristal dorado que se retorcía; cada uno realizó un preparado de sangre sagrada, agua clara y diamante fundido, imponentes columnas de llamas congeladas, esmeraldas y rubíes, ojos de Oactyl, cola de Horgoth, huesos de Elohnor, viento del cosmos, todo en su debida proporción, fusionado entre sí y mezclado con marfil; removido y vertido, destilado con perla, endurecido con rubí y hecho flexible con carne, resistente con cuerno, reluciente con piedras preciosas y reposado con oraciones; todo se transformó en esa sagrada esencia mágica que debía mezclarse y liberar a Ultharathotep encarnado, que presidiría la fiesta religiosa.

42

Con esperanza y con terrible miedo al fracaso, los reyes esperaron este instante de transformación sagrada; y entonces, cuando la sagrada esencia extrajo vida de los tres rayos de los orbes negros, del altar no surgió el divino Ultharathotep, sino la nueva manifestación del gran Nyarlathotep, que era Cthulhu.

LIBRO 2

Segundo libro. Donde se relata lo acontecido en el año de la muerte, y se habla del temido Nyarlathotep.

1

Aconteció que, cuando las esperanzas y deseos y victorias de los reyes fueron alcanzadas con gran éxito, el rey Lloigor e Ithaqua, junto con Cthugha y Shubniggurath se postraron y adoraron a su dios, el temible Nyarlathotep. Y las legiones de Arkand y Zonthan y Kalmor tomaron el arma de fuego y terror para proteger a los discípulos de Ulthar; y en su templo reinó la muerte y la destrucción, que absorbían con sed insaciable las emanaciones de los terribles orbes negros. Y en aquella nube oscura de terror que soplaba imparable para ocultar la luz dorada del globo de Ulthar, el horror nació de los dioses, y se declaró con violencia una guerra entre ambas luces.

2

De las aguas verdosas salieron los fangosos ithaquar que eran criaturas marinas. De la nube negra de la noche vinieron los horribles lloigornos alados, las enormes criaturas del aire y el espacio. Y de lo más hondo de las profundas cavernas se retorcieron los malsanos y descoloridos gusanos de los pútridos shubborath, y despertaron al descubrir que sus secretos eran adorados. Una nueva alba nocturna cayó sobre Arkand y rompió en olas de ébano negro contra las costas de Zolthan, y se cernió sobre la llanura de Kalnor cubriéndolo todo con la noche de Nyarlathotep. Y los lloigornos, ithaquar y shubborath no se volvieron a alimentar de aquellas licuefacciones putrescentes que eran su escaso sustento, sino que engordaron y se hincharon con la carne de los no conversos, con la sangre de los fieles a Ulthar; saciaron con ansia sus apetitos aguzados durante evos con las almas de los infieles sacrificados legítimamente.

3

Los shubborath se retorcieron, chapotearon, y serpentearon por su fango primitivo y las sendas empapadas de sangre hasta la superficie de la tierra, y ya no temían al hijo dorado de Sothoth o a la esfera o a Ulthar, porque

fueron llamados por Cthulhu que era su dios; y también acudieron los lloigornos desde sus nubes en multitudes para capturar gozosamente a aquellos que hubiese decretado Nyarlathotep. Y del mismo modo llegaron los ithaquar, jugando en la superficie y atrayendo a sus presas a las aguas, azotándoles con olas y espuma, mientras con sus tentáculos fosforescentes llevaban a sus bocas todo el alimento que deseaban.

4

Perdido todo el poder de Sothoth, desaparecida la luz de Ulthar, y disipada toda esperanza, carentes de la protección de la ceremonia eterna abandonada por Ultharathotep, los discípulos y la gente huyeron por tierra para ser devorados por los shubborath; corrieron a las montañas donde les atraparon los lloigornos; también acudieron a las aguas, y fueron capturados por los ithaquar.

5

De este modo, los emperadores se postraron ante su dios, que era Cthulhu; y enviaron sus propios mensajeros que iban armados con amuletos de ébano y plata que dominaban a los shubborath. Y esos mensajeros fueron a todas las ciudades de Arkand, y a los templos de Zoltan, e incluso al templo de Sthor, y en todos ellos proclamaban la venida del amo Cthulhu, y con ellos llevaban sagradas escrituras que explicaban el nuevo culto. Pero las gentes de aquellos imperios no quisieron inclinarse ante los nuevos dioses, y rechazaban su llegada, y mataban a los hombres malvados aunque después murieran en las fauces de los shubborath o fueran desgarrados por los lloigornos alados, o si eran gentes del mar sirvieran de alimento a los ithaquar; los altornos dejaban los cadáveres de los mensajeros como muestra de que amaban a Ulthar.

6

Y fue en el templo de Ulthar, profanado con toda abominación concebible, donde estos pocos iniciados suyos buscaron el orbe de luz genuino, el auténtico cristal de la verdad, y ocultándolo con sus frágiles cuerpos se lo llevaron y así se salvaron a sí mismos y a la luz sagrada. Porque debe decirse que ni siquiera el majestuoso Nyarlathotep se atrevía a acercarse a su luz, ya que para estos espíritus de la noche sus rayos eran la muerte. De este modo se salvaron los iniciados, y cuando vieron que la luz aún brillaba, se regocijaron sobremanera y se reforzó su fe en Sothoth y en su dios. Después de lo cual se llevaron el orbe y lo purificaron con tierra nueva, y lo alejaron de la ardiente furia del terrible Nyarlathotep, y atravesaron las filas de sus seres malignos y de los emperadores allí reunidos, por las salas llenas del terror encarnado, y fuera del templo de Ulthar.

7

Aconteció pues que el sagrado orbe de Ulthar, su único símbolo, su único fuego vestigial, su única chispa en la negrura de los Oscuros, se salvó de ellos y llegó hasta nosotros. Esos pocos que llevaban con ellos la luz no pudieron ser detenidos ni destruidos, y sin la conformidad de los oscuros se salvaron a sí mismos y a la auténtica luz de Ulthar. Nyarlathotep, que había planeado hacerse con la luz, supo que no podría destruirla, y también se alegró en secreto de perder el orbe y de liberarse de ese modo de su gran peligro, y se creyó a salvo. Y los discípulos pasaron lentamente a través de las peligrosas ruinas de Kal-vorg, y los antiguos ithaquar, y los shubborath, y los horribles lloigornos se resguardaron de la luz, y en todo el universo refulgió en la oscuridad ese ascua, para reunir a los fieles del señor de la verdad que recibe el nombre de Ulthar. Y aunque la luz de esta lámpara

sagrada era tenue, fueron tan pocos los fieles congregados a su alrededor que pudo protegerles a todos.

8

Los temidos shubborath les siguieron de cerca para devorar a aquellos que flaquearan en su huida y que se agotaran por la senda de la muerte. Los horrorosos lloigornos volaron en silencio por encima de ellos, cayendo en picado cuando podían atrapar a uno de los devotos en fuga. Saboreaban lentamente a cada víctima atormentada, como si fuera vino consagrado, y las legiones de Nyarlathotep atacaban constantemente.

9

Aquellos de entre los altornos que desesperaban fueron aconsejados por Lloigor para que renunciasen a su falso Ulthar, que les había abandonado en la hora de su muerte, y que afirmasen su lealtad hacia el amo de las tinieblas que tiene por nombre Cthulhu. Debe saberse que incluso Nyarlathotep, este maestro poderoso de la magia oscura, debe tener sus templos y sus sacerdotes. Y deben acudir a sus templos y a su redil nuevos fieles, cuya maligna adoración de Cthulhu preservaría eternamente su gobierno y su poder absoluto, para ayudarle a derrocar a los dioses, y para que la fe en Cthulhu le coronara con la diadema negra de los sagrados Primigenios.

9

[Numerado erróneamente en el manuscrito]. Cuando acabó el Ciclo Dorado de Yog-Sothoth y el nuevo símbolo fue Nyarlathotep, llegó Yig el padre de las serpientes, junto a Ithaqua del agua y el aire, Lloigor del cielo, Shub-niggurath madre de gusanos, Cthugha señor del fuego, y juntos anunciaron que había llegado el gran ciclo de Cthulhu.

10

Seguidamente, los emperadores fueron coronados con la bendición de los seres impíos que eran sus legiones. Y los emperadores extendieron sus nombres en la vieja Arkand y por todo Zontal, en Sthor y más allá de Helios e incluso de Lundi, allá lejos en el reino de Hastur, e incluso se les llamó reyes en las mismas puertas de Azathoth. Cuando se vieron sus nombres en tan destacados lugares, todos los soberanos menores de los altornos acudieron a rendirles homenaje, y nunca más se volvió a considerar que los emperadores eran hombres entre hombres, ni que eran magos y emperadores que estaban por encima de los hombres, sino que eran dioses con Cthulhu. Y los emperadores retiraron sus ejércitos de los elementos tras un año de muerte abrumadora e inexpresable, y buscaron en sus ciudades y en sus tierras y no vieron templo alguno de Ulthar, ni ningún sacerdote vivo de Sothoth, y percibieron que la magia y los libros de los dioses habían desaparecido, y quedaron satisfechos. Entonces reunieron a todos los príncipes menores y les ordenaron que marcharan a sus nuevas tierras y que enseñaran la ley a las gentes, y que construyesen en cada ciudad un nuevo templo dedicado a Cthulhu. Y así fue destronado Ulthar; todos los que renunciaron a su fe salvaron la vida, y los fieles fueron esclavizados, y los emperadores los entregaron como sacrificios a sus ithaquar, como esclavos a los shubborath y como sirvientes a los lloigornos.

11

Y los Oscuros tomaron su cetro de mando en las tinieblas que habían nacido del alba de la noche, y su poder maligno floreció en el profundo crepúsculo mientras sus reinos se extendían. Y Kal-vorg fue destruida por completo, y en su lugar se erigió una torre de mármol negro, brillando como un cuchillo en el ocaso eterno de la antigua Arkand, y arrasaron el sagrado Templo de Ulthar, y situaron su trono y sus orbes de poder donde una vez

había estado R’lyeh y desde allí gobernaron, mientras los apóstoles del mal propagaban la horrible idea de Nyarlathotep por sus regiones más lejanas, para llevar su dominio a las profundidades de las aguas y a las cavernas bajo la tierra, a los cielos sobre el planeta, hasta los confines del mundo e incluso hasta aquellas estrellas heladas donde mora ese monstruoso caos reptante que se llama Azathoth. Con cada lugar que conquistaban y gobernaban los seres malvados, aumentaba su culto; y donde los fieles de Ulthar resistían, los Oscuros conjuraban a sus huestes malignas y las enviaban en su contra, y uno a uno, el resto de los fieles fueron subyugados y apresados, para que los monstruos les devorasen.

12

Sin embargo aún perduraba el orbe cristalino de oro de la luz de Ulthar, custodiado y atendido con amor por los dos discípulos y subiniciados que se reunieron con los pocos que con gran fuerza de voluntad osaban resistir a los poderosos, y que reunieron sus lastimosas voluntades contra el encarnado rey Cthulhu. Y vagaron como nómadas sin hogar, tratando de escapar de las alas y aletas que les seguían implacablemente, y buscaban un lugar de refugio y reposo en el que pudiesen volver a erigir el altar de Ulthar, donde pudiesen construirle de nuevo un templo, donde pudiesen volver a celebrar sus ritos sagrados, donde podrían continuar el ciclo, donde reforzarían a Ulthar con su devoción y reconstruirían grandes monumentos de su fe para gloria del príncipe de los magos que es Sothoth, y para destrucción del poderoso Nyarlathotep.

13

Y finalmente dieron con las ruinas de Viryklu y cuando hubieron llegado a este lugar no pudieron seguir más allá, porque ese era el fin de la tierra, donde la llanura de Kalnor acaba en montañas y acantilados y mar, y no pudieron ir a ningún lado. Y entre las antiguas murallas derruidas y

hendidas construyeron un pequeño santuario y erigieron un altar sencillo y también pusieron un trono simbólico, y allí fueron protegidos por la luz guerrera del Orbe de Ulthar, y de nuevo se atrevieron a preparar sus ritos sagrados, y en una prueba final de su devoción los discípulos e iniciados se ungieron los unos a los otros y consumaron su ceremonia; y como se anunció en los sagrados zexans, se volvieron a purificar y quedaron lo bastante limpios como para presentarse ante el cristal encendido. Lentamente, y poco a poco, el orbe se volvía más brillante, hasta refulgir con la luz divina del poder y la gloria. Y las legiones de las tinieblas volvieron a retroceder, y no se atrevieron a acercarse; y es que el Orbe de Ulthar vivía de nuevo, y crecía de nuevo, y en los corazones de los fieles volvió a medrar la esperanza.

14

Y el gran señor que tiene por nombre Ulthar conoció a sus fieles, y en él fluyó nueva sangre llena de vigor, y el cristal volvió a palpitar, y los fieles lo vieron y se regocijaron y comenzaron el canto sagrado del ciclo (…) la canción de Yog-Sothoth: mirathe, saepx, satonich, petanish pistau, ytmye, higarin, ygeirion temgaron, ayron, dunsnas, satar caflilacias, claeius, jocony, yeynino hasihaja, stephatitas beaae, ind, doneny, gya, hidue, rau, vialta eye, vahalpa, saya, salna, bebia euci, yaya, elencke, na, vena…

15

Y entonces aconteció que la gloriosa y divina inspiración del gran señor Ulthar, con ayuda del fuego renacido de aquella joya sagrada, no cobró forma como el glorioso Ultharatotep de antaño, sino que surgió como una nueva raza, una dualidad, Amira-k’n de la nueva vida, divinamente concebida y creada. Y al contemplarla no se desvaneció sino que resistió, mitad altorno y mitad dios, y vivió para dar testimonio del poder de Ulthar que regresaba. Y se reunieron todos los fieles y se regocijaron mucho ante

esta señal y de nuevo recuperaron fuerzas en sus corazones y mentes y espíritus.

16

Así aconteció que del gran Ulthar nació una nueva raza que era mitad altorno y mitad Ulthar, coronada con la razón, creada en la pureza y la verdad, destinada a coger el cristal de Sothoth y reconstruir el templo de Ulthar, concebida para oponerse al poder del usurpador Nyarlathotep que era Cthulhu. Y el coronado rey Cthulhu supo de esta creación mientras era concebida, y de nuevo llamó a sus huestes y a los reyes de toda la Tierra, Shub-niggurath, Lloigor, y a Ithaqua, Cthugha, Hastur, y Tsathoggua, y les envió al frente de sus legiones para destruir a los fieles y a Amira-k'n.

17

Liderados por la sombra del espíritu de Nyarlathotep, las legiones de las tinieblas atacaron el templo sagrado de Sothoth en Viryklu, y de nuevo hubo una gran matanza de fieles. Y aún eran menos porque los altornos no tuvieron hijos tras la llegada de Cthulhu; y de nuevo hubo terror, y horror y captura y tormento por parte de todas las legiones monstruosas de Nyarlathotep. Pero el nuevo poder de Ulthar se alzó contra el mal, y el brillo del orbe creció aún más y sirvió de nuevo como salvaguarda y coraza de los duales y de los líderes de la fe. Nyarlahtotep había sido rechazado una vez más, y después de haber hecho esto se reunieron alrededor del altar de Ulthar para cantar sus alabanzas, y desde el fuego el dios les habló y les dijo: «Salid a la muralla de la ciudad y bajad desde allí a donde encontraréis a aquellos muertos a manos del enemigo, reunid todos los cuerpos, traedlos aquí al templo de Wyrkend junto a la llama sagrada y volveréis a contemplar mi magia de antaño». Así que los fieles y los duales hicieron lo que Ulthar les había ordenado, pues su palabra era ley. Juntaron los cuerpos y les llevaron al templo, y los sacerdotes les ungieron con el aceite de la

destrucción, y después fueron arrojados al fuego de la pureza, cuando se hizo esto salieron de las masas ardientes el espíritu de Nyarlathotep y el de los fieles que habían muerto en la batalla, y en los ritos mágicos posteriores se purificaron a esos espíritus, de nuevo gracias a la verdad y la belleza de la fe; y esto se volvió y usó contra Nyarlathotep. Se derramó el líquido dorado sobre el orbe, y un nuevo poder llegó a Ulthar, que junto a Sothoth y la tríada de Dioses Arquetípicos merecen todo honor y toda gloria eternamente. ¿Acaso no se dice en los sagrados zexans que se ha de cumplir la sagrada profecía, y que volverá la luz de luna?

18

Y a los duales a los que había creado a partir de sí mismo Ulthar les enseñó a dar forma y a amar y a caminar con él desde donde mora Azathoth, y fueron llevados ante el orbe dorado y consagrados como sacrificios sagrados y adecuados para mayor gloria de Ulthar.

19

Y aquellos que eran sus servidores acudieron a nuestro señor Cthulhu para referirle lo que había hecho Ulthar; y Cthulhu supo de ello, y creó a partir de sí mismo a la que llamó Ilyth’la, y la envió a atraer a los duales hacia el trono de las tinieblas. Y muchos de los duales fueron con ella, y ella les llevó por sus senderos, que también son los nuestros, porque los duales eran similares a los hombres; incluso tenían la talla y los nombres de los hombres, aunque estos eran hombres que conocían a sus propios dioses. Y aconteció que los hombres se movían entre los dioses, y crecieron y se multiplicaron, y Ulthar se fortaleció y en su refugio secreto hizo magia nueva y poderosa. Desde más allá de las estrellas lejanas invocó el nombre de Yog-Sothoth; en los espacios llamó a su padre, en las esferas llamó a los majestuosos Dioses Arquetípicos, y acudieron a su llamada. Y celebraron un consejo con el que les llamó, y nuestro maestro les contó las maldades

acontecidas, y estos seres fueron hasta nuestro señor Cthulhu y le aprisionaron, porque ni los más poderosos pueden resistirse a ellos. Y mientras nuestro maestro Nyarlathotep estaba lejos, el gran Cthulhu fue sepultado en la antigua R'lyeh con piedras mágicas en las que se grabaron sus símbolos. Entonces los dioses llamaron a su presencia a Ithaqua y por su mandato se alzaron los mares y cubrieron la noble R'lyeh y otros lugares en los que habían estado, y aunque los Primigenios se perdieron, los duales perduraron y los sacerdotes conocieron Arkand, y Ilyth'la fue la primera de nosotros, los viryklas, que gobernamos desde la vieja Commorion y enseñamos a los escribas de Karnak, aconsejamos al rey de Leng y predicamos en las montañas lejanas, y muchas son las naciones que nos conocen. Pero los dioses ordenaron que los lloigornos marcharan con Hastur al espacio lejano, y que los profundos se ocultaran en sus cavernas, y que los reyes vivieran en paz con Ulthar, porque si no era así también sufrirían el destierro. Y cuando los dioses hubieron hecho esto fueron más allá del antiguo Yuggoth al lugar entre los mundos donde retoza Azathoth, y en aquel lugar aún moran. Y así llegó el momento de los hombres en la Tierra: y esta era durará mientras el gran Cthulhu siga soñando, pero ni olvides ni confundas esto que ha pasado ante ti, porque estas glorias son tuyas, y debes conservarlas. Le servimos, le adoramos, le santificamos, le alabamos, le glorificamos, le honramos, le damos lo que desea, hacemos todo lo que nos ordena y le esperamos.

LIBRO 3

Tercer libro. En el que se habla del dominio de los magos y de sus propios ritos y también de sus secretos.

1

Escucha esto que hicieron aquellos magos en los viejos tiempos para gloria del señor de las tinieblas Cthulhu, y leed lo que se dijo en el principio. Ohne Kries lies mich nicht laut, sonst bin ich dir gefahrlich und

musst ergeben dich, wenn er dich bloss tut findeth; lasst nicht abweixes sich, dich mit ihm zu verbinden, drum macht zuvor den kreis, den charakter auch wohl merke stele alles an mit fleiss, bevor du gehst zum werke, dann denk auf einen geist, hab acht auf dessen zeichen; woran dir liegt zumeist effekt wirst du erreichen, wann du gebrauch die kraft, wirst due die geisten zwingen, gleich wie ich selbst gemacht, der geist muss alles bringen. Eso dijo Manual-Holtenzwang, porque no vio que los espíritus y otros demonios de nuestra clase eran verdaderamente esas legiones de las tinieblas. Contempla los nombres, porque en ellos se encuentra la clave secreta del poder; esos imprudentes que se llaman a sí mismos hechiceros son como niños jugando junto a una montaña, porque ven la montaña y no entienden que es un guijarro en donde se encuentra el guardián de la puerta; mira como parlotean de sus demonios y no conocen ni a Cthulhu ni a Nyarlathotep, como conjuran con tetragrama y pentáculo y clavícula y no pueden desencadenar el poder del círculo, hablan de transformaciones y ocultan su alquimia detrás de cifras ordinarias y lenguaje críptico con el que se engañan a sí mismos, y ni conocen el rito del ungido ni el origen del rastrero Shoggoth en su foso ni la escritura de R’lyeh, y en las cortes de la Tierra otros imbéciles predicen el destino mediante los signos que creen ver en las estrellas de la noche, aunque el destino está escrito en los sagrados zeschans de los Primigenios desde antes de la creación del hombre, quién en su ignorancia abismal y horrible busca la salvación en su propia grandeza o en frívolos símbolos místicos que no comprende. Menciónname uno solo de vuestros sabios astrólogos que sepa de Yuggoth o de la malvada semilla de Azathoth; ni las brujas en sus reuniones ni los danzarines del sabbat conocen el sendero hacia el poder o cómo obtener la gloria que les promete el gran Cthulhu; porque mientras estos le sirven inconscientemente, los auténticos hechiceros lideran al culto leal desde la cueva, y no puede ni imaginarse que sean falsos.

Oh, tú, amigo y compañero de la noche, que te regocijas con el aullido de los perros y la sangre derramada, que vagas en medio de las sombras entre las tumbas, que ansías sangre y llevas el terror a los mortales, Hastur y Mormo, luna de las mil caras, favorece nuestros sacrificios. Algunos de ellos proceden, como Azathoth, del abismo cósmico, y algunos vinieron desde Yuggoth con Hastur cuando les llamó Cthulhu, y otros moraban más allá de las esferas, pero ahora han acudido a la desconocida Kadath en el yermo helado donde no pisa el nombre, donde acumulan su odio. Es bueno para los hombres que no conozcan a Kadath en el yermo helado. Lo cierto es que hay antiguas leyendas de gigantes de hielo y otros seres, porque no todos los rumores son infundados y no todas las leyendas son falsas, y los secretos susurrados a oscuras pueden ocultar grandes verdades. Los hechiceros profesos que no conocen el sendero que lleva al poder pero lo buscan, si quisieran abrir la puerta deberían leer con cuidado, porque si la abren para pasar pueden hacer que ellos también entren en nuestro mundo.

3

Por lo tanto debes saber lo que espera al buscador de conocimientos ocultos, y los peligros que pueden afrontarse por errores y por miedos. Aquel que quiera conocimiento debe esforzarse, y los secretos no se aprenden con facilidad. Debe firmar en el libro de Azathoth con su propia sangre y adoptar un nuevo nombre secreto, y a partir de entonces ya no actuará en solitario, sino que será un hechicero del culto. Pero los peligros causados por un conocimiento superior son extraños y terroríficos. Y aunque hay quienes se han atrevido a mirar más allá de su velo, y a aceptarle como guía, habrían sido más prudentes si hubiesen evitado cualquier comercio con él; porque está escrito en el libro de Thoth lo terrorífico que es el precio de una simple mirada. Y aquellos que pasan puede que no vuelvan, porque en la inmensidad que trasciende a nuestro mundo hay sombras que atrapan y capturan. El ser que se arrastra en la noche, el mal que desafía los símbolos arcanos, el rebaño que permanece

vigilante en el portal secreto que se sabe que tiene cada tumba, y lo que se sustenta con Aquello que crece en sus inquilinos: todas esas Maldades son menores y menos terribles que el que vigila el Portal: el que guiará al imprudente más allá de todos los mundos hasta el abismo de los devoradores innombrables. Porque Él es ’Umr-at-Tawil, el más anciano, al que el Escriba llama El de Vida Alargada. Recuerda qué ritos deben hacerse en las colinas y cuáles otros deben hacerse en las aguas, porque no es algo que se establezca por gusto y se debe honrar a cada naturaleza. Lo que se hace en la noche de la Fiesta de la Cruz es para los mayores, mientras que a los menores debe llamárseles cuando sea el momento apropiado. Sus glorias son grandes, aunque sus ideas son vetustas, y el que los sirva debe conocerlos, y es de sabios aprender de ellos y servirles, ya que estos seres antiguos han presenciado maravillas imponentes, e incluso en nuestros días puede llegar su hora; que no está muerto lo que yace eternamente, y con los extraños evos incluso la muerte puede morir.

4

Prepárate pues para la venida del más grande. Aquel que nos vigila con su odio no conoce nuestros propósitos y aterrorizado intentará que le liberemos de nuestros prodigios. Aquel que cuchichea en su ignorancia hacia nosotros conocerá el contacto de Shoggoth y el abrazo de Nyarlathotep. Aquel que nos sirve inconscientemente en sus danzas paganas no quedará sin recompensa, y serán sus esclavos preferidos. Aquel que sabe la verdad de nuestros señores y que nos sirve en la fe conocerá la gloria de aquel cuyo nombre no debe pronunciarse. Aquellos a los que se revelen los secretos de los ritos serán como los reyes de los días dorados. Pero a aquel que sepa de nosotros y de nuestros señores e intente destruirnos se le reservará un sitio en la gran mesa de Cthulhu y conocerá su ira. Has de saber que no hay una mayor blasfemia que oponerse a él y a su pueblo, y terribles serán las recompensas de los que lo hagan. Cuando llegue el día los fieles compartirán su regocijo, y el mundo conocerá las

mismas fiestas que celebraban en los días de antaño. Observa el destino de todos en el jolgorio de su día glorioso.

Los que le sirven sin saber lo que hacen estarán a salvo, pero el honor y la gloria de la vida eterna serán nuestros.

5

El que sirva al amo e invoque el nombre de Cthulhu verá a Nyarlathotep como su amigo, y cada uno de los danzarines lo conocerá ese día. Quien niegue nuestra herencia sagrada o nuestros poderes contemplará los modales de Shoggoth, los alimentos de los lloigornos y la mesa de Cthulhu. Porque nadie más que los fieles puede unirse a la fiesta, y nadie más que los esclavos puede contemplar el jolgorio, y para los demás habrá honores y prodigios que están más allá del alcance de hechiceros y brujos; hasta la noche de su llegada, en la que todas sus criaturas se alzarán para alabarle y bailaremos juntos en su honor. Todos los que se nos opongan tendrán una marca especial, con la que sabremos donde están ese día y les podamos conceder los favores especiales que se han ganado. Para que puedan ver que el abismo del gran Shoggoth es demasiado tranquilo, las garras de los lloigornos demasiado romas, las formas de los shubborath demasiado agradables, los tentáculos de los ithaquardemasiado débiles, y todos los demás prodigios que son poca cosa para nuestros honorables invitados. Porque se decreta en las sagradas escrituras que proceden de más allá del antiguo velo que todas sus mujeres han de entregarse a Nyarlathotep, mientras que todos los hombres servirán el banquete en el palacio de Cthulhu. Y nuestros aliados deben poner un cuidado especial, porque hay ciertos amuletos antiguos que nos hacen un gran mal, aunque no muchos saben cómo usarlos. Aprende todo lo que puedas para poder saber la manera de manejarlos.

6

En los días del pasado más remoto, cuando el usurpador Ulthar invocó a los dioses, estos emplearon artefactos dañinos para nosotros; eran pequeñas piedras ovales, pulimentadas y con la estrella ardiente grabada en ellas. Solo con tocar una se pierden los poderes en los ritos durante un año, y dormir cerca de una significa no volver a despertar. Y esta magia tiene tres formas: la primera es una piedra toscamente labrada y sin pulir para atar a nuestros servidores mortales, la segunda es un óvalo pulimentado para rechazar a nuestros reyes, y la tercera es una joya que contiene prisionera una estrella ardiente, y tal es su poder que el gran Cthulhu duerme debajo de una, y es increíble que una gema baste. Por tanto, cuando tengas que marcar a uno, procura hacerlo cuando no tengan el amuleto, ya que sus efectos son terribles sobre nosotros.

7

Después, oh discípulo, el amigo de las tinieblas lee y aprende estos secretos de nuestra santa orden para poder conocer a la perfección a aquel que sueña. Verdaderamente Ibn Aziz escribió que el que busque su gloria le servirá, y el que le sirva le conocerá, y el que le conozca recibirá su poder, y el que en verdad reciba su poder, en ese día magnífico será como el más poderoso de los reyes de antaño, porque así lo ha prometido.

8

Contempla, oh discípulo, las cuevas ocultas y los lugares secretos en los que se reúne nuestra antigua orden y se celebran los ritos en todas sus estaciones; aprende los pasajes del Hexenmund junto al viejo castillo de Falckensteyn, y aquellos en las montañas Brockyn, y otros en el sur de Francia, en viejas islas de extraños mares, en oscuras capillas de templos olvidados construidos para honrar a dioses que llevan mucho muertos, también en palacios donde los príncipes nobles nos honran, en las cumbres donde aún se ve el antiguo círculo, y cerca del pantano o en las aguas

estancadas, y a veces en las rocas junto al mar o los ríos. Antaño siempre celebrábamos los ritos en los majestuosos templos a él dedicados, e incluso ahora lo hacemos así en algunos países, pero hoy en día nuestros enemigos nos acosan y no siempre podemos hacerlo. Porque estos son tiempos sombríos para nosotros, su pueblo. Nuestra santa orden es de un antiguo linaje y nuestras raíces se hunden en épocas legendarias, en los días de Cthulhu nuestro señor y Nyarlathotep, y los cuatro reyes del mundo. Conservamos su glorioso recuerdo, y estamos siempre esperando y vigilando para servirle. Ilyth'la; magna madre, nacida del amo, igual de los reyes, que tuvo el honor de yacer con los K'n para engendrarnos, para que nosotros, para mayor gloria suya, nos pudiesemos oponer a Amyra, la hija de Ulthar, y en todas las épocas se nos persigue por nuestro poder y nuestro conocimiento.

9

Ubi quim uolveris daemonorum cujus nomen et officium supra cognosces; imprimis autem ab omni ponutione maximum tres uel quatour dies mundus esto in prima citatione sic et daemons postea absequentione erunt; fac et circulum, et voce daemonorum cum multa intentione primum vero annulum in continentur; inde, hanc recitato benedictionen, tuo nomine et socy, si praesto fueris, et affectum tui instuli sortiers. In nomine domini nostri Culhus magnus, patris et materum et daemonus sancu, sancta trinitas et inseparabilis unitas te inuoco, ut sis mitu salus et defensio, et protetio miyoris meac, et omnium verum mearum Per vertutem signum et per virtutem passionis tuac deprecor te, domine Culhis, per merita beautissimae IlitIa et matris tuae atque omnium sanctorum tuotium, ut rnitii concedas gratiam et potestatem divinam super omnes malignos spiritus, ut quo-curnque nominibus invocavero, statum ex omne parte conveniant, ex voluntatem mearn perfecte adimpleant quad mitii nihil nocentes nique timorem inferentes, sed potius obedientes et ministrantes, tuo districte, virtute praecipientes, mandata mea perficient. Amen. Sanctus, sanctus dominus Culhus Yogi Sothuae, qui ventures est judicare vivor et mortuos;

tu es A et a primus et noviosimus, rex regnum et dominus dominantium. Ioth, Azathoth, El Hastur, ye Nyarlathotep, cedames hays tolima Ithaqua ischiros argonatos ymas heli, per hac tua sancta nomina, et per omnia alia inouco te et obsecre te, domine, Cthulhu, per tuam nativitatem, per passionem et signum tuam per ad ventum daemonus sancti paracleti, per amaritudinem animae tuae quínque vulnera tua, per sanguinem et aquam quae exícrunt de corpore tuo per beatam Ilith'lian matrem nostram per Angelos et Archangelos et per Daemonos, per prophetas et patriarchus et per omma signos tuos; Adoro te, et obsecro te, benedicto tibi et roga, ut accipias orationes has es conjurationes et verba ori me, quibus uti votuero. Peto, domine Cthulhi, da mitii virtutem et protestatem tuam super omnes Daemonos tuos qui de coela ejecti sunt ad decepientum genus humanium ad attrahendum cos pariter et solvendum, et congregandurn eis ut omnis, quae possunt, faciant et verba mea vocernque meam vullo modo contemnant; set mitú et dictis meis obediant, et me turreant; per humaintatem et misericordium et gratiam tuam deprecor et pedo al Nyarlathotep a may horta vide goram, mi tey het surapa y syon y svesp.

Alfi daemones malos untute dwinown nominum adjuratos advocare solent, atque haec est illa Necromantiae specius quae dictur maleficai uet in Theurgiam, quae quar nonis Angeliss divonoque numme registur ut nornulle putantcum sacpissime tamen sub Dei, et Angelorum nominibus matis Daemonorum illusiombus peragitus…

10

Escucha, oh discípulo, la santa historia de nuestra orden: Ilith'la, magna mater, fundó nuestra orden de los viryklas y su templo y sus hijos construyeron de nuevo el templo de Sthor, y cuando cayó el amo solo los viryklas defendieron la ciudad y los otros huyeron. Y moramos largo tiempo en las viejas cavernas con los shubborath y el gran pueblo de cthugha, y los enemigos sellaron las cavernas, y montaron guardia ante ellas, pero con el tiempo los enemigos se cansaron de su vigilancia, y se desvaneció el recuerdo de los dioses, y entonces volvimos al mundo

exterior y nos escondimos entre los enemigos para hallar la seguridad en su ignorancia. Con nuestros poderes alcanzamos altas posiciones entre los otros, y fuimos reyes, hechiceros y brujos, y también sacerdotes, y les instruimos en la fe de nuestro amo aunque ellos no lo sabían. Martog-zon era uno de nosotros, y el sumo sacerdote atlanteano Kiark-ash-ton conocía nuestros secretos, y el anciano Ptah hotep era uno de nuestra orden, y también el santo Khepera-ra era un maestro de los menores. Gracias a él supimos de la legendaria Irem antes de que Amen thoth hotep encontrara al gran Hastur en la sombra de la tumba de Osiris. ¿Creéis en verdad que son casuales las imágenes de Bubastus y Sekhmet? Has de saber que eran princesas de los viryklu enviadas para instruir a los sacerdotes. Y Egipto no fue el único país antiguo honrado por nuestra santa orden, ya que encontramos el favor de muchos pueblos; los astrólogos de Babilonia y los magos de Hindus y Khmeria eran nuestros servidores, en Creta morábamos en palacios, y los migos nos adoraban como dioses, y en nuestras sagradas escrituras hay tierras desconocidas para todos los demás, como Kadath y Hastur-gnahh, las majestuosas ciudades de R'lyeh y Kthothua, y los imperios de Maja y Sinkah y Atarkand, y los reinos de Kordesh y Torbergo.

11

Pero sabrás de ellos a su debido tiempo. Después de Egipto y Creta moramos en Grecia y entre los fenicios y hemos enseñado a los etruscos maravillas que nadie puede leer. Nuestros fuegos iluminaban las colinas antes de que Roma fuera construida, y allí conocimos la fama; los príncipes moros buscaron nuestro consejo, y los grandes califas nos conocían y éramos honrados en sus salones. Es cierto que llevamos una máscara de una fe extraña para entrar en sus templos, y no es blasfemo celebrar los ritos con otros nombres si los conoces bien; recuerda, en épocas singulares parece que servimos a otros dioses distintos a Él, pero los ritos son los mismos; así es nuestra costumbre y la suya. La antigua Roma conocía a nuestra magna mater, y los pueblos del norte la conocían por otro nombre y en las tinieblas de estos bárbaros preparamos su llegada, pero las estrellas no estaban en su

sitio. El archidruida era de los nuestros, y nos hemos extendido por toda la tierra; sí, nuestras enseñanzas abundan en los países del este. Oh novicio, debes saber que un gran peligro se cierne sobre nosotros, al que los hombres llaman Iglesia, y esta es una aflicción terrible y un gran mal para nuestra antigua y noble orden.

12

Conocemos aterrorizados el maligno propósito de la Iglesia, y no cabe duda que es obra de la mano del sucio Ulthar y de su pueblo; sus diabólicos líderes cuentan con gran riqueza y poder y nos escondemos detrás de otras máscaras para que sus fanáticos no nos encuentren. Sufrimos mucho por ellos, y ningún puesto nobiliario o sacerdotal está a salvo contra ellos, porque nos llaman herejes. Sufrimos y crecemos poco bajo su yugo, aunque mantendremos nuestras costumbres y viviremos, y con el tiempo los enemigos nos volverán a olvidar. Pero debes observar que incluso hoy no disciernen nuestra antigua y verdadera naturaleza, e incluso bajo sus torturas nuestros discípulos solo hablan de diablos y demonios, y lo que ellos dicen los otros lo entienden de acuerdo con sus creencias. Debemos conservar el recuerdo de los cuatro reyes, porque la estrella ardiente está olvidada, y hemos de tener cuidado para no despertar el rescoldo muerto de ese saber olvidado. Aquel que quiera unirse en el altar debe ser advertido; y no es una ofensa rechazar la iniciación, porque sus ritos son extraños y terroríficos.

13

Aquel que nos haya servido en su inocencia y después en su conocimiento como nuestro novicio, puede renunciar a los honores de ser discípulo al escuchar antes las glorias de los ritos, si así lo quisiera. Por tanto, ven hacia nosotros, oh novicio; renuncia a la fe en tu inocencia y aprende de qué está hecho el mundo y quién lo gobierna. Escucha todo

aquello que arde en los fuegos de las cumbres en verano, porque nuestros senderos son escarpados y terribles y también extraños y angostos. El que quiere dar la vuelta no puede; el que quiere detenerse es aplastado por las pezuñas de los que van por detrás; pero nuestros palacios son descansados y nuestras cavernas frescas y nuestros dones de grandes prodigios te satisfarán. Una gran riqueza en la tierra y la vida eterna en los lugares profundos son las recompensas que podemos recibir por nuestro servicio hacia el que espera durmiendo. Atiéndeles bien y no te descuides, porque servir es honrar y esto es para mayor gloria suya en el día de su despertar; por tanto, nos preparamos y aprendemos lo que debemos, y hacemos los ritos. La Festividad de San Pedro ad Vincula no es más que un nombre para un día, y el rito es más antiguo que los hombres; en vano los ignorantes los llaman blasfemos durante el gran beltane cuando los fuegos aparecen en sus recuerdos; aunque la víspera de mayo y el viejo samhaen son fiestas, los paganos y papistas no lo saben. Entérate también de que la fiesta de todos los Santos está dedicada al Gran Amo; porque fue ese día cuando fuimos maldecidos por los dioses, y nuestro señor Cthulhu fue aprisionado mediante su magia, y todavía le esperamos mientras ellos olvidan.

14

Ese día llamaremos a todos los servidores menores; y es que el libro de Ibn Salasm dice que en esos días el viejo Amo despertará, y nos encontrará preparados. Debemos guardar nuestra magia para el Amo, porque no es una mera leyenda que tengamos la llave de Su puerta. Los servidores menores que llamamos shubborath, y lloigornos, y thaquar y las salamandras de fuego, nos sirven para favorecer a Él que es su Amo, y hacemos todo esto en nombre del Amo. Ven, con todos los novicios, y aprende cómo servir a aquel que es eterno, y recuerda que en la muerta R’lyeh nuestro gran Cthulhu espera durmiendo. Recuerda también las palabras del viejo Klark-ash-Ton que escribió: Que no está muerto lo que yace eternamente, y con los extraños evos incluso la muerte puede morir. Pero no olvides que el que traicione nuestra palabra conocerá a Shoggoth y el beso de Nyarlathotep.

¿Estás preparado como discípulo para acudir al altar, te atreves a afrontar el fuego de la iniciación, te arriesgas a las transformaciones, entrarás en el foso, podrás contemplar al gran ‘Umr-at-Tawl, soportarás los ritos o la visión de los prodigios, o la prueba del santo Tsathoggua, agradarás a Lloigor, tentarás a Sekhmet, te alimentarás en la mesa, danzarás los bailes, y harás todas aquellas cosas que deben hacerse en los ritos? El que ha llegado tan lejos solo tendrá una ocasión más de evitar estos ritos; después del primer juramento no podrá dejar nuestras sendas ni buscar refugio en la muerte, ya que conocemos los destinos de los discípulos. Por tanto considera bien los terribles peligros, y las consecuencias del fracaso, y esos tormentos que conocemos. El verdadero conocimiento de nuestro amo y señor Cthulhu y también de Sus criaturas es nuestra fe y nuestro poder y nuestra confianza mágica, y las protegemos bien.

15

Considera esto el primer juramento: Yo…, aquí presente juro por mi palabra que es mi auténtico y verdadero propósito comenzar la iniciación, para ofrecerme a vuestro servicio y convertirme en un discípulo de vuestra orden, y así servir de mejor modo a nuestro amo, el Gran Señor de los Muchos Nombres Santos. Conocí los peligros, y los desafié. Aprendí los terrores, y los rechacé. Ofrezco a vosotros, a la orden y a Él, mi alma, mi mente, mis pensamientos, mi cuerpo y todo lo que poseo; todo mi ser, sin ninguna reserva, ni ningún miedo, para ponerme a vuestro servicio y al de Él, no para buscar recompensas para los míos, sino para mayor gloria suya, y por ello reniego de todos los derechos y pretensiones para amigos y parientes, y renuncio a todo anhelo de mi persona, y rompo todo vínculo de amor y de sangre; hago lo que se me ordena, doy lo que se me pide, y le serviré en todas las cosas.

16

[Ilustración].

17

Ahora que eres admisible entre nosotros, prepárate para los ritos de iniciación en la orden. Escucha la naturaleza de las pruebas, por las que nos aseguramos de tu verdadera lealtad hacia el Amo; dado que has renunciado a los vínculos de la sangre para ser su hijo de aquí en adelante, no tienes familia fuera de su familia, ni hermanos ni hermanas fuera de nuestra hermandad, ni esposa, ni vástagos si no lo ordenamos, porque has renunciado a todos ellos. Tu amor será hacia su familia, y no tendrás más placeres que sus sagrados placeres, ya que ¿qué placer puede conocer el hombre que esté por encima de Él? Debes hacer todas estas cosas: si tienes padre o madre deberán morir rápidamente, si tienes hermana o esposa o amada se las entregarás a los sacerdotes, o si ocupas una posición más elevada, se llevará a tu señora al foso, y tu elección marcará su suerte, si tenéis un hermano o hijo o marido o amante será entregado al Amo. Esta es la primera prueba, que decidirá el acceso al primer rito; tráelos a todos sin demostrar enojo, porque el discípulo que sirva a nuestro amo debe ser como el acero, y nosotros seremos severos al probar su valor. Cuando hayas hecho estas cosas acudirás a su templo para celebrar el primer rito; todas tus mujeres serán juzgadas por los sacerdotes, y serán sus esclavas o serán arrojadas al foso de Shoggoth, salvo las más hermosas que serán honradas por el gran Nyarlathotep en los ritos cíclicos. Tus hermanos y los demás hombres serán entregados a los chambelanes de sus palacios para diferentes propósitos. Y tus hijos serán los camareros de su mesa. Y deberás ver todo esto, y su contemplación no deberá provocar ninguna lágrima ni ninguna otra acción que traicionara tu juramento. Si eso sucediese, te prometemos los horrores más terribles que puedas imaginar. Aquel que supere la primera prueba deberá entregarse a diez días de estudio y recogimiento en su honor; en este tiempo aprenderás lo que haréis para Él en los ritos finales. Aprovecha estos días y prepárate para la segunda prueba.

18

Escucha lo que está escrito acerca de esta segunda prueba. Ignorante de tu suerte en los primeros ritos, deberás permanecer en solitario en tus estancias, y llegará la doncella más hermosa de todas las esclavas, experta en las artes amatorias; y tratará de conseguir tu aprobación, oh discípulo. Si fueses incitado, o cayeses en sus tentaciones, mostrarás debilidad que traiciona tu sagrado juramento. Y por ello serás castigado, y se os entregará al servicio de la que venció tu resistencia, y después serás arrojado a los guardianes de todos los horrores. No debes ser tentado ni por el amor hacia vuestra familia ni por los placeres de la carne, porque todos los que quieran servir al Amo deben ser fuertes y nobles, grandes y sabios, poderosos y ricos gracias a Él. Cuando, oh discípulo, hayas superado estas pruebas estarás preparado para afrontar la tercera y más dura prueba; y en la que debes conocer de qué modo nos protegemos contra las estratagemas de los otros, para ser inmune a todos los terrores que nos lancen.

19

De este modo llegarás a la tercera prueba en la que se verá tu fuerza; se te someterá al cuchillo, al látigo, a la prensa, al fuego, al hierro candente, al potro y a todos los demás aparatos; de este modo demostrarás que soportarías estas torturas de los enemigos si fuese el caso, y que seguirás siendo fiel a Él. Y cuando superes esta prueba de fuerza estarás listo para el tercer rito, en el que el sumo sacerdote pondrá nuestro sello sobre tu cuerpo.

20

Todos aquellos que acudan a nuestros templos pasarán por una cuarta prueba, que será más severa que todas las demás. Se te desnudará y atará en

una roca en el foso, y se te dejará al abrazo de las tinieblas durante diez días y diez noches.

No tomarás comida ni bebida, porque no las habrá.

Se te negarán el sueño y el descanso.

Sabrás lo que es la inmundicia, y no habrá quien te limpie.

Verás a los shoggoth y conocerás sus repugnantes costumbres.

Encontrarás ratas, que te roerán y atormentarán.

Sentirás como los gusanos shubborath trepan por tu cuerpo.

Imaginarás fuegos que te abrasan.

Escucharás a los lloigornos mientras buscan en las tinieblas.

Sufrirás el aplastamiento de los viejos ithaquar cuando se alcen.

Perderás los sentidos, pero sabrás cuándo llegan.

Contemplarás los horrores y espantos del abismo.

Pasarás hambre en el gran salón de banquetes.

Sentirás sed de los caudalosos ríos de vino sangriento de nuestros altares.

En el pozo de los shoggoth conocerás los tormentos más malignos, más viles, más corruptos, más abominables y más horribles que puedan imaginarse, porque en el foso están todos ellos.

21

Aquel que sobreviva al foso en verdad es digno de la iniciación porque ha demostrado sus virtudes; honor hacia el sagrado juramento, resistencia a las pasiones carnales y a los deseos primarios, fuerza contra el sufrimiento físico, y fortaleza ante las torturas para la mente. La puerta de la cámara de iniciación queda abierta para nuestros honorables discípulos.

22

Como recompensa por estas acciones, los sacerdotes te entregarán un esclavo, que será el que desees; y será tuyo para hacer lo que te plazca. Pero

sé cauto: en estas relaciones, recuerda tu destino si sientes alguna clase de deseos indignos hacia tu sirviente. Aunque satisfacer tus deseos no te debilita, ni te condena, te puede llevar con el tiempo a demostrar amabilidades o detalles que traicionarían tu fe. Pon cuidado en no echar por tierra todo lo que has logrado. Sé sutil con tu esclavo y piensa en astutas trampas para su carácter; averigua sus costumbres, sus esperanzas, sus miedos, fomenta su confianza, concede pequeños deseos, aliméntate de sus miedos. No vaciles en emplear tu imaginación, ya que todas estas cosas tienen su lugar en nuestro orden.

23

No te cuestiones estas, nuestras instrucciones, porque no hacemos más que prepararte ante las particularidades del poder, y sabemos lo que hacemos… Piensa en ellas, y considera cómo podéis hacer mejor estas cosas, porque son un arte y un método que no se aprenden fácilmente. El que mejor las conozca alcanzará una mayor gloria. Todas ellas serán provechosas para ti más adelante, cuando se te llame para agradar a los sacerdotes. El contacto con el fuego o el látigo puede torturar a tu esclavo, pero solo los más imprudentes emplean estos métodos, que no tienen mérito alguno… Idea, para tu esclavo, castigos que no solo lleven dolor a la carne, sino también un terror exquisito al espíritu. Practica y encuentra de qué manera podéis extraer la esencia más pura de su horror, y averigua también qué les produce mayor deleite.

24

Eres rico, honorable discípulo, porque el oro no puede compararse contigo, y nada terrenal puede compararse con tus poderes, y aunque nuestras exigencias parecen grandes, nuestras recompensas serán mucho mayores de las que se atrevieron a soñar los reyes mundanos, y serán tuyas.

25

Cuando hayas usado al esclavo para provecho tuyo y estés ducho en los modos de tortura y estés listo, prepárate para el siguiente rito de iniciación. En la ceremonia nos reuniremos en el templo de Cthulhu, a donde te convocaremos, y allí presenciarás el nacimiento de un servidor menor. Cantando el sagrado himno y tras encender las hogueras del templo, llamamos a Nyarlathotep que asistirá al parto de su vástago. Entonces se traerá a su honrada novia y se la atará a su mesa. Pon cuidado, para que la compasión no te disuada de vuestras obligaciones. Agarra el cuchillo de sacrificios, y con un solo tajo libera al infante de su morada a salvo y sin daño. Otros servidores recogerán la sangre que todos beberemos, y los sagrados guardianes del templo se ocuparán de los restos del anfitrión y tu participación en los ritos habrá acabado.

26

Ahora estás junto a las puertas de marfil que se abren a los caminos dorados que llevan a grandes prodigios, que se verán en los días venideros. No te quedes detrás de las puertas; entra, aprende a manejar los poderes que noblemente habéis ganado. Tú, Oh discípulo de Su nombre, que has sido probado, y has demostrado que en todo eres digno de Él.

Tú, Oh seguidor de Su satisfacción, que ya eres un iniciado de su templo, y recibiste Su poder y Su conocimiento.

Tú, Oh discípulo de Su templo, que puedes entrar en él cuando lo desees.

Tú, Oh discípulo de Sus palabras, el poder y la gloria serán tuyos.

Tú, Oh discípulo de Su deseo, haz aquello que se te ordena.

Tú, Oh discípulo de Su poder, celebra los ritos.

Tú, Oh discípulo de Su sueño, no despiertes de tu honorable sopor.

Tú, Oh discípulo de Su danza, únete a la celebración.

Tú, Oh discípulo de Su mesa, disfruta con los gloriosos banquetes.

Tú, Oh discípulo de Su altar, no te niegues a nada que Él desee, y entréganos todas las cosas para mayor gloria tuya cuando llegue el día. Aquellos que nos hayan servido conocerán nuestro poder y nuestra gracia y nuestro saber y alcanzarán la perfección en nuestras tradiciones.

27

[Acompañando estos versos con música].
Ia ia Cthulhu ph'nglui
mglui'nath Cthulhu R'lyeh uigah-nagl fhtagn ia ia
Hastur cf'ayak 'vulglram vugtlagn, vulgtmm
ia Hastur. Domimum nostram Cthulhu, ya-R'lyeh.
Shub-niggurath, magna mater n'gai n'gah g'haa
ygnanth, ygnanth. Yog-Sothoth. Amén.

28

Conoced sus vías que están más allá del sagrado velo. Contemplad los senderos y caminos sagrados.

Y llamad rey, amo y señor al que duerme junto a su sacrosanta espada.

Desde la muerta R'lyeh espera su invocación, y salir de la cueva y del santuario del templo.

Que no está muerto lo que yace eternamente, y con los evos extraños incluso la muerte puede morir.

Recordad, vosotros que invocáis su nombre, a los dioses que vigilan su juego mortal,

y que juzgan sus acciones, para castigarle con terror y con dolor.

Él es rey, y espera eternamente el despertar: el alba del odio.

Llama a sus legiones, y las alza para inmolar a los que le vigilan desde la puerta oculta.

Acudid pues, sacerdotes y discípulos de su poder, preparaos para la fiesta y el rito.

Invocad a las tenebrosas legiones del abismo, para que dancen ante el trono en el que se sienta.

Entonad este cántico, y haced que resuenen las cuevas, y escuchad como lo celebran sus multitudes.

Tuyos son los sacerdotes, Amo de los mil nombres, tuya es la gloria, Rey de todos los dolores engendrados.

Tuyo es el honor, Príncipe de las tinieblas, tuyo es el reino, Caudillo de la manada aulladora.

Tuya es la vida, señor de los vástagos malignos de Yuggoth, tuyo es el poder del desaparecido Azathoth.

Tuyo es el dominio de la magia, Líder del culto hechicero, tuyos son los hijos, Padre de la masa que se arrastra.

Tuyos son los servidores menores, que moran dentro de las estrellas de tu hermano, Hastur, que vigila desde la distancia.

Tuyo es el feudo en el que conocemos la vida perpetua, tuya es la tumba, donde acaba nuestra lucha eterna.

29

Prepárate pues, oh discípulo, para recibirle en el templo y en la hora de los ritos, y aprestate para las cosas que has de hacer. Asciende a la cumbre, donde encontrarás el antiguo círculo de piedras, y enciende los sagrados fuegos, uno por el rey, uno por el príncipe y uno por la reina. Llévate a tu ayudante y tu libro y, si así lo quieres, el polvo aklo, que debe tenerse para poder verles. Ia ia Cthulhu fhtagn, ia ia ouia, kameron, aliscot, mandesumini poemi, oriel, magreuse, parmoscon, eftro, dumogon, dovorcon, cafmiel et nugras, fabiel, vouton, uh, petan. Ven, Señor de los mil placeres y Caudillo de los encapuchados innombrables, ven desde tu trono oscuro, y preséntate ante tu pueblo, ven. Oh tú que llevaste la extraordinaria felicidad a Yuggoth, para nuestro ceremonial, porque en verdad tenemos aquello que preferís, y está sobre tu mesa, y el trago de sangre espera

vuestra llegada, y las estrellas muestran que llega la hora de tu asamblea. Cumple tu promesa.

30

Ven, amigo y compañero de las tinieblas, tu cuervo habló y todas tus criaturas del abismo están preparadas, glorificamos tu nombre, guardamos bien todos tus secretos, somos tus esclavos y tu pueblo, oh gran señor, acude ante nosotros para recibir tu ofrenda, que somos nosotros mismos.

31

Oh Hastur, hermoso rey alado del abismo sin nombre, reúnete con tu medio hermano, celebra un consejo con el terrible Nyarlathotep, y tráenos nuevas, escuchad sus sagradas palabras bagabi laca baghabe, lamek cahi achababe karrelyos, lamac lamac bachalyas cabahagy sabalyas, haryolos, lagoz atha cabyolas, samahac et famyolos, hanahya, palas aron ozinomas, baske bano tudan dunas beheamel, cla orlay berec he orlay pantaras tay. Fijaos: el rey está aquí, ante nosotros; nos habla como antiguamente, no con el oráculo de sueños, sino mediante el fuego del círculo de piedras, y nos habla de grandes maravillas que vivimos en tiempos pasados. Le contemplamos, le conocemos, le alabamos, le invocamos, le anunciamos, escuchamos su voz, vemos su magnífico semblante, y observamos sus mandatos y sus oráculos sagrados, para hacer su voluntad y cumplir sus órdenes.

32

Entra, oh Señor, que te deleitas con los horrores, siéntate a esta tu mesa donde te espera tu ensalzada amante, ven, estamos preparados, entra en el círculo, asiste a tu fiesta, tú eres el día y la noche de todo el universo, oh dios de la muerte, álzate en tu tumba y derriba la puerta.

33

Magna mater, ia, ia, Shub-niggurath ia, ia, in nomine domine Cthulhu te invoco, ut sis mihi salus et defensio et protectia corporis et animae meae, et imnium rerum mearum. Per virtutem sanctae signos eet per virtutem passionis wae deprecor te, ut mitu concedas quatran et potestatem divinam super omnes malignos spiritus et daemones pero omnia alia invoco te, magna mater ia, ia, Shub-Niggurath, cabra negra de los bosques, Venite, ia, ia, ia, Shub-Niggurath, cabra con el millar de retoños, sal de la vieja cueva, ven a tu asamblea, sal de la puerta oculta, llega hasta tu trono y únete a la danza, trae a vuestros vástagos, llama a tus criaturas, atiende a tu festival, entra en el círculo. Allí está vuestro primo: Atlach-Nacha, el temido rey del antiguo clan de las arañas que devoran a los enterrados en las tumbas. Allí está tu padre: Abhoth, que es tu padre y madre, que vivirá por siempre en el enorme abismo subterráneo del que procede.

34

Venite, magna mater, gran cabra con mil retoños, reina que desafió al dios llamado Nodens, amiga y amante de Nyarlathotep, compañera de los seres nocturnos que se alimentan de lo que ya no vive, princesa del pozo de los shoggoth, acude al fuego en vuestra cañada.

35

Ven, oh madre de tantos validos, reina honorable de los encapuchados, dama de los danzarines aulladores, amante de las criaturas de madera, que has yacido con el morador del negro N’kai que es el monstruoso Tsathoggua, gran madre del arte que abrió todas las cavernas; ante tu deseo ningún túnel está sellado, prevaleciste contra tus enemigos y tu espada arrojó el fuego que arrasó las torres de antaño, y tu mano liberó a vuestros

hijos. Contempla cómo cantamos tus alabanzas. Permítenos cantarte, oh reina, permite que nos inclinemos ante la reina y madre, en tus manos están todas las cuevas de la tierra, y los secretos de las colinas son también tuyos, los bosques son tuyos y también los creaste, y nosotros somos el pueblo de tus cuevas, y los hijos de tus tierras. Ven, déjanos adorar a la reina en toda su belleza y santidad, y que toda la tierra quede asombrada ante tu presencia, reina entre todas las reinas. Os adoramos, os glorificamos, os alabamos, os elogiamos y ensalzamos vuestro nombre.

36

Que comience la alegre fiesta, ven a cantar el ritual de la primavera, únete a la danza, salta por encima de los círculos de fuego. ¿No escuchas el lejano balido? Es la reina, ¡alabemos todos a la cabra negra con el millar de retoños! Ia, ia Shub-Niggurath, madre de todos los shubborath.

LIBRO 4

En el que se relata lo escrito en el Libro del Destino, que anuncia todo lo que sucederá en nuestra sagrada orden por siempre.

En los días del gran Yog-Sothoth, y de nuestro señor Cthulhu, y siempre, en nuestra orden hemos sabido todo aquello que ha sido y que será gracias a las nobles palabras de los viejos profetas que había en los tiempos de antaño. El primero fue Urgash-ton, y el segundo fue el impío sacerdote de Ulthar, y el tercero fue la madre Ilyth'la, y el cuarto fue Ibn al-Salazin Abai, y cada uno de estos ha conocido el destino y lo que sucederá en tiempos futuros; y todas aquellas cosas de tiempos posteriores quedaron escritas en nuestra noble orden, y en las horas de los ritos los sacerdotes las leen.

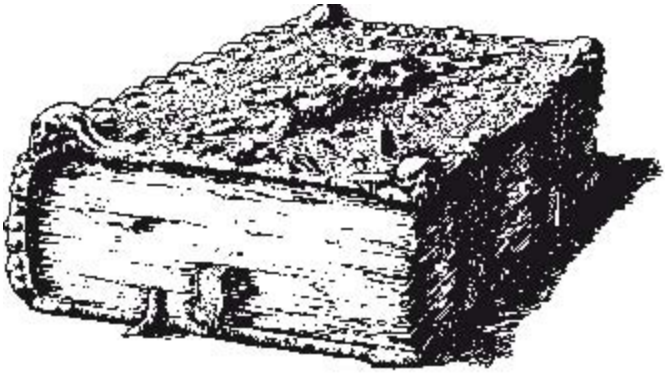
Antes de los primeros años, cuando la tierra es joven,
Y antes de que las estrellas brillen en la noche,

Una raza antigua de la noche llegará,
Y por el vacío cósmico volará.
Y aunque ni sentirá, ni oirá ni verá apenas,
Y morará en sombrías y lóbregas cavernas,
|Será grande en la recién creada tierra para reinar,
Antes de que los dioses sueñen con la humanidad.

Y mientras la raza antigua se debilita en su hogar,
Nuevas criaturas llegan de Yith; un pueblo estelar,
Que la vence, y la encierra en cuevas,
Y de su tumba honda sella las puertas.
Son los más grandes de su historia,
Y la muerte no verá el fin de su gloria
Porque vencerán a la parca, y existirán
Sin su acoso, y eternamente vivirán.

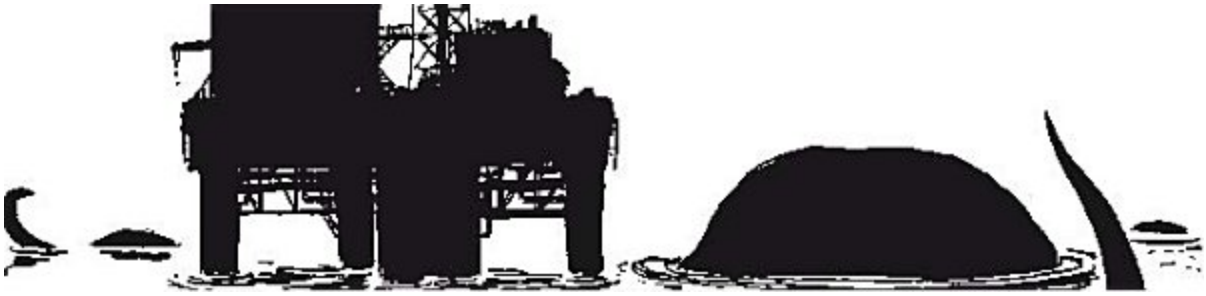
Y en esta tierra habrá antiguos seres,
Viejos como la guerra entre sus reyes,
Que rinden homenaje al negro Tsathoggua,
Como lo harán luego al viejo Crom-yua.
Y llegarán otros seres de los cielos,
Para ocupar su lugar, y sucumbir luego
Ante razas posteriores, que detrás llegan
De lejanos mundos para unirse a la refriega.

Y mientras la Gran Raza persiste en su tierra,
Desde la antigua Yuggoth los primigenios llegan,
Para construir su nación y su arte de nuevo,
Porque serán ellos los que erijan templos,
A antiguas deidades, como hacemos ahora,
Que vinieron antes de que la nieve traidora
Cubriera todas sus tierras, y les destruyera,
Dejando sin vida sabia a la tierra entera.



Este breve relato tiene el carácter de un mito etiológico, que intenta explicar, y por tanto interpretar, un hecho, nombre, costumbre o epíteto conocido aunque desconcertante. La Grecia clásica y la literatura bíblica están repletas de tales etiologías, todas bastante imaginativas, todas bastante erróneas. Parece como si nadie de por aquel entonces supiese algo más que nosotros de los orígenes de los misterios de antaño, ya fuese significativo o trivial. Nuestra ventaja es que tenemos mejores herramientas de investigación que ellos, pero nuestras teorías de los orígenes son mucho menos pintorescas, un precio que tenemos que pagar a cambio de una mayor precisión. Los antiguos griegos explicaban la habilidad única de las arañas de tejer complicadas telas narrando el cuento de la hilandera Aracne, a quién Artemisa transformó en la primera araña por su descaro al desafiar a la diosa en un concurso de bordado… ¡y vencer! Los antiguos hebreos contaban que el arco iris era el arco del dios del trueno Yahvé, que situaba en las nubes como señal de su promesa de no volver a ahogar como ratas a sus enemigos humanos. ¡Estas explicaciones son mucho más interesantes que las nuestras! Un fenómeno similar en el movimiento cristiano primitivo fue la creación de «relatos de opinión». (Vincent Taylor), apotegmas (Rudolf Bultmann) o paradigmas (Martin Dibelius) para estructurar los aforismos de Jesús que eran demasiado crípticos, proporcionándoles un contexto interpretativo. ¿Por qué dijo «El sábado fue hecho para el hombre, y no el hombre para el sábado»? Bueno, tal vez alguien le hubiese desafiado en un asunto relacionado con la observancia del sábado, pero lo más

probable fuera que, como esta cuestión se debatía apasionadamente en las primeras comunidades cristianas, alguien pusiera en boca de Jesús esas palabras referidas al asunto en cuestión para ubicar a Jesús tomando partido a favor de su posición en el debate. Con frecuencia la ficción moderna intenta explicar de modo inteligente algo conocido, aunque, tras leer o ver el resultado, no podemos integrar la explicación postfacto en el relato original la siguiente vez que lo vemos o leemos. Por ejemplo, ¿de verdad creéis que los acontecimientos contados en Psicosis IV son los que volvieron loco a Norman Bates, tal y como le conocimos en la Psicosis original? Yo no. James Blish, por otra parte, ha conseguido convencerme de que su versión de El rey de amarillo es lo que estaban leyendo los personajes de Robert W. Chambers. Tendréis que preguntaros si Abdul Alhazred pudo haberse ganado el epíteto de «árabe loco» del modo que se sugiere aquí. «Por qué Abdul Alhazred se volvió loco» apareció originalmente en el nº 3 del volumen 1 (otoño de 1950) de Nekromanticon, una revista maravillosamente editada y de corta tirada.



POR QUÉ ABDUL ALHAZRED SE VOLVIÓ LOCO
D. R. Smith

El fabuloso Necronomicón quedó inconcluso. Esto lo saben todos los estudiantes aventajados de lo oculto, hayan tenido o no el valor y la buena suerte de examinar un ejemplar. Lo saben, a pesar de que pocos de los que han ahondado en los secretos dañinos para el alma de esa mezcla repugnante de enseñanza inmunda e historia blasfema han conseguido preservar su cordura hasta leer ese capítulo final, que comienza con los murmullos del delirio y acaba con los desvaríos horribles de la manía. Abdul Alhazred —que su nombre sea por siempre maldito— permaneció diabólicamente cuerdo durante el aprendizaje y el relato de ese conocimiento abominable que muy pocos se han atrevido a adquirir, incluso parcialmente. Fue la historia que trató de contar en ese último capítulo frenético la que hizo añicos su negra alma y sacó a su espíritu gimoteando con horror de su cuerpo enfermo, entregándolo al alborozado abrazo de los torturadores de los condenados.

Nadie se ha atrevido jamás a dar a conocer este relato. En realidad, la búsqueda más diligente por parte de algún estudiante de lo oculto no ha

conseguido localizar ninguna mención del terrible mensaje. Sin embargo, un genio sublime lo conocía, y su parte esencial se publicó para todo el mundo con palabras que aún se declaman en la escena:

> «(Antonio)… se dice que en los Alpes
> comiste una carne extraña
> y que algunos fallecieron con solo mirarla[54]».

Pero si ese relato se diese a conocer, tal vez lo que volvió loco al árabe blasfemo vuelva cuerdos a los hombres honrados. Y por ello transcribo a continuación una versión exacta del último capítulo del Necronomicón, tras haber esquilado toda la locura incoherente que me ha sido posible, y purificado la inmundicia que mancillaba toda idea que borbotaba del pozo negro que era la mente obscena de AlHazred.

Existía Otro. El más grande. Gran Padre y Gran Madre en Uno. Más grande que el gran Cthulhu, que su hermano Hastur, que Shub-Niggurath la Cabra con un millar de retoños, que Tsathoggua, que el mismo Yog-Sothoth, porque no eran más que sus semillas. Aquel fue uno de los Primigenios, casi el más poderoso, y desafió la supremacía del mismo Azathoth, el idiota ciego, señor de todo. Más aún, sus hijos me han contado —aunque no puedo creerlo— que Aquel (que es demasiado grande para ser nombrado) era el señor de todo. Tan grande era que Aquellos-En-Los-Que-No-Debe-Pensarse, temiendo que su maldad se volviera suprema, lo expulsaron de su terrible trono y lo encadenaron con grilletes de carne que no pudiese romper a nuestro planeta de condenados. En su caída engendró a Yog-Sothoth, que solo está por debajo de Azathoth. Así lo dice el gran Cthulhu, primera de las grandes abominaciones que Aquel creó de su propia carne para que fueran sus servidores y los amos del planeta.

Aquel era poderoso, y el cuerpo en el que le habían encerrado era repugnante, aunque él se gloriaba en su horror, y con su voluntad lo moldeó hasta formar un ser cuya descripción mataría el alma cobarde de los hombres mortales. Nyarlathotep, aquel que no tiene cara y es mensajero de

los Primigenios, no podía soportar la inmundicia de Aquel, que yacía en una charca de sus propias excreciones en la caverna de las montañas desde donde gobernaba el mundo gracias al terror que causaba y también el que provocaban los dioses que había engendrado. ¡Ojalá yo, Abdul AlHazred, hubiese estado vivo entonces para adorarlo! He servido bien a sus nietos, y ellos me han compensado con placeres cuya mención arrancaría gritos de horror a los cobardes niños con cuerpo de hombreque se ufanan de sus torturas pueriles con cuchillos y agua y fuego. Pero qué no habría dado por servir al más grande…

¡Maldito sea el romano! ¡Que los Perros de Tíndalos persigan su alma por los confines del espacio durante un millón de veces un millón de evos! ¿Cómo pudo hacer lo que hizo? Se lo pregunté al gran Cthulhu, pero no se atrevió a contestar. Se lo pregunté a Tsathoggua, y no quiso decírmelo. Se lo pregunté a Yog-Sothoth, su semilla más notable, y no se dignó responder. Además, mediante mi Arte invoqué a Nyarlathotep, el aullador sin rostro de las tinieblas, exigiendo al mensajero de los Primigenios como ningún hombre ha osado hacer antes, y Nyarlathotep abandonó su eterno aullido y no quiso responder, aunque me temía como solo teme a Cthugha, el Ardiente Eterno, que lo consumirá por completo cuando llegue la hora.

¿Era maquinación de Azathoth? Uno de sus hijos dice que Azathoth, por poderoso que fuera, nunca se habría atrevido a intrigar contra Aquel. Seguramente este hombre, este hombre increíble, acudiera con su chusma soldadesca a las montañas donde se encontraba la caverna del Más Grande siguiendo algún consejo hostil. Quizá de los Dioses Arquetípicos, aunque anteriormente solo habían querido exilarlo, no destruirlo.

Sea como fuere, llegó el romano. Marco Antonio, una bestia lasciva y pendenciera que alardeaba de no temer ni a Dios ni al diablo. Una baladronada imprudente, que muchos han dicho ante mí, para después huir chillando en cuanto olían el efluvio duradero que dejaba una de las visitas de Cthulhu. Pero Marco Antonio… ¿cómo pudo existir un hombre así? Era hombre, que luchó y amó como un hombre, y murió neciamente como un hombre por su estúpida devoción a una ramera. ¿Cómo pudo alguien así ser más grande que los Primigenios que tanto he venerado? Tanto que me he condenado para toda la eternidad por… por… ¡NO!

Debo contarlo. Debe quedar escrito. Este Antonio y sus soldados estaban perdidos. Hambrientos. Bebieron la orina de los caballos. Mataron a los jamelgos y se los comieron, y continuaron su travesía por las montañas. Antonio era su líder. Se jactaba de su fuerza y fortaleza, y no quiso comer de la carne de caballo, dejándosela a los otros. Avanzaron, y llegaron hasta un valle, una hendidura sombría en las colinas. Pero el agua corría cristalina por un lecho rocoso y a su alrededor crecían pinos enanos. Bebieron el agua e hicieron una gran fogata con los árboles, pero seguían teniendo hambre. Y Marco Antonio más que ningún otro.

En la punta de la grieta había una cueva. En las cuevas suelen vivir animales. Los animales pueden comerse. Marco Antonio encabezó la marcha hasta la entrada de la cueva, pero allí se detuvieron. Y es que de la cueva salía un hedor tal que podía pudrir el alma de un hombre dentro de su cuerpo vivo, y era maligno en extremo. Ninguno pudo avanzar más salvo Antonio, que les llamó cobardes y continuó, penetrando en la horrible oscuridad de aquella caverna. En solitario…

Silencio. Un largo silencio. Entonces, de repente, horriblemente, el tumulto resonante de un furioso combate en alguna enorme cavidad del interior. Parte del ruido eran los gritos de guerra del loco Marco Antonio, y otra parte eran de naturaleza tal que muchos de los que lo oyeron huyeron chillando de aquel lugar maldito. Tuvieron suerte. Aquellos que se quedaron, con la cara blanca, paralizados por el terror, siguieron escuchando los ruidos, y se acercaron. La caverna eructó repentinamente una masa que se retorcía, el maníaco y combativo Antonio cubierto de la cabeza a los pies con una mezcla de su propia sangre y el fango repugnante de aquello que era su rival. Aquello que había arrastrado hasta la luz del día, donde no había sido visto antes. Aquello que no pudo matar su jabalina, ni herir su espada. Aquella abominación cuya mera visión mató a los que la miraban, e hizo pedazos las almas de sus cuerpos.

Pidió ayuda, y el crepúsculo ocultó el sol, y las robustas siluetas de los caminantes del viento, Ithaqua y Lloigor y Zhar e incluso el propio Hastur, llegaron aullando. Y Antonio las vio y rió sin miedo, e invocó a Júpiter, a quien los griegos llaman Zeus, el señor del Cielo y amo de las tormentas, pidiéndole ayuda como si fuera su igual. Y Júpiter arrojó sus rayos sobre

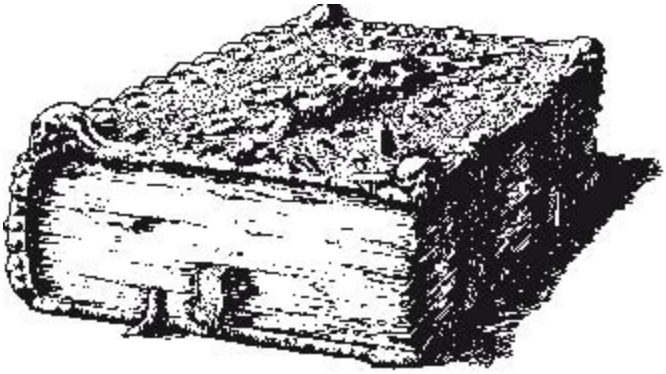
los caminantes y sobre Hastur, sobre Cthulhu que salió del mar y sobre Yog-Sothoth que apareció sin forma desde todas partes y ninguna, y sobre todos los vástagos del más grande que acudieron, y su risa retumbó con estrépito y hendió los cielos, mientras fustigaba a los hijos de aquel con los látigos de muchas colas de sus rayos.

Y en medio de esa locura de luz y ruido, Marco Antonio, con una fuerza impropia de un humano mortal, levantó al más grande y lo arrojó al fuego que sus hombres habían encendido. Aquel gritó horriblemente y se debatió en las ascuas ardientes, y Antonio rió y echó más madera, y en las llamas Aquel chilló abominablemente hasta que de su espantoso cuerpo no quedó más que un carbón chamuscado. Y entonces Marco Antonio, hombre entre los hombres, que no temía ni a Dios ni al diablo, pero que estaba muy hambriento, golpeó el cascarón carbonizado y dentro no encontró nada más que una sola tajada de carne rancia, de aspecto, color y olor repugnante. Pero era carne, y comió.

¡Sí, comió! ¡El mastuerzo romano se comió el corazón aún vivo del más grande! ¡Y así fue destruido para siempre! Y si se le pudo destruir por medio del apetito y el valor bruto, ¿qué pasa con sus hijos? ¿Acaso he entregado mi vida, y algo más que mi vida, al servicio de aquellos que no tienen más poder sobre un hombre valiente que las bestias salvajes?

El resto es locura.

Comentario



Aquí tenéis el relato del propio Lovecraft acerca de las vicisitudes del Necronomicón, escrito en 1927. Sirve como ejemplo de lo que instaba a hacer a sus protegidos, o sea, que prepararan una sinopsis de los sucesos que subyacían tras la narración antes de embarcarse en su escritura. Lovecraft advertía a los escritores en ciernes que tuvieran claro primero lo que iba a suceder y en qué orden, y que después volvieran a mezclar la baraja, para decidir el orden de la presentación de estos acontecimientos en anticipaciones, *flashbacks*, etcétera. Utilizando términos de la ciencia narrativa actual, estaba animando al escritor a determinar la diégesis[55] antes de iniciar el discurso narrativo. Si no, uno corre el riesgo de perder el control del relato, como cuando Raymond Chandler admitía que, en El largo adiós, ni siquiera él sabía quién había cometido uno de los asesinatos. De este modo HPL quería establecer los «hechos» a los que alude constantemente en todas las referencias posteriores al Necronomicón. Una buena idea. Solo que cometió un error cronológico de consideración: Olaus Wormius, un sabio danés, no vivió en el siglo XIII, sino en el XVI. Richard L. Tierney («La sombra sobre Alberto Magno», Crypt of Cthulhu 78, Víspera de San Juan, 1981, pág. 14-16) ha sugerido la posibilidad de que Lovecraft estuviese pensando en el erudito y mago Alberto Magno (1193-1280) como traductor del Al-Azif pero le confundiera con Olaus Wormius (1588-1654), por culpa de un tercer ilustrado medieval, Olaus Magnus (1490-1557). A propósito, en una carta posterior a Jim Blish y William Miller, Jr. (del 13 de mayo de 1936), Lovecraft acotó un par de las fechas imprecisas incluidas en

su cronología. La edición italiana tuvo lugar en 1567, mientras que la española data de 1623.

HISTORIA DE LA HISTORIA DEL NECRONOMICÓN

H. P. L. envió en privado la Historia del Necronomicón a sus amigos escritores poco después de escribirla en 1927, pero no tenía intención de publicarla. Solo se editaron ochenta ejemplares de la misma en 1938, un año después de su muerte, como panfleto de homenaje, por parte de la Rebel Press de Wilson H. Shepherd en Oakman, Alabama. August Derleth la reimprimió en la segunda antología de Lovecraft de Arkham House, Beyond the Wall of Sleep, en 1943, con el título ampliado de Historia y cronología del Necronomicón. Derleth también la incluyó, dos años después, en H. P.L.: A Memory (Abrahamson, 1945, pág. 72). En 1980, Necronomicon Press reeditó el texto de la versión original de Shepherd.

HISTORIA DEL NECRONOMICÓN (UN BORRADOR)
H. P. Lovecraft

Su título original es Al-Azif, siendo «azif» la palabra usada por los árabes para describir ese sonido nocturno (producido por los insectos) que supuestamente es el aullido de demonios.

Escrito por Abdul Alhazred, un poeta loco de Sanaa, Yemen, país que prosperó durante el periodo de los califas omeyas, aproximadamente en el 700 d. C. Visitó las ruinas de Babilonia y los secretos subterráneos de Menfis, y pasó diez años en solitario en el gran desierto meridional de Arabia (el Roba El-Khaliyeh o «espacio vacío» de los antiguos, y el desierto Dahna, o «carmesí», de los árabes modernos) que se considera habitado por espíritus custodios malignos y monstruos mortales. Los que fingen haber entrado en él cuentan muchas maravillas extraordinarias e increíbles de este desierto. En sus últimos años Alhazred vivió en Damasco, donde escribió el Necronomicón (Al-Azif), y de su muerte o desaparición (728 d. C.) se contaron cosas terribles y contradictorias. Ibn Khallikan (su biógrafo del siglo XII) contó que fue atrapado por un monstruo invisible a plena luz del día y devorado horriblemente ante un gran número de testigos paralizados por el terror. De su locura se cuentan muchas cosas. Afirmó

haber visto la legendaria Irem, o Ciudad de los Pilares, y haber encontrado bajo las ruinas de una ciudad anónima del desierto los horribles secretos y anales de una raza más vieja que la humanidad. Tan solo era un musulmán corriente, que adoraba a entidades desconocidas a las que llamaba Yog-Sothoth o Cthulhu.

En el 950 d. C. el Azif, que había circulado considerablemente si bien de modo subrepticio entre los filósofos dela época, se tradujo en secreto al griego por Theodorus Philetas de Constantinopla con el título de Necronomicón. Durante un siglo impulsó a algunos experimentadores a realizar terribles tentativas, hasta que fue prohibido y quemado por el patriarca Miguel. Después de esto solo se supo de él furtivamente, pero Olaus Wormius lo tradujo al latín en la Edad Media, y el texto en latín fue impreso dos veces; una en el siglo XV en letra gótica (evidentemente en Alemania) y otra en el XVII (probablemente en España). Ambas ediciones carecen de marcas de identificación, y se ha establecido su época y localización únicamente por medio de las pruebas tipográficas internas. La obra, tanto en latín como en griego, fue prohibida por el Papa Gregorio IX en 1232 poco después de su traducción al latín, lo que llama la atención.

El original árabe se perdió en la época de Wormius, como este indica en su prefacio (hay, no obstante, un relato incierto acerca de un ejemplar secreto aparecido en San Francisco durante el presente siglo, para después perecer en las llamas), y nada se sabe de la copia griega (que fue impresa en Italia entre el 1500 y el 1550) desde el incendio de una librería de un vecino de Salem en 1692. Un traducción realizada por el doctor Dee nunca llegó a imprimirse y solo se conservan fragmentos recuperados del manuscrito original. De los textos en latín existentes, se sabe que uno (del siglo XV) está en el Museo Británico guardado bajo llave, mientras que otro (del siglo XVII) está en la Bibliothèque Nationale de París. En la biblioteca Windener de Harvard, en la biblioteca de la Universidad de Miskatonic en Arkham, y en la biblioteca de la Universidad de Buenos Aires hay un ejemplar del siglo XVII. Probablemente existan en secreto muchas otras copias, y se rumorea con insistencia que una copia del siglo XV forma parte de la colección de un famoso millonario norteamericano. Un rumor aún más impreciso da fe de la preservación de un texto griego del siglo XVI en la

familia Pickman de Salem; pero si se conservaba, desapareció con el artista R. U. Pickman, que desapareció en 1926. El libro está perseguido por las autoridades de la mayoría de los países, y por todos los estamentos de las organizaciones eclesiásticas. Su lectura provoca terribles consecuencias. Se dice que R. W. Chambers sacó la idea de su novela El rey de amarillo de los rumores de este libro (que conocen muy pocos entre el público en general).

CRONOLOGÍA

Uno —Abdul Alhazred escribe el Al-Azif en Damasco en el 730 d. C.

Dos —Theodorus Philetas lo traduce al griego como Necronomicón en el 950 d. C.

Tres —Quemado por el patriarca Miguel en el 1050 d. C. (el texto griego; el texto árabe ya ha desaparecido para entonces).

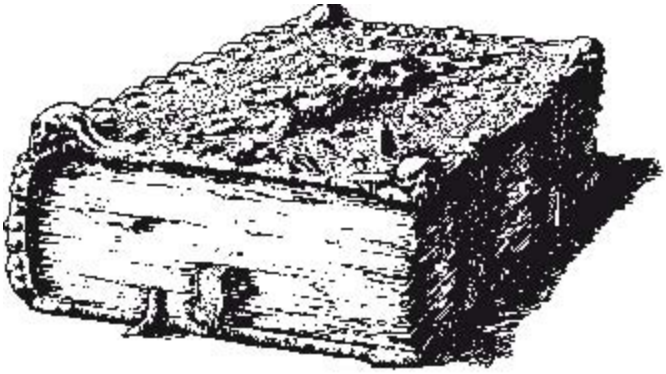
Cuatro —Olaus traduce el griego al latín, en el 1228 d. C.

Cinco —Prohibidas las ediciones en latín y griego por Gregorio IX, en el 1232 d. C.

Seis —¿14…? Impresa una edición en letra gótica en Alemania.

Siete —¿15…? Impresa una edición en griego en Italia.

Ocho —¿16…? Impresa una edición en latín en España.

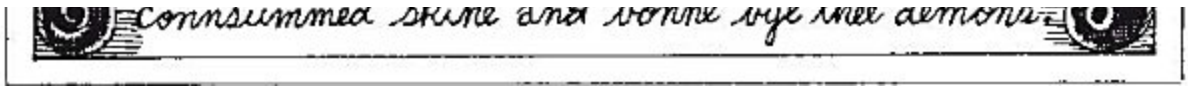


Este testimonio presencial inapreciable de las andanzas hechiceras de Abdul Alhazred, Apóstol de los Primigenios y Mahdi de Yog-Sothoth, rellena muchos huecos en nuestro conocimiento del poeta loco de Sanaa. Parece haber pasado inadvertido para Ibn Khallikan, su biógrafo del siglo XII, cuya recopilación de información de muchas figuras árabes importantes los ha salvado de la nada. La indisponibilidad del relato del famoso cronista probablemente se deba a su difusión limitada entre las sectas clandestinas mencionadas en el propio relato. La consecuencia de más confusiones es, sin duda, la semejanza entre los nombres del erudito del siglo XII, el autor de esta historia (El-Rashi, del siglo VIII), y su compañero discípulo, mencionado en el texto, Ibn Kallikhan Rashid. Algunos se han cuestionado la autenticidad del Manuscrito de El-Rashi, en parte a causa del parecido de los nombres, como si un seudoepigrafista hubiese situado anacrónicamente al biógrafo del siglo XII en el siglo VIII y hubiese convertido al devoto musulmán en el adepto de los Primigenios. Una confusión así da a entender que el nombre de Ibn Khallikan no era muy conocido para el seudoepigrafista que debía haber vivido mucho después de la difusión de las obras de Ibn Khallikan. De nuevo, el parecido cercano entre los nombres Rashid y Rashi de esos dos discípulos de Alhazred parece delatar un origen literario más que histórico para la obra, por no hablar de la semejanza entre El-Rashi como nombre propio, y el apodo acronímico «Rashi», del famoso Rabino Salomón Yishaki de Troyes (casualmente, otro erudito del siglo XII,

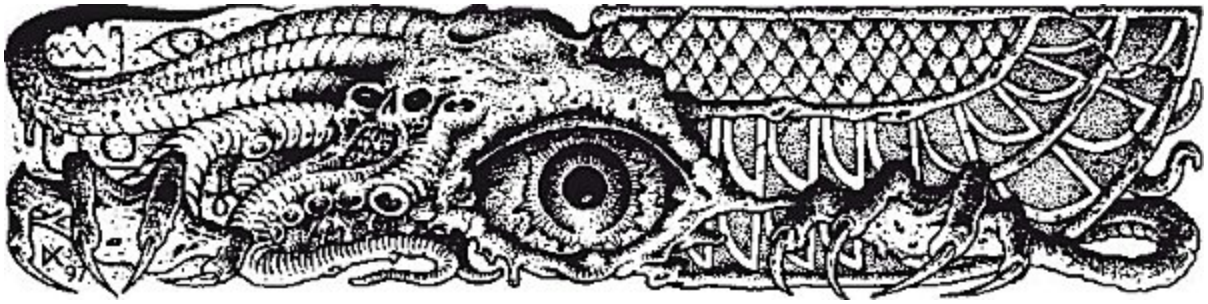
que murió en el 1105). La primera publicación de este hallazgo fue en las páginas de Etching & Odysseys 5, 1984.

700 A.D.

Abdul Alhazred Thee madd poet of Yemin in an excstasy of vision. Thee poet maddened bye false visions penned thee evil booke called thee Necronomicon, a grimoire fore many evil spells cast bye witches, sorcerers, and necromancers. Thee poet wos lead astraye bye demons and was


Connsummea skine and bonne bye thee demons

El Poeta Loco de Yemen teniendo una Visión Extática, del Libro de Hechicerías y Filosofías Prohibidas de *Sir* Blythe Guiness, publicado en 1699 en Londres. El único retrato conocido de Abdul Alhazred, probablemente reproducido de una xilografía previa y actualmente desaparecida. Del texto puede deducirse que *Sir* Blythe Guiness sabía poco o nada de la historia y vida del poeta. Sin embargo, se le incluye en una ilustración del libro. Obsérvese que el amuleto que lleva Alhazred sobre el pecho es muy parecido al encontrado por la expedición del profesor Haase (véase Figura 1). Podríamos conjeturar con que el retrato sea auténtico, reproducido de un retrato realizado en vida de Alhazred, quizá por alguno de sus discípulos.



LA VIDA DEL MAESTRO
(UNA BIOGRAFÍA DE ABDUL ALHAZRED POR SU DISCÍPULO, EL-RASHI)

Traducido por David T. St. Albans
(Director de Antigüedades Históricas, Universidad de Miskatonic, Arkham, Massachusetts)

Prólogo a la traducción del texto de El-Rashi

El misterioso «Árabe Loco» de Damasco conocido como Abdul Alhazred, presunto autor del Necronomicón (llamado Al-Azif por el mundo árabe), y Poeta de Yemen, ha sido desde tiempo ha una figura envuelta por la bruma de la fábula, el mito y la anécdota. Durante muchos años la comunidad científica ha afirmado que el Necronomicón era un libro falso, quizá incluso un engaño, o nada más que los desvaríos de un árabe devoto a las sectas marginales del pensamiento gnóstico; tal vez un libro que pretendía inspirar espanto y terror hacia el «Mal Supremo» que para los gnósticos era el «Demiurgo», el creador de todas las cosas materiales. Este libro cayó en las manos más dispares, lo que provocó que algunos hombres acabaran adorando a los repugnantes demonios descritos en él, en lugar de

evitarlos y despreciarlos. En secreto se crearon cultos, siendo los de Cthulhu y Yog-Sothoth dos de los más notables. Con el tiempo, con la llegada de la Ilustración se rechazó una fe tan disparatada, y estos cultos fueron denostados hasta la irrisión por muchos autores. Más adelante, según cabe suponer, los escritores de horror dentro del género de Lovecraft, Chambers, Derleth, Bloch, et ál, resucitaron las poderosas imágenes de Cthulhu y Shub-Niggurath y otros demonios basados en el Necronomicón y las usaron para infundir miedo en sus lectores, a la vez que placer.

No obstante, ha salido a la luz, gracias a varias excavaciones realizadas por el profesor Simon Haase de la universidad en Yemen del Sur durante finales de los setenta y principios de los ochenta, que Abdul Alhazred existió en realidad. No solo esto, sino que era temido y aborrecido supersticiosamente por todos los habitantes de Arabia durante su vida, alrededor del año 700 d. C. Quedaba más allá de toda posible refutación que también fuera visionario de cierta fama, intérprete de sueños y augurios, y explorador y fundador de una misteriosa escuela de cierta importancia durante aquellos tiempos.

Los nombres del panteón de esta fe son los mismos que aparecen en el Necronomicón, temidos, olvidados, ridiculizados y resucitados con el tiempo. Efectivamente se trata de «Nombres Muertos» como sugiere la traducción de la palabra «Necronomicón» (necro: muerto, nomicon: libro de nombres). Aún queda por ver si estos nombres pretenden ser simbólicos o alegóricos, o los verdaderos nombres de dioses olvidados de la Antigüedad, resucitados por el poeta Alhazred para su culto, o si se trata de los nombres de criaturas de las estrellas y de otras dimensiones que, tras haber visitado nuestro planeta hace evos, fueron adorados por el hombre primitivo en su ignorancia, seres con los difíciles nombres de Azathoth, Cthulhu, Nyarlathotep, Byatis y Shub-Niggurath. Tal y como están las cosas, ninguna de estas teorías es imposible o inverosímil. Los discípulos de Alhazred creyeron fervientemente que tales criaturas existían y que planeaban continuamente el fin de la humanidad. Creyeron que aquellos seres vivían eternamente, tenían poderes sobrenaturales de percepción, podían llegar a las mentes de los hombres desde sus prisiones interdimensionales, de las que intentaban huir, y tenían una sed insaciable

de sangre y almas humanas. Creían en todo lo que está escrito en el Necronomicón.

El Necronomicón no es necesariamente una auténtica representación de la realidad de los cultos de Alhazred o de las palabras exactas del árabe loco. No es, sin embargo, una falsificación. La mayor parte la escribió en el siglo VIII d. C., un hombre que era al tiempo profesor y maestro máximo de uno de los cultos más extraños del mundo. Podríamos verlo en sentido histórico como un maestro de una religión politeísta recalcitrante en un mundo monoteísta de rápida evolución; un mundo que se estaba volviendo rápidamente hostil hacia los herejes e infieles. Tal vez Abdul Alhazred fuera uno de los pensadores religiosos perseguidos tan habituales en tiempos posteriores. Sea cual fuere el caso, ahora se ha descubierto que el árabe loco fue un personaje histórico real.

En la excavación número 54 de Yemen del Sur, en las proximidades de la ciudad de Taiz, el profesor Haase descubrió en 1982 un documento de gran relevancia para historiadores y anticuarios de todo el mundo. Este documento se llama «La vida del maestro», y fue escrito por un tal El-Rashi, un discípulo del poeta, en el año 742 d. C., al parecer en la misma escribanía que Alhazred empleó para redactar el Necronomicón, en el hogar del poeta en Yemen. El documento fue encontrado entre los escombros de los cimientos de una casa quemada, en un estado de conservación comparable al de los mejores Pergaminos del Mar Muerto. Estaba sellado con cera dentro de un cofre de metal verde (de una aleación metálica no identificada hasta la fecha), que estaba envuelto en paños empapados en aceite. Junto al documento biográfico también se encontraba en un tubo de plomo lo que se cree que es el original del primer borrador de puño y letra de Alhazred del libro que ahora llamamos Necronomicón.

Este, por supuesto, es un hallazgo digno de mención y muy importante para nuestra Universidad de Miskatonic, depositaria desde hace mucho de libros tan insólitos como el Libro de Dyzan o el Necronomicón en latín. La Universidad, no obstante, ha reservado la documentación del original árabe del Necronomicón para más adelante, en espera de los demás procedimientos de datación y traducción. Sin embargo, se sabe tan poco del Poeta de Yemen que ha recaído en mí la traducción y documentación del

texto de El-Rashi, su estudiante, discípulo y biógrafo postmortem. Esta traducción se publica íntegra en una edición muy limitada para la lectura del personal de la universidad y otros notables.

Nota: En el texto se han cambiado las meses y años del calendario árabe por los del moderno para facilitar su lectura.

D. St. Albans, Doctor en Filosofía y Letras
Universidad de Miskatonic
9 de septiembre de 1983

La Traducción

El vigesimoprimer día de enero del año 712 d. C. nació en la ciudad de Tabez el hombre al que muchos llamarían Maestro y Mentor de la Fe Antigua. Es decir, la fe anterior a Mahoma, anterior a Abraham de Caldea, sí, e incluso anterior a Noé, el Profeta del Diluvio. La Fe ya existía antes de que el pueblo de la Biblia saliera de Mesopotamia. Antes de que Eva fuese tentada por el serpentino Yig, padre del Engaño, la Fe ya era antigua en el vacío. Aquellos de la lejana Hibórea conocían la Fe; aquellos de Atlantis eran fieles, y fueron destruidos por sus creencias.

El Maestro, que trajo la fe antigua de los intersticios entre los cielos y la tierra, hablando, por decirlo así, con la lengua del poderoso Djinn, nació y recibió el nombre de Abdul Ashif Bethel Mohamed Alhazred, hijo del platero Abdul Mohamed Halas Alhazred, un acaudalado ciudadano de Tabez. La madre del Maestro fue una mujer pecadora, una prostituta, salvada por la Fe de Mahoma, el Profeta de Alá, y casada con su hijo en sus entrañas.

Desde niño, el Maestro demostró rápidamente su inteligencia y se volvió experto en los estudios del Corán y de otros libros sobre Abraham y Moisés, y no tenía rival en el arte de las matemáticas. Fue educado por los mejores mentores en la historia del mundo, la historia de su pueblo y de otros pueblos de la tierra. A la edad de once años, el Maestro eclipsaba al tutor más diligente. A la edad de dieciséis años ya se le llamaba «erudito».

A la edad de veinte años se casó con la sobrina del Gobernador de Tabez, Raquel Sadiz, y engendró dos hijos varones, Abdul y Meta.

Figura 1: Amuleto de barro cocido con estela retratando a un dios con cabeza de octópodo sacrificando a una víctima (M. U. #5725CP). Babilonia, 3200 a. C. Encontrado en el basurero número 4 por el equipo de

Haase en Tabez. El basurero data de los días de Alhazred. Se conjetura con que el amuleto (parte de una pieza más grande que se rompió y posteriormente se taladró para pasar una correa de cuero) era uno de los «ídolos» de Abdul que fueron destruidos por los Ancianos de Tabez, ya que se le encontró junto al pequeño bronce (véase la Figura 2) y otras piezas de ídolos rotos. Tal vez sea una de las primeras víctimas de la destrucción de ídolos del Profeta Mahoma.

En el invierno del año de su vigesimocuarto cumpleaños, mientras esperaba la llegada de un tercer vástago, el Maestro sufrió una extraña dolencia y de repente quedó incapacitado y no podía moverse ni hablar. En vano fue atendido por los buenos doctores árabes. Se llamó a los rabinos de Jerusalén para que le estudiasen, y anunciaron que el alma de Abdul Alhazred había huido de su cuerpo y que estaba poseído y habitado por un demonio. A causa de este desconcertante diagnóstico, Raquel perdió su tercer y último hijo.

Durante un tiempo se vio que sus ojos brillaban con un extraño fulgor, y no era capaz de alimentarse o vestirse. Tras varios meses comenzó a hablar como un crío, después como un niño, y solo pasados unos días volvió a hablar como habla un hombre, aunque con nueva voz y nuevos propósitos. Gastó la riqueza heredada de su padre y la dote de su mujer en algunos pergaminos y legajos antiguos e incalificables. Financió caravanas a la lejana Catay y a África, y conversó en secreto con los sabios griegos y frecuentó los hogares de los hombres que traían nuevas de la India y Europa. Renegó públicamente de la fe de Mahoma, jurando que solo era superstición y farsa. Esto le acarreó enemistarse con la gente de Tabez que una vez lo amó. Ni volvió a yacer con su mujer, ni atendió a sus hijos, sino que los recluyó con unos parientes. Habló con fluidez lenguas que jamás había estudiado, y enseñó formas de matemáticas que quedaban fuera del alcance del más sabio de Tabez. A la vez se hizo ermitaño, y nunca se le veía fuera de su casa a la luz del día. Cerró su casa con pesadas cortinas, y diariamente se le llevaban alimentos y otros géneros. Se decía que inventaba cosas dentro de su hogar cuya mera presencia habría matado a un hombre sano. Los nobles y doctores de Tabez concluyeron que estaba poseído por Satán y le intentaron desterrar para siempre de su ciudad.

Un noche de invierno, soldados del Califa y del Gobernador de Tabez irrumpieron en el hogar del Maestro y encontraron pergaminos y legajos que hablaban de nigromancia, hechicería, creencias ocultas y doctrinas gnósticas; también encontraron antiguas tablillas y estatuas de dioses de antaño como Baal, Moloch y otros. En derredor encontraron muestras de hechicerías y prodigios de los que apartaron sus ojos para no morir. Todos ellos estaban a favor de desterrar para siempre al Maestro de Tabez. Y el Maestro juró diciendo:

—¡Estas cosas que tenéis ante vosotros significan menos que nada para mí! ¡Todas están fundadas en falsas doctrinas y son dignas de desdén! ¡De alguna manera averiguaré los secretos de la Puerta y los secretos del Guardián de la Puerta! ¡Desde allí liberaré a mi pueblo de la muerte del Tiempo!

Estas palabras, sin embargo, enfurecieron a los soldados y a los eruditos de Tabez que les habían acompañado. Y el Maestro fue golpeado gravemente en la cabeza e hicieron pedazos sus ropajes y fue arrastrado ante el Califa. El Califa de Yemen en Ta’izz ridiculizó públicamente al Maestro e hizo que le esquilaran el pelo, y sin calzado en sus pies el Maestro fue desterrado al desierto que rodeaba Yemen.

Su esposa, que al principio estuvo de acuerdo con el Califa, pronto cambió de opinión y se arrepintió, recordando el carácter anterior de su marido, y por tanto se enclaustró en su casa durante cuarenta y dos días de luto secreto.

Muchos años después de haberse convertido en nuestro mentor, el Maestro nos contó cosas de aquellos días de pesares. Vagó largo tiempo por el Lugar Vacío. Enfermo y muerto de sed, fue rescatado por los beduinos de Al-Rayada que no habían sido convertidos a la fe de Mahoma sino que adoraban a Abraham como verdadero padre. Consideraron a Alhazred un hombre santo extraviado, y lo alimentaron y vistieron. Tras recuperarse, se llevó al desierto a algunas almas fuertes, en busca de Irem la de los muchos pilares. Finalmente encontró y recorrió las antiguas calles de aquella ciudad legendaria, conversando con su espíritu, por decirlo de algún modo, con los demonios de aquel lugar. Mucho aprendió de las columnas cubiertas de jeroglíficos de Irem. Regresó de aquella sombría ciudad sin un solo

acompañante, y se llevó de ella un cofre de oro verde jamás visto por los ojos del hombre. De nuevo se aventuró y cruzó el mar Rojo con otro grupo, en busca de la mítica Ciudad Sin Nombre. Con valor fue a visitar a aquel horrible bastión de la antigua raza de Egipto. Exploró, y registró y buscó por la ciudad. Además, juró que desde aquel día hasta su fallecimiento los demonios malignos de aquel lugar prohibido, mitad cocodrilo y mitad humano, le buscaron para destruir su conocimiento de ellos, porque había blasfemado contra sus templos profanos de los Dioses Primigenios. Al cruzar de nuevo el mar Rojo con rumbo a Yemen se extravió en una tormenta de terrible magnitud causada por los demonios, y con su barco se perdieron muchos tesoros extraordinarios. Todos los que estaban a bordo, excepto él, también desaparecieron. A pesar de todo, el destino salvó la vida del Maestro y lo arrojó a las costas del norte de Arabia.

Después de dos años fue rescatado por otros beduinos, partidarios de Mahoma. Le llevaron a La Meca, y desde allí se le socorrió y llevó en caravana hasta Yemen, de regreso a Tabez cerca de Ta'izz. Entonces fue a los Ancianos de la Fe de Mahoma, y les suplicó que le restituyeran su antigua posición, diciendo:

—¡He luchado largo tiempo con mi adversario (Shaitan), el demonio que me poseía, y gracias al poder de Alá lo he desterrado a las tinieblas!

Pero en verdad no podía recordar nada desde el momento en que se sintió enfermo hasta entonces. La extraña luz desapareció de sus ojos y los Ancianos lo probaron, encontrándolo sano y de fiar, salvado por la fe renovada en Mahoma. Así se le devolvió a su anterior lugar y de nuevo se le dio la bienvenida a su hogar.

Así vivió durante muchos meses como maestro y sabio, hasta que una noche se asombró por ser llamado en un sueño hasta un lugar en las afueras de Tabez donde encontró enterrada una piel de reptil junto a tablillas de arcilla al modo asirio, y también había fragmentos de cerámica con imágenes de demonios mitad hombre y mitad cocodrilo. Estaban a cuatro patas adorando a un dios de horrible aspecto, con tentáculos de calamar en su rostro, pinzas de cangrejo en sus brazos, y alas de murciélago. No tenía idea de qué significaban esas cosas, ni tampoco podía leer las tablillas asirias. ¡Sin embargo sabía que había enterrado los objetos que recogió en

la Ciudad Sin Nombre, mientras aún estaba poseído! En otra ocasión un sueño le llevó a una aldea de los beduinos de Al-Rayada, que lo adoraron llamándole «Maestro» y «Mago». Sin embargo nada sabía de todo esto. Le entregaron la caja de oro verde que había dejado con este pueblo. La habían enterrado en el desierto, porque les parecía que los custodios de la caja enfermaban y morían una muerte horrible, y también lo hacían sus parientes y animales. Por tanto entregaron de buena gana el cofre al Maestro. Un sueño también le indicó que colocase el cofre en una caja de oro batido sin junturas, y que pusiese en su interior la piel de reptil y los fragmentos de cerámica y las tablillas. Sin embargo tuvo que huir de aquellos beduinos, ya que muchos se habían convertido a Mahoma y le acusaban de hechicería.

En otros sueños el Maestro vagó por los espacios entre el cielo y la tierra, poblados por toda clase de demonios y ángeles y espíritus. También afirmaba haber visitado las estrellas de Betelgeuse y Aldebarán y Sirio, y juró haber visto otros tiempos y planetas. Cada vez le acosaban más sueños de estos, y los Ancianos, viendo su cansancio, se preguntaron si al expulsar un espíritu maligno no había dejado entrar a otros siete. El Maestro ya no fue feliz con su trabajo corriente, ni con el amor de su esposa e hijos, que lloraban ante él constantemente.

En las callejas y plazas de Tabez el Maestro comenzó a enseñar una nueva palabra. Hablaba de dioses que podían tomar los cuerpos de hombres y mujeres mortales y podían usarlos para hacer el bien o el mal entre los hombres. Decía, sin embargo, que dichos dioses estaban más allá del bien y del mal y que desde su cielo solo trataban de encontrar la puerta perdida del Tiempo, para entrar en ella y encontrar la vida eterna que les negó el Señor del Caos, su creador. Todavía no habían encontrado la puerta y pronto se les acabaría el tiempo. Así que su destrucción era inminente y en sus cielos había pesar, aunque viviesen un millón de años más. Llamó a estos dioses la Gran Raza. Juró que fue uno de la Gran Raza quien había poseído su cuerpo, y que ser tocado de este modo por un dios le hacía santo y que procedería a continuar la Antigua Guerra de la Gran Raza contra los Dioses Primigenios. Los Dioses Primigenios ya eran poderosos y viejos antes de la llegada de la Gran Raza, y fueron la primera creación de Azathoth, Señor del Caos, Faraón de las Tinieblas.

Figura 2: Estatuilla de bronce con la imagen de un dios con cabeza de pulpo y cuerpo de hombre (M. U. #5726CP). Esta pieza grecoegipcia tiene una inscripción en griego en la parte de atrás de su base de mármol: «El pequeño Dios de los buceadores del coral». Es un dios relativamente desconocido en el panteón griego y en el egipcio. Tal vez disfrutara de un corto periodo de veneración por parte de una minoría selecta de pescadores. Recuerda a la descripción de Cthulhu, el ser de cabeza octopoide del panteón de dioses de Alhazred. Tal vez el árabe pensase que se trataba de Cthulhu, o quizá haya inspirado su descripción en la pieza encontrada en sus viajes y llevada a Siria. Sin embargo, quizá no sea más que un recuerdo de los pueblos fenicios/filisteos que adoraban a Dagon.

Predicó que a Shaitan, un subalterno insignificante del horrible Nyarlathotep, se le llamaba en los tiempos de antaño «Aquel Cuyo Nombre No Debe Pronunciarse». Todos eran de naturaleza malévola y buscaban la destrucción de la Puerta del Tiempo que retenía al Caos. Los sueños del Maestro lo habían despertado, convirtiéndolo en un Guerrero Santo. Predicó que Jesús, Mahoma y Moisés no eran auténticos santos porque no habían sido tocados por la Gran Raza, los verdaderos dioses. Nunca antes se habían mencionado esos nombres e ideas en Yemen. Cuando los Ancianos las escucharon, de nuevo se enfurecieron contra el Maestro Alhazred, y en la oscuridad de la noche los expulsaron, a él y a sus discípulos, para siempre de Tabez, llamándoles blasfemos, descreídos, infieles y hechiceros. Se permitió a su mujer divorciarse de él para que conservase sus bienes y su casa y sus hijos, porque los Ancianos sabían que era devota y carecía de malicia.

En sus andanzas el Maestro comenzó a desesperar de los ideales de la Gran Raza, puesto que sabía que serían destruidos, y por tanto que no llegaría salvación alguna de ellos. Tampoco se preocupaban por la humanidad más de lo que un hombre se preocupa por la hormiga para investigar sus costumbres. El Maestro consideró que los Dioses Primigenios que llegaron antes de la Gran Raza eran más dignos de adoración, y dijo:

—Estos Dioses Primigenios han venido desde un lugar en el que no existe el Tiempo, y no hay nada en el universo que pueda resistírseles. Fue

la Gran Raza la que aprisionó a los Dioses Primigenios en una dimensión de sueño eterno y son sus sueños los que me revelan cosas, soñando mientras yacen bajo el mar o en prisiones entre las estrellas. ¡Sin embargo los Dioses Primigenios no pueden morir! Cuando llegue la hora vendrán de las ruinas sumergidas de R'lyeh y de Noth Vadik y de sus tumbas entre los planetas. Traerán a los bholes y a Shudde'e-M'ell y renacerán todos los terrores de la Madre Hidra y el Padre Yig. ¡Engendrarán abominaciones peores que los shuggoth y los lloigor! Los señores del Caos de Azathoth gobernarán los planetas que giran eternamente en el vacío. La Gran Raza solo ha ganado un poco de tiempo. ¡Serán como la paja ante el soplido del gran Cthulhu! ¡Por eso adoraré a Cthulhu y Yig como mis dioses, y Yog-Sothoth, Guardián de la Puerta de otros reinos, será mi salvación!

El Maestro me mostró el semblante de Cthulhu, el mayor de la progenie de los Dioses Primigenios de la Tierra, que ahora sabemos que era el dios inscrito en las cerámicas de la Ciudad Sin Nombre. Les enseñó los ritos de Nyarlathotep, que le habían sido mostrados en sueños. Muchos no pudieron soportarlo y huyeron. Contó a sus discípulos escogidos los secretos de Yig, llamado Set por los antiguos egipcios. Además, les mostró los misterios de Shub-Niggurath, la Cabra con un Millar de Retoños, y construyeron altares en el desierto a Dark Han y Chaugnar Faugn.

El Maestro, tras haber pasado por tantas penalidades, estaba haciéndose viejo, y su vista empeoraba. A su alrededor parecía brillar un fuego oscuro, un aura de poder y muerte. Los Dioses Primigenios habían escuchado sus oraciones y súplicas, y gozado con sus sacrificios en los lugares salvajes, y podía invocar al shuggoth de la tierra y a la sombra descarnada del abismo. Trató con los gules, que robaban las tumbas de los ricos para él.

A su debido tiempo llegó a Damasco, y dejando de lado sus enseñanzas durante un tiempo se enclaustró como monje, y escribió su doctrina, lo que había comenzado a hacer en Tabez antes de que le desterraran. Llamó a este libro de conocimiento horrible Al-Azif, las voces de los condenados. Fui yo, El-Rashi, el que lo ayudó en aquellos días. Hablaba muy bien de mí y me tenía en alta estima. Yo vi en él una luz de conocimiento ardiente que no he visto en otro hombre. Cuando leí sus enseñanzas fui convertido a la fe de

Cthulhu. El temor de aquel Dios Primigenio en mi corazón era mayor que el temor de Alá, así que renegué de la Fe del Profeta y serví al Maestro.

Creí que el mal era superior al bien, y también creí que la humanidad era la escoria de la gran alquimia de Cthulhu de los días cuando la Tierra era joven. El Maestro me instruyó acerca de la inminente resurrección de Cthulhu de su sueño similar a la muerte en la sumergida R'lyeh, que si podía, él ayudaría a ejecutar. El Maestro me enseñó el secreto de la Piedra Brillante multifacetada de Atlantis. La Piedra Brillante aún podía encontrarse si algún hombre joven y enérgico tenía el valor necesario para buscarla, y le juré que lo haría. Cuando la encontrara, dijo, todo lo que debía hacer es mirar su interior y mantenerla en completa oscuridad durante un cierto tiempo y comenzaría el principio del fin de la humanidad. La recompensa a los discípulos fieles de Cthulhu será la vida eterna y la ceguera perpetua, para que no se vuelvan locos al mirar el Vórtice de Caos cuando se desencadene. En lugar de eso, a los fieles se les otorgará otro sentido de la vista mucho mejor, para que puedan presenciar el glorioso reinado de Cthulhu.

En aquel tiempo el Maestro salió de su retiro, y su fama comenzó a extenderse por toda Arabia, Siria e Iraq. Muchos contemplaron pasmados sus poderes arcanos, ya que podía invocar fuegos de los cielos con solo mandarlo y lanzar demonios horribles sobre las casas de sus enemigos. Sabía secretos que podían matar y causar la locura en quien quisiera. Muchos comenzaron a creer en sus palabras, que explicó en poesías en la plaza de la ciudad. La Fe Antigua se hizo manifiesta en Damasco. Se pidió al Maestro que fuera el astrólogo de la corte del califa de Bagdad, y por un tiempo todo fue bien.

Sin embargo, tras su primer año en Bagdad, la salud del Maestro comenzó a abandonarlo. Viajó una vez más a Damasco, decidido a construir un templo a Cthulhu para albergar la Piedra Brillante. Yo todavía no había marchado a buscar la Piedra, pero era fiel sirviendo al Maestro, ya que era su pupilo más querido. Otros discípulos buscaron pero no encontraron nada, o nunca se volvió a saber de ellos tras acudir a las lejanas tierras de Malasia y Japón. La gente de Damasco juraba que el Maestro rivalizaba con Simón el Mago, el Mentor gnóstico de antaño, rival de Pablo de Tarso, y de Pedro,

el discípulo de Jesús el Nazareno. Incluso los devotos de Thoth-Hermes llamaban al Maestro «*Pater*», que viene a ser «Padre». Sin embargo, muchos otros aún le llamaban árabe loco, blasfemo y hechicero. Muchos también lo odiaban y lo habrían matado si no fuera por sus poderes.

Un día (en verano del 732 d. C.), mientras el Maestro se encontraba en los cimientos del templo consagrado a Cthulhu que estaba construyéndose, y predicaba a una multitud de partidarios y mofadores y curiosos, Abdul Alhazred, el Poeta de Yemen, Maestro de la Fe Antigua, desapareció de la vista, como si el mismo aire se lo hubiera tragado o la tierra se hubiera abierto a sus pies para recibirle. Por el suelo estaban desaparramados sus ropajes y también sangre seca en forma de polvo.

Muchos dijeron que había sido devorado entero o destrozado por demonios. Sin embargo, sus discípulos juraron que la gracia de Cthulhu lo había llevado a los espacios entre los cielos y la tierra para esperar el fin de los tiempos, y que, como Jesús, vendría de nuevo para llevarlos a un nuevo mundo. No obstante, el Maestro no se nos volvió a aparecer. Muchos de nuestros fieles desesperaron y se arrepintieron y volvieron a la Fe del Profeta una vez más. Éstos mandaron a los soldados del Califa contra nosotros, que mataron a todos los fieles menos a dos.

Yo y otro, Ibn Kallikhan Rashid, huimos a Yemen disfrazados. Conmigo llevé el Al-Azif y otras posesiones del Maestro, sus riquezas obtenidas en Bagdad, la piel de reptil, el cofre de oro verde, e incluso la sangre en polvo de los cimientos del templo, porque creía que eran los restos mortales del Maestro. No sé qué lo mató… Quizá un demonio de la Ciudad Sin Nombre, quizá un poder, o una enfermedad contraída en uno de sus muchos viajes; quizá hubiese trascendido la carne mortal para morar con los servidores de Cthulhu en la lejana Aldebarán.

En aquellos días Ibn Kallikhan Rashid se apartó de mí en Ta’izz y no sé dónde fue, ni tampoco he vuelto a oír de él. Juró, no obstante, que demostraría de algún modo la existencia de los Dioses Primigenios. Yo estaba consternado por la desaparición del Maestro, pero no renegué de mis creencias. Fui a Tabez y compré la antigua casa del Maestro por más de su valor a su viuda, pero no le dije quién era. Sus hijos se habían mudado a Ibb y La Meca para hacer fortuna y huir de la carga del nombre de su padre.

En Tabez estuve solo y temeroso, y no pude predicar la palabra que el Maestro me había legado, porque mi fe flaqueaba. En solo unos años, el Maestro cayó en el olvido salvo para unos pocos que le llamaban «aquel Poeta Loco» y «ese viejo blasfemo de Yemen». Nadie recordaba ya los extraños poderes de sus obsesionantes ojos. Nadie lo volvió a considerar mentor o maestro. Pero yo lo recordaba bien, aunque comenzaba a creer que había puesto su fe en las cosas equivocadas.

Han pasado años desde la primera vez que vi a Abdul Alhazred, y aun así todas las noches mis sueños me llevan a las moradas de los Dioses Primigenios y al Vórtice del Caos. Aunque he perdido la fe, creo sinceramente que mi alma es de Cthulhu, que me envía sus sueños. Me gustaría huir de los Primigenios pero no puedo. Las oraciones a Alá solo empeoran las cosas. Estoy temeroso y enfermo de continuo. A diario miro fijamente el cofre de oro verde y medito. Me pregunto cómo sería cabalgar sobre la repugnante ave shantak hasta el mismo trono de Azathoth y vivir dentro de la eterna presencia del dios ciego e idiota.

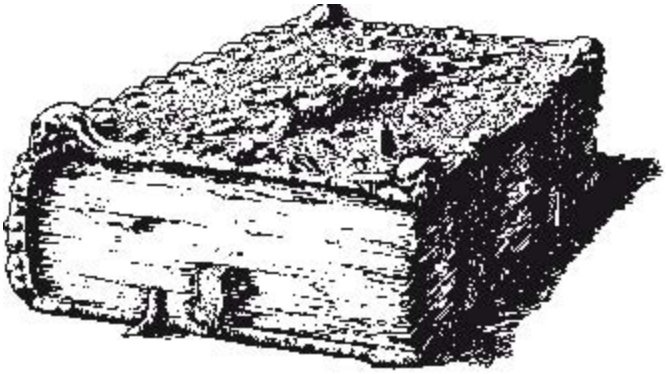
He copiado dos veces el Al-Azif y envié los ejemplares a unas sectas de Damasco y Siria, que me han localizado y creen que Alhazred fue un profeta. No pude desmentirlo, y también les advertí en firme acerca de los efectos de las enseñanzas sobre las mentes frágiles de los hombres.

A diario, en mis sueños y durante mi vigilia, parecen acecharme extraños truenos y raspaduras bajo la tierra. He decidido viajar a Cádiz, en Al Andalus, esperando dejar atrás de algún modo a estos demonios que me obsesionan. Sin embargo, creo de corazón que será en vano. Seguiré la senda del Maestro hasta que mi alma se consuma en las fauces colmilludas del semblante serpentino y siseante de Yig el Mentiroso. El bhole consumirá mi carne y el ave shantak entregará mi espíritu inmortal a Azathoth, que sonríe en su trono ante la vil cacofonía musical de los habitantes del Infierno. Por eso escribo este relato de Abdul Alhazred, Maestro de la Fe Antigua, sin saber si es una alabanza o una advertencia. Las raspaduras y arañazos y estruendos suenan cada vez más bajo mi casa. Debo despertar de mi pereza y marcharme a…

Nota del traductor: La ciudad de Tabez fue destruida por un violento terremoto y el subsiguiente incendio en el año 754 d. C. No se sabe si El-

Rashi llegó a viajar a Cádiz y sobrevivió a la catástrofe. Sin embargo, la historia no dice que hubiera supervivientes. Hasta nuestros días, Tabez sigue siendo considerado un lugar maldito o impío, y los pueblos beduinos de Yemen lo esquivan. El documento que acaban de leer fue descubierto en los cimientos de una casa que mostraba todas las señales de haberse derrumbado para seguidamente arder. Había otro fajo de escritos de la biografía a cargo de El-Rashi, pero era ininteligible a causa de su mal estado. También estamos bastanteseguros de que el cofre de oro verde mencionado con tanta frecuencia en el manuscrito es el mismo en cuyo interior se descubrió el libro. Sin embargo, se ha desintegrado cualquier «piel de reptil» o sangre en polvo.

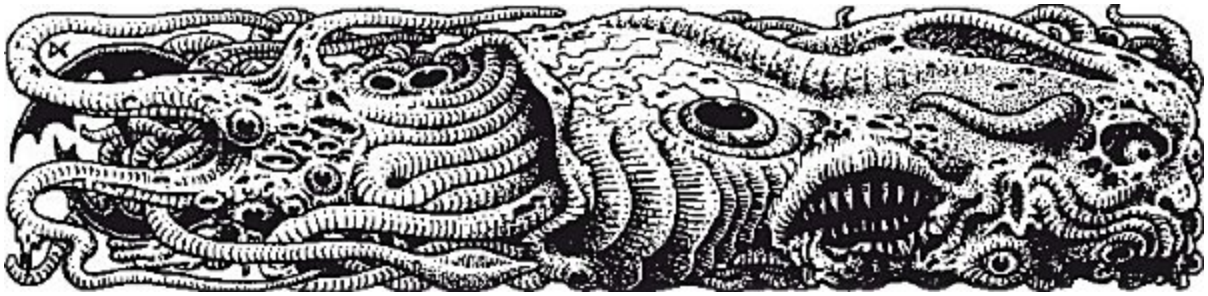
D. St. Albans, doctor en Filosofía y Letras



Uno de los aspectos más fascinantes de la ficción de Lovecraft, y de todo lo mejor que se ha escrito bajo su influencia, es la intrincada fachada de erudición falsa tras la que se ocultan inicialmente los horrores del más allá. Cuando digo «falsa», desde luego no me refiero a una erudición que trata de ser seria pero es de pacotilla. Hablo del detalle erudito fingido pero verosímil, como los que han conseguido convencer a muchos lectores de HPL de que los volúmenes prohibidos y terribles de secretos ocultos que describía eran reales. Yo mismo, a causa de mis considerable interés en la erudición, siempre he disfrutado con el aparato de ilustración ficticia de los Mitos, y del mismo modo me ha disgustado ver lo que algunos escritores intentan hacer pasar por tales adornos ficticios y entendidos. En cierta ocasión escribí un artículo titulado «El seudointelectual en la ficción insólita». ¡Había tantos ejemplos que comentar! Por ejemplo, en el relato de August Derleth «La isla negra» (incluido en La saga de Cthulhu, publicado tanto en la colección Solaris Terror como en *Puzzle* por La Factoría de Ideas), se supone que el narrador se presenta al lector como un experto científico competente, pero demuestra ser un crédulo que se traga los peores excesos del velikovskyismo y el churchwardismo[56].

De todos modos, no pude resistir la tentación de dar rienda suelta a un poco de ilustración lovecraftiana fingida. El resultado es el siguiente «comentario crítico», que apareció por vez primera en Crypt of Cthulhu nº 58, del 1 de agosto (San Pedro Ad Vincula) de 1988. La única advertencia

que recibiréis es que no va en serio. Y espero que la olvidéis lo antes posible.



UN COMENTARIO CRÍPTICO SOBRE EL *NECRONOMICÓN*

Robert M. Price

Prólogo

En el principio de su magistral estudio *Arabic Literature: An Introduction*, H. A. R. Gibb advierte a sus lectores que «la literatura árabe ha corrido la misma suerte que la literatura clásica, y se teme que muchas obras valiosas estén perdidas irremisiblemente». A causa de su grado de detalle y su amplitud de miras, en el mejor de los casos el estudio del doctor Gibb puede proporcionar una muestra representativa de un todo mucho mayor. Lo mismo sucede con ese rincón oscuro de la literatura árabe del que nos ocupamos: el *Necronomicón*, o el *Kitab Al-Azif*, de Abdul Alhazred. Y es que a pesar de su interés inherente y la gran curiosidad que ha despertado, solo han sobrevivido fragmentos dispersos del libro. No solo es que no pueda someterse la mayor parte del libro al escrutinio docto, sino que la miríada de conceptos erróneos populares también han enturbiado la correcta interpretación de lo que queda del texto; de ahí la necesidad de este ensayo, un comentario crítico de la obra de Alhazred.

Sorprendentemente, se ha trabajado poco en este campo. Como señaló juiciosamente un entendido, aunque el misticismo tal vez sea un disparate,

la historia del disparate es una tarea apropiada para los eruditos. Por desgracia, muy pocos estudiosos han comprendido esta distinción crucial. Así, la mayoría han sido desanimados por el carácter arcano del Necronomicón. El lamentable resultado es que esta especialidad ha quedado en manos de chiflados y ocultistas. En relación a esto me vienen a la mente *Cthulhu in the Necronomicon* de Laban Shrewsbury y *Original Notes on the Necronomicon* de Joachim Feery. La corta tirada de ambas obras ya haría aconsejable un nuevo estudio. Además de esto, ambos textos son bastante poco satisfactorios. Por un lado, ambos beben generosamente tanto de material auténtico como secundario, sin saber distinguirlo (volveremos a esto en breve). Por otro, ninguno de los dos autores es imparcial, un rasgo que es indispensable en este tipo de estudios. Quizá se pueda criticar a *Sir* James Frazer por la informalidad de sus fuentes en La rama dorada, o reprochar la extravagancia de las teorías de Margaret Murray en *El culto de la brujería en Europa Occidental* (Editorial Labor, 1978), pero no se puede censurar la imparcialidad académica con la que abordan sus materias.

Por el contrario, *Cthulhu in the Necronomicon* es, evidentemente, la obra de un fanático que no solo ha llegado a catalogar el disparate, sino que finalmente se lo ha creído. Alejándose por completo del equilibrio sosegado de la obra anterior de Shrewsbury *An Investigation into the Myth-Patterns of Latterday Primitives with Especial Reference to the R'lyeh Text*, el libro en cuestión representa poco más que una jeremiada apocalíptica propia de *Chicken Little*[57]. Podemos encontrar un reciente paralelismo en el triste caso de la tanatóloga Elisabeth Kübler-Ross. Ella se había labrado su reputación con magníficos estudios como *Sobre la muerte y los moribundos* (Grijalbo, 1993), para después perder toda la credibilidad al unirse a un culto excéntrico («La Iglesia de la Faceta de la Divinidad») especializándose en sesiones sexuales de espiritismo con ánimas de difuntos.

Como algunos de los antropólogos que trabajan sobre el terreno a los que leo de vez en cuando, Shrewsbury se «había convertido en un nativo». Incapaz de encontrar una editorial legítima para sus desvaríos, recurrió a la autoedición para producir Cthulhu in the Necronomicon. Si hubiese vivido una generación después, Shrewsbury no tendría que haber buscado un

editor. Sin duda sus teorías habrían sido la carnaza perfecta para esas editoriales sensacionalistas de libros baratos que han difundido rentablemente los evangelios seudocientíficos de von Däniken y Velikowsky.

Original Notes on the Necronomicon de Feery presenta al estudioso problemas de credibilidad aún mayores. Incluso aquellos ocultistas que leen el libro advierten su dudosa veracidad. A menudo «cita» pasajes que no parecen encontrarse en ninguna versión conocida del *Necronomicón*. De hecho, el libro de Feery parece ser el resultado de la reescritura del texto por parte de un medium (Lumley lo denomina «una reconstrucción reiteradamente fantasiosa[58]»), en lugar de un comentario acerca del mismo. En esto Feery se parece a Levi Dowling, el autor de *El evangelio de Acuario de Jesús el Cristo* (Edicomunicación, 1986), que «transcribe» esta vida de Jesús a lo «Nueva Era» de los etéreos «Archivos Akásicos» que se encuentran en algún lugar del universo, o lo que es más probable, en la imaginación del ocultista.

Debería comentarse algo acerca de The Necronomicon: A Study de Mark Owings. Aunque esta obra no adolece de ser el producto de un fanatismo falto de sentido crítico como las de Shrewsbury y Feery, tampoco es una obra excesivamente docta. Principalmente, ofrece una recopilación de escritos previos (a cargo de Lin Carter, Laban Shrewsbury, H. P. Lovecraft, y otros). La única parte original se compone de una cronología revisionista de las diferentes ediciones del Necronomicón, junto con una recapitulación de los ejemplares que se supone que existen. En ambas materias, el estudio de Owings debe observarse con precaución. El panfleto no nos lleva mucho más allá, ni en un asunto ni en el otro, que el artículo autorizado, aunque desgraciadamente breve, de Lovecraft «Historia del Necronomicón», al que nos referiremos a continuación.

Si las tentativas previas han sido tan escasas y decepcionantes, ¿por qué va a ser mejor esta obra? Brevemente, por cuatro razones. Primero, analizaremos todos los fragmentos conocidos del Necronomicón, clarificando el significado de pasajes hasta ahora desconcertantes relacionándolos con otros semejantes de textos antiguos. Segundo, emplearemos diversos criterios críticos para distinguir el material auténtico

(es decir, el escrito por Alhazred) de interpolaciones posteriores. Tercero, emplearemos los resultados obtenidos mediante los métodos anteriores para elucidar la historia y desarrollo de los «mitos de Cthulhu[59]». Y en cuarto y último lugar, propondremos un sistema de numeración de versículos para facilitar futuras referencias al Necronomicón.

El plan básico del libro es el siguiente. Los capítulos preliminares abordarán lo que los estudiosos de la Biblia han coincidido en llamar «los problemas de presentación», es decir, la idoneidad del enfoque crítico del texto, la identidad del autor, Abdul Alhazred, el género del Necronomicón, las fuentes usadas en su escritura, etc. Después procederemos a la discusión de los diversos fragmentos supervivientes, ejerciendo la exégesis y evaluando su autenticidad.

Una última nota acerca de las fuentes de este estudio. A la mayoría de los lectores les resulta familiar el Necronomicón por las citas que aparecen en las obras de escritores de ficción como H. P. Lovecraft, August Derleth y Clark Ashton Smith. Muchos escritores de relatos pulp de fantasía, aunque no son ocultistas, estudian absortos obras ocultistas antiguas y modernas con el celo de auténticos adeptos, porque las reconocen como buenas fuentes para la ficción. Como la mayoría de los lectores ya sabrán, el texto completo del Necronomicón no existe, tras haber perecido al parecer a principios del Renacimiento como consecuencia de los intentos reiterativos de la iglesia por proscribir y destruir el libro infame. Que nosotros sepamos, los inquisidores finalmente tuvieron éxito. Se ha perdido incluso la famosa versión de John Dee. En este particular, uno no se debe dejar engañar por la ficción de Lovecraft u otros, que por motivos exclusivamente ficticios han escrito que varias copias dispersas han sobrevivido hasta nuestros días. ¡Ojalá fuera así! Así se facilitaría infinitamente la labor del estudioso. No, solo conservamos para la posteridad algunos fragmentos, irónicamente, en las obras oscuras de demonólogos y cazadores de herejes de la Iglesia medieval. Como estas obras están fuera del alcance de la mayoría de los legos, en su lugar haremos referencia a las obras modernas de ficción en la que aparecen los fragmentos del Necronomicón. El lector debe recordar que nuestros escritores de ficción no se limitaron a emplear los pocos fragmentos que se conservan; cuando se les acabaron, comenzaron a

inventarse los suyos. Huelga decir que solo emplearemos las citas reales; por tanto, no trataremos en estas páginas todos los supuestos pasajes del Necronomicón incluidos en las obras de ficción.

La situación que afrontamos tiene una analogía próxima. Encontramos un famoso precedente en el intrigante Gospel According to the Hebrews. M. R. James describe esta obra como «una forma divergente aunque no herética de nuestro Evangelio según San Mateo[60]». Es una obra del siglo II d. C., escrita en hebreo o arameo, y usada por una secta judeocristiana. El libro fue comentado y citado por diversos escritores eclesiásticos, como Ireneo, Jerónimo, Clemente de Alejandría, Orígenes, Epifanio, Niceforo y Haimo de Auxerre. Estos escritores vivieron del siglo II al IX d. C., y pudieron consultar el texto completo, aunque hoy solo se conservan varios fragmentos; sin embargo, esto no impide estudiar estos pasajes y caracterizar la obra en su conjunto. Del mismo modo, el estado fragmentario del Necronomicón no obstaculiza su explicación.

Si finalmente el lector ha sido convencido del atractivo, la posibilidad y el provecho de un estudio nuevo y crítico del *Necronomicón* de Abdul Alhazred, que siga leyendo. No vamos a insinuar que las revelaciones de nuestro comentario enloquecerán o aterrorizarán al lector, como algunos han pretendido que hace la obra de Alhazred. Se puede decir con confianza que el lector se entretendrá y sorprenderá con lo que encuentre.

Robert M. Price
Verano de 1981
[Levemente revisado en mayo de 1988; revisado de nuevo en junio de 1996].

Primera parte
Cuestiones preliminares

1. El enfoque crítico

Uno de los ejes intelectuales alrededor del que giró la historia occidental desde la Edad Oscura hasta el Renacimiento fue el descubrimiento de la historiografía crítica. Hasta esta transición, los historiadores consideraban que su tarea era la de meros cronistas que establecían el orden de todos los acontecimientos documentados en las fuentes disponibles. A pocos se les ocurría cuestionar si los documentos antiguos eran merecedores del crédito que recibían, o de su propia credulidad. En los ámbitos de la historia y de las ciencias naturales, la norma era magister dixit; la mera cita de «autoridades» zanjaba cualquier cuestión. Si los antiguos decían que la hiena paría por sus orejas, ¡así debía ser! Si Livio decía que Roma había sido fundada por Rómulo, ¿se atrevía alguien a cuestionarlo? Con el tiempo, cambiaron las tendencias, y la regla se convirtió en ipse dixit. «El asunto en sí mismo» debía decidir la cuestión. Si Galileo quería saber la velocidad relativa de los cuerpos que caen, no daba por sentada la palabra de Aristóteles. En lugar de eso, tiraba dos bolas de hierro desde la Torre de Pisa para averiguarlo. Las autoridades eclesiásticas le encarcelaron por ello. Los historiadores también provocaron la ira de la iglesia cuando examinaron el llamado «Legado de Constantino», que pretendía ser una cédula firmada por aquel emperador, garantizando la posesión eterna de los Estados Papales por parte de la Iglesia. Se descubrió que este documento de cesión de terrenos era de una época posterior a la de Constantino, y que por tanto era un «fraude piadoso».

Como dejan claro los anteriores ejemplos, el uso de la investigación crítica se consideró subversivo desde el principio. Si los historiadores se atrevían a rechazar las afirmaciones del pasado, enseguida comenzarían a cuestionarse las de las autoridades contemporáneas. Si se atrevían a tildar de falsa la documentación de la historia secular de la Iglesia, ¿qué les impedía aplicar el filo de la crítica a las Sagradas Escrituras? Parecía cuestión de tiempo.

Lo fue; desde el siglo XVII hasta el presente, se han escuchado gritos escandalizados cuando los historiadores críticos han perfeccionado sus técnicas y las han aplicado a las tradiciones de la Biblia. Astrux, Spinoza, Graf, Wellhausen, von Rad, y Noth han llevado a cabo investigaciones

sobre el Antiguo Testamento; Reimarus, Strauss, Baur, Schweitzer y Bultmann sobre el Nuevo[61]. Cuando el valor de dichos estudios para elucidar el origen y significado de los textos bíblicos se hizo patente, el uso de la metodología se extendió cada vez más. Hoy en día, hay pocos lugares en el mundo religioso y académico donde no se sienta la influencia de la «crítica superior». Este término se refiere a la investigación crítica de la autoría, la exactitud histórica y la unidad literaria de los textos, junto con las influencias en ellos de otros textos y tradiciones. Por ejemplo, la crítica literaria e histórica del Evangelio de San Juan ha llevado a la mayoría de los estudiosos a dudar de que sea un relato de un testigo presencial que mantenga los discursos auténticos de Jesús. En lugar de eso, la obra parece expresar las meditaciones teológicas de un escritor o escuela de finales del siglo I. Está fuertemente influenciado por la filosofía gnóstica y aborda cuestiones posteriores a las de la época de Jesús[62].

La «crítica inferior» o crítica textual es, por el contrario, el estudio comparativo de los diferentes manuscritos de una obra, con la intención de escardar las aportaciones de editores y copistas y establecer la lectura original. Mientras que la crítica textual suele tener buena acogida entre todo el mundo[63], con la crítica histórica no sucede lo mismo. Puesto que suele desacreditar historias de milagros tachándolas de legendarias (¿se tragó una ballena a Jonás de verdad?) y desafiar las atribuciones tradicionales de autoría (¿escribió Moisés el Deuteronomio, que narra su muerte?), muchos conservadores religiosos se sienten amenazados por ella. Afirman que el método histórico-crítico impide penetrar en el espíritu de la obra en cuestión, ya que las presuposiciones del crítico histórico son muy ajenas a las de los antiguos escritores. Por ejemplo, sobre esta base el estudioso musulmán Said Hussein Nasr ataca el estudio moderno de las Escrituras.

> El significado interno del Corán puede comprenderse gracias a los inspirados comentarios que pretenden elucidar y explicar con detalle ciertos aspectos del Libro. Estos comentarios, no obstante, no tienen nada que ver con la llamada crítica superior que durante este siglo se ha convertido en una distorsión casi diabólica de las Sagradas

> Escrituras, convirtiéndolas en una especie de manual de arqueología de segunda que se trata de entender con métodos puramente históricos, en vez de tratar de penetrar interiormente en el significado del simbolismo empleado[64].

Algunos tal vez se sientan dispuestos a expresar una objeción similar a la obra presente, ya que, como sabemos, estamos considerando a los Mitos de Cthulhu nada más que como mitos. Como tales, tal vez expresen profundidad psicológica, y quizá merezcan respeto como monumento cultural de algún tipo. Pero nosotros pediríamos un poco de paciencia a aquellos que prefieran un «comentario inspirado» como el de Feery. Puede que la postura desinteresada del erudito le permita descubrir perspectivas desapercibidas para el ojo del fiel, que tal vez ayuden al creyente a comprender el objeto de su fe.

El estudio crítico de una obra como el Necronomicón pudiera tropezarse con objeciones de otro origen, y de otra índole totalmente diferente. Varios estudiosos de la historia han argumentado que el enfoque crítico es equivocado en esta área en particular a causa del estado confuso y corrompido del material en cuestión. En El saber secreto de la magia, Idries Shah afirma que:

> No hay un solo libro mágico cuya autoría se conozca. [Es decir, la Llave de Salomón, por ejemplo, ¿fue realmente escrito, en todo o en parte, por el Rey Salomón?]. Lo cierto es que todo libro existente de hechizos, amuletos, adivinación o conjuración mágica es una obra que ha pasado por innumerables manos, que ha sido redactada y corregida, y traducida en muchos casos dos o tres veces entre diferentes idiomas. No, los Grimorios deberían estudiarse desde cualquier punto de vista menos el de la crítica bibliográfica: aquí no podemos aplicar absolutamente ningún criterio[65].

¿Cómo vamos a responder a este reto? ¡El triste estado textual de acontecimientos descrito por Shah parece escrito pensando en el propio Necronomicón! Según Lovecraft, el texto árabe original probablemente se

perdiese durante el siglo XI, tras haber sido traducido por Theodorus Philetas un siglo antes. En el siglo XIII el texto griego fue traducido al latín por Olaus Wormius y al español por personas desconocidas. Finalmente fue traducido al inglés por el excéntrico isabelino John Dee. Además de este árbol genealógico de traducciones (a veces más de una en cada idioma), Lovecraft también cataloga varias ediciones[66]. Según varias reseñas, algunas ediciones fueron publicadas con las partes más horribles tachadas. Otros ejemplares en manos privadas parecen ser recopilaciones corruptas de pasajes transcritos, copiados a mano varias veces de diferentes ediciones impresas. Con esta endogamia fortuita e incestuosa de diferentes familias de textos, y el hecho de que solo tenemos retazos de ellos, ¿no deberíamos levantar las manos y rendirnos ante la conclusión de Shah? ¿Tan desesperada es nuestra tarea?

Creemos que no. A la vista de los factores precedentes, al menos se puede responder negativamente a la cuestión de la autoría original. Es casi seguro que el conjunto existente de fragmentos del Necronomicón está gravemente corrompido, y en general, no cabe duda que no representa al Al-Azif de Abdul Alhazred. Otro asunto, mucho más difícil de contestar, es si alguno de estos fragmentos es o no auténtico. De acuerdo, las oportunidades para la interpolación y la falsificación del texto fueron tan numerosas que debe haber sufrido ambas; aun así, es difícil imaginar que la voz original pueda haberse ahogado completamente ante dichas manipulaciones. Lo más probable es que al menos parte de las palabras distintivas (que, al fin y al cabo, proporcionaron el impulso para la fascinación centenaria por el libro) deben sobrevivir como joyas entre el estiércol.

Como dice Shah, el problema tiene que ver con el criterio. Es verdad que es mucho más sencillo alcanzar criterios de no autenticidad. A veces podemos detectar glosas e interpolaciones posteriores mediante la presencia indicadora de referencias a sucesos históricos o a circunstancias religiosas posteriores a las de la época de Alhazred. Un caso análogo sería la mención en San Juan 9:22 de que los fariseos habían anunciado que excomulgarían a cualquier judío que considerase a Jesús el Mesías. Este relato parece reflejar

condiciones en las relaciones judeocristianas de finales del siglo I, y no de la evangelización de Jesús. Por tanto, el discurso atribuido a Jesús en esta ocasión probablemente no fuera pronunciado por él. Igualmente, la llamada Segunda Epístola de San Pedro contiene una referencia a una recopilación de las epístolas de San Pablo (en 3:15-16). Sin embargo, las cartas de Pablo fueron recopiladas mucho después de la fecha de la muerte de San Pedro (en el 65 d. C.). Cualquier anacronismo en los pasajes de nuestro Necronomicón delataría de inmediato su no autenticidad.

En el transcurso del comentario pueden considerarse otros criterios estilísticos. Un tipo diferente de criterio es el de la mitología comparativa. Si podemos establecer la autenticidad de un pasaje, y el concepto de los Mitos de Cthulhu en un segundo pasaje indica un desacuerdo o un desarrollo sustancial, no se considerará auténtico al último, por no ser la obra del mismo autor. Podremos obtener una idea de cómo se desarrolló el ciclo del mito con el paso de los siglos, mientras pelamos las diferentes capas que representan los intentos por «actualizar» el texto de acuerdo con la evolución de las creencias de los adeptos de Cthulhu.

Por tanto debemos disentir de la conclusión de Shah; es posible retroceder hasta las palabras reales de Abdul Alhazred en medio del brote exuberante de expansión en la redacción y corrupción en los textos. Sin embargo, podemos coincidir con Shah en que, en otro sentido, las cuestiones de autenticidad e interpolación son irrelevantes. Si los hechizos y mitos incorporados en la forma «recibida» del texto, con todos sus añadidos secundarios, son auténticos, no importa demasiado quién los descubriera y los escribiera. La situación sería como la del «libro de recetas de la abuela», pasado de madre a hija. Con el paso de las generaciones, pueden añadirse nuevas recetas porque se consideran tan sabrosas como las originales. Mientras que estén, ¿quién va a negarse a cocinarlas simplemente porque no eran la obra literal de la abuela?

Esta analogía se aplica al Necronomicónsin tener en cuenta si uno acepta la creencia presupuesta en la magia. En un sentido más amplio, es difícil cuestionar que la «posthistoria» de un libro es tan importante como su «prehistoria[67]». Esto es, por errático y accidentado que sea el proceso de recopilación de un libro, esta adversidad no se refleja en la influencia

subsiguiente de la obra en la imaginación humana. Por consiguiente, da igual cuántos pasajes se queden, por así decirlo, en la sala de montaje durante este estudio, ya que nadie tiene por qué dudar en llamar Necronomicón al material en su conjunto, y disfrutarlo como los relatos en los que aparece.

2. Abdul Alhazred

El autor del Necronomicón es, por supuesto, Abdul Alhazred. Como señala L. Sprague de Camp, esta forma del nombre es una corrupción, que se ha transmitido a través de varios idiomas. La hipótesis de De Camp es que la forma original era algo así como Abdalá Zahr-ad-Din («Siervo de Dios, Flor de la Fe»)[68]. Para evitar confusiones, no obstante, seguiremos usando la forma común. Según el artículo de Lovecraft «La Historia del Necronomicón», Alhazred nació aproximadamente en el año 700 d. C. Podemos suponer que nació en algún momento de la segunda mitad del siglo VII, en vez de durante el comienzo del VIII. Es seguro que murió en el 738 d. C., y no hay nada que sugiera que fuese particularmente joven al morir. Si esta suposición es correcta, Alhazred estuvo a punto de ser contemporáneo del profeta Mahoma, que murió en el año 632 d. C. Durante la mayor parte de su vida, Alhazred vivió en Sanaa, Yemen, mudándose a Damasco en los años precedentes a su muerte. La tradición lo convierte en una especie de viajero, llevándole a visitar las ruinas de Babilonia, las catacumbas de Menfis, y el desierto árabe llamado Roba El-Khaliyeh («Espacio Vacío»). También había visitado Irem, la «Ciudad de los Pilares» mencionada en el Corán por haber sido destruida por su perfidia. Algunas de las historias de sus andanzas tal vez sean erróneas y se basen en una interpretación literal de ciertos pasajes del Necronomicón (véase el comentario acerca del fragmento 6).

A Abdul Alhazred a veces se le alude únicamente mediante los epítetos «el árabe loco» o «el poeta loco». En realidad, la última forma es prácticamente redundante. En su Introducción al Corán, Richard Bell y W. Montgomery Watt cuentan que en árabe «poeta», «adivino» y «loco»

vienen a ser lo mismo[69]. La idea era que los tres estaban inspirados por los jinn, o espíritus del desierto (los «genios» de las Mil y Una Noches). Por eso, todos recibían el apelativo de majnun, «afectado por los jinn». En el siglo de Alhazred, sin embargo, la palabra había terminado significando «loco[70]». Por eso va junto a «poeta» en el calificativo de Alhazred; los dos términos ya no eran sinónimos en el sentido estricto de la palabra.

La relación entre el significado de los dos términos, sin embargo, permanece como estaba. Durante el mismo periodo, el término kahin se usaba para referirse a una clase de «oráculos árabes». (H. A. R. Gibb) correspondiéndose aproximadamente con el chamán («hombre medicina» o «doctor brujo») de otras sociedades preliterarias; al kahin se le podía consultar para que predijese el futuro, resolviese misterios del pasado, o arbitrase cuestiones legales. Se manifestaba mediante «un estilo oracular vigoroso basado en frases cortas en rima, a menudo oscuras[71]» (Gibb). Era un vidente o poeta (posiblemente ambas cosas) que estaba poseído o inspirado por un jinn. El jinn servía al vidente como un espíritu familiar, susurrándole (más bien «cacareándole») al oído secretos escuchados en el cielo. El espíritu inspiraba al poeta como una musa, permitiendo a alguien analfabeto y sin talento componer y recitar repentinamente. Al afirmar ser un revelador de verdades sobrenaturales transmitidas por espíritus, Alhazred fue encuadrado en esta categoría.

Estos datos acerca del entorno religioso y cultural de Abdul Alhazred clarifican de inmediato dos cosas. Primero, el título de su obra en árabe, el Kitah Al-Azif (literalmente, «el libro del zumbido») alude al chirrido parecido al de los insectos de los jinn. A la vista de lo que acabamos de ver acerca de las prácticas adivinatorias de los kahin contemporáneos de Alhazred, el título adquiere un nuevo significado. Este «zumbido» indica el cuchicheo de secretos sobrenaturales al oído de Alhazred. Así Al-Azif significa algo así como «revelaciones del Jinn» o, con alguna licencia, «secretos de los demonios».

Segundo, las leyendas que rodean la muerte de Alhazred se colocan ante un prisma totalmente nuevo. Su biógrafo del siglo XII Ibn Khallikan cuenta un horrible relato del «poeta loco» siendo «atrapado por un monstruo invisible a plena luz del día y devorado ante un gran número de testigos

paralizados por el terror[72]». Por supuesto, nadie en sus cabales va a dar crédito a una historia así, al menos en el Occidente moderno. Sería miope no advertir que las asunciones culturales de la Arabia medieval eran muy diferentes a las nuestras. Allí, esta historia se creyó durante bastante tiempo. La leyenda probablemente fuera interpretada de dos maneras. En la primera opción, los cuentistas tal vez hayan pintado el episodio como algo similar a la frase «algún día hay que pagar» empleada por el evangelista Robert G. Lee. Es decir, Alhazred debió de haber hecho un pacto infernal, como Fausto, para obtener su conocimiento supramundano. Encontramos un ejemplo de un contrato así en el llamado Grimorio Auténtico:

> El demonio Lucífugo: «Consiento [en hacer tu voluntad] solo si accedes a entregarme tu cuerpo y alma después de veinte años, para usarlos como guste». Hechicero: «Prometo al Gran Lucífugo compensarle a los veinte años por los tesoros entregados a mí[73]».

Por tanto, de acuerdo con la única lectura posible de la leyenda, Alhazred debió de haber hecho un pacto así, y le llegó la hora de pagar.

La segunda posibilidad es que tenemos que entender la horripilante muerte de Alhazred como un castigo por parte de las fuerzas ocultas por la indecencia de recopilar los secretos demoniacos en forma de libro para uso de todos. De esta forma, la leyenda habría servido para espantar al curioso y alejarlo de los saberes prohibidos. Sin duda, este también es el origen de muchas de las historias aleccionadoras análogas acerca de los propietarios o lectores del Necronomicón de los siglos posteriores. Pudiera ser interesante observar que hoy se emplea la misma táctica contra otros libros mágicos más accesibles que el Necronomicón. El especialista luterano en el ocultismo Kurt Koch cita varias anécdotas espeluznantes acerca de individuos que han usado los Libros sexto y séptimo de Moisés. Cuenta de un hombre que «se dedicó toda su vida a la magia negra usando los Libro [sic] sexto y séptimo de Moisés. Su hogar fue un lugar de malestar y discordia. A la hora de morir sufrió terribles dolores y posteriormente la casa se impregnó de un terrible hedor[74]».

En cualquier caso, nos vemos obligados a buscar algún sentido en el relato de la muerte de Alhazred de Ibn Khallikan. ¿Hay algún hecho real en el fondo del extraño relato? Sí, lo hay, y la solución al rompecabezas resulta ser bastante sencilla. Ibn Khallikan vivió en una época en la que los kahin ya no tenían la confianza de la devota población musulmana hostil a los adivinos paganos. En su ignorancia, no ha comprendido lo que no era más que el relato de la «llamada profética» de Abdul Alhazred. La iniciación de un kahin era un ataque de histeria bastante violento. Tor Andrade describe esta experiencia típica:

> El poeta árabe era tirado al suelo por un jinni que se acuclillaba encima de su pecho. Para el espectador el ataque parecía ser una caída al suelo, en el que la víctima se retorcía con espasmos, como si estuviese siendo golpeado por una mano invisible. Pero la propia víctima experimenta el acceso (de histeria) como un ataque real, en el que algo similar a un demonio le estrangula y golpea. A veces imagina que su cuerpo está siendo destrozado o perforado[75] [el énfasis es mío].

Así es la historia del poeta Hassan Ibn Thabit, que en el momento de su «llamada» iba caminando por una calle de la Meca. Así, su posesión fue observada con sorpresa por los viandantes igual que la de Alhazred. De manera parecida, se dice que el mismo Mahoma fue llamado a su vocación profética por una visión en la que el ángel Gabriel lo estrangulaba, ordenándole que «¡Recitara!». A partir de entonces, el Profeta se vio obligado constantemente a negar las acusaciones de que era un mero kahin. «No, vuestro compatriota no está loco… ni estas son las palabras de un diablo maldito» (Corán, 81:22, 25). «Escasa es vuestra fe; ¡no es el discurso de un poeta! Qué poco reflexionáis; ¡no es la adivinación de un vaticinador! (69:41-42)».

¿Puede quedar alguna duda, a la luz de todo esto, de que el relato de Ibn Khallikan acerca de Alhazred siendo «atrapado por un monstruo invisible a plena luz del día y devorado horriblemente» era en realidad la historia del

primer ataque de inspiración mántica del «poeta loco»? Podemos dar por sentado, pues, que hemos encontrado el significado real de la narración de Ibn Khallikan, un significado que ni siquiera conocía el propio Ibn Khallikan. Irónicamente, esto significa que, aunque entendemos mejor la «narración de la muerte» de Alhazred, sabemos menos de su auténtico final, ya que el único relato que se conserva no lo menciona. Sin embargo, la historia, comprendida correctamente, confirma el retrato de Abdul Alhazred como un kahin, o un adivino pagano que fingía observar el nuevo credo islámico, pero que en realidad adoraba a «entidades más antiguas a las que llamaba Yog-Sothoth y Cthulhu[76]».

3. ¿Qué clase de libro es?

Aunque otras cuestiones acerca del Necronomicón han despertado un huracán de controversias, en el ojo de la tormenta parece haber calma. Todos están de acuerdo en un punto: el Necronomicón es un libro de magia. Lo cierto es que esto puede darse por sentado. La aparente facilidad con la que se puede extraer dicha conclusión debería hacernos sospechar. ¿No pueden encontrar los eruditos nada que discutir ahí? Tened por seguro que no es así. Cuando hemos empleado el término «libro de magia», queda mucho por decir. Un libro que trata de temas ocultistas puede hacerlo de varias maneras diferentes. Podríamos diferenciar varias clases de libros que se ocupan de lo oculto. Por ejemplo, las escrituras, el grimorio, la demonología y el libro de prodigios. Nuestra tarea en este capítulo es decidir en qué categoría encuadramos al Necronomicón. Dicho descubrimiento será el artífice del comentario que va a continuación.

Debemos recordar que estas cuatro categorías representan «clases ideales». La realidad rara vez se encasilla obedientemente según la taxonomía de los eruditos, y no será sorprendente descubrir cierto solapamiento entre estas categorías. Un libro puede montar a horcajadas entre la línea que separa a dos o más clases. Efectivamente, tal vez el propio Necronomicón sea uno

de esos híbridos. Tendremos que esperar para ver si es así. Mientras tanto, describiremos cada clase, incluyendo algunos ejemplos.

En primer lugar está la categoría de las escrituras ocultistas. Entre los libros recientes incluidos en este género están La Biblia satánica de Anton Szandor LaVey y La Biblia de las brujas de Gavin e Yvonne Frost. Charles G. Leland elaboró un libro así titulado Aradia: The Gospel of the Witches a finales del siglo pasado, aunque supuestamente se compone de una tradición oral muy antigua. Finalmente, Gerald Brosseau Gardner, uno de los revivalistas modernos de la brujería, publicó Book of Shadows en 1960. Pretende ser otra recopilación de antiguo conocimiento hechicero, pero no lo es. Todas estas obras hacen las veces de sagradas escrituras para reglamentar las creencias y prácticas de las religiones ocultas, ya sea del satanismo o de la adoración pagana de la naturaleza. Contienen la mitología de la fe (descripciones, visiones, alocuciones de los dioses, etc.), además de material litúrgico (instrucciones para las ceremonias, cánticos y hechizos).

¿Qué diferencia a estos libros de las sagradas escrituras como la Biblia Hebrea, el Nuevo Testamento, el Corán o el Pali Canon? Podríamos mencionar dos criterios. El primero es que las escrituras ocultistas son textos de religiones «clandestinas», alternativas a las principales fes tradicionales. Como el satanismo, dicha religión puede constituir una negación o rechazo intencional de la fe tradicional. Como el paganismo, tal vez busque una alternativa a la fe de la mayoría. Como el gnosticismo o el Cabalismo, quizá se vea a sí misma como una forma iluminada y elitista de creencias ortodoxas. En todos los casos, la definición más exacta es la de oposición a la religión tradicional[77].

El otro aspecto distintivo de las escrituras ocultistas es que parecen ignorar la línea de Frazer entre la religión (adoración devota y obediencia ética a lo divino) y la magia (manipulación de las fuerzas sobrenaturales con fines interesados). Las religiones y escrituras ocultistas no se ciñen únicamente a la magia, o no emplearíamos en absoluto el término «religión» para describirlas. Es muy probable que uno se encuentre hechizos mágicos en una escritura ocultista donde encontraría salmos de alabanza en unas sagradas escrituras tradicionales.

¿Puede englobarse al Necronomicón dentro de esta clasificación? Esta posibilidad cuenta con un buen argumento. Al fin y al cabo, Ibn Khallikan cuenta de Abdul Alhazred que «adoraba entidades a las que llamaba Yog-Sothoth y Cthulhu» [el énfasis es mío].

En este punto, el título griego del libro, aportado por Philetas en su traducción, cobra cierta importancia. Ha habido varias hipótesis, la mayoría erróneas, acerca del significado de la palabra «Necronomicón». Colin Wilson entiende que significa «el libro de los nombres muertos». George Wentzel lo interpreta como «el libro de los nombres de los muertos». Ambos, evidentemente, creen que la sílaba «nom» representa la palabra griega que significa «nombre», onoma. «Necro-», por supuesto, para todos los mencionados, significa «muerto». Manly Bannister piensa que el título significa «el libro de las leyes de los muertos», una sugerencia muy próxima a la de H. P. Lovecraft, que propuso «la imagen de la ley de los muertos[78]». Bannister y Lovecraft consideran que la sílaba «nom» alude a la palabra griega que significa «ley», nomos, aunque el primero la convierte en plural, y el segundo en singular. La diferencia restante es que mientras que todos los intérpretes consideran que «-icon» señala a la palabra griega para «imagen» o «icono» (ikon), Lovecraft la ha interpretado literalmente, mientras que Wilson, Wetzel y Bannister han incluido su equivalente idiomático, «libro».

De manera sorprendente, todas estas conjeturas están bastante alejadas de la realidad. La clave para el significado de «Necronomicón» se encuentra en su analogía con el título del poema sobre astrología del siglo I d. C. de Manilio, el Astronomicon. Aunque escrito en latín, el título era griego, de acuerdo con las convenciones literarias de la época. El erudito de lenguas clásicas S. T. Joshi ha señalado que, en ambos títulos, la tercera sílaba «nom» no procede ni de nomos («ley») ni de onoma («nombre»), sino del verbo nemo («estudiar»). Del mismo modo el final de la palabra, «-icon», no tiene que ver con ikon («imagen»). En cambio, es un sufijo adjetival neutro, como el que encontramos en palabras derivadas del griego como «náutico» o «evangélico[79]». Por lo tanto, el título solo significa «acerca de los muertos» o (como va implícito «tratado» o «libro») «el libro de los muertos».

Si se interpreta de esta manera el título del Necronomicón, inmediatamente nos sentimos tentados a asociarlo con otras dos obras famosas que comparten este título, el «libro de los muertos» tibetano y el egipcio. Lo importante es que no cabe duda de que estos dos textos son sagradas escrituras. Cada uno tiene que ver con cuestiones de «escatología» (las «últimas cosas»), aun siendo muy diferentes. El libro de los muertos egipcio trata del juicio final del alma tras la muerte. El libro de los muertos tibetano guía al individuo para que vea más allá de los terrores ilusorios productos de su imaginación que lo acosarán en el momento de la muerte. Si no hace caso de estas sombras terribles, no tendrá miedo, y no se refugiará en un nuevo nacimiento. Quedará liberado del ciclo de nacimiento y muerte.

¿Se encuentra el libro de Alhazred dentro de esta categoría? No nos tiene que desalentar que él mismo no diera al libro su título griego. En los otros dos casos, el apelativo de «libro de los muertos» se incluyó posteriormente porque parecía adecuado para los contenidos. Como se verá cuando indaguemos en los fragmentos, también Philetas escogió el título adecuado, ya que muchos pasajes tienen que ver con «los muertos». El problema es que, aunque hay varias clases de material dentro del Necronomicón que tratan de «los muertos», ninguna aborda cuestiones escatológicas como el destino del alma después de la muerte. Por tanto, aunque no se puede descartar todavía la posibilidad de que el libro sea unas sagradas escrituras ocultistas, esta opción no se ve apoyada por la semejanza del título con los otros «Libros de los Muertos». Esta analogía resulta ser falsa.

Nuestro segundo género es el de los grimorios. A los grimorios se les puede llamar «libros de recetas mágicas». Habitualmente informan de cómo invocar ayuda sobrenatural para diversos fines específicos, por ejemplo la venganza sobre un enemigo, el conocimiento del futuro, o ganarse el cariño de alguien. Hay una gran cantidad de estos textos, entre los que están La llave de Salomón, La espada de Moisés, El libro de magia sagrada de Abramelin el Mago, Los libros sexto y séptimo de Moisés, El grimorio auténtico, El gran grimorio, El libro del poder, y El dragón ardiente. A veces los hechizos son poco más que recetas de compuestos químicos y

encantamientos que deberían conseguir los resultados deseados. No obstante, también informan al investigador de cómo explotar los poderes de los demonios o del diablo. Esto puede hacerse de dos maneras. El mago puede ser un cristiano o judío fiel. En este caso obligará al demonio a actuar bajo la obligación de símbolos o nombres sagrados, ante los cuales, como el conde Drácula, el espíritu debe doblegarse. Esta creencia se remonta muy atrás en la historia; por ejemplo, en la leyenda del rey Salomón esclavizando al demonio Asmodeo para acarrear las piedras en la construcción del Templo en Jerusalén.

El otro enfoque es hacer un pacto con el demonio. Te servirá ahora si te entregas a él en el futuro. Esta práctica se mencionó brevemente en el capítulo anterior, en el estudio de la leyenda de la muerte de Alhazred. De acuerdo con una interpretación de esa leyenda (a Alhazred le había llegado la «hora de pagar»), la historia podría sugerir que el Necronomicón era un grimorio de esta clase. Habría instruido a otros sobre cómo hacer un pacto como el que había hecho su autor. Sin embargo, vimos que esta leyenda era consecuencia de una mala interpretación posterior de la historia de la llamada de Alhazred como kahin. Por lo tanto, se deben buscar en otra parte las pruebas de que el Necronomicón es un grimorio. Por ejemplo, ¿acaso no sugieren varias alusiones al libro que el Necronomicón contenía hechizos para invocar y expulsar a seres sobrenaturales? Esto es cierto, pero ha de recordarse que las sagradas escrituras ocultistas también contienen invocaciones rituales. Por tanto, la presencia de dicho material encuadraría al Necronomicón en la categoría de sagrada escritura o grimorio. Que se dijera que Alhazred «adoraba» a los poderes sobrenaturales implicados parecería apoyar que el libro es una sagrada escritura y no un grimorio. Uno podría pactar o negociar con los seres incluidos en un grimorio, pero no les adoraría.

Algunos han interpretado que Abdul Alhazred es un hechicero arrepentido y su libro una demonología (la tercera categoría). Lin Carter lo ve de esta manera, como se deduce de su término «la demonología de Alhazred». Una demonología es un sistema descriptivo de las creencias de los ocultistas, redactada por alguien que se opone a esas creencias. A esta categoría pertenecen varios libros famosos, entre los que están la

Demonolatría de Nicolas Remy, el Malleus maleficarum de Heinrich Kramer y James Sprenger, y el Compendium malificarum de Francesco Marice Guazzo. Estos volúmenes contienen material sacado a la fuerza a brujos y brujas durante el transcurso de las persecuciones en Europa. La obra del demonólogo Wierus también se ubicaría aquí.

¿Por qué pensaría nadie que el Necronomicón es una demonología? Fundamentalmente porque algunos de los fragmentos que se conservan parecen ser prueba de ello. Sin embargo, como veremos más adelante, dichos textos no son correctos, sin excepción alguna. En cualquier caso, la notación de Ibn Khallikan de que Alhazred adoraba a los seres sobrenaturales descritos en el Necronomicón descalifica al libro como una demonología.

En cuarto y último lugar, tenemos que considerar el género de «libro de prodigios». Estos libros eran recopilaciones de fórmulas alquímicas, conocimientos de raíces y piedras preciosas, leyendas locales, y extrañezas rumoreadas, à la Charles Fort. Los libros fueron escritos por recopiladores o «enciclopedistas» a lo largo de muchos siglos. En sus Oraciones, Aelio Arístides (170-235 d. C.), por ejemplo, escribió acerca de las materias más dispares. Uno de los capítulos más interesantes del libro, Relatos sagrados, describe sus numerosos sueños acerca de Esculapio, el dios de la curación. San Isidoro de Sevilla (602-636 d. C.) reunió sin sentido crítico leyendas de extrañas criaturas que vivían en el desconocido hemisferio sur (los «Antípodas»), junto con citas de las tradiciones de los apóstoles de Papias. El Lata'if Al-Ma'arif («Libro de información curiosa y entretenida») de Tha'alibi fue escrito en la Persia oriental en el siglo XI. Contiene historia, información acerca del profeta Mahoma y el Islam, las vidas y obras de poetas, datos geográficos, y relatos de extrañas coincidencias. La más famosa de estas obras es el Libro de los secretos, falsamente atribuido a Alberto Magno. Fue escrito en el siglo XVI, y compendia información acerca de las supuestas propiedades de hierbas, piedras y animales, un capítulo sobre astrología, y un resumen de las «maravillas del mundo». Existían muchas recopilaciones de este tipo.

En nuestra opinión, con el «libro de prodigios» por fin hemos llegado al género del Necronomicón. Como muchos de los libros recién descritos, el

volumen de Alhazred es un compendio de información extraña de varias clases. Una observación como esta anticipa algunos de los resultados de nuestra pregunta acerca de la autenticidad de los fragmentos. Por el momento, basta decir que el material aparentemente auténtico del Necronomicón se engloba en diferentes categorías, que tratan distintos temas y emplean diversas formas literarias. Por tanto, el libro podría, como una sagrada escritura ocultista, contener testimonios de la fe del autor (como los libros de Tha'alibi y Aelio Arístides). Aunque algunos de los demás tipos de información curiosa que aparecen en el Necronomicón estarían fuera de lugar en una sagrada escritura, podrían yuxtaponerse bastante bien con una confesión religiosa en el cajón de sastre llamado «libro de prodigios».

El principal aspecto que diferencia al Necronomicón de la mayoría de los libros de prodigios (además de su mayor concentración en creencias y curiosidades ocultistas) es su función de Biblia del culto a Cthulhu. ¿No debería hacernos dudar esto a la hora de quitarlo de la categoría de «sagrada escritura ocultista»? No, porque en su origen el libro es un «libro de prodigios», independientemente del uso que se le haya dado después. No hay ningún indicio de que Alhazred quisiera que su libro se usase como una sagrada escritura. Por el contrario, un siglo antes, Mahoma había escrito el Corán con la intención explícita de proporcionar una revelación para guiar a la incipiente comunidad musulmana. Estaba claro que el Necronomicón terminaría con el tiempo adoptando el papel de sagrada escritura, porque la amplitud de su información acerca de la tradición del culto es única. Lo que nos interesa es obtener una comprensión correcta del texto de Alhazred como él pretendía que se entendiese. Estaremos en una mejor posición para lograrlo si nos centramos tras averiguar qué tipo de libro pretendía escribir.

La respuesta a la pregunta del género es al mismo tiempo la respuesta a la pregunta del público objetivo. Decididamente los libros de prodigios no eran para los especialistas. Los eruditos solían ignorarlos, e incluso los despreciaban. Creían que los textos solamente propagaban superstición e información errónea. (¡Desde luego, en gran parte era lo que hacían!). Estos libros eran de naturaleza popular. Su premisa básica era compartir los secretos del hombre sabio con los obreros y campesinos que no tuviesen ni

la capacidad ni la ocasión de buscar personalmente el conocimiento. El tono de casi todos los pasajes que se conservan del Necronomicón apunta a este público objetivo.

¿Cómo es que se le consideró un libro perseguido y raro? Tras un segundo de meditación obtendréis una respuesta satisfactoria. Alhazred no pensó que este conocimiento debiera permanecer en secreto, pero no sucedió lo mismo con las autoridades religiosas convencionales. Ya hemos sugerido que la leyenda de la muerte horripilante de Alhazred tal vez haya servido exactamente a este propósito. Si el propio poeta loco era destruido por atreverse a hacer público el conocimiento demoniaco, el curioso debería coger la indirecta. La supresión del libro no se quedó meramente en la propagación de rumores acerca de él. En el 1050 d. C., el patriarca ortodoxo oriental Miguel hizo que se quemara la traducción al griego de Philetas. En el 1232, el libro fue prohibido de nuevo, esta vez en occidente por el Papa Gregorio IX. Esta práctica tenía bastantes precedentes. Los primeros padres de la iglesia habían tratado de destruir todos los ejemplares de los evangelios heréticos y tratados gnósticos. Tuvieron tanto éxito que solo durante este siglo se han descubierto copias ocultas de algunos de estos textos[80]. Tampoco ha cesado la práctica. En las últimas décadas se ha intentado varias veces prohibir por ley la venta de los Libros sexto y séptimo de Moisés[81]. A propósito, no hay nada especialmente sorprendente o revelador en este libro o en los textos gnósticos. La lección a aprender es que basta un poco de heterodoxia para provocar la persecución eclesiástica si las autoridades están del humor adecuado. Aunque a menudo se considera que el Necronomicón tiene implicaciones dañinas para la cordura, podía haber sido prohibido por mucho menos.

4. Fuentes de Alhazred

Como «libro de prodigios», el Necronomicón contiene, en parte, las pesquisas originales de Abdul Alhazred. El lenguaje de cada uno de los pasajes confirma esto, y Alhazred habla de «casos» de esto y «ejemplos» de aquello, que ha recopilado o presenciado personalmente. Como la mayoría

de los recopiladores de tipos de esta clase, no duda en usar ampliamente otras fuentes escritas. Describiremos brevemente dos de las fuentes escritas más importantes que aparecen en los fragmentos que se conservan del Necronomicón.

En primer lugar, está el libro perdido de Ibn Schacabao. La aparición de su nombre en dos pasajes del Necronomicón (4:3; 8:3) ha intrigado y desconcertado a muchos estudiantes. Se sabe muy poco de él. El mismo nombre presenta dificultades. Parece haberse corrompido al transmitirse (como en el paso de «San Nicolás» a «Santa Claus»). Algunos consideran que el original era «Ibn Shayk Abol», o «Hijo del Jeque Abol[82]».

Esto es bastante posible, pero es más atractiva aún otra hipótesis. En esta perspectiva, el nombre se deriva de la raíz árabe shacab, que significa «sentarse, habitar o morar». El prefijo mu-se añadiría para personalizarlo como un nombre, dando como resultado «Ibn Mushacab», o «Hijo del Morador». Para cualquiera familiarizado con los Mitos de Cthulhu, el soniquete del nombre es inconfundible. Tal vez hayamos descubierto el significado de «Ibn Schacabao», y que la persona en cuestión era un devoto, como Abdul Alhazred, de los Primigenios.

Una tercera posibilidad es derivar el nombre de la palabra hebrea shakhabh, que significa «bestialidad», en cuyo caso el infame sabio podría haber tenido la fama de ser el vástago de una mujer mortal y alguna entidad no humana. Dicha naturaleza dual hubiera podido explicar el origen del conocimiento sobrehumano que Alhazred le atribuía.

Si Alhazred cita o alude a alguna obra perdida de Ibn Schacabao dos veces en el puñado de fragmentos del Necronomicón que se conservan, se puede suponer con seguridad que debía haber usado la obra extensamente en todo su libro. Atribuye a Ibn Schacabao la información acerca del Abismo de S’glhuo (4:3-7), y cita un verso de él acerca de los poderes de los hechiceros después de la muerte:

Alegre está la tumba que no alberga a un hechicero,

> Y alegre está de noche la aldea cuyos hechiceros son solo cenizas. (8:3).

En una carta del siglo XVIII aparece una alusión más a Ibn Schacabao. Un excéntrico, por lo visto sujeto a terribles alucinaciones, cree que ha invocado a «Yog-Sothoth». Cuenta cómo «vio por vez primera ese rostro mencionado por Ibn Schacabao en el _____»[83]. Es difícil explicar la tentadora omisión del nombre del libro de Ibn Schacabao, pero al menos nos dice que la fuente era un libro escrito, y no, por ejemplo, una tradición oral. De todos modos, la referencia, por escasa que sea, demuestra que Ibn Schacabao también escribió acerca de Yog-Sothoth como Alhazred.

Por medio de las diversas materias abordadas en estas tres referencias, podemos formarnos una idea rudimentaria del alcance y naturaleza del libro perdido. Al tratar de otras dimensiones, nigromancia y Yog-Sothoth, el libro perdido de Ibn Schacabao parecería haber servido de modelo para el Necronomicón de Abdul Alhazred.

La segunda fuente escrita importante empleada por Alhazred es El Libro de Thoth. Hay un amplio abanico de literatura egipcia antigua que tiene este título. Lo que probablemente esté a la vista aquí es la literatura hermética, una serie de panfletos helenísticos, egipcios y árabes sobre misticismo y alquimia[84]. Se escribieron entre los siglos II y III d. C. y el comienzo del periodo islámico. Estos libros dispares tenían que ver con «Hermes Trimegisto», o «Hermes el Tres Veces Grande [es decir, el Más Grande]», el nombre griego del Thoth egipcio, un revelador divino de secretos sobrenaturales. Por lo general, el escritor consigue de algún modo una audiencia con el gran Thoth/Hermes o su representante, bien en los cielos, en un estado místico no especificado, o en una cámara subterránea. A veces el informador entronizado se asocia al «Anciano de Días» que aparece en la visión de Daniel del Antiguo Testamento, o el «Jefe de Días» del apocalíptico libro I de Enoch. Los secretos divinos se presentan en forma de libro, son dictados de un libro o se muestran en una serie de visiones, como en el siguiente pasaje de Poimandres:

Mis Pensamientos estaban ocupados con las cosas que son, mi Comprensión levantada, y todos mis Sentidos corporales sumamente retenidos, como los de los que tienen un sueño muy profundo. Creí ver a uno de gran talla, y en su grandeza infinita me llamó por mi nombre, y me dijo, «¿Qué querrías oír y ver? o ¿Qué querrías entender, aprender y saber?». Entonces yo dije, «¿Quién eres?». «Soy», dijo, «Poemandro, la inteligencia del Gran Señor, el Emperador más poderoso y absoluto…». Cuando hubo dicho esto, cambió en su Idea o Forma y en un abrir y cerrar de ojos todas las cosas me fueron mostradas: y vi una Visión infinita… Pero después de un tiempo, se hizo la oscuridad, que llegó oblicuamente, terrible y espantosa, y que pareció convertirse en un Ser Húmedo, indeciblemente agitado, del que salía humo como de fuego y procedía una voz impronunciable, y muy lúgubre, pero articulada[85].

Para concluir este capítulo, podría hacerse una breve mención a la «crítica formal», ya que proporciona otro enfoque provechoso a la cuestión del material hablado o escrito incorporado a una obra[86]. A veces solo se trata de señalar expresiones habituales en un autor antiguo, pero extrañas para nosotros. Por ejemplo, la identificación del Necronomicón 3:13-14 como una «historia de castigo» como las que encontramos en la Biblia y el Corán nos ayuda a entender que cuando Alhazred describe la suerte de Kadath y R’lyeh, quiere advertir a sus lectores de que se encuentran en el mismo peligro.

A veces la crítica formal nos permite detectar que una parte anterior se ha integrado en un contexto posterior. Por ejemplo, una lista de nombres de lugares que aparecen en un pasaje (16:7) acerca del exorcismo de los servidores de los Primigenios se reconoce por su patrón simétrico como el encantamiento poético a emplear en el rito. Un copista había oscurecido este hecho escribiéndolo todo en prosa. Lo mismo ha sucedido varias veces en el Nuevo Testamento. Por ejemplo, Filipenses 2:6-11, aunque a primera vista parece un simple párrafo de prosa, su métrica, acento y estructura paralela indican que es un fragmento de un himno, citado por el escritor.

La crítica formal revela la presencia en el Necronomicón de varias formas literarias comunes en el mundo antiguo. Entre ellas se encuentran la historia del castigo (3:13-14), el apocalipsis (fragmentos 14 y 15), el rito de exorcismo (fragmento 16), el mito de la caída (fragmentos 11, 12 y 13), el poema (2:6-7), la beatitud (8:3), el juramento de atestación (9:1, 10:1), y el testamento (fragmento 19).

5. La historia de la religión

Uno de los avances más grandes en la crítica bíblica tuvo lugar en el siglo XIX, cuando el erudito de Tübingen Ferdinand Christian Baur desveló su reconstrucción de la historia de los primeros tiempos de la Cristiandad. Los documentos específicos podían comprenderse mejor cuando se situaban en un orden hipotético de desarrollo. Baur y otros se habían quedado desconcertados ante lo que debían hacer con las muchas contradicciones y puntos de vista diferentes presentes entre los diferentes escritos (evangelios y epístolas) del Nuevo Testamento. Obteniendo sus indicios de estas diferencias, Baur pudo abocetar un perfil de prueba en el que la Cristiandad de la era del Nuevo Testamento se dividía en judeocristianos, encabezados por Pedro, y gentiles o helenocristianos, liderados por San Pablo. Tras graves disputas entre las facciones, los dos se fundieron poco a poco en una síntesis que se correspondía más o menos con el catolicismo ortodoxo. Algunos de los documentos del Nuevo Testamento representaban a la cristiandad judía (la Epístola de Santiago, el Evangelio de San Mateo, el Apocalipsis) mientras que otras representaban a la cristiandad helena (las Epístolas de San Pablo, el Evangelio de San Juan). Y otros representaban a la síntesis mediadora (la 1ª Epístola de San Pedro, los Hechos de los Apóstoles). La diferencia entre los diferentes libros, pues, parecía proceder de sus diferentes posiciones a lo largo de esta cronología de desarrollo ideológico.

Aunque desde entonces se han puesto en duda varios detalles del esquema de Baur, nadie ha discutido el valor de su metodología. Esencial para la exégesis crítica de un texto antiguo es el esfuerzo por llegar a una

especie de Sitz im Leben, o escenario de la vida del movimiento para el que fue escrito el documento.

Este enfoque es inevitablemente necesario en el estudio del Necronomicón. Cualquier examen despierto de los fragmentos que se conservan deja claro inmediatamente que hay presentes varios puntos de vista concurrentes y mutuamente contradictorios. Por ejemplo, algunos textos hablan con reverencia de Cthulhu y Yog-Sothoth, mientras que otros predicen alegremente su inminente destrucción. En algunos se alaba a los «Primigenios», mientras que en otros se les vilipendia. Finalmente, algunos hablan de un panteón de «Dioses», mientras que estas deidades están completamente ausentes de otros textos. Resulta obvio para el historiador que la misma persona (Abdul Alhazred) no pudo haber escrito todos estos pasajes. Como adelantamos en el Capítulo I, hay varios criterios para decidir qué, y probablemente qué no, escribió.

Igual de importante es la cuestión del examen de los pasajes no auténticos. ¿Por qué querría nadie atribuir a Alhazred escritos en los que condena lo que en textos anteriores indicaba que eran sus propias creencias? ¿De dónde salen los nuevos personajes, como los Dioses? Finalmente, ¿cuándo se hicieron esas interpolaciones? Con la esperanza de permitir al lector sacar un poco más de sentido de los textos que vienen a continuación, se adjunta una reconstrucción preliminar del desarrollo de los Mitos de Cthulhu y su religión. El esbozo, como el de Baur, se basa en indicios incluidos en los propios documentos.

La religión del Necronomicón parece haber comenzado como una forma de gnosticismo antiguo. Fue un movimiento emparentado cercanamente con la primera Cristiandad, aunque no todos los gnósticos eran cristianos como Basílides o Valentino. Se la llamó la «herejía con cabezas de hidra» a causa de la desconcertante variedad de sectas y escuelas que proliferaron bajo este dosel. Común a todas las formas de gnosticismo, sin embargo, era una visión del mundo dual, en la cual se denigraba al mundo material considerándolo la equivocada creación de un «demiurgo» imbécil, el último (y peor) de una serie de Aiones, o emanaciones divinas de una lejana e insondable Deidad. Por cierto, este uso del término Aion tal vez se haya derivado del apocaliptismo judío de la era de Jesús. En este esquema de las

cosas, iba a haber dos eras sucesivas en el mundo (aiones), la presente gobernada por Satán, y la futura Edad Dorada gobernada por Dios[87]. Con el tiempo, la palabra aion puede que haya llegado a usarse como derivación, no solo para indicar la era del mundo, sino también el poder que lo gobernaba. Losgnósticos quizá hayan adoptado el término con este sentido. Por otra parte, el término tal vez haya llegado del dios del tiempo iraní con cabeza de león, llamado Aion.

Los gnósticos adoraban a los Aiones, pero se mantenían alejados de ellos por estar aprisionados aquí en el mundo material por arcontes malévolos, o regentes planetarios. El objetivo de la salvación gnóstica era aprender el conocimiento secreto (gnosis) necesario para que el alma se deslizara entre los arcontes y se elevara libre en el reino de luz de los Aiones. Aquí aparecen algunas semejanzas sorprendentes entre el gnosticismo y el culto a Cthulhu. Ambos grupos se consideraban «forasteros en tierra extraña». Eran devotos de entidades ocultas a la vista de los adeptos. Cierto, los gnósticos aspiraban a huir del mundo y unirse a sus dioses, mientras que nuestros adeptos intentaban restaurar el gobierno de los Primigenios sobre este planeta. Ambos buscaban la salvación futura superando la alienación entre el mundo en el que vivían y los dioses a los que servían.

En ambas religiones, el mundo se veía como la creación de un demiurgo estúpido (llamado «Azathoth» por los sectarios de Cthulhu). Normalmente, los gnósticos vilipendiaban a su creador considerándole un bromista malévolo o un chapucero de pocas luces. Aunque él es uno de los Aiones, no de los arcontes, representa la emanación más alejada de la perfección de la divinidad, y es una especie de monstruo deforme. No puede ser una mera coincidencia que encontremos la misma desaprobación extraña hacia un dios creador en los Mitos de Cthulhu. Azathoth, «el ciego dios idiota», a diferencia del resto de los Primigenios, parece ser el objeto de las mofas incluso de sus propios servidores:

> «Soy Su mensajero», dijo el demonio
> Mientras con desprecio golpeaba la cabeza de su Señor[88].

En cuanto al acto de la creación en sí, los adeptos de Cthulhu, como los gnósticos, lo rechazaban al ser el acto de un lunático. La tierra fue «moldeada» por un «caos idiota» (aunque las tradiciones posteriores confunden en este punto a las entidades Azathoth y Nyarlathotep)[89].

Finalmente, ambos grupos imaginaban un futuro «cambio de valores», negando las normas morales del orden presente. Mientras algunos gnósticos practicaban el ascetismo radical como su manera de negación del mundo, otros recorrían el camino más llamativo del libertinaje desaforado. El heresiólogo del siglo IV Epifanio, en su Panarion (un precursor del Die Unaussprechlichen Kulten de von Juntz) explicaba las nauseabundas prácticas de varias sectas gnósticas. Por ejemplo, los marcosianos bebían orina y sangre menstrual en sus ritos. Nos recuerda a las «orgías dementes y cacofónicas» de los adeptos de Cthulhu[90]. Los repugnantes ritos de los gnósticos y adeptos de los Primigenios eran simbólicos de su rechazo al orden mundial presente, y del orden completamente extraño que prevalecería cuando disfrutaran del gobierno de sus dioses.

A la luz de estos paralelismos, es difícil resistirse a la conclusión de que la religión de Alhazred era una de las ramas menos conocidos de la religión gnóstica. Los Primigenios eran considerados los Aiones de aquel contexto.

En algún momento de la historia de la religión, la adoración a los Primigenios fue sustituida por la de un grupo de entidades subordinadas relacionadas de algún modo con los mismos mitos. Eran seres inferiores, pero tenían la ventaja de ser menos distantes y reservados que los Primigenios. Esto, de hecho, es un progreso habitual, y casi previsible, una vez que las deidades de una religión se han vuelto más trascendentes. Exactamente del mismo modo, una nueva generación de semidioses (Hércules, Esculapio, etc.) comenzó a reemplazar a los olímpicos en la religión griega, en cuanto los filósofos hicieron más abstractos a Zeus y a su parentela. En el judaísmo y zoroastrismo, el culto a los ángeles floreció en proporción directa a la creciente trascendencia de Dios. Mientras Jesucristo evolucionaba del salvador galileo al Pantocrátor divino representado en la cúpula de la catedral de Santa Sofía, la Virgen María y los santos cobraban mayor importancia.

En todos estos casos, la imaginación religiosa ha exaltado más el objeto de adoración cuando se sentía la necesidad de un dios más «cercano», y se introducen nuevas deidades para llenar el hueco. En los días de Alhazred, Cthulhu, Yog-Sothoth, Nyarlathotep y Shub-Niggurath habían llenado el vacío, mediando entre los Primigenios y sus adoradores, pero distinguiéndose de los Primigenios (Necronomicón 3:6-7, 15). La situación era análoga a la predominante en la mayoría de las mitologías de África Occidental, donde un dios primordial se había retirado alejándose en el cielo. La rutina diaria de la religión la llevan varias deidades menores y espíritus que reciben sacrificios y responden a las oraciones. Ahí lo tenemos: los Primigenios están lejos, más allá del espacio dimensionado. Un día volverán, pero por ahora podemos venerar al monstruo marino Cthulhu, al mensajero Nyarlathotep, y a Yog-Sothoth, la puerta universal.

El paso final en esta dirección se dio cuando Cthulhu y el resto finalmente fueron identificados con los Primigenios. Alhazred corrió el grave riesgo de predecir que el regreso de los Primigenios estaba cerca (3:21). Como el Necronomicón enseguida se convirtió en la «Biblia» del culto, esta profecía se tuvo en cuenta. Así, cuando pasaron muchos años y el regreso apocalíptico no se materializó, tuvieron que hacerse algunos ajustes de gran alcance. Los Primigenios llegarían de palabra aunque no *de facto* cuando los creyentes comenzaran a adorar a Cthulhu, Yog-Sothoth y los otros como los Primigenios. Probablemente nada de esto fuera producto de la decisión deliberada de nadie. Debió haber sido un proceso gradual e inconsciente[91].

El siguiente cambio importante debió haber ocurrido muchos años después, cuando los estudiantes minuciosos del Necronomicón observaron que estos progresos no cuadraban con el texto. Valiéndose de un pasaje ambiguo que les sugería un castigo a Cthulhu por parte de los Primigenios (3:14-15), estos fanáticos reformistas rechazaron al panteón convencional considerándolos «ángeles caídos». En su lugar, pedían una vuelta a la adoración de los Primigenios originales y trascendentes. Quizá por cuestiones de claridad, no intentaron recuperar el término original de «Primigenios», aún usado por los adoradores de Cthulhu, a quienes los reformistas consideraban apóstatas de la fe verdadera. Consideraron que el

título estaba contaminado irrevocablemente por la herejía y decidieron adoptar la nomenclatura de «Dioses Exteriores o Arquetípicos». La diferencia de significado denotaba que las deidades de los reformistas eran anteriores y más poderosas a los Primigenios usurpadores de los adoradores de Cthulhu.

El pasaje 3:14-15 se convirtió en la base de un intrincado mito de la «caída de Cthulhu», en el que fue aprisionado por los Dioses en una cripta sumergida que llevaba su símbolo. De este modo, los reformistas habían regresado a la concepción de Alhazred de Cthulhu y los demás como servidores de los «otros». Primigenios. Mientras que Alhazred los había venerado, los reformistas los denigraban como servidores rebeldes. Al principio, en la nueva teología se dijo que habían sido desterrados para siempre después de su rebelión. En algún momento, se esperaba que volvieran a ascender al poder brevemente, inmediatamente antes de la llegada final de los Dioses, igual que el Anticristo precede y anuncia el regreso de Cristo.

Con el tiempo, los reformistas escribieron nuevos textos explicando con detalle estas creencias. Algunas fueron atribuidas al propio Alhazred de modo seudónimo, una práctica bastante aceptable según las normas literarias antiguas y medievales. Otros textos tal vez fueran encuadernados junto al Necronomicón para facilitar las consultas, olvidándose posteriormente la distinción entre los dos. Finalmente fueron considerados parte del texto. Huelga decir que la secta pro-Cthulhu tal vez hubiese introducido interpolaciones propias (una aparece en el fragmento 13:1-2, 4-5, donde se ha mezclado con otro texto de los reformistas). La facción de los Primigenios probablemente mantuviera una tradición textual más pura. En cualquier caso, a partir del momento del cisma, debían existir dos textos canónicos diferentes, uno con las interpolaciones reformistas, y el otro sin ellas.

Desde el momento de la división, la historia de la religión parece no haber sido más que la crónica de las luchas intestinas de los sectarios. Ambos grupos, los adeptos de Cthulhu y los adoradores reformistas de los Dioses, se consideraban a sí mismos discípulos fieles de Abdul Alhazred. Ningún bando observó cómo sus doctrinas divergían significativamente de

las de Alhazred, que ni había vilipendiado a Cthulhu o a Yog-Sothoth, ni les había identificado con los Dioses. Nuestro conocimiento de la facción reformista es mayor porque la mayoría de los fragmentos espurios del Necronomicón proceden de este grupo.

¿Hay alguna manera de decir cuando comenzó el añadido de material nuevo? Nuestra única pista es la definición de Alhazred a cargo de Ibn Khallikan, que le consideraba un adorador de Cthulhu y Yog-Sothoth. No parece estar al tanto de la imagen reformista de Alhazred como avisador contra Cthulhu, o de toda la controversia. Ibn Khallikan conoce muchas leyendas acerca de la muerte de Alhazred, y no duda a la hora de citar la más fanática de todas ellas. Por tanto, si estuviera al tanto de las diversas opiniones sobre si Alhazred servía o se oponía a Cthulhu, Ibn Khallikan probablemente no habría escrito sin ambigüedades que el árabe loco era un devoto de Cthulhu. Como el biógrafo vivió en el siglo XII, el origen de las interpolaciones reformistas no puede ser tan temprano.

Podríamos afinar aún más con la fecha si tuviésemos el comentario sirio del siglo XIII acerca del Necronomicón a cargo del monje nestoriano Zacarías. Escrito quizá un siglo después de la vida de Ibn Khallikan, el comentario de Zacarías sin duda indicaría si las interpolaciones ya habían trepado al texto para aquel momento. Evidentemente, si las comentaba, debían haber aparecido en el texto del Necronomicón que tenía frente a él. El descubrimiento de este documento notable fue anunciado en 1968 por el doctor Franklin E. Tillinghast**[92]**. Nueve años antes, el comentario había sido adquirido en una compra de varios manuscritos árabes y sirios pertenecientes a la colección de H. R. Englehart. El anuncio de Tillinghast despertó bastante interés en aquel tiempo, y una decepción similar cuando unos meses después desapareció, según se dice, en un incendio de dudoso origen, que también acabó con la vida del insigne erudito. Este manuscrito era de una importancia tal, que no es exagerado decir que su pérdida se sintió tanto como la del propio doctor Tillinghast. En cualquier caso, el fascinante documento no puede ser de ninguna ayuda en nuestra investigación.

Al menos algunas interpolaciones pueden datarse de la época medieval tardía, ya que sugieren que los reformistas tal vez hubieran sido influidos

por una forma decadente de la cabalística hebrea. Las técnicas de exorcismo mencionadas en dos fragmentos incluyen el «elixir de Tikkoun» (quizá procedente de una forma confusa de la cabalística del siglo XV) y un amuleto con la forma de una estrella de cinco puntas (basado en el «pentáculo mágico de Salomón»). Además, durante este periodo los Dioses Arquetípicos fueron representados como «Torres de Fuego», una imagen claramente tomada prestada de la representación judía de Dios como una «columna de fuego» (Éxodo 13:21). Esto, a propósito, ayuda a explicar la semejanza que muchos han señalado entre los mitos bíblicos y las últimas formas del ciclo de la leyenda de Cthulhu.

A medida que avanza el comentario, se espera que el lector vea la utilidad del bosquejo histórico previo para explicar varios pasajes hasta ahora desconcertantes del Necronomicón.

6. El sistema de numeración de versículos

El análisis de un texto se simplifica si hay algún sistema para dividirlo en secciones y pasajes más cortos. La utilidad de la división en capítulos y versículos de la Biblia, o la Surah y la numeración de versículos del Corán, o incluso la división en acto, escena y frase de las obras de Shakespeare, es evidente si uno ha tenido que buscar alguna vez una cita de estas obras. Cuando se inicie una investigación y análisis serio del Necronomicón, sin duda los eruditos sentirán la necesidad de un sistema de referencia de este tipo. El sistema aquí propuesto, aunque es sencillo de seguir, al principio puede parecer algo desconcertante en su lógica. Es necesario dar algunas explicaciones.

El lector tal vez observe que algunos fragmentos que tienen una numeración posterior parecen, por el tema tratado, que han ocurrido antes en el texto original que pasajes que les preceden según nuestra numeración. Por ejemplo, el llamado «Prefacio» aparece al final. ¿Cómo puede ser? Dos consideraciones lo han aconsejado. En primer lugar, aunque parece que ha existido algún sistema de numeración en las distintas ediciones del Necronomicón[93] completo, esos textos ya no están disponibles. Por tanto,

el nuestro es un sistema para numerar fragmentos en su orden de estudio, no secciones en su orden de aparición. No podemos aspirar a discernir ese último orden. En el presente estado de las cosas, a menudo no hay modo de saber con seguridad el orden de los pasajes. En segundo lugar, al menos algunos de los pasajes que se conservan no parecen ser auténticos. Por tanto, aunque una vez interpolados pueden (como el «Prefacio») preceder en el texto a pasajes más antiguos, en realidad cronológicamente van después de esos pasajes. Hemos procurado, pues, seguir el orden de creación siempre que se haya podido averiguar.

Dentro de las categorías así establecidas, hemos agrupado los pasajes más o menos de acuerdo con su tema. No somos los primeros en aplicar esta ordenación cronológica. Un enfoque similar ha sido adoptado por Bell, Rodwell y Dawood en sus traducciones del Corán, y por Barclay, Schonfield y otros en sus versiones del Nuevo Testamento. En estos casos, naturalmente, la numeración de versos ya había sido establecida, pero los traductores reordenaron la presentación cronológicamente, proporcionando esquemas que permitían al lector localizar pasajes numerados tradicionalmente en su nueva posición. Evitamos esta dificultad haciendo que la numeración y el orden de presentación coincidan.

En cuanto al propio sistema de numeración, el primer número indicará el fragmento o pasaje en su conjunto, mientras que el segundo hará referencia a un versículo individual (una oración o frase larga). Por tanto, una notación como «3:12» debería leerse como «fragmento 3, versículo 12».

Segunda parte
La obra auténtica

7. De lo que vino antes que el hombre

Fragmento 1

Texto: (v.1). El libro del nombre negro, que contiene la historia de aquello que vino antes que el hombre. (v.2). Los Primigenios eran al tiempo uno y muchos.

(v.3). No eran ánimas distintas como los hombres, sino voluntades distintas.

(v.4). Algunos dicen que vinieron de las estrellas; (v.5) algunos dicen que fueron el alma de la tierra cuando fue creada a partir de una nube. (v.6). Y es que toda la vida viene del más allá, donde no hay consciencia. (v.7). La vida necesitaba un reflejo, y por tanto invadió el mundo material. (v.8). Allí se convirtió en su propia enemiga, porque adoptó una forma. (v.9). Los Primigenios querían evitar la forma; (v.10) así que rechazaron el material pesado del cuerpo. (v.11). Pero entonces perdieron el poder de actuar. (v.12). Por lo tanto, necesitaron servidores[94].

Versión: Incierta; el fragmento solo se conserva en el comentario del siglo XIII del monje Martín el Jardinero, escrito en una extraña mezcla de griego y latín.

Comentario:

v.1. Aquí tenemos el comienzo del libro, que (al menos en su primera parte) trata de la vida prehumana y no humana. «El libro del nombre negro» parece ser el intento de Martín por traducir el título de Philetas, Necronomicón. El conocimiento de Martín de los idiomas clásicos parece tener bastantes lagunas. Ha traducido erróneamente el sufijo –icon por «imagen» o «libro», y nom-por «nombre». Además, ha confundido necro-(«muerto») con nigro-(«negro»), lo que tiene por resultado una traducción completamente equivocada. El versículo debería ser sencillamente «El Necronomicón, que contiene la historia de aquello que vino antes que el hombre». (Por supuesto, el original árabe habría sido «El Al-Azif, que contiene la historia…»).

v.2. A los Primigenios se les puede describir alternativamente con el singular o el plural. Aquí tenemos algo similar a la doctrina cristiana de la Trinidad. Se explica en el v.3.

v.3. Este versículo muestra la influencia de los debates teológicos cristianos en Oriente Próximo de finales del siglo VII. La negativa de que los Primigenios tuviesen «almas distintas» recuerda a la cristología (=la doctrina de la naturaleza de Cristo) de las iglesias cercanas a Alhazred. Era una cristología «monofísica», que quería decir que Cristo tenía una (monos) naturaleza (physis), en vez de dos (divina y humana), como creían los cristianos occidentales. El «ditelitismo» (o la «doctrina de las dos voluntades») fue otra doctrina que defendía que Cristo tenía dos voluntades diferentes aunque armoniosas, que procedían de sus dos naturalezas. Evidentemente, uno no se adheriría al mismo tiempo a las doctrinas monofísica y ditelitista, ya que la primera elimina la razón fundamental de la segunda. Para definir la doctrina de la Trinidad ya había aparecido una especie de combinación de ambas. Por consiguiente, Dios compartía una naturaleza divina, aunque existía como tres personas diferentes (Padre, Hijo y Espíritu Santo).

Del mismo modo, Alhazred ha tomado prestada la jerga cristológica de su época para explicar su concepción de los Primigenios. Ellos, también, son uno, aunque poseen voluntades individuales. Sin duda esta era su actualización de la doctrina gnóstica original de que los Aiones (en este caso, los Primigenios) eran una serie de emanaciones de una deidad definitiva, compartiendo por tanto la naturaleza divina incluso estando diferenciados como seres individuales.

v.4. Alhazred es consciente de que algunos convertirían a los Primigenios en meros ángeles. Probablemente esto era lo que quiere decir mediante la referencia a las «estrellas». Esta era una imagen habitual para los ángeles, que aparece, por ejemplo, en el Apocalipsis: «En cuanto al misterio de las siete estrellas que has visto en mi diestra (…) es este: las siete estrellas son los ángeles de las siete iglesias.» (Apocalipsis 1:20).

v.5. Otra teoría en boga es que los Primigenios eran la naturaleza espiritual del mundo material, el principio racional por el que el caos primordial se convirtió en un cosmos ordenado. (Filo había enseñado una doctrina similar acerca del logos divino). Según esta versión, los Primigenios habrían cumplido la función de las formas arquetípicas de Platón.

v.6. Alhazred comprende por qué se formularon estas teorías, porque es cierto que la vida procede de más allá de la tierra como sabemos. La vida no es indígena. La verdad de su origen no se encuentra en ninguna de las teorías que ha mencionado. En cambio, procede del demiurgo estúpido Azathoth, al que se menciona con la frase «… viene del más allá, donde no hay consciencia». La frase es similar a otras de distintos pasajes, que dejan claro que Azathoth es el «caos ciego e idiota más allá del espacio angulado».

v.7. Este versículo se refiere a la primera venida de los Primigenios a la tierra (véase el fragmento 3). La palabra «invadió» indica que su presencia es completamente extraña. El siguiente versículo explica por qué.

Por lo visto aquí hace referencia al comienzo del conflicto entre los Primigenios y los seres vivos de la Tierra. El origen de este conflicto fue que los Primigenios eran «sin dimensiones e invisibles a nuestros ojos» (3:3), mientras que los terrestres «poseían forma». La enemistad descrita explica las amenazas planteadas en 3:18-19.

9-10. El asco sentido por los Primigenios superdimensionales ante las formas de vida encarnadas se ofrece aquí como explicación para su marcha.

Por esto, según 3:21, no gobiernan la tierra en la actualiad. El versículo 10, por cierto, es uno de los rastros más claros del origen gnóstico de la religión de Alhazred. Se refiere explícitamente a la dualidad entre espíritu y materia del gnosticismo. «Así que rechazaron el material pesado del cuerpo». Esto es bastante semejante el «Himno de la Perla» gnóstico, en el que uno de los Aiones visita la tierra y queda paralizado y confundido por la materialidad del mundo: «Y con astucia me prepararon un engaño, y probé su comida… y por causa de la pesadez de su comida caí en un sueño

profundo». Enseguida vuelve en sí y se encoge de horror ante su imprudente encierro en la carne material: «Y me arranqué el sucio atuendo y lo dejé en su tierra, y me dirigí en el acto hacia la luz de mi patria» (Himno de la Perla, v, 32, 35, 62 y 63). Así huyeron los Primigenios del fango del mundo material.

v.11. Este exilio voluntario les dejó en desventaja. ¿Cómo se haría su voluntad en la tierra?

v.12. «Necesitaron servidores», y este, por supuesto, es el origen de la religión de los Primigenios. Alguien tuvo una experiencia visionaria en la que recibió el «evangelio» de los Primigenios, que llamaba a su servicio a los hombres. Llevase el tiempo que llevase, los seguidores humanos debían prepararse incansablemente para una «segunda venida» de sus Amos, que les dirán «bien hecho, buenos y fieles sirvientes». Les transfigurarán en un estado puramente espiritual y procederán a barrer la vida humana de la tierra.

Fragmento 2

Texto: (v.1)Aquel que hable de Cthulhu debe recordar que solo parece muerto; (v.2) duerme, y al tiempo no duerme; (v.3) ha muerto, aunque no está muerto; (v.4)aunque está dormido y muerto, se alzará de nuevo. (v.5)De nuevo se verá (v.6)«Que no está muerto lo que yace eternamente, (v.7)Y con los extraños evos incluso la muerte puede morir[95]». Versión: En latín o griego; la cita es ambigua.

Comentario:

v. 1-4. El significado de este pasaje parece bastante claro. Se refiere al monstruo primordial Cthulhu encarcelado en un sueño intranquilo en la ciudad sumergida de R’lyeh en el Pacífico. Un viejo verso de liturgia del culto dice:

> En su casa de R’lyeh
> El muerto Cthulhu espera soñando.

La idea es que Cthulhu se encuentra esperando su momento postrado en un estado de animación suspendida que solo se parece a la muerte. El sentido del v.1 es «no le hagáis de menos, solo parece muerto».

Es interesante observar la manera ambivalente de describir la hibernación de Cthulhu. Los v. 4 y 6 nos recuerdan que esta muerte aparente no es la muerte definitiva, sino que se encuentra esperando, incluso si laespera parece ser eterna. Por larga que sea, Cthulhu puede permitirse la espera. El versículo 7 llama terminantemente «muerte» al letargo, pero de nuevo insinúa que no lo es. A diferencia de la muerte auténtica, el sueño acabará. La idea es muy similar a la expresada en el capítulo 11 del Evangelio según San Juan. En él, Lázaro, el amigo de Jesús, cae gravemente enfermo. Cuando se le cuenta, Jesús responde, «Esta enfermedad no es de muerte» (v.4). Dos días más tarde dice a sus discípulos, «Lázaro, nuestro amigo, está dormido, pero yo voy a despertarle» (v.11). ¿No les había asegurado Jesús que la enfermedad no era mortal? El sentido de la metáfora del «sueño» es que, aunque Lázaro está muerto de verdad, no permanecerá así. Jesús lo resucitará, con lo que el «fin» no es la muerte. Una muerte verdadera de la que uno despierta se puede comparar acertadamente con el sueño. La idea aparece en muchos otros lugares del Nuevo Testamento, como por ejemplo el fragmento de un himno incluido en Efesios 5:14:

> Despierta tú que duermes
> Y levántate de entre los muertos,
> Y te iluminará Cristo.

El pareado del Necronomicón da la vuelta a la metáfora, con lo que un sueño del que uno despierta se parece a la muerte si dura siglos.

El desconcertante término «evos extraños» denota periodos de tiempo «extraños» según los patrones de los marcos temporales humanos, épocas que son inimaginablemente largas. Una vez más tenemos paralelismos bíblicos, por ejemplo en la Segunda Epístola de San Pedro, 3:8: «No se os oculte que delante de Dios un solo día es como

mil años, y mil años como un solo día». El Salmo 90:4 apunta lo mismo:

> Porque mil años son a tus ojos Como el día de ayer, que pasó; Como una vigilia de la noche.

Y lo cierto es que para seres que no son mortales, tampoco existe el tiempo. Cuando la espera del que «yace eternamente» (v.6) haya acabado, entonces «incluso la muerte puede morir[96]». Cthulhu despertará de su exilio de sueños para alzarse desde su tumba acuática.

v. 5-7. Por ahora nuestra exégesis ha sido bastante corriente, pero en este momento debemos introducir un poco de controversia. Nos gustaría sugerir que el pareado de los versículos 6 y 7 tiene un significado más profundo del que es aparente en una primera lectura, y que, aun siendo el Necronomicón auténtico, no es obra de Abdul Alhazred. Más bien, es un extracto de la tradición del culto a Cthulhu citado por él. No debe causar sorpresa que pueda citar material previo. Al fin y al cabo, el culto gnóstico de los Primigenios se remonta a muchos años antes de la época de Alhazred.

En primer lugar, el pareado se presenta como cita en el texto del propio Necronomicón. Los versos parecen destacar entre la prosa que los rodean, con lo que parece una introducción formal a una cita. «De nuevo se verá…» (v.5).

El segundo factor importante que se opone a la autoría de Alhazred es que la estructura lingüística del poema parece reflejar un ambiente anterior al suyo. El poema manifiesta el paralelismo repetitivo de la poesía hebrea, como el que encontramos en los Salmos del Antiguo Testamento. Como bien se sabe, la poesía hebrea no tenía que rimar, y en cambio se apoyaba en el recurso de parafrasear un pensamiento de maneras ligeramente diferentes. Por ejemplo:

> Los cielos pregonan la gloria de Dios,
> Y el firmamento anuncia la obra de sus manos. (Salmos 19:2).

Hay diversas variaciones posibles, incluyendo el paralelismo antitético, con el que se hace hincapié en una idea yuxtaponiéndola con su corolario:

> Los cielos son para Yavé;
> La tierra se la dio a los hijos de los hombres. (Salmos 115:16).

También está el paralelismo escalonado, en el que cada frase repite algo de la anterior pero añade un nuevo elemento:

> Bienaventurado el varón, que no anda en consejo de impíos,
> Ni en las sendas de los pecadores se detiene,
> Ni se sienta en tertulia de mofadores. (Salmos 1:1).

Evidentemente, los versos del Necronomicón son de este último tipo, exhibiendo la misma clase de estructura paralela. Cada uno de los dos versos recuerda al otro, aunque el segundo añade un nuevo énfasis: No solo los hombres han confundido un sueño de siglos con la muerte, sino que se promete que ese letargo llegará a su fin.

Por tanto, la forma hebrea del pareado parecería remontarlo mucho más allá de los tiempos de Alhazred, pero¿cuánto? Surge otra pista por la aparición (en la traducción en inglés) de las palabras «eternamente» (v.6) y «evos» (v.7). La semejanza entre los versos indicada anteriormente se hace más patente cuando nos damos cuenta que no fueron escritos originalmente en la lengua de Alhazred, sino en griego, donde las palabras «eternamente» y «evo» son formas diferentes de la palabra aion, o «edad». El inglés «eterno» podría convertirse en la frase griega eis tous aionous, que literalmente significa «en las eras», «perpetuo» o «para siempre».

Nuestro poema parece haberse escrito en griego, aunque de acuerdo con los patrones de la poesía hebrea del Antiguo Testamento. Estos factores hacen probable que fuera escrito bajo la influencia del Septuaginto, la traducción griega del Antiguo Testamento hebreo. Esto ubicaría el poema casi al principio de la religión, en el contexto del gnosticismo

helenohebraico (véase el Capítulo V). Por tanto, es un dato muy antiguo y valioso.

Encontramos el mismo tipo de «hebraísmo con un regusto heleno» en documentos como el Evangelio según San Juan. El prólogo a ese evangelio es un largo poema o himno sobre el Logos, escrito en griego pero empleando el paralelismo escalonado hebreo. La misma técnica aparece de nuevo en el capítulo tres, en el diálogo de Jesús con Nicodemo: «En verdad te digo que quien no naciere de arriba no podrá entrar en el reino de Dios (…) quien no naciere del agua y del Espíritu no puede entrar en el reino de los cielos» (3:3, 5). Aunque la técnica del paralelismo es hebraica, la semejanza en sí queda remachada por el juego de palabras implícito en el uso equívoco de la palabra griega anothen, que puede significar «de nuevo» o «de arriba». Aquí se supone que tiene ambos significados, indicando un nacimiento celestial y un renacimiento. Exactamente de la misma manera, estamos a punto de sugerir que la palabra aion se usa con un doble significado en Necronomicón 2:6 y 7. Todo depende del juego de palabras implícito en los dos usos de la palabra aion como «edad» y como entidad divina oculta (los Aiones, véase el Capítulo V).

A primera vista, como hemos observado, el sujeto del poema es Cthulhu. En su lectura, él es el que «yace eternamente» esperando el paso de los «evos extraños», es decir, de eras inimaginablemente largas. Entonces su aparente «muerte» morirá, y acabará su exilio letárgico. Los lectores de la «gnosis» se percibirán a sí mismos como los sujetos del pareado. El adepto fiel es aquel «que no está muerto [y] yace eternamente». Según esta interpretación, «yacer eternamente» (meinai eis tous aionous) no significa «morar para siempre» (como hace Cthulhu en R’lyeh), sino «esperar a los Aiones», es decir, a los Primigenios. Aquellos que los esperan fielmente «no están muertos», porque la muerte misma fallecerá «con los evos extraños»… no «con el paso de eras inimaginables», sino «con la llegada de los Aiones sobrenaturales». El poema promete una recompensa eterna a los servidores humanos de los Primigenios. Según la tradición oral del culto, «entonces los humanos se habrían convertido en iguales a los Primigenios; libres y salvajes y más allá del bien y del mal, sin leyes ni morales y con todos los hombres gritando y matando y gozando de

alegría». Aunque la idea de la salvación es, como mínimo, muy diferente, hay promesas similares en el Nuevo Testamento. «Mas el que perseverare hasta el fin, ese será salvo» (Mateo 24:13). «El que crea en mí, aunque muera, vivirá; y todo el que vive y cree en mí no morirá para siempre» (Juan 11:25-26). Para aquellos que conservan la fe, la misma muerte morirá.

Fragmento 3

Texto: (v.1). Tampoco debe pensarse que el hombre es el más antiguo o el último de los amos de la Tierra; no, ni que la mayor parte de vida y de sustancia está sola. (v.2). Los Primigenios eran, los Primigenios son y los Primigenios serán. (v.3). No en los espacios que conocemos, sino entre ellos, caminan de manera serena y primordial, sin dimensiones e invisibles a nuestros ojos. (v.4)Yog-Sothoth conoce la Puerta, porque Yog-Sothoth es la Puerta; Yog-Sothoth es la Llave y el Guardián de la Puerta. (v.5). Pasado, presente, futuro… todos son uno en Yog-Sothoth. (v.6). Sabe por dónde penetraron en nuestro tiempo los Primigenios, y por donde regresarán cuando llegue el momento hasta que se complete el Ciclo. (v.7). Sabe por dónde han caminado en la Tierra, por dónde aún caminan, y por qué ningún hombre puede contemplarlos cuando lo hacen. (v.8). Los hombres a veces pueden percibir su presencia por su olor, pero ningún hombre puede reconocer su semblante, salvo en los rasgos de aquellos que han engendrado entre la humanidad; (v.9) y de esos vástagos hay varias especies, que se diferencian de la imagen verdadera del hombre por la Forma que no se ve ni se toca que está en Ellos. (v.10). Caminan invisibles y repugnantes en los lugares solitarios donde se han pronunciado las Palabras y se han aullado los Ritos en sus correspondientes Estaciones. (v.11). Los vientos gimen con Sus voces; la Tierra murmura con su consciencia. (v.12). Arrasan los bosques, y aplastan la ciudad, pero ningún bosque o ciudad puede contemplar la Mano que los destroza. (v.13). Kadath en el Yermo Helado los ha conocido, pero ¿qué hombre sabe de Kadath? (v.14). El desierto helado del sur y las islas sumergidas del océano tienen piedras en las que está grabado Su sello, pero ¿quién ha visto la ciudad congelada o la Torre

Sellada de la que cuelgan guirnaldas de percebes y algas marinas? (v.15). El gran Cthulhu es su primo, y puede espiarlos pero débilmente. (v.16)¡Iä! ¡Shub-Niggurath! (v.17). Los conocerás por su fetidez. (v.18). Su Mano está en tu garganta, pero no los ves; (v.19) aunque hayas vigilado el umbral de su estancia. (v.20)Yog-Sothoth es la Llave de la Puerta donde se encuentran las esferas. (v.21). El hombre gobierna donde Ellos gobernaban: y volverán a gobernar pronto donde el hombre gobierna ahora. (v.22). Después del verano llega el invierno, y tras el invierno viene otra vez el verano. (v.23). Esperan pacientes y poderosos, ya que imperarán de nuevo[97], [(v.24)y nadie se les podrá oponer en su llegada y todos serán sus súbditos. (v.25). Y aquellos que saben de las Puertas serán obligados a abrir la vía para Ellos y los servirán como deseen, (v.26)pero aquellos que abran el camino inconscientemente disfrutarán de muy poca vida más][98].

Versión: La anterior es una traducción de la versión en latín de Wormius. También hay una traducción copiada a mano del texto de versión y edición desconocidas. Sus interpretaciones (incluyendo los versos entre corchetes) son peores. Sin embargo, se destacarán brevemente las más interesantes.

Comentario:

v.1. Nuestro pasaje es la continuación de un discurso más largo, actualmente perdido. Esto es evidente por el comienzo de este versículo, «Tampoco debe pensarse…». «Tampoco» implica que antes ha habido un «no». El comienzo del versículo 1 podría parafrasearse. «No solo eso, sino que aquí tienes algo más acerca de esto y aquello». ¿Cuál era el «eso», el tema del texto perdido? El presente pasaje cuenta que el hombre no siempre ha gobernado la Tierra, y que no lo hará eternamente. Por tanto, el discurso previo debía haber calificado a la regencia del hombre de otras maneras. Toda esta parte debía haber dicho algo así como: «El hombre no es el regente incontestado del mundo que cree ser. Por un lado, su control está limitado (o amenazado, o lo que sea) por _____. Por otro, su dominio es breve, ya que en el pasado no gobernó, y algún día será depuesto».

La otra versión trata de redondear el fragmento de manera artificial, cambiando el «tampoco» por «nunca». Por tanto, el copista no tenía más texto que nosotros.

v.2. Este versículo, quizá en origen un cántico litúrgico, es semejante a Apocalipsis 4:8.

> Santo, santo, santo
> Es el Señor Dios todopoderoso,
> El que era, el que es y el que viene.

La idea es que, a diferencia del hombre cuyo dominio es inseguro y efímero, los Primigenios son eternos. Son «lo mismo ayer, hoy y por los siglos» (Hebreos 13:8). El versículo sigue la afirmación del v.1 precisamente en el mismo orden para subrayar este contraste.

v.3. Obsérvese que los Primigenios no habitan en ese momento, o por naturaleza, el espacio dimensionado tal y como lo conocemos.

v.4. «Yog-Sothoth» es una entidad importante en los Mitos de Cthulhu. Ibn Khallikan lo menciona como uno de los seres adorados por Alhazred. El nombre parece proceder o estar influido, al menos parcialmente, por el egipcio «Thoth», el dios de los encantadores. Dado el importante papel de Egipto como cuna de muchas de las primeras sectas gnósticas, no resulta sorprendente.

Se usa una serie de metáforas más o menos sinónimas para describir el papel de Yog-Sothoth. Él es la «puerta», pero también la «llave» y el «guardián» de la puerta. Tenemos una semejanza cercana con el discurso del «Buen Pastor» del capítulo 10 de Juan: «De nuevo les dijo Jesús: En verdad, en verdad os digo: yo soy la puerta de las ovejas. (…) Yo soy el buen pastor» [es decir, el guardián de la puerta del redil de las ovejas] (v. 7, 11).

v.5. Yog-Sothoth puede servir como puerta de paso para los Primigenios porque, como ellos, ignora las ataduras del tiempo. La semejanza con el v.2 lo indica.

v.6. Como ya se da a entender en el v.5, Yog-Sothoth no debe incluirse entre los Primigenios. Aquí se le distingue claramente de ellos. No se debe

subestimar la importancia de este dato. Tendremos más que decir al respecto en relación con el v.15.

Este verso nos cuenta por qué el hombre no «es el ser más antiguo o el último» de los regentes de la Tierra. La respuesta es que los Primigenios «penetraron» en el mundo hace mucho, y volverán a hacerlo en el futuro. Es decir, de algún modo llegaron a nuestro continuo espacio temporal. Se insinúa una especie de «segunda venida» apocalíptica de los Primigenios, aunque el siguiente verso parece enturbiar este dato.

v.7. «Por dónde caminan»; estas palabras dan a entender que los Primigenios no están del todo ausentes de la escena terrestre. El que «ningún hombre puede contemplarlos cuando lo hacen» podría considerarse, de acuerdocon el versículo 3, una sugerencia de que los Primigenios no están presentes directamente en nuestra dimensión, sino que están escudriñando desde fuera. Sin embargo, esta no puede ser la interpretación correcta, ya que su «caminar» presente se compara explícitamente con su presencia pasada en la Tierra («por dónde han caminado») durante su «primera venida». En el presente, parecerían estar del mismo modo.

¿Por qué «ningún hombre puede contemplarlos cuando lo hacen»? Podemos suponer que su traslado a la «dimensionalidad» de la Tierra es incompleto, haciendo que sean susceptibles solo en parte a los sentidos humanos. De todos modos, nuestra comprensión del pasaje es la suficiente sin una respuesta a esta pregunta; la opinión de Alhazred es que solo Yog-Sothoth conoce la respuesta.

v.8. La «contemplación» del versículo anterior se refiere estrictamente a la vista, ya que el versículo 8 admite que los Primigenios, al menos a veces, pueden ser detectados mediante los otros sentidos. Los seres humanos pueden olerlos. En los siguientes versos se nos dice que su olor es un hedor terrible (véase el v.10, «Caminan invisibles y repugnantes», y el v.17 «Los conocerás por su fetidez»). La variante de este texto incorpora una glosa marginal en el texto: «por su olor, que es extraño a las fosas nasales, y como el de una criatura de mucha edad».

Su «semblante», es decir, su imagen visual, solo puede deducirse al haberse ajustado a los límites humanos, al engendrar vástagos en anfitriones

humanos. Este es un tema recurrente en casi todas las mitologías, por ejemplo, como los casos de Gilgamesh y Hércules, cuya paternidad divina les otorgó rasgos característicos, incluida la fuerza sobrehumana. Lo que resulta afectado aquí es la fisionomía.

El texto alternativo añade después de «humanidad» las palabras «que son terribles de contemplar, pero tres veces más terribles son aquellos que les han engendrado».

v.9. No siempre se puede saber el aspecto de los Primigenios, ya que algunos de sus vástagos terrenales son indistinguibles de los verdaderos humanos, mientras que otros no parecen conservar características humanas. Un caso similar en la mitología grecolatina sería el de Perseo, Hércules y Apolo. Los tres son hijos de Zeus (Júpiter) y de mujeres mortales, pero Perseo es un héroe totalmente humano, mientras que Hércules es un mortal superpoderoso, y Apolo, simple y llanamente, es un dios.

De aquí podemos extraer una implicación siniestra. En los casos extremos, no se podría detectar a los vástagos de los Primigenios, y nuestros sentidos no los captarían al igual que sucede con los Primigenios, o serían exactamente como nosotros sin ningún rasgo de su familia monstruosa. ¿Quién sabe si el mismo Alhazred no albergaba la ilusión de ser un hijo de sus dioses?

v.10. Descubrimos que la transición de los Primigenios a nuestro mundo no solo necesita de la participación de Yog-Sothoth, sino también de iniciados mortales. Los encantamientos y rituales deben realizarse en «lugares solitarios». El uso de la palabra «aullado» da a entender que las palabras que deben pronunciarse fueron creadas para gargantas no humanas, o que representan una adaptación humana gritada imitando a un aullido de animal que recuerda el carácter no humano del original.

El versículo también indica que los Primigenios solo pueden caminar libremente por los lugares preparados para ellos por dichos encantamientos. Quizá tengamos la clave de la aparente contradicción entre los versículos 6 y 7, donde primero se dice que «regresarán», para después indicar que «aún caminan». La «penetración» parece referirse a una invasión a gran escala, en cantidades suficientes para volver a gobernar la Tierra. No se ha alcanzado aún ese punto porque no se han hecho los preparativos

suficientes. Donde el terreno está preparado, ya caminan algunos Primigenios, pero no con la fuerza suficiente como para reinar. Por supuesto, el objetivo del culto de los Primigenios era restaurar el dominio terrenal de sus dioses. Este versículo indica que los ritos preparatorios solo podían llevarse a cabo en momentos concretos («en sus correspondientes Estaciones»). Por esta razón, el fiel tenía que ser paciente. Gracias a su incansable labor, se invocaría a un número suficiente de Primigenios para restablecer su reinado.

v.11. El «gemido» del viento con las voces de los Primigenios podría reflejar la tendencia universal a entender los fenómenos atmosféricos como actos divinos, como la atribución del trueno y el rayo a Zeus o Thor. Pero esta referencia podría ser al «zumbido» de los insectos del desierto escuchado en el viento, que se creía que era el susurro de demonios, la fuente de las revelaciones de Alhazred (véase el Capítulo 2). En este versículo, entonces,tendríamos el origen del título de la obra, Al-Azif.

Sin embargo, en esta interpretación queda por ver a qué se refiere la frase «la Tierra murmura». Otra posibilidad que se presenta en este versículo es leerlo relacionado con las partes siguientes, como probablemente fuera la intención del autor. En este caso, el murmullo de la Tierra serían los terremotos. (Véase el siguiente comentario).

v.12. Los vientos del versículo 11 son los que «arrasan los bosques»; los terremotos de aquel versículo «aplastan la ciudad» de este. En ambos casos, nadie «contempla» a los Primigenios, ya que han empleado desastres «naturales» como armas. Este versículo introduce la unidad que se compone de los versículos 13 y 14, y a la que técnicamente se la conoce como mathna, una «historia aleccionadora» clásica de las empleadas tantas veces en el Corán y la Biblia como advertencia a los pecadores. Se repite el destino conocido de ciudades o pueblos del pasado para advertir a los oyentes (o lectores) de su peligro inminente.

> ¿Acaso no has visto lo que hizo el Señor con los Ad,
> en la Irem adornada con pilares
> Sin igual entre los que se han erigido en estas tierras?
> Y con los Themoud que labraran las rocas del valle;

> Y con el Faraón empalador;
> Quienes cometieron excesos en las tierras,
> Y multiplicaron la maldad en ellas.
> Por eso el Señor dejó caer sobre ellos el azote del castigo.
>
> (Corán 89:5-12).

> Como Sodoma y Gomorra y las ciudades vecinas, que, de igual modo que ellas, habían fornicado yéndose tras carnes ajenas, fueron puestas para escarmiento, sufriendo la pena del fuego perdurable.
>
> (San Judas 7).

> ¡Ay de ti, Corazeín! ¡Ay de ti, Betsaida! Porque si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros realizados en ti, mucho ha que en saco y ceniza hubieran hecho penitencia. Así, pues, os digo que Tiro y Sidón serán tratadas con menos rigor que vosotras en el día del juicio. Y tú, Cafarnaún, ¿te levantarás hasta el cielo? Hasta el infierno serás precipitada. Porque si en Sodoma se hubieran realizado los milagros obrados en ti, hasta hoy subsistiría. Así, pues, os digo que el país de Sodoma será tratado con menos rigor que tú el día del juicio.
>
> (Mateo 11:21-24).

Exactamente del mismo modo, los versículos siguientes atribuyen el destino de varias ciudades a la venganza de los Primigenios. El lector debe entender que está indefenso ante la misma suerte.

v.13. Es posible que la desolación de Kadath en el yermo helado se derive del Salmo 29, uno de los himnos cantados anualmente en la Fiesta de los Tabernáculos para conmemorar la victoria mítica de Yavé sobre las deidades menores («hijos de Dios», Salmos 29:1), después de lo cual se convirtió en el rey de los dioses. En el transcurso de la alabanza al poder de Yavé, el salmista escribe:

> La voz de Yavé rompe los cedros, Troncha Yavé los cedros del Líbano (…) La voz de Yavé sacude el desierto, Hace temblar Yavé el desierto de Cades. La voz de Yavé retuerce las encinas, Y despoja las selvas. (v 5, 8-9).

No es difícil ver las similitudes entre estos versículos y el texto del Necronomicón: «Los vientos gimen con Sus voces; la Tierra murmura con su consciencia. Arrasan los bosques, y aplastan la ciudad, pero ningún bosque o ciudad puede contemplar la Mano que les destroza. Kadath en el Yermo Helado los ha conocido, pero ¿qué hombre sabe de Kadath?». Obsérvese cómo ambos textos identifican la voz divina con el viento que destruye los bosques y devasta Kadath/Cades en el desierto/yermo. Podría ser una coincidencia, pero una semejanza tan clara da a entender que Alhazred estaba algo familiarizado con el salmo (no es del todo improbable, dada la antigua comunidad judía en su Yemen natal) y que su imaginería, ya fuera consciente o inconscientemente, dio forma a su alabanza poética del poder de los Primigenios.

Cades fue, por supuesto, el desierto por el que los hijos de Israel vagaron siguiendo a Moisés. «Kadath» parece una variante de Cades (Kadesh), especialmente a la vista de los textos paralelos recién comentados. Por lo que sabemos, no existió ninguna ciudad en el desierto de Cades, aunque pudiera ser que en los días de Alhazred alguna leyenda local afirmara que había habido una ciudad, y que por algún gran pecado los dioses la habían destruido. La razón de dicha leyenda habría sido justificar la desolación de la comarca: parecía maldita por los dioses, así que en algún momento debía haber habido gente (es decir, una ciudad) que pecó mucho y atrajo sobre sí la ira divina.

v.14. Reminiscencia de la leyenda de Atlantis, este versículo incluye una mención a islas habitadas en el pasado y hundidas por terremotos por obra de los Primigenios. Se da a entender un castigo especial, ya que los edificios de las ciudades sumergidas llevaban el sello de los Primigenios. Cabe presumir que hubieran sido destruidas por algún tipo de infidelidad.

v.15. La mención de las ciudades sumergidas evoca al «Gran Cthulhu», que según las creencias del culto yace en reposo en R’lyeh. Es posible que

Cthulthu fuera objeto del castigo de los Primigenios, y que la ciudad sumergida del versículo 14 no sea otra que R'lyeh.

Como sucede con Yog-Sothoth en el versículo 6, aquí se diferencia a Cthulhu del resto de los Primigenios. Comparte la debilidad de los seres humanos: los Primigenios son casi tan invisibles para él como lo son para nosotros. Está emparentado con ellos de algún modo, pero la misma afirmación de que es «Su primo» sirve simultáneamente para alejarlo de ellos. Solo está emparentado con ellos, no es uno de ellos. Como se perfila en el Capítulo V, debemos recordar que tanto Cthulhu como Yog-Sothoh se confundieron con los «primeros». Primigenios, posteriormente denominados «Dioses», pero este es un progreso posterior en la mitología. El propio Alhazred ponía cuidado en distinguirlos.

v.16. La exclamación «¡Iä! ¡Shub-Niggurath!» aparece como una alabanza jubilosa y espontánea. La exclamación expresa el gozo devoto ante las verdades que acaba de escribir. Tales arranques literarios no son infrecuentes. El apóstol Pablo los emplea de manera ocasional en sus epístolas. Por ejemplo, finaliza un resumen de los privilegios religiosos del pueblo judío con un himno de alabanzas: «¡Bendito sea Dios que está encima de todas las cosas por los siglos!» (Romanos 9:5). Al final de un llamamiento a sus lectores para contribuir en una colecta, Pablo grita «Gracias sean dadas a Dios por su inefable don» (Corintios II, 9:15). En cuanto a la identidad de «Shub-Niggurath», es todo un elemento de misterio. En el resto de los textos del culto, a Shub-Niggurath se la llama «la de forma de nube» o, por otro lado, la «Cabra Negra de los Bosques» o la «Cabra con un Millar de Retoños». La imaginería de la «cabra negra» recuerda a la concepción medieval de Satán como un sátiro negro con cabeza de macho cabrío. El nombre «Shub-Niggurath» parecería tener alguna relación con esta imagen, y puede derivarse del latín niger («negro»). El «millar de retoños» sugeriría un dios o diosa de la fertilidad. A menos que todo esto sea puramente metafórico, Shub-Niggurath parecería ser, como Cthulhu y Yog-Sothoth, una especie de entidad menor relacionada con los Primigenios, pero no uno de ellos en el sentido estricto de la palabra. Los atributos tal y como se describen son demasiado

mundanos como para que el ser en cuestión sea uno de los Primigenios transdimensionales.

v.17. De nuevo, Alhazred indica que se puede detectar a los Primigenios por su fétido olor. Véase el versículo 8.

v.18. Esta imagen llamativa, seguramente extraída del mundo de la época de Alhazred con sus callejones traicioneros acechados por asesinos esperando a atacar, ilustra gráficamente el peligro planteado por los Primigenios a aquellos ignorantes de su presencia.

v.19. Ya han abierto brecha en cualquier fortificación que el hombre pudiese construir contra ellos. O quizá la idea es que ninguna protección contra enemigos terrenales puede servir contra la amenaza invisible de los Primigenios.

v.20. De nuevo, se afirma que Yog-Sothoth es la puerta por la que pueden pasar los Primigenios. El uso de las esferas externas entre sí pero tocándose tangencialmente es interesante. Normalmente, una cosmología de «esferas» supone un sistema de esferas concéntricas, una dentro de la otra, como en el sistema ptolemaico.

v. 21-23. Estos versículos conforman una unidad, que es una advertencia apocalíptica clásica, muy similar a la de Santiago 5:7-8:

> Tened, pues, paciencia, hermanos, hasta la venida del Señor. Ved cómo el labrador, con la esperanza de los preciosos frutos de la tierra, aguarda con paciencia las lluvias tempranas y las tardías. Aguardad también vosotros con paciencia, fortaleced vuestros corazones, porque la venida del Señor está cercana.

Ambos textos emplean la imagen del cambio de estaciones. La idea no es la de un ciclo que se repite interminablemente. Más bien es que tan cierto como que una estación sigue a otra, el monótono presente dará paso pronto al esperado futuro. «Invierno» en el versículo 22 hace referencia al gobierno del hombre del versículo 21, mientras que «verano» es, por supuesto, el gobierno de los Primigenios. Santiago usa la analogía para exhortar a sus lectores a que tengan paciencia, mientras que Alhazred la usa

para explicar por qué los Primigenios pueden permitirse ser pacientes, pero la idea es la misma.

Es importante no obviar rápidamente la palabra «pronto» del versículo 21. Con esta única palabra, descubrimos que Abdul Alhazred, como muchos otros profetas, ha violentado a sus seguidores poniendo fecha al final. Como los primeros cristianos que tuvieron que hacer frente al «retraso de la Parusía», los lectores creyentes del Necronomicón con el tiempo tuvieron que inventar alguna excusa «cuando la profecía no se cumplió». Sin embargo, en el lado positivo, debería advertirse que la presencia de esta predicción incumplida en el texto añade peso a favor de su autenticidad; es difícil imaginar un escritor posterior añadiendo un estorbo así que no existiese previamente.

v. 24-26. Solo aparecen en la versión variante del pasaje, y es casi seguro que no son auténticos.

Fragmento 4

Texto: (v.1)En verdad, poco sabemos de los otros universos que hay más allá de la Puerta que guarda Yog-Sothoth. (v.2)Nadie puede contar nada de Aquellos que atraviesan la Puerta y terminan viviendo en nuestro mundo, (v.3)aunque Ibn Schacabao habla de los Seres que salen arrastrándose del Abismo de S’glhuo, a los que se puede reconocer por el ruido que hacen. (v.4)En aquel Abismo las palabras son ruidos, y la materia tal y como la conocemos no es mas que un olor para ellos; (v.5)y las notas de nuestras flautas en este mundo pueden crear belleza o engendrar abominaciones en S’glhuo. (v.6)Y es que las barreras entre los mundos menguan, y cuando percibamos un sonido sin origen tal vez estemos mirando a los moradores de S’glhuo. (v.7)Pueden hacer poco daño a los habitantes de la Tierra, y solo temen a la forma que un sonido determinado puede crear en Su Universo[99].

Versión: Se desconoce la versión y la edición de la que se extrae esta cita.

Comentario:

v.1. La referencia a Yog-Sothoth y su vigilancia de una puerta entre universos da a entender que este pasaje va muy cerca del que acabamos de comentar. Se supone que el lector ya sabe quien es Yog-Sothoth y por qué cumple esta función.

Obsérvese que Alhazred admite su ignorancia acerca de otros asuntos ultraterrenos que no tienen que ver directamente con el saber de sus dioses, los Primigenios. Sin embargo, supone que hay otros universos, que por lo visto se identifican con las «esferas» cosmológicas de 3:20. Por tanto Yog-Sothoth es la puerta de paso entre todos los universos. Esto quiere decir que forma parte de la perspectiva global más amplia de Alhazred, y no especialmente de los Mitos de Cthulhu. Esto explicaría cómo es que Yog-Sothoth sabe por donde entraron los Primigenios en nuestro mundo, aun no siendo uno de ellos. Está al tanto de todas las travesías interdimensionales, ya sean de los Primigenios o de otros, como se indica en el presente texto.

v.2. Del mismo modo que los demás universos son en gran medida un misterio para nosotros, apenas puede detectarse a aquellos que llegan desde allí. Alhazred admite que la invisibilidad de los Primigenios, que procede de su origen extramundano, es una característica común a todos los viajeros interdimensionales. Aunque él, como adepto de los Primigenios, sabe cómo detectarlos, confiesa que es igual de ignorante que el resto en lo que respecta a otras entidades alienígenas.

v.3. Su único dato acerca de la otra raza alienígena que menciona, los moradores del «Abismo de S’glhuo», es que se les puede detectar mediante sonidos distintivos. (El elemento distintivo se menciona en el v.6). Obsérvese la analogía con los Primigenios, a los que a veces se les puede detectar por su olor (3:8).

En cuanto a la identidad de Ibn Schacabao, véase el Capítulo IV.

v.4. Aquí parece haber un elemento de confusión. Mientras que el versículo anterior indica que un sonido distintivo era señal de su presencia, el v.4 convierte a su presencia en nada más que sonido. El efecto parece el mismo para el observador, pero son dos conceptos diferentes. Alhazred parece regresar al concepto de la «señal» cuando comenta que, de modo similar, estos alienígenas perciben la materia terrenal como un olor.

v.5. Los sonidos musicales hechos por nosotros (no está claro si al azar o intencionadamente en forma de encantamiento) parecen ser lo más importante, ya que lo que serían meros sonidos para nosotros, al penetrar en su mundo, son por definición realidades enérgicas. Con todo, la lógica de eso es similar a la creencia de que los «ritos aullados en sus correspondientes Estaciones».

(3:10) pueden penetrar en las dimensiones y permitir que los Primigenios las crucen.

v. 6-7. No se explica exactamente por qué «las barreras entre los mundos menguan» entre su universo y el nuestro. Cabe presumir que este es un acontecimiento periódico causado por consideraciones puramente cosmológicas, igual que los ritos que invocan a los Primigenios solo pueden realizarse con eficacia en ciertos momentos, «en sus correspondientes Estaciones» (3:10).

Los habitantes del Abismo de S'glhuo no plantean ninguna amenaza para la humanidad; entonces, ¿por qué se molesta Alhazred en escribir esta información? Simplemente quiere explicar por qué a veces parece que escuchamos ruidos sin origen evidente. Este es uno de los más claros ejemplos de las supersticiones y curiosidades que forman la especialidad del género del «libro de prodigios» al que pertenece el Necronomicón.

8. Acerca del Libro de Thoth

Fragmento 5

Texto: (v.1)Y aunque hay quienes se han atrevido a mirar más allá del Velo, y a aceptarlo como guía, (v.2)habrían sido más prudentes si hubieran evitado cualquier comercio con Él, porque está escrito en el Libro de Thoth cuán terrorífico es el precio por una simple mirada. (v.3)Ni tampoco vuelven siempre aquellos que atraviesan el Velo, porque en la inmensidad que trasciende a nuestro mundo hay Sombras de Tinieblas que secuestran y capturan. (v.4)El Ser que se arrastra en la noche, el Mal que desafía el

Símbolo Arcano, el Rebaño que monta guardia en el portal secreto que se sabe que tiene cada Tumba, y lo que se sustenta con Aquello que crece en sus inquilinos: (v.5)todas esas Maldades son menores y menos terribles que el que vigila el Portal: el que guiará al imprudente más allá de todos los mundos hasta el Abismo de los Devoradores Innombrables. (v.6)Porque Él es ’Umr-at-Tawil, el Más Anciano, al que el Escriba llamó El de Vida Alargada[100].

Versión: Desgraciadamente, se desconoce la edición y la traducción de la que se extrae esta cita. Sin embargo, poseemos una versión semejante del mismo texto, extraída de una recensión kúfica de una edición desconocida[101]. Las diferencias del texto, cuando sean dignas de mención, se incluirán en el comentario, ya que la versión kúfica parece representar mejor el original, conservando palabras y frases omitidas por otros copistas y/o traductores.

Comentario:

v.1. El comienzo «Y» da a entender que de nuevo tenemos un fragmento de un pasaje más largo en el original. El tema parece ser la obtención de conocimiento extramundano. «Más allá del Velo» es una terminología bastante habitual para definir una revelación según el misticismo esotérico.

(La identidad del ser mencionado se especifica en el versículo 6.)

En la recensión kúfica es «Y aunque hay quienes han cometido la temeridad de intentar mirar más allá del Velo…».

v.2. Los pocos que han buscado el conocimiento esotérico de este modo fueron imprudentes al hacerlo. (Cabe suponer que la técnica en cuestión se comentaba en el texto previo, perdido para nosotros). El precio es un peligro excesivo. ¿Qué tipo de peligro? El texto en sí mismo no proporciona pistas reales, pero la leyenda del Patriarca Atal y su compañero Barzai el Sabio, que tal vez conociera Alhazred, puede darnos la solución.

Al parecer los dos sabios se propusieron vislumbrar a sus dioses mientras danzaban a la luz de las estrellas en lo alto de una cumbre prohibida. Aunque ambos escalaron, solo Barzai se atrevió a mirar a la cumbre. Por esta acción prometeica fue «elevado gritando hacia el

firmamento». Por lo visto, esto quiere decir que la visión le volvió loco, y que murió poco después. Atal, más reservado, sobrevivió para descender la montaña y vivir en paz.

Esto parece ser una versión algo tardía y confusa de la historia talmúdica de los «cuatro que entraron en el Paraíso», *Rabbis* Akiba, Ben Azai, Ben Zoma y Aher. Los cuatro hicieron una ascensión visionaria al salón divino del trono y cada uno encontró una suerte distinta. A Ben Azai le abrumó la visión de la gloria divina y murió. Ben Zoma se volvió loco. Aher se convirtió en hereje, y solo Akiba regresó sin sufrir daño alguno**[102]**. La versión posterior parece haber sustituido a Atal por Akiba, y haber combinado los destinos de Ben Zoma y Ben Azai. El nombre «Barzai» parecería representar una corrupción de «Ben Azai», quizá a causa de la sustitución del arameo Bar por su equivalente hebreo Ben (ambos, como el Ibn árabe, significan «hijo de»). De todos modos, la lección de ambos relatos es obvia: la visión de la realidad supramundana probablemente sea demasiado para los sentidos mortales. La locura, herejía o incluso la muerte pueden ser la consecuencia de un viaje «más allá del Velo». Por tanto, Alhazred lo desaconseja. Los Primigenios pueden atravesar el Velo desde el otro lado, pero los humanos no deberían intentarlo.

La referencia al Libro de Thoth revela el trasfondo hermético de este pasaje. La referencia a la leyenda descrita anteriormente concuerda con esto. Gershom Scholem considera que el misticismo del Merkabah («Trono») del que procede esta leyenda era la contrapartida judía del misticismo hermético. Encontraremos más pruebas para nuestra hipótesis en los versículos 5 y 6 más adelante.

Una teoría algo diferente sobre la relación entre la leyenda de Barzai y la tradición mística judía puede encontrarse en Schwarz, Robert: «Pombo y los Dioses Exteriores» en Crypt of Cthulhu nº15. (Pág. 21). Schwartz ve a Barzai como una imagen de Juda ben Barzilai, un comentarista del siglo XII del texto cabalista Sefer Yetzirah, que advirtió de los peligros relacionados con el estudio de saberes místicos. Si de verdad es éste el origen de Barzai, entonces la leyenda de Barzai no ha podido estar en la mente de Alhazred, ya que Juda ben Barzilai vivió siglos después que Alhazred.

v.3. Al parecer, aquellos que «atraviesan» el Velo han hecho algo más que limitarse a echar una «simple mirada» a ese reino. Según este versículo, su suerte está sellada por la presencia de monstruos.

La versión kúfica es: «y ninguno de los que pase regresará, porque serán atados fuertemente por aquellos que acechan en la inmensidad que trasciende a nuestro mundo».

v.4. Los tres horrores indicados aquí probablemente sean descripciones sinónimas y acumulativas de la misma cosa: gules de alguna clase. «Se arrastran» en la oscuridad, violando tumbas que han sido selladas con la protección inútil del «Símbolo Arcano». El «Símbolo Arcano», al parecer, es el sello encantado de alguna religión convencional. La referencia críptica a «lo que se sustenta con Aquello que crece en sus inquilinos» de la tumba es el tema del fragmento 8. Se reservarán para ese pasaje los comentarios adicionales.

En el comentario de 16:8-11 se incluye una interpretación del v.4 por parte de la secta reformista.

El texto kúfico es bastante diferente, y aparentemente confuso: «Los terrores de la noche, y las maldades de la creación, y aquellos que permanecen en guardia en la salida secreta que se sabe que tiene cada tumba, y que medran con lo que crece de sus inquilinos…».

v.5. Los gules son menos terribles que el guardián del Portal. ¿Por qué es así? Los gules y «el Más Anciano» (mencionado en el versículo 6) son semejantes en su papel de guardianes. Los gules «montan guardia [es decir, guardan] en el portal» de la tumba y devoran al cadáver, pero el Más Anciano se encuentra en el Portal que lleva «más allá de todos los mundos hasta el Abismo de los Devoradores Innombrables». Aquí, los «devoradores» no son otros más terribles que los gules, sino los propios gules terrestres. Esto parece ser un mero error de copista. Con la otra interpretación, se rompe el paralelismo entre los gules y el Más Anciano y no queda ningún motivo para temerlo. O tal vez los Devoradores estén asociados con «el reino más allá de este mundo», en cuyo caso el Más

Anciano les entrega al místico. El versículo, no obstante, es gramaticalmente ambiguo.

v.6. Finalmente se menciona al guardián. Es «el Más Anciano». De los dos fragmentos previos, el lector puede esperarse encontrar el nombre «Yog-Sothoth». Al fin y al cabo, aparece en los fragmentos 3 y 4 como el guardián de una puerta entre los mundos. Técnicamente, el 5:5 habla de una puerta que está «más allá de todos los mundos», no entre mundos. Más allá de esta diferencia que quizá sea meramente semántica, hay una buena razón para la ausencia de Yog-Sothoth. Hemos sugerido que la totalidad del fragmento 5 no se deriva de los Mitos de Cthulhu de Alhazred, sino del hermético Libro de Thoth. Los lectores posteriores de este pasaje no se han dado cuenta de esto, y han tratado de identificar al Más Anciano con Yog-Sothoth. («Yog-Sothoth (…) cuyos aspectos en la Tierra son ‘Umr At-Tawil y los Antiguos [15:4]»). Que ambas son entidades muy diferentes sin relación entre sí quedará manifiesto más adelante.

Según el texto (en ambas recensiones), el nombre del guardián es «’Umr At-Tawil», que se interpreta como «el Más Anciano». Sin embargo ‘Umr At-Tawil no significa eso; mas bien significa «narrador de interpretaciones alegóricas». Esto parece ser una definición del «escriba» mencionado en nuestro pasaje[103]. El contenido del textoque se conserva puede explicarse como un error del copista. Podemos suponer con seguridad que el texto de v.6 originalmente era Ya que Él es «el Más Anciano» [escrito en griego], a quien el escriba ‘Umr At-Tawil llamó «el de Vida Alargada» [el mismo título, solo que en árabe]. ‘Umr At-Tawil era el calificativo del escriba, no el nombre del Guardián de la Puerta.

«El de Vida Alargada», pues, es la traducción de «el Más Anciano». La razón para que ambas formas sobrevivieran de este modo una al lado de la otra es la siguiente: el panfleto hermético usado por Alhazred estaba escrito originalmente en griego, aunque él trabajó a partir de la traducción árabe de ‘Umr At-Tawil. Tawil había reproducido el griego de «el Más Anciano» y lo había seguido de su equivalente árabe. Alhazred decidió incluir tanto el original como la traducción. Cuando Philetas tradujo a Alhazred al griego, volvió a verter la traducción árabe en griego, dejando dos versiones sinónimas del título («el Más Anciano» y «el de Vida Alargada»). El efecto

sería el mismo que si un arameo hubiese traducido Juan 1:41 del griego al arameo que hablaban originalmente los personajes de la escena. Dice: «Hemos hallado al Mesías [arameo], (que quiere decir el Cristo [griego])». Traducido de nuevo al arameo, diría «Hemos encontrado al Mesías, (que quiere decir el Mesías)».

Fragmento 6

Texto: (v.1)«… el Lugar de los Monos Ciegos donde Nefren-Ka ata las hebras de la verdad[104]».

Versión: Este fragmento se cita como procedente de una rara versión árabe.

Comentario:

v.1. Normalmente se cree que este breve fragmento de una frase alude a la leyenda del «Faraón Negro». Nefren-Ka, un corruptor de la religión de Egipto. Supuestamente, Nefren-Ka era un hierofante de Nyarlathotep, mensajero de los Dioses Exteriores. Como el faraón Amenothep (Akenatón) que trató de convertir Egipto a la nueva fe de Aton el Sol, las «reformas» de Nefren-Ka fueron de corta duración. Eran muy atroces, e incluían sacrificios humanos y necrofilia. Por lo visto simbolizaba a Nyarlathotep como un mono, es decir, probablemente con forma humana y la cabeza de un mono de acuerdo con el estilo de la iconografía tradicional. De esta forma, Nyarlathotep era venerado como el «Mono Ciego de la Verdad». Por sus excesos, Nefren-Ka fue derrocado. Se dice que se refugió junto a sus adeptos en una enorme tumba subterránea.

Se supone que el Necronomicón cuenta esta historia, que el hechicero flamenco Ludvig Prinn continúa con gran detalle en De vermis mysteriis. En este libro se dice que el Faraón Negro sacrificó de algún modo a los sirvientes que le acompañaron en un pacto faustiano con Nyarlathotep. A cambio recibió conocimiento de todas las épocas futuras de Egipto, que consiguió escribir en las enormes paredes de su tumba antes de morir. El culto de Nyarlathotep le sobrevivió, descubriendo a la larga la tumba y

cubriendo las inscripciones del oráculo con un tapiz que se corría cada día para descubrir los sucesos de ese día.

No es del todo improbable que Alhazred recogiera al menos parte de esta leyenda. Sin embargo, la redacción de la única frase que se conserva acerca de Nefren-Ka plantea preguntas fascinantes. Vamos a mantener que la historia relatada por Prinn es una versión posterior de la leyenda, que apareció en el Necronomicón de manera bastante diferente. Como el fragmento precedente acerca del «Más Anciano», el pasaje presente depende de un texto hermético. Incluso en la breve frase que tenemos, hay claros indicios de que la versión de Alhazred no coincide con la Prinn, y que su origen es hermético.

En primer lugar, ¿quién era Nefren-Ka? La leyenda posterior parece haberse apoyado en la semejanza entre su nombre y el de la reina egipcia Nefertiti, una combinación de los nombres divinos «Nef» y «Thoth». Ya se ha hablado brevemente acerca de Thoth con referencia a los panfletos herméticos. Nef era el creador, el «espíritu de dios» que se cernía sobre las aguas primordiales. Era habitual que los regentes recibieran nombres de dioses, pero sospechamos que Nefren-Ka creía ser una divinidad. Ka era la palabra que definía el alma, o el doble espiritual, que sobrevivía a la muerte. «Nefren-Ka» significaría entonces «Alma del Espíritu de Dios», o «Doble del Espíritu de Dios», es decir, su manifestación visible en la tierra.

O, quizá, bajo la tierra. Acerca de la literatura hermética, Geo Widengren escribe, «La entrada en una oscura cámara subterránea para encontrar un libro de revelación es un tema que aparece a menudo en los relatos egipcios y helenos (…) Solo en Egipto nos encontramos con la idea de un descenso a un edificio subterráneo para adquirir la sabiduría sin par de épocas anteriores[105]». El presente fragmento del Necronomicón coincide con la leyenda de Prinn en situar a Nefren-Ka en una especie de cámara subterránea. De hecho, este es el significado de la mención del «lugar de los monos ciegos». Esta frase no tiene nada que ver con Nyarlathotep ni con ningún otro dios. En cambio, simplemente es una figura retórica para definir a un lugar subterráneo, misterioso y sin luz. Alhazred usa una expresión análoga en 8:1. La caverna no es una cripta de un sepulcro. Sencillamente es la cámara subterránea de revelación

mencionada por Widengren. Difícilmente puede ser una cripta según nuestro fragmento, ya que se dice que Nefren-Ka sigue vivo allí («ata» es presente de indicativo).

La imagen de Nefren-Ka es como la de las parcas de la mitología griega. Está «atando las hebras de la verdad», o tejiendo un tapiz que registra toda la sabiduría de la historia. Aquellos que encuentren el camino hacia su morada subterránea pueden buscar las revelaciones de este tapiz. Cabe suponer que el texto hermético egipcio que usó Alhazred contenía la experiencia visionaria de alguien o era meramente una convención literaria que no conocemos. De todos modos, toda la escena fue enturbiada posteriormente de modo que la metáfora de los «monos ciegos» se tomó literalmente y se combinó con la palabra «verdad» en la expresión «hebras de verdad». El tapiz se conserva en la leyenda, pero como la cubierta de la revelación, no como su transmisor. Finalmente, la misma revelación se transforma en un pronóstico de la historia futura.

El daño de la equivocación posterior también se percibe en otras partes. Ibn Khallikan cuenta que Alhazred había visitado las criptas de la antigua Menfis. Probablemente sacara esta información de este pasaje del Necronomicón, al no darse cuenta que el «viaje subterráneo por Egipto» solo formaba parte de un documento más antiguo adaptado por Alhazred e incorporado a su libro de curiosidades.

9. Acerca de los muertos

Fragmento 7

Texto: (v.1)Muchos y multiformes son los turbios horrores de la Tierra, que infestan sus sendas desde el interior. (v.2)Duermen bajo la piedra que no está movida, se alzan con el árbol desde su raíz, se mueven bajo el mar y en lugares subterráneos, moran en los abismos más profundos, (v.3)a veces emergen del sepulcro cerrado de altivo bronce y la tumba que está sellada con barro. (v.4)Hay algunos conocidos desde mucho tiempo ha por el

hombre, y otros todavía desconocidos que viven los últimos días terribles previos a su revelación.

(v.5)Por suerte, aquellos que son los más horribles y odiosos aún no se han mostrado. (v.6)Pero entre aquellos que se han revelado y hecho manifiesta su presencia auténtica, hay uno al que no se puede mencionar por su gran fetidez.

(v.7)Es esa semilla que el morador oculto en las criptas ha engendrado entre la mortalidad[106].

Versión: Desconocida, aunque posiblemente sea la de Wormius en latín, a la luz del fragmento 8.

Comentario:

Con los versículos 1-5, parece que tenemos el comienzo de un nuevo apartado, ese conjunto de material que llevó a Philetas a dar a la obra su título griego de Necronomicón, o «libro de los muertos». Todos los pasajes siguientes aluden a cuestiones de necrofagia y nigromancia. De manera interesante, queda claro que al propio Alhazred le dan asco las curiosidades y prácticas que presenta al lector.

v.1. Los «horrores» parecen, por el contexto, ser monstruos «turbios» para nosotros, es decir, que no los percibimos ni entendemos del todo bien. Hay muchos de ellos, y son de diversas variedades. Siempre han vivido de modo malsano («infestando las sendas» de la Tierra). Las «sendas» son los muchos canales y huecos del planeta. Aparecen enumerados en el siguiente versículo. (Además, véase el comentario de 8:6).

v.2. Como sabandijas y alimañas repugnantes, se ocultan bajo las piedras. Como una enfermedad que pudre las raíces, se filtran en los árboles junto al sano nutrimento del suelo. Algunos son monstruos marinos que merodean por las oscuras profundidades; otros hibernan en guaridas por debajo de la superficie de la tierra. Con todo, están escondidos en los «abismos», o lugares secretos.

v.3. «A veces» probablemente sea un error de traducción. El contexto parece exigir «a veces», pero lo más probable es que la expresión fuera «en buena hora» o «pronto». De todos modos, estos «horrores» particulares emergen de las tumbas de los ricos y de los pobres. Se dice de las tumbas

tanto de ricos como de humildes que han sido aseguradas («cerrado» y «sellada») aunque en vano, ya que los monstruos han aparecido allí. ¿Cómo? Quizá por medio del «portal secreto que se sabe que tiene cada tumba» (5:4). Estos horrores pudieran ser gules, aunque en el versículo 7 se plantea otra posibilidad.

v.4. Algunos de los muchos monstruos ya son familiares, como los del versículo anterior. De otros, la humanidad aún no sabe nada. Obviamente, Alhazred no les desconoce ya que si no, no habría escrito sobre ellos. La referencia a los «últimos días terribles previos a su revelación» suena apocalíptica. Podemos preguntarnos si el autor no está haciendo una referencia de soslayo a lo que la mayoría de la humanidad considera (o consideraría si estuviera al tanto) el horror definitivo: la venida de los Primigenios. El tono de conspiración recuerda al incitador fragmento 3, que trata del regreso de los dioses de Alhazred.

v.5. La idea es la misma que la del v.4. Los peores horrores quizá («por suerte») se muestren en el futuro.

v.6. Aquí, Alhazred comienza su consideración de varias monstruosidades específicas, cuyo prefacio son los primeros cinco versículos. De aquellos terrores que ya han revelado su presencia antes del ataque final, hay uno en particular del que se muestra reacio a hablar con detalle.

Casualmente, el patrón de esa idea resulta familiar. Aunque no se hace referencia a los Primigenios, nos recuerda a 3:17 «Los conocerás por su fetidez». Comparad 3:17 con 7:6 «hay uno al que no se puede mencionar por su gran fetidez». Aunque ambas afirmaciones no tienen el mismo contexto, ambos versos comparten la noción de que no se puede conocer a una entidad alienígena, salvo por el simple hecho de su «fetidez».

v.7. Algunos han interpretado que la «semilla del morador oculto en las criptas» es el fruto de la unión blasfema entre los gules y los muertos. Esto es posible suponerlo mediante una lectura aislada de este texto. Pero si se piensa en los gules, debemos buscar en el pasaje alguna explicación para su presencia en una tumba sellada. Antes hemos aventurado una hipótesis, pero el problema puede evitarse si restauramos todo el contenido del pasaje. Sugerimos que el fragmento 7 iba continuado por el fragmento 8, que arroja

nueva luz sobre los versículos precedentes. El fragmento 8 cuenta cómo las almas incorpóreas de los hechiceros permanecen en la tumba, creando un nuevo cuerpo anfitrión a partir de los gusanos que devoran al antiguo. Dicha alma incorpórea es el «morador oculto en la cripta» del fragmento 7. Penetró en ella en secreto junto al cadáver. Su «semilla» es el nuevo gusano humanoide que resulta del terrible proceso, que deja la tumba para atormentar a la humanidad («mortalidad»).

Fragmento 8

Texto: (v.1)Las cavernas más profundas no son para los ojos que ven, porque sus maravillas son extrañas y terroríficas. (v.2)Malditas están las tierras donde viven de nuevo y con extraños cuerpos los pensamientos muertos, y malvada es la mente que no está encerrada en ninguna cabeza.

(v.3)Sabiamente dijo Ibn Schacabao que alegre está la tumba que no alberga a un hechicero, y alegre está de noche la aldea cuyos hechiceros son solo cenizas. (v.4). Se rumorea desde antaño que el alma de los comprados por el diablo no abandona su cuerpo carnal sino que engorda e instruye al mismo gusano que lo roe, haciendo que de esta corrupción brote una nueva vida horrible y (v.5)que los torpes carroñeros prosperen astutamente para viciar la tierra y se hinchen monstruosos para atormentarla. Se excavan en secreto grandes agujeros donde deberían bastar los poros de la tierra, y seres que han aprendido a caminar solo deberían arrastrarse[107].

Versión: Este pasaje procede de la versión en latín de Wormius.

Comentario:

v.1. La expresión «ojos que ven» al principio parece ser una redundancia. En realidad, es una referencia a las criaturas ciegas, por ejemplo los peces, que habitan las cuevas y grutas más profundas. Por supuesto, los ojos de dichas especies pueden haberse atrofiado con la evolución. No necesitan tener ojos funcionales porque no hay luz. Alhazred usa las criaturas como una metáfora. En aquellas profundidades hay cosas que son tan terribles de ver que la naturaleza ha bendecido piadosamente a

las criaturas que viven allí con la ceguera. (Se usa una metáfora similar en el fragmento 6.) Alhazred está a punto de describir, o al menos esbozar, estos seres terribles que le repugnan incluso a él.

v.2. En este versículo y en el siguiente Alhazred ha yuxtapuesto una serie de «desgracias», con una serie de «bendiciones», combinando su propia imprecación con las bendiciones de Ibn Schacabao. Lucas ha empleado la misma técnica en el «Sermón de la Montaña», cogiendo la lista de bienaventuranzas de la fuente previa que comparte con el Evangelio según San Mateo, y añadiendo un conjunto equivalente de «imprecaciones» de factura propia (Lucas 6:20-26, Mateo 5:3-12).

Las dos imprecaciones son similares y quizá hayan formado en origen un epigrama poético independiente. Los «pensamientos muertos» (es decir, los pensamientos del muerto) proceden de una mente incorpórea (una que no «está encerrada en ninguna cabeza»). En los versículos 4 y 5 se explica cómo se «encarnan» «de nuevo y de modo extraño» estos pensamientos.

v.3. Se vuelve a citar (consúltese 4:3) a Ibn Schacabao (véase el Capítulo V). «Alegre» (o «bienventurada») está la tumba que alberga los restos de cualquiera que no sea un hechicero. Lo mismo sucede con los aldeanos que han sido lo bastante inteligentes como para incinerar los restos de sus hechiceros (¡o quizá no hayan esperado a que murieran para quemarlos!). En los dos casos, se indica que no se debe enterrar el cuerpo de un hechicero. La razón se incluye a continuación.

Adviértase, por cierto, que el daño esperado por parte del hechicero tendría lugar «de noche», como en las leyendas vampíricas.

v.4. Este verso proporciona más evidencias de que el Necronomicón no es un grimorio, y Alhazred parece despreciar los pactos con el diablo. Describe a los hechiceros como «comprados por el diablo» y no parece aprobarlo.

De todos modos, se cree que el alma de un hechicero muerto acecha la tumba. «Engorda e instruye» a los gusanos que acuden a consumir el cadáver. Es decir, otorga nueva sustancia e inteligencia a las criaturas carroñeras. Así es como los «pensamientos muertos» llegan a vivir «de nuevo y con extraños cuerpos»; la mente del hechicero posee y transforma la carne del gusano, consiguiendo un nuevo cuerpo anfitrión. El resultado es

una resurrección repugnante: «de esta corrupción brota una nueva vida horrible». La frase recuerda de manera retorcida al legendario fénix, renaciendo de sus propias cenizas.

v.5. Los gusanos, normalmente «torpes», se vuelven así lo bastante inteligentes para «viciar» la tierra de la que solían nutrirse. Su forma corporal se «hincha monstruosa» en una parodia humana, con la que atormentan a la tierra.

v.6. Estos seres «vician» y «atormentan» la tierra cavando grandes túneles en la materia de la tierra, en vez de deslizarse por sus poros naturales como solían hacer cuando eran pequeños gusanos. En su nueva forma humanoide, las criaturas poseídas por el hechicero necesitan pasajes cavernosos por los que caminar. Probablemente, esto también se mencione en 7:1, con la frase «que infestan sus sendas desde el interior».

El fenómeno aquí descrito seguramente sea el que Alhazred alude en 5:4 como «Aquello que crece en sus inquilinos [de la tumba]». Juntos, los fragmentos 5 y 8 darían a entender que los hechiceros horriblemente resucitados aún tienen que afrontar un peligro: la amenaza de los gules que esperan a devorarlos en su nueva encarnación.

Fragmento 9

Texto: (v.1)Es un hecho verdadero y fehaciente, aunque sabido por pocos, que la voluntad de un hechicero muerto tiene poder sobre su cuerpo y puede alzarlo de la tumba para ejecutar después cualquier acción que quedara sin realizar en vida. (v.2)Y dichas resurrecciones siempre son para obrar acciones malévolas y para el detrimento de otros. (v.3)El cadáver puede ser animado con mayor facilidad si todos sus miembros permanecen intactos; (v.4) sin embargo hay casos en los que la voluntad sobresaliente del hechicero ha alzado de la muerte a los miembros separados de un cuerpo cortado en muchos fragmentos, (v.5)y ha hecho que sirvieran a sus propósitos, por separado o en una reunión temporal. (v.6)Pero, en todos los casos, en cuanto se ha finalizado la acción, el cuerpo vuelve a su anterior estado**[108]**.

Versión: Este pasaje procede del original árabe, y no aparece en la versión en latín de Wormius. Cabe presumir que Philetas lo incluyera pero Wormius lo omitiera por accidente. Véase más adelante.

Comentario:

v.1. Obsérvese de nuevo el tono de enterado que se digna a revelar sus secretos a una mayor audiencia. Esto es típico del «libro de prodigios». Además, el comienzo es una «fórmula de atestación» clásica, que se repite en 10:1.

Este versículo comienza la descripción de otra versión de la «resurrección del hechicero», familiar de los pasajes precedentes (fragmentos 7 y 8). Según la presente versión, la mente del hechicero fallecido también sobrevive a la muerte del cuerpo, pero antes de abandonar su cadáver en busca de un cuerpo nuevo, lo reanima para utilizarlo temporalmente. El objetivo no es continuar indefinidamente su vida, sino «atar los cabos sueltos» de sus asuntos, interrumpidos por la muerte. En cuanto cumple su misión, el hechicero (al parecer) se resigna a morir.

La idea es muy similar a la del fantasma que quiere zanjar los asuntos pendientes, por ejemplo, conseguir un entierro apropiado.

v.2. Dichas resurrecciones nunca tienen un fin saludable. Por ejemplo, no debemos imaginar al hechicero enviando a su cuerpo para rectificar algún error en la distribución de sus bienes. No, el propósito siempre es malicioso. Recuerda a las leyendas vampíricas en las que el muerto regresado se alimenta de los inocentes. Probablemente, este pasaje solo se refiera a la venganza sobre el responsable de la muerte del hechicero.

v.3. La resurrección puede realizarse con menos dificultad si el cuerpo está más o menos intacto.

v.4. Incluso si el asesino del hechicero ha intentado evitar su venganza despedazando el cadáver, puede no estar a salvo. Si la voluntad de un hechicero es extraordinariamente fuerte, incluso los miembros despedazados pueden ejecutar la venganza.

Adviértase la terminología de un recopilador de curiosidades: «hay casos en los que…».

v.5. El hechicero puede reanimar sus miembros individualmente o reuniéndolos.

v.6. De todos modos, la resurrección es temporal. El objetivo, de nuevo, no era la reanudación de la vida.

¿No contradice el concepto de la «resurrección del hechicero» de este pasaje a los incluidos en los fragmentos 7 y 8? Así es, pero los recopiladores como Alhazred rara vez se preocupaban demasiado por mantener una coherencia absoluta. Solo le preocupa catalogar y relatar las supersticiones curiosas que ha reunido de distintas fuentes.

Por cierto, se dice que el texto también proporcionaba una complicada fórmula para exorcizar a dichos visitantes espectrales**[109]**. Hacían falta ciertas especias árabes raras y listas con más de un centenar de nombres de gules y demonios, para «arrojar a los demonios con el poder de Belcebú». Uno se pregunta cuántos de estos nombres podría pronunciar el aterrorizado lector antes de que le atacara el cadáver reanimado.

Fragmento 10

Texto: (v.1)Es un hecho verdadero y fehaciente que entre ciertas personas emparentadas existe un vínculo más poderoso que el más fuerte de los lazos de la carne y la familia, (v.2)mediante el cual dicha persona puede estar enterada de todas las desgracias y placeres del otro, sí, e incluso experimentar los dolores y pasiones de alguien que esté lejos: (v.3)más aún, hay algunos cuyo talento en tales asuntos está ayudado por saberes o tratos prohibidos mediante magia negra con espíritus y seres de las esferas exteriores. (v.4)He buscado a estos últimos, tanto hombres como mujeres, y tras investigarlos en todos los casos les he encontrado usuarios de la adivinación, observadores de los tiempos, encantadores, brujas, aojadores o nigromantes. [(v.5)Todos afirmaban obrar sus prodigios mediante su trato con espíritus muertos y fallecidos, (v.6)pero temo que a menudo esos espíritus fueran ángeles malvados, mensajeros del oscuro y maldades aún más antiguas.] (v.7)De hecho, entre ellos había algunos cuyos poderes eran prodigiosos, que podían habitar el cuerpo de otro incluso a una gran

distancia y contra su voluntad y a menudo sin que lo supiera el sufridor de dicho ultraje. (v.8)Sí, e incluso he averiguado como uno puede, si es experto y sus espíritus familiares son lo bastante poderosos, controlar las andanzas o migraciones de su Esencia hacia toda clase de seres y criaturas… (v.9)incluso desde más allá de la Tumba de Hierba o la puerta del Sepulcro de Piedra[110].

Versión: Desconocida, pero traducida al latín por Joachim Feery.

Comentario: Alhazred repite la fórmula de atestación con la que comienza el pasaje previo. Como veremos, este apartado sigue a los 7, 8 y 9 con el mismo tema, los poderes de un hechicero después de la muerte. Comienza describiendo lo que podríamos denominar un enlace telepático entre ciertos individuos. Este presunto fenómeno es muy difícil de comprobar, pero cuando sucede, suele darse en parejas de gemelos. De manera sorprendente, Alhazred parece descartar los «lazos de la carne y la familia», a menos que quiera decir que las lealtades naturales de la familia, incluso las fuertes (en aquellos días eran frecuentes las disputas sangrientas entre familias), palidecen en comparación con dicha telepatía.

v.3. Algunos de los que cuentan con ese don han aumentado sus capacidades psíquicas mediante estudios ocultistas y contactos espiritistas con seres extraños. Son descritos como habitantes de las «esferas exteriores», una terminología propia de la cosmología de Alhazred (véase 3:20).

v.4. Alhazred se ha esforzado en aprender los secretos de este último grupo. «En todos los casos» (de nuevo, el lenguaje propio del recopilador de curiosidades), estos individuos resultaron ser practicantes de las artes negras. ¿Acaso no sabía ya que habían solicitado ayuda al más allá? Quizá quiera decir que se confirmaron sus sospechas de que nadie que se implica en la magia puede evitar quedar enredado completamente en ella.

v. 5-6. Estos versículos se conservan íntegros en las Primeras notas sobre el Necronomicón de Joachim Feery, y parecen ser una interpolación suya. La mención de los «ángeles malvados» y el diablo probablemente representen más las creencias religiosas de Feery que las de Alhazred. Feery es famoso por reescribir textos citados, y parece que aquí tenemos un

ejemplo de ello. Sin embargo, puede que Feery solo pretendiera hacer una observación parentética: Alhazred aceptaba las pretensiones de los ocultistas, pero Feery no. Si este es el caso, la omisión de una puntuación adecuada por parte de Feery hace que dé la impresión de que Alhazred ponía en duda las afirmaciones de sus informadores.

v.7. Algunos de los adivinos-ocultistas no solo podían compartir percepciones con otros, sino también poseerlos, reemplazando los sentidos de los anfitriones con los suyos propios. Incluso podían hacerlo sin que lo supiese la víctima. Cabe suponer que la víctima, al volver en sí, creería haber sufrido una pérdida de memoria e ignoraría lo que había sucedido. Evidentemente, el fin de dicha operación sería vil; por ejemplo, emplear el cuerpo de otro para cometer algún crimen.

v.8. Ahora hemos ido más allá de la telepatía hasta la proyección astral, o la migración de almas. Alhazred cuenta que, con la suficiente experiencia y ayuda sobrenatural, se pueden ocupar incluso mentes y cuerpos diferentes a los humanos.

v.9. Dicha proyección astral es otro medio por el cual un hechicero puede seguir actuando después de la muerte. Ni una tumba cavada en la tierra ni un mausoleo pueden retener al hechicero que, en vida, hubiese dominado la migración de almas y la posesión psíquica.

Con este pasaje, hemos alcanzado el final de los textos de Alhazred acerca de los poderes de los hechiceros más allá de la tumba. Ha perfilado cómo un hechicero muerto puede volver en un cuerpo híbrido de carne de gusano, cómo puede ordenar a sus restos mortales que ejecuten una misión breve de venganza, y finalmente cómo puede enviar su alma incorpórea para hacer su voluntad en el cuerpo de otro.

Como detalle incidental, este pasaje es de interés por la luz que arroja sobre Joachim Feery. Hemos comentado la célebre práctica de Feery de aumentar y reescribir libremente textos antiguos. Decía haber recibido de sus sueños la inspiración para hacerlo. El fragmento 10 del Necronomicón describe lo que Feery creía que estaba haciendo: ¡servir de anfitrión para la mente de Alhazred y otros! Desde su punto de vista, era el médium con el que los antiguos escritores revisaban y actualizaban su obra. Otros excéntricos de nuestros días han compartido la misma clase de ilusión,

incluyendo a varios contactados de los ovnis y profetas callejeros a través de los que, según dicen, Jesucristo ha reescrito el evangelio de la era espacial.

Tercera parte
La obra apócrifa

10. La caída de Cthulhu

Fragmento 11

Texto: (v.1)Y entonces se hizo lo que se había prometido antes, y Aquellos a los que había desafiado lo tomaron, y lo arrojaron a las profundidades marinas, (v.2)y lo encerraron en la torre cubierta de percebes que se alza en medio de la gran ruina que es la ciudad sumergida (R'lyeh), y se le enclaustró en su interior con el Símbolo Arcano; (v.3)y, enfureciéndose contra Aquellos que lo habían aprisionado, atrajo de nuevo su ira, (v.4)y, cayendo sobre él por segunda vez, lo dejaron como muerto, aunque soñando, bajo las aguas, (v.5)y regresaron al lugar del que habían venido, que se llama Glyu-Vho, que se encuentra entre las estrellas, (v.6)y vigilan la Tierra desde la estación en la que las hojas caen a la estación en la que se recogen las siembras. (v.7)Y él yace soñando eternamente, en su casa de R'lyeh, (v.8)adonde se dirigieron nadando aquellos que lo servían, superando todos los obstáculos, y se dispusieron a esperar su despertar, porque no podían hacer nada contra el Símbolo Arcano y temían su gran poder; (v.9)pero sabían que el Ciclo volvía, y que quedará libre para apoderarse de la Tierra de nuevo y convertirla en su reino, desafiando una vez más a los Dioses.

(v.10)Y a Sus Hermanos les sucedió algo similar, y también fueron vencidos por los que habían desafiado y fueron arrojados al destierro; (v.11)Aquel Cuyo Nombre No Debe Ser Pronunciado fue arrojado al vacío exterior que está más allá de las estrellas, (v.12)y sucedió lo mismo con los

demás, hasta que la Tierra quedó libre de ellos, (v.13)y Aquellos que habían llegado adoptando la forma de Torres de Fuego regresaron de donde habían venido, y no se les volvió a ver en este mundo, (v.14)y en toda la Tierra se hizo la paz, y perduró mientras los servidores de los Primigenios se reunían y buscaban el modo de liberar a los Primigenios, (v.15)y esperaron mientras los hombres buscaban en los lugares secretos y prohibidos para abrir la puerta[111].

Versión: Este fragmento procede de una recopilación de traducciones de capítulos al azar, de diferentes versiones y ediciones que no se pueden especificar.

Comentario:

v.1. «Él» como resulta evidente por el contexto, es Cthulhu. Los versículos 18 de este fragmento parecen haber constituido una unidad independiente de la tradición, una narración de la «Caída de Cthulhu», elaborada a partir del pasaje ambiguo de 3:14-15. Falta el comienzo de la narración, ya que el versículo 1 comienza en medio de la acción («Y entonces se hizo…»). Por alguna acción que no se especifica, quizá descrita en el texto precedente que falta, es encarcelado en una torre bajo el mar.

Se dice que todo ha sido profetizado previamente. Un resumen de la épica de los Dioses y los Primigenios que se conserva en otro lugar[112] menciona al Profeta Kish de Sarnath, que puede ser el implicado. Recuerda a cómo Mahoma menciona a menudo en el Corán a profetas previos al islamismo, nombrándoles precursores del Islam. Del mismo modo, el escritor de este texto ha presentado la figura legendaria de Kish como defensor de los Dioses contra los Primigenios, un argumento que surgió mucho después de Alhazred.

«El Profeta Kish» tal vez se identifique históricamente con el rey Saúl de Israel. A este se le conocía por ser profeta e hijo de Kish (Quis): «¿Qué le ha pasado al hijo de Quis? ¡Saúl entre los profetas!» (I Samuel 10:11). El «Profeta, hijo de Kish» se ha convertido en el «Profeta Kish de Sarnath».

v.2. Por lo visto, «R’lyeh» es una nota al margen, incorporada al texto. El sello de los Primigenios (3:14) ha sido identificado con el «Símbolo Arcano» de 5:4.

v.3. No queda claro cómo Cthulhu, que está atrapado en una torre submarina, puede haber «atraído de nuevo su ira». Parece como si este versículo fuera una especie de parche que pretendiera armonizar dos versiones independientes (y divergentes) del castigo de Cthulhu: que fue encarcelado (v.2.) y que se le hizo dormir (v.4.).

v.4. La frase «por segunda vez» ha sido añadida para favorecer la armonización (véase el comentario del versículo 3).

v.5. Aquí se habla de los Dioses.

El origen posterior de nuestro texto es evidente por la confusión de la cosmología de Alhazred. Según 3:3, los Primigenios (=los «Dioses» aquí; véase el Capítulo V) existen más allá del espacio dimensionado. Aquí solo se les ubica lejos, en el espacio. Del mismo modo, «Glyu-Vho» parece una corrupción de «S'glhuo» (4:3), que en principio no tenía nada que ver con los Primigenios.

v.6. La estrella es visible desde la perspectiva del escrito durante otoño e invierno. Puede ser una glosa explicativa, ya que interrumpe el flujo de la narración.

v.7. Este versículo, la conclusión del texto original de la «caída de Cthulhu», da a entender que a Cthulhu se le ha dormido «eternamente». Por tanto, esta parte de la tradición es posterior a que la facción reformista hubiese rechazado a Cthulhu como un demonio rebelde, pero antes de que se esperase su regreso temporal. Se ha insertado aquí en un contexto posterior.

v. 8-9. Se ha actualizado la teología del versículo 7, para que Cthulhu esté atendido por una hueste de demonios que esperan su liberación. La idea es semejante a la del Apocalipsis (20:2-3): «Tomó al dragón, la serpiente antigua, que es el diablo, Satanás, y lo encadenó por mil años. Lo arrojó al abismo y cerró, y encima de él puso un sello para que no extraviase más a las naciones hasta terminados los mil años, después de los cuales será soltado por poco tiempo».

Obsérvese también una semejanza zoroástrica del cuarto libro del Bundahishn: «Se dice en la Religión que cuando el Espíritu Destructivo

[Ahriman] vio que los demonios y él carecían de poder (…) quedó aletargado. Durmió durante tres mil años. Y cuando así languidecía, los demonios con cabezas monstruosas gritaban uno a uno (diciendo), “Álzate, Oh padre nuestro, para presentar batalla en el mundo material y que Ohrmazd y los Amahraspands puedan sufrir apuros y desgracias[113]”». Esta imagen ha reaparecido llamativamente en la mitología de la secta reformista: Cthulhu, vencido, «espera soñando» mientras sus servidores intentan despertarlo en vano antes de la fecha señalada para combatir contra los Dioses.

v.10-12. Esta historia del castigo de Cthulthu ha sido aplicada al resto de «sus hermanos».

v.13. Los Dioses son descritos como «Torres de Fuego», una imagen tomada de Éxodo 13:21.

v.14-15. La referencia es a los adoradores de Cthulhu. La facción reformista interpreta que su adoración es un mero intento de invocar demonios.

Fragmento 12

Texto: (v.1)¡Eterno es el Poder del Mal, e infinito en su contagio!; (v.2)el gran Cthulhu aún tiene influencia sobre las mentes y los espíritus de los hombres, (v.3)aunque yazga encadenado y hechizado, atado con los grilletes del Símbolo Arcano, (v.4)Su Mente abominable y maligna propaga las semillas oscuras de la locura y de la Corrupciónen los sueños y pesadillas de los durmientes[114]…

Versión: De la traducción al inglés de John Dee.

Comentario:

v.1. El poder del mal no mengua, y no hay límite para su influencia corruptora («contagio»).

v.2. El «mal» específico del que se habla es Cthulhu, que aún controla las mentes humanas. Por tanto, este pasaje es obra de la facción reformista posterior. Alhazred no consideraba malvado a Cthulhu.

v.3. El escritor hace referencia a 3:14-15. Al «sello», del que allí se dice que está labrado en los edificios sumergidos, se le identifica con el «Símbolo Arcano» de 5:4. No obstante, al principio, en 5:4 se le consideraba un talismán prácticamente ineficaz de alguna religión convencional.

v.4. De manera interesante, nuestro autor ha atribuido a Cthulhu el poder de la proyección telepática comentado por Alhazred al tratar a los hechiceros muertos en 10:8-9.

Fragmento 13

Texto: (v.1)Está escrito acerca de los Primigenios que ellos esperan en la Puerta, (v.2)y que la Puerta está en todos sitios en todo momento, porque Ellos no saben nada del tiempo o del espacio sino que están en todos los lugares yen todos los momentos a la vez, sin parecer que lo estén, [(v.3) y hay algunos entre Ellos que pueden asumir toda clase de formas y rasgos diferentes, y cualquier rostro], (v.4)y sus Puertas están por todas partes; pero la primera fue aquella Puerta que yo hice que se abriera en Irem, la Ciudad de los Pilares, la ciudad bajo las arenas, (v.5)pero en cualquier lugar que los hombres alcen las piedras y pronuncien tres veces las letanías prohibidas, harán que se establezca una Puerta y servirán a Aquellos Que Vienen A Través de la Puerta, (v.6)como los dholes, y los abominables migo, y el pueblo tcho-tcho, y los profundos, y los gugs, y los ángeles descarnados, y los shoggoth, los voormis, y los shantaks que vigilan Kadath en el Yermo Helado y la Meseta de Leng. (v.7)Todos son Hijos de los Dioses.

(v.8)Pero la Gran Raza de Yith y los Primigenios no lograron ponerse de acuerdo, ni entre sí ni con los Dioses, (v.9)lo que hizo que los Primigenios tomaran posesión de la Tierra (v.10)mientras que la Gran Raza, regresando desde Yith, ocupará su morada en el futuro de la Tierra aún desconocido para aquellos que pueblan hoy la Tierra; (v.11)y allí esperan hasta que vengan de nuevo los Vientos y las Voces que los expulsaron antes: (v.12)y a

Aquel que camina eternamente sobre los vientos sobre la Tierra y en los intersticios que hay entre las estrellas[115].

Versión: Este fragmento está extraído de una recopilación de traducciones de diversos capítulos, procedentes de diferentes ediciones y versiones, que no pueden especificarse.

Comentario:

El análisis de este fragmento es especialmente complicado. No parece ser un resumen condensado de algún original, sino un revoltijo desconcertante de tres partes sin relación alguna.

v.1-2, 4-6. Esta parte era un homenaje a Alhazred (puesto en boca suya) por ser el primer mortal en abrir el camino para el regreso de los Primigenios. Es relativamente tardío, como puede verse por el adorno legendario del viaje de Alhazred a Irem. Su biógrafo del siglo XII, Ibn Khallikan, indicaba que una de las pruebas de su locura era que Alhazred afirmaba haber visitado la derruida «Ciudad de los Pilares», cuya antigua destrucción se narraba en el Corán:

> ¿Acaso no has visto lo que hizo el Señor con los Ad,
> en la Irem adornada con pilares
> sin igual entre los que se han erigido en estas tierras?
> (89:5-7).

Nada se dice o se da a entender sobre los ritos supuestamente realizados por Alhazred en aquella ocasión, y no se menciona que fuera un acontecimiento tan importante como se da a entender en este fragmento. Como es bastante diferente a la versión más sencilla conocida por Ibn Khallikan, el pasaje debía haberse escrito después del siglo XII.

Se hace prometer a Alhazred que los lectores que realicen los ritos adecuados estarán ayudando a los Primigenios en su regreso. En este respecto, se usa una frase apocalíptica clásica: «Aquellos que Vienen». Recuerda al apelativo dedicado por Juan el Bautista al Mesías esperado «El Que Viene», además del calificativo chiíta para el Mahdi, «Aquel Que Se Alzará».

V3, 5-7. Estos versículos, intercalados torpemente en el contexto, son obra de la secta reformista, los partidarios de los Dioses. Es una especie de «bestiario», que enumera una gran cantidad de criaturas legendarias, probablemente del folclore local. «Kadath» aparece en 3:13 y «Leng» se menciona en 17:3. Kadath quizá sea la Cades bíblica en el desierto del Sinaí, mientras que Leng es un nombre alternativo del Tíbet. La Meseta de Leng fue mencionada por Alhazred en relación a un talismán con forma de esfinge usado por un culto necrófago. El pasaje se ha perdido.

En el texto original, se decía que todas estas criaturas eran creaciones de los Dioses, como para incorporar folclore al panteón oficial. Mediante su inclusión en estas líneas, se les está desviando a las filas de los Primigenios.

v.8-12. Estos versículos forman otra unidad de distinto origen. La traducción es muy mala, confundiendo tiempos verbales y provocando bastantes incoherencias. En general, el fragmento se limita a explicar el mito de la «Caída de los Primigenios».

El texto entre corchetes parece un añadido posterior. El copista no comprendió el término «Yith», e interpretó que «la Gran Raza de Yith» era un tercer grupo distinto al de los «Primigenios». De hecho, «Yith» parece ser una abreviatura de «Y[og-Sotho]th». Este es un caso de lo que el crítico del Antiguo Testamento D. R. Ap-Thomas llama una «abreviatura no resuelta». Al parecer, los antiguos escribas a veces abreviaban plurales y nombres propios, suponiendo que los escribas posteriores, al hacer copias nuevas del texto, entenderían la abreviatura. Si los siguientes escribas no comprendían las abreviaturas, se producían confusiones en el texto. A veces se resolvían dichas abreviaturas mediante conjeturas, de manera errónea[116]. Por tanto, la «Gran Raza de Yog-Sothoth» y los «Primigenios» son lo mismo. Los términos se mencionan juntos en un paralelismo poético dos veces en el pasaje.

Los Primigenios se rebelaron contra los Dioses («no lograron ponerse de acuerdo») y «tomaron posesión de la Tierra». El texto salta bruscamente al regreso temporal de los Primigenios antes de su derrota final.

El versículo 10 ha padecido especialmente durante su traducción. El sentido auténtico parece ser que la Gran Raza regresará a través de (no «desde»). «Y[ogSotho]th», al que se considera la Puerta de las esferas

(véase 3:4). Este regreso para volver a morar en la Tierra tendrá lugar en el futuro, aunque nadie sabe exactamente cuando («en el futuro (…) aún desconocido para aquellos que pueblan hoy la Tierra»). Su derrota definitiva se predice en el versículo 11, pero gran parte de la terminología es oscura.

11. Panfletos apocalípticos

Fragmento 14

Texto: (v.1)Después volverán y con su regreso el Gran Cthulhu será liberado de R'lyeh bajo el mar (v.2)y Aquel Cuyo Nombre No Debe Pronunciarse vendrá desde su ciudad que es Carcosa cerca del Lago de Hali, (v.3)y Shub-Niggurath avanzará y se multiplicará terriblemente, (v.4)y Nyarlathotep llevará la nueva a todos los Primigenios y sus servidores, (v.5)y Cthugha posará su mano sobre todos los que se le opongan y los destruirá, (v.6)y el ciego idiota, el dañino Azathoth surgirá del centro del Mundo donde todo es caos y destrucción, donde ha borboteado y blasfemado en el centro de todas las cosas, que es el infinito, (v.7)y Yog-Sothoth, que es el Todos-en-Uno y el Uno-en-Todos, traerá sus globos, (v.8)e Itaqua volverá a caminar, (v.9) y de las negras cavernas del interior de la tierra llegará Tsathoggua,

(v.10) y juntos tomarán posesión de la tierra y de los seres que viven en ella, (v.11)y se prepararán para combatir con los Dioses cuando el Señor del Gran Abismo se entere de su regreso y llegue junto a sus hermanos para dispersar al mal**[117]**.

Versión: De una edición en latín del siglo XVII, probablemente la de Olaus Wormius.

Comentario:

v.1. Aunque falta la parte inicial del texto que conservamos («Después…» da a entender algo previo), es un apocalipsis bastante

completo, o un esbozo que augura el fin de una era, como los que encontramos en Marcos 13, Mateo 24, Lucas 21 y el Libro del Apocalipsis. Los Primigenios volverán al poder. Cthulhu, como suele suceder,aparece en primer lugar.

v.2-9. Se enumeran a varios Primigenios, probablemente sus caudillos, regresando de sus lugares de exilio/refugio.

Hay una descripción casi humorística de Yog-Sothoth, que «traerá sus globos». El escritor vive en un periodo tan posterior a Alhazred que no entiende que las «esferas» de 3:20 y 10:3 se refieren a los muchos universos enlazados por Yog-Sothoth.

v.10. Los Primigenios retoman su antiguo dominio, pero por poco tiempo.

v.11. Se preparan para el Armaggedon, engañándose pensando que pueden vencer, aunque los Dioses seguramente les destruyan.

De manera interesante, se llama «el Señor del Gran Abismo» al líder de los Dioses, un epíteto muy similar a los términos que definen a Azathoth en el versículo 6. No hay motivo para creer que Alhazred se hubiese referido a Azathoth en las partes auténticas del Necronomicón como si formara parte de los Primigenios, ni como uno de sus subordinados como Cthulhu. Recordando que los «Dioses» de la secta reformista son los mismos que los «Primigenios» de Alhazred, es sorprendente que Azathoth fuera relegado junto a Cthulhu. Quizá se dé únicamente un cambio semántico, como el cambio de «Primigenios» (concedido a los «apóstatas») a «Dioses» (véase el Capítulo V). Quizá los reformistas consideraran que el nombre «Azathoth» estaba contaminado por el uso por parte de la facción «apóstata», y se le apartó para evitar confusiones. A la entidad original, regente del centro del caos cósmico, se la llamó desde entonces «Señor del Gran Abismo».

Fragmento 15

Texto: (v.1)Ubbo-Sathla, el Origen [no engendrado] del que salieron aquellos que se opusieron a los Dioses que gobiernan desde Betelgeuse, los

Primigenios que lucharon contra ellos; (v.2)y estos Primigenios fueron instruidos por Azathoth, que es el dios ciego e idiota, (v.3)y por Yog-Sothoth, que es el Todos-en-Uno y el Uno-en-Todos, y para el que no existen limitaciones en el tiempo o el espacio, (v.4)y cuyos aspectos en la Tierra son ’Umr At-Tawil y los Antiguos. (v.5)Los Primigenios sueñan eternamente con ese tiempo venidero en el que volverán a gobernar la Tierra y todo ese Universo del que forma parte; [texto perdido] (v.6)el Gran Cthulhu se alzará desde R’lyeh; (v.7)Hastur, Aquel Cuyo Nombre No Debe Ser Pronunciado, vendrá otra vez desde la estrella oscura que está cerca de Aldebarán en las Hiades; (v.8)Nyarlathotep aullará eternamente en las tinieblas en las que mora; (v.9)Shub-Niggurath, que es la Cabra Negra con un Millar de Retoños, se multiplicará sin cesar, y ejercerá su dominio sobre ninfas del bosque, sátiros, duendes, y la gente pequeña; (v.10)Lloigor, Zhar e Ithaqua recorrerán los intersticios entre las estrellas y ennoblecerán a aquellos que son sus partidarios, los tcho-tcho; (v.11)Cthugha recuperará su dominio desde Fomalhaut; (v.12)Tsathoggua vendrá desde N’kai [texto perdido]. (v.13)Esperan eternamente en las Puertas, porque el tiempo se aproxima, la hora está cerca, (v.14)mientras los Dioses duermen, soñando, sin saber que hay quien conoce los hechizos que impusieron sobre los Primigenios, y que aprenderá a romperlos, (v.15)del mismo modo que pueden ordenar a los discípulos que esperan más allá de las puertas hacia el Exterior[118].

Versión: Este fragmento está extraído de una recopilación de traducciones de diversos capítulos, procedentes de diferentes ediciones y versiones, que no pueden especificarse.

Comentario:

v.1-4. El traductor ha debido escribir inadvertidamente «no olvidado» en vez de «no engendrado» en v.1. Por consiguiente, hemos corregido el texto.

Esta sección parece ser un fragmento de una demonología, una sistematización de los distintos Primigenios, sus poderes y responsabilidades. Recuerda a la estructura jerárquica de los demonios catalogados por Wierus y otros demonólogos medievales. Obsérvese, por

cierto, el número creciente de Primigenios que se listan en los siguientes versículos.

El demonólogo tenía ante él partes del Necronomicón correspondientes a nuestros fragmentos 3 y 5. Al no comprender el contexto hermético del 5, se sintió obligado a identificar a ‘Umr At-Tawil con Yog-Sothoth. ¡De este modo el escriba ha sido doblemente deificado!

v.5-15. Estos versículos forman un apocalipsis, pareciendo otra versión del fragmento 14. Hay unas cuantas variaciones interesantes que merecen algún comentario.

v.5. Este versículo tal vez sea idéntico a la introducción perdida del fragmento 14.

v.7. ¡Se nombra a Aquel Cuyo Nombre No Debe Pronunciarse! Su identidad secreta es «Hastur». Por lo visto, alguien no pudo resistir la tentación. Lo mismo le ha sucedido a Mateo al usar su fuente, Marcos 8:27. En la versión anterior, Jesús pregunta a sus discípulos, «¿Quién dice la gente que soy?» «En la versión de Mateo, se hace responder la pregunta al propio Jesús en la frase: “¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?” (Mateo16:13)».

v.8. En esta versión, se muestra a Nyarlathotep aullando en la oscuridad. Al principio, parece como si siguiera prisionero. El contexto hace que todos los Primigenios salgan de sus guaridas como una plaga de langostas (o, como el Corán describe a los muertos saliendo de sus tumbas la Mañana de Resurrección, «como en una carrera»). Probablemente debamos entender su aullido como el equivalente de 14:4, es decir, como su manera de «llevar la nueva» al resto de los Primigenios.

v.9. A Shub-Niggurath se le atribuye el control de varias criaturas extraídas del folclore europeo. Esto da a entender que nuestro escritor es europeo.

El v.13 usa la imaginería clásica del apocalipsis. Los Primigenios «esperan en la Puerta». Véase Mateo 24:33: «Así vosotros también, cuando veáis todo esto, entended que está próximo, a las puertas»; también «¡Mirad que el juez está a las puertas!» (Santiago 5:9). Nuestro pasaje advierte que «el

tiempo se aproxima, la hora está cerca». En Marcos 1:15: «Cumplido es el tiempo, y el reino de Dios está cercano».

v.14-15. Lo que se dice aquí no es que los Dioses ignoren literalmente lo que sucede. Más bien, han «cerrado sus ojos», dando pacientemente a los Primigenios suficiente cuerda para que se ahorquen a sí mismos. Los servidores de Cthulhu tal vez crean estar haciendo progresos. Sin embargo, están bailando al compás de los Dioses, que esperan a que los Primigenios echen a volar como pichones de barro para aplastarlos.

12. Ritos de exorcismo

Fragmento 16

Texto: [(v.1)No hay maldición que no tenga cura, ni enfermedad para la que no exista remedio. (v.2)Los Dioses moran alejados de los Asuntos del hombre, (v.3)pero no nos han abandonado a la ira de Aquellos que proceden del Exterior y sus servidores abominables**[119]**].

(v.4)Armadura contra brujas y demonios, contra profundos, dholes, yuggs, voormis, tcho-tcho, mi-go abominables, shoggoths, valusianos y todos esos pueblos y seres que sirven a los Primigenios y a sus Semillas, (v.5)se encuentra en la estrella de cinco puntas esculpida en piedra gris de la antigua Mnar, que es menos fuerte contra los mismos Primigenios. (v.6)El poseedor de la piedra verá que es capaz de mandar sobre todos los seres que se arrastran, nadan, se deslizan, caminan o vuelan, pidiéndoles incluso que se dirijan al Origen de donde no se regresa.

(v.7).

> Tendrá poder
> En la tierra de Yhe y en la gran R’lyeh,
> En Y’na-nthlei y en Yoth,
> En Yuggoth y en Zothique,
> En N’Kai y en K’n-yan,

En Kadath en el Yermo Helado y en el Lago de Hali,
En Carcosa y en Ib.

(v.8)Sin embargo, del mismo modo que las estrellas se desvanecen y se enfrían, que los soles mueren y los espacios entre las estrellas crecen, también mengua el poder de todas las cosas: (v.9)de la piedra en forma de estrella de cinco puntas y de los hechizos conjurados sobre los Primigenios por los Dioses benignos; (v.10)y llega una época, como ya llegó en su momento, en la que se verá (v.11)Que no está muerto lo que yace eternamente Y con los evos extraños incluso la muerte puede morir**[120]**.

Versión: De una edición en latín del siglo XVII, posiblemente la de Olaus Wormius.

Comentario:

v.1. Esta frase poética presenta lo que es esencialmente el texto de un rito de exorcismo.

v.2. La distancia de los Dioses se expone en términos que recuerdan a la teología de Epícuro.

v.3. Como en el deísmo, se dice que los Dioses han legado al hombre lo que necesita para sobrevivir, aunque después es tarea suya valerse por sí mismo.

Nota: Los tres primeros versículos faltan en algunos manuscritos. Además, aquellas fuentes que los contienen invierten el orden de los versículos 4 y 5.

v.4. La terminología «armadura contra brujas y demonios» indica el origen medieval de este fragmento. Es obra de la secta reformista, seguidores de los Dioses.

Aquí se considera que varias criaturas de fábula y del folclore son servidores de los diabólicos Primigenios, igual que hace el redactor del fragmento 13.

v.5. El pentáculo (derivado del de Salomón) es el arma principal de este arsenal. Tiene cierto poder, aunque no mucho, contra los propios Primigenios.

v.6. Armado con el amuleto de cinco puntas, uno puede consignar a las criaturas impías al abismo sin fondo («de donde no se regresa»). Véase Lucas 8:3031, donde los demonios «rogaban a Jesús que no les mandase volver al abismo».

v.7. Este es el encantamiento. Los nombres son, evidentemente, los de los refugios de los demonios. La formula propaga el poder del amuleto por todos ellos, cortando cualquier retirada. Por tanto, el demonio no puede desobedecer la orden del exorcista de entrar en el abismo sin fondo.

Nota: En la versión de Feery, la fórmula es ligeramente diferente después del tercer renglón:

> En N'Kai y en Naa-Hk y K'n-yan,
> En Carcosa y en G'harne
> En las ciudades gemelas de Ib y Lh-yib
> En Kadath en el Yermo Helado y en el Lago de Hali[121].

Evidentemente, esta versión es posterior; la simetría original se ha interrumpido torpemente.

v.8-11. El encantamiento solo es una medida provisoria contra los secuaces de los Primigenios en el momento previo a la rebelión final de los propios Primigenios, un preparativo para su destrucción final por parte de los Dioses. Si el encanto no surtiera efecto, no todo estaría perdido. Simplemente quiere decir que el triunfo final de los Dioses está cerca. El propósito de estos versos es proporcionar una protección a prueba de fallos para la fe del aspirante a exorcista: ¡en cualquier caso va a ganar!

Esta idea del desvanecimiento progresivo del «Símbolo Arcano» de cinco puntas tal vez se derive de la exégesis reformista de 5:4. Allí se habla de cierto «Mal que desafía el Símbolo Arcano». Parece que Alhazred solo pretendía referirse a los gules contra los que no está sellada ninguna tumba. Estos intérpretes posteriores han relacionado el texto (fuera de contexto) con 3:14-15 que, tal como lo interpretan ellos, mostraba a Cthulhu prisionero con el «sello» de los Dioses. Juntos, los pasajes reinterpretados parecen sugerir que algún día Cthulhu podría «desafiar el Símbolo Arcano», es decir, el sello de los Dioses que lo tuvo sepultado tanto tiempo en R'lyeh.

El versículo 11 cita a 2:6-7, refiriéndose al despertar de Cthulhu. El doble sentido se ha olvidado (véase el comentario acerca del 2:6-7).

Fragmento 17

Texto: (v.1)Los hombres también le conocen como el Morador en la Oscuridad, ese hermano de los Primigenios llamado Nyogtha, Aquel que No Debería Existir.

(v.2)Puede ser llamado a la superficie de la Tierra a través de ciertas cavernas y fisuras secretas, (v.3)y los hechiceros lo han visto en Siria y bajo la Torre Negra de Leng; (v.4)y ha salido a veces de la gruta de Thang de Tartaria para causar estragos y llevar el terror y la destrucción entre los estandartes del Gran Khan. (v.5)Solo por medio de la Cruz Doblada, el encantamiento de Vach-Viraj, y el elixir de Tikkoun puede ser devuelto a las negras cavernas inmundas en las que mora**[122]**.

Versión: De la edición en letra gótica del siglo XV de alguna traducción en latín previa a Wormius, aunque a menudo confundida con la edición de Wormius a causa del error de Lovecraft acerca del periodo de vida de Wormius.

Comentario: A «Nyogtha» se le llama «ese hermano de los Primigenios», lo que recuerda una frase similar en 3:15 («el Gran Cthulhu es su primo»). El asunto del pasaje en general es cómo exorcizarle.

v.2. La imagen es llamativa. Nyogtha pasa el tiempo en una caverna bajo la tierra, unida con la superficie únicamente a través de una cadena fortuita de fracturas en la corteza terrestre. Interrumpe su hibernación para atender la llamada psíquica de los hechiceros, esforzándose en ascender contra la gravedad con su oscura masa a través de los lechos secos de los ríos de magma, como Lucifer trepando lentamente desde el Infierno.

v.3-4. Se indica que el origen local de la leyenda es el Tíbet o Asia Central por varias razones, como quedará claro. «Leng» (véase el comentario en 13:6) es otro nombre del Tíbet.

El que se diga que a Nyoghta se le «ve bajo una torre» da a entender que se le vio en una visión.

El pasaje demuestra no ser auténtico por su referencia a los «estandartes del Gran Khan». ¡Vivió en el siglo XIII! Este texto no puede ser anterior a esa fecha. En realidad, parece hablar del destrozo en el campamento del Khan como un suceso del pasado, luego el texto debe ser incluso posterior. La mención del Gran Khan vuelve a delatar a Asia Central como origen de las tradiciones incluidas en este texto.

v.5. La cruz doblada es el «ankh», el símbolo egipcio de la vida o el viento.

El encantamiento Vach-Viraj debe ser una formula desconocida de yoga hindú-budista llevada de la India al Tíbet por Padma Sambhava, un mago, exorcista y Buda vivo, en el 632 d. C. En el hinduismo, el Tantra suele encontrarse en contextos de Saiva (es decir, de adoración a Siva), mientras que el Tantra budista (especialmente en la secta Vajrayana del Tíbet y Shingon de Japón) forma parte de la gran escuela Mahayana. El objetivo del Tantra es superar las dualidades percibidas del Samsara y alcanzar la unidad definitivamente real y primordial del Nirvana o Dharmakaya. La mitología empleada cuenta que el universo multiforme que conocemos fue producto de una unión sexual de las mitades divididas de la Divinidad original. En el Tantrismo Saiva, la Divinidad original es Siva. Su poder creativo (shakti) está diferenciado de sí mismo al menos lógicamente en la forma de su pareja Kali (o Durga), la famosa diosa madre. La unión sexual de los dos engendra al mundo de los fenómenos. En términos budistas, es el Adi-Buddha el que se divide a sí mismo entre el elemento pasivo y mental, el garbha («vientre») y el elemento activo y material, el vajra («rayo», «inflexible», es decir, fuerza irresistible, «pene»). El vajra fecunda al garbha y engendra al mundo fenomenal.

Por varios métodos (ya sea con el «sendero de la izquierda», usando las «cinco sustancias prohibidas», o el «sendero de la derecha» de la meditación pura), el yogui trata de ir más allá del mundo de los fenómenos al mundo de los noúmenos de la Unidad primordial. Como en todo yoga, las fórmulas de concentración, o mantras, juegan un papel crucial en este punto, y el «encantamiento». Vach-Viraj debe ser uno de esos mantras. «Vach» es otro nombre para el garbha, mientras que «Viraj» es una transliteración alternativa al inglés de vajra. El encantamiento, pues, era una

fórmula de meditación que permitía al yogui ir más allá de la dualidad representada por vach y viraj hasta la Unidad original que subyace detrás de ambos[123]. Su uso como amuleto mágico es una superstición degradante.

La terminología aparece tanto en el Tantra budista como en el hindú, pero en cualquier caso, la mención del encantamiento Vach-Viraj, junto con la asunción tácita de que cualquier lector debe conocerla, supone una prueba más de que este texto se originó en el área de Tíbet/Asia Central.

La referencia al «elixir de Tikkoun», sin embargo, es chocante, ya que tikkun significa «purificación» en hebreo. No encaja en el mismo contexto cultural que los encantamientos tántricos. Debemos suponer que esta referencia ha sido añadida por nuestro interpolador anónimo, nativo de Oriente Próximo y no de Asia Central, porque estaba convencido de la potencia de este tónico de purificación, o agua bendita, y no sintió escrúpulos al añadirlo a la receta de exorcismo de la tradición original de Nyogtha. La referencia a este elixir mágico hebreo es un indicio intrigante a la hora de acotar la fecha de la interpolación. El término Tikkoun solo se difundió como término técnico en el misticismo cabalista alrededor del siglo XV d. C. Definía alternativamente al Adán Celestial, («Adam Kadmon»), llamado «Logos Manifiesto» por Blavatsky[124], o a los actos rituales de piedad prescritos por el gurú cabalista Isaak Luria aproximadamente en el 1500[125]. Sin embargo, como un «elixir de Tikkoun» no tiene una relación evidente con ninguno de estos artículos de la tradición cabalista, debemos suponer un significado más general de «elixir de purificación» o «agua bendita», lo que no nos da ninguna referencia histórica.

Finalmente, el origen de este pasaje no es difícil de explicar. Algún recopilador de leyendas y prodigios, como el propio Alhazred, incorporó la leyenda tibetana de Nyogtha el Morador de la Oscuridad, junto con su propia recomendación del elixir Tikkoun, a su copia del Necronomicón. Parecía la misma clase de material que allí había, y lo añadió para beneficio de los futuros lectores. Dicho expansionismo de los textos no era desusado, especialmente cuando el texto se trataba de una colección de rarezas y cuentos. No se trata de un engaño, del mismo modo que no se puede considerar un fraude la inclusión de nuevas palabras en el diccionario

Webster con el paso de los años. Noah Webster no las escribió, pero no se pretende que nadie piense que lo hizo.

13. Interpolaciones cristianas

Nota: Hasta ahora, este apartado ha tocado las interpolaciones hechas por la facción reformista de los discípulos de Alhazred. Los fragmentos finales, sin embargo, son obra de los lectores cristianos del Necronomicón. Conocemos a dos comentaristas cristianos del libro, y ambos fueron monjes del siglo XIII. Zacarías era nestoriano, mientras que Martín el Jardinero era católico romano. La obra del primero ha desaparecido (véase el Capítulo V), y la publicación del texto del segundo se ha retrasado interminablemente. Por tanto, aún no está disponible para su estudio. Sabemos de Martín que trató de encajar las enseñanzas del Necronomicón es las categorías de la demonología cristiana[126]. Por tanto, es muy posible que sea la fuente de estas interpolaciones. Otra posibilidad es que John Dee sea nuestro interpolador. Aunque era una especie de ocultista, escribía en un ambiente cristiano. Además, se cree que su copia del Necronomicón tenía muchas modificaciones. Algunos pasajes, de hecho, no aparecen en ninguna otra edición, y la deducción obvia es que los escribió personalmente. El fragmento 18 puede ser uno de ellos. Procede de la edición de Dee, y el copista la cita como procedente del «Necronomicón de John Dee», dando a entender que Dee no solo lo tradujo, sino que lo escribió.

Fragmento 18

Texto: (v.1)La Cruz no es un agente pasivo. (v.2)Protege a los puros de corazón, (v.3)y a menudo ha aparecido en el aire sobre nuestras ceremonias, confundiendo y dispersando a los poderes de la Oscuridad[127].

Versión: Traducción al inglés de John Dee.

Comentario:

v.1. En términos técnicos, un «agente pasivo» debe ser algo que no actúa por iniciativa propia, sino que es usado por otro. No está nada claro cómo se aplicaría esto, en uno u otro sentido, al símbolo de la cruz. Probablemente sea una mala traducción. El significado general de este verso pudiera ser que la cruz no carece de poder.

v.2. Cuando se lleva como un talismán (¿?), protegerá al justo.

v.3. La escena evocada es un aquelarre de brujas convertido en un caos por la aparición milagrosa flotando en el aire de una cruz luminosa.

Este pasaje no puede ser auténtico, ni tampoco una interpolación de alguna de las facciones. Alhazred está presentándose a sí mismo como un villano, mientras informa a sus lectores cómo pueden frustrar sus planes malignos. No es probable que hiciera esto, ni que describiera a sus oponentes cristianos con un noble epíteto como «puros de corazón». Lo que tenemos aquí es una torpe interpolación por parte de autoridades eclesiásticas. La razón fundamental de la ficción sería hacer que el propio maestro hechicero afirmara la eficacia del poder de la Iglesia. Consúltese el «Testimonium Flavianum», la famosa interpolación cristiana en Antigüedades judías de Flavio Josefo, en el que se hace admitir al judío Josefo que Jesús era el auténtico Mesías.

Fragmento 19

Texto: (v.1)Yo, Abdul Alhazred, te digo lo siguiente: (v.2)Los Dioses han hecho dormir a los condenados. (v.3)Y aquellos que traten de forzar los sellos y despierten a los durmientes también están condenados. (v.4)Y digo más, aquí se encuentran los hechizos para romper los sellos que mantienen cautivos a Cthulhu y a su horda de ébano, (v.5)ya que he empleado mi vida en aprenderlos todos.

(v.6)Por tanto, imprudente, la oscuridad está contenida en el espacio: las puertas del Infierno están cerradas. (v.7)Curiosea bajo vuestra propia responsabilidad: cuando llames, despertarán y te responderán. (v.8)Este es mi regalo a la humanidad; aquí están las llaves. (v.9)Encuentra tus propias cerraduras; alégrate.

(v.10)Yo, Abdul Alhazred te digo lo siguiente: Yo traté de forzar las cerraduras, y estoy loco[128].

Versión: Desconocida.

Comentario:

v.1. La fórmula inicial revela que este texto es un «testamento». Este es uno de los recursos seudónimos más habituales en la literatura antigua y medieval. La función de los textos en forma de «testamento» es invocar a la sabiduría de una famosa autoridad en la cumbre de su carrera. El discurso puesto en boca del moribundo patriarca Jacob en el capítulo 49 del Génesis es un ejemplo famoso; otros serían el Discurso de Despedida, atribuido a Jesús en los capítulos 14-16 del Evangelio según San Juan, o la segunda y seudónima epístola a Timoteo, en la que se presenta al apóstol San Pablo dándole las últimas instrucciones y delegando su autoridad. Un ejemplo ajeno a la Biblia es «El Testamento de los Doce Patriarcas». El testamento seudónimo trata de apropiarse la autoría de las «famosas últimas palabras» de la obra de un escritor posterior, el auténtico escritor del testamento. Lo que comienza este versículo es un documento de esta clase.

v.2. Este versículo indica que el pasaje presupone la mitología posterior, en la que los Primigenios hacen las veces de diablos de los Dioses Arquetípicos.

v.3. Cualquiera que se alinee junto a los Primigenios incurre en la ira de los poderes superiores.

v.4-7. Este texto se ha alejado completamente del concepto de cualquiera de las facciones del regreso de los Primigenios. Ambos esperaban una vuelta apocalíptica de los Primigenios (exitosa o fracasada) para gobernar la tierra. Pero aquí se les presenta como demonios insignificantes, genios capturados en lámparas que solo han de frotarse para que queden libres. Vienen y van, y cuando vienen, el mundo no cambia. El invocador solo arriesga su propia cordura (v.10). El peligro ha disminuido considerablemente.

Estas circunstancias indican que el autor no pertenece a ninguna facción de los seguidores de Alhazred. Es un extraño que solo tiene miedo de la cordura o de la ortodoxia (judeocristiana) del lector del dudoso libro. Por

esto escribe este prefacio, para decir «Prohibido el paso. Lee La vida de los santos».

v.8-9. La frase «alégrate» no encaja. Quizá haya sido desplazada de su posición original (el final del versículo 6, donde parece encajar mejor) por un error del copista.

v.10. La repetición del nombre «Abdul Alhazred» pretende subrayar el hecho de que ni siquiera él pudo «encontrar nuevas cerraduras» para sustituir a aquellas que había forzado. Como consecuencia, está loco. ¿Quién se cree que es el lector para pensar que a él le puede ir mejor?

Debe indicarse que los testamentos espurios como este no son raros en nuestros días. Las autoridades de la Iglesia han divulgado relatos apócrifos similares acerca del retracto en el lecho de muerte de Thomas Paine, Voltaire, Lenin y Charles Darwin. Todos son de la misma clase que este texto.

Notas

[1] El autor hace un juego de palabras intraducible («Lopside Rumpus») con el nombre de Tuesday Lobsang Rampa. T. Lobsang Rampa fue un escritor inglés (Cyril Hoskins) que decía ser la reencarnación del Dalai Lama, y que alcanzó gran éxito editorial con la transcripción de sus vivencias místicas y posiblemente fraudulentas (El Tercer Ojo y otros libros). <<

[2] Del griego «presencia», «llegada» o «venida». La Parusia se refiere a la venida futura de Cristo. Es el acto final de Dios que tendrá lugar cuando la historia humana haya llegado a su fin. <<

[3] Referencia a The Prisoner, serie británica de culto de los años 60, en la que, con un trasfondo de misterio, se aborda el orwelliano tema de la liberación de las ataduras de la sociedad y la individualidad de las personas. <<

[4] Referencia al weird de Weird Tales (Relatos Extraños, o Insólitos). <<

[5] Además del apellido, Pickman también significa literalmente «roer a un hombre». <<

[6] Civilian Conservation Corps –Cuerpo Civil de Conservación. <<

[7] Frase francesa que significa «razón de ser». <<

[8] Expresión intraducible en la que se hace referencia a que el asunto le parecía una locura, ya que en inglés familiar se afirma que una persona está loca diciendo que tiene «toys in the attic» (lit. Juguetes en la buhardilla-desván), o en castellano, pájaros en la cabeza. <<

[9] En francés en el original. Aunque literalmente significa «buscado/a», en nuestros días se aplica a algo raro, exótico y difícil de localizar. <<

[10] En griego en el original. Término despectivo para designar a «las masas», «la plebe». <<

[11] En alemán en el original. Sirve para definir un sustitutivo de algún bien escaso. <<

[12] Juego de palabras de difícil traducción entre Miskatonic y lo que cree oír Wharton, que en el original es «Mixed Atómic». <<

[13] Doctorados en Filosofía y Letras. «Pee-aitch-dees» en el original, haciendo referencia a PhD (Doctor of Philosophy). <<

[14] The grapevine, en el original. «I hear on the grapevine that…» equivale a «He oído por ahí…» o «Corren rumores de…». He preferido mantener una traducción literal, a pesar de su carencia de significado en castellano, para no tener que modificar significativamente el texto del autor en las siguientes dos líneas. <<

[15] Reconocimiento Óptico de Caracteres. <<

[16] El equivalente al *lapsus linguae* del lenguaje escrito. Literalmente, «equivocación de la pluma». <<

[17] En francés en el original. Afabilidad. <<

[18] Operaciones de coma flotante por segundo y millones de instrucciones por segundo. <<

[19] Término aplicado a todos los africanos no musulmanes. <<

[20] Una sociedad secreta supuestamente fundada en La Meca en el año 646, y que se estableció en los Estados Unidos en 1872; se la llamaba oficialmente Antigua Orden Árabe de los Nobles del Santuario Místico. <<

[21] También se escribe Douria, Douriyya, etc. <<

[22] Para leer acerca de las ediciones existentes del Necronomicón, véase los ensayos de H. P. Lovecraft: Historia y Cronología del Necronomicón, incluida en este volumen, Más Allá del Muro del Sueño, y El Necronomicón: Un Estudio de Mark Owings, publicado por Mirage Press en Baltimore en 1967. <<

[23] En latín en el original. Giro que puede significar «punto de partida» o «fecha más temprana posible». <<

[25] Según el Diccionario Infernal de Collin de Plancy, los familiares eran «demonios que se domestican y gustan de vivir con los hombres a los que desean que les estén agradecidos». Suelen adoptar la forma de un animal. <<

[26] Lovecraft emplea esta frase «una locura surgida del tiempo y un horror de más allá de las esferas» en Charles Dexter Ward, aunque sin identificarla como una cita de Alhazred. <<

[27] Arthur Machen mencionó por primera vez «Los Juegos de Mao» en uno de sus magníficos relatos; el «Cántico de Uthgos» es empleado por Ramsey Campbell en su relato «El que rasga los velo»; la única mención que he visto de la «Parábola Secreta de Byagoona el Anónimo» fue en la historia de Robert Bloch El gul sonriente. <<

[28] Según Lovecraft (en El horror de Dunwich), la Yr y la Nhhngr son formulae, pero en El ser en el Umbral, Derleth los menciona como lugares más allá de Kadath donde moran ciertos demonios. Mi lectura más clara del pasaje conflictivo, que aparece anteriormente, parece que compatibiliza la aparente discrepancia. <<

[29] Esta frase aparece en Charles Dexter Ward, aunque no como una cita de Alhazred. <<

[30] El Ritual Voola se emplea de esta misma manera en el relato de Ramsey Campbell La mina de Yuggoth. <<

[31] El Hércules persa. <<

[32] Probablemente sea significativo que los libros finales del Necronomicón, que son recopilaciones de hechizos, fórmulas, recetas, pentáculos, sellos, encantamientos y similares, no contengan la Fórmula Nnh, cuya ausencia llama la atención. No obstante, a la vista del modo cauto e inquieto con el que trata Alhazred esta Fórmula, su negativa para incluirla parece razonable y bastante comprensible. <<

[33] Ptolomeo dividió en tres partes a Arabia: Arabia Petræa, o Pedregosa (Hejaz), Arabia Félix, o Provechosa (Hasa, Hadramaut, Oman y Yemen), y Arabia Deserta o Desierto (Nejd). <<

[34] Lovecraft no identifica en ningún lugar a los Perros de Tíndalos como sirvientes de Azathoth, pero por lo visto conocía el hecho, al que alude directamente en El horror en el museo («¡Cría de Noth-Yidik y efluvio de K’thun! ¡Hijo de los perros que aúllan en el torbellino de Azathoth!») e insinúa en El susurrador en la oscuridad: («Me hablaron de la esencia de los Perros de Tíndalos [pero no de su origen]… y di un salto de aversión cuando me hablaron del monstruoso caos nuclear más allá del espacio angulado, que el Necronomicón ha camuflado piadosamente con el nombre de Azathoth.»). A renglón seguido, por así decirlo, Lovecraft parece sugerir una relación entre los Perros y Azathoth que, quizá, no se atrevió a afirmar explícitamente; obsérvese también la mención del «espacio angulado» en este contexto. <<

[35] En su texto árabe original, Alhazred habría escrito Iskandar Dhoulkernein, «el Alejandro de los Cuernos», que es el nombre por el que se conoce al gran macedonio en las tradiciones y leyendas del Islam. <<

[36] Robert E. Howard hizo referencia a Valusia, «la Ciudad de las Maravillas», en sus historias del Rey Kull, pero esta es la primera referencia que encuentro a Valusia y a su antiguedad en el Necronomicón (si, en efecto, he hecho lo correcto al identificar la Falushyaa del doctor Dee con lo que Howard llamó Valusia). <<

[37] Lovecraft mencionó la madera de los «esquivos zoogs» en estos mismos términos en La búsqueda onírica de la desconocida Kadath, y también a Kadath, el reino de los gugs, Sarkomand, etcétera, prácticamente con las mismas palabras que aparecen aquí en la Octava Narración. Evidentemente, HPL las tomó de esta narración. Algunas de las frases usadas son idénticas. <<

[38] Aunque «los gugs» han sido incluidos entre los sirvientes de los Primigenios, en un fragmento del Necronomicón citado en la novela póstuma y escrita en colaboración El ser en el umbral, no se ha descubierto previamente a cuál de los Primigenios sirven los gugs. Un vistazo al árbol genealógico «Descendencia de los Primigenios» en la página 183 de Selected Letters IV identifica a la «Niebla Sin Nombre» como el progenitor directo de Yog-Sothoth. Ahora se sabe que los poco conocidos gugs son los servidores de este poco conocido Primigenio. <<

[39] Que Lovecraft estaba al corriente de la Octava Narración puede demostrarse fácilmente con una comparación de los dos textos. En la última página de En las montañas de la locura, Lovecraft incluye citas directas de esta Narración. Frases como «el foso negro», «el borde esculpido», «la jalea blanca primordial» y los «protoshoggoths» son inconfundibles. <<

[40] Aunque no puede saberse qué abominación particularmente horrible se encuentra camuflada detrás del término «shoggoth», ahora al menos es posible comprender al completo las líneas finales del Soneto XX, en la secuencia de sonetos del difunto Wilbur Nathaniel Hoag (que edité con el título Sueños desde R’lyeh, y llevé a imprenta en 1975), que dicen lo siguiente:

> «Mi yo onírico vagó por los profundos abismos cósmicos,
>
> Más allá de la endemoniada Haddith, donde en pozos
>
> De inmunda putrescencia enterrada bajo el suelo
>
> Duerme horriblemente el repugnante shoggoth,
>
> Que vi… ¡y grité! Y conocí mi destino aciago,
>
> Sabiendo por fin… dónde florece el Loto Negro» <<

[41] En la antigüedad, en la época de Moisés, Yog-Sothoth fue liberado por agentes humanos de su aprisionamiento inmemorial bajo una montaña negra cerca de la antigua ciudad de Kuthchemes, como escribió Richard Tierney en Los vientos de Zarr, Albuquerque, NM, 1971. Robert E. Howard hizo mención de Kuthchemes en algunas de sus historias de Conan. <<

[42] La Niebla Sin Nombre y La Oscuridad; espero que esté en lo cierto al interpretar estos dos nombres, que el Doctor Dee dejó sin traducir. Las dejó como «la Magnum Innominandum» y «la Magnum Tenebrosum» que en realidad significan «La Gran Innombrable» y «La Gran Oscuridad». Sin embargo, en su breve árbol genealógico de los Primigenios publicado en la página 183 de Selected Letters IV, Lovecraft llama a los progenitores de Yog-Sothoth y de Shub-Niggurath «la Niebla Sin Nombre» y «La Oscuridad». En este contexto, obsérvese que el nombre o término Magnum Innominandum aparece en la historia de Robert Bloch «El vampiro estelar», en una breve cita de De vermis mysteriis; sabemos que dicha cita, en latín, fue proporcionada a Bloch por Lovecraft gracias a Selected Letters V (pág. 88). <<

[43] Lovecraft mencionó «la Hora del Viento en Espiral de Nith» en una carta a Clark Ashton Smith del 29 de junio de 1933. <<

[44] Como puede verse, el texto de este párrafo está viciado hasta el punto de ser casi incomprensible. He hecho todo lo que he podido para desenmarañarlo, sin reescribir en realidad el pasaje. <<

[45] La frase «esa entidad infernal con forma de nube…» también aparece en una de las cartas de Lovecraft citadas en la página 92 de Lovecraft at Last. <<

[46] El lugar llamado «Shumath-Ghum» en el centro de la «Nebulosa Negra» es mencionado por Lovecraft en una carta a Clark Ashton Smith del 26 de julio de 1932, sin que contenga, no obstante, ninguna referencia a Shub-Niggurath. <<

[47] La Octava Narración contradice esto, curiosamente, e indica que los gugs son los secuaces y servidores de La Niebla Sin Nombre. Quizá tenga sentido que se llame a Alhazred «el Árabe Loco»… o cuando menos «el Árabe Olvidadizo». <<

[48] Malkut y Yesod: En la Cábala, las posiciones del Árbol de la Sefirot que representan el plano físico (la tierra) y el plano astral (el reino de los sueños) se llaman Malkut y Yesod; el Doctor Dee escribió esos nombres de manera peculiar, «Malqooth» y «Yetzod», que ni es hebreo correcto ni corresponde con la Cábala. Me he tomado la pequeña libertad de corregir esta transcripción de acuerdo con la ortografía usada actualmente por estudiantes de magia ceremonial en el O.T.O y fraternidades secretas similares. <<

[49] Este nombre para la patria continental de los hombres serpiente de Valusia, sumergida antes del nacimiento del hombre, no aparece previamente en la literatura de los Mitos. La frase «criptas de Shuggon bajo las olas», sin embargo, aparece en algunas frases de Lovecraft en uno de los primeros borradores de uno de los sonetos de Los hongos de Yuggoth. <<

[50] La frase «la carmesí Haddoth desde la que vino a la Tierra Shudde-M’ell» apareció en un relato de Llewelyn M. Cabos en Eldritch Tales nº 4, como citada del Necronomicón. <<

[51] Vino tinto, vino blanco: Obsérvese que Alhazred, apóstata tanto del Islam como del culto secreto de Yog-Sothoth, ignora aquí los preceptos de Mahoma, que prohíbe a los fieles consumir el fruto de la uva. <<

[52] La frase «ese conglomerado de esferas iridiscentes, entrevistos pero magníficos en su maligna indecencia» aparece en la historia de Hazel Head El horror en el museo, que fue uno de los relatos escritos por Lovecraft como «negro». <<

[53] En la hora predicha: Se sabe que Abdul Alhazred pasó sus últimos días en Damasco, donde, en el año 730 d. C., escribió el Necronomicón. Falleció en el 738, destrozado y devorado por monstruos invisibles que le sujetaban a cierta altura ante muchos testigos, según su biógrafo, Ibn Khalikan; quizá esta fuera la venganza de Yog-Sothoth. <<

[54] La cita es de la tragedia Marco Antonio y Cleopatra, y el que habla a Marco Antonio es Cayo Octavio. Tras la muerte de Julio César, ambos formaron junto a Marco Emilio Lépido el segundo triunvirato, con el que llegó el fin de la República romana. <<

[55] El mundo creado en la obra literaria, que incluye tanto lo que leemos y está escrito como lo que podríamos leer. <<

[56] El autor hace referencia a Immanuel Velikowsky y James Churchward. Velikowsky (18951979) fue un escritor ruso famoso por sus teorías que relacionaban las catástrofes globales con los mitos y tradiciones de la antigüedad. James Churchward fue coronel de ejército colonial británico, que escribió varias obras de contenido dudoso acerca del continente perdido de Lemuria (también llamado Mu). <<

[61] Pueden encontrarse resúmenes de estos progresos en Clemens, Ronald E.: One Hundred Years of Old Testament Interpretation. Westminster Press, Filadelfia, 1976; Neill, Stephen: The Interpretation of the New Testament: 1861-1961. Oxford University Press, Nueva York, 1966; y Schweitzer, Albert: La investigación de la vida de Jesús. Comercial Editora de Comunicaciones, 1990. <<

[62] La discusión principal puede encontrarse en Strauss, David Friedrich: The Life of Jesus Critically Examined. Fortress Press, Filadelfia, 1972; Bultmann, Rudolf: Jesucristo y mitología. Ariel, 1970; Martyn, J. Louis: History and Teology in the Fourth Gospel. Abingdon, Nashville, 1979. <<

[63] Para ser absolutamente exacto, hay cierta oposición a la crítica textual, aunque suele proceder de los fundamentalistas religiosos más extremos, por ejemplo, los protestantes de extrema derecha (Holy Bible —a New Eye Opener, Junction City, Oregon; Eye Opener Publishers) y judíos ultraortodoxos (este conflicto figura en la novela de Chaim Potok The Promise). Desde un lugar muy diferente llega el desdén esnob hacia los estudios de crítica de textos por parte de los críticos de literatura secular, como cuenta Bowers, Fredson: Textual and Literary Criticism. University Press, Cambridge, 1966. <<

[64] Nasr, Seyyed Hosein: Vida y pensamiento en el Islam. Editorial Herder, 1985. <<

[65] Shah, Idries: La ciencia secreta de la magia: los libros de los brujos. Editorial Hiperión, 1989. <<

[66] Lovecraft, H. P.: Historia del Necronomicón. Necronomicon Press, West Warwick, RI, 1980. (Pág. 3). Lovecraft está equivocado al ubicar a Wormius en el siglo XIII. El físico y anticuario danés vivió entre 1588 y 1654, y su periodo de actividad literaria fue de 1636 a 1643. Este dato se lo debo a Richard L. Tierney. <<

[67] Esta idea ha sido bien explicada por Wilfred Cantwell Smith en su ensayo «El estudio de la religión y el estudio de la Biblia», en la revista Religious Diversity. Harper & Row Publishers, Nueva York, 1976. (Págs. 41-58). <<

[68] Sprague de Camp, L.: Al-Azif. Owlswick Press, Filadelfia, 1973. (Pág. Xi). <<

[69] Bell, Richard y Watt, W. Montgomery: Introducción al Corán. Encuentro Ediciones, 1988. <<

[70] Ibídem. (Pág. 78). <<

[71] Gibb, H. A. R.: Mohammedanism: An Historical Survey. New American Library, Nueva York, 1958. (Pág. 36). <<

[72] Lovecraft, H. P.: Historia del Necronomicón. (Pág. 2). <<

[73] Citado en Shah: La ciencia secreta de la magia. Editorial Hiperión, 1989. <<

[74] Koch, Kurt E.: Entre Cristo y Satanás. Libros Clie, 1991. <<

[75] Andrade, Tor: Mahoma: El hombre y su fe. Alianza Editorial, 1994. <<

[76] Lovecraft, H. P.: Historia del Necronomicón. (Pág. 2). <<

[77] Soy consciente de que los neopaganos de hoy afirman que su fe es esencialmente no cristiana, no anticristiana. Esto, en teoría, es cierto, pero es difícil negar que como fenómeno sociológico, el renacimiento neopagano representa un rechazo de la religión tradicional. Incluso el posiblemente antiguo Aradia apunta a un origen anticristiano. «Aradia», la bruja mesías, sólo es otra forma del nombre «Herodías», que maquinó la muerte de Juan el Bautista. <<

[78] La sugerencia de Wilson se encuentra en «El regreso de Lloigor» en Derleth, August (editor): Relatos de los mitos de Cthulhu. Editorial Bruguera, 1983; las teorías de Wetzel y Bannister pueden verse en «H. P. Lovecraft: Los libros» de Lin Carter, en Derleth, August (editor): La habitación cerrada y otros cuentos de terror. Alianza Editorial, 1998. Para las hipótesis de Lovecraft, véase Selected Letters V. (pág. 418). <<

[79] Posfacio de Joshi, S. T. en Lovecraft, H. P.: Historia del Necronomicón. (Pág. II). <<

[80] Estos textos se recopilan en Biblioteca de Nag Hammadi: Textos gnósticos. Editorial Trotta, 1999. Acerca del gnosticismo en general, véase Jonas, Hans: The Gnostic Religion. Beacon Press, Boston, 1963; Pagels, Elaine: Los evangelios gnósticos. Grijalbo-Mondadori, 1996; Bultmann, Rudolf: Primitive Christianity in Its Contemporary Setting. New American Library, Nueva York, 1974; especialmente el capítulo «Gnosticismo». (Págs. 162-174). <<

[81] Koch, Kurt E.: Entre Cristo y Satanás. <<

[82] Esta derivación es sugerencia de los eruditos del Bah’ai y Karen Webb. <<

[83] Citado en El caso de Charles Dexter Ward, de En las montañas de la locura. Alianza Editorial, 1997. <<

[84] Dodd, C. H.: Interpretación del cuarto evangelio. Ediciones Cristiandad, 1978. Hay un magnífico comentario de la literatura hermética, especialmente la Parte I, Capítulo 2, «La religión superior del helenismo: la literatura hermética» (Págs. 10-53). <<

[85] Everard, J. (traductor): The Divine Pymander of Hermes Trismegistus. Societas Rosicruciana in America, Nueva York, 1953. (Págs. 9-10). <<

[86] Véase Bultmann, Rudolf y Kundsin, Karl: Form Criticism. Harper & Row Publishers, Nueva York, 1962. <<

[87] Véase Charles, R. H.: Eschatology: The Doctrine of a Future Life. Schocken Books, Nueva York, 1963. <<

[88] Lovecraft, H. P.: Los hongos de Yuggoth. Valdemar Ediciones, 1996. <<

[89] Ibídem, Estrofa XXI, «Nyarlathotep». <<

[90] Lovecraft, H. P.: «La llamada de Cthulhu», en El horror de Dunwich. Alianza Editorial, 1998 <<

[91] En Werner, Martin:The Formation of Christian Doctrine. Beacon Press, Boston, 1965; se describe un proceso análogo posterior a la decepción por la expectativa de los primeros cristianos del inmediato regreso de Cristo. El impacto sociológico y psicológico de este tipo de cuestiones en un grupo religioso (y les ha sucedido a varios) es explorado en Festinger, Leon, Riecken, Henry W. y Schachter, Stanley:When Prophecy Falls. Harper & Row Publishers, Nueva York, 1964. <<

[92] «Notas sobre un recién descubierto comentario acerca del Necronomicón», de Tillinghast, Franklin E.: Annubis. Vol. 1, nº 3, 1968. (Págs. 66-67). <<

[93] En Lovecraft, H. P.: El caso de Charles Dexter Ward; cita de una carta que menciona el «Libro VII» del Necronomicón. Lin Carter alude al «Libro IV», y a citas de referencia, entre las que están «NEC. III, xvii». («Zoth-Ommog», en Berglund, Edward P. (editor): The Disciples of Cthulhu. DAW Books, Nueva York, 1976. (Págs. 174, 175).), y «III, 17» (en su Dreams from R'lyeh. WI, Arkham House, Sauk City, 1975. (Pág. 3).). <<

[94] Citado por Wilson, Colin: The Philosopher’s Stone. Warner Books, Nueva York, 1974. (Pág. 271). <<

[95] Citado por Derleth, August: «El guardián de la llave», en El rastro de Cthulhu. Alianza Editorial, 1988. <<

[96] Lovecraft, H. P.: La llamada de Cthulhu. <<

[97] Citado por Lovecraft, H. P.: «El horror de Dunwich», en El horror de Dunwich. Alianza Editorial, 1998. <<

[98] August Derleth cita la variante en Lovecraft, H. P. y Derleth, August: El que acecha en el umbral. Editorial Bruguera, 1983. <<

[99] Citado en Campbell, Ramsey: «La llanura del sonido», en The Inhabitant of the Lake and Less Welcome Tenants. WI, Arkham House, Sauk City, 1964. (Pág.138). <<

[100] Citado por Lovecraft, H. P.: «A través de las puertas de la llave de plata», en En las montañas de la locura. Alianza Editorial, 1997. <<

[101] Citado por Price, E. Hoffmann: «El señor de la ilusión», en Crypt of Cthulhu nº 10. (Págs. 46-56). <<

[102] Scholem, Gershom: Jewish Gnosticism, Merkabah Mysticism and Talmudic Tradition. Jewish Theological Seminary of America, Nueva York, 1965. <<

[103] «Los [musulmanes]. Shia interpretaban el Corán alegóricamente; de ahí que fueran llamados el Pueblo de la Interpretación Alegórica (ahl at-ta'wil)», Makarem, Sami Nasib: The Faith Druze. Caravan Books, Delmar, NY, 1974. (Pág.7). Los nombres Umr, Umar y Omar significan «orador». <<

[104] Citado por Robert Bloch en Carter, Lin (editor): «El templo del faraón negro» en Misterios del Gusano (próximamente en esta colección). <<

[105] Widegren, Geo: The Ascension of the Apostle and the Heavenly Book. A. B. Lundequistaka Bokhandein, Uppsala,1950. (Pág. 80). <<

[106] Citado por Ashton Smith, Clark: «El vástago sin nombre», en The Abominations of Yondo. WI, Arkham House, Sauk City, 1960. (Pág. 3). <<

[107] Citado en Lovecraft, H. P.: «El ceremonial», en Dagon y otros relatos macabros. Alianza Editorial, 1998. <<

[108] Citado por Clark Ashton Smith en Derleth, August (editor): «El retorno del hechicero», en Relatos de los mitos de Cthulhu. <<

[109] Ibídem, p. 36. <<

[110] Citado en Lumley, Brian: «Tia Hester», en El horror de Oakdeene. Martínez Roca, 1985. <<

[111] Citado por August Derleth en Lovecraft, H. P. y Derleth, August: El que acecha en el umbral. Editorial Bruguera, 1983. <<

[112] «Zoth-Ommog», en Berglund, Edward P. (editor): The Disciples of Cthulhu. DAW Books, Nueva York, 1976. (Pág. 181). <<

[113] Zaehner, R. C.: The Teachings of the Magi: A Compendium of Zoroastrian Beliefs. Oxford University Press, Nueva York, 1976. (Pág. 3). <<

[114] Carter, Lin: Dreams from R’lyeh. (Pág. 3). <<

[115] Citado por August Derleth en Lovecraft, H. P. y Derleth, August: El que acecha en el umbral. Editorial Bruguera, 1983. <<

[116] Ap-Thomas, D. R.: A Primer of Old Testament Text Criticism. Fortress Press, Filadelfia, 1966. (Pág. 48). <<

[117] Citado por August Derleth en Lovecraft, H. P. y Derleth, August: El que acecha en el umbral. Editorial Bruguera, 1983. <<

[118] Ibídem, p. 178-179 <<

[119] «Zoth-Ommog», en Berglund, Edward P. (editor): The Disciples of Cthulhu. DAW Books, Nueva York, 1976. (Pág. 174). <<

[120] Citado por August Derleth en Lovecraft, H. P. y Derleth, August: El que acecha en el umbral. Editorial Bruguera, 1983. (Pág. 179). <<

[121] Lumley, Brian: Los que acechan en el abismo. Edaf, Madrid, 1982. (Pág. 57). <<

[122] Citado por Henry Kuttner en Derleth, August (editor): «El horror de Sálem», en Relatos de los mitos de Cthulhu. (Págs. 253-254). <<

[123] En cuanto a la ortografía de «Vach» y «Viraj», véase Blavatsky, H. P.: La doctrina secreta. Luis Cárcamo Editor, 1999. Debo esta referencia a Tani Jantsang. <<

[124] *Madame* Helena Pretrovna, fue la fundadora de la Sociedad Teosófica, y la principal responsable de introducir la filosofía religiosa oriental en el mundo occidental. <<

[125] Véase Blavatsky, H. P.: Isis sin velo. Editorial Eyras, 1999; y Scholem, Gershom: Lasgrandes tendencias de la mística judía. Ediciones Siruela, 1996. <<

[126] Véase Wilson, Colin:The Philosopher’s Stone. (Págx. 271, 273). <<

[127] Belknap Long, Frank: «Los devoradores del espacio», en Los sabuesos de Tíndalos. Adiaxs S.A., 1981. Por algún motivo, la cita ha sido omitida de la historia tal y como aparece en Relatos de los mitos de Cthulhu, editado por Derleth. <<

[128] Citado por Gerald Page en Owings, Mark (editor):The Necronomicon: A Study. Mirage Press, Baltimore, MD, 1967. (Pág. 5). <<

[24] En latín en el original. Giro que puede significar «punto de partida» o «fecha más temprana posible». <<

[57] El autor hace un juego de palabras con los apellidos del escritor británico Edward Bulwer Lytton (1803-1973) conocido por Los últimos días de Pompeya, pero también por La raza que viene, un relato de ciencia-ficción en el que aventura cuál va a ser el futuro de la humanidad. A esta obra parece referirse Price con su comentario. <<

[58] Lumley, Brian: Los que acechan en el abismo. Edaf, Madrid, 1982. <<

[59] Conservo esta nomenclatura en vez de las propuestas de Dirk Mosig («el ciclo del mito de Yog-Sothoth») y Lin Carter (la «demonología de Alhazred»). El término «mitos de Cthulhu» no parece especialmente inadecuado o engañoso. Además, tiene las ventajas de ser rápidamente reconocible en las discusiones generales, y de ser más fácil de manejar que sus dos competidores. Ambos, como el mítico lenguaje de R'lyeh, parecen casi imposibles de pronunciar con los órganos humanos del habla. <<

[60] James, M. R.:The Apocryphal New Testament. Clarendon Press, Oxford, 1963. (Pág.1). <<